

17743

SEBO

O SEBO CULTURAL

A maior livraria
da Paraíba

Fone: (083) 241.1423

Fone/Fax: 222.4438

E-mail:

sebocultural@pbnet.com.br

Home Page:

www.osebocultural.com.br



SEBO CULTURAL

LIVROS USADOS
COMPRA E VENDA

R. 13 de Maio, 84 - Coqueiros

Fone: (083) 221-4928

CNPJ 08.620 - J. Pessoa-PB.

LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

BIBLIOTECA APOLOGÉTICA

MONSEÑOR LE CAMUS

Obispo de La Rochela y Saintes

LOS ORÍGENES DEL
CRISTIANISMO

II

PRIMERA PARTE

LA VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

VOLUMEN SEGUNDO

Τίνα λέγουσιν οἱ ἄνθρωποι εἶναι τὸν Υἱὸν τοῦ ἀνθρώπου;

— Σὺ εἶ ὁ Χριστὸς, ὁ Υἱὸς τοῦ Θεοῦ τοῦ ζῶντος.

«¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre!

— Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.»

(Mat., XVI, 13, 16.)

TRADUCCIÓN DE LA 7.^a EDICIÓN FRANCESA

POR EL

Dr. D. Juan B.^a Codina y Formosa, Pbro.

CATEDRÁTICO DE HEBREO Y GRIEGO EN EL SEMINARIO CONCILIAIR DE BARCELONA

Y NUMERARIO DE LA REAL ACADEMIA DE

BUENAS LETRAS

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

BARCELONA

HEREDEROS DE JUAN GILI

Editores CORTES, 581

MCMIX

ES PROPIEDAD

TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

SECCIÓN II

JESUCRISTO INSTRUYE Á SU IGLESIA

CAPÍTULO PRIMERO

Sermón de la Montaña.—Carta ó Código Fundamental de la Nueva Ley

Una vez organizada la Iglesia, debe ser instruída.—El monte de las Bienaventuranzas.—El auditorio.—El sermón versa sobre las tres grandes cuestiones de la *felicidad*, de la *justicia* y de la *sabiduría*.—Quiénes son los bienaventurados y quiénes los infelices.—Los discípulos deben hacer brillar la justicia á los ojos de los hombres.—Fundamentos de la justicia.—En tiempos pasados y en la época presente.—Adiciones y explicaciones.—Perfección de la justicia.—Modestia, sinceridad, discreción.—Lecciones de sabiduría práctica, caridad, prudencia, energía.—Las obras deben seguir á la fe para que el edificio sea sólido.—Impresión de los oyentes. (*Mat.*, V, 1-VII, 29, y pasajes paralelos de *Luc.*, VI, 20-49).

Después de la elección de los doce Apóstoles, vienen naturalmente los grandes sermones catequísticos del Señor. Al primer ensayo de organización oficial de la joven Iglesia debía suceder la promulgación de la ley que había de regir sus miembros y de los dogmas que serían el objeto de su fe. Una sociedad no se funda únicamente por el acto exterior que agrupa los individuos en un solo conjunto, ó por la denominación particular que los separa del resto de la humanidad; es preciso que sea vaciada en un molde intelectual, único y definitivo elemento de formación, á fin de que viva de un mismo aliento, de un mismo espíritu, de las mismas esperanzas. Lo que el alma es

para el cuerpo, será la doctrina respecto de esta sociedad. Queriendo, pues, Jesús formar la Iglesia á su imagen, debía ocuparse, en primer término, en darle, como elemento indispensable de vida, su propio pensamiento, abrazando á la vez el dogma y la moral, el aspecto especulativo y el práctico de la nueva religión.

Indudablemente el Salvador no había aguardado á esta hora para inaugurar tan ardua empresa, y, como ya hemos observado, desde el principio de su vida pública, compartía las prolongadas jornadas de su apostolado entre la curación de las enfermedades y la instrucción de los ignorantes. Sólo la importunidad de las multitudes en solicitar milagros antes que nada, dificultaba y hacía estéril la exposición continuada de la doctrina. Cuando los prodigios realizados han sido bastante numerosos para fundamentar la fe, importa fecundar ésta por la instrucción. La ciencia religiosa de los Apóstoles contribuirá en parte á preparar el porvenir de la Iglesia. En lo sucesivo, las obras milagrosas, sin embargo de perpetuarse, no constituirán más que un término secundario en la historia evangélica. Los sermones serán la parte esencial.

El primero que necesitamos estudiar, y que, según San Lucas, sucede inmediatamente á la elección de los Doce, es el llamado *Sermón de la Montaña*. Su importancia es capital, porque expone las ideas del Maestro sobre las tres grandes cuestiones que interesan á nuestra vida moral: la *felicidad*, la *justicia*, la *sabiduría* ⁽¹⁾. Con razón se ha dicho que este sermón era, en cierto modo, la carta de la Nueva Ley. San Lucas únicamente nos ha conservado un resumen del mismo. San Mateo que, al decir de Papías, se había ocupado especialmente en recoger los sermones del Se-

(1) M. Godet, en su *Commentaire sur St. Luc.*, 3.^a edición, propone otra división de los sermones de Jesús, división que merece ser señalada: 1.^o el llamamiento de los que deben constituir la nueva sociedad; 2.^o los principios fundamentales de esta sociedad; 3.^o la responsabilidad de los que formarán parte de ella. Creemos que esta división puede reducirse á la nuestra. Jesús promete la *felicidad* á los que *llama*, prescribe la *justicia* á los que *vienen*, y recomienda la *sabiduría* á los que deben *permanecer*.

ñor, nos ofrece este de la Montaña con riquísimos desenvolvimientos.

Guiándose por la analogía de las materias y la simple asociación de las ideas, ha intercalado además algunos fragmentos que nosotros trasladaremos, siguiendo la autoridad de San Lucas, á su lugar más natural ⁽¹⁾. Aun separado de esos fragmentos, el sermón es relativamente tan considerable, que se ha querido ver en él, no una sola instrucción, sino el sumario de las enseñanzas sucesivas dirigidas por Jesús al pueblo durante el tiempo que estuvo con Él en la montaña. Esta hipótesis no es improbable, si se admite que el Salvador retuvo algún tiempo á la multitud en los lugares solitarios, en que Él mismo parecía haberse establecido provisionalmente ⁽²⁾.

Si la identificación de Korun-Hattin con el monte de las Bienaventuranzas se funda en alguna tradición seria, dicho monte se hallaría, en este caso, no lejos de la ruta que conducía á Cafarnaúm, frente á los desfiladeros pedregosos y salvajes de Arbela, donde Herodes había dado caza á los celadores, suspendiendo, en medio de inaccesibles precipi-

(1) Indudablemente no hay imposibilidad alguna en que el Señor repitiese muchas veces las mismas enseñanzas; pero es poco probable que su rica naturaleza recurriese servilmente á las mismas imágenes y muchas veces á las mismas expresiones para exponer idénticos pensamientos. Puesto que es evidente que San Mateo no trató de seguir en sus relatos un orden riguroso, se puede muy bien suponer que tampoco intentó establecerlo en sus discursos. Así como agrupa en conjunto, sólo porque tienen sentido análogo, parábolas (cap. XIII) que han debido estar separadas por diversos incidentes, así ha podido reunir, en una gran tesis moral, fragmentos diversos que se refieren al desenvolvimiento de la vida espiritual.

(2) Al explicar los términos καθίστατος αὐτοῦ en el sentido, no de *sentarse*, sino de *establecerse*, se desatan más fácilmente todas las dificultades suscitadas por las divergencias aparentes de San Lucas. Pero esta traducción que puede no parecer la más natural, no se impone absolutamente como necesaria para poner de acuerdo las relaciones de los dos evangelistas. Basta, en efecto, recordar que aquí, como en la vocación de los cuatro apóstoles, en las orillas del lago, San Mateo abrevia y San Lucas da detalles. Así, mientras que nuestro primer sinóptico dice de una manera sumaria que Jesús subió á la montaña y predicó allí, el tercero especifica que pasó la noche en la cima y que en seguida, habiendo elegido á los Doce, descendió en dirección á una llanura situada en la vertiente. Allí se *detuvo ἔστη*, según San Lucas; y *se sentó* según San Mateo. Los dos evangelistas no se contradicen, se completan.

cios, ⁽¹⁾ cajones móviles que permitían á sus soldados llegar hasta las guaridas en que se refugiaban los campeones de la independencia nacional. El monte de las Bienaventuranzas se levanta, en efecto, hacia el S.O. de Arbela, en la extremidad oriental de la hermosa llanura de Seforis, á dos horas próximamente de Tiberíades y á tres de Magdala. Á causa de su conformación particular y de la pequeña aldea situada sobre la vertiente septentrional, los árabes lo han denominado los *Cuernos de Hattín*. Á unos cincuenta metros sobre el nivel del camino que le costea por la parte del mediodía, y entre dos picos de altura desigual, se extiende una llanura bastante extensa. Nosotros la hemos explorado muchas veces. Fragmentos de roca forman todavía allí, sobre rico tapiz de flores, una especie de ceñidor, de asientos pintorescos, como indicando que en aquel lugar se celebró, tiempo ha, una augusta asamblea. En la cresta más elevada se halla un pequeño espacio enteramente llano, muy igual, el cual mide próximamente trescientos pasos de circunferencia. En este lugar fué donde Jesús pasaría toda una noche en oración antes de elegir á los Apóstoles. De allí descendería á la segunda llanura, denominada por San Lucas *un sitio llano* ⁽²⁾, para reunirse con el pueblo que le esperaba.

El concurso se componía de gente llegada de todas partes. Galilea desde luego, Judea y Jerusalén en seguida, la Decápolis, las regiones del otro lado del Jordán, los mismos territorios paganos, tales como Idumea, Tiro y Sidón, se hallaban allí representados por peregrinos, algunos de los cuales querían instruirse y otros sencillamente ver ó ser curados.

Los grupos se situaron naturalmente en orden jerárquico alrededor de Jesús. Á modo de enorme corona,

(1) Los atravesamos en la primavera de 1899; están en completa armonía con los espantosos recuerdos que Josefo vincula en ellos. *Antiq.*, XIV, 15, 4, 5; *B. J.*, I, 16, 2-4.

(2) Aquel sitio es quizá el significado por las palabras *ἐπὶ τόπου πεδινῷ*. De haber querido significar la llanura, San Lucas hubiera dicho *ἐπὶ πεδίου*.

la muchedumbre incontable encerraba en un círculo de honor á los discípulos, y éstos á su vez rodeaban respetuosamente el grupo de Apóstoles nuevamente elegidos. El Maestro presidía la asamblea. Aquí es donde tuvo lugar la primera representación integral de la Iglesia reunida en torno de su jefe, con sus ministros de primero y segundo orden, y el pueblo. Al contemplar su obra, el Salvador debió de experimentar una dulce alegría. Allí estaba, en fin, el Israel de la segunda Alianza, vivo y ávido de recibir el pan de la palabra. Jesús, dice San Mateo, abrió su boca y habló.

Entre las múltiples cuestiones que podían servir de tema á su enseñanza, creyó conveniente tratar, para entrar en materia, la de la *felicidad*. De ella se había preocupado la filosofía de todas las edades, pero jamás había pensado resolverla en el sentido de la nueva religión. Jesús, en efecto, va á colocar la felicidad relativa en la humanidad de la vida presente, y la felicidad absoluta en las alegrías de la vida futura. Bajo esta doble forma, la propone á los que quieran ser suyos incorporándose á la nueva sociedad.

«¡Bienaventurados—dice,—los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos!» Por estas palabras declara desde luego bienaventuradas á las almas que, desasidas de los bienes de la tierra, son bastante grandes para despreciarlos cuando los poseen, ó para no desearlos cuando sufren la privación de los mismos. Su derecho, su herencia segura es el reino de los cielos. Nunca es más vehementemente la aspiración al mundo sobrenatural, que cuando el espíritu no se halla encadenado por ligaduras materiales. Despreciar la tierra, es comprar el cielo.

«¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra!» La mansedumbre, esa flor de la caridad, cuyo perfume suave detiene la mano misma que se apresta á troncharla, tiene la promesa de gobernar la tierra. La fuerza violenta no es duradera, está condenada á devorarse á sí misma, y, en todo caso, sólo podría producir víctimas ó rebeldes. Los que la emplean no dejan en pos de sí más

que recuerdos detestables. La mansedumbre, que es, de consiguiente, una fuerza, y una fuerza continua, permanece siempre igual y benéfica. Su poder es tanto mayor, cuanto se ejerce directamente sobre los corazones; cuando vence, disimula su triunfo con testimonios nada equívocos de la más tierna bondad. El que la ha recibido en herencia, ó ha logrado adquirirla penosamente, puede considerarse dichoso. Su influencia será grande en el mundo; y mayor todavía su mérito ante los divinos ojos. En realidad, la recompensa asegurada es ante todo la tierra prometida del reino de Dios, el triunfo en la eternidad.

«¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!» Las lágrimas, por amargas que sean, constituyen, sin embargo, una bienaventuranza. Si es la decepción la que las derrama puede comparárselas á un velo que cae de nuestros ojos, dejándonos ver la vida en su triste realidad. Si es el arrepentimiento, se convierten en un sacramento que lava. Si es el amor, en un grito que hace violencia al mismo cielo. Dios no resiste, y se entrega al corazón amante que le llama. La venida del Mesías es el mejor argumento que lo confirma. El Salvador viene á decir á los amantes de Dios: «¡Yo soy la prueba de que Dios os ama!»; á los que detestan sus pecados: «¡Estáis perdonados!»; á los que lloran sus desvaríos: «¡En lo sucesivo, yo seré vuestra luz!»; y así todos reciben en abundancia las divinas consolaciones.

«¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos!» El signo característico de las grandes almas es precisamente este ardiente deseo de justicia; en ellos se manifiesta, por una violencia comparable á la de las necesidades más imperiosas de nuestra naturaleza material, el hambre y la sed. Y nada más natural; la justicia es la verdad, la belleza, el bien, cosas para las cuales han sido creadas nuestras almas; el espíritu pide en nosotros este divino alimento, lo mismo que nuestros cuerpos piden el manjar y la bebida. Desgraciadamente, la mayoría de los hombres ahogan este grito natu-

ral del alma. Pero ¡feliz aquel que clama ansioso por el reino de Dios y su justicia, pues los hallará quedando deliciosamente satisfecho! Jesús nos trae ambas cosas.

«¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia!» Practicar el bien es merecerlo. Si nuestro corazón se inclina gustoso hacia el que sufre, para acompañarle en el sufrimiento con espíritu de simpatía, para aliviar su padecer, para suprimirlo, no es posible que Dios, en cuya presencia aparecemos siempre como mendigos más ó menos miserables, no se incline á su vez hacia nosotros para tocarnos, curarnos y aliviarnos. Nada conmueve más vivamente el corazón del Padre celestial que el espectáculo de la caridad de nuestro propio corazón en favor de nuestros hermanos de este mundo. Su misericordia paga nuestra misericordia.

«¡Bienaventurados los corazones puros, porque ellos verán á Dios!» Los ojos del alma son como los del cuerpo; no ven más que á condición de ser puros. Si el ojo corporal se halla empañado por alguna mancha, no distingue los objetos que contempla, sino de una manera imperfecta; y en el caso de estar en absoluto cubierto de materias extrañas, no se ve nada. Así se explica el hecho de que la impureza, la injusticia y el orgullo se asocien ordinariamente con la impiedad, y que la conducta relajada lleve al ateísmo. Cualquiera que sea el nombre de la inmundicia arrojada sobre el alma, intercepta el rayo visual; la visión queda interrumpida, la fe falta y aun se la declara imposible. El corazón, al que nada ha marchitado, ó que ha recobrado su frescura y pureza por medio del arrepentimiento, halla, por el contrario, la fe fácil y como natural. Todo le habla de Dios y le invita á estrechar con él las más íntimas relaciones; ese corazón ve la imagen del Supremo Hacedor á través de las criaturas, y oye su voz al final de sus meditaciones. Mas esta visión de la tierra, por consoladora que sea, no es más que el preludio y la prenda de la clara visión del cielo.

«¡Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán lla-

mados hijos de Dios!» El Padre celestial conserva en el fondo de su ser divino una paz que nada puede turbar, y que difunde incesantemente á su alrededor para la felicidad de sus criaturas. De modo que sus verdaderos hijos son aquellos á quienes ningún acontecimiento de este mundo puede robarles la paz, porque la poseen dentro de sí mismos, y el testimonio de su conciencia los pone por encima de todas las agitaciones de la vida. Esta calma, esta serenidad, esta quietud de su alma, hace reinar en torno de ellos una atmósfera dulce y apacible que encanta y transforma á los que se los rodean. En calidad de poseedores de la paz, los hijos de Dios la comunican á los demás.

«¡Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia ⁽¹⁾, por que de ellos es el reino de los cielos!» Sí, cuando los hombres os maldijeren, y os persiguieren, y os llenaren de oprobios por mi causa, consideraos bienaventurados. Regocijaos entonces y estremeceos de alegría, porque es grande la recompensa que os aguarda en el cielo. Así fueron perseguidos los profetas que os han precedido.

¡He ahí las diversas categorías de hombres á quienes está prometida la felicidad! ¡He ahí el conjunto de la Iglesia, tal como su Fundador la concibe! ¡He ahí la historia de los elegidos! El que es humilde y paciente, el que está atribulado y se sacrifica en bien de los demás y se despega de los bienes de la tierra, y es amigo de la virtud y del deber, pero sin ruido, sin violencia, se halla inscrito como ciudadano del nuevo reino. La Iglesia no debe reclutarse de otro modo; y si alguna vez se les ocurriera á los hombres reclutarla de otro modo que por la paciencia, la caridad, la tristeza, la pobreza, la mansedumbre y la santidad, siempre sería en detrimento de su verdadero bien, de su influencia, de su porvenir.

(1) San Agustín, *in Ps. XXXIV*, 13, dice muy sabiamente: «Martyres non facit poena, sed causa. Nam si poena martyres faceret, omnia metalla martyribus plena essent; omnes catenæ martyres traherent; omnes qui gladius feriuntur, coronarentur. Nemo ergo dicat: Quia patior, justus sum, etc.»

Sin duda que tales afirmaciones parecen una serie de paradojas; pero ¿no es la cruz una paradoja más sorprendente aún? Y, no obstante, ella es la que ha salvado al mundo. Mediante la teoría de la felicidad, tal como Jesús la expone, la Iglesia debe ser siempre joven, floreciente y respetada. No la aman, pues, los que quieren conducirla al triunfo siguiendo otro camino.

Como si temiera el Salvador que su pensamiento no hubiera sido comprendido, ó que se estuviera poco dispuesto á aceptarlo, lo vuelve á presentar bajo otra forma, más viva y expresiva ⁽¹⁾.

«¡Ay de vosotros los ricos, porque tenéis vuestro consuelo!» ⁽²⁾. Los ricos poseen los bienes de la vida presente, y esto les basta. Su alma se alimenta de ellos; y en ellos busca su alegría, su felicidad, su fin último. El oro ocupa, de este modo, el lugar de Dios. Esto es ya una gran desgracia. Y como la fortuna da facilidades para todos los vicios, sucede fatalmente que el hombre, sin Dios á quien temer, y lleno de vicios que alimentar, se sepulta en la vida degradante de los sentidos, y gozando del tiempo, se mofa de la eternidad.

(1) San Lucas es quien nos la ha conservado. Este evangelista reduce á cuatro las bienaventuranzas. ¿Es en esto más exacto que San Mateo? ¿Habrá que decir que este ha agrupado, á fin de tener un conjunto armónico de ocho, bendiciones pronunciadas en diversas circunstancias? Es posible, porque las tres penúltimas sobre los misericordiosos, los limpios de corazón y los pacíficos, no se refieren, tan directamente como las precedentes, á los que quieren entrar en el reino; sino que caracterizan más bien á los que están ya en él. De cualquier modo que sea, en *Luc.*, VI, 20 y sigs., la forma es más viva. En vez de pronunciar *maschals*, ó aforismos, el Maestro se dirige allí á los que le rodean, lo que le dispensa de precisar, como lo hace en *Mat.*, V, 2, etc., el sentido espiritual de las palabras que emplea, *pobres, hambrientos*, etc. Además pronuncia cuatro maldiciones, paralelamente á las cuatro bendiciones que había formulado. Se piensa con entera naturalidad en Israel invitado en otro tiempo según las prescripciones de Moisés (*Deut.*, XXVII, 11) á observar la ley de Dios por una serie de bendiciones y de maldiciones que descendían alternativamente del Garizim y del Ebal.

(2) Aquí está la prueba de que en la primera bienaventuranza se trata de la pobreza propiamente dicha, ó, al menos, de la libertad del alma con relación á los bienes de la vida, y no de la humildad ó de la ignorancia y sencillez de espíritu. Á propósito de esta libertad de alma dice San Agustín, *in Ps.*, CXXXI: «*Pauper Dei in animo est, et non in sacco.*»

«¡Ay de vosotros los que estáis hartos, porque tendréis hambre!» La licencia, que harta al hombre de placeres durante esta vida, le prepara el hambre más horrible para después de la muerte.

«¡Ay de vosotros los que reís ahora, porque gemiréis y lloraréis!» La eterna decepción, el horrible despertar de la vida futura aguardan á esos gozadores insensatos que se aturden con el estruendo de sus risas, y pasan su existencia satisfechos de sí mismos, sin hallar un instante para recogerse y comprobar su perfecta indignidad.

«¡Ay cuando os bendijeren los hombres, porque así lo hacían con los falsos profetas los padres de ellos!» Semejante aprobación universal, en el caso de ser objeto de ella, sería indicio de que se adula las pasiones en lugar de corregirlas.

Sin vacilaciones de ningún género, el apóstol debe ser, para el culpable, como la conciencia, que tiene sus durezas, como el grito de la justicia, que obliga, como el aguijón de remordimientos, que interrumpe el sueño, persigue y tortura; de otro modo, haría traición á los deberes de su ministerio. Nada importa que se le aborrezca, que se le maldiga, ó que se le haga víctima de injustas persecuciones; todo ello es muy natural. Á él lo que le toca es no ceder.

«Vosotros sois la sal de la tierra—exclama Jesús;—si la sal pierde su virtud, ¿cómo devolverle su acre sabor? Para nada sirve más que para tirarla á la calle y que la pisoteen los transeuntes.» De igual modo que la sal preserva los alimentos de la última descomposición, así la verdad religiosa, si permanece invariable, debe defender al mundo contra los principios de disolución que en sí naturalmente lleva, y salvarlo de la barbarie. Si esa verdad padece mengua, si se la desfigura, si se desvanece, la sal echada á perder no será más que una falsa é impotente sabiduría: en nada se diferenciará de la masa que debía preservar y transformar. Los hombres pisotearán esta verdad, corrompida como todo lo restante, y la muerte será universal.

«Vosotros sois la luz del mundo. No es posible que deje

de ser notada una ciudad situada sobre una eminencia. No se enciende una bujía para ponerla debajo de un clemín; en el candelero es donde se la pone, y de este modo ilumina á todos los que están en la casa.» Los Apóstoles no han recibido la dignidad del apostolado para permanecer en la sombra; los discípulos, de cualquier nombre y categoría que fueren, no reciben la luz del Evangelio para ocultarla. Lo que se les da no es sólo para ellos, es también y principalmente para los demás. La verdad que poseen debe irradiar é iluminar á los que están en las tinieblas. Jesús saluda con entusiasmo esta ciudad gloriosa de la Iglesia, á la que contempla alzada sobre la cima de la montaña y alumbrando como un faro luminoso á la humanidad sentada á sus pies. «Que vuestra luz brille ante los hombres, y que vean ellos vuestras obras de justicia; entonces glorificarán á vuestro Padre que está en los cielos.» El hombre virtuoso hace creer en la virtud, y, por consiguiente, en la ley moral, en el legislador; el discípulo honra con su vida al maestro; el hijo debe hacer conocer y admirar á su padre por la semejanza que con él tiene. Jesús quiere que la santidad de sus fieles llegue á ser por sí misma una elocuente predicación.

Tales son los pensamientos que sirven de transición á la parte principal ó al cuerpo mismo del discurso: ¿qué es la *justicia*, ese deber primordial de todo ciudadano del reino de Dios?

En realidad los fundamentos de esta justicia no pueden cambiar; permanecerán siempre los mismos. Ella descansará, mañana como ayer, sobre el conjunto de preceptos morales que llenan el Antiguo Testamento. Del ceremonial mosaico no hay para qué hablar aquí ⁽¹⁾. Enteramente

(1) Esta observación, absolutamente fundada, es, á nuestro juicio, la mejor solución de la dificultad propuesta á propósito de las palabras de Jesús que vienen después. Si se admite que por la Ley entiende las observancias mosaicas, se tropezará con una gran dificultad para explicar su manera de apreciar tanto las abluciones y purificaciones exteriores como la cuestión del sábado. ¿Quién osará decir que Jesús no ha suprimido nada, ni siquiera una *iota*, del formalismo legal? Sin duda—piensan muchos—que quiso mante-

transitorio y simbólico, debe tener un término. «No penséis—dice Jesús—que he venido á abolir la ley ó los profetas; no, yo he venido á completarlos. Y en verdad os digo, de esta ley ni una *iota* ni una tilde pueden ser suprimidas; antes perecerían el cielo y la tierra.»⁽¹⁾ Fundada sobre la esencia misma de las cosas, la ley moral halla en Dios su razón última; porque no es más que una emanación de la misma Divinidad, un rayo de la ley eterna, tan imperecedera como Dios mismo. He ahí por qué Jesús no suprime nada de esa ley. Su misión consiste en explicarla, en esclarecerla por medio de preceptos positivos más claros, en provocar su pleno desenvolvimiento despojándola de las superfetaciones ridículas de que los escribas la han sobrecargado.

Los desarrollos expositivos que el Maestro aporta serán esenciales y sagrados para todos los fieles en la misma medida que las adiciones rabínicas eran superfluas y carecían de interés. Nuevos rayos de la verdad eterna proyectados sobre el alma de la humanidad, van á modificar el horizonte de nuestra vida. Los rabinos habían materializado la ley; Jesús viene á espiritualizarla, y, aunque permaneciendo esencialmente la misma que en tiempos anteriores, la regla moral de la humanidad será en lo sucesivo más visiblemente semejante á la regla eterna que rige á Dios mismo. Así, pues, los preceptos que Jesús va á promulgar⁽²⁾

ner por el tiempo de su vida, el mosaismo con todas sus prescripciones. Estos tales declaran que no podía sin imprudencia obrar de otro modo, y que sin esto no hubiera sido comprendido de nadie, si siquiera de sus amigos. Finalmente — se añade, — sus afirmaciones en este punto son categóricas. Sí, lo son en efecto, de tal modo que, de aceptarlas sin restricciones, el mosaismo, en su conjunto de leyes complejas, habría debido sobrevivir al cielo y á la tierra, lo que no ha sucedido. En realidad, vemos que Pablo las entendió de un modo enteramente distinto, y á su debido tiempo provocó la determinación de los Apóstoles autorizando su interpretación.

(1) Recuértese que el *yod* es la letra *más pequeña* del alfabeto hebreo y que su figura es la de nuestra *coma*. Por esto San Jerónimo dice que estas palabras toman su sentido *de la figura de la letra* (ex figura litterae). No quedar una *iota* ó una *coma* sin cumplirse equivale á cumplirse hasta en las menores cosas. Véase Bengelius, *Gnomon Novi Testamenti*. (N. del T.)

(2) Dando este sentido al demostrativo *τούτων*, la sucesión de las ideas en el discurso de Nuestro Señor es mucho más natural.

son de altísima importancia, y establecerán la distinción entre lo por venir y lo pasado, entre los cristianos y los judíos.

«Si alguno—prosigue Jesús—suprime uno solo, aunque sea de los menores mandamientos que voy á transmitirlos, y enseña á los hombres á no hacer de él caso alguno, él mismo á su vez será considerado como el último de todos en el reino de los cielos. Mas el que los guardare y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos.» El hombre regenerado é invitado á asociar más íntimamente su vida á la de Dios, no tiene el derecho de declinar tal honor. En todo caso, cuanto más fiel sea en seguir la senda de la elevada perfección que se le propone, tanto más digno se mostrará de su Maestro y de la estimación de los amigos de Dios.

«En verdad os digo que si vuestra justicia no supera á la de los escribas y fariseos no entraréis en el reino de los cielos.» La justicia de los fariseos, vacía de verdad interior, es odiosamente falsa. Esos hipócritas formalistas han muerto la conciencia exagerando el alcance de las observancias legales. Contra ellos, hay que hacer prevalecer definitivamente el espíritu á expensas de la letra. Bajo este respecto, lo que el Maestro va á añadir á la teología moral del antiguo Israel, será obligatorio para todo el que quiera pertenecer á la Iglesia nueva. El no observarlo implica el no ser miembro de la misma. Oigan todos y fortifiquen su corazón.

«Sabéis que se dijo á los antiguos: No mataréis; el que matare, obligado quedará á juicio ⁽¹⁾. Pues bien, yo os digo que el que se encolerizare contra su hermano, será también reo de este juicio. El que llamare á su hermano: Hombre inútil (*raca*) ⁽²⁾, obligado será á concilio; el que le dijere:

(1) El Juicio de que aquí se trata es el de los Ancianos sentados á las puertas de cada ciudad para administrar justicia, aun en las causas capitales, conforme á lo establecido *Deut.* XVII, 2, 5, 8. No se sabe exactamente si estos jueces eran en número de veintitrés como pretenden muchos, ó sólo siete, como Josefo parece indicar (*Ant.*, IV, 8, 14).

(2) La palabra *raca* es un término despectivo, que viene ó del verbo he-

Necio ó impío, será reo de la pena del fuego en el valle de los hijos de Hinnom ⁽¹⁾.

Aun en el supuesto de que existiera realmente una gradación sensible en las tres especies de penas á que Jesús hace aquí alusión ⁽²⁾, no se ve que exista una gravedad correspondiente en las tres faltas mencionadas. Llamar *raca* ó insensato á su semejante, enfurecerse contra él, no constituyen una diferencia de culpabilidad muy apreciable. En conjunto es como hay que tomar el pensamiento del Maestro. Queriendo darnos á entender todo lo que hay de reprehensible en un sentimiento de odio, exagera un poco su lenguaje, exageración que el buen sentido reduce á sus justas proporciones. Evidentemente, no intenta decir que el injuriador merece un suplicio más terrible que el asesino: la cólera que ultraja no es más grave que la que quita la

breo *raqaq*, *escupir*, y significa *hombre despreciable* como quieren San Crisóstomo y Teodoro, ó mejor, según San Jerónimo, del siro-caldaico *rega*, *estar vacío, sin cerebro*. Algunos han supuesto que equivalía á estas palabras de *Santiago*, 11, 20: *o homo inanis*. Pero ¿no hay algún inconveniente en suponer que el Apóstol hubiera olvidado en esta ocasión el precepto del Maestro? Lo que con mayor fundamento se ha hecho notar es que en las frases talmúdicas, donde se halla la palabra mencionada, parece ser más bien una interjección ó juramento que una injuria. Así *Tanchum*, fol. 18, col. 4: «*Raca*, dice un judío al pagano que le invita á comer puerco, *de bestiis etiam mundis apud vos non comedendum*.» Y en otra parte, una princesa indignamente maltratada por su esposo exclama: «*Raca, ego sum filia regis!*» (*)

(1) La palabra *terra* no es otra cosa que el nombre hebreo «*Gue-Hinnom* ó *Gue-bene Hinnom*» es decir, *valle de Hinnom* ó *valle de los hijos de Hinnom*, dado al barranco que rodea á Jerusalén por la parte del mediodía en la dirección de poniente, y en donde Israel en su infidelidad se había entregado al culto de Moloc (IV *Reyes*, XVI, 3). Al regreso de la cautividad se tomó horror á este lugar de abominables recuerdos, y vino á ser una especie de estercolero donde se encendía fuego para consumir las inmundicias. De aquí que sirviera de imagen del infierno, llamado también Gehenna.

(2) En efecto, existían entre los judíos tres especies de suplicio: la espada, la lapidación y el fuego. El primero era aplicado por el tribunal de cada ciudad, el segundo por el Sanedrín, el tercero por la indignación pública.

(*) El texto de San Jerónimo dice: «*Hoc verbum proprie hebraeorum est. Raca enim dicitur κερός, id est, inanis aut vacuus, quem nos possumus vulgata injuria, absque cerebro, nuncupare.*» Los hebraizantes están acordes en que el sustantivo *raca* es una forma aramea del hebreo *raq*, *vacío*, y en el probable parentesco de las raíces *raq*, *ruq* con *raqaq*. Sobre el uso de *raca* en el Talmud, véase Vigouroux, *Le Nouv. Testam. et les decouvertes archeol. modernes*, p. 29 30. (N. del T.)

vida. No, pero siendo su objeto presentar como grave lo que el judaísmo consideraba como insignificante, extrema un poco la calificación y dice: «Según vosotros, sólo el asesino merece castigo; según yo, el hombre vengativo y colérico tendrá su pena más dura que la impuesta por los tribunales de la tierra, porque merece el fuego eterno.» De este modo, la Ley nueva regula y vigila no solamente los actos del hombre, sino los sentimientos secretos del corazón. Ora la ira ande escondida en el fondo del alma, ora estalle violenta en nuestros labios, Jesús la condena severamente y la compara al homicidio; ambas cosas proceden de un mismo principio: el odio al prójimo.

Estos sentimientos de acritud contra nuestros hermanos, de los que el judaísmo parece no preocuparse, son tan culpables ante Dios, que conservarlos es hacerse indigno de las miradas del cielo. «Si, pues—continúa el Maestro,—en el momento de llevar tu ofrenda al altar te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu oblación al pie del altar y ve en seguida á reconciliarte con tu hermano. Al regreso de haber practicado este acto de piedad, podrás presentar tu ofrenda.» Dios es más honrado por el sacrificio de nuestro orgullo, de nuestro rencor, de nuestro odio, que por el de nuestras víctimas ó de nuestros tesoros.

Por lo demás, no es solamente Él quien nos pide una pronta reconciliación con nuestro hermano ofendido; nuestros intereses humanos nos la aconsejan como ventajosa. Es preferible testimoniar nuestro pesar y buenas disposiciones al que hayamos ofendido, que satisfacer en justicia sus reclamaciones. Nada ganaríamos en un juicio, puesto que somos culpables. Habiéndole nosotros agraviado, permaneceremos siendo sus deudores. Si nosotros no procuramos hacer las paces con el ofendido, el juez arreglará el asunto por su cuenta y nos encerrará en la prisión, que es el símbolo de la condenación eterna. «Reconcílate pronto con tu adversario, mientras vas todavía de camino con él, no sea que te entregue al juez, y el juez al ejecutor de la justi-

cia, y seas puesto en la cárcel. En verdad te digo; que no saldrás de allí hasta que hayas pagado hasta el último óbolo.» Desde el punto de vista sobrenatural, que es el que Jesús se propone principalmente esclarecer, la verdad de estas consideraciones es sobretodo sorprendente. El hombre que rehusa reconciliarse con su hermano, mientras uno y otro se hallan en el camino de la vida, debe temer que la muerte le arroje á los pies del Juez soberano, y le haga expiar con dolores bien prolongados, quizá eternos, las injusticias que tan fácilmente pudo reparar en el tiempo de su vida. Grande es la severidad de la nueva Ley; pero ¡qué elevación resplandece en esta moral!

Jesús, pasando del quinto precepto al sexto, prosigue el paralelo entre la legislación de ayer y la de mañana. «Sabéis que ha sido dicho: No cometerás adulterio⁽¹⁾. Pues bien, yo os digo que todo el que fijare los ojos en una mujer para codiciarla, ya adulteró en su corazón con ella.» Aceptar, en efecto, la mala sugestión de la carne, alimentarla, seguirla hasta donde es posible, salvando la obra exterior, porque ésta es imposible, es haber cometido el crimen en el fondo de su alma. Ante Dios, el mal está hecho. Poco importa que no lo esté ante los hombres. Es necesario desconfiar del corazón y vigilar sus afectos desordenados. «Por esto—continúa el Salvador,—si tu ojo te escandaliza, arráncale y arrójale lejos de ti porque mejor te es perder uno de tus miembros que ser precipitado todo entero al fuego del infierno. Y si tu mano derecha te sirve de escándalo, arrójala lejos de ti, porque más te vale sacrificar una parte de ti mismo que ser sepultado con todos tus miembros en el infierno.» El remedio presente es, por tanto, violento como el mal: romper los lazos más dulces, alejarse de lo que había llegado á ser una parte de uno mismo, prohibir á su ojo el mirar para impedir la prevaricación del corazón, cortar un miembro para salvar el cuerpo, tal es el deber de los hijos del nuevo reino y el único medio de evitar la justicia eterna.

(1) *Exod.*, XX, 14.

«Se ha dicho también: Cualquiera que repudiare á su mujer, dele carta de repudio. Pues bien, yo os digo que todo el que repudiare á su mujer (á no ser en caso de infidelidad), la expone á cometer adulterio, y el que se casare con la repudiada, comete también adulterio.» Todas las causas de divorcio, que la escuela de Hillel multiplicaba á su gusto, como veremos más tarde, quedan, pues, radicalmente suprimidas en la Ley nueva. Y con razón. El matrimonio crea entre el hombre y la mujer lazos indisolubles. Si, por tolerancia, Moisés parecía haberlos relajado, la ley evangélica los restablece en toda su energía. Excepto el caso de infidelidad, el hombre no tiene derecho á despedir de sí á su mujer. Si la repudia, contrae la responsabilidad del mal que la mujer cometa ora sea viviendo en el desorden, ora tomando otro marido, con quien sería fatalmente adúltera. Únicamente el marido engañado conserva el derecho de arrojar del lecho conyugal á la que lo ha deshonorado, sin preocuparse de lo que á la infeliz llegue á sobrevenirle; el esposo no puede tener la responsabilidad de una mala conducta, cuya primera víctima ha sido él mismo, habiendo comprometido la esencia misma del matrimonio, la unión de los dos en una sola carne. Pero ¿podrá tomar otra esposa? Jesús no dice nada sobre esto. Más tarde tratará esta cuestión. Sin embargo, al negar á la adúltera el derecho de volver á casarse, no sólo quiere castigarla por su crimen, sino darle á entender que subsiste un lazo, aun después de su infidelidad, y este lazo encadena la libertad del inocente, lo mismo que la del culpable ⁽¹⁾.

«También fué dicho á los antiguos: No perjurarás, mas cumplirás al Señor los juramentos ⁽²⁾. Pues bien, yo os digo que os abstengáis en absoluto de jurar ni por el cielo, porque es el trono de Dios, ni por la tierra, que es

(1) Yerran los que quieren ver en estas palabras del Maestro un reconocimiento del derecho que tendría el hombre á tomar otra esposa después de repudiar la que le ha engañado. Nada de esto hay en el texto evangélico estudiado sin prejuicios.

(2) Jesús se refiere aquí á varios pasajes de la ley. *Levit.*, XIX, 12; *Núm.*, XXX, 3; *Deuter.*, XXIII, 22-24.

el escabel de sus pies, ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. No jures ni por tu cabeza, porque no puedes convertir en blanco ó negro uno solo de tus cabellos. Mas vuestro hablar sea: sí, sí; no, no. Porque lo que excede de esto, de mal procede.»

El ideal de la sociedad nueva es, en efecto, de tal naturaleza, que, para cada uno de sus miembros, el sentimiento íntimo de su unión con Dios debería ser la única garantía de la veracidad de sus palabras. ¿Qué necesidad hay de evocar el nombre y la presencia de Dios, cuando continuamente se está bajo su mirada y se siente su amistad?

Si después de la sublime lección del Salvador, la desgraciada condición de los tiempos y la insuficiencia de nuestra fe han autorizado todavía el uso del juramento, en circunstancias especiales en que importa recordar la severidad vigilante de la Providencia, no es menos cierto que la Iglesia cristiana sería mucho más digna de su Fundador, el día en que demostrara la vitalidad religiosa de todos sus hijos mostrándose á la altura de tan sublime consejo. El juramento es por sí mismo una consecuencia del pecado. Si se nos exige, es porque, en razón de la malicia inherente á nuestra naturaleza degenerada, se cree tener motivo para desconfiar de nosotros. Si nosotros lo ofrecemos, es porque tenemos conciencia ó de la desconfianza de los demás ó de nuestra propia debilidad. Cuando el Apóstol pone á Dios por testigo de la verdad de sus palabras, cuando Dios mismo, al dirigirse al hombre, parece pronunciar solemnes juramentos, es únicamente para disipar mejor toda duda en un corazón suspicaz y engañador. Tanto por lo que se refiere al Apóstol como á Dios, tales precauciones son superfluas. Para que la ley de sencillez y sinceridad cristiana llegara á ser plenamente practicable, sería preciso que todo el mundo fuera bueno y virtuoso en igual grado, así los que escuchan como los que hablan. Este es el ideal de la vida social en el reino de Dios; pero es dudoso que tan hermoso ideal halle jamás su realización en la tierra.

Prosiguiendo la exposición de sus sublimes enseñanzas, Jesús se eleva todavía más alto quizá en la esfera de esta perfección en que quiere establecer nuestra vida; tan alto, que asalta al ánimo la duda de si es posible seguirle hasta ese punto. Pero no debemos olvidar que el hombre puede ser justo sin alcanzar jamás el ideal propuesto, y que puede consolarse de no ser perfecto, si espera, por lo menos, ser virtuoso.

«Se ha dicho: Ojo por ojo, diente por diente ⁽¹⁾. Yo empero os digo: No resistáis al mal. Si alguno te hiere en una mejilla, preséntale la otra; y á aquel que quiere ponerte á pleito, y tomarte la túnica, déjale también la capa ⁽²⁾; camina dos millas con quien te había contratado por una; da al que te pidiere, y, al que te quiera pedir prestado, no le vuelvas la espalda.» Tomada á la letra esta ley de la caridad cristiana, sería desesperante y hasta peligrosa. Practicarla sin tener en cuenta las circunstancias, y sin discernimiento, equivaldría á dar alas al mal para que se atreviese á todo. Lo que fué excelente y necesario en el tiempo en que era preciso conquistar el mundo por medio de una dulzura y abnegación heroicas, cuando el pretender luchar, aun á nombre del derecho, contra la fuerza, hubiera sido una locura, no tiene la misma razón de ser, y sobre todo de obligar, en la sucesión de las edades. Al

(1) *Exod.*, XXI, 24 y en otros lugares. Esta había sido la sabiduría de los más célebres legisladores de la antigüedad; y cuando regula los actos de la justicia no privada sino pública, Jesús no intenta declararla absolutamente mala, así como tampoco ha considerado anteriormente el juramento como absolutamente criminal. El Salvador se contenta con proponer su ideal de caridad á las almas heroicas que tengan el valor de realizarlo en las diversas circunstancias de la vida común.

(2) En *Luc.*, VI., 29, lo primero que se supone violentamente arrebatado es la capa, y la túnica es lo que debe darse por exceso de caridad. Es, en efecto, más natural que el ladrón tome desde luego el vestido exterior, y que por añadidura se le conceda el interior. Estas divergencias, sin importancia real-evidencian, sin embargo, la imposibilidad de admitir una fuente común escrita que haya servido de base á nuestros sinópticos, y tampoco abogan en favor de ciertas teorías rigurosas que quieren extender la exactitud absoluta aun á los detalles más insignificantes del Evangelio. Difícil parece, en efecto, que Jesús haya dicho lo uno y lo otro. Ha debido de ser lo uno ó lo otro.

dictar este precepto bajo formas alegóricas, familiares, por otra parte, al genio oriental, el Salvador ha querido ante todo darnos á entender lo mucho que debe haber de paciente, de heroico, de sobrehumano en la bondad, la mansedumbre, la entrega absoluta de uno mismo, exigidas á sus verdaderos discípulos. Así Él mismo, en vez de presentar la mejilla izquierda al criado que le había herido en la derecha, se contentó con decir: «Si he hablado mal, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?» Ahora bien, en estas palabras practicaba precisamente lo que había establecido en su precepto: la dulzura, la afabilidad, la resignación, que deben causar sonrojo á los malvados por sus violencias y atraerlos á mejores sentimientos.

«Sabéis también que se ha dicho: Amarás á tu prójimo y odiarás á tu enemigo⁽¹⁾.—Se entiende aquí por enemigo á todo hombre que no practicaba la religión judía⁽²⁾.—Pues bien, yo os digo: Amad á vuestros enemigos y orad por los que os persiguen y calumnian, á fin de que seáis realmente hijos de vuestro Padre que está en los cielos. Él hace salir el sol á la vez para los buenos y para los malos,

(1) *Levit.*, XIX, 18. La palabra hebrea, que traducimos por la de *prójimo*, parece significa todo hombre en general. Los Setenta la han traducido por *ἐκαστός*. En realidad, la ley no mandaba odiar á los enemigos, pero cabe decir que en razón de sus prescripciones severas con respecto á todo hombre que no era hijo de Israel, inducía á profesar ese odio. (*)

(2) *V. Luc.*, X, 27 y sig.; Josefo, *Ant.*, *Jud.*, XI, 6, 5; Tácito, *Annal.*, V, 4-5, dice: «Adversus alios omnes hostile odium.» Las citas del Talmud legitiman esta apreciación. *Midr. Teh.*, fol. 26, 4: «Noli gentilibus benevolentiam aut misericordiam exhibere.» Lightfoot, *in Matth.*, V, 43, y *in Luc.*, IX, 60, ha recogido una serie de textos tópicos: «Nationes mundi canibus assimilantur.—Populi terrarum non vivunt.»

(*) La palabra hebrea en el *Levítico* es *reaj* (amigo), que los LXX traducen por *πρῶτος* (prójimo) y la Vulgata por *amicum*; en *Mat.* el griego usa la misma palabra, y la Vulgata *proximum*. Por lo demás, es cierto que dicha palabra griega—y lo mismo decimos de la hebrea,—puede significar todo hombre en general. Por lo que se refiere al texto á que Jesús alude, el *Levítico* dice sólo *amarás á tu amigo*; el resto de la frase parece haber sido añadido por una interpretación farisaica. Y si bien la ley se mostraba severa con los que eran hijos de Israel, éstos conocían textos como el de los *Proverbios*, XXIV, 17: «Cuando caiga tu enemigo, no te alegres.» Recuérdese también que ni el hebreo ni el arameo tenían palabra propia para expresar los matices que separan los dos extremos *amor* y *odio*, como diremos más tarde á propósito de las palabras de Jesús: «quien no odia á su padre...» (N. del T.)

y llueve para los justos y para los pecadores ⁽¹⁾. Si, en efecto, os contentáis con amar á los que os aman, ¿qué mérito tendréis? ¿No hacen otro tanto los publicanos? Y si no saludáis más que á vuestros hermanos, ¿qué hay en ello de admirable? ¿Por ventura no lo hacen también los gentiles? Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.» ¡Qué novedad divina en estas enseñanzas! No hay alma religiosa, de dieciocho siglos á esta parte, á la que no hayan arrancado gritos de admiración. ¡Qué grande y bella es la naturaleza humana, cuando se eleva á la práctica de tan asombrosa perfección! Y ¡cuán cierto es que practicar así la caridad es para los cristianos llegar á ser la representación viva del buen Dios sobre la tierra! La historia está ahí para decirlo y la veneración de los pueblos para probarlo.

He ahí sobre qué fundamentos descansará la justicia nueva. Pero no responderá al ideal descrito por Jesús, sino á condición de revestir un triple carácter de modestia, de sinceridad y de discreción que realce su mérito y la haga amar de todos.

«Procurad—continúa el Maestro—no exhibir vuestra justicia ante los hombres para ser vistos de ellos, de otra manera, no tendréis galardón de vuestro Padre que está en los cielos.» Esta máxima no contradice á lo recomendado más arriba, y no prohíbe á los fieles el que hagan brillar su luz á los ojos del mundo. Deben más bien poner cuanto esté de su parte para edificar al prójimo y aumentar así la gloria de Dios, pero nada para aumentar su consideración personal; de otro modo perderían el tiempo, y habrían recibido su recompensa en las alabanzas de la tierra; nada deberían esperar del reconocimiento del cielo. De este principio saca el Salvador las consecuencias siguientes: «Así, pues, cuando distribuyas tus limosnas, no hagas sonar la trompeta delante de ti

(1) Se halla este pensamiento en Séneca, *de Benef.*, IV, 26: «*Si deos imitatis, da et ingratias beneficia, nam et sceleratis sol oritur, et piratis patent maria.*»

como lo practican los hipócritas en las asambleas públicas y en las esquinas de las plazas. Pretenden con esto atraerse la consideración de los hombres; pero yo os aseguro que reciben ya en eso su recompensa.» La imagen de que Jesús se sirve aquí, refleja con exactitud y esclarece la bajeza de la vanidad del hombre que arroja con ostentación su limosna. Antes de depositarla en la mano de los pobres, la hace brillar á los ojos de todos; al dejarla caer en la bandeja del que la pide, la hace resonar; al enviarla al que la demanda, quiere que la voz pública la anuncie. Nuestra época, con sus listas de suscripciones, reproduce una parte de este ridículo extravío.

«Cuando dieras al pobre, procura que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha, á fin de que tu limosna sea absolutamente secreta. Tu Padre, al que nada se oculta, te premiará ⁽¹⁾.» De este modo el justo halla un santo consuelo en saber que debe ocultar á los demás y á sí mismo las buenas obras que hace, y que hay un ojo al que no pueden ocultarse, el de Dios. Este Dios es el que se reserva el pagar por sí mismo lo que prohíbe que se deje ver á otro. Un deudor de esta naturaleza suple ventajosamente á todos los demás.

«Y cuando oráis, no imitéis á esos hipócritas que gustan de orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas públicas para que los hombres los vean.» No es á Dios á quien pretenden dirigirse, sino á los hombres; no han orado al cielo; se han mostrado á la tierra, y por esto han perdido el tiempo.

«Mas tú, cuando orares, entra en tu cámara, cierra la puerta, y eleva así en secreto tus plegarias á tu Padre, y tu Padre, que no te pierde de vista ni aun en este lugar retirado, se encarga de recompensar tu oración.» El grito de los fieles, lanzado en el recogimiento del alma y ante Dios solo, se eleva tanto mejor al cielo

(1) Cicerón, II, 26, *Tuscul*, ha tenido el mérito de decir algo semejante: *Mihi quidem laudabiliora videntur omnia quæ sine venditamine et sine populo teste fiunt, nullum theatrum consciencia majus est.*

cuanto menos turbado está por las preocupaciones de la tierra, y conmueve tanto más el corazón del Padre, cuanto ningún ruido extraño viene á menguar su elocuente ardor.

«Cuando oraréis, no pongáis empeño en hablar mucho, como hacen los gentiles ⁽¹⁾. Creen hacerse oír á fuerza de palabras. No los imitéis. Porque vuestro Padre sabe lo que habéis menester, antes que se lo pidáis.» Para los gentiles, los dioses no estaban constantemente presentes al hombre, ni se hallaban al corriente de sus diversas necesidades. Era preciso invocarlos, instruirlos, disponerlos favorablemente por medio de interminables razonamientos. El único Dios verdadero está sin cesar con nosotros, ve nuestras miserias y sólo aguarda un movimiento del corazón para derramar en abundancia sus bendiciones. He ahí por qué los largos discursos son superfluos para con él; no quiere más que una simple súplica, es decir, la súplica natural y sin frases que murmura nuestro corazón. La verdadera oración se compone más de sentimientos que de palabras, conforme Jesús lo hará ver más tarde ⁽²⁾, y en este sentido puede decirse que muchas veces cuanto más se habla, menos se ora.

«Y cuando ayunéis, guardaos de poneros tristes como los hipócritas; porque desfiguran sus rostros para hacer ver á los hombres que ayunan. En verdad os digo que recibieron su recompensa.»

La costumbre de Oriente ha sido siempre no sentarse á la mesa sin haberse lavado cuidadosamente y sin haber perfumado la cabeza. Todo el que se presenta en público con semblante triste, los cabellos en desorden, la barba

(1) En Terencio, un marido dice á su mujer: *Ohe, jam desine deos, uxora gratulando obtundere. Illos tuo ex ingenio judicas ut nihil credas intelligere nisi idem dictum est centies.* (*Heauton.*, V, I, 6.)

(2) Aunque la oración dominical se halle intercalada en *Mat.*, VI, 9, *Luc.*, XI, 1-4, este evangelista precisa demasiado categóricamente la ocasión en que fué pronunciada, para no seguir su indicación. El Maestro, según el citado hagiógrafo no estaba ante la multitud sino en presencia de un auditorio reducido, y se levantaba de orar, cuando los discípulos le pidieron una fórmula de oración.

erizada ó manchada de ceniza, «desfigurando sus rostros», como dice el texto evangélico, prueba por eso mismo que no ha comido todavía; y si la hora del día es avanzada, se concluye de aquí que ayuna rigurosamente. Estos extremos de austeridad y de vida penitente logran siempre atraer la admiración pública. Pero mortificarse con tal objeto, es la más necia y detestable de todas las vanidades. Con que los hombres alaben y veneren este ascetismo extraordinario, no se ha conseguido más que envanecerse uno de sí mismo, y toda la recompensa obtenida se cifra en esta vanagloria comprada al precio del ayuno. Un alma verdaderamente grande no puede alimentarse de tan poca cosa. «Mas tú, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, á fin de que no parezca á los hombres que ayunas, sino á tu Padre, que está presente aun á lo que haces de más oculto; y este Padre que ha visto tu mortificación secreta, te dará la recompensa.»

De esta consideración referente al discreto sigilo que debemos procurar en nuestras buenas obras, aun á riesgo de parecer menos religiosos que lo que en realidad somos, vese conducido el Salvador á recomendar la reserva absoluta cuando se trata de juzgar al prójimo (1); porque si, conformándose con el precepto que acaba de indicarse, pone empeño en no hacer ostentación de sus méritos, estamos muy expuestos á equivocarnos al querer juzgarle. Aquí comienza la serie de lecciones de *sabiduría* cristiana que constituye la tercera parte del discurso, y viene á ser la regla práctica para los que desean afianzar su posesión del reino, y permanecer en él.

Desde luego, á una humildad profundísima deberán unir los verdaderos fieles una caridad mayor todavía. «No queráis juzgar, para que no seáis juzgados (2)—dice Jesús. —

(1) Las enseñanzas que San Mateo ha colocado desde el cap. VI, 19 al VII, 1, nos han parecido mejor distribuidas en San Lucas, y las volveremos á hallar más tarde.

(2) Esto se entiende de la vida privada en que la caridad debe representar el principal papel. En la vida pública, la justicia conserva el derecho de reprimir oficialmente todos los crímenes; sin esto sería imposible la sociedad.

Se os aplicará, en efecto, el juicio que hubiéreis aplicado á los demás, y en la misma medida que midiereis seréis medidos.» Existe, sin duda, un verdadero consuelo en poder decirse uno á sí mismo: Yo he sido indulgente con los demás, también lo serán conmigo, no en la tierra quizá, pero seguramente en el cielo. Luego en vez de emplear nuestra sagacidad en estudiar la vida del prójimo y criticarla, será más sabio examinar atentamente la nuestra y enmendarla. «¡Ves la paja en el ojo de tu hermano, y la viga que está en el tuyo se te pasa inadvertida! ¡Cómo, pues, te atreves á decirle: Deja que saque la paja de tu ojo, mientras una viga obstruye el tuyo? Hipócrita, comienza, pues, por quitar la viga que cubre tu ojo, y después verás de limpiar la paja del ojo de tu hermano.» Detestable hipocresía es, en efecto, alardear de una justicia inexorable, de un celo ardiente contra el mal, persiguiendo en los otros los menores defectos, cuando el que tal hace se halla entregado á todos los vicios. Y hay una singular consecuencia en el censor orgulloso, á quien ciegan el egoísmo, la avaricia, la lujuria ó la cólera, y que, sin embargo, se atreve á dar lecciones de moral á los que valen más que él.

No obstante, será preciso no confundir en una misma apreciación á los buenos y á los malos. Tratar á todo el mundo con la misma confianza, no sería prudencia. El apóstol, sobre todo, debe, antes de exponer las verdades del Evangelio á su auditorio, ver á quién se dirige. En este sentido, está autorizado para juzgar. Conforme á lo que se manifiesta con evidencia, y siguiendo los dictámenes de su juicio, dice lo que cree prudente manifestar, y calla lo que estima inoportuno. «No deis lo santo á los perros ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las huellen con sus pies, y se vuelvan contra vosotros y os despedacen.» Nada tan perjudicial como tratar de iniciar en las máximas de la perfección, ó en las virtudes heroicas, á espíritus viles y enteramente entregados á las groseras satisfacciones de los sentidos. Se les despierta el apetito al arrojarles estas piedras preciosas, que ellos

toman desde luego por el grano vulgar de que se alimentan, pero que acaban por pisotear tan luego como han reconocido su error. Su decepción se cambia en furor, y aquellos á quienes queríais hacer bien, porque os parecían admirablemente dispuestos, se vuelven contra vosotros y os muerden con el pretexto de que los habéis engañado.

La gran ley de la caridad, que, sin excluir la prudencia ni la justicia, inclina, por lo mismo, á la indulgencia inagotable, debe coronarse con tan admirables preceptos. Esa ley se halla resumida en el aforismo siguiente: «Haced á los demás todo lo que querríais que se os hiciera á vosotros.» Esta regla es segura y perfectamente inteligible para todos. «Ahí está toda la ley y todos los profetas.»

Sin duda, no es cosa tan fácil romper con un pasado de orgullo y de egoísmo para lanzarse valerosamente por esta vía de sacrificio y de humildad. Odiar, maldecir, codiciar, calumniar eran cosas naturales á la humanidad antigua, y no poco ha de costarle á la humanidad nueva el cambiar de ese modo de ser. Por lo mismo debe determinarse á hacerlo. «Entrad por la puerta estrecha—exclama Jesús;—porque la puerta grande y la vía ancha conducen á la muerte, y son muchos los que pasan por ellas. La puerta pequeña y el camino estrecho conducen, por el contrario, á la vida, y son pocos los que saben seguirlos.» Todo el que quiere ser discípulo de Jesús no tiene que abrigar ilusiones. El camino que él señala es rudo, estrecho, penoso, y la puerta de la ciudad donde se desarrolla la vida cristiana, es de difícil acceso. Mas el que penetra por ella, entra en el reino de la vida superior y en las regiones de la eterna felicidad.

Si alguno enseñare otra doctrina é hiciere otras promesas, es un engañador, y hay que desconfiar de él.

«Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros vestidos con piel de oveja; en realidad, son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura los espinos pro-

ducen racimos ó los cardos higos? ⁽¹⁾ Todo árbol bueno da buenos frutos, y el árbol malo no puede dejar de producir los detestables. Tan imposible es que el buen árbol produzca malos frutos, como que el malo los produzca buenos.» Las doctrinas forman la vida. Con tanto multiplicar sus enseñanzas, los fariseos y todo el judaísmo ritualista no han producido nada de consolador. Basta ver sus obras: son detestables. De consiguiente, sería una locura escucharlos. No se podría producir sino lo que ellos mismos producen. «Ahora bien, todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.» He aquí la sanción. «Por los frutos es como habéis de juzgar á los hombres. No todos los que gritan: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino solamente aquel que haga la voluntad de mi Padre celestial.» No, la religión nueva no se contenta con formas exteriores, con invocaciones ú homenajes tributados á su Fundador; la fe misma, si está sola, no basta. Hacen falta las obras. Practicar es tan necesario como creer, y, para entrar en el cielo, cada uno deberá probar que ha hecho generosamente lo uno y lo otro.

«De consiguiente—añade Jesús, cerrando así su magnífico discurso,—todo el que entendiere y practicare las enseñanzas que acabo de daros, debe ser comparado á un hombre prudente que ha edificado su casa sobre piedra firme. Sobreviene la lluvia, llegan los torrentes, soplan con violencia los vientos, y caen todos sobre esta casa, pero la casa permanece en pie. Porque estaba construída sobre roca.» Las obras fortalecen la fe, y muchas veces la manera de creer consiste en comenzar por practicar. De modo que el que conforma, no sólo su entendimiento, sino también su conducta con las enseñanzas del Maestro, puede estar seguro. Gracias á su prudencia, ni las pruebas de la

(1) Esta es otra de las divergencias, sin importancia real, pero que confirman lo que, poco há, anotaba el autor. Jesús, en *Mat.*, VII, 16, dice: «¿Cógense uvas de los espinos, ó higos de los abrojos?»; y en *Luc.*, VI, 44, la frase es: «No cogen higos de los espinos, ni vendimian uvas de las zarzas.» (N. del T.)

vida ni aun las de la muerte lograrán derruir el sólido edificio de su justicia y de su piedad. Del otro lado del sepulcro, subsistirá en pie con todas sus obras, y dichoso será por haber tenido la sabiduría de comprender que nada es sólido allí donde los actos no han venido á sostener las convicciones.

«Por el contrario, aquel que habiendo oído los preceptos que yo os doy no los observa, se asemeja al insensato que se contentó con edificar su casa sobre arena. Cae la lluvia, llegan las riadas, soplan los vientos, y se precipitan sobre esta casa; el edificio se derrumba y es grande su ruina.» No es raro ver creyentes que asombran al mundo con el espectáculo de su fe, y que profetizan y hacen milagros; su vida pública, á manera de edificio grandioso, se impone á la admiración de todos, pero se desconoce el secreto de su historia íntima, que dista mucho de estar en armonía con su fe. Los cimientos que había sido preciso asentar sobre piedra firme, no existen. Mientras no sobreviene ninguna prueba, todo el mundo ignora la insuficiencia de la obra; pero cuando llega la hora decisiva, todo se hunde, y del orgulloso palacio no quedan más que ruinas. Jesús deja al auditorio bajo la impresión de la eterna desgracia reservada á los imprudentes. Se cree oír el derrumbamiento de este edificio en los ecos lejanos de la eternidad.

Admiradas quedaron las multitudes á vista de estas enseñanzas, expuestas con una autoridad, con una claridad y con una elevación, que no se hallaba en los doctores judíos.

Evidentemente, el nuevo Maestro no tenía nada de común con ellos.

CAPÍTULO II

La ley de Misericordia y la pecadora en casa de Simón el fariseo

Magdala y su mala reputación.—Lo que falta á la hospitalidad de Simón.—
La pecadora en medio del banquete.—Heroísmo de su arrepentimiento.—
Perversa actitud del Fariseo.—La pregunta de Jesús.—Lección dada á Simón.—Una primera gracia hace nacer el amor, y el amor llama al perdón.—
—La paz del alma y la vida nueva creadas por la palabra de Jesús. (*Luc.*,
VII, 36-50.)

Para volver á Cafarnaúm, Jesús se dirigió á las riberas del lago y llegó á Magdala, pequeña ciudad situada á cinco kilómetros al norte de Tiberíades, y á la entrada de la planicie de Genesaret. La aldea musulmana de El-Megdel, con sus cabañas miserables, no ha conservado de la antigua Magdala más que el nombre, y quizá los cimientos de la torre (*Migdol*) de donde le había venido su denominación. Sin embargo, el sitio, al pie de la abrupta montaña, en las márgenes del lago, conserva su aspecto pintoresco; y la imaginación reconstituye fácilmente, aun á través de los setos de espinosas zarzas y ortigas gigantescas, de los charcos de agua y las piedras negras que en la actualidad cubren el suelo, el gracioso espectáculo que debía de ofrecer en otro tiempo este lugar privilegiado, cuando una red de innumerables arroyuelos canalizados sostenía en las fértiles praderas, entre bosques de flores y de frutos, la lujuriente vegetación que hacía de la tierra de Genesaret, al decir de Josefo, un verdadero paraíso terrenal. Bajo un cielo comparable al de los trópicos, en medio de una naturaleza tan bella, nada tenía de extraño que las costumbres fueran muy relajadas. Los rabinos atri-

buían la ruina de Magdala á la desenfrenada licencia de sus habitantes ⁽¹⁾.

Probablemente ⁽²⁾, en esta ciudad fué donde Jesús recibió la invitación de asistir al banquete celebrado en casa de un fariseo llamado Simón. ¿Había sido éste curado por el Señor, de alguna enfermedad, como podría creerse después de la conversación que va á seguir? Ó bien ¿no había atraído al Maestro á su casa más que por curiosidad y vanagloria? No es fácil decidirlo; el hecho es que Jesús aceptó la invitación.

La acogida fué seca y casi descortés. El viejo orgullo farisaico tropezaba siempre con alguna dificultad para inclinarse ante Aquel que, á decir verdad, guardaba pocas consideraciones á la secta soberbia y poderosa. El señor de la casa se desdeñó de ofrecer al ilustre huésped á quien recibía los testimonios más ordinarios de respeto y de amistad.

Al entrar en una casa en calidad de huésped, se comenzaba por quitarse el calzado, á la manera que entre nosotros suele quitarse el sombrero, y se le dejaba en el vestíbulo. El dueño besaba entonces á su huésped en la mejilla, diciéndole: «¡La paz sea contigo!» Después le hacía sentar, y en seguida los criados venían á lavarle los pies. En los países cálidos, en que los caminos están llenos de polvo, este refrescante baño es en alto grado higiénico. Los judíos veían en él, además, un rito de purificación casi indispensable. Un criado especial, ó el mismo amo de la casa, debía ungir á continuación, con un aceite odorífero, los cabellos y barba del recién llegado. Hoy to-

(1) *Echah Rabbathi*, fol. 41, y *Taamit Hieros.*, fol. 67, 1: «¿Quare destructa est Magdala? Propter scortatimem.»

(2) Al referir la historia de la pecadora arrepentida, *Luc.*, VII, 36, omite el nombrar la ciudad en que se desarrolla la conmovedora escena, y el motivo de suponer nosotros que ésta pasa en Magdala, es el haber identificado á Magdalena con la pecadora de quien aquí se trata. Las razones propuestas á fin de establecer que esta ciudad había sido Naím ó Cafarnaúm carecen de toda seriedad. El incidente, tal como se presenta en *San Luc.*, VII, 36, tiene un carácter absolutamente fragmentario y no se acomoda ni á lo que precede ni á lo que sigue.

davía hay la costumbre de rociarlo con agua de rosa. En fin, cuando llegaba el momento de la comida, se invitaba al convidado á que se lavase las manos. Conforme veremos en seguida, una buena parte de este ceremonial había sido pasado por alto al recibir á Jesús.

Sin embargo, los invitados se habían puesto á la mesa. De acuerdo con una costumbre, que más de una vez en nuestras excursiones nos ha suministrado interesantes observaciones ⁽¹⁾, en Oriente no se opone dificultad alguna á que las salas del festín permanezcan abiertas y accesibles á todos los curiosos que deseen gozar de la vista del espectáculo. Y no hay inconveniente en que las personas que van y vienen puedan escuchar lo que se dice, y aun tomen parte en la conversación. Se cree sin duda que la presencia de los extraños aumenta la alegría y la solemnidad de la comida.

Ahora bien, entre la multitud que libremente se había agolpado en casa del fariseo, hallábase una mujer, cuya presencia entrañaba algo que chocaba demasiado con la dignidad de una honrada asamblea. La infeliz, arrastrada quizá por uno de esos accidentes súbitos y abrumadores que, de un golpe, arrojan una perla en el fango, había descendido insensiblemente al fondo del abismo. Una debilidad momentánea, que llega á despojar á la mujer de esa aureola tutelar que se llama el honor, conduce casi siempre á los grandes desórdenes. El abandono de la familia, de los amigos, del valor; la tortura de la miseria, las pasiones, la brutalidad humana, todo contribuye á destruir las últimas defensas que permanecían en pie. La pecadora de que aquí se trata, y que era, conforme veremos más tarde, María, hermana de Marta y de Lázaro, pertenecía, sin embargo, á una honrada y rica familia. Ninguna mano amiga, ninguna consideración la habían detenido en la senda de sus desórdenes, con los cuales tenía escandalizada á la ciudad entera. Ofreciendo á todos su juventud y

(1) V. *Notre voyage aux Pays bibliques*, vol. II, p. 211.

su belleza, había llegado á ser, según la expresión del Evangelista, una pecadora pública, una mujer de vida airada (1).

¿Qué recuerdos, qué remordimientos, qué discursos vinieron á conmover esta alma perdida? ¿Había por ventura recogido de labios del Maestro una de esas palabras llenas de misericordia, capaces de realzar nuestra vida, más seguramente aún que las amenazas de la eternidad? La había sorprendido y reprendido Jesús en medio de sus locuras, en el lodazal de las plazuelas, cuando los siete demonios, horrible símbolo de todos los vicios, la torturaban, y, con una palabra, había hecho cesar la obsesión (2), dejándola entregada á sí misma y á sus amargas reflexiones?

Este es el mejor medio (3) de explicar lo que sigue, y de

(1) El calificativo, *ἀμαρτωλός*, que significa un pecador cualquiera, indica cuando se trata de una mujer, una cortesana ó una adúltera, sobretodo si no hay otra designación. Es que, en realidad, el gran pecado de la mujer es la infidelidad conyugal ó la prostitución. Sin temor de ningún género cabe suponer que la mujer de que se trata había cometido faltas tan numerosas como humillantes, puesto que Jesús dice de ella con intención: *peccata ejus multa*, y Simón califica su mala conducta de considerablemente escandalosa. Eso es, en efecto, lo que significan las palabras: *quae et qualis est mulier*.

(2) *Luc.*, VII, 2.

(3) La hipótesis de que Jesús había libertado á la Magdalena de siete demonios, con anterioridad al incidente del festín referido en este capítulo, se impone demasiado lógicamente á todos los que identifican á esta ilustre amiga de Jesús con la pecadora. No sería probable admitir que una poseída hubiera sido capaz de la demostración de arrepentimiento y amor, referida aquí. Su comportamiento, por otra parte, durante el festín, es visiblemente un acto de reconocimiento. Únicamente los convidados que ignoran lo que ha sucedido, se escandalizan de su atrevimiento y de la paciencia de Jesús. Entonces es cuando éste, cuya tesis favorita delante de los fariseos es que no hay un ser tan abyecto que no pueda ser rehabilitado por la gracia y entrar en el reino de Dios, aun con preferencia á los hijos de Abraham, propone á Simón la parábola naturalísima de los dos deudores. La pecadora debe á Jesús el ser libertada de siete demonios (500 denarios), el Fariseo le debe un servicio menor (50 denarios), cuya razón particular desconocemos. Pero ¿qué diferencia en la actitud de los dos discípulos con respecto á su Maestro! El reconocimiento del uno es mediocre, la abnegación de la otra se manifiesta por una demostración sublime. En cierto sentido, ha sido para ella un bien el haber descendido tanto, puesto que en esa caída halla la ocasión de remontarse á tan asombrosas alturas. Su amor reconocido va, en efecto, á merecerle el perdón de sus crímenes pasados. La miserable poseída, curada físicamente ayer, encontrará hoy en la purificación del alma, la libertad de los hijos de Dios. Simón, que se cree irreprochable, permanecerá casi estacionario en la justicia farisaica. Con ocasión de un primer beneficio, la una

comprender cómo aun antes de haber recibido el perdón de sus crímenes, Magdalena debía ya á Jesús todo su reconocimiento. Lo que hay de cierto es que su existencia había sido trastornada por una emoción profunda. No es raro, cuando la virtud renace en esos corazones desgarrados por la desgracia, verlos alcanzar de un golpe las elevadas alturas del más sorprendente heroísmo. Su arrepentimiento lleva consigo la misma vehemencia de pasión que ponen en el crimen. La humildad más profunda, el amor de Dios más decidido, el odio de sí mismo más implacable, todo esto había brotado súbitamente en el alma de la pobre joven inspirándole la actitud que observaba en aquel momento.

Con el vaso de perfumes en la mano, es decir, con el cómplice ordinario de sus desórdenes, entre las sonrisas maliciosas y las frases humillantes que saludaban su paso,

se ha sentido conducida al más vivo reconocimiento, el otro solamente ha dado pruebas de un afecto escaso. El resultado será que en razón de su gran amor, se le perdona mucho á la primera, mientras que del segundo nada se dice en razón de su indiferencia.

En esta exposición de los hechos es donde hay que buscar la solución satisfactoria de las dificultades que suscita el texto evangélico.

Si, en efecto, no se admite que Jesús había sido el bienhechor de la pecadora con anterioridad al festín, hay que concluir lógicamente de su parábola que Magdalena *ama por que se la perdona*, y no, como dice explícitamente más abajo, *que se la perdona porque ha amado*. Si los quinientos denarios perdonados representan, no la expulsión de siete demonios, sino la remisión de los pecados, es evidente que el amor de Magdalena ha sido la *consecuencia* y no la *causa* de su absolución. Y en ese caso, ¿á qué se reducen las expresiones tan categóricas de Jesús: «Sus pecados, aunque numerosos, le son perdonados, porque ha amado mucho»? La *causa* del perdón es manifestamente aquí el amor penitente; la absolución se nos presenta como una *consecuencia*. Imposible, en efecto, de despojar á la palabra *ὅτι* del sentido de causalidad que encierra. El aoristo *ἡγάπησε* se ha puesto además allí para dar á entender que el amor al bien precede al perdón, como la causa precede al efecto. De modo que la antilogía entre la parábola y la sentencia de Jesús sería flagrante, si la Magdalena no tuviera al Maestro por acreedor desde antes del festín; y desaparece esa aparente contradicción, desde el momento que suponemos á la Magdalena obligada á Jesús por el reconocimiento. De lamentar es, sin duda, que San Lucas no haya añadido la palabra que suprimía toda dificultad. Mas en cambio nos da aquí la prueba del escrupuloso respeto con que miraba las fuentes fragmentarias que le servían para la redacción de su Evangelio. La identificación de la Magdalena con la pecadora no estaba en esas fuentes; y San Lucas no ha querido añadirla por su cuenta.

Magdalena rompe por entre la multitud y penetra en la sala del festín. El carmín de la vergüenza había reemplazado en su frente á la impudencia del vicio; su mirada abatida nada tenía de provocador, y su caminar era el de la víctima que se dirige al sacrificio. Pero su pasado era tan infamante, que nadie advirtió la transformación que ofrecía en aquel momento. Nada es tan penoso, cuando se realiza á fuerza de energía, que la propia rehabilitación moral; nada tan terrible como caer en medio de un ambiente frío, escéptico, libertino, en el que, no apreciando nadie el estado de lucha meritoria que sostiene el convertido, todos tratan, con frases inconvenientes, de volver á arrojarle en un pasado del que tan lejos se halla ya.

Tras la primera impresión de maligna sorpresa, originada por el espectáculo de la mujer aproximándose á Jesús, todo el mundo comenzó á preguntarse lo que iba á suceder. Ignorábase que el Maestro hubiera hecho cosa alguna en favor de la pecadora.

Sabido es que los antiguos comían recostados, apoyándose sobre el brazo izquierdo y procurando además ocultar los pies, libres del calzado, por la parte posterior del triclinio. Allí fué, pues, donde, fuerade la vista del Señor, pero en presencia y bajo las miradas de toda la asamblea, la Magdalena cayó de rodillas. Oprimida por el pesar, la vergüenza y la emoción, no se atrevió á articular una sola palabra; pero el amor, el arrepentimiento, la fe, hablaban en cada uno de sus actos. En sus ojos, que tantas miradas culpables habían dirigido, se extinguían los últimos restos del fuego impuro, bajo la doble corriente de lágrimas que regaban piadosamente los pies del Señor; sus cabellos, ornamento de criminales vanidades, y denunciando aun la lujuria de pasados extravíos, flotaban desatados, como para hacer resaltar la confesión pública de su mala vida ⁽¹⁾, y le servían para enjugar los pies que bañaba

(1) Sábese que el sacerdote desataba la cabellera de la mujer judía antes de darle á beber el agua amarga, cuando había faltado á la castidad. En un país en que las mujeres van siempre con la cabeza cubierta, los cabellos suel-

con su llanto. Su boca criminal se purificaba así con el contacto de una carne virginal, y su corazón se desgarraba en sollozos de arrepentimiento y de amor divino. Abrió en seguida el vaso de perfumes, imagen de su alma que deseaba derramar toda entera con sus nuevas virtudes ante Jesús, y embalsamó los pies que estrechaba con ternura.

Semejante demostración de arrepentimiento habría debido ser para los asistentes tanto más conmovedora, cuanto que aquel á quien se dirigía permanecía al parecer insensible é indiferente. Por lo contrario, no inspiró al alma orgullosa y dura del fariseo más que esta maligna reflexión: «Si ese fuera realmente profeta, sabría muy bien qué clase de persona es la que le toca y vería que es una mujer de mala vida.» El contacto de un pecador público, según las doctrinas farisaicas, manchaba tanto como el de un leproso ⁽¹⁾. ¡Lastimosos efectos del formalismo! El único pensamiento que asalta á Simón ante tan sublime espectáculo, es que el Maestro corre el riesgo de contraer una impureza legal. Una censura bastante mordaz, que envuelve á la vez á Jesús y á la heroica penitente, es todo lo que halla en su alma. El anfitrión no la formula exteriormente, lo cual sería una inconveniencia; pero la deja entrever á la mirada que escudriña el fondo de los corazones. Y bien, puesto que, á su juicio, el Maestro no sabe quién es aquella mujer, Jesús tratará de averiguar si el fariseo sabe qué clase de hombre es él mismo, es decir, si se conoce á sí propio. «Simón,—dice el Salvador, rompiendo al fin el silencio, tengo que decirte una palabra.»—«Di, Maestro»—replica el fariseo.—Y después de estas fórmulas de cortesía, Jesús comenzó. Quería explicar la actitud de aquella mujer recordando

tos eran signo de gran humillación ó de profundo dolor. Véase el Talmud, *Sot.*, f. 5, 1, 3. *Marc.*, 1, 9. La historia profana refiere también que las mujeres paganas, en los días de calamidad pública, acudían á regar con sus lágrimas y á enjugar con sus cabellos el umbral de los templos, y también que los señores se complacían á veces en frotar sus manos con los cabellos de las esclavas que los servían.

(1) «¿Quanto spatío a meretrice recedendum est? R. Chasda respondet: Ad quator cubitos.» Schoettgen, *Hor. Hebr.*, I, p. 348.

que le estaba obligada. Por una razón que no conocemos, Simón debía también reconocimiento á Jesús, pero menos que la Magdalena. De ahí el sentido enteramente natural de la parábola que sigue: «Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, el otro cincuenta; no teniendo con qué pagar, el acreedor les perdonó la deuda á los dos. ¿Cual de los dos ofrecerá mayores pruebas de reconocimiento y afecto?—Supongo, respondió Simón, que aquel á quien se ha perdonado la mayor deuda.—Bien juzgado»—⁽¹⁾ repuso Jesús — Desde aquel momento las demostraciones ardientes de la pecadora son legítimas. Es preciso ver en ellas la expresión de un inmenso reconocimiento, que, sostenido por la fe, ⁽²⁾ recabará un nuevo beneficio de Jesús.

Volviéndose, en efecto, hacia la Magdalena, y mostrándola con un gesto compasivo, dijo: «¿Ves esa mujer?; pues bien, yo he entrado en tu casa en calidad de huésped y no me has dado agua para lavar mis pies; ella los ha regado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos; tú no me has dado el abrazo de bienvenida, y ella, desde que entró, no ha cesado de cubrir de besos mis pies; ella los ha inundado de bálsamo, y tú ni siquiera has derramado aceite sobre mi cabeza. Esta mujer no ha trabajado en vano; porque yo te digo que sus pecados, á pesar de ser numerosos, le son perdonados, en razón misma de su gran amor.» Aquí tenemos el complemento de la misericordia divina. Y dirigiéndose de nuevo á Simón, Jesús añade: «Aquel á quien se ha perdonado poco, ama poco.» Así se explica que seres profundamente degenerados, por el hecho mismo de levantarse correspondiendo á una primera gracia, pueden subir muy alto, en alas de su reconocimiento, mientras que naturalezas frías, porque son de suyo casi incapaces de grandes extravíos, permanece-

(1) Esta expresión del Maestro: *ὁρθῶς ἔκρινας*, recuerda el *πάνυ ὁρθῶς* de los diálogos socráticos.

(2) Es evidente, según el versículo 50, que la fe fué para la Magdalena el primer elemento de salvación. El amor fué el segundo.

rán estacionarias en su mediana virtud. La lección va derecha á todos los que desprecian á los pecadores, sin ocurrírseles siquiera que puedan éstos, en un arrebató del alma, con un vuelo del amor penitente, llegar, no sólo á la justicia, sino á una perfección que aquéllos no alcanzarán jamás. Siendo el corazón el gran resorte de la vida moral y religiosa, el que mejor sabe amar á Dios es el que más se le aproxima. El punto de donde se parte importa mucho menos que el punto adonde llega.

Nada se le ha dicho á Simón acerca de su alma y de su regeneración espiritual. En cambio Jesús á la pecadora le dirige estas consoladoras palabras: «¡Tus pecados te son perdonados!» Ella ha concluído, por tanto, con el mal; la misericordia divina borra con una sola palabra todo el pasado vergonzoso que pesaba sobre su cabeza. ¿Querrán los hombres recriminar allí donde Dios perdona? Él es el ofendido, y Él es el que, olvidando la ofensa, ordena á todos que no piensen ni se ocupen más en ella.

En esta identificación de Jesús con el Dios que perdona, tenemos la prueba palmaria de que personalmente se sentía Dios, como su Padre; pero los asistentes se mostraron molestados una vez más por las palabras del Maestro. Éste, sin conmovirse, y como si no oyese las murmuraciones se contentó con decir á la pobre humillada: «¡Tu fe te ha salvado; vete en paz!» (1).

(1) Querer identificar con *Mat.*, XXVI, 6; *Marc.*, XIV, 3; *Jan.*, XII 4, el anterior relato, traído ciertamente por San Lucas solo, quien en desquite pasa en silencio el de los otros tres evangelistas, es perder resueltamente de vista las diferencias de lugar, tiempo y personas que vedan confundir en una misma dos uncciones muy distintas. Aquí, en efecto, nos hallamos en Galilea, casi en los primeros tiempos del ministerio mesiánico, y la mujer puesta en escena es una persona extraña á la casa. Simón la supone desconocida de Jesús, de mala fama en la ciudad, y en condiciones de inspirar desprecio á los convidados. Más tarde estaremos en Betania, en Judea, á las puertas de Jerusalén, á seis días de la Pascua fatal, y la unción será practicada de otra manera muy diferente, por una persona conocida de Jesús con motivo de haber recibido la hospitalidad en su casa, y que parecía, por otra parte, hallarse en aquel banquete como en su casa, con los miembros de la familia. En fin y sobre todo, el resultado de las dos uncciones no tiene nada de común. En la primera, el Maestro concede á una pecadora, heroicamente arrepentida el perdón solemne. En la segunda, hace el elogio de una amiga y anuncia su propia muerte para dentro de breve plazo.

Ya no es una mujer perdida; y, porque ha creído, el buen Pastor la ha levantado, repatriado, rehabilitado. No más remordimientos, no más sufrimiento moral en la tierra firme de la justicia donde acaba de establecerse; en lugar de ello la calma en el orden y la alegría en la unión con Dios. Habiendo recibido Magdalena la paz del Señor, siente ya germinar en su corazón una vida nueva y un perfume de castidad inesperada. Su felicidad irradia á través de sus lágrimas. «¡Vete!,» —le dice el Salvador.—«Aquí me quedo yo,—murmura su amor,—cerca del que me ha dado la vida.»

En efecto, Magdalena no abandonó en lo sucesivo las huellas de Jesús. Á fuerza de penitencias y de virtudes, la antigua pecadora llega á ser la bienaventurada y santa amiga de su Salvador.

CAPITULO III

Polémica con los fariseos

Los fariseos preceden á Jesús en su viaje á Cafarnaúm para calumniarle. —Acúsarle de tener pacto con Belzebú. —Respuestas que confunden á los adversarios. —La derrota del hombre fuerte. —Su terrible desquite. —El pecado contra el Espíritu Santo. —Agitación entusiasta de la multitud. —Demanda de un signo en el cielo. —El signo de Jonás. —En el día del juicio la reina de Sabá y los ninivitas confundirán á los hijos de Israel. —El ojo del espíritu. —La fe crea el parentesco con Jesús. (*Marc.*, III, 19-35; *Mat.*, XII, 22-50; *Luc.*, XI, 17-36).

De esta compasiva misericordia de Jesús para con los miserables arrepentidos, comparada con su actitud severa frente al orgullo farisaico, se podía concluir que todas sus preferencias eran para los pobres humillados. En ellos hallaba, como elemento primero de resurrección moral, el desprecio de sí mismo, y el valor para arrostrar los sacrificios más penosos. He ahí todo lo que exigía la gracia del Salvador para producir la vida sobrenatural.

Pero si vivir con los pecadores era ya un crimen, dar á los mismos la preferencia sobre los fariseos debía parecer una abominación. No se tardó en hacérselo sentir de una manera cruelísima. Desde este momento, en efecto, la oposición farisaica en Galilea llegará á ser particularmente viva y osada. El sermón de la montaña había producido en los representantes del viejo formalismo religioso el efecto de una declaración de principios, absolutamente subversiva y revolucionaria. La acogida dispensada á los pecadores había venido á colmar la medida, y, de consiguiente, se decidió que no había más consideraciones que guardar.

Así, pues, cuando seguido de sus discípulos penetró el Maestro en Cafarnaúm, pudo comprobar que sus adversarios le habían precedido para envolverle en calumnias

y acusaciones. Según ellos, en las obras milagrosas de Jesús había connivencia con el demonio. El ataque no podía ser ni más brutal ni más torpe; sin embargo, no impidió que el pueblo acudiera en masa á la primera noticia de su llegada á la casa ⁽¹⁾ en que se había hospedado. Acaso era ésta la de Pedro, bastante reducida, y en la que hemos visto ya producirse una obstrucción tumultuosa. La acogida, según San Marcos, fué tan afectuosa y entusiasta, que no se dió lugar á Jesús y á sus discípulos para que tomaran un bocado de pan. Habíase llevado á la presencia del Salvador un poseído, mudo y ciego á la vez: el Maestro le devolvió la vista y la palabra. La multitud, sintiéndose dichosa de ver al joven Profeta responder así á las hostilidades de sus adversarios, se hallaba en un estado de exaltación moral de alegría, de admiración, que parecía ponerla fuera de sí. «¿Por ventura—exclamaba—es este el hijo de David?»

Á estas aclamaciones respondía la rabia envidiosa de los escribas y fariseos: «No, no, no es más que un poseído del demonio; si arroja los malos espíritus es en nombre de Belzebú, su príncipe» ⁽²⁾. Nada tan irracional como una

(1) *Marc.*, III, 20, al decir que la multitud se trasladó de *nuevo, πάλιν* hacia *la casa*, parece suponer que se trata del lugar mismo en que el paralítico había sido curado, 11, 1-2, es decir, de la casa en que Jesús se alojaba en Cafarnaúm, *oikos* ú *oikia* sin artículo, la de Pedro, en la que había obrado ya tantos prodigios, I, 29-34.

(2) Los intérpretes andan divididos sobre el sentido del nombre que lleva aquí el príncipe de los demonios. Según San Jerónimo, que lee *Beelzebub*, esta denominación, en otro tiempo dada al dios de los accaronitas (IV *Reyes*, I, 2), significaría el *dios de las moscas*, sea porque los accaronitas le atribuían el poder de librar al país de las moscas que lo desolaban (Plinio, *Vist. Nat.*, IV, 9), sea porque los judíos ponían así maliciosamente en parangón al dios de sus vecinos, *dios de las moscas*, con su propio Dios, que era el *Dios de los dioses*. Véase también en Lenormant, (*la Divination* p. 95), la creencia de los babilonios en la virtud adivinatoria de las moscas. Pero la lectura más común y mejor autorizada dice *Beelzebub*, lo que equivale á *dios del muladar*. Los judíos calificaban, en efecto, la idolatría de *inmundicias, de estercolero*, etc., y, para los rabinos, participar en el culto idolátrico, valía tanto como *extendere manus in stercorario*. Satán era el rey de la idolatría. Lightfoot, *Hor. hebr. in Matth.*, XII, 24. Muchos exégetas prefieren ver sencillamente en *Beelzebub* (*Baal* en cald. *Beel*, por contracción *Bel*, el Señor, y *Zebul*, de la habitación) el nombre que los fenicios daban á su dios el Sol, señor de las esferas celestes. V. Meyers, *Phönizier*, I, pág. 260.

suposición de tal índole; pero ¿quién no conoce la estúpida credulidad de las multitudes? Las monstruosidades más extravagantes, echadas á volar con el mayor aplomo, son las que producen impresión más viva. Pregonándolas en voz bien fuerte, se consigue que el vulgo ignorante las acepte. Jesús no permitió á sus enemigos ir más allá, é interpelándolos con la energía del simple buen sentido les dijo: «Todo reino dividido contra él mismo, desolado será. Toda ciudad, ó casa dividida contra sí misma, no subsistirá. Si Satán echa fuera á Satán, contra sí mismo está dividido; pues ¿cómo subsistirá su reino?» Este razonamiento tan sencillo encerraba una verdad abrumadora. Satán exterminándose á sí mismo, es el absurdo.

Por lo demás, si el mencionado argumento no basta, he aquí otro más acerado, porque es personal: «Si yo lanzo los demonios en virtud de Belzebú, ⁽¹⁾ ¿en virtud de quién los lanzan vuestros hijos? Por eso serán ellos vuestros jueces.» Había, en efecto, una parcialidad demasiado manifiesta en atribuir sin motivo las obras de éstos á Dios y las de Jesús al demonio. «Pero,—prosigue el Salvador—si yo arrojo los demonios en virtud del Espíritu de Dios, es que el reino de Dios se halla establecido entre vosotros. Para entrar en casa del hombre fuerte y apoderarse de sus alhajas, es preciso haberle encadenado previamente. Mientras, armado de pies á cabeza, guarde la entrada de su residencia, todo lo que le pertenece está seguro. Sólo cuando uno más fuerte que él haya logrado vencerle, se verá arrebatar las armas con que contaba, y sus despojos

(1) Antes de Jesús, é independientemente de él, los judíos tenían exorcistas que, mediante ciertos ritos bastante extraños, pretendían arrojar los malos espíritus. (*Luc.*, IX, 49; *Hechos*, XIX, 13); *Antiq.*, VIII, 2, 5 y VII, 6, 3.) Se puede poner en duda la realidad de su poder. Lo que Josefo refiere del mago Eleazar semeja más bien cosa de prestidigitación que exorcismos serios. El Talmud, *Tanch.* f. 70, 1, habla de exorcistas que, invocando los nombres de David y Salomón, sahumaban á los enfermos con humo de ciertas raíces y lanzaban de este modo los espíritus inmundos. Jesús, al citar el ejemplo de los rabinos judíos, no intenta en manera alguna comparar sus obras con las que él mismo realizaba. Argumenta partiendo, no de lo que los magos hacen, sino de lo que los fariseos suponen que pueden hacer.

serán divididos.» Tal ha sido la suerte de Satanás. Desde el principio, habiendo suplantado á Dios en el mundo, reinaba en él como en su casa; la humanidad le había erigido altares y levantado templos. La creación material, el cuerpo del hombre, y, por último, las almas cayeron sucesivamente en su poder. Todo se hallaba sujeto, no sólo á su influencia moral en los hábitos perversos, sino también á su acción física en la obsesión y la posesión. Ahora bien, he aquí que llega uno más fuerte que él, es decir, el Hijo de Dios. El cual comienza por vencer y encadenar á Satán, y entrando entonces en lo que había llegado á ser la casa del diablo, vuelve á tomar allí todo cuanto en ella se contiene y que le había legítimamente pertenecido; el vencedor se apodera de todo, sin que el vencido pueda impedirlo, porque el reino de Dios ha comenzado.

En ese pasaje se nos presenta, bajo la forma de una imagen ⁽¹⁾, la historia de la Redención, de esa vuelta ofensiva del bien contra el mal, de Dios contra el demonio, lucha á la cual los enemigos de Jesús asisten, y de la cual se escandalizan.

Después de esta argumentación absolutamente concluyente contra las calumnias de sus adversarios, Jesús, volviéndose á la multitud, que súbitamente había depuesto su primer entusiasmo, y guardaba una actitud reservada y casi indiferente, exclama: «El que no está conmigo, está contra mí; y el que no allega conmigo, esparce.» Sí, después de haber conocido al Salvador, no es posible mantenerse en la indiferencia con respecto á él. No ser su amigo, es declararse su adversario; no conquistar con él la vida eterna, es perderse miserablemente. Ahora bien, tal será la desdicha de aquellos á quienes la gracia ha iluminado en algún tiempo, y á quienes la duda ha sumido luego en la frialdad y en la indiferencia. Satanás tiene segundas acometidas, que son formidables. El maligno espíritu aguarda su

(1) La imagen es casi la misma que la que se encuentra en *Isaías*, XLIX, 24-25, donde Jehová declara que la captura del poderoso le será arrebatada.

hora, que es la de la turbación para el corazón ó la de las tinieblas para el espíritu. Aprovechando entonces la ocasión favorable, recobra con ventaja lo que había perdido. «Cuando el espíritu impuro se ha visto forzado á salir de un hombre, vaga errante por lugares áridos ⁽¹⁾, buscando reposo sin hallarlo. Entonces se dice á sí mismo: Volveré á la casa que he abandonado. Volviendo, en efecto, la halla libre de obstáculos, limpia y adornada. Convoca entonces á otros siete espíritus peores que él, los cuales le acompañan en la entrada y moran allí, y el último estado de ese hombre es peor que el primero.» De este modo, todo el trabajo que Dios había puesto en un alma, purificándola de su pasado, adornándola de virtudes nuevas, de hábitos serios, se pierde en la esterilidad, porque en un momento esa alma ha quedado vacía, es decir, sin Jesucristo, ahuyentado de ella por la duda, mientras Satanás ha entrado de nuevo á poseerla como vencedor. Su triunfo será probablemente definitivo. También es horrendo el crimen de los que con sus negaciones descaradas, perturban la fe de los creyentes y preparan su ruina. «¡Ah! yo os aseguro — exclama Jesús — que todos los pecados y todas las blasfemias le pueden ser perdonados al hombre, por grandes que sean, excepto la blasfemia contra el Espíritu Santo, la cual no será perdonada.» Por el Espíritu Santo, es por quien se completa en nosotros la completa y perfecta manifestación de la verdad divina. Él es la luz, la evidencia que hace brillar la presencia de Dios en la conciencia humana. Revolverse contra esa luz, negar esa evidencia, es el suicidio moral del hombre. Por medio de ese acto de malicia inexcusable, matamos en nuestro corazón todo sentido religioso, y nos condenamos á una ceguera interminable. «Aquel que dijere—añade Jesús—una palabra

(1) La creencia común ponía en el desierto la morada ordinaria de los demonios. (*Levít.*, XVI, 10; *Job.*, XXX, 3; *Baruch.*, IV, 35; *Apoc.*, XVIII 2, etc.). Desterrados de la eterna felicidad en el mundo de lo invisible, se suponía que debían estarlo también de las alegrías de la creación en nuestro mundo actual.

contra el Hijo del Hombre, podrá ser perdonado; pero el que la dijere contra el Espíritu Santo, no obtendrá misericordia ni en esta vida ni en la otra.»

El hombre que pone en duda la realidad de la naturaleza divina de Jesús, ó de su misión, puede engañarse sin obedecer á una malicia obstinada ó llena de odio, por una mera aberración del entendimiento y bajo el imperio de ciertos prejuicios que le vedan ver la luz. Culpable es, á no dudarlo, pero su falta no es irremisible. El que así procede, no ha interceptado con propósito deliberado, en virtud de un cálculo frío y criminal, los rayos de la luz divina. Al llegar la hora, cuando el corazón esté más puro y el entendimiento menos turbado, una irradiación celeste podrá iluminar su alma. No está todo perdido. Por el contrario, el malvado, que, viendo clarísimamente, hasta el extremo de no poder dudar, la obra del Espíritu Santo, ha dicho, á pesar de todo y movido del odio, que era la obra de Satán, no es digno de vislumbrar las señales del cielo. Puesto que quiere obstinadamente la noche, la mentira, el mal, los tendrá eternamente. Dios perdona las debilidades del corazón, las ilusiones del entendimiento, hasta los desvaríos del orgullo; pero no perdona jamás la malicia refinada del alma, porque esa malicia despoja al alma de toda posibilidad de hacer cosa alguna para merecer el perdón. «Ó haced el árbol bueno, y su fruto bueno; ó haced el árbol malo y su fruto malo, porque por los frutos se conoce el árbol.» Si arrojar los demonios, curar los enfermos, hacer milagros, son buenas obras, preciso es convenir en que el autor de estas buenas obras es asimismo bueno, y que no puede ser confundido con Satán, personificación horrible del mal. Ó bien, si se quiere absolutamente ver en Satán la causa de todos sus prodigios, es preciso concluir de tal supuesto que los prodigios mismos son también malos. Decir que el árbol puede ser bueno y producir malos frutos, ó que los frutos pueden ser buenos y el árbol malo, es negar la evidencia, proferir una blasfemia y cometer un pecado inexcusable. Tal es el crimen de los calumniadores de Jesús.

«¡Oh raza de víboras—exclama el Maestro indignado—¿cómo vosotros que sois malos podríais decir cosas buenas? Porque de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre de bien saca cosas buenas de su fondo, que es bueno; mas el perverso no saca del fondo de su corazón más que perversidad. Ahora bien, yo os declaro que el día del juicio, se rendirá cuenta hasta de una palabra inútil. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.» La energía con que Jesús atacaba de frente á sus adversarios admiraba á todos. Parecían impropios del Maestro, ordinariamente tan dulce, aquel repentino tronar de su voz, aquella poderosa indignación por largo tiempo contenida; y los fariseos estupefactos, desenmascarados por la ardiente palabra de Jesús, se contentaban con decir: «No hay más; ha perdido la cabeza» (1).

Al enterarse de aquellas nuevas la multitud, acudía en mayor número, y Jesús aprovechaba la ocasión para hacer resaltar su triunfo y continuar humillando á sus adversarios con sus abrumadoras respuestas. El triunfo era tan completo que el pueblo no podía disimular su admiración. Una mujer, interpretando los sentimientos de todos exclamó: «¡Bienaventurado el vientre que te llevó en su seno, y los pechos que te amamantaron!» Jesús repuso: «Decid más bien: ¡Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la observan!»

Entonces fué cuando algunos fariseos, tratando de remediar la comprometida situación en que se iban poniendo sus negocios y poner coto á los aplausos de la multitud, presentaron al Salvador en son de desafío la siguiente demanda: «Maestro, queremos ver señal de ti.» Los milagros obrados en la tierra les parecían sospechosos; consideraban que pueden ser cosa de magia, ó el resultado de

(1) No es dudoso que la palabra «multitud» es el sujeto de *ἐλεγον* y que Jesús lo es de *ἐξέστη*. Este último verbo significa una exaltación moral que parece poner al hombre fuera de sí y volverle loco.

alguna intervención diabólica. Si tales maravillas brillaran en el cielo, consentirían en calificarlas de concluyentes, porque vendrían entonces de lo alto, serían con toda verdad *signos* celestiales, y ya no las pondrían en tela de juicio. No de otro modo en el desierto Satanás había pedido á Jesús un milagro en el aire para probar su misión divina. «Esta generación incrédula y perversa —replica Jesús,—pide un signo, y no obtendrá otro que el del profeta Jonás. Porque así como Jonás permaneció tres días y tres noches en el vientre de una ballena, así el Hijo del hombre estará también tres días y tres noches ⁽¹⁾ en las entrañas de la tierra.» Tal fué la respuesta dada á los fariseos. El verdadero signo que el profeta Jonás dió á los ninivitas, fué su predicación. «¡Cuarenta días no más, y Ninive será destruída!» El signo que Jesús da á Israel es, por modo semejante, el anuncio de su próxima ruina. La amenaza del profeta bastó á aquéllos; la amenaza de Jesús no dijo nada á éstos. Puen bien, les será dado además otro signo, que guarda una evidente analogía con la historia de Jonás, signo más contundente que cuantos pudieran presentarse, y que, sin embargo, no dejará al pueblo judío menos obstinado en su incredulidad. Únicamente que no es en el cielo, sino en el abismo donde ese signo aparecerá. Samuel había mandado al trueno resonar fuera de las leyes de la naturaleza; Elías había hecho descender fuego del cielo; el Hijo del hombre se reserva ahogar la muerte misma en el sepulcro, resucitando de él gloriosamente. «Así como Jonás fué un signo para los ninivitas, así el Hijo del hombre lo será para la generación presente.» Jonás, salvado milagrosamente de

(1) En realidad, Nuestro Señor no pasó tres días y tres noches en las entrañas de la tierra. No estuvo con los muertos más que un día y dos noches. Pero como en realidad su permanencia en la tumba alcanzaba la víspera del sábado por la tarde y la madrugada del día siguiente, puede con razón evaluarse en cifra redonda, según el uso constante de los judíos, este espacio de tiempo. V. I. *Reyes*, XXX, 12; II *Paralip.*, X, 5; compárese con XXVI, 12.

la muerte bastó para atraer á penitencia y salvar á los Ninivitas, Jesús resucitado, ¿no debería bastar á Israel? «¡Ah!—prosigue el Señor,—la reina del Mediodía surgirá el día del juicio con los hombres de esta generación, y los confundirá. Porque ella vino de las más remotas regiones para oír la sabiduría de Salomón. Y he aquí que entre vosotros tenéis algo más grande que Salomón.» ¿Qué valía la ciencia de Salomón si se la compara con las obras y discursos de Jesucristo? Y, no obstante, la reina de Sabá, sin pedir la realización de algún milagro extraordinario en el cielo, corrió á través de distancias y peligros á escuchar al heredero de David. ¿Qué confusión para los judíos el no haber reconocido la sabiduría admirable del Mesías y haberle requerido para que diera pruebas de su celestial misión por medio de un signo! Pero todavía causará mayor extrañeza ver que, no obstante haberse dado á Israel el signo de la resurrección, el empedernido pueblo resiste aún. «En el juicio se levantarán también los hombres de Nínive contra esta generación y la condenarán; porque, á la voz de Jonás, ellos á lo menos hicieron penitencia. Y bien, aquí hubo algo más que Jonás.»

¿Cuál es, pues, la causa de esta extraña obstinación en presencia de la verdad? Jesús lo hará entender claramente. «La lámpara del cuerpo, dice, es tu ojo; cuando tu ojo está sano, todo tu cuerpo se halla en luz; pero cuando está enfermo, el cuerpo está en tinieblas.» El ojo, en efecto, es el que nos sirve á todos para ver y dirigirnos. El ojo mismo recibe la luz de fuera; pero en tanto la recibe, en cuanto que está bueno y sano. Del mismo modo hay también un ojo para el hombre interior, y ese ojo es el corazón, por el que la inteligencia y la voluntad son iluminadas. Si al corazón es puro, la luz es abundante; pero si está enfermo, depravado, la luz se debilita, se hace dudosa, y aun se retira enteramente para dejarnos sepultados en la noche más profunda y peligrosa. «Guárdate—concluye Jesús—de que la luz que está en ti no se convierta en tinieblas.» Esta es la mayor desgracia que puede ocurrirle

al hombre. En vano se agitaría en medio de la revelación divina más esplendorosa; no recibiría iluminación, porque su ojo espiritual es incapaz de ser penetrado. Tal es la suerte de los fariseos, que no tienen el corazón puro y no pueden ver cosa alguna, sin que basten á sacarlos de su ceguera todos los signos celestes que reclaman, aunque les fueran concedidos. Necesitan, en primer término, limpiar el ojo de su alma, despojarse del orgullo, de la hipocresía, de sus secretas injusticias, de sus preocupaciones formalistas; y entonces verán sin esfuerzo alguno la verdad, y no tendrán que clamar por inútiles incrementos de luz.

Sin embargo, inquieta la familia de Jesús por los rumores que se divulgaban, por el tumulto de la reunión y el peligro que podía haber en desafiar las iras de un partido no menos fanático que poderoso, había acudido con objeto de tratar de llevarse al Salvador. La presencia de María en esta ocasión prueba bien que los parientes no intentaban apoderarse de él á viva fuerza como algunos han supuesto, fundándose en las expresiones de San Marcos ⁽¹⁾. Tratábase, simplemente, de que se resolviera á abandonar un ambiente lleno de peligros, recordándole que ni él ni sus discípulos habían tenido todavía tiempo de tomar su comida. Tan compacta era la multitud, que la familia necesitó decidirse á transmitirle su deseo por conducto de intermediarios. «He aquí, se le dijo, que tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren hablarte ⁽²⁾.» Mas Jesús, proponiéndose dejar establecido que había un parentesco más verdadero, más íntimo y más caro á su corazón, que el parentesco de la tierra, se contentó con decir: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» Después tendiendo la vista á su alrededor, extendió su mano hacia todos los discípulos atentos á recoger sus enseñanzas: «He ahí—exclamó—mi madre y mis hermanos; y todo

(1) *Exierunt tenere eum.*

(2) La ausencia de José, que tampoco es mencionado en esta circunstancia, apoya una vez más la opinión de que había muerto.

el que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, será mi hermano, mi hermana y mi madre!»

El que cumple la voluntad del Padre arroja su propia vida en la corriente misma de la vida divina. El vínculo de perfecta dependencia que el cumplidor de los divinos preceptos establece entre él y el Padre, constituye una verdadera filiación. Bajo este aspecto, el que así se conduce llega á ser realmente hermano de Jesús. Un parentesco de tal índole, por proceder del Padre celestial, es más estrecho y glorioso. El Maestro tiene razón en anteponerle á todos los demás. ¿Acaso la vida del alma no vale más que la del cuerpo?

Muchos de los oyentes no alcanzaron quizá á penetrar el sentido profundo de su palabra.

En la sucesión de los tiempos, esa palabra ha promovido entusiasmo y hecho capaz de todos los sacrificios al que piadosamente la ha recogido y meditado. ¿Podía pagarse demasiado caro un título nobiliario que nos elevaba á la categoría de hijos de Dios y hermanos de Jesucristo?

CAPITULO IV

La enseñanza parabólica en las márgenes del lago

Por qué Jesús se puso á hablar en parábolas.—¿Qué es la parábola?—La *siembra* y los diversos terrenos.—Explicación detallada del Maestro.—Una parábola complementaria en San Marcos.—El grano de *mostaza*.—*La levadura*.—La zizaña entre el trigo.—Explicación dada por Jesús.—*El tesoro*.—*La piedra preciosa*.—La red y la separación definitiva de los buenos y los malos.—El verdadero doctor varía, para utilidad de sus oyentes, el modo de comunicar su enseñanza. (*Mat.*, XIII, 1-53; *Marc.*, IV, 1-34; *Luc.*, VIII, 4-18, y XIII, 18-21.)

Una vez más Jesús salía victorioso de la lucha, pero no cabía dudar de que sus adversarios extremarían cada vez más sus hostilidades. Como el vulgo es un medio abierto á todas las influencias, los malvados pueden siempre penetrar en él disimuladamente, y, mediante sus insinuaciones malévolas, destruir lo que los buenos han edificado á fuerza de celo y de paciencia. Aunque continuaba hablando á todo el mundo, Jesús sentía la necesidad de reservar la última palabra de su doctrina para los únicos que eran dignos de conocerla. Los mismos filósofos antiguos habían establecido una división entre sus oyentes, clasificándolos en dos categorías distintas⁽¹⁾, y al lado de la enseñanza pública (*exotérica*), se complacían en dar una enseñanza privada (*esotérica*). Los amigos merecen algunas preferencias. Por lo demás, el partido que adoptó Jesús no privaba á nadie del derecho de entrar con un ligero esfuerzo en la cabal plenitud de su pensamiento. La verdad, por el hecho de caer de sus labios, velada por agrada-

(1) Aulo Gelio, *N. A.*, XX, 4, refiere esto de Aristóteles.

bles imágenes, no debía resultar menos inteligible. Entre los adversarios y los amigos, establecía esta única diferencia: que si los segundos no habían sido bastante perspicaces para adivinar el pensamiento, él mismo se lo explicaba y aclaraba, mientras que tratándose de los primeros, les dejaba el cuidado de buscar por su cuenta el sentido de las enseñanzas que les proponía, aun á riesgo de que fueran incapaces de conseguir su propósito.

Por esta razón comenzó á hablar en parábolas, y este género de enseñanza llegó á ser en lo sucesivo su método ordinario para exponer los misterios del reino de Dios. San Mateo observa que de este modo daba cumplimiento á la palabra del profeta: «Abriré mi boca en parábolas, publicaré las cosas ocultas desde la creación del mundo» (1).

La parábola, como indica su nombre (2), es una especie de problema propuesto á los que la escuchan. Un problema puede acaso ocultar ó desfigurar la verdad á las naturalezas demasiado perezosas para buscarla, pero tiene la ventaja de imprimirla hondamente en el ánimo del que ha logrado comprenderla. Para componer una parábola, se elige al azar un fenómeno de la naturaleza, ó un incidente de la vida ordinaria, y, bajo el relato que de ellos se hace, se envuelve, como en un velo material (3), la idea sobrenatural y trascendental que se desea poner de relieve. La parábola difiere, pues, no sólo de la fábula, la cual jamás tiene, por su fondo, un fin tan elevado, y, en la forma, se cuida muy poco de la verdad, pues hace obrar á los seres inanimados, y aun hablar á las bestias, sino también de la alegoría, en la cual el término simbólico se identifica con el figurado. Así es como Jesús dirá alegóricamente: «Yo

(1) Ps. LXXVII, 2. Todavía aquí da el Evangelista un sentido profético al cántico de Asaf el *Vidente* (II Paral., XXIX, 30), el cual, sin embargo, debía ser tomado en sentido literal.

(2) Παραβάλλω significa *yo propongo ó pongo aparte*. De ahí la parábola problema ó yuxtaposición de imagen y verdad.

(3) La palabra *δμοιος* ú *ομοιώθη*, que se halla al principio de cada parábola en el Evangelio, concreta bastante bien lo que es la parábola, una semejanza.

soy la Puerta, yo soy el Pastor.» En la parábola hay un hecho independiente de la lección moral que se busca. Así, el rey, el grano, la zizaña son algo, tienen su realidad fuera de aquello en que deben hacer pensar. En una palabra, sirven de término de comparación, sugiriendo así, en forma vivísima, el hecho moral que deseamos poner de relieve.

El genio oriental ha mostrado siempre especial predilección por el lenguaje parabólico, y preciso es confesar que lo ha usado felicísimamente cuantas veces ha sabido evitar, desconfiando de su natural exuberancia, los detalles inútiles. Aquí, como en todas partes, hay que mantener la unidad del sujeto y poner de relieve los únicos puntos de la narración que deben dar forma transparente á la verdad propuesta ⁽¹⁾. En todo caso, si se deslizan algunos detalles secundarios para adornar el relato, no hay que dar un sentido profundo á cada uno de ellos.

Como la parábola no es un enigma, el que la proponga debe, para excitar, sin fatigarla, la atención del auditorio, dejar entrever el camino que debe seguirse para penetrar la idea medio velada. De aquí la costumbre de anunciar, desde las primeras palabras, la idea que va á exponerse en forma parabólica. Los espíritus perezosos y mal intencionados se desaniman ó yerran el camino ante estos dos datos del problema, el conocido y el parabólico, en tanto que los naturales rectos y generosos sienten provocada su atención y se entregan al activo trabajo que una explicación autorizada completa en seguida, si es preciso. La imaginación, la sensibilidad, la actividad intelectual, hallándose simultáneamente excitadas, puede decirse que en ellas se abren las grandes puertas del alma, y las doctrinas más abstractas penetran en ellas para grabarse tanto más profundamente cuanto más felizmente revestidas están de formas sensibles y sorprendentes.

Recurriendo, pues, á este interesante método de ense-

(1) V. Trench, *Notes on the Parables*, Londres, 1870; B. Bruce, *The Parabolic Teaching of Christ*, Londres, 1882; Goebel, *Die Parabeln Jesu*, Gotha, 1880.

ñanza, hará el Salvador, con prudente previsión, la selección necesaria de sus oyentes, é infundirá en aquellas almas terrenas los más sublimes pensamientos celestiales.

Su más vivo deseo debía consistir en precisar la historia presente y futura del reino de Dios, sus luchas victoriosas contra el mal, no menos que su carácter pacífico, moral y, en contraposición á las ideas judías de la época, completamente espiritual. Así lo hizo en una serie de siete parábolas conservadas por San Mateo. Este número siete, unión del *tres*, cifra de la divinidad, y del *cuatro*, cifra de la humanidad, no es más que una significación mística. En su maravilloso conjunto nos muestran, en efecto, á Dios uniéndose al hombre por su palabra y su gracia, para fundar aquí bajo, no obstante todos los obstáculos, el reino de los cielos. No fueron pronunciadas de un tirón; esto hubiera equivalido á sumir en la mayor turbación á aquellas inteligencias que tenían ya gran trabajo para descifrar sucesivamente semejantes problemas, á pesar de las soluciones detalladas de que se las hacía seguir. Jesús hubo de proceder con más consideraciones, y aunque los puntos de separación no estén precisados en San Mateo, podemos concluir, de una indicación de San Marcos⁽¹⁾, que, después de haber propuesto una parábola, el Maestro daba siempre tiempo á los discípulos para investigar pacientemente sus ocultos sentidos. En todo caso, el primer sinóptico es el único que establece así un grupo de siete. El segundo sólo menciona dos, añadiendo una tercera que no se halla en los otros. El tercero coloca también aquí la del sembrador, pero traslada más lejos la de la mostaza y la de la levadura.

Para hacerse comprender mejor de la multitud y quedar en libertad de separarse de ella cuando lo tuviera á bien, entró Jesús en una barca. Desde allí, teniendo ante sus ojos el numeroso auditorio escalonado en la ribera, empezó así:

(1) *Marc.*, IV, 10.

«He aquí que salió un sembrador á sembrar. Y cuando sembraba, algunas semillas cayeron junto al camino, donde fueron pisoteadas por los transeuntes; y vinieron las aves del cielo y las comieron. Otras cayeron en lugares pedregosos en donde no tenían mucha tierra; y nacieron luego, porque no tenían tierra profunda, mas en saliendo el sol, se quemaron, y se secaron, porque no tenían raíz. Y otras cayeron sobre las espinas, y crecieron las espinas y las ahogaron. Y otras cayeron en tierra buena, y rendían fruto, una á ciento, otra á sesenta, y otra á treinta.» Luego, elevando la voz, recomendó el Maestro su enigmática cuestión á la meditación de todos: «El que tenga oídos para oír, oiga»—exclamó.

Acababa de describir la suerte variable de la palabra divina en las almas. Semejante asunto valía la pena de profundizarlo. En sí mismos debían los oyentes buscar la aplicación viviente de la parábola; y por cuanto de la naturaleza del suelo depende el porvenir de la semilla, era de capital importancia que cada cual estudiase el modo de suprimir todo obstáculo á la fecundación y al completo desarrollo del germen divino. Entre los casos citados de esterilidad, se observará que el primero tiene dos causas, externas la una á la otra: los pies de los transeuntes que aplastan, y las aves del cielo que devoran. También reconoce dos causas el segundo, una externa, el calor del sol, y otra interna, la falta de profundidad del terreno vegetal. El tercero sólo tiene una completamente externa: el suelo está saturado de semillas extrañas. Finalmente, la fecundidad sólo es real cuando la tierra, no teniendo dureza impenetrable, ni desastrosa ligereza, ni mezcla de elementos destructores, es francamente buena y está bien preparada.

Fácilmente se comprende que semejante clasificación respondía á las cuatro clases de almas que distinguía Jesús en sus oyentes. Por una inspiración tan feliz como natural, había hecho una comparación entre dichos oyentes y los campos diversamente fecundos que veía suspendidos

en el declive de la colina. De aquí había salido la imagen que, envolviendo su pensamiento, debía constituir la parábola. Arrojáría llena de vida y frescura á la atenta multitud, y, retirándose, dejó que cada cual adivinase su preciso sentido.

Los discípulos no pusieron á contribución su espíritu para semejante trabajo. Por otra parte, su perspicacia era mediana; pero cuando volvieron á hallarse solos con el Maestro, le preguntaron la razón de su nuevo modo de enseñar y la explicación de lo que acababan de oír.

Á la primera pregunta respondió Jesús: «Á vosotros es dado saber el misterio del reino de Dios; pero á los otros, no. El que ya ha recibido, recibirá todavía y será colmado; y el que no ha querido recibir nada se verá arrebatar todavía lo que pueda quedarle. Yo les hablo en parábolas á fin de que, viendo, no vean, y entendiendo, no entiendan, y quede cerrada su inteligencia. Así se cumplirá para ellos la profecía de Isaías: Oiréis y no entenderéis; veréis con vuestros propios ojos, y nada distinguiréis. Porque el espíritu de este pueblo se ha hecho más pesado; han endurecido sus oídos y han cerrado sus ojos, de miedo á que un día vean sus ojos, oigan sus oídos y comprenda su espíritu; de miedo á que se conviertan y yo los cure ⁽¹⁾.» Tal es la obra simultánea y paralela de la malicia del hombre y de la justicia de Dios. El día en que el malvado cierra voluntariamente su corazón á la verdad divina, le alcanzan dos castigos: se obscurece su ojo y ni siquiera ve ya la luz más brillante, ó, si la ve, no la advierte. Dios se aleja, despojando así á esta alma de lo que le quedaba todavía de bueno y apto para recibir la luz sobrenatural. Así se produce el fenómeno moral del endurecimiento ó parálisis del corazón. Todo esto llega, no por una voluntad primera de Dios, como se podría creer según el texto de Isaías, ni por su última voluntad, sino por un decreto intermedio,

(1) *Isaías*, VI, 9 y sigs. Este texto está citado únicamente por Mateo y según los Setenta. En la profecía, recibió Isaías la orden de procurar, por su predicación, el endurecimiento de Israel y su ruina definitiva.

un juicio de su providencia. Entonces, el hombre que ha rehusado convertirse, se convierte, por el espectáculo mismo de su estupidez moral, en lección provechosa para los demás. Si Jesús inaugura un nuevo modo de enseñanza, es porque no han querido comprender sus discursos más claros. Retira la luz; es un castigo que empieza, pero que no es ni completo ni definitivo. Aplicándose aún, podrían los judíos traspasar la corteza de las parábolas é invitar á la bondad divina á volver á ellos en toda la manifestación de su verdad. Si no lo hacen, es que sus corazones de carne están definitivamente entregados á la muerte.

En cuanto á los hombres de buena voluntad que tienen sed de luz, los misterios del cielo, es decir, el plan de la religión, los secretos de la vida divina en sus relaciones con la de las criaturas, les serán clara y pacientemente explicados. «En cuanto á vosotros—dijo Jesús á los discípulos,—felices son vuestros ojos de ver y felices vuestros oídos de oír. En verdad, en verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron, y oír lo que ois, y no lo oyeron.» Esta iniciación perfecta en la doctrina celestial es acordada á los discípulos ya á causa de las buenas disposiciones de su corazón, ya en vista del papel que les está reservado en la fundación de la Iglesia; lo que aprenden, eso mismo serán llamados á enseñar. El Maestro se complace en confiarles los talentos que deberán hacer valer por sí mismos. Ser iluminados equivale para ellos á contraer la obligación de iluminar á los demás. Pero esta obligación es el mayor honor que pueda hacerse á un hombre. Después, con Jesús, serán los doctores de la humanidad.

Respondiendo en seguida á la segunda pregunta de ellos sobre el sentido de la parábola, muestra el Maestro su benevolente paciencia para con los suyos.

«La semilla—dice—es la palabra de Dios, y el que la arroja es el sembrador.» En efecto, hay entre el grano sembrado en el surco y la verdad divina inoculada en las almas análoga virtud germinativa. Si nada sobreviene que

entorpezca su íntima actividad, ambas deben producir la vida con sus abundantes frutos. El primero y verdadero sembrador es el Hijo de Dios, Verbo del Padre, que se lanza por sí mismo al mundo, como el buen grano, por su encarnación desde luego, y después por su palabra. Tras Él y por delegación suya, son también sembradores todos los que aquí bajo propagan las doctrinas de su Evangelio. «Los bordes del camino en que cae la simiente, recuerdan esos hombres que oyen la palabra del reino de Dios sin asimilársela, y dejan que venga el demonio, como así él lo desea, para arrebatlarla de su corazón, impidiéndoles la salvación al impedirles creer.» Completamente incapaces son de recibir útilmente las enseñanzas divinas esas almas disipadas abiertas á todas las impresiones, á todos los vientos del mundo, y desde luego, endurecidas de mucho tiempo atrás por los pies que las pisotean. La acción fecundante de la gracia y el trabajo de la conciencia han cesado de conmoverlas. De aquí que á causa de no entreabrirse para asimilársela, dejen al descubierto la semilla. No tarda el mundo con sus idas y venidas, sus bulliciosas distracciones, sus máximas peligrosas, así como el demonio, que, rey de este mundo, es el enemigo de la palabra divina, no tardan, repetimos, en matar ó arrebatar esos gérmenes de vida. Cerradas así para el cielo y completamente abiertas para la tierra, van tirando esas pobres almas, con una responsabilidad y un crimen más, sin esperanzas de resurrección ni de salvación. «Los campos que reciben la semilla sobre un fondo de piedra ⁽¹⁾ son esos corazones que, habiendo oído la palabra divina, la reciben al principio con gozo; pero como no encuentra donde arraigarse en ellos, no vivirá mucho tiempo; la tentación, la tribulación, la persecución externa bastarán para comprometerla.» Por desgracia, son demasiado numerosos esos espíritus superficiales, en los cuales una fantasía ardiente y una sensibilidad muy viva ocupan el lugar de la profundidad y de

(1) Así los caracteriza San Lucas. Si los campos fueran simplemente pedregosos, las raíces hallarían todavía camino á través de los guijarros.

la solidez. Apresúranse á apoderarse de la verdad, como de todas las novedades que se les proponen, y asombran por el exceso de su primitivo fervor; pero todo esto no será duradero. Bajo una capa de apariencia demasiado hermosa se esconde un fondo de dureza, de amor propio, de orgullo, que no sabría alimentar la vida real. Nada más efímero que la cosecha brotada en este terreno. No tiene ni puede tener raíces; la primera prueba la devorará como un sol abrasador; el primer escándalo la arrancará como un viento impetuoso. Sólo el hombre falto de experiencia podrá contar con semejantes frutos. La imaginación sin la razón, el sentimentalismo sin la convicción no harán jamás verdaderos cristianos.

«Los terrenos que reciben la semilla en medio de espinas, son los corazones que, después de haber escuchado la palabra, la dejan ahogar en ellos por las solicitudes de la vida, la ilusión de las riquezas, los placeres del mundo y las otras pasiones, de tal suerte que también esta vez permanece estéril por completo.» También es considerabilísimo el número de esas naturalezas buenas, pero divididas entre Dios y el mundo, las cuales, no obstante un fondo rico y fértil, nada producen. Los cuidados de la vida, el aguijón de la concupiscencia, el deseo inmoderado de bienes engañosos son otras tantas crueles espinas que nacen en ellas, crecen, se multiplican y forman una envoltura impenetrable bajo la cual muere aprisionada la cosecha. Los abrojos que crecen le ocultan el sol, y, al multiplicar sus raíces, le disputan el poder fecundante del suelo. ¿Qué le quedará como elemento de vida? Nada; perecerá, pues, miserablemente. ¿Por qué el alma que ha entrevisto y aun recibido la verdad no tiene el valor de seguirla asegurando con ello su salvación? He ahí el misterio del mal. Distraída, invadida, zarandeada por pasiones violentas, verá extinguirse su primer esfuerzo lamentablemente estéril.

«Finalmente, los campos que ofrecen tierra excelente á la semilla son los hombres que oyen y retienen la palabra de Dios en un corazón bueno y generoso. Con perseveran-

cia dan cien, sesenta ó treinta por uno.» ¡Hermosa y consoladora fecundidad la de las almas puras y rectas! Felizmente dotadas por la naturaleza, trabajadas por un continuo esfuerzo moral, libres de toda preocupación terrena y preparadas por la gracia, regocijan y glorifican al celestial Sembrador.

He ahí como nace, muere ó progresa el reino de Dios. Sólo se arraiga en los corazones honestos, atentos, sinceros. Á los otros los desflora sin detenerse en ellos; los deja en la esterilidad y la muerte, porque los halla indignos de poseer la vida. Mas una vez caída en buena tierra, la palabra divina trabaja en ella, por decirlo así, completamente sola, y fructifica por su propia virtud. Esto es lo que Jesús da á entender á sus Apóstoles por una corta parábola que se lee en San Marcos ⁽¹⁾, pero que San Mateo no menciona, quizás porque las suyas la contienen ya en su sentido general.

«Tal es el reino de Dios—dice el Maestro,—como si un hombre echa la semilla sobre la tierra, y que duerma ó que vele de noche y de día, la semilla brota y crece sin que él lo advierta. Porque la tierra de suyo da fruto; primeramente yerba, después espiga, y por último, grano lleno en la espiga. Y cuando ha producido los frutos, luego echa la hoz, porque la siega es llegada.» Sí, la palabra de Dios conmueve las almas virtuosas sin que lo adviertan ellas. Con frecuencia se ven inquietadas, sin discernir sus progresos en la virtud. Es la impaciencia del labrador que quisiera ver súbitamente en espiga el grano que acaba de lanzar á la tierra. Sepamos moderar nuestro ardor; dejemos que la gracia de Dios prosiga su trabajo, lento, imperceptible á veces, pero siempre seguro. Ella conducirá el fruto á su madurez, si nada hacemos para que la tierra se torne mala ó se haga imposible el desarrollo del germen. En su misericordia y paternal solicitud, Dios no se cansa jamás de trabajar en el fondo de las almas que le

(1) *Marc.*, IV, 26, 29.

aman, y de infundir en ellas con «el perpetuo deseo del bien, como dice san Pablo ⁽¹⁾, el poder de realizarlo.» Del mismo modo que en el surco el grano, caliente desde luego, humedecido después, reblandecido, desarrollado, echa misteriosamente raíces, se lanza victorioso fuera de la tierra, se transforma, se multiplica y madura sin pedir un nuevo esfuerzo al labrador, así también nace la vida religiosa en nuestro corazón, se arraiga en él, brota luego para multiplicarse y difundirse en las más asombrosas obras de caridad, desarrollándose gradualmente hasta la madurez perfecta de una santidad que la tierra admira y que, por fin, recompensa el cielo. El verdadero fiel sólo tiene que ser bueno—ésta es condición indispensable—y dejar hacer. Puede dormir en paz; hermosa cosecha le está asegurada. Dios, el grande y poderoso labrador, vela por él, y su bendición bastará para colmar nuestros más grandes deseos.

Gracias á esta acción perseverante, enérgica, íntima, del Espíritu Santo en los fieles, la Iglesia, triunfante de todos los obstáculos, verá la conquista del mundo entero y se convertirá en el reino de Dios visible aquí bajo. Su desarrollo ofrecerá un doble carácter de grandeza súbita y de universalidad victoriosa, aunque latente, que importa apreciar bien, pues hay en ello una prueba de la divinidad de su Fundador. Para darlo á entender mejor, propuso Jesús otras dos parábolas, de las cuales la una, la de la mostaza, muestra el milagro del desarrollo exterior de la Iglesia, y la otra, la de la levadura, el asombroso poder de su acción íntima sobre la humanidad.

«¿Á qué asemejaremos el reino de Dios, ó con qué parábola lo compararemos?—exclamó.—Á un grano de mostaza, el cual, cuando se siembra en la tierra, es el menor de todas las semillas que hay en la tierra; mas cuando fuere sembrado, sube y crece más que todas las legumbres, y cría grandes ramas, de modo que las aves del cielo pueden morar bajo su sombra.» Lo exiguo del grano de mosta-

(1) *Filip.*, II, 13.

za era proverbial entre los judíos ⁽¹⁾; pero esta invisible semilla tiene una fuerza de vegetación extraordinaria. En efecto, en Palestina el árbol de la mostaza alcanza á veces las proporciones de una pequeña higuera ⁽²⁾. Vense nubes de pájaros abatirse sobre él para alimentarse. Suspendido en el flanco de una roca, quizás uno de esos vigorosos arbustos atraía entonces la atención del Salvador.

Sorprendió en él, llena de vida, la antítesis que quería poner de relieve, y sacrificando el emblema del cedro que Ezequiel había escogido en la profecía ⁽³⁾, á la cual alude nuestra parábola, buscó su imagen en un ser infinitamente pequeño. Esto era lo que convenía para mostrar cómo la nada se convierte en el todo al soplo del Señor. El imperceptible grano de mostaza es Él mismo que, durante treinta años, ha vivido humilde, ignorado, desconocido en el taller de Nazaret, y cuyos únicos auxiliares son doce desconocidos, ignorantes y despreciados; es Él que debe sufrir mañana la muerte más infamante. Sin embargo, la raquítica semilla posee en sí misma un ardor y una vida incomparables. En vano tratarán de encerrarla en su tumba, pues estallará, y, levantando la tierra, hará salir de sus entrañas un árbol que asombrará al mundo con su lujuriosa vegetación. Este árbol es la Iglesia; en sus ramas reposarán y se alimentarán las grandes almas que, despreciando la tierra, quieren vivir en las regiones superiores de la ciencia religiosa, de la santidad y de la vida divina. Hace ya diecinueve siglos puede decirse que, como sentimiento, como idea, como abnegación, nada grande ha ocurrido que

(1) *Lucas*, XVII, 6.

(2) *Hieros. Peah*, fol. 20, 2. R. Simeón Ben Colaphta dixit: «Caulis sinapis erat mihi in agro meo, in quam ego scandere solitus eram ut scandere solent in ficum.» Por otra parte, se trata de un habitante de Siquem que había recibido de su padre en herencia tres plantas de dicho árbol. El uno produjo nueve *cabs* de granos y bastó para cubrir con su madera la casa de un alfarero. Aunque haya de tenerse en cuenta las exageraciones del Talmud, es probable que Jesús, dirigiéndose á gentes del campo, tomase de la vista de los campos símbolos fundados únicamente en realidades. (*)

(3) *Ezequiel*, XVII, 22.

(*) El *Cabus* (hebr. *Qab*) equivalía á 2'16 litros, la 18.^a parte de la *Epah* ó 38'88 litros.—(N. del T.)

no haya procurado abrigarse bajo el árbol místico y hallar en él, con sus más dulces alegrías, sus mejores inspiraciones.

Paralelamente á esta extensión rápida y visible del reino de Dios, se realizará la transformación latente é íntima de la humanidad. ¿Á qué compararé—dice todavía Jesús—el reino de los cielos? Á la levadura que una mujer toma y pone en tres medidas de harina ⁽¹⁾ hasta que fermenta la masa.» Propiedad esencial de la levadura es recalentar la masa en que es depositada. Excita en ella una fermentación general, asegurando así al pan la porosidad y la ligereza que lo hace tan excelente. Jesús, ó, si se quiere, la doctrina cristiana es la levadura de la vida moral aquí bajo. La mujer que deposita la levadura en tres medidas de harina, es la Iglesia, la cual, hace ya diecinueve siglos que difunde al Salvador y su enseñanza por las tres partes del mundo antiguo, ó por las tres grandes razas de la humanidad, hasta que todo lo haya trabajado, levantado y transformado. La obra no está todavía á punto de acabar; la acción secreta persevera. En vano dice la impiedad: «¡Cristo se va!» Sí, va delante de ella y gana cada día terreno. Á toda hora hay algún alma suficientemente generosa para llevar lejos, á un rincón del globo, la sagrada levadura del Evangelio y la humanidad se ve insensiblemente invadida por ella. Aun aquellos que creen no hacer nada por el cristianismo, remueven, por razones diversas, la masa inerte del paganismo y de la barbarie; mas, á pesar de proponerse únicamente ensanchar los límites de la civilización, desarrollan el reino de Jesús.

Desgraciadamente, su triunfo, asegurado en lo por venir, no excluye una detestable aleación en lo presente. Siempre habrá buenos y malos. Á pesar de este obstáculo interior y querido por Dios, se realizará el glorioso advenimiento de Jesucristo. Por consiguiente, en manera algu-

(1) Tres medidas de harina era la cantidad que los judíos tenían la costumbre de amasar cada vez (*Gen.*, XVIII, 6). (*)

(*) La medida de que aquí se trata es el *Satum* (aram. *S'ath'a*, del hebr. *S'eah*), equivalente á 12'96 litros, la 3.^a parte de la *Ephah*.—(N. del T.)

na conviene decir, durmiéndose en un optimismo peligroso: «Estoy inscrito en el reino de Dios aquí bajo; luego soy bueno, luego seré inscrito, en el reino de lo alto.» Puede uno pertenecer á la Iglesia y ser malo; puede llevar la señal de cristiano y ser un réprobo; la paciencia de Dios en la vida presente no suprime la justicia en la vida futura; muy al contrario, la reclama enérgicamente. Otra parábola la hará entender.

«El reino del cielo—continúa Jesucristo—es semejante á un campo en el cual el propietario ha sembrado buena semilla ⁽¹⁾. Ahora bien, mientras todos dormían, vino el enemigo, arrojó la zizaña en los mismos surcos en que había caído el trigo, y se retiró ⁽²⁾. Cuando la yerba creció y echó espigas, apareció la zizaña. Los criados fueron á encontrar al padre de familia y le dijeron: ¿No sembraste buena semilla en tu tierra? ¿Cómo se explica que haya también zizaña? Él les respondió: Es el enemigo el que ha hecho esto. Y los criados añadieron: ¿Quieres que vayamos á arrancar la mala hierba? No, respondió el amo, temo que al arrancarla, arranquéis también el trigo. Dejad crecer uno y otro, hasta la siega, y entonces diré á los segadores: Arrancad primero la zizaña y atadla en haces para quemarla; después recoged cuidadosamente el trigo para llevarlo á mi granero.»

Este relato, lleno de imágenes, tenía algo de particularmente interesante como diálogo y pintura de las costumbres rústicas; sus discípulos se mostraron muy curiosos por conocer su sentido. Hoy día no se comprende en nuestros países civilizados el crimen cobarde del hombre perverso

(1) El texto dice bastante inexactamente: «El reino... es semejante á un hombre que sembró, etc...» Aquí como en otras partes, la idea domina la forma.

(2) Muchos creen que la palabra *ζιζάνιον* señala, en general, toda planta funesta á la cosecha. Otros suponen que se trata aquí de la ballueca ó avena loca, el *infelix lolium* de Virgilio (*Egloga* V, 37). Pero la mayoría de los intérpretes suponen que no es sino una planta muy común en Palestina, y cuya semilla se parece mucho á la del trigo. Su desarrollo es en un todo semejante al del verdadero trigo. Sólo cuando la mala yerba cesa de crecer, se conoce por su fruto.

que arroja la mala semilla en el surco del vecino; pero la ley romana lo había previsto, y los viajeros nos aseguran que se lleva á cabo en muchos países de Oriente. El indo, en particular, promete á su enemigo sembrar en sus terrenos cultivados el *perum-pirandi*, que por muchos años hace imposible la cosecha. Acecha la hora favorable y ejecuta tan bien su culpable operación, que sume á toda una familia en la desesperación y en la más espantosa miseria ⁽¹⁾. Pero ¿quién es el perverso que intenta introducir el mal en el reino de Dios? ¿Qué significa esa separación y esa suerte distinta de la zizaña y el trigo al tiempo de la siega? Los discípulos se impacientaban por saberlo. El alma que comienza á ser iniciada en la verdad divina se siente ávida de luz, é invoca con todas sus fuerzas la completa revelación. Aquí sobre todo, era tanto más apremiante el interés, cuanto parecía suscitarse la grave cuestión del fin último del hombre y de las diversas formas de la vida futura.

Luego que Jesús hubo despedido la multitud y entró en su casa, vióse de nuevo asediado á preguntas por sus discípulos. Querían conocer todo el sentido de la parábola que habían oído. «Es muy sencillo—dijo Jesús con la encantadora bondad del padre que instruye á sus hijos:—el que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla los hijos del reino de Dios; la zizaña los hijos del malo; el enemigo que la ha esparcido, es el demonio.» La desastrosa actividad del mal se encontrará, pues, á cada paso en la vida, paralelamente á la del bien.

Jesús siembra en el universo, que es su verdadero campo, ya que lo ha creado, la raza de los justos. Trabaja su obra á la luz del día, penosamente, con sufrimiento y amor. Satanás realiza la suya traídoramente, en las tinieblas, de

(1) Roberts, *Oriental Illustrations*, pág. 541. «Es—dice—una planta especialmente nociva, que la venganza siembra en el campo de un enemigo; es el *perum-pirandi*. El que se cree injustamente desposeído de un terreno, dice: «Está bien, volveré y sembraré en él *perum-pirandi*.»

un solo golpe—el mal se hace más pronto que el bien—y con odio. El error, la indignidad moral, la hipocresía, ocultos en el seno de la Iglesia, permanecen inadvertidos algún tiempo, hasta que, al fin, los acontecimientos ponen de manifiesto á los verdaderos hijos de Dios y á sus enemigos, los buenos y los malos. Posible es distinguirlos aun en esta vida, y el celo arrebatado de los obreros del Evangelio exigiría de buen grado una pronta justicia. El Señor del mundo no lo quiere. Sabe tener paciencia, puesto que es eterno, y quiere ser magnánimo en nuestro propio interés. ¡Cuántos malos no hubieran llegado nunca á ser buenos, si la mano divina los hubiese súbitamente herido en su malicia! Y aunque no se corrijan, ¿no es evidente que sirven para ejercitar la virtud de los justos y glorificarla? Esperando pacientemente la hora de la cosecha, Dios prueba su bondad, su sabiduría y su eternidad. «Esta hora—prosigue Jesús—es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles. Así como se recoge la zizaña y es quemada, así, al fin del mundo, el Hijo del hombre enviará sus ángeles para extirpar de su reino los escándalos y todos los que los cometen, y los arrojarán en la hoguera ardiente. Allí serán los llantos y el crujir de dientes. En cuanto á los justos, se les verá brillar como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, oiga.» Y ciertamente vale la pena de escucharlo, ya que será terriblemente decisivo para cada uno el momento en el cual los ángeles escogerán, entre la inmensa cosecha humana que la muerte habrá segado con su guadaña, á los elegidos y á los condenados.

Estas imágenes del eterno dolor y de la eterna recompensa, no aparecen aquí ni por primera ni por última vez. La misma insistencia con que se reproducen, prueba que no son simplemente un juego de la fantasía. Habrá allí tanta desesperación al caer en estos horribles dolores, figurados por el fuego eterno, como santa alegría al entrar en esa gloria de la cual el mismo rayo del sol no es más que imperfecta imagen. La hoguera para los unos, el cielo para los otros; los gemidos del destierro para aqué-

llos, los goces de la patria para éstos. La cuestión es de suprema gravedad.

Así, Jesús, con otras dos parábolas, quiere enseñar que debemos á todo precio esforzarnos por ser verdaderos ciudadanos del reino celestial. Es preciso incorporarse á él, cueste lo que cueste, y guardar honrosamente nuestro lugar en la vida, para merecer vivir en él por toda la eternidad.

«El reino de los cielos—dice Jesús—es también semejante á un tesoro enterrado en un campo. El hombre que lo descubre lo oculta de nuevo, y, lleno de gozo, se apresura á vender todo lo que tiene y á comprar este precioso campo.» No se trata aquí del mal procedimiento con que el propietario del campo es despojado de su derecho al tesoro aquí nombrado, sino únicamente del ardor desplegado por el que, habiendo descubierto el tesoro, trabaja por adquirirlo. De este modo, el alma, habiendo entrevisto su ideal religioso en el Evangelio, debe, por esto mismo sacrificar su reposo, sus placeres, su posición y su fortuna para seguirlo y alcanzarlo. ¿Qué importa lo demás si todo el tesoro es para ella? El pueblo judío lleva en su seno este tesoro incomparable, lo tiene en sus tierras, pero sin sospecharlo. La gentilidad, más dichosa, tropezó con él un día, súbitamente, sin esperarlo, bajo el pie de sus hordas triunfantes. Entrevió de una ojeada su valor inapreciable y, sacrificando su falsa sabiduría, sus falsos placeres y sus falsos dioses, compró al judaísmo, obstinadamente ciego, su divino depósito, llegando á ser su propietaria, suplantando así para siempre la infiel sinagoga rechazada de Dios.

«Es preciso hacer todavía por el reino de Dios—añade Jesús—lo que el mereader que va en busca de hermosas perlas. Cuando encuentra una de gran valor, corre á vender cuanto tiene para comprarla.» Tal debe ser la prudencia del filósofo, del hombre de meditación que gasta todas las fuerzas de su espíritu en busca de la verdad. Cuando, analizando el cristianismo, llega á entrever sus sublimes armonías; cuando la evidencia de la demostración evangélica

ca brilla como puro diamante ante su ojo práctico, no tiene que hacer más que cerrar sus libros, detener sus indagaciones, deponer todo orgullo y gozar del incomparable tesoro que la gracia coloca en sus manos. Ha encontrado la luz de su espíritu, la regla de su voluntad, el consuelo de su corazón. ¿Qué importan las otras vanidades que hasta ahora habían engañado su vida? Justino se quita su manto de filósofo, Agustín descende de su cátedra de retórico. Habiendo descubierto la piedra preciosa, lo vendieron todo para adquirirla, y su consuelo consiste en decirse á sí mismos que al entrar en la eternidad, en tanto que ninguna otra moneda tendrá valor, la perla que ellos llevarán en su mano bastará para comprar la vida bienaventurada.

Bajo esta preocupación de la eternidad quiere Jesús dejar á sus discípulos. En la última parábola, que saca de un incidente de pesca, de la que quizás ellos mismos fueron testigos—nada parecía tan apropiado al carácter de sus oyentes, pescadores de profesión y futuros pescadores de hombres como semejante lenguaje,—vuelve á insistir en los diversos destinos que esperan á los buenos y á los malos después de la muerte.

«El reino de los cielos—añade—es también semejante á la red ⁽¹⁾, á esta gran red que se arroja al mar y que coje toda clase de peces. Cuando está llena, los pescadores la sacan á la playa, y, sentados allí, escogen los buenos para ponerlos en vasijas mientras que arrojan los malos.»

Tal será el último resultado de la predicación evangélica. La red, mucho más larga que ancha, guarnecida de corchos por encima y de plomos por abajo, que se arroja al mar y que se arrastra por el fondo de las aguas por medio de cuerdas atadas en sus extremos, es el Evangelio que los Apóstoles, animosos obreros de Dios, pasearán paciente-mente por el mundo entero, extendiéndolo por todas partes, hasta por las regiones más inferiores del pueblo bajo. Encerrará en sus mallas toda clase de peces, hombres de toda

(1) Esta palabra viene sin duda del griego *σαγίτην* aquí empleado. (*)

(*) El autor se refiere á la palabra francesa *seine*. (N. de T.)

especie, de todos los idiomas, de cualquier condición, buenos y malos. Á los que serán cogidos dará la Iglesia la señal, el nombre, la ley del cristiano, cualquiera que sea su edad, y sin haber podido siempre sondear sus íntimas disposiciones. Vivirán en confusión, sujetos á la ley del Evangelio, ora llenos de indiferencia, ora de perversidad. No obstante, los ángeles de Dios sacan insensiblemente la red á tierra; arrancan del gran mar del mundo, de sus aguas profundas, en donde el mal se confunde tan fácilmente con el bien, la importante captura, y la arrojan sorprendida y trémula, sobre la orilla de la eternidad. Allí se operará el gran apartado. Se recogerá esmeradamente lo bueno y se arrojará con desprecio lo que nada vale. Los siervos experimentados no se engañarán allí. Ni las virtudes aparentes, ni las obras prodigiosas, ni una hábil hipocresía, podrá salvar á los malos. La separación se hará fatal y definitivamente. Es la ardiente hoguera la que espera allí á los culpables; en ella gemirán por los siglos de los siglos.

«¿Comprendéis bien todo esto? — dijo el Maestro. — Sí»—respondieron los discípulos.—Y hubiera sido difícil presentarles bajo formas más tangibles estas grandes leyes del orden sobrenatural que presiden los destinos de la Iglesia. Jesús, satisfecho de la respuesta, comprobó con júbilo el resultado obtenido, y recomendó á los Apóstoles que se ejercitasen después por sí mismos en variar su enseñanza para amoldarse á la condición de sus oyentes.

«Así es—añadió,—como todo doctor, instruído en el reino de los cielos, es semejante á un padre de familia que gasta de su tesoro cosas viejas ó nuevas según le parece.» Tiene en su despacho, en su cillero, en su vestuario, en sus cofres y biblioteca, los más variados recursos, y los ofrece á los que quiere hacer dichosos, con tanto discernimiento como amable caridad. De este modo, el verdadero mensajero de la Buena Nueva tendrá á su disposición, para variar útilmente su doctrina, la ciencia completa del Antiguo y del Nuevo Testamento. Será capaz de exponer fielmente los mandamientos de la Ley y los del Evangelio, de hacer va-

ler el conjunto de profecías mesiánicas y su cumplimiento providencial. He aquí, desde luego, lo que forma al verdadero doctor, la variedad en el fondo. A esto se unirá, según las circunstancias, los hombres y los tiempos, la variedad en la forma. Una época difiere de otra en sus gustos, su cultura intelectual y sus tendencias. De todos los géneros de predicación evangélica, es necesario condenar tan sólo los que no hacen bien. Al hombre de Dios corresponde determinar si el sacerdote debe aportar un nuevo método de exposición en una sociedad nueva, como el P. Lacordaire lo ensayó tan felizmente entre nosotros, ó si vale más hacer revivir el pasado con su enseñanza homilética; más simple y sus consideraciones morales más prácticas y piadosas. La verdad evangélica se presta á todos los géneros. Por poco que el apóstol la haya de antemano, madurado en su corazón, podrá presentarla á su vez, ora con gran riqueza de imágenes, ora con la energía de la dialéctica, ora con la sencillez de una seductora conversación. De este modo probará su piedad lo mismo que su ciencia, y su unión íntima con Dios mucho mejor que su talento.

Pronunciadas estas parábolas, que constituían el conjunto de su doctrina sobre el reino de los cielos, Jesús abandonó á Cafarnaúm y las orillas del lago para continuar sus peregrinaciones apostólicas.

CAPÍTULO V

La misión de los Doce

Nueva excursión apostólica á Galilea.—Las mujeres que siguen á Jesús.—Su adhesión afectuosa.—El Señor se determina á iniciar á los Doce en las obras del apostolado.—Sabias prescripciones que les da.—Hacer bien al hombre de Dios equivaldrá á hacer bien á Dios mismo.—Los apóstoles se van de dos en dos á obrar milagros. (*Luc.*, VIII, 1-3; *Mat.*, X, 1-15; 40-42; *Marc.*, VI, 7-13; *Luc.*, IX, 1-6).

Aquí comienza otra serie de viajes por Galilea, cuyos pormenores nos son completamente desconocidos. Jesús iba de ciudad en ciudad, de aldea en aldea—dicen los Evangelistas ⁽¹⁾—instruyendo al pueblo en las sinagogas, predicando el advenimiento del reino del Mesías y curando los enfermos que le eran presentados.

Ofrecía tan pintoresco como bello espectáculo aquella Iglesia ambulante, la cual, á manera de caravana bendita, llevaba aquí y allá, con la Buena Nueva, los ricos tesoros del cielo. Algunos apóstoles se adelantaban como heraldos pregonando la llegada del gran Profeta. Piadosas mujeres á pie ó en mulas en pacífica marcha, seguían la gloriosa expedición y la ayudaban con sus recursos lo mismo que con su previsorá solicitud. Su contacto no podía ser peligroso para el círculo apostólico.

Cuando se ha conocido íntimamente el alma de una mujer, y ha sido preciso mostrarle compasión; cuando se la ha levantado de su deshonor y vuelto á la virtud, y sobre todo, cuando se la ha iniciado en la vida superior de la gracia, ya no se hace temer. Se siente inferior á su bienhechor, por lo cual, como la abeja desarmada, pier-

(1) *Mat.*, IX, 35; *Marc.*, VI, 6; *Luc.*, VIII, 1.

de su funesto aguijón; la vanidad no le inspira ya el deseo de agradar, y el reconocimiento le arrebató toda idea de victoria ó conquista. Entonces renace en su alma el dulce y tranquilo sentimiento de la amistad, que excluye fatalmente el amor con sus violencias y peligros. Ama con fidelidad, con abnegación, con ternura incomparables. No pudiendo hacer ya mal al hombre, le hace bien, con una paciencia que nada cansa y una generosidad sin límites.

Todas las mujeres que seguían á Jesús fueron curadas por él de alguna miseria moral ó física. La primera se llama María Magdalena. Ya conocemos los poderosos motivos de su reconocimiento: la pobre joven fué librada de siete demonios, es decir, arrancada del yugo de las pasiones que mancillaron su juventud y deshonoraron su vida. Tras ella venían Juana, esposa de un intendente del rey Herodes, llamado Chuza, quizás de aquel oficial de la corte que, habiendo obtenido de Jesús la salud de su hijo, se hizo creyente con toda su familia ⁽¹⁾; Susana, de la cual la historia evangélica nada nos dice, y otras que, más tarde, agrupadas al pie de la cruz ó congregadas en la puerta del sepulcro, probaron, para vergüenza de los Apóstoles, que el corazón de la mujer no conoce, en el afecto, las debilidades que deshonoran algunas veces el del hombre.

Aquellas santas mujeres, según las pocas indicaciones que hemos hecho sobre ellas, pertenecían, en su mayor parte, á la clase acomodada de la sociedad judía, no exenta, con todo, de cierta mezcla de democracia; porque, si Juana vivió en la corte de Herodes, Salomé, la madre de Santiago y Juan, estaba casada con un pescador que tenía criados á jornal, y María Cleofás era muy probablemente la esposa de un simple artesano. María Magdalena pertenecía á una honrada familia de Betania, cuyo interior conoceremos después ⁽²⁾. Juntas socorrían en sus necesida-

(1) *Juan*, IV, 53.

(2) Es muy asombroso no encontrar en esta nomenclatura á María, madre de Jesús. Quizás no haya aquí más que una omisión, motivada no se sabe cómo, en la tradición sinóptica; omisión que comprobaremos también en la enumeración de las mujeres presentes en el Calvario, pero que San Juan

des á Jesús y á sus Apóstoles, siempre que una honrada hospitalidad no venía á llenar en ellos las dificultades materiales de la vida. Formaba parte del plan divino que el Mesías viviese de pública caridad aquí bajo. La comunidad apostólica tenía una bolsa para recoger las limosnas que se le hacían, y de la cual se sacaba también para subvenir á las necesidades de los pobres. Pero el recurso más seguro éra entonces el corazón de aquellas dignas mujeres que se habían consagrado á desempeñar, para con el Maestro y sus discípulos, el papel de madres y de hermanas.

Nos faltan detalles acerca de esta nueva excursión apostólica á Galilea. Únicamente sabemos que Jesús hubo de ocuparse de las vastas proporciones del movimiento religioso provocado por la Buena Nueva. No había de estar en todos los puntos á la vez para tratar y predicar en ellos, y, por otra parte, estaba próximo el momento en que le sería preciso llevar á Judea y aun Jerusalén el golpe de la predicación evangélica. Determinó, pues, asociar en adelante más directamente á sus discípulos á su propia predicación. No en vano habían recibido el título de apóstoles. ¿Podían prepararse para su futura misión más fructuosamente que bajo la dirección del Maestro?

Los convocó, pues, solemnemente y, precisando las condiciones de su nueva actividad, les dijo: «No vayáis á tierra de gentiles, ni entréis en país de samaritanos; es á las ovejas perdidas de la casa de Israel, á las que es preciso acudir inmediatamente.» ⁽¹⁾ Los judíos serán el objeto exclusivo de su primer apostolado. Evangelizar por el momen-

reparará entonces ventajosamente. Quizás también la vida obscura y silenciosa se armonizaba mejor con el alma meditativa de María, y esta santa madre quiso ella misma, por humildad, abstenerse de acompañar á su hijo en medio de sus triunfos, mientras que se mostró celosa de seguirle después en sus más duras humillaciones.

(1) *Marcos*, VI, 8, y *Lucas*, IX, 3, omiten esta recomendación. En *Lucas* es una laguna fortuita, y en modo alguno inspirada por sus tendencias universalistas. Los dos Evangelistas no dieron importancia á una restricción meramente provisional. *Mateo*, el único que la señala, dirá más tarde (XXVIII, 19), en que términos Jesús la abrogó.

to á los paganos estaba por encima de las fuerzas de ellos. Fué menester esperar la venida del Espíritu Santo y su obra creadora de Pentecostés para abordar tan difícil empresa. Los mismos samaritanos, término medio entre Israel y la gentilidad, ofrecerían insuperables obstáculos á un celo poco experimentado. Si los Apóstoles llegaban á hacer sufrir á algunos de sus compatriotas la transformación religiosa que trastornó su propia vida, sería ya un gran triunfo. El resultado no parece imposible, porque, si bien entre el paganismo y la nueva religión hay un abismo insondable, entre ésta y el judaísmo la relación de unión es visible y la transición muy natural.

Por lo demás, fuera de la insuficiencia presumida de los Apóstoles, otro es el motivo que inspira la recomendación de Jesús. Ha destinado al judaísmo las primicias del Evangelio. Para él en primer término la luz se eleva al cielo. La gentilidad no disfrutará de ella sino después. Los hijos de los patriarcas y de los profetas no querrán perder su derecho de primogenitura. Ante todo y por privilegio, deben ser invitados á recoger la herencia religiosa de sus padres, y á realizar las antiguas promesas hechas á Israel.

He aquí ahora cuál será el tema de la predicación apostólica: «Allí donde vayáis, publicad que el reino de Dios está próximo.» Deben, pues, publicar un simple anuncio, esparcir una noticia, ofrecer un testimonio para atraer la atención y despertar á todos de la indiferencia. Distribuir magistralmente la palabra de verdad sería entonces empresa irrealizable para ellos, ya que ninguno da sino lo que tiene y, apenas iniciados en los rudimentos de la vida cristiana, no podían ni precisar sus condiciones, ni ofrecer sus elementos. Pregonar: «¡Ahí está el Mesías!» era cuanto debían hacer. Para que creyesen su afirmación, harían milagros. «Devolved la salud á los enfermos—añade Jesús,—curad los leprosos y expulsad los demonios.» Con esta señal, el milagro, esto es, la garantía de veracidad dada por Dios á una palabra humana, se verá que no mienten. En su desinterés se reconocerá también

que no obedecen á miras humanas, sino que siguen una inspiración superior. «Lo que habéis recibido gratuitamente, dadlo del mismo modo.» Aceptar dinero sería envilecer el ministerio apostólico. Á los heraldos de la Buena Nueva les bastará la Providencia. Dios se reserva el cuidado de sus siervos. «No poseáis—prosigue el Maestro—ni oro, ni plata, ni moneda en vuestras fajas. No tengáis ni saco para el viaje, ni dos vestidos, ni dos calzados, ni dos bastones ⁽¹⁾.» El que trabaja merece ser alimentado, El apóstol recibirá socorros materiales que le permitirán vivir en pago de la predicación de la verdad.

«Cuando entréis en una ciudad ó en una aldea, empezad por informaros si hay gente honrada, digna de daros alojamiento.» El apóstol honra la casa que lo recibe. «El domicilio que una vez hayáis escogido deberéis guardarlo hasta vuestra partida.» Todo cambio demostraría un gusto refinado y cierta movilidad de carácter poco dignos de un hombre de Dios. En el fondo sería ofensivo para los huéspedes, á los que les parecería desdeñoso. El verdadero obrero evangélico se contenta con lo que encuentra á mano sin buscar algo mejor, convencido de que Dios se lo había misericordiosamente preparado. Temería reemplazar la voluntad del Padre celestial por su comodidad y preferencias personales.

«Cuando entréis en la casa que se os habrá destinado, saludad con afecto, y decid: ¡Que la paz reine en esta morada! Y la paz vendrá sobre ella, si sus habitantes son dig-

(1) Repitiendo así la palabra *dos*, se suprime la divergencia aparente que hay entre San Marcos y San Mateo. En éste, el sentido de las palabras del Salvador es: «No toméis sino lo que lleváis, ni otro calzado ni otros bastones.» En San Marcos: «Hay bastante con lo que ahora tenéis: los zapatos de vuestros pies, el bastón de vuestra mano, etc.» El texto de *Luc.*, IX, 3, es más irreductible y hay aquí, sin duda, una de esas inexactitudes sin importancia que es preciso admitir en el texto sagrado, á menos de leer en él *ῥάβδους* como en San Mateo, y no *ῥάβδον* como en San Marcos; únicamente la negación absoluta *μηδέν* hace esta lección inadmisibile. En el fondo, si los términos varían, la idea permanece la misma en los tres evangelistas: «Nada de preparativos de viaje; id tal como estéis, bajo la protección de Dios.» (*)

(*) En *Mat.* y en *Luc.*, los códices llevan indistintamente el acusativo singular ó el acusativo plural. (N. del T.)

nos.» Cuando la familia responde al elogio que de ella se hace y cuando merece por sus virtudes recibir al hombre de Dios, el deseo del apóstol se cumple y las bendiciones del cielo se realizan. «Si, por el contrario, es una casa indigna, la paz volverá á vosotros.» El apóstol guardará los favores divinos para gente más hospitalaria y mejor dispuesta. «Si no se os quiere recibir, ni escuchar vuestra palabra, abandonad la casa ó ciudad en donde hayáis entrado y sacudid el polvo de vuestros pies ⁽¹⁾: esto será un testimonio contra los que os rechazaron. Yo os aseguro que en el día del juicio, serán juzgados más severamente que Sodoma y Gomorra.» Nada hay tan sensible al corazón del Maestro como la acogida dispensada á sus discípulos. Si cerrarles la puerta de la casa ó de la ciudad es un crimen, dispensarles buena acogida será un mérito real. «El que os recibe—continúa Jesús—á mí me recibe, y quien á mí recibe, recibe al que me ha enviado.» Recibir á un profeta en su cualidad de profeta, es tener derecho á la recompensa del profeta mismo. Alimentarle, abrigarle y vestirle, ¿no es ayudarle á llenar su misión, tomar parte en sus trabajos, y, por consiguiente, en sus méritos? «El que recibe á un justo porque es justo, compartirá la recompensa de este justo.» ¡Cuántas veces esta idea abrió el corazón y los tesoros del rico á los valientes siervos de Dios que mendigan por sus obras! ¡La palabra del Maestro colectó para ellos, y, gracias á la generosidad con que se la oyó, la buena voluntad, la fe y la abnegación, de aquéllos pudieron realizar los sueños más sublimes de la caridad y de la religión!

Finalmente, con un sentimiento de profunda ternura para aquellos pobres discípulos que iban á inaugurar ale-

(1) Los judíos tenían la costumbre de sacudir su calzado cuando pisaban tierra pagana. Los lugares que habitaban los gentiles eran tan impuros como los mismos gentiles. Hay en la casuística judía prescripciones de una severidad ridícula sobre este particular. V. Lightfoot, *Hor., hebr., in Matth.*, X, 14. Jesús quiere hacer ver aquí que el israelita infiel debe ser para el apóstol como un verdadero pagano, y que su crimen es abominable ante Dios. Más tarde veremos á Pablo poner en práctica estos preceptos, *Hechos*, XIII, 51; XVIII, 6.

gremente su apostolado, pero del cual entrevé las futuras pruebas, exclama: «Si alguno da siquiera un vaso de agua fresca á uno de estos pequeños porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa.»

Para una primera misión de prueba, que debía ser corta y no ofrecía peligros, bastaban aquellas prescripciones. Por otra parte, las disposiciones de las ciudades galileas en donde los Apóstoles iban á presentarse eran generalmente buenas. Todo mensajero anunciando al Mesías debía ser bien recibido allí. Luego cuando los setenta discípulos serán enviados á la misión, estudiaremos las advertencias del Maestro para los tiempos de persecución. Entonces ellas encontrarán su sitio natural en sus labios, ya que la tempestad rodeará por todas partes el pequeño rebaño. Parecerá lógico que el Pastor que anunció los dolores que á Él mismo le aguardaban, hablase de las tribulaciones reservadas á sus representantes ⁽¹⁾.

Los Apóstoles marcharon, pues, de dos, en dos, como Jesucristo lo había recomendado ⁽²⁾. Este era el medio de sostenerse mutuamente y de ofrecer á la verdad un testimonio autorizado. En efecto, la Ley reconocía como verdadera la deposición de dos testigos juntos. Cuando la luna de Nisán aparecía en el cielo, dos hombres iban á presentarse al Sanedrín para confirmar que la habían visto, y sobre su afirmación, se proclamaba el principio del año nuevo. Era justo que fuesen también enviados de dos en dos los testigos que habían de anunciar la aparición del Sol de justicia y el comienzo de la Era evangélica.

Los Apóstoles se esparcieron por todas partes, predicando la penitencia y preparando los corazones para el adve-

(1) San Mateo agrupó todo el conjunto porque, pasando en silencio la misión posterior de los setenta discípulos, se hallaba embarazado para distribuir de otro modo las importantes recomendaciones que no quiso sacrificar. Por lo demás sabemos que fundió en un solo discurso las enseñanzas que tenían cierta analogía entre sí, pero basadas en datos diferentes. San Lucas colocó, por lo menos en este discurso, cada cosa en su lugar.

(2) *Marc.*, VI, 7; fué el único que precisó que habían de ir de dos en dos; pero las listas de los Apóstoles parecen redactadas en vista de este acoplamiento.

nimiento del reino de Dios. Eran recibidos con gusto y no carecieron de nada ⁽¹⁾. Expulsaban los demonios y curaban muchos enfermos. Para mejor excitar la fe de éstos, recurrían, según San Marcos, á un signo exterior, la unción hecha con aceite. Sin duda que el Maestro lo había prescrito así. Sabido es que Él mismo no se desdeñaba algunas veces de herir los sentidos para llegar al alma, y emplear un elemento material para despertar la fe en aquellos á los cuales quería curar. Si recurría á su propia saliva para dar vista á un ciego ó desatar la lengua de un sordomudo, era únicamente para suplir, por medio del contacto físico, la influencia moral que su mirada ó su palabra no lograban producir. Del mismo modo, los Apóstoles, ungiendo con aceite el cuerpo de los enfermos, procuraban despertar las disposiciones religiosas de sus almas. Así preparaban la milagrosa cura que su unción significaba.

Su misión no quedó sin fruto. Se vió acentuarse más todavía la agitación religiosa en Galilea. De esta agitación salieron nuevos reclutas para la Iglesia naciente. Jesús los acogió con gozo y emprendió con paciencia su formación religiosa. Pero los acontecimientos no iban á permitirle continuar esta obra de edificación por mucho tiempo. El mismo grupo apostólico es el que deberá absorber su principal esfuerzo, puesto que urge aguerrirlo y ejercitarlo ya para la retirada, ya para la resistencia, antes de conducirlo al combate decisivo en la capital de Judea.

(1) Lo sabemos por palabras de Jesús durante la Cena. *Luc.*, XXII, 35.

SECCION III

JESÚS ADIESTRA Á SU IGLESIA PARA EL COMBATE

CAPÍTULO PRIMERO

Herodes manda ejecutar á Juan Bautista

Opinión del pueblo sobre Jesús.—Terror de Herodes.—Cómo dos mujeres, Herodías la adúltera y Salomé la bailarina, le arrancan la sentencia de muerte del Precursor.—La cabeza del Bautista en un plato del festín.—Herodes quisiera ver á Jesús.—Peligro de sedición.—Irán á las tierras de Filipo. (*Marc.*, VI, 14-16 y 21-29. *Mat.*, XIV, 1-2 y 6-12, *Luc.*, IX, 7-9).

Así, pues, el nombre de Jesús estaba más que nunca en boca de todos á consecuencia de la misión de los Apóstoles. Llegó hasta Herodes que tanto ansiaba conocerle ⁽¹⁾. Este príncipe siempre vacilante entre los sentimientos de odio que le inspiraba Herodías contra Juan Bautista y el temor al pueblo que protegía al venerable prisionero ⁽²⁾, había acabado por cometer un gran crimen.

(1) Hacía ya un año, por lo menos, que Jesús conmovía á las muchedumbres en Galilea y hacía obras prodigiosas en las puertas de Tiberíades. ¿Cómo explicarse que Herodes no se hubiera preocupado todavía de El? Probablemente el Salvador inauguró su vida pública en el momento mismo en que el tetrarca se hallaba retenido ya en Roma, para defender sus intereses cerca del Emperador, ya en la frontera de Arabia, para rechazar las hostilidades de Aretas. Por lo demás, sabemos que no estaba en el carácter de este príncipe escéptico y voluptuoso el mezclarse en las cuestiones religiosas que apasionaban á sus súbditos, á menos que se alterase el orden público. A los Herodes les gustaba mucho dejar discutir las sectas y los rabinos, siempre que no se negase al gobierno el impuesto ni la obediencia. En realidad, si Juan Bautista fué encarcelado, se debía á que atacó directamente la persona del tetrarca.

(2) Por esta doble influencia de una pasión criminal por la mujer y de respeto al ídolo del pueblo, es por lo que se hace necesario explicar

El castigo ordinario de los malvados es ser cruelmente atormentados por el recuerdo de su víctima, y vivir como si sintieran un brazo vengador que, ya en esta vida, comienza á asirlos. Todo concurre á excitar en ellos continuos terrores. Por instinto su conciencia se hace eco de las suposiciones más extravagantes de la muchedumbre. Como la reputación de Jesús crecía de día en día los que no sabían su historia y que, quizás no lo habían visto jamás, decían: «Puesto que hace tantos prodigios, será Juan Bautista resucitado de entre los muertos.» Otros preferían suponer que era Elías vuelto á la tierra, ó un profeta de los tiempos antiguos. Herodes mostrábase asombrado de la extraña afirmación de los primeros y el miedo le disponía á compartir su opinión: «Será Juan—pensaba—mandé que le cortaran la cabeza; mas hele ahí resucitado de entre los muertos. Porque ¿quién podría ser ese de quien tantos prodigios se cuentan? ⁽¹⁾» Y procuraba ver al taumaturgo del cual todo el mundo hablaba. Quizás en el fondo de su corazón tenía un vago deseo de comprobar ó que no se resucita de entre los muertos, ó que, si Juan había resucitado, su crimen había sido reparado en parte.

En efecto, el desgraciado había ordenado condenar á muerte al Bautista en circunstancias especialmente odiosas. Los Evangelistas nos han conservado su dramático relato.

Era el mismo día en que el príncipe celebraba el aniversario

la aparente contradicción entre *Mat.*, XIV, 5 y *Marc.*, VI, 19, sobre las disposiciones del tetrarca. De acuerdo con Josefo, aquél presta á Antipas la intención de deshacerse de Juan, intención que no se llevó á cabo por miedo á un motín popular. Pero *Marc.*, precisando mejor las cosas, deja entrever el origen de las variables disposiciones del príncipe: atribuye á Herodías el odio homicida, mientras que, por su parte, el tetrarca temía y escuchaba al prisionero. El disgusto que experimentó Antipas al verse precisado á conceder la cabeza de Juan, prueba la exactitud de las informaciones de Marcos.

(1) Hemos tratado de fundir en una sola expresión los diversos sentimientos que los sinópticos atribuyen á Herodes, pero es evidente que *Luc.*, IX, 9, se separa de los otros dos sinópticos. Según él, Herodes no abrigaba a idea de que Juan hubiese podido resucitar.

sario ó bien de su nacimiento ó bien de su advenimiento al poder ⁽¹⁾. Los señores de la corte, los jefes del ejército y los principales personajes del país estaban invitados á su mesa. Hacia el fin del banquete hubo escenas mímicas y danzas lascivas, para excitar las malas pasiones de los convidados. La Roma de Cicerón practicaba desde mucho tiempo hacía aquellas malsanas exhibiciones ⁽²⁾. La Roma de los Césares las propagó por el mundo con sus otras inmoralidades. El viejo Herodes estableció un teatro en su palacio y un circo en Jerusalén. No es de admirar, pues, que su hijo, vasallo todavía más servil que el padre, tuviese empeño en copiar las costumbres disolutas de sus señores. Á fin de realzar el esplendor de la fiesta, la hija de Herodías ⁽³⁾, la joven Salomé, olvidando lo que debía á la memoria de su propio padre, se ofreció ella misma en espectáculo. Hábilmente formada en la escuela del crimen y la seducción, obtuvo un éxito inmenso. El príncipe excitado ya por los vapores del vino, quiso corresponder á los aplausos de la concurrencia y manifestar su propia satisfacción ofreció á la bailarina atender el deseo que formulara, fuese cual fuese. Habiéndola llamado

(1) El texto *επεοίς γενεών* ha sido interpretado de diversos modos. Para unos significa el aniversario del nacimiento que los antiguos celebraban solemnemente. (*Gen.*, XL, 20; *II Macab.*, VI, 7.) En este sentido lo entiende Josefo (*Antiq.* XII, 4, 7) cuando habla de los grandes personajes de Siria que celebraban el aniversario del nacimiento de los hijos del rey. Para otros, fundándose en *Ps.* II, 7, y *I Reyes* XIII, 12, se trata del aniversario del advenimiento al trono. Comp. *Dion Cass.*, XLVII, 18. En este caso la degollación del Bautista aquí estaría colocada en su propio lugar cronológico, pues nos aproximamos á la Pascua, y como Herodes el Grande murió poco más ó menos siete días antes de Pascua, Antipas debía celebrar el aniversario de su advenimiento á la dignidad real hacia el mismo tiempo. En una palabra, no es raro que el término *γενεών* signifique el día en que un príncipe subía al trono y se honraba simultáneamente el recuerdo de la muerte del predecesor. (V. Herodoto, IV, 26, y Suicer, *Thesaurus*, I, pág. 746.)

(2) Cicerón, *Pro Murena*, c. 6: «Tempestivi convivii, amoeni tori, multarum divitiarum comes est extrema saltatio.» (V. Horacio, *Od.*, III, 5, 21.)

(3) Herodías, hija de Aristóbulo, hijo de Herodes el Grande y de Berenice, había tenido esta hija de su primer marido, vergonzosamente abandonado, Herodes Filipo, hijo de Mariana. Véase, para conocer bien esta historia extraña de la familia de Herodes, el libro de M. de Saulcy, *Hist. d. Hérode*. París, 1867.

junto á él, le dijo: «Pídeme lo que quieras, pues te juro que te lo daré, aunque sea la mitad de mi reino.» Era ofrecer mucho por muy poca cosa. Bien se ve, por la imprudencia de estas palabras, que la cabeza del rey estaba perturbada. Quizás creía cumplir su oferta con un rico presente con ocasión de las próximas bodas de Salomé con Filipo, tetrarca de Iturea. Sin sospecharlo, el desgraciado había prometido un crimen.

La joven salió un momento para entenderse con su madre acerca de la petición que debía formular. Promesa tan generosa salida de labios reales daba mucho que pensar. Herodías zanjó la cuestión y dictó ella misma la respuesta. La culpable madre, que no temía otra cosa que ser repudiada el día en que, en el alma de Herodes, la voz del Bautista sobrepujase á su pasión, no podía tener más que un deseo, el de suprimir todo peligro, suprimiendo al abogado de la moral pública. Hacía mucho tiempo que se estrellaba contra las obstinadas negativas del rey su seductor. Éste, como ya hemos dicho antes, retrocedía ante el último crimen, tanto por veneración al profeta cautivo, como por miedo á un levantamiento popular. Al fin debía ser vencido. La mujer, astuta cuando se ha hecho criminal, sabe esperar el momento propicio para echar por tierra, por modo atrevido, los últimos sentimientos de justicia y honor que todavía quedan en el corazón del que la ha cautivado.

La princesa adúltera dictó, pues, la respuesta que había de llevarse al rey. Salomé volvió á entrar triunfante en la sala del festín, y con la sonrisa en los labios pidió al tetrarca, no un collar de perlas ni una corona de oro, sino la cabeza de Juan Bautista, chorreando sangre, en uno de los platos del banquete. El golpe era horrible y muy capaz de hacer volver en sí al hombre medio borracho que lo había provocado y lo recibía. Herodes quedó triste y disgustado. Por desgracia, había dado su palabra bajo juramento ⁽¹⁾. Al mismo tiempo los cortesanos—siempre los

(1) La expresión *διὰ τοὺς ὄρκους* empleada por los dos evangelistas supone

tienen á su servicio mujeres como Herodías—tomaron la palabra para triunfar de las últimas vacilaciones de la conciencia real. Sin duda observaron que se corría más peligro dejando vivir á Juan en su prisión, que haciéndole matar. El pueblo se agitaba alrededor del cautivo. El cautivo era aliado de Aretas, puesto que defendía la causa de su hija repudiada. Aretas había declarado la guerra. Una palabra de Juan podía provocar la más desastrosa revolución ⁽¹⁾. Á la política no le faltan nunca razones cuando quiere alentar un crimen. Herodes, vencido por estos argumentos y no atreviéndose á faltar á su palabra jurada, hizo una señal al guardia que allí había ⁽²⁾, y éste salió para ejecutar á la víctima.

No estaba lejos ⁽³⁾. En efecto, pronto volvió el verdugo llevando á Salomé el horrible presente que tanto anhelaba, y la hija triunfalmente corrió á ofrecerlo en homenaje á su madre. La crueldad humana muestra excesos inconcebi-

que juró una y otra vez. Sabido es la importancia que los hombres, aun los más escépticos, dan á sus juramentos. Feroras se obstinó en no ir á ver á Herodes el Grande enfermo y que preguntaba por él, por temor de faltar á su juramento de no salir de su provincia antes que su hermano hubiese muerto. *Antiq.*, XVII, 3, 3.

(1) Comp. lo que dice Josefo, *Antiq.*, XVIII, 5, 2, sobre los motivos que hicieron encarcelar á Juan Bautista en Maquero y que provocaron su ejecución. El historiador judío parece haber ignorado las razones íntimas que provocaron la odiosa ejecución, y no se preocupa más que del motivo político. Comprueba que el pueblo, lleno de veneración hacia el mártir, atribuyó la derrota de los ejércitos de Antipas en la lucha contra Aretas al crimen abominable que se había cometido.

(2) El término *Σπεκουλάτωρ* del cual se sirve *Marc*, VI, 27, y que es la palabra latina *speculator*, trasladada al griego, significa uno de los satélites ó guardias de corps que vigilaban junto á los jefes, tanto civiles como militares. Así leemos en Séneca, *de Ira*, 1, 18: «Centurio supplicio praepositus condere gladium speculatorem jubet.» En Tácito, *Hist.*, II, 11: «Speculatorum lecta corpora.»

(3) Las expresiones de que se sirven los dos evangelistas al relatar el crimen, lo indican suficientemente. La joven pidió que le fuese traída *al instante* la cabeza... dice *Marc.*, VI, 25, ó según *Mat.*, XIV, 8, *así, aquí mismo*, es decir, *al instante*, y el arquero la llevó en uno de los platos, dicen los dos, que había servido en el festín. No es posible suponer, pues, que Herodes estuviera en Tiberiades y Juan en la fortaleza de Maquero, pues hubiera necesitado el sicario más de cuatro días para hacer el viaje. Es probable que el tetrarca tuviera entonces su corte en el mismo Maquero, desde donde debía más fácilmente dirigir la guerra contra el rey de Arabia.

bles. Mario tuvo en sus manos la cabeza de Marco Antonio el orador, y, en medio de un festín, le dirigió los más irónicos discursos ⁽¹⁾. Fulvia cogió entre sus rodillas la de Cicerón para atravesarle la lengua con alfileres. Ignoramos lo que pudo decir ó hacer la incestuosa Herodías ante el sangriento plato en que contemplaba el rostro de su desapiadado adversario. En cuanto á Herodes, jamás olvidó aquella boca elocuente hasta en la muerte, y el recuerdo de su víctima le persiguió en lo sucesivo como un cruel tormento. Así se explican las palabras que los Evangelistas ponen en sus labios: «¡Será él!» y su terror.

Esta noticia llegó al Maestro, cuando las muchedumbres le rodeaban en las orillas del lago. La emoción popular fué grande cuando se oyó á los discípulos del Bautista, que acababan de cumplir los últimos deberes para con su maestro, relatar por sí mismos su trágico fin. Era posible una sublevación general. Si Herodes hubiera intentado conducir ante él á Jesús, quizás no se hubiera hecho esperar la revolución. Era necesario evitarla á todo trance.

(1) Valerio Máximo, IX, 2.

CAPÍTULO II

Jesús multiplica los panes y camina sobre las aguas

Motivos para huir de la muchedumbre entusiasta.—Viaje al desierto de Betsaida.—La multitud precede á Jesús.—¿Cómo alimentar á cinco mil hombres con cinco panes y dos pececillos?—Poder creador de la bendición divina.—La Pascua en el desierto.—El pueblo deja entrever su segunda intención política.—Jesús ordena embarcar á sus Apóstoles para sustraerlos á la influencia de la muchedumbre.—El irá á ellos caminando sobre las aguas.—Pedro asociado al milagro.—Se aborda en Genesaret. (*Luc.*, IX, 10-17; *Marc.*, VI, 30-56; *Mat.*, XIV, 13-36; *Juan*, VI, 1-21 (1).)

Entretanto los Apóstoles habían vuelto de su misión. Sin duda el Maestro había fijado el tiempo que debía durar y el lugar en donde habían de volver á reunirse. Este sitio de cita no nos es conocido sino de una manera general; pero en las orillas del lago fué donde el grupo apostólico se reconstituyó. Una palabra de Juan ⁽²⁾ nos permitiría creer que fué en los alrededores de Tiberíades nuevamente edificada.

(1) Por primera vez los sinópticos y San Juan convienen en un mismo relato. Éste traslada bruscamente á Jesús de Jerusalén, en donde asistía á una fiesta indeterminada, á las orillas del lago de Tiberíades, para hacernos asistir á la crisis de la fe en Galilea, como acababa de mostrarla en Judea. Negándose á ser el Mesías político soñado por el pueblo, Jesús se enajena las simpatías de aquel pueblo. Los sinópticos se hallan acordes con San Juan sobre este punto capital. Indudablemente, la independencia de sus redacciones es evidente, si se considera las numerosas divergencias que parecen producirse en el relato, pero, en realidad, el resultado final y los puntos salientes se hallan confirmados por los cuatro historiadores: por ejemplo, las multitudes que seguían á Jesús en el desierto, los cinco panes y los dos peces, los doce canastos y la acción de gracias. Marcos y Juan hablan del césped sobre el cual estuvo sentado el pueblo y de los doscientos denarios de pan. Juan pone nombres en donde los otros no. Precisa el papel de Felipe, de Andrés y del jovencito que tenía los panes de cebada. Se descubre, pues, al testigo de vista.

(2) *Juan*, VI, 23.

Los Apóstoles dieron cuenta de lo que habían hecho y enseñado durante su excursión, pero los términos empleados por el Evangelista dejan entrever que fué sin entusiasmo. La noticia del trágico fin del Bautista los había, sin duda, acongojado en sus primeras alegrías de misioneros. Volvían anonadados. El flujo y reflujo de las multitudes alrededor de Jesús, con todos los solicitadores de milagros que, con frecuencia, para obtener la curación de sus enfermedades, no dejaban tiempo para comer á los sanos, estaba lejos de constituir un medio confortante. El apóstol necesita, algunas veces, restablecerse en la calma y la soledad, lo mismo de alma que de cuerpo. Así, pues, Jesús les dijo: «Seguidme á un lugar apartado donde podáis descansar.» Contaba con que, durante este tiempo, la muchedumbre se dispersaría, y que con ella desaparecería todo peligro de sedición. Un sentimiento de alta conveniencia podía también determinar á los obreros evangélicos á honrar, con el silencio de algunos días, la memoria del que acababa de caer bajo el hacha del verdugo, después de haber desempeñado gloriosamente su carrera de Precursor y de testigo.

Entraron, pues, en una barca, y, dejando en la orilla á la multitud, dirigieronse á una región solitaria, al otro lado del mar de Galilea ⁽¹⁾. Pronto la multitud, á pie, al-

(1) ¿Dónde y en qué condiciones hay que buscar este sitio? Desde luego, cerca del lago, puesto que se llegó á él en barca; después, inhabitado, porque Jesús quiere estar en él lejos del bullicio de las muchedumbres; en fin, un verdadero lugar de reposo, al pie de una montaña, en donde el Maestro se aísla para orar, y en cuyos flancos la muchedumbre podía sentarse sobre el césped. La lección comúnmente recibida de *Lucas*, IX, 10, *ὑπεχώρησεν εἰς πόλιν καλουμένην βηθσαιᾶ*, es la que opone alguna dificultad. El código *Sinaitico*, que la suprime, así como las versiones siríacas, quizás sean absolutamente correctas. En efecto, ¿cómo suponer que el Evangelista dirija á Jesús á una ciudad, cuando éste manifestaba la intención de aislarse con los Apóstoles? Le conduce, en realidad, á un lugar desierto, *ἐν ἐρήμῳ τόπῳ* vers. 12; en sus alrededores no hay sino lugarejos, *κώμας*, y campos, *καὶ ἀγρούς*, en los cuales se hace imposible encontrar alimento alguno. Con menos razón se trataba de una importante ciudad como *Julias-Betsaida*. Es necesario principiar, pues, por renunciar á traducir el texto ordinario tal como es, y sobrentender en él, ó poner en él, transformándolo, como desde un principio lo hicieron ciertos copistas, lo que no hay en él, *εἰς τόπον ἔρημον πολέως καλου-*

canzó á los que huían ante ella, ya advertida del lugar en donde habían de reunirse, por alguna indiscreción, ya porque siguiesen con la vista la barca que se alejaba de la costa. San Juan parece decir que Jesús tuvo tiempo para que-

μέρης, «hacia un lugar desierto que dependía de la ciudad llamada Betsaida». ¿No sería preferible aceptar la lección del *Sinaitico* y no mencionar á Betsaida? Decir que Lucas ha estado en esto insuficientemente informado, puesto que parece ignorar que el viaje se hizo en barca, lo cual le lleva á no decir nada de la vuelta y de la marcha de Jesús sobre las aguas, parece todavía más violento que modificar el texto.

En todo caso, desde el momento en que se suprima la indicación de Betsaida, se puede colocar el lugar desierto en el cual la muchedumbre fué milagrosamente alimentada, en el punto que se quiera de la orilla del lago, que no será por cierto el de Genezaret, puesto que al atravesarlo, *διαπεράσαντες*, será preciso entrar en los parajes de Cafarnaúm. Aunque no fuese, como ya se vió á propósito de los demoníacos de Gérgesa, un país abierto para Jesús, se pensó en seguida en la orilla inmediatamente opuesta á Genezaret, y en las tierras que pertenecían al distrito de Julias Betsaida. Hay sobre esta hipótesis una seria objeción, y es la de que estas tierras no pueden asimilarse á un desierto, y la llanura que se extiende alrededor de las ruinas de El Tell, El-Mes'adieh y El-Aradj, los tres sitios en que se coloca á Betsaida Julias, parecerá á los que, como nosotros, vayan á visitarla, todo lo contrario de un desierto. Sin duda que el desierto no es siempre, en la Biblia, un lugar completamente desprovisto de vegetación, pues se llevan los rebaños á pacer en él, pero la vegetación que en ellos se encuentra, miserable y salvaje, excluye, por lo regular, el trabajo del hombre. Ahora bien, hay pocas tierras más fértiles, mejor regadas, ni más habitadas que la Buttaiah actual. Es necesario, para encontrar sitios salvajes y solitarios en sus alrededores, ó bien remontarse al N. E. de El-Tell, y entonces ya no se está en las orillas del lago, ó descender hasta casi el Uadi Semak, en donde, efectivamente, se elevan colinas poco más ó menos incultas; pero éstas alturas se encuentran muy lejos para darles el nombre de desierto de Betsaida. Quizás más naturalmente se buscaría el lugar aislado que mencionan los Evangelistas cerca de la única Betsaida que parece conocieron, en las montañas verdaderamente salvajes que se encuentran al N. E. de Tell-Hum. Nada tan desolado como esta cadena de colinas completamente sembradas de piedras negras. En efecto, ¿por qué Jesús, al abandonar á Genezaret, iría en busca de tan lejano y solitario lugar, cuando podía encontrarlo á quince ó veinte kilómetros y cerca de las orillas del lago? Se comprende que las muchedumbres hubieran podido seguirle á pie hasta allí, aunque Él fuese en barca, y que se aumentarían al pasar por las pequeñas ciudades escalonadas en la orilla. La dificultad que se podría sacar de la orden dada á los discípulos de ir á esperarle á Betsaida no existe; muy al contrario, nada más natural que esta orden si se tiene en cuenta el verdadero pensamiento del Maestro. En efecto, Éste quiere simplemente que los Apóstoles simulen una partida sin Él, que vayan mar adentro y le esperen después en Betsaida, esto es, á poca distancia de donde Él se encuentra. Esta observación nos parece tan fundada en razón, que de querer tomar como teatro de acción para la multiplicación de los panes la orilla oriental del lago, sería necesario lógicamente entender de Julias lo

darse solo con sus discípulos ⁽¹⁾ algún tiempo y que la multitud no llegó sino después. Por lo demás, era más numerosa que nunca, y el grupo de amigos ó curiosos llegados de la orilla occidental había singularmente aumentado á su paso. En todas partes empezaban á prepararse para las fiestas de la Pascua, y había bastado, en las ciudades ó aldeas por donde pasaban, dejar entrever el proyecto de proclamar á Jesús por Rey-Mesías y la esperanza de obligarle á tomar la dirección de un levantamiento popular, para arrastrar tras de sí á los peregrinos. Los galileos tenían muy sensible la fibra patriótica y religiosa; nada de particular, pues, que todos quisieran tomar parte en el movimiento popular de que había de salir la restauración de Israel.

La vista de aquel inmenso é interesante rebaño, que así acababa de encontrar á su Pastor en el desierto, conmovió á Jesús. En lugar de descansar, descendió hacia él y lo acogió bondadoso, dedicándose en seguida á su instrucción.

que se dice de Betsaida en *Marc.*, VI, 45. La patria de Pedro y Andrés hubiera estado demasiado lejos para una cita. Cuando hay que hacer un recorrido de cuarenta kilómetros y se quiere sencillamente simular una separación, no se señala el kilómetro trigésimo quinto para reunirse. Además, cuando se parte de Abu-Zeineh ó de Uadi Semak para dirigirse á Genezaret, se ha considerado siempre que había que atravesar el lago, no en el mismo sentido, pero sí en una longitud casi igual, y aun, por esta parte, el texto no presenta dificultad alguna. Por lo demás, no se puede discutir con utilidad sobre esta cuestión sino después de haber inspeccionado los lugares. Para nosotros, Betsaida Julias no tiene nada que ver con la narración de los Evangelistas, salvo el caso de que la multiplicación de los panes hubiese tenido lugar hacia el Uadi Semak, caso no probable, porque este lugar se halla demasiado lejos de las dos Betsaidas, pero caso en que habría que admitir que los parajes de Julias habrían sido el punto de cita dado por Jesús. Si, como nosotros creemos, esta multiplicación se llevó á cabo al N. E. de Tell-Hum, el antiguo y verdadero Betsaida, la muchedumbre se encontraría agrupada al pie de las colinas que descienden hacia Abu-Zeineh, y los Apóstoles recibirían la orden de hacerse mar adentro como si partieran, cuando en realidad debían esperar al Maestro á cinco kilómetros de allí, á la altura de Betsaida. Esta explicación se acomodaría también al texto embarazoso de San Lucas, porque Jesús habría ido en realidad hacia Betsaida para evitar la muchedumbre, y habría sido recibido por ella en las montañas vecinas.

(1) Representa al Maestro sentado en la falda de la montaña, *ἐκάθητο*, cuando el pueblo llega en masa. En este caso es preciso entender la palabra *ἐξελθών* de los sinópticos como el movimiento que hace Jesús, no para salir de la barca, sino para dejar su retiro y dirigirse al pueblo.

Le habló sobre todo y extensamente del reino de Dios, tal como había de entenderse, y después curó á los enfermos que le presentaban. Las horas pasaban rápidas bajo el encanto de aquella palabra amada y consoladora. Comenzaba á declinar el día. Los Apóstoles se acercaron al Señor y le dijeron: «Desierto es este lugar, y la hora ya es tarde: despide á las gentes, para que, pasando á las aldeas, se compren que comer.—Y Jesús les dijo: No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer.—Sí—contestaron los Apóstoles con cierto tono irónico, que revela la familiaridad de sus relaciones con el Maestro,—iremos á comprar pan por doscientos ⁽¹⁾ denarios, y les daremos de comer.» Era probablemente más de lo que contenía su bolsa. Jesús sonreía á causa de su desaliento. Sabía Él un medio de alimentar á la muchedumbre con menos gasto, y su corazón, desde el primer momento, había proyectado recurrir á él. Para hacer más evidente el gran milagro que iba á obrar, ó también para probar la caridad de los discípulos á los que apenas se desprendían de sus últimos recursos, se dirigió á uno de ellos: «Felipe—le dijo, como haciendo un llamamiento al espíritu práctico y á la experiencia de un apóstol que debía conocer el país, si es que se hallaban cerca de Betsaida, su patria,—¿dónde podremos comprar pan suficiente para alimentar á esta multitud?» Felipe repite estas palabras á sus colegas, y, como hombre entendido en la materia, declara que, aun empleando los doscientos denarios en cuestión, no habría suficientes víveres para distribuir á cada uno una pequeña porción. «¿Cuántos panes tenéis?—replica Jesús—¿Cuántos pueden encontrarse entre esta muchedumbre? Id, y enteraos.» Diríase que el Maestro se complace en dificultar agradablemente á los Apóstoles una cuestión

(1) El denario romano valía unos 85 céntimos; se trataba, pues, de un gasto de 170 pesetas; esto era exorbitante para los recursos de que disponían los Apóstoles. Suponiendo que se señalase medio kilo á cada individuo, los dos mil quinientos kilos se calculaban á 7 céntimos el kilo. Como dirá Felipe, esto era insuficiente.

insoluble para la razón, pero muy fácil para la fe. En todo caso, probar que nadie llevaba nada era el mejor medio de establecer después que sólo Él había alimentado á todo el mundo.

En su carrera alrededor del lago, la multitud no tenía otra idea que la de volver á encontrar á Jesús. Las impaciencias del alma hacen olvidar las necesidades del cuerpo. Entre tanta gente sólo se encontraron cinco panes de cebada y dos peces ⁽¹⁾. Los llevaba un jovencito. La inmediata confirmación que de ello hace Andrés, el compañero ordinario de Felipe, prueba que ya se habían preocupado de la cuestión. Pero ¿qué era esto para tanta gente? No obstante, Jesús hizo que se los entregasen. Después mandó que la multitud se dividiera en grupos de cincuenta ó de cien personas, y que estos grupos escalonados en líneas iguales á lo largo de la colina, se sentasen sobre la verde alfombra que la primavera había preparado. En efecto, la hierba era ya alta, pues se hallaban próximas las fiestas de Pascua.

Esta observación cronológica, que San Juan desliza, como por casualidad, en su narración, esclarece con luz especial el gran milagro de la multiplicación de los panes. Al mismo tiempo que los fariseos y el partido jerárquico ostentaban en Jerusalén su piedad orgullosa é hipócrita en la casa de su Padre, Él se ocultó en el desierto, no subiendo á visitar la Ciudad Santa, por no despertar antes de hora el odio implacable de sus enemigos. La muchedumbre que le sigue padece hambre, mientras que todo Israel come el cordero pascual ante los ojos del sacerdocio levítico. Su corazón enmudece á esta idea, y su omnipotencia se determina á inaugurar los ágapes de la nueva religión, preludiando así la institución de la gran pascua que alegrará el porvenir. El orden que exige en el

(1) El pueblo bajo comía sobre todo pan de cebada (III *Rey.* VII, 1; XVI, 18 etc.). Los pescados de los cuales aquí se trata, estaban ó asados ó salados. San Juan los denomina *ψάρια*, según el lenguaje de los pescadores, que hacían del pescado salado su alimento ordinario.

grande y pintoresco banquete da á entender su intención de invitar á la muchedumbre á una especie de comida religiosa.

De pie en medio de la asamblea, como el padre en medio de la familia, durante el festín pascual, toma los panes, los bendice y eleva la vista al cielo, dando gracias á Dios ⁽¹⁾.

Este fué el solemne instante en el cual el milagro se llevó á cabo. De súbito la bendición creó en sus manos lo que crea con lentos y sucesivos desarrollos en las entrañas de la tierra cuando germinan las mieses, con la diferencia de que esta vez hizo nacer, no el trigo, sino el mismo pan, que no es más que una lejana transformación de aquél. Para el Dueño de la naturaleza no es más difícil una cosa que otra. El que crea la sustancia en sus diversas modificaciones, puede crearla, cuando así lo quiere, en su última modificación. Su mano liberal distribuía, sin cansarse, porciones que, renovándose indefinidamente, pasaban de los Apóstoles á la multitud, hasta que todos comieron y se hallaron hartos. No obstante, había allí sentados cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños que, según la costumbre oriental, debían colocarse aparte para tomar su comida.

Cuando se hubo terminado, mandó el Señor recoger las sobras. No convenía dejar perder lo que Dios acababa de conceder por medio de milagro tan grande. Doce canastos de pan ⁽²⁾ é innumerables fragmentos de pescados confirmaron que la multitud había encontrado en el desierto una comida superabundante, sin acudir á los doscientos denarios de Felipe. No cabía duda, el que les había dado de comer tan regiamente era más que un hombre.

(1) Quizás emplea Juan aquí la palabra *εὐχαριστήσας*, para dar á entender que hubo en esto como un presagio de la futura consagración de la Eucaristía. ¿No tuvo la misma idea San Lucas, al decir que *Jesús bendijo los panes: εὐλόγησεν αὐτούς?* Comp. I *Cor.*, X, 16. Esta actitud de Jesús impresionó profundamente á la multitud, y los cuatro Evangelistas la señalan intencionadamente.

(2) Fueron probablemente las doce cestas de los Apóstoles. Un judío no viajaba nunca sin el cesto, en donde colocaba sus víveres; de aquí el verso de Juvenal: «*Quorum cophinus foenumque supellex*», *Sat.*, III, 15, y el epíteto de *Cistíferos* dado por Martial á los hijos de Israel. (*Epiq.* V, 17).

«He aquí—exclamaron—el gran profeta que debe aparecer sobre la tierra». ¿Quién, pues, más digno que Él de gobernar al pueblo cuya subsistencia tan cómodamente aseguraba? Se tuvo la idea de proclamarle rey, aun á viva fuerza, y quizás de hacerle coronar en Jerusalén. Seguramente, podía asociarse un numeroso ejército y marchar con él al más seguro de los triunfos, el que, con sólo abrir su mano, era capaz de proveer á sus soldados ¿Por qué aplazar más la realización de las esperanzas nacionales? Con una terquedad singular, aquellas buenas gentes, desconociendo el verdadero carácter del Rey Mesías y las condiciones, todas espirituales, de su reino, querían acabar de una vez. Jesús adivinó sus intenciones. No pudiendo disipar sus ilusiones, huyó á la montaña para recogerse y orar allí.

En estas preocupaciones semipolíticas se pasó la noche ⁽¹⁾ y parte de la mañana. La efervescencia popular no se calmaba, y aun amenazaba con ganar á los Apóstoles. Efectivamente, éstos estaban ya demasiado inclinados á desear la inauguración de un reino terreno, y aun por mucho tiempo los veremos soñar en un Mesías belicoso, imponiendo su imperio por la violencia y distribuyendo á sus favoritos, al día siguiente de la victoria, las primeras dignidades de su imperio. Era la primera vez que veían alrededor del Maestro una multitud de cinco mil hombres entusiastas y ardientes. Sólo faltaba su asentimiento para ser proclamado rey de Israel. Las ambiciosas aspiraciones de ellos no podían anhelar mejor ocasión de éxito. De buen grado compartían, pues, si es que no las fomentaban, ⁽²⁾ las ilusiones de la multitud y sus extravagantes osadías. Sin esperar un día más, Jesús determinó alejarlos y quedarse solo con la multitud. También se proponía despedir á ésta, pero después de haberle hecho comprender la razón.

(1) Hay, en efecto, en *San Mateo*, XIV, 15 y 23 dos noches muy señaladas.

(2) *Juan*, VI, 70 y 71, parecería indicar al menos la connivencia de Judas, Comp. también vers. 66.

Así, pues, usando de su autoridad ⁽¹⁾, obligó á los Apóstoles á entrar en la barca y hacerse al mar como si partieran definitivamente. En realidad, habían recibido la consigna de ir á estacionarse á cierta distancia, y de esperarle frente á Betsaida ⁽²⁾.

La obediencia debió serles penosa. Una vez solo, procuró sin duda Jesús persuadir al pueblo de que era preciso hallar un albergue donde pasar la noche. El pueblo, cediendo á sus paternales representaciones y contando, por otra parte, con encontrar á su Mesías al día siguiente—ya que los Apóstoles no se lo llevaban consigo, sino que se encaminaba á orar en la montaña,—consintió en retirarse. El sol había desaparecido del horizonte, y el tiempo era malo.

Ahora bien, en tanto que se suponía al Maestro en oración y se respetaba su retiro, caminaba Él hacia Betsaida ⁽²⁾, para reunirse allí con sus discípulos, como lo había prometido. Éstos, aunque hacía mucho tiempo que habían llegado á la altura del punto de la cita, hacían vanos esfuerzos para abordar. El viento tempestuoso que soplabá con violencia los rechazaba sin cesar lago adentro. En tan inútil labor pasaron parte de la noche, retrocediendo en vez de

(1) Es lo que dicen expresamente los Evangelistas, *ἠράγκασεν... ἐμβήναι*.

(2) Como ya lo hemos notado más arriba, cualquiera que sea el sitio en que se coloque la escena de la multiplicación de los panes, es necesario entender que Jesús cita á sus Apóstoles para muy corta distancia. No los despide con la intención de hacer á pie el viaje á Cafarnaúm, sino á fin de separarlos de la muchedumbre que, con sus ideas sobre el Mesías terrenal, los alucinaba. Al mismo tiempo, quiere dejar creer á aquella que él no marcha. Y por ser Betsaida un sitio *cercano*, Jesús lo escoge como punto de reunión. Pensar que, queriendo ir desde el sur de Betsaida á Cafarnaúm, les diría: «Id á esperarme á cinco kilómetros de Cafarnaúm, yo haré treinta y cinco á pie, durante la noche, vadeando el Jordán para reunirme á vosotros,» sería de todo punto inverosímil, siendo preciso entender por Betsaida el puerto más cercano adonde irá Jesús llegada la noche y en donde se unirá á sus Apóstoles. Digno es de notar que Juan no habla de la cita dada por Jesús, pero la supone; de lo contrario, no se explicaría ni que los discípulos partieran sin el Maestro, ni mucho menos que esperasen (vers. 17), verle llegar para juntarse nuevamente con ellos.

(3) No hay que perder de vista que las distancias entre las diferentes localidades de las orillas del lago son poco considerables. Así, pues, no era para evitar la fatiga de una marcha á pie por lo que deseaba Jesús tener de nuevo á su disposición la barca, sino más bien para estar tranquilo en ella, lejos de la multitud y en medio de los suyos.

avanzar. Había pasado ya la tercera vigilia ⁽¹⁾; Jesús no podía haber esperado tanto tiempo. Renunciando á descansar en la barca y sobre las olas, debía de haberse dirigido á Cafarnaúm ⁽²⁾. Este pensamiento, como también el peligro que había en luchar contra los vientos del N. E., determinaron á los Apóstoles á hacerse á la vela directamente hacia el término del viaje. Toda detención intermedia parecía ser tan imposible como superflua. En medio de la terrible borrasca, anhelaban sobre todo tomar tierra en cualquier parte. Sin embargo, á las tres de la mañana, sólo habían logrado avanzar hasta 25 ó 30 estadios de la orilla.

Jesús, viéndolos en tal angustia, tuvo piedad de ellos. Como todo le era fácil al Señor de los elementos, dirigióse directamente hacia los que, no obstante su buena voluntad, no podían llegar á Él. Lo que Job había dicho de Dios, iba Él á realizarlo, y, pasando de la tierra firme á la llanura líquida, caminó sobre las olas como sobre un pavimento ⁽³⁾. Llegado á la barca, adelantóse á ella en ademán de señalarles la ruta de Cafarnaúm ⁽⁴⁾. Cuando, en la obscuridad de la noche, distinguieron los Apóstoles una sombra humana de pie sobre las olas que chocaban entre sí, lanzaron gritos de espanto, creyendo hallarse en presencia de un fantasma. Para darse á conocer, acercóse más Jesús, con lo cual aumentóse su espanto. Entonces, para tranquilizarlos por completo: «Soy yo—dijo;—no tenáis miedo.» Al oír aquella voz tan conocida, los Apóstoles, recobrando al punto su valor, multiplicaron sus esfuerzos para alcanzar al que parecía huir ⁽⁵⁾ de ellos. Esta-

(1) En aquella época, los judíos, lo mismo que los romanos y los griegos dividían la noche en cuatro vigiliás. La duración de cada una, que debía ser de tres horas, era más larga ó más corta según la estación. *S. Marcos*, XIII, 35, distingue claramente estas cuatro partes de la noche: *sero, media nox, galli cantus, mane*.

(2) Si nuestra hipótesis sobre el lugar de la multiplicación de los panes es fundadá, bastaba descender por la vertiente occidental de la montaña para llegar á Betsaida.

(3) *Job*, IX, 8.

(4) Tal es la significación más natural de estas palabras de San Marcos: *ἤθελεν παρελθεῖν*.

(5) Tal nos parece ser el sentido de las expresiones empleadas por San

ban impacientes por recogerlo en la barca, pero él marchaba siempre hacia adelante; por lo que, asombrados de tan extraño espectáculo, no sabían qué pensar.

Pedro, expresando el pensamiento de todos, exclamó: «Maestro, si eres tú, ordena que vaya á ti por encima de las aguas.» Ponía en duda, no la omnipotencia de Jesús, sino la realidad de su presencia. «Ven»—le dijo el Maestro.—Y, en efecto, Pedro, lisonjeado de verse asociado al milagro que sostenía á Jesús sobre las aguas, salta de la barca y marcha sobre las olas. El viento soplabá con furia; sorprendido el Apóstol, cree perder el equilibrio; tiene miedo, vacila y comienza á hundirse en el agua. Cuando se quebranta la fe, cesa el milagro. Ya no camina Pedro. Sin embargo, ante él se mantiene derecho y firme el Señor, en medio de la tempestad, como para enseñar que la fe puede desafiar los elementos. Pedro invoca su auxilio con el gesto y con la voz: «Maestro—grita,—sálvame.» Entonces Jesús, tendiendo la mano, le coge y le eleva diciendo: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?» Y juntos suben á la barca que había logrado alcanzarlos.

Entonces las olas se calmaron; apaciguóse el viento, y pronto vieron que habían llegado á la orilla donde tenían que desembarcar. Decididamente, más grande que el de un rey terrenal era el poder de Aquel que mandaba así á la naturaleza.

El milagro produjo en el alma de los discípulos una impresión más viva aún que la multiplicación de los panes. Todos los que estaban en la barca cayeron de rodillas ante el Maestro, y con el rostro pegado á tierra, exclamaron: «Verdaderamente, eres el Hijo de Dios.»

Habían desembarcado, no en Cafarnaúm, sino en sus alrededores. Esto es lo que entienden los Evangelistas por tierra de Genezaret. También allí pidieron y obtuvieron sus habitantes numerosos milagros. El Señor, con inagotable bondad, curaba á todos los enfermos y consolaba á los afligidos.

Juan: *ἠθελον λαβεῖν κ. τ. λ.* las cuales, de lo contrario, suscitarían una seria dificultad al relato de los sinópticos.

CAPÍTULO III

Sermón sobre el pan de la vida

Los partidarios de un Mesías político se reúnen con Jesús en Cafarnaúm.— Jesús rechaza vigorosamente sus miras terrenales.—Qué entiende por su reinado.—Es el pan de la vida para aquellos que conduce á Él el Padre.— Enseña que es comido, no sólo en su doctrina, sino en su carne y su sangre ofrecidas para la vida del mundo.—¿En qué sentido?—La comunión perfecta.—Excisión entre los adheridos á Jesús.—Palabras de Pedro.—Silencio hipócrita de Judas.—(*Juan*, VI, 22-71.)

Entre tanto, el partido de los celadores, que incitaba á la proclamación del reino mesiánico, habíase reunido de nuevo al día siguiente en el desierto de Betsaida, más ardiente que la víspera. Grande fué el desconcierto ⁽¹⁾ de los patriotas cuando se convencieron de la partida de Jesús. Barcas llegadas de la parte de Tiberíades pudieron dar datos precisos y asegurar que se le había visto en la otra orilla. Quizás también aquellas barcas habían sido enviadas para anunciar la nueva y trasladar á Cafarnaúm á los principales fautores de la agitación popular. Muy posible es, en efecto, como ya lo hemos insinuado, que dichos jefes estuviesen en inteligencia con algún miembro del círculo apostólico. ¿Por ventura no hemos visto que los que rodeaban á Jesús compartían con la multitud el deseo de transformar al Mesías en rey temporal? El alma completamente terrestre y egoísta de un Judas ¿no debía buscar con impaciencia la ocasión de precipitar los acontecimientos para gozar más pronto de los resultados materiales que esperaba? Bajo la influencia de análogos sentimientos, ¿no se aliará

(1) Creeríase casi hallar de nuevo una imagen de este desconcierto en la frase increíblemente atormentada de *Juan*, VI, 22, en la cual no acaban las circunlocuciones sino con la indecisión popular y la resolución de embarcarse para juntarse otra vez con Jesús.

más tarde el desdichado, no con los amigos, sino con los enemigos mismos de Jesús?

Sea de ello lo que se quiera, las chalupas de Tiberíades llegaron muy á punto para transportar á los que querían unirse otra vez sin tardanza con Jesús y reconstituir en torno de Él el grupo de los manifestantes. Cuando aquellos exaltados le descubrieron—fué en Cafarnaúm, en la sinagoga,—le abordaron con significativa solicitud. «Maestro—le dijeron,—¿cómo estás aquí? ¿Cuándo has venido?» Hallarle de nuevo equivalía á recobrar todas sus mundanas esperanzas. Bien lo veía Jesús; por lo que, respondiendo, no á su pregunta, sino á la intención que la dictaba, contestóles: «En verdad, en verdad os digo que no me buscáis por haber visto signos, sino á causa de los panes que habéis comido, y porque habéis sido saciados. Procurad aseguraros, no el alimento que perece, sino el que permanece para la vida eterna, el que debe daros el Hijo del hombre, porque Él es á quien Dios su Padre marcó con su sello.» En el milagro vieron el pan, siendo así que en el pan debían ver ante todo el milagro. ¿Qué es ese pan material y perecedero que alimenta un día el cuerpo, pero dejándolo en ayunas al siguiente, si no es reproducido también, en comparación del pan espiritual que, apoderándose de la vida humana en lo que ella tiene de más elevado, la eleva al nivel mismo de la vida de Dios? Tal es el que hay que reclamar y apreciar. De este modo, la lección iba directamente á su objeto. Aquellos ambiciosos, aquellos agitadores dominados por insaciables codicias, se engañan buscando en Jesús al taumaturgo que alimentará á sus partidarios, y no al doctor que quiere instruir á sus discípulos. Pedir al Mesías pan de cebada, cuando ofrece la vida moral; quererle rey de la tierra, cuando es rey del cielo, es desconocer su augusto carácter y suprimir su verdadera grandeza. Los insensatos sólo ven que hay que alimentar el cuerpo y satisfacer al hombre terrenal, pero ni siquiera sospechan el aspecto elevado espiritual y divino de la humanidad. Esto es deses-

perante, porque el Hijo del hombre no ha sido escogido, señalado y consagrado por su Padre para la misión vulgar de fundar un reino político, sino que ha sido enviado para crear la gran sociedad de las almas y constituir la ciudad espiritual de los hijos de Dios.

«¿Qué debemos hacer, pues—responde el pueblo,—para realizar lo que Dios espera de nosotros?» Adheridos por completo á la causa mesiánica, se asombran de no pertenecer á la corriente religiosa que Jesús quiere fundar. ¿Qué programa les traza? ¿Á qué obra deben aplicar su buena voluntad? «Esta obra—dice el Maestro—consiste en creer en aquel que Dios ha enviado.» En efecto, Dios no pide partidarios que se batan, sino fieles que crean. La obra que espera de los hombres es la fe. Ante Él no sabrían producir otras obras ni más grandes ni más necesarias: más grandes, porque la fe es el don completo de uno mismo en la humillación del espíritu y en el sacrificio del corazón; más necesarias, porque únicamente por la fe, que une nuestras almas á Jesucristo, nos incorporamos al reino mesiánico.

En la sinagoga, como en toda asamblea pública, había oyentes diferentemente dispuestos. Al lado de los que habían visto la multiplicación de los panes y esperaban conocer el verdadero pensamiento de Jesús, hallábanse fariseos celosos, doctores incrédulos que se indignaban de oír al joven Profeta ofrecerse resueltamente como objeto de la fe de la humanidad. «¿Qué signo das—dijeron con acritud—para que lo veamos y te creamos? ¿Cuáles son tus obras? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como lo testifica la Escritura: *dióles á comer un pan bajado del cielo* (1).» Equivalía esto á explotar maliciosamente la condenación que Jesús había dirigido al pueblo y su negativa á continuar alimentándole por un milagro. Si es el Mesías, que lo pruebe reproduciendo diariamente, á los ojos de todos, lo que una vez hizo en el desierto.

(1) *Salmo LXXVII, 24, 25; Exodo, XVI, 4 y 15.*

Moisés se reconocía inferior al Mesías, y, sin embargo, alimentó, no una vez á cinco mil hombres, sino á todo el pueblo por espacio de cuarenta años, y no ciertamente con pan de cebada, sino con el pan del cielo. «No—responde el Maestro aceptando la comparación que se le opone;— en verdad os digo que Moisés no os dió el pan del cielo; mi Padre es quien os da el verdadero pan celestial; porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y asegura la vida al mundo.» Así, pues, nada de equívocos; el pan de que habla Jesús no es aquel del cual hablan sus interlocutores. Sueñan ellos en un maná milagroso, pero material; con palabras encubiertas, comienza por dar á entender que Él es el pan espiritual bajado del cielo, y que por Él y de Él debe vivir el mundo.

Si Jesús no es realmente Dios, nada tan prodigioso, inaudito, inexplicable, como esta afirmación y todo el discurso que va á seguirle. Porque, en último resultado, ¿de dónde podía venirle una conciencia tan segura y perfecta de su futura misión en la historia de la humanidad? En efecto, podría contestarse que, hace diecinueve siglos, el mundo le ha pedido la vida, y que de Él, como de un pan inagotable y siempre reparador, se ha alimentado visiblemente el mundo, asimilándose su pensamiento, su moral y sus virtudes.

La parte mejor dispuesta del auditorio estaba muy por lo bajo de tan hermosa respuesta para comprenderla. Obs- tinándose en soñar en un alimento análogo al del desierto, y con una ingenuidad que recuerda la de la Samaritana, declaran que están dispuestos á contentarse con dicho alimento y á seguir por todas partes al que se lo servirá. «Se- ñor—dicen,—danos siempre de ese pan.» Entonces Jesús, levantando resueltamente el velo de que había rodeado su pensamiento, suprime todas las equivocaciones, á riesgo de romper con sus más devotos partidarios: «EL PAN DE VIDA—exclama—SOY YO; el que viene á mí, no tendrá hambre; y el que cree en mí, no tendrá jamás sed.» Que no se busque ya en otra parte; el alimento que, á la vez,

es y da la vida real, es Él descendido del cielo, Él que, siendo vida en Dios de toda eternidad, ha venido á la tierra y se ha encarnado para ser la vida del hombre; de suerte que el hombre no tiene más que hacer que tomar, por un acto de fe, y asimilarse este alimento divino bajado del cielo, y ya no tendrá ni hambre ni sed en su alma. Desgraciadamente, invitado á la increíble comunión, vacila en comer lo que constituiría su vida. Esta idea contrista á Jesús. «En verdad os digo—añade—que habéis visto con vuestros propios ojos, y no creéis.» ⁽¹⁾ Es la condenación formal de gran número de los que le escuchan. Han visto sus obras, han oído sus discursos, y no han hecho el acto de fe que les hubiese asegurado la vida.

¿Seguirá su ejemplo la humanidad entera? No ciertamente; pues ello iría contra el plan divino. Jesús, que parece haberse recogido en un momento de silencio, lanza de repente una mirada á lo porvenir y su corazón late tranquilo. «Todos los que me da el Padre, vendrán á mí: y al que viniere á mí no le rechazaré. Pues he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado. Y la voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite á todos en el último día. Por tanto, la voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que todo aquel que ve al Hijo, y cree en Él, tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.» Sí, habrá ciertamente hombres que querrán asimilarse la vida divina puesta á su disposición. Vengan de donde vinieren, aunque sea de la gentilidad más impura, serán bien acogidos. El pan del cielo les será dado. Ni uno solo de los que el Padre ha predestinado morirá de hambre; por su fe ardiente, vivirán todos de este Jesús que habrán contemplado, adorado y servido con el más generoso amor. Así es como, en el último día, se levantará lleno de vida y de belleza un pueblo de elegidos. El Hijo devolverá entonces á

(1) Vulgata: vidistis me. El autor sigue los códices que no llevan *me*; pero el sentido es el mismo.—(N del T.)

su padre el rebaño fielmente preservado, alimentado y sacrificado.

Semejantes declaraciones atacaban al judaísmo en sus más vivas suspicacias. Duro era de oír que los paganos podrían serle preferidos. ¿El que así hablaba era el verdadero Mesías de Israel? Como esta queja viniese á agravar la ya extraña pretensión de ser el pan bajado del cielo, prorrumpió la concurrencia en un prolongado murmullo. «¿No es este—decían—Jesús, el hijo de José, cuyos padres tan bien conocemos? Pues, ¿cómo puede decir: He bajado del cielo?» El Maestro no responde á una objeción que la prudencia le prohibía abordar directamente. Revelar el misterio de su concepción divina, no hubiese hecho más que aumentar el escándalo de sus interlocutores. Con aquella autoridad severa que á veces tenía su palabra, dijo: «No andéis murmurando entre vosotros: Nadie puede venir á mí, si el Padre que me envió no le atrae⁽¹⁾; y al tal lo resucitaré yo en el último día. Escrito está en los profetas⁽²⁾: *Todos serán enseñados de Dios*. Cualquiera, pues, que ha escuchado al Padre, y aprendido, viene á mí. No porque algún hombre haya visto al Padre, excepto el que es de Dios⁽³⁾: éste sí que ha visto al Padre.» Los fieles son, pues, desde luego escogidos por el Padre celestial; Él es quien abre sus corazones, quien prepara sus almas, y ora por los golpes violentos de su misericordia, ora por las suavidades de su gracia, Él es quien conduce al Hijo esos dichosos benditos.

(1) El verbo *ἐλκύειν* de que se sirve Jesús no denota la acción violenta de arrastrar á un hombre á pesar suyo, sino que indica un impulso dado á quien, mostrándose al principio recalcitrante, se deja conducir en seguida. El texto mismo de Isaías que invoca Jesús indica simplemente una influencia persuasiva de Dios penetrando con su gracia una naturaleza dócil y conduciéndola adonde quiere. La imagen empleada aquí parece recordar la del padre de familia que acompaña su niño al maestro de escuela. El Padre encamina los hombres á la escuela de su Hijo; y los hombres, como niños, parece que van como á la fuerza á su preceptor. He aquí por qué son arrastrados, pero sin violencia.

(2) *Isaías*, LIV, 13, y *Jeremías*, XXXI, 33, etc.

(3) Tras estas palabras del Maestro, no hay que preguntar en dónde bebió San Juan la idea de su prólogo: *Is qui est á Deo* se corresponde exactamente con *erat apud Deum*. El Hijo es del Padre y todo con el Padre.

Su influencia todopoderosa realiza su obra á través de los incidentes ordinarios de la vida. Un gran dolor que nos quebrante, ó una alegría que nos regenere; una palabra que leamos en los Libros Santos ó que recojamos de los labios de un verdadero creyente; una iluminación súbita que disipe las dudas, todo esto conduce á las voces de Dios. Sin haberle visto—tal es el privilegio exclusivo del Unigénito que está en su seno,—experimentamos su acción, y, movidos por una fuerza secreta que no aniquila nuestra libertad, sino que la dirige, somos conducidos al Hijo. Éste comienza entonces su obra: por su doctrina, nos da la gran luz religiosa; por su sacrificio expiatorio, reconstituye nuestra justicia; por su contacto, rehace nuestra vida. Por último, sobreviene un tercer agente de nuestra santificación moral, al que Jesús caracteriza más tarde: el Espíritu Santo. Corresponderá á éste guardar el alma convertida, adornarla con sus dones y hacer de ella un templo en el cual sea Dios dignamente honrado. Así, las dos Personas divinas que vienen del Padre, conducen al Padre los que el Padre ha escogido: la una, iluminándolos y rescatándolos; la otra, consumando su santificación. Tal es la invariable y sublime historia de Dios, que emplea su poder, su verdad y su amor, glorificándose á sí mismo, en el ejercicio de su misericordia.

«En verdad, en verdad os digo—prosigue Jesús con energía cada vez mayor,—que quien cree en mí tiene la vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que quien coma de él no muera. Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo. Quien comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, la cual daré yo para la vida del mundo.» Estas últimas palabras sirven de transición visible á un nuevo orden de ideas. Al lado del pan que el Padre ha dado á la tierra, hay la carne que el Hijo entrega para nuestra resurrección. Como pan, ofrece Jesús á la humanidad la verdad que alimenta al alma. Como carne y sangre, crea en

nosotros la vida sobrenatural; porque por medio de su sacrificio ha operado nuestra redención. Así, pues, el hombre, para vivir plenamente, deberá incorporarse á la vez á Jesús doctor y á Jesús redentor. El primer acto se produce por la fe que nos une á su pensamiento; el segundo se realiza por el contacto físico que debe unirnos á su cuerpo quebrantado, inmolado por nuestra salvación. Apoderarse de Cristo en todo su ser divino moral y físico, tal es la condición de vida religiosa para nosotros. Cuanto más enérgicamente se adhiera el hombre á este pan, á esta carne, á esta sangre, que deben alimentarle y santificarle, más viviente será. Preciso es que haga pasar á Dios á sí mismo y que, fundiendo su vida en la vida divina, sólo haya en su alma iluminada, en su corazón transformado, en su carne santificada, un solo ser viviente: Jesucristo.

Estas teorías eran muy superiores á un auditorio que, aferrándose á la letra sin investigar el espíritu, exclamaba con tono más violento que los murmullos de antes: «¿Cómo puede darnos á comer su carne?» Esta falta de inteligencia no desalienta á Jesús. Por lo contrario, insiste en ello dando á sus palabras un sentido cada vez más literal. «En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida.» Aquí, cesando toda metáfora, se impone el precepto en su asombrosa realidad. Para que la unión sea completa y la vida segura, no basta que Jesús sea comido en espíritu, sino que debe saborearlo la boca; una manducación real de la víctima ofrecida por el género humano se hace necesaria. ⁽¹⁾ Pero ¿será pre-

(1) Jesús se sirve de los términos más expresivos para indicar una asimilación física: *τρῶγων* comiendo con los dientes; *πινῶν* bebiendo como una bebida; y hace constar que no es una metáfora, sino una realidad: *ἀληθῆς βρῶσις, ἀληθῆς πῶσις*. (*)

(*) La importancia de la nota está en su segunda parte. La sola semántica, á la cual se alude en la primera, no sería muy concluyente.—(N. del T.)

ciso devorar una carne humana y beber una sangre humeante? La institución de la Eucaristía dará la respuesta divina á esta pregunta. Después de la santa Cena, la carne del Salvador se convertirá realmente en el alimento, no sangriento, sino místico de la humanidad, y su sangre será la bebida, no repelente, sino consoladora, ofrecida á los cristianos bajo los velos del sacramento. He aquí ahora las maravillosas consecuencias del extraño y celestial banquete á que nos convida Jesús, la última palabra del plan divino: «Quien come mi carne, y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él. Así como el Padre, que me ha enviado, vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come, también él vivirá por mí.» La vida real tiene su fuente en Dios sólo, que es *el Viviente*, según la expresión del Salvador. Esta vida se manifiesta en su Verbo, y, de una manera visible para nosotros, en el Hombre-Dios. Ahora bien, comer al Hombre-Dios es hacer pasar á nosotros lo que hay en este Hombre-Dios, y, por consiguiente, la vida del Padre; es unirnos á lo Infinito, ya que establecemos entre nosotros y Jesús una relación semejante que hay entre Jesús y su Padre. Sólo el Hijo tiene directamente su vida en la del Padre, y, produciéndola en la tierra bajo una forma humana, la pone á nuestra disposición. Como el pan de la tierra nos hace participar de la vida de la naturaleza, el pan del cielo nos hace participar de la vida de Dios. Se dice de él que es pan *viviente*, porque lleva al *Viviente* y porque lo comunica á todos los que, por medio de la *fe*, quieren apoderarse de él. Sin duda que absorbemos menos á Dios que Dios nos absorbe; pero por lo menos somos la gota de agua que, cayendo en el mar, participa de sus sublimes elevaciones, de la majestad de su reposo, de la pureza de su masa de azur. ¿Pues qué, la comunión pone realmente la vida divina en nosotros? Sí, pues Jesús lo afirma, y es fácil de entender, según su palabra, que el elemento divino, invadiendo nuestra alma por medio de nuestro cuerpo, engendra, alimenta y perfecciona en ella el principio mismo de nuestra vida sobrenatural.

La conclusión de este sublime discurso es una invitación á unirse á Jesús, desde este día, por la fe, y más tarde por la Eucaristía; porque no hay duda alguna de que, considerando su muerte próxima y aún fijándola en la Pascua siguiente, como realización de la inmolación simbólica del cordero, ha tenido presente la institución que debía perpetuar su recuerdo. «Este es el pan que ha bajado del cielo. No sucederá como á vuestros padres, que comieron el maná, y, no obstante, murieron. Quien come este pan vivirá eternamente.» El auditorio asombrábase cada vez más de semejante lenguaje. Habíase empezado por murmurar y discutir, y se acababa por expresar sentimientos de indignación á los cuales no eran extraños ciertos discípulos. «Dura es esta doctrina—exclamaba—¿y quién es el que puede escucharla?» Sin duda que para los que sólo entreveían, para las palabras del Maestro, realización posible en una horrible escena de canibalismo, había motivo para sentirse irritados por la proposición. Pero nada autorizaba á suponer en Jesús tan extravagantes intenciones. Sus palabras debían tener una significación más espiritual que debían descubrir sus oyentes. Así, pues, en lugar de retirarlas, se aplica el Maestro á sostenerlas en su sentido literal y directo, dando á entender únicamente que se equivocaban sobre el modo de la manducación, el cual nada debía tener de sangriento. «¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué será si viereis al Hijo del hombre subir adonde antes estaba?» ⁽¹⁾ Por lo menos se comprenderá entonces que no se trata de comer una carne que se divide como la de una víctima mortal. Quien suba al cielo, después de resucitado, no puede ya morir. Jesús se dará realmente, sí, pero bajo una forma mística; sustancialmente, pero bajo especies sacramentales que recuerden su muerte; completamente, con su humanidad y su divinidad juntas; en una palabra, todo Él, pero multiplicado y no dividido. Entonces aparecerá *Pan celestial*, ya que, descendido del cielo, se remontará

(1) Esta alusión á la Ascensión es tanto más notable cuanto San Juan nada dirá de ella después.

á él, y, comido aquí bajo como víctima, continuará siendo allá arriba Rey viviente y glorioso. Entonces será cuando se comprenderán todas las razones de la asimilación de la doctrina y expiación suprema de Aquel que habrá sellado su obra con el prodigio de su Ascensión. Desde ahora, si se quiere comprender lo que parece incomprendible, preciso es penetrarse de estas palabras que añade: «El espíritu es quien da la vida; la carne ó el sentido carnal de nada sirve para entender este misterio; las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son.» Que los sentidos se abstengan, pues, de buscar la carne de Jesucristo; no la tocarán, pues es una carne mística: sólo el espíritu puede hallarla, sentirla y adorarla al sumirla. Desde el punto de vista natural, la Eucaristía sería imposible. Desde el punto de vista sobrenatural y divino, ella es la vida en lo que ésta tiene de más elevado y de más ideal. Sólo la comprende el que hace callar á su cuerpo, para no escuchar más que á su alma en la iluminación de la fe y el éxtasis del amor.

Por consiguiente, no es posible ya que sus oyentes puedan abrigar la menor duda acerca del verdadero carácter del reino mesiánico. Su atmósfera es el más puro espiritualismo. Todas las concepciones terrenales, todos los medios humanos, todos los apetitos groseros son excluidos de él. El rey, según lo que Jesús acaba de decir, se entrega en alimento al alma de sus súbditos, y crea, por esta donación, los lazos íntimos que le unen á su pueblo. En los bienes sobrenaturales que ofrece y en los homenajes religiosos que espera, nada tienen que ver las codicias materiales. Casi todas las relaciones del Maestro con sus súbditos se establecen en el mundo superior é invisible de los espíritus. Como rápidas águilas se elevan sin cesar los creyentes para alcanzar el pan celestial, unirse á él y devorarlo. Para ellos es un deber y una dicha. El pan que se da es el Rey mismo, y todos juntos, no formando más que un pueblo, una familia, como el organismo de un mismo cuerpo, según la hermosa expresión de San Pablo, constituyen el home-

naje más santo, más digno, más divino que la tierra puede ofrecer al cielo.

Ahora bien, en todo esto no había nada de aquello en que soñaban los ambiciosos congregados hacía ya varios días en torno del Maestro. Si, al hacer claramente su profesión de fe, había querido Jesús acabar con las malas inteligencias, su éxito era completo. Así lo comprendía Él, porque dice el Evangelista: Leía en los corazones y distinguía los que iban á serle infieles, y aun el que debía venderle. Por eso añadió con acento profundamente conmovido: «Pero entre vosotros hay algunos que no creen. Por esta causa os he dicho que nadie puede venir á mí, si mi Padre no se lo concediese.»

Era el adiós lleno de tristeza que dirigía á todos los que anhelaban un Mesías temporal.

Defraudados en sus esperanzas, los políticos rompieron con Él aparatosamente. Nada tenían que hacer con un Mesías espiritual, por lo que le abandonaron.

Desgraciadamente, aquella elección voluntaria que purgaba al reino de Dios de tan peligrosa mezcla, no se extendía al círculo apostólico en el cual el elemento malo estaba, no obstante, representado. Como para obligarle á manifestar sus sentimientos, volviéndose Jesús á los Doce ⁽¹⁾, les dijo: «¿Y vosotros queréis también retiraros?» Pedro, con su ardor ordinario, convirtiéndose en órgano de todos respondió: «Señor ¿á quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.» Nadie protestó contra este acto de fe, cuyos propios términos parecían hacerlo colectivo. Sin embargo, uno había que no podía adherirse á él: Judas. Con acento de tristeza muy capaz de penetrar

(1) San Juan habla súbitamente de los Doce, como si ya los hubiese nombrado anteriormente. Ahora bien, en su Evangelio, sólo ha mencionado la vocación de cinco discípulos y la existencia de un grupo indeterminado, pero numeroso, de fieles. Es decir que, de improviso, concuerda con los sinópticos, *Luc.*, VI, 12 y sig., *Marc.*, III 13 y sig. Al hacer constar que Jesús ha escogido á los Doce, dice *ἐξελέξαμεν* y *Luc.*, VI 13, había dicho: *ἐκλεξάμενος*.

un alma menos hipócrita, dijo Jesús: «Pues qué ¿no soy yo el que os escogí á todos doce, y con todo, uno de vosotros es un diablo?» Estas terribles palabras deslizaronse en el corazón del miserable, quien se guardó bien de entrar por la puerta que se le abría. Su rostro aparecía impasible, porque contaba con que no le desenmascararía la bondad del Maestro. Los verdaderos malvados tienen sobrada confianza en la virtud de los buenos para abusar de su paciencia inagotable.

Desde este momento, será difícil la situación de Jesús en Galilea. Habiendo dado el ejemplo de defección varios discípulos, mostrará el pueblo menos entusiasmo y solicitud en torno de Él. Sus enemigos se aprovecharán de ello para perseguirle con más audacia, y, en aquella misma Galilea en que tan rica de esperanzas se anunciaba la cosecha, la palabra de Dios correrá peligro de no obtener fruto alguno. Para comprometerlo todo, ha bastado pronunciar la frase que impone silencio á las miserables codicias humanas: El Mesías no es el rey de los hombres, sino más bien el rey de las almas.

CAPÍTULO IV

Los fariseos vuelven á tomar la ofensiva

Nuevo ardor de los fariseos.—Las espigas cogidas y comidas en sábado.— Doble respuesta de Jesús.—El sábado es para el hombre, y no el hombre para el sábado.—Nueva polémica con motivo de los discípulos que comen sin lavarse las manos.—Una contrapregunta por respuesta.—Elevada moral de Jesús: Sólo mancha al hombre lo que proviene del corazón.—Furor de los fariseos.—Apreciación de Jesús.—Sus explicaciones á los discípulos.—Incidente del hombre de la mano seca.—Jesús interroga á sus enemigos.—Se niegan á responder.—Su resolución de aliarse con los herodianos y hacer morir á Jesús. (*Luc.*, VI, 1-11; *Marc.*, II, 22-28, VII, 1-23; II, 1-6; *Mat.*, XII, 1-8; XV, 1-20; XII, 9-14. (1))

En efecto, viendo el principio de impopularidad que se dibujaba en torno del Salvador, juzgaron los fariseos que podían reanudar la ofensiva con algunas garantías de éxito. Volvían de celebrar en Jerusalén las fiestas de la Pascua, retemplándose allí, en la fuente misma del celo más ardiente y del más acérrimo formalismo. Ahora bien, no era difícil sorprender á los discípulos de Jesús en oposición formal con las prescripciones de los rabinos. Con su ejemplo y sus consejos, habíalos autorizado el Maestro á suprimir resueltamente todas aquellas ridículas observancias que, como otras tantas funestas excrescencias, desfiguraban el viejo árbol del mosaísmo; los discípulos seguían dicho ejemplo, y de aquí la cólera creciente y las protestas indignadas de los fariseos.

(1) Hemos colocado aquí el incidente de las espigas cortadas el sábado segundo primero, porque cronológicamente no estamos lejos de la fecha en que debió producirse. Los trigos estaban maduros, y el sábado particular designado por San Lucas caía en esta época. La curación del hombre de la mano seca tuvo lugar poco después. La resolución violenta que tomaron los fariseos y su alianza con los herodianos están aquí en su lugar propio.

Por ejemplo, viéronlos violar un sábado ⁽¹⁾ la ley del descanso, siendo muy grande el escándalo. Veamos en que circunstancias.

Siguiendo al Maestro, caminaban en ayunas á lo largo de los trigos en sazón. Salvo el caso de enfermedad, ningún fiel israelita comía nada en sábado antes de haber rezado en la sinagoga sus primeras oraciones ⁽²⁾. Impulsados por el hambre, empezaron á coger espigas que desgranaron en sus manos para comerlas ⁽³⁾. Todavía hoy, la frugalidad de los orientales se acomoda bastante bien con esta especie de alimento ⁽⁴⁾. Viéronlos algunos fariseos, y se indignaron, no del hecho en sí, que la ley autorizaba ⁽⁵⁾, sino de la violación del sábado. Unos la emprendieron directamente con los discípulos: «¿Por qué hacéis—les decían—lo que está prohibido en sábado?» Los otros se dirigieron al Maestro, porque á éste era sobre todo al que querían perder: «Tus discípulos hacen lo que no es lícito en semejante día.» Coger espigas y frotarlas, ¿no equivale á cosechar, moler, hacer obra servil? El delito estaba previsto por la tradición de los ancianos, pues se especificaba en uno de

(1) San Lucas designa este día con el nombre de sábado *segundo-primero*. Se ha preguntado qué significa esta palabra, y las explicaciones han sido tan numerosas como inciertas. Creen algunos que sábado *segundo-primero* quería decir el *primer* sábado del *segundo* mes del año. Según otros, indicaría el *primero* de los siete sábados yendo del *segundo* día de la semana pasqual (16 de *Nisán*) á Pentecostés. Varios entienden el *primer* sábado del *segundo* año del ciclo sabático. Hace muy poco que se ha imaginado que había entre los judíos dos primeros sábados, el uno que abría el año civil en el mes de Tisrí (Septiembre-October), y el otro el año eclesiástico en el mes de Nisán (Marzo-Abril). Este se llamaría *segundo-primero*, en tanto que el otro *primero-primero*. De todos modos, se trata de una fecha que caía poco después de Pascuas.

(2) *Berac.*, I, 4.

(3) Vese perfectamente por este relato, común á los sinópticos, que Jesús pasó una primavera y, por consiguiente, una fiesta de la Pascua en Galilea, antes de aquella en que fué condenado á muerte. Por modo bien inopinado, los sinópticos conciertan aquí con San Juan, VI, 4.

(4) Lo hemos comprobado muchas veces en nuestros viajes á Palestina. Nuestros *mukres*, sin respeto al bien ajeno, cogían espigas casi maduras y las comían.

(5) Según el *Deuter.*, XXIII, 25, se podía, cuando se tenía hambre, coger espigas con la mano, pero no con la hoz.

los treinta y nueve casos señalados por los rabinos á propósito del descanso sabático ⁽¹⁾.

Jesús no se entretuvo á discutir el fundamento de semejante proposición; su doctrina magistral necesitaba otro terreno y más vastos horizontes. «¿Pues qué, no habéis leído vosotros—les dice—lo que hizo David, cuando él y los que le acompañaban padecieron hambre? ¿Cómo entró en la casa de Dios ⁽²⁾, bajo el gran sacerdote Abiatar ⁽³⁾, y tomó los panes de la proposición, y comió, y dió de ellos á sus compañeros, siendo así que á nadie se permite el comerlos sino á solos los sacerdotes?» Si en semejantes circunstancias se ha excusado siempre á David, es porque la ley natural está por encima de toda ley positiva. Cuando habla aquélla, deben callar las otras. ¿No es evidente que Dios ordena á los hombres ante todo vivir, y luego observar los ritos? David, el gran profeta y gran rey, no vaciló un instante entre la obligación mosaica de respetar los doce panes dispuestos en la mesa de oro del Tabernáculo y la orden imperiosa de la naturaleza de no dejarse morir de hambre ni él ni los que le acompañaban. Lo mismo pensó Abiatar, puesto que dió los panes consagrados. Aquellos ilustres creyentes de lo pasado ¿eran peores casuistas que los rabinos modernos? Ó bien, ¿era peor desgra-

(1) Maimonides, *Chabba*, cap. VIII.

(2) Esta expresión indica aquí el Tabernáculo de la Alianza, que estaba entonces en Nobe, I *Reyes*, XXI, 1.

(3) San Marcos es el único que nombra á Abiatar, y aun este nombre es suprimido en algunos ejemplares, por haber advertido los copistas una inexactitud histórica aparente. En efecto, no fué Abiatar, sino su padre Aquimelec, el que dió los panes de la proposición á David que huía de la cólera de Saúl. Aquimelec pagó con su vida aquella complacencia. Con todo, leemos, y esto es muy sorprendente, en II *Reyes*, VIII, 17 y I *Paralip.*, XVIII, 16, que Abiatar era padre de Aquimelec. ¿Por ventura son llamados con los dos nombres Abiatar-Aquimelec el padre y el hijo? No sería esto extraño en la historia del pueblo judío, y así se explicaría fácilmente un error aparente que se halla en el Antiguo Testamento, antes que en San Marcos. Varios exégetas suprimen la dificultad traduciendo las palabras de Jesús como si hubiese indicado á los fariseos una referencia literaria: «¿No habéis leído en la sección del gran sacerdote Abiatar?» El relato al cual aludiría el Maestro sería el fragmento litúrgico en que se leía la historia del sacerdote de David.

nar una espiga en sábado que comer los panes reservados á los sacerdotes?

Los ejemplos abundaban. El Maestro, según San Mateo, invocó otro tan común como el primero, diciendo: «¿Ó no habéis leído en la ley cómo los sacerdotes, en el templo, trabajan en sábado, y con todo eso no pecan?» Sus funciones les obligan á actos que, en sí mismos, son obras serviles. Así, inmolan en tal día los dos corderos de un año reclamados por el Señor; preparan la leña del altar y queman una porción de víctimas que ellos han muerto. ¿Por qué, pues, no obstante la ley sobre el descanso sabático, estiman que nada de todo esto les está prohibido? Es que se creen completamente dispensados por razones de un orden superior, esto es, por las necesidades del ministerio levítico, como la urgente necesidad de comer había dispensado á David y á sus partidarios.

«Pues bien—añade Jesús—yo os digo que aquí hay un ministerio mayor que el del templo.»⁽¹⁾ Quería significar, sin duda, el de la predicación evangélica. Á fin de glorificar más rápida y seguramente á Dios propagando la buena nueva, podían los Apóstoles coger y comer algunas espigas, aun en sábado. ¿No era más agradable al Señor verlos trabajar en su obra que hacerse incapaces de servirle sometién dose á fútiles observancias? Si los fariseos querían recordar un texto que Él les había indicado otras veces: «Quiero la misericordia y no el sacrificio,» en vez de recri minar á inocentes, juzgarían que predicar vale más que ayunar ó respetar el reposo sabático. Dios prefiere un acto de caridad para con el prójimo á un movimiento de piedad para con Él mismo. «Finalmente—añade Jesús, resolviendo así por completo la dificultad,—el sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado. Por eso el Hijo del hombre es señor del sábado.»

(1) A propósito de este texto, nótese que en las ediciones SLTΘ se lee el neutro *μείζον* en lugar del masculino *μείζων*, y que todos los códices llevan el adverbio *ὄδε* en vez del pronombre *ὅδε*. Por esto el autor no acepta la traducción: *Este es mayor que el templo, ó, Aquí está el que es mayor que el templo.*—(N. del T.)

Así termina por esta vez la conferencia. Pero en plazo muy breve iba á surgir una cuestión por otro concepto grave, la cual debía mover al Maestro á dar el golpe de gracia á las autoritarias pretensiones del ritualismo farisaico.

Sabiase, y se probó, que los discípulos de Jesús no tenían escrúpulo en comer en lavarse las manos. Ahora bien, los fariseos habían casi hecho universal la costumbre de las abluciones, determinando con el mayor cuidado el número y procedimiento de ellas ⁽¹⁾. No solamente antes y después de la comida, sino al regresar de un lugar público, mercado ó asamblea popular, era preciso lavarse las manos, y, según los casos, el purificarlas y tenerlas ora inclinadas, ora ⁽²⁾ levantadas. Aun los objetos más necesarios á los usos de la vida eran sometidos á purificaciones reguladas. Las copas de que se servían en la mesa, los vasos de madera y de bronce, los lechos en que se acostaban los convidados, si no habían sido purificados de conformidad con las reglas más minuciosas, podían convertirse en causa de impureza. Creíase que la mancha hipotética comunicada á estos diversos objetos por un contacto profano se transmitía al cuerpo y por medio de éste al alma. Así era como, por una simple negligencia, el más justo y virtuoso de los judíos podía, contra todas las previsiones, cubrirse de impureza y hacerse completamente indigno de comunicar con Jehová: «El que se sienta á la mesa sin lavarse las manos—decían los casuistas fariseos—es tan culpable como el hombre que se entrega á una cortesana ⁽³⁾.»

Júzguese si, con semejantes principios, debían estar irritados por la actitud independiente de los discípulos que prescindían públicamente de tan extrañas prescripciones. Clamaban, pues, contra aquel escándalo, contra aquella

(1) En el tratado *Schulchan-Aruch* se cuentan hasta veintiséis prescripciones sobre la ablución de las manos por la mañana.

(2) La expresión de San Marcos: «nisi πρυμῆ laverint manus», ha sido diversamente traducida por los intérpretes. Según unos, los fariseos tenían por principio lavar una mano *cerrada* en el hueco de la otra; según otros, sumergían sus manos en el agua hasta el *codo*. La *Vulgata*, leyendo, con toda razón, πικρά, traduce por *frecuentemente*.

(3) Véase *Schoettgen, Hor. hebr.*, in h. l.

impiedad, y, después de haberlos públicamente reprendido, se dirigieron al Maestro convencidos de que, esta vez por lo menos, no osaría aprobar tan flagrante transgresión de la ley. «¿Por qué—observaron con tono de importancia—tus discípulos no respetan la tradición de los antiguos? ¿cómo se atreven á comer sin lavarse las manos?» Alegando así la tradición, creían haberlo dicho todo: equivalía á ignorar ó fingir que ignoraban que aquella tradición ilegítima y de invención completamente humana, impuesta á un pueblo supersticioso y crédulo, no venía de Dios ⁽¹⁾, sino simplemente del capricho de algunos hombres y de su hipocresía. Jesús opone á su pregunta ante todo esta otra: «¿Y por qué vosotros—les dijo con aire severo—traspasáis el mandamiento de Dios por seguir vuestra tradición? Pues que Dios tiene dicho y con esto prueba su acusación:—Honra á tu padre y á tu madre; y también: Quien maldijere á su padre ó á su madre, sea condenado á muerte. Mas vosotros decís: Si uno dice á su padre ó á su madre: Es *Corbán* (esto es *don*) todo aquello con que yo podría socorrerte, ya no tiene obligación ⁽²⁾

(1) Apoyábanse muy mal con respecto á esta pretensión en los pasajes de *Deut.*, IV, 14, y XVII, 10; *Levítico*, XV, II.

(2) Tal como se explica en *Marc.*, VII, 11, y se supone en *Mat.*, XV, 5, la palabra hebrea y aramea *Corbán* significa «don, ofrenda». El presente pasaje ha sido muy diversamente interpretado por los exégetas. La concisión del texto supone que Jesús citaba una locución familiar á los judíos y muy inteligible para todos. Hoy nos faltan documentos para precisar su verdadero sentido. Estudiando estas palabras: Κορβάν, ὃ ἐστὶ δῶρον, ὃ ἐὰν ἐξ ἐμοῦ ἀφελῆθῃς, ya Orígenes, que podía más fácilmente ayudarse de los antiguos, declaró que nada hubiera podido sacar en claro de ellas sin las explicaciones siguientes de un judío. «Ocurre á veces—decía éste—que el acreedor obliga hábilmente á su deudor sospechoso á pagar la deuda entregándola al templo; esto ocurre cuando declara que la deuda es *Corbán* ó consagrada á Dios. *Corban*, quod mihi debes.» No pudiendo el hombre, según este voto, ni guardar ni tomar lo que había consagrado al Señor, aprovechábanse de ello los hijos para dispensarse de dar nada á los padres. Otros intérpretes se han inspirado en indicaciones tomadas de los rabinos sobre el juramento del *Corbán*. Véase Lighthfoot y Schöttgen sobre este pasaje. Este juramento es mencionado por Josefo, quien (*c. Appion*, I, 22) declara que Teofrasto se engañó al atribuirlo á los tirios, por cuanto es exclusivamente judío. V. también *Antiq.*, IV, 4; y el tratado *Nedarim* ó de los Votos, V, 6, IX, I y sigs. Según estos textos, se traduciría: «El que diga á sus padres: me sean *Corbán* todos los servicios que pueda hacerlos, nada puede hacer ya por ellos». Filón, *De Spe-*

de hacer más á favor de su padre ó á su madre. Con lo que habéis echado por tierra el mandamiento de Dios por vuestra tradición. Y no es este más que un ejemplo entre mil que pudieran citarse. ¡Hipócritas!, con razón profetizó de vosotros Isaías diciendo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón lejos está de mí. En vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres ⁽¹⁾. Sí, abolís así la palabra de Dios por una tradición inventada por vosotros mismos.» ¡Qué aberración! ¡La legislación divina, tan grande, tan bella, tan esencial al gobierno de nuestra vida moral, indignamente sacrificada á la orden rabínica de limpiar una escudilla ó un caldero! ¡He ahí, pues, la religión farisaica! Con una sola palabra, la ha reducido Jesucristo á su miserable valor.

Dirigiéndose entonces á la muchedumbre, más capaz de oír la verdad y de aprovecharse de ella, exclama: «Escuchadme todos y entendedlo bien: Nada de afuera que entre en el hombre puede hacerle inmundo, mas las cosas que proceden del hombre esas son las que dejan mácula en el hombre. Si hay quien tenga oídos para oír, oígalo ⁽²⁾.» Así, con una sentencia llena de originalidad en la

cial. Leg., c. I, p. 771, habla de judíos que se comprometían con juramento á no hacer ningún bien á ciertas personas, á las cuales detestaban. Vese en la *Mischna* que, por este juramento del Corbán y por injusto que fuera, el padre desheredaba definitivamente á sus hijos, el marido se desligaba de toda obligación de alimentar á su mujer, y el que así quedaba defraudado, no podía exigir nada, cuando el voto le era conocido. Otros han traducido: «Todos mis bienes están consagrados á Dios, pero os doy una parte de mérito en mi ofrenda.» Sea lo que se quiera de estas diversas interpretaciones, todas ostentan un sello farisaico que se armoniza muy bien con el razonamiento del Salvador. En el primer caso, es la ingratitud del hijo que se escuda tras una falsa piedad para con Jehová, y halla una protección para su avaricia en la tradición farisaica que aprobaba los dones al templo en perjuicio de los padres. En el segundo, es el respeto exagerado al juramento, aunque fuese injusto, y el formulismo humano puesto por encima de la más evidente ley natural y divina. En el tercero, es la hipocresía concediendo méritos ó bienes espirituales allí donde el cuerpo expone sus necesidades materiales y pide bienes sensibles. Vese la explicación de los textos de la *Mischna* en Edersheim, *Life and Times of Jesus*, c. XXXI.

(1) *Is.*, XXIX, 13, citado con variantes sobre el hebreo y los Setenta.

(2) Sin razón alguna ha querido el protestantismo apoyar en estas palabras sus ataques contra las leyes de abstinencia impuestas por la Iglesia.

forma y muy categórica en el fondo, echaba por tierra las teorías de un detestable formalismo. Vincular, con los fariseos, toda la religión en la multiplicidad de las prácticas externas, equivalía á sacar de quicio el asiento mismo de la piedad real, que tiene su santuario en el alma, y á desfigurarse su carácter, completamente espiritual. Sin duda que no quiere decir esto que la verdadera religión prescindiera en absoluto de formas sensibles y ritos externos; en efecto, el alma experimenta más de una vez la necesidad de manifestar exteriormente sus más íntimas emociones, ó aun de ser despertada, excitada, arrastrada por signos sensibles. Por otra parte, el cuerpo no podría quedar dispensado de tributar también su culto al Creador. Sólo que no hay que exigir que lo accesorio se convierta en principal, y que lo esencial muera ahogado por lo que debía quedar sin importancia preponderante. Dejando en pie, hasta que fuesen reemplazados por otros, los ritos mosaicos, mantenía ampliamente Jesús todo lo que de externo necesitaba la vida religiosa; pero rechazando las estúpidas observancias del farisaísmo, desligaba la verdadera religión de las pueriles superfetaciones que la deformaban y deshonraban. El que quiera saber si es puro, no debe mirar sus manos, sino su corazón. Aquí se encierra toda la verdadera moral.

No esperaban los fariseos tan valerosa réplica. Sin contemplación alguna los atacaba á fondo el joven Maestro. Para Él no significaban nada sus observancias. Todo aquel viejo andamiaje tradicional debía desplomarse al soplo espiritual del nuevo reino. De la estupefacción pasaron á la cólera. Por ello mostrábase preocupados los discípulos. «¿Sabes—dijeron á Jesús—que los fariseos están furiosos

Aun después de esta declaración del Maestro, sigue siendo verdad que el hombre puede mancharse con el alimento que toma. Sólo que no mancha lo que entra, sino lo que sale del corazón, el sentimiento que experimenta el hombre mientras come. Si comemos un alimento prohibido por la autoridad competente, nos manchamos por un acto de rebeldía; si se trata de un alimento muy solicitado, pecamos contra el espíritu cristiano; si comemos hasta el exceso, pecamos contra la moral más elemental. Sin esta reserva, habría que decir que Jesús condena aquí todas las prescripciones mosaicas, que aprueba el lujo y no vitupera la intemperancia.

por lo que acaban de oír?» Sin conmovirse por sus inquietudes, respondió el Maestro: «Toda planta que mi Padre Celestial no haya plantado, arrancada será.» Y, en efecto, las enseñanzas que no provienen de Dios, los dogmas arbitrarios del espíritu humano son tan poco durables como el hombre mismo. Innumerables preceptos del farisaísmo desaparecerán muy pronto, y con ellos la secta. «Dejadlos —añade Jesús con piedad;—son ciegos que quieren conducir á otros ciegos. Cuando un ciego sirve de guía á otro, ambos caen en el abismo.» Bajo sus glosas interminables y sus caprichosas innovaciones, como bajo un velo impenetrable, han acabado estos doctores por ocultar la viva luz de la revelación divina, y, pobres conductores, errando en las tinieblas amontonadas imprudentemente por su malicia, conducen á la muerte á los ignorantes que la siguen.

Una argumentación tan perentoria llenó de satisfacción á los Apóstoles, y transformó su inquietud en visible triunfo. Sin embargo, sólo imperfectamente penetraban el apotegma de que Jesús se había servido para refutar á sus enemigos. Así, pues, luego que se hubo despedido de la multitud y vuelto el Maestro á casa, Pedro dijo en nombre de todos: «Explicanos esa parábola». Mejor hubiera hecho en decir estas palabras ó esta sentencia, porque Jesús no había pronunciado una parábola. «¡Cómo!—exclamó el Maestro—¿Tampoco vosotros entendéis esto? ¿Pues no conocéis que todo cuanto entra en la boca pasa de allí al vientre y se echa en lugares secretos⁽¹⁾? Mas lo que sale de la boca, del corazón sale; y eso es lo que mancha al hombre; porque del corazón es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias: estas cosas sí que manchan al hombre; mas el comer sin lavarse las manos, eso no le mancha.»

(1) Hay en el texto mismo una crudeza de expresión con la cual difícilmente se acomodarían las lenguas modernas: *in secessum emittitur*. Los orientales son menos delicados.

La mancha moral del pecado, la única de la que el hombre debe preocuparse, no se concibe más que en el alma y sólo podría ser resultado de un acto moral. La mancha física puede ser por sí misma desagradable, inconveniente, pero no constituye pecado. Solamente del corazón, centro del hombre verdadero, puede salir el pecado, y en él reside también. Los alimentos que comemos y las abluciones que practicamos, realmente sólo alcanzan al cuerpo. Nada de esto puede interesar al alma sino por la intervención de una ley autorizada. Ahora bien, la que tan altamente predicaban los fariseos no lo era, y Jesús, en su caridad, quebrantaba legítimamente el yugo imaginario impuesto por la falsa piedad á un pueblo incapaz ya de soportar el yugo legal del mosaísmo.

Sólo que no choca uno jamás sin peligro con el fanatismo religioso, sobre todo cuando se halla exacerbado por intereses humanos y una hipocresía criminal.

La viva sobreexcitación de los espíritus hacía presagiar una nueva explosión en breve plazo. En efecto, el sábado siguiente, debía Jesús, según la costumbre, predicar en la sinagoga. Los fariseos resolvieron aguardarle allí con la esperanza de suscitar otra controversia. Todo iba á servirles de pretexto para atacar al animoso reformador. En la concurrencia hallábase un hombre cuya mano derecha estaba seca, es decir, privada de sus jugos vitales por la parálisis. El Evangelio de los Nazarenos, amplificando esta escena, pone en los labios del enfermo la siguiente plegaria: «Era yo un pobre albañil que me ganaba el sustento con el trabajo de mis manos; te ruego ¡oh Jesús! que me devuelvas la salud para evitarme la vergüenza de mendigar mi vida.» La insulsez de estas palabras no recomiendan la autenticidad de las mismas. Sea de ello lo que se quiera, el desgraciado llamó la atención del Señor. Los fariseos se preguntaron si éste llevaría su audacia hasta el extremo de curar al paralítico en sábado, en plena sinagoga, y en el momento de la oración pública. En realidad, podía diferirse la curación hasta el día siguiente. Según ellos, un

verdadero hijo de la Ley no hubiera vacilado en tomar tan prudente determinación; pero Jesús de Nazaret les parecía bastante audaz para obrar así.

No se engañaban. El Maestro, leyendo en su mirada todo su pensamiento y queriendo darles la lección que merecían, dijo al paralítico: «Levántate y ponte en medio.» —«Tengo que haceros una pregunta—añadió dirigiéndose á sus adversarios.—¿Es lícito en los días de sábado hacer bien ó mal, salvar á un hombre la vida ó quitársela?» Para quien tiene en su mano todo poder, el bien omitido es el mal cometido; no salvar, cuando puede hacerse, equivale á matar. No es posible evitar esta alternativa sino á condición de no tener responsabilidad frente al que perezca ó sufre. Ahora bien, no es este el caso de Jesús, que ha sido enviado con la omnipotencia y el deber de usar de ella en bien de la humanidad. Retardar el hacer este bien, es convertirse en responsable del mal. ¿Se atreverían á sostener que violaría menos la ley del sábado dejando subsistir el mal? Y espera la respuesta de sus provocadores. La malicia les cierra la boca. Paseando entonces por ellos una mirada de indignación: «¿Quién de vosotros—yeste argumento personal los aplasta,—si ve que, en día de sábado, cae en un pozo su oveja no acude á salvarla? Pues cuánto más vale un hombre que una oveja.» Este grito, saliendo de las caritativas entrañas del Maestro, ilumina con luz terrible el egoísmo de los fariseos. Una oveja en peligro, porque es *su oveja*, dispensa de la ley sabática, y un hombre, *su prójimo* que sufre, no dispensa de ella! Sólo hay caridad en el alma de ellos para el amor de sí mismos, pero no para el amor de la humanidad! Para Jesús, el enfermo es muy diferente de una oveja; es un amigo, un hermano. «Extiende la mano»—le dice resueltamente.—El hombre, convencido de que quien daba la orden de obrar le concedía al propio tiempo el poder de hacerlo, extendió la mano como lo hacía antes de estar enfermo, y su mano quedó perfectamente sana.

Tres derrotas á cual más humillante en tan pocos días y

en el momento mismo que parecía más propicio para una victoria, pusieron á los fariseos, según expresión de San Lucas, «locos de rabia.» Salieron de la asamblea y celebraron consejo para determinar lo que había que hacer. Asaltóles la idea de acabar por un golpe de violencia; pero como se hallaban en tierras de Herodes, nada serio podían emprender en aquel sentido, á menos de estar en connivencia con el tetrarca. Suscitóse desde entonces, sin gran repugnancia, la hipótesis de una inteligencia secreta con algunos de sus partidarios y consejeros. Si los fariseos habían permitido que Juan Bautista cayese en manos de Herodes, éste podía dejar que Jesús cayese en poder de los fariseos.

Para frustrar estos designios tan visiblemente homicidas, el Maestro quiso retirarse. Hubiera podido oponer á estos peligrosos cabecillas un grupo de fieles partidarios; pero prefirió que se hiciera el silencio á su alrededor y alrededor de sus obras. San Mateo dice que así debían cumplirse las palabras de Isaías: «He aquí mi siervo que escogí, mi amado en quien se agradó mi alma. Pondré mi Espíritu sobre Él, y anunciará justicia á las gentes. No contendrá, ni voceará, ni oirá ninguno su voz en las plazas. No quebrantará la caña que está cascada, ni apagará la torcida que humea, hasta que saque á victoria el juicio. Y las gentes esperarán en su nombre ⁽¹⁾.» Cesa, per tanto, desde este momento de tener su domicilio en Cafarnaúm, para llevar definitivamente la vida errante del apóstol que va delante de Él, buscando las almas deseosas de recibir la buena Nueva, vigilando los manejos de sus adversarios, desbaratando sus complots, y llegando más de una vez al término de su laboriosa jornada sin haber encontrado un abrigo donde reposar su cabeza. Los malos tiempos habían comenzado.

(1) *Isaías*, XLII, 1 y sig. La cita sigue muy libremente al hebreo, con reminiscencias de los Setenta. La profecía, según los mismos rabinos (véase las Paráfrasis caldeas), era notoriamente mesiánica.

CAPÍTULO V

Jesús se retira sucesivamente á la frontera fenicia y á Decápolis

Motivos de este retiro.—La mujer cananea y su fe admirable.—Su hija es curada.—Si Jesús vió á Tiro y Sidón, cuáles debieron ser sus impresiones.—Por qué camino llegó á Decápolis.—El sordo-mudo curado.—Gran concurso de pueblo pidiendo milagros.—Entusiasmo general.—Segunda multiplicación de panes.—Jesús abandona este país. (*Mat.*, XV, 21-38; *Marc.*, VII, 24-37; VIII, 1-9.)

Huyendo, pues, Jesús del odio de sus adversarios, tomó la dirección del N. O.; siguió el camino de Safet, dejó á Giscala á su derecha, y á través de las quebradas colinas de la Galilea superior llegó á las fronteras de Tiro y de Sidón ⁽¹⁾. En este distrito completamente fuera de Palestina, si bien separado solamente del Lago por dos días de marcha, debía librarse de las provocaciones de sus enemigos y de las importunidades de la multitud. Su objeto era hacerse olvidar un momento. He aquí por qué San Marcos observa que, al entrar en la casa donde se hospedó, comenzó por declarar que pensaba permanecer en ella de incógnito.

Su deseo no fué respetado y, sea que el entusiasmo de los Apóstoles le hubiese ya descubierto, sea que la fama de sus obras le hubiese precedido, no tardó en saberse que se hallaba en el país. Una mujer siro-fenicia de origen ⁽²⁾ y

(1) Hicimos este viaje en 1899, cuando nuestra tercera excursión á Palestina. Es quizá la parte más pintoresca de Tierra Santa.

(2) El bíblico Mateo dice que era cananea. Los cananeos, en efecto, expulsados de Palestina por los hebreos, habíanse refugiado en las costas del Mediterráneo. Los sidonios son más particularmente calificados de cananeos en los Libros Santos, *Gén.*, X, 15; *Juec.*, I, 31. Ahora bien, mientras que

cuya hija era atormentada por un demonio, parece que, si bien no habitaba en el pueblo donde Jesús se había detenido, sino más bien en una localidad dependiente de Tiro, había sido enterada de quién era Él y de lo mucho que podía. Casi siempre un gran dolor hace expansiva á la mujer, aun con aquellos á quienes no conoce. Las de la costa fenicia son particularmente amables y simpáticas. Quizás el relato que de su ensayo maternal había hecho la Cananea, determinó á los Apóstoles, ó mejor aún á las piadosas bienhechoras del grupo apostólico, á cometer una caritativa indiscreción. Lo que hay de cierto, según el relato evangélico, es que esta mujer tenía del Maestro una idea tan exacta como completa; pues, aunque idólatra, no saluda solamente en Él al taumaturgo que echaba á los espíritus malos, sino también al enviado divino en quien se realizaban las esperanzas mesiánicas de Israel.

Acercándose á la casa en que Jesús había recibido hospitalidad, exclamaba: «¡Señor, hijo de David, ten piedad de mí; mi hija es malamente atormentada del demonio!» Este gemido lastimero de la madre, la cual manifestaba experimentar en sí misma los dolores de su hija, pareció dejar insensible á Jesús, que no respondió una sola palabra. Como su voz suplicante los siguiera sin cesar, los discípulos se enternecieron y abogaron por ella. «Concédele lo que pide—dijeron,—á fin de que se vaya, porque viene gritando en pos de nosotros.» A decir verdad, la razón que alegan en apoyo de su demanda, y que habría podido traducirse: «Desembarázanos de su importunidad», no disimula sino á medias, bajo una indiferencia aparente, su vivo deseo de ver atendida á la madre. Un sentimiento semejante respecto de una pagana, prueba que los discípulos comenzaban á romper con los viejos prejuicios del judaísmo.

nuestro primer sinóptico conserva esta denominación, San Marcos, escribiendo para los Romanos, dice que la mujer era siro-fenicia de origen, *Syro-phoenissa*, y griega, Ἑλληνίς, ó pagana de religión. Griego, en efecto, era sinónimo de gentil ó pagano, *II Macab.*, XI, 2, etc. En *Mat.*, XV, 22, se precisa que era de algún pueblo tiro limitrofe de Galilea. Según las *Homil. Clem.*, II, 19; III, 73; IV, 1, esta mujer se llamaría Justa y su hija Berenice.

Jesús se alegró de ver que el horizonte de aquellos aldeanos galileos se ensanchaba.

Contentóse, sin embargo, á fin de probarlos mejor, con responder secamente: «No he sido enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel.» Esto era reproducir, como si tradujese su propio pensamiento, una observación que los Apóstoles habían debido más de una vez formular. De esta suerte se hacía irónicamente eco de sus ideas estrechas, como si quisiese rechazar su demanda; mas ellos sospecharon que semejante rigor no duraría, y que el Maestro acabaría por dejarse enternecer. ¿Acaso puede un hombre bueno resistir las lágrimas de una mujer que habla en nombre de su maternidad? Permitieron, pues, que la mujer entrase en la casa. Allí, cayendo á los pies de aquel á quien quería hacerse propicio, adoróle y dijo: «¡Señor, socórreme!» Pero Jesús continuó atrincherrándose, como si realmente de ellos participara, detrás de los principios del exclusivismo judío que Él venía á destruir: «No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo á los perros.» Sus palabras eran la representación viviente del prejuicio nacional, reproduciendo casi literalmente sus propios términos⁽¹⁾: «Los israelitas son hijos de Dios, los gentiles hijos de perros.» Nada más á propósito para desalentar un alma ordinaria que una respuesta tan dura; pero la Cananea tenía un corazón de madre, una fe de prosélito y una agudeza inagotable de espíritu. Apoderándose al punto de la imagen mortificante de que se había servido el Maestro, le da, con tanta delicadeza como humildad, un giro amable y gracioso. En todas partes por donde había pasado, el genio griego había dejado reflejos de su brillante flexibilidad. «Así es, Señor,—repuso la fenicia; mas los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores.» Acepta, pues, el papel humillante que se

(1) Josefo, *Antig.*, VI, 9, 4. Véase Lightfoot y Wetstein sobre este pasaje de *Mat.*, XV, 26, y Eisenmenger, *Endeckte. Judenth.*, 1, p. 713. En *Midr. till* f. 6, 3, se dice: *Nationes mundi assimilantur canibus*; y *Pirke Eliezer*, c. 29: *Qui comedit cum idolatriá, similis est comedenti cum cane; uterque incircumcisus est.*

le asigna, y, precisando lo poco que pretende, no duda que lo obtendrá. No es el pan mismo lo que desea, bástanle las inútiles migajas; no solicita sentarse entre los convidados, sino que se le permita rondar debajo de la mesa y recoger lo que se pierde. La réplica era espléndida en fe, en sencillez y en oportunidad, y todavía hoy nos arranca el mismo grito de admiración que brotó de los labios del Hijo de Dios: «¡Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres!» Y en la misma hora su hija quedó curada.

La fe de la Cananea, á manera de voluntad omnipotente, había hecho violencia al Señor. En realidad, éste, á través de las peripecias de la lucha que simulaba sostener, había querido dejar que los Apóstoles entreviesen las encantadoras sorpresas que la gentilidad les reservaba. Estas flores, que nacían á su paso, y de improviso, apenas habían pisado una tierra pagana, prometían frutos maravillosos para el tiempo en que los obreros del Señor se consagrarán á remover este suelo todavía inculto, pero singularmente fecundo. Una vez más quedaba demostrado por esta curación el poder que Jesús tenía de obrar á distancia los más sorprendentes milagros. Se ha hecho notar que los dos prodigios de este género, citados en el Evangelio, fueron concedidos á dos creyentes llegados del paganismo, el Centurión y la Cananea, como si el Maestro hubiese querido dar á entender que también la gentilidad sería eficazmente socorrida y salvada, aunque no la hubiese honrado, como á los judíos, con su presencia visible y personal.

No tenemos más detalles de la permanencia de Jesús en esas comarcas. Y, sin embargo, ¡cuánto nos interesaría conocer las apreciaciones del Salvador acerca de la civilización pagana que tenía dos hijas tan ilustres como Tiro y Sidón! ¡Qué dijo el Maestro al ver desde lo alto de las ramificaciones del Líbano, ó más cerca, más allá de las rojizas arenas, los muros de estas dos ciudades siempre ricas y soberbias á pesar de las catástrofes más espantosas, sus palacios de mármol blanco dibujándose sobre el azul del mar,

y aquellos templos que frecuentaban los adoradores de Baal y Astarté? ¿Qué dijo de aquellas fábricas, donde se trabajaba el vidrio, ó se fabricaba la púrpura, y cuya humareda dibujaba nubes móviles en el cielo azul; de aquellos innumerables navíos que, como un vasto enjambre, iban y venían sin cesar, transportando á sus metrópolis los tesoros del mundo entero? Porque todo esto se veía desde lo alto de la frontera galilea. Un poco más de tiempo, y entre sus ricos cargamentos, se deslizarían, pobres y desconocidos, como un ajuar sin valor, estos discípulos del Nazareno que hoy contemplaban estupefactos el extraño espectáculo. Sobre aquellas mismas ondas del Mediterráneo, se los vería pronto llevar á toda la tierra habitada algo más precioso que la seda, las perlas y la púrpura: la gran luz del Evangelio y el sublime secreto de la redención del mundo.

Según una singular tradición de la Iglesia griega, Jesús, embarcándose entonces en Tiro ó en Sidón, habría llegado á Chipre ó también al monte Atos. Sería más que sorprendente el silencio de los Evangelistas sobre un viaje semejante, y no hay que preocuparse seriamente por una pretensión tan mal fundada ⁽¹⁾. Sería, quizás, menos inverosímil suponer que, para ir á Decápolis, el Señor siguió el camino que costea el mar por Tolemaida hasta el Carmelo. De allí, siguiendo el límite meridional de Galilea, habría llegado, por un país donde los fariseos apenas se esparcían, hasta Escitópolis, la sola ciudad de Decápolis que estuvo al O. del Jordán. Después, pasando por Pella, Gadara, Hippos, se habría encontrado, según la frase del Evangelista ⁽²⁾, en el corazón mismo de la Confederación. Fuera de esta hipótesis, hay que admitir que Jesús prefirió atravesar los valles montañosos del Líbano y del Anti-

(1) Es evidente, según *Mat.*, XV, 21 y 22, que Jesús no fué al país mismo de Tiro y de Sidón, sino solamente á sus fronteras, *secessit in partes*, y que la mujer salió de estas tierras para encontrarle, *á finibus illis egressa*.

(2) Merece notarse que *Marc.*, VII, 31, traslada á Jesús desde los confines de Tiro y de Sidón á las orillas del Lago haciéndole pasar *inter medios fines* de Decápolis.

Íbano, para abordar, por Damasco ó Cesárea de Filipo, á tierras de Decápolis. Solamente que, en este segundo itinerario, no debemos disimular ni las dificultades de un camino muy quebrado, ni la necesidad de buscar la Decápolis propiamente dicha allí donde realmente no estuvo, ni finalmente lo que hay de ilógico en hacer que el Salvador pase cerca de Cesárea sin detenerse en ella, siendo así que pocos días después subirá allí para explorar sus cercanías.

Las ciudades que formaban la Decápolis,—diez en un principio, como su nombre lo indica, y diecisiete más tarde ⁽¹⁾,—habían formado una liga contra el pillaje de los beduinos. Cada una de estas ciudades conservaba su vida municipal individual, y, después de la conquista de Siria por los romanos, vivían directamente bajo la autoridad de Roma. Sus habitantes eran paganos en su mayoría. ¿Pasó allí Jesús algún tiempo, lejos del dominio de Herodes y de la influencia de los fariseos, para acostumar á sus discípulos al contacto del paganismo y excitar en sus corazones el deseo de dirigirse más tarde á la gentilidad, que debía ser su conquista? No es improbable. ¿Quería solamente evangelizar las ovejas de Israel perdidas entre los paganos? Algunos así lo han creído, atribuyendo á esta misma idea su viaje á las fronteras de Tiro, donde estaban las antiguas ciudades cedidas á Hiram por Salomón.

Sea lo que fuese, Jesús multiplicó allí sus milagros. San Marcos no cita más que uno; pero San Mateo ha hecho de ellos un largo y glorioso resumen.

El primer enfermo que le pidió su curación fué un sordomudo ⁽²⁾. Es evidente que su reputación de taumaturgo en

(1) Plinio, *Hist. Nat.*, V, 17, cuenta diez: Damasco, Filadelfia, Rafana, Escitópolis, Gadara del Hieromax, Hippos, Dion, Pella, Gerasa, Canata. Conservando casi todos estos nombres, Tolomeo añade otros siete (*Tab. IV, Asiae*). En Josefo, *Autobiograf.*, 74, vemos que esta confederación estaba gobernada por una especie de consejo compuesto de los principales ciudadanos de cada ciudad, el cual, bajo la dependencia del proconsul romano, administraba la provincia de Siria. *Autob.*, 65, 74; comp. Estrabón, XVI, 2.

(2) Es cierto que la palabra empleada por San Marcos, *μογιάλος*, signifi-

el país estaba hecha. Podía haberla establecido el endemoniado de Gadara, y, por otra parte, los discípulos cumplían su deber de apóstoles diciendo quién era y qué poder tenía su Maestro. Creíase que con sólo tocar á los enfermos, los curaba. Esto era cierto, pero, como todos sus milagros iban dirigidos á que la fe naciese ó se arraigase en las almas, no era raro ver que antes de devolver al enfermo la salud, procuraba despertar en él el sentimiento religioso. Aquí el sordo-mudo no podía oír sus palabras. Jesús acudió á signos exteriores para impresionarlo. En efecto, después de separarlo de la multitud, lo tomó en particular, metiéndole los dedos en las orejas, y con su saliva le tocó la lengua. En seguida, mirando al cielo, para indicarle que el milagro vendría de Dios, suspiró profundamente, y gritó: *Ephphetha* ⁽¹⁾, es decir: ¡Abríos! Como nada podía resistir á la orden del Maestro, los oídos del sordo se abrieron, y las ligaduras de su lengua fueron desatadas y en vez de proferir sonidos inarticulados, se puso á hablar con toda claridad. La admiración de los espectadores y la alegría del que había sido curado fueron grandes. En vano recomendó Jesús el silencio, á fin de evitar el concurso de las multitudes con sus enfermos respectivos; cuanto más encargaba el silencio, tanto más proclamaban su omnipotencia. De suerte que no tardó la ribera oriental del lago en ofrecer el mismo espectáculo de entusiasmo, de agitación popular, de milagros, que los contor-

ca especialmente tartamudo ó que habla con dificultad. Pero como luego vemos que la multitud glorifica á Jesús porque hacía hablar á los *mudos*, ἀλαλους, y, por otra parte, la sordera y la mudez van ordinariamente juntas, nos ha parecido natural ver en este enfermo una especie de sordo-mudo. Es calificado de κωφὸν μογιλάλον, ó sea un sordo que hablaba difícilmente y muy mal.

(1) Esta palabra como otras muchas citadas por los Evangelistas, y especialmente por San Marcos, es siríaca. Es el imperativo de la forma *ithpaal* del verbo *phathaj*, y significa: *sed abiertos*. (*)

(*) Es cierto que dicha palabra en su sentido lógico, se refiere á las orejas y á la lengua del sordo-mudo, pudiendo traducirse por plural; pero el sentido gramatical directo mira á la persona del enfermo, debiendo traducirse por singular: *sé abierto*. Así lo dicen claramente el *διαπολιχητι* del original (*adaperire*, en la Vulgata) y la transcripción, algo irregular, del vocablo arameo *'ethfathútáj* por *εφφαθά*.—(N. del T.).

nos de Cafarnaúm. Por más que se retiraba á los sitios más montañosos y más desiertos, allá iban á encontrarlo; y devolvía la palabra á los mudos, el movimiento á los paralíticos, la vista á los ciegos, y enderezaba á los lisiados ⁽¹⁾. En una palabra, curaba á todos los enfermos que eran puestos á sus pies. «Esto es admirable,» gritaba la multitud. Los verdaderos judíos estaban orgullosos de ver á un profeta de su religión obrar tales prodigios. Los paganos, rindiéndose á la evidencia, glorificaban al Dios de Israel.

En este tiempo renovó Jesús el milagro de la multiplicación de los panes ⁽²⁾. Una vez más apiadóse de la muchedumbre que, durante tres días, le seguía y no tenía qué comer. Esta solicitud del Salvador interesándose por las necesidades materiales del pueblo, después de haberle distribuído el alimento espiritual, tiene algo de profundamente conmovedor. «Comasión tengo de estas gentes—decía Jesús,—porque tres días ha que están conmigo, y no tie-

(1) Este es el significado de la palabra *κλυτός* en *Mat.*, XV, 30.

(2) Si San Mateo y San Marcos no hubiesen ya contado la primera multiplicación, no es dudoso que la crítica habría querido identificar los dos milagros á causa de sus analogías, y quizá también negarlos en razón de sus divergencias. Esto debe hacer muy circunspectos á los exégetas, cuando se trata de fundir en uno solo varios relatos que algunas diferencias de detalle convidan á separar, ó poner en tela de juicio la exactitud de los Evangelistas, porque, en incidentes casi análogos, parecen contradecirse. Puede alguna vez haber dos hechos allí donde buscamos uno solo, y entonces, como en el caso presente, todas las dificultades se desvanecen. Esta segunda multiplicación de los panes parece haber tenido lugar al oriente del lago. La tradición corriente, pero poco antigua, la coloca, por el contrario, al O. de Tiberiades, después de situar la otra al S. de Julías. No hay que preocuparse seriamente por esta doble afirmación (*).

(*) Que el autor no exagera el peligro de caer en extremos de crítica subjetiva, bastaría á demostrarlo el que Vigouroux haya creído necesario proponer la cuestión: «*Pourrait-on dire que Notre Seigneur n' a fait ce miracle qu' une seule fois?*» (*Man. Bibliq.*). La respuesta es negativa. El milagro se repitió dos veces: del primero hablan los cuatro Evangelistas (*Mat.*, XIV; *Mar.*, VI; *Luc.*, IX; *Juan.*, VI); del segundo hablan solamente dos Sinópticos (*Mat.*, XV; *Mar.*, VIII). Estos distinguen terminantemente los dos milagros (*Mat.*, XVI, 9-10; *Marc.*, VIII, 19-20); y, sin embargo, en nombre de la crítica se escribe: «*Matthieu et Marc racontent même deux fois le miracle de la multiplications des pains*» (Reville, *Le quatr. Evang.* p. 172.)—(N. del T.).

nen qué comer. Y si los enviare en ayunas á su casa, desfallecerán en el camino; pues algunos de ellos han venido de lejos.» De esta suerte piensa constantemente la bondad divina en favor de la humanidad. Si los siervos de Dios pueden despojarse de toda preocupación del día siguiente, es porque hay una Providencia que por ellos vela.

Los Apóstoles no habían olvidado la primera comida milagrosa. Sospecharon al punto que Jesús quería repetir el mismo beneficio. «¿Cómo podremos hallar en este desierto—dijeron al Maestro,—tantos panes, que hartemos tan grande multitud de gente?» Habíanse ya servido de una reflexión parecida para que Jesús se determinara á manifestar su poder en la primera multiplicación, é intencionadamente la repiten ahora. Este recuerdo de un pasado todavía reciente y evocado con habilidad viene á ser en sus labios una súplica discreta que mueve al Maestro á ejercitar de nuevo su misericordia. No puede menos de verse una sorprendente analogía entre esta proposición de los Apóstoles y la modesta invitación que María dirigió á su Hijo, cuando faltó el vino en las bodas de Caná. Visiblemente progresaban los discípulos en el conocimiento del Maestro. Estaban, como María, seguros de su poder, y, con parecida confianza, llamaban á las puertas de su bondadoso corazón.

Esta vez fueron hallados, en manos de la multitud, siete panes, en lugar de cinco, y unos cuantos pececillos. Por otra parte, el número de bocas que alimentar era menos considerable. Contáronse unos cuatro mil hombres. Cuando todos se hubieron sentado, Jesús bendijo, como la otra vez, los pocos víveres de que se disponía; comieron, se hartaron, y las sobras llenaron siete espuertas ⁽¹⁾.

(1) Es evidentísimo que San Mateo y San Marcos no nos han conservado el relato de la segunda multiplicación de los panes con la intención de sobrepajar el prodigio de la primera. En efecto, en dicho relato, se encuentra todo en proporciones relativamente más modestas. Lo que ha dirigido su pluma es el deseo de consignar fielmente lo que sabían, no el pensamiento de realzar la gloria del Maestro, aceptando una leyenda lisonjera sin com-

Sin dar tiempo á que estallara la admiración ruidosa de la multitud, subió el Maestro á una barca y pasó á la otra ribera del lago.

probarla. El entusiasmo ciego habría procurado eclipsar el milagro precedente. La exactitud escrupulosa ha reproducido el segundo como un simple diminutivo del primero.

CAPÍTULO VI

Jesús, acercándose á Cafarnaúm, comprueba que el peligro todavía subsiste

Los fariseos se alían con los partidarios de Herodes.—Así que Jesús desembarca, los ve que á Él vienen.—Piden todavía una señal.—¿Por qué?— Jesús responde, desenmascara la hipócrita necedad de aquellos y en seguida se aleja.—Sus pensamientos á propósito de los discípulos.—La levadura de los fariseos y de Herodes.—Grosera equivocación.—Por fin comprenden. (*Mat.*, XV, 39; XVI, 1-12; *Mar.*, VIII, 10-21).

Según todas las probabilidades, Dalmanuta y el territorio de Magedán, donde el Maestro abordó, estaban al Oeste del mar de Genesaret, y, por consiguiente, no lejos de Tiberíades, ni de Cafarnaúm ⁽¹⁾.

(1) Son poco precisas las indicaciones que aquí nos dan los dos Evangelistas. Según San Mateo, habrían abordado en la costa de Magdala, como dicen algunos manuscritos, ó de Magedán, como quieren los más numerosos y mejores. Si se trata de Magdala, se sabe donde encontrar este pueblo. Si se lee Magedán, la incertidumbre resulta completa por falta de indicaciones históricas en la antigüedad. Solamente San Jerónimo y Eusebio nos enseñan que, en su tiempo, al sur del lago había un cantón llamado Magedena. (V. Caspari, *Chronol. and Geog. Introd.*, p. 105).

Según San Marcos, se puso pie en tierra del lado de Dalmanuta. Pero este nombre tampoco se encuentra en ninguna parte, ni en Josefo ni en el Talmud. Esta segunda indicación es, por tanto, tan insuficiente como la primera. Muy recientemente el P. Van Kasteren, *Rev. bibliq.*, Enero de 1897, en un interesante artículo ha propuesto identificar á Dalmanuta con El-Delhamiyeh á 7 kilóm. al sur del lago y en la ribera izquierda del Jordán, ya que los dos nombres ofrecen las tres consonantes fijas y en el mismo orden, y á Magadán con Ma'ad que está más al sudeste. Para este sabio religioso, la comarca de Dalmanuta ó de Magada era la parte septentrional del *Ghor*, es decir, el sur del lago (*).

(*) Eusebio, y con él San Jerónimo, aludía á un texto griego de San Marcos que, en lugar de Dalmanuta, ponía Magedán, como San Mateo: «Magedan, ad cujus fines Matthaeus Evangelista scribit Dominum perve-

Debía de estar impaciente por volver á ver el pequeño rebaño galileo, que un momento había dejado, para fortalecerlo en su fe y animarlo en sus esperanzas. Sus enemigos iban á disputarle este derecho. En efecto, la agitación farisea estaba muy lejos de haberse apaciguado. La secta celosa había extremado su furor hasta dar la mano á los saduceos, sus más irreconciliables adversarios, para asociarlos á su odio contra el Salvador. No es raro que la hipocresía religiosa consienta en aliarse con la impiedad, cuando así conviene á sus intereses. Como los saduceos eran amigos y partidarios de Herodes, por medio de ellos se había buscado el apoyo del mismo tetrarca.

Así preparados para un golpe de mano, esperaban la ocasión favorable. Apenas Jesús tocó la ribera occidental del lago, avisados de su presencia, corrieron á su encuentro, no para entablar una controversia—este género de lucha no les daba apenas resultado,—sino para intimarle que les mostrase algún prodigio del cielo. Ya otra vez le habían desafiado en esta forma, y Él no había querido darles una señal en lo presente, sino en lo por venir, no en el cielo, sino en las entrañas de la tierra. Si ahora daba la misma respuesta, habían logrado hacer dudosa su omnipotencia, y esto bastaba para empequeñecerlo á los ojos de la multitud y precipitar su perdición. En el fondo, no se ve bien cual era la señal que pedían. ¿Tratábase del Hijo del hombre avanzando sobre las nubes hacia el Anciano de muchos días, tal como Daniel le había contemplado? ⁽¹⁾ ¿Querían ver cómo el sol y la luna se oscurecían y las estrellas palidecían, como había anunciado Joel? ⁽²⁾ Estas eran, en efecto, señales mesiánicas desde

nisse; *sed et Marcus ejusdem nominis recordatur...* Liber de situ et nomin. Realmente estos textos se han encontrado, como ya lo advertía una nota de la edición *Migne*. En la *Poliglota* de Vigouroux una nota marginal dice: «D'après J. Rendel Harris, *Texts and Studies*, t. II, 1, 1891, p. 178, au lieu de Dalmanutha, la vraie leçon est Magidan, comme le porte le Codex Bezae.» En cambio, á Renán, *Vie de Jésus*, ed. 19, p. 146, ΜΑΓΑΔΑΝ le parecía una alteración de ΔΑΔΜΑΝ-ουθα. (N. del T.

(1) *Daniel*, VII, 13

(2) *Joel*, III, 15.

largo tiempo profetizadas. Pero quizá la proposición de los fariseos no tenía tanto alcance. Ya que Jesús había multiplicado dos veces los panes en el desierto, no sería imposible que el prodigio que pedían consistiese en ver, como sus abuelos en el desierto, caer de los cielos el maná para alimentarlos ⁽¹⁾. Sea como fuese, el Maestro no se preocupó ni de lo que habían hecho, en la Antigua Alianza, Moisés, Josué, Samuel, Elías é Isaías, ni de lo que querían exactamente sus interlocutores. Conoce la intención perversa que provoca á su omnipotencia, y va á responder desenmascarando la necedad de sus adversarios y su mala fe. Sin duda el cielo es un hermoso libro, y ellos deben estar orgullosos de saber leerlo; pero mejor harían en buscar señales más cercanas. Su competencia sería quizá más admisible. «Cuando va llegando la noche—responde irónicamente Jesús,—decís: Sereno hará, porque rojo está el cielo. Y por la mañana: Tempestad habrá hoy, porque el cielo triste tiene arreboles. Pues la faz del cielo sabéis distinguir, ¿cómo las señales de los tiempos no podéis saber?» ¿Cómo se explica que estos doctores perspicaces que se hubieran atrevido á reconocer sobre las nubes al Hijo del hombre anunciado por Daniel, no ven que ha llegado ya el término de las semanas que el mismo profeta había señalado? ¡Si será que desean contemplar en el horizonte la estrella de Jacob, ellos que todavía no han observado que el cetro ha caído de manos de Judá! ¿Qué conclusión sacarían de una sola señal apareciendo en el cielo, ellos que nada saben deducir de todas las profecías cumplidas y de tantos milagros en la tierra obrados? ¡Aspirar á leer tan alto cuando no se distingue lo que tan cerca se tiene, es demasiado! Jesús, suspirando profundamente, añade: «Esta generación perversa y adúltera pide una señal, y no le será dada otra que la del profeta Jonás.» Y dejando á los que

(1) La frase *ἐκ τοῦ οὐρανοῦ*, ó también *ἀπὸ τοῦ οὐρανοῦ*, parece, en efecto, suponer una señal que baja del cielo como el maná, mejor que una señal que en él permanece fija, como un fenómeno súbito y nuevo en el mundo sileral.

pretendían enredarlo, se embarcó nuevamente y se hizo mar adentro en dirección al norte.

Amargas reflexiones debieron de entristecer el alma de Jesús, mientras costeaba aquellas riberas que tan conocidas le eran y en las que, sobre un promontorio rocoso, á través de las sombras de la tarde, Cafarnaúm se erguía orgullosa con sus pequeñas cúpulas y sus graciosas moradas con terraza. Sus enemigos procuraban arruinar su influencia hasta en aquellos países que había regado con sus sudores, evangelizado con su palabra y admirado con sus prodigios. ¿Qué será de su Iglesia? ⁽¹⁾ Los fieles que tan pensadamente había reunido ¿desertarían, traicionándole, en el momento más solemne de la lucha? ¿Podía destruir Satanás de un solo golpe el fruto de tanta paciencia, santidad y misericordia? La situación parecía tan grave como el día en que había puesto á sus discípulos en el caso de decidirse, preguntándoles: «¿Y vosotros queréis también marcharos?» El poder y la malicia de los adversarios eran grandes, y la movilidad de sus principales prosélitos tenía algo de desesperante. De una parte, la alianza con los saduceos, partidarios de Herodes, aseguraba á los fariseos la fuerza brutal; y esto es un argumento de peso para hombres del pueblo que de buena gana se inclinan del lado de aquellos á quienes juzgan como los más fuertes. De otra parte, á los ojos de sus prosélitos podía parecer que Él mismo había perdido su energía primitiva; pues desde algún tiempo se le veía huir como un proscrito. ¿No era superior esta prueba á las fuerzas de los pobres galileos, seducidos primeramente por la idea de seguir al futuro rey teocrático, y desconcertados ahora por el giro inesperado de los sucesos? ¿Tantas dificultades como por sí mismas se presentaban, y

(1) Según lo que ya anotamos en la pág. 439 del volumen 1.º, téngase presente que estas y otras frases parecidas no tienen en manera alguna valor absoluto, sino únicamente valor relativo. Parecía que Jesús sondeaba, preguntaba, estaba perplejo por lo que no sabía. En realidad, conocía perfectamente el porvenir de su Iglesia, leía con claridad en el pensamiento de los hombres, no sólo en cuanto á su ciencia divina, sino también en cuanto á su ciencia beatífica, ó sea, la ciencia que su alma tenía en el Verbo (Santo Tomás, *Summa*, tertia pars, quaest. 10, artículo 2). (N. del T.).

que las circunstancias parecían multiplicar en torno suyo, no eran más que suficientes para turbar sus almas y hacer vacilar su fe? «Vigilad—les dice Jesús con acento de tierna solicitud—y guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de los saduceos y de Herodes ⁽¹⁾.» Ahora bien, estas palabras brotaban de labios del Maestro en el mismo momento en que los discípulos, absorbidos por preocupaciones de un orden enteramente material, estaban inquietos por haber partido sin provisiones. No les quedaba sino un pan. Creyeron, por tanto, que Jesús se refería á este apuro, é interpretando á la letra lo que acababan de oír, vieron en ello la recomendación de no aceptar jamás ninguna clase de alimentos, sin conocer su procedencia, como si hubiese peligro de que los fariseos y los partidarios de Herodes, en su odio desapiadado, los hubiesen llenado de impureza ó aun envenenado.

La equivocación era grosera, y si el pensamiento del Maestro se cernía en lo alto, el de los discípulos se mantenía muy bajo. Entristecido de verles siempre tan poco perspicaces y tan cerca de tierra: «Hombres de poca fe—les dijo,—¿por qué estáis pensando dentro de vosotros, que no tenéis panes? ¿Aún no conocéis ni entendéis? ¿Todavía tenéis ciego vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis y teniendo orejas no oís? ¿Ya no os acordáis de cuando partí los cinco panes entre cinco mil? ¿Cuántos cestos alzasteis llenos de pedazos? Doce, le respondieron. ¿Y cuando partí los siete panes, entré cuatro mil, cuántas espuertas alzasteis de pedazos? Siete, le dijeron. ¿Cómo, pues, no comprendéis que no por el pan os dije: «Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos?»

Entonces los discípulos, reflexionando, comprendieron que la levadura de los fariseos y de sus aliados debía entenderse de las afirmaciones calumniosas y de la enseñanza perniciosa que sembraba en todas partes la envidia se-

(1) *Marcos*, VIII, 15, trae «de la levadura de Herodes,» mientras que *Mat.*, XVI, 6, dice «de la levadura de los saduceos.» No hay divergencia, porque éstos formaban el partido político en que se apoyaba el tetrarca.

creta de estos sectarios. Nada tiene una acción más eficaz sobre las muchedumbres que el espíritu de denigración y de escepticismo, cuando lo esparcen la hipocresía y la malicia. Ora mancha, ora consume, ora ridiculiza; miente siempre; pero, poco á poco, trasmuda la opinión pública, como la levadura, por su agrura, transforma la masa que la recibe. Entonces, por un cambio súbito, la multitud detesta y acusa á los que la víspera había amado y glorificado. La obra, no por secreta y lenta, deja de ser menos segura. Así explica Jesús todo el mal que se le hace en Cafarnaúm, mal que amenaza alcanzar á los mismos Apóstoles. ¡Á lo menos que no le sea robado el corazón de los Doce! Más que nunca la hora presente exige de ellos una fidelidad absoluta y la más generosa abnegación. No hay que prometerles alegrías ó triunfos. El porvenir está lleno de tristeza, y para habituarlos á la horrible perspectiva, Jesús va á levantar insensiblemente el velo que la cubre.

CAPÍTULO VII

Camino de Cesárea de Filipo

El ciego de Betsaida.—Retirada hacia Cesárea.—La cuestión capital: *¿Quién dicen que soy?*—Opiniones del pueblo.—La confesión categórica de Pedro.—*Tu es Christus*.—Mérito de Simón.—*Tu es Petrus*.—La Iglesia indefectible tendrá un jefe.—Jesús anuncia su propia muerte.—Escándalo del Mesías humillado.—Dura lección dada á Pedro.—Hermosa enseñanza propuesta á la multitud sobre el espíritu cristiano. (*Mat.*, XVI, 13-28; *Marcos* VIII, 22-38 y IX, 1; *Luc.*, IX, 18-27).

La embarcación dejó á Jesús y á los discípulos hacia el norte del lago. Se ha supuesto que querían ganar las tierras de Filipo. Allá no había que temer un golpe de mano preparado, quizás, con el concurso de la camarilla de Antipas. Los dos hermanos, según dijimos, no se parecían ni en sus miras políticas, ni en su conducta privada. Filipo había sabido encontrar su propia felicidad y la de sus súbditos viviendo sin aparato exterior, exento de ambiciones turbulentas, ocupado enteramente en edificar nuevas ciudades en sus Estados y en embellecer las que ya existían.

Pero ¿es cierto que abordó en la ribera oriental del Jordán? Nada nos obliga á admitirlo, pues si bien se había propuesto sustraerse momentáneamente á la jurisdicción de Herodes, no se ve que Jesús se hubiese impuesto la obligación absoluta de huir de ella en sus últimas excursiones apostólicas. Lo que hay de cierto es su resolución de no aparecer en ningún centro de importancia, á excepción de Jerusalén. ¿Por qué admitir que hizo una excepción en favor de Julias? Nos inclináramos, por tanto, á creer, contra la opinión general, que abordaron simplemente cerca de Betsaida, la patria de Pedro, dejando allí la barca á buen recaudo, en tanto que, por algunos días, iban á re-

montar las estribaciones del Hermón. Autoriza quizá también nuestra suposición el que Jesús es tan conocido como taumaturgo en Betsaida ⁽¹⁾, que, apenas llegado, ve un grupo que se le acerca conduciendo á un ciego y pidiendo con insistencia que lo cure por un simple contacto. La ocasión es buena para probar á los Apóstoles que su poder no había disminuído. Consintió, pues, en obrar el milagro. Sólo que, para evitar nuevas demandas con el concurso de mucha gente, tomó al ciego por la mano, y lo llevó fuera de la aldea, á la campiña ⁽²⁾, donde, con algunos detalles dignos de notarse, procedió á su curación.

El ciego no había ido espontáneamente á Jesús; lo habían llevado mal de su grado, según el texto parece indicar. Su fe en el Mesías era, por tanto, casi nula. Era preciso despertarla. He aquí por qué el milagro, en lugar de ser repentino, se producirá gradualmente, á medida que esta fe se afirme. Comenzó Jesús por escupirle en los ojos, le puso las manos encima, y le preguntó: «¿Ves algo?» El ciego, esforzándose en distinguir los objetos, respondió: «Veo hombres que andan, pero me parecen árboles.» No era ciego de nacimiento, sino que había perdido la vista; de lo contrario, ¿cómo habría podido tener idea de hombres ó árboles en movimiento? Esta primera mejoría excitó en él, con el deseo de llegar á la perfecta curación, una viva confianza en su médico caritativo. Completada la fe, se completó también el milagro. Jesús le puso otra vez las manos sobre los ojos, y al punto los penetró completamente la luz. El hombre declaró entonces que veía claramente todas las cosas, como antes de su ceguera.

Al despedirle, se contentó el Maestro con hacerle esta recomendación: «No entres en la aldea; vete á tu casa, y en esta aldea no lo cuentes á nadie.» Así, después de ha-

(1) Esto se entiende muy bien si se trata de Betsaida que, como Corazán, y Cafarnaúm, había, para su condenación, visto tantos milagros obrados dentro de sus muros. *Mat.*, XI, 21.

(2) San Marcos emplea dos veces el vocablo *κώμη*, lo que no podía entenderse de Julias y confirma nuestra opinión.

ber hecho el beneficio, se veía reducido á reclamar el silencio como primera recompensa de su caridad ⁽¹⁾.

Sin detenerse más, se puso de nuevo en camino para ir á buscar en otra parte un más secreto refugio. Remontando, en efecto, el curso del Jordán, pasó por junto al puente de basalto de las hijas de Jacob, costeó la ribera del lago de Meróm, y, en fin, á través de los bosquetes de adelfas y terebintos, llegó á los lugares donde nace el río sagrado.

Según su costumbre, debió pasar de largo por Cesárea, la capital de Filipo. Ya dijimos que los grandes centros no eran de su agrado. El espectáculo de la corrupción, de la idolatría y del servilismo que en ellos se exhibía, repugnaba á su alma pura y noblemente libre. Quizá también la prudencia le aconsejaba no encontrarse frente á frente con los altos representantes de los poderes públicos, que podían, de un solo golpe, turbar la economía del plan mesiánico. Así, no vemos que evangelizase, aunque las encontró en su camino, ni á Tiberíades, ni á Tiro, ni á Siquem, ni á Samaria. Cesárea estaba particularmente llena de penosos recuerdos de lo pasado y de la inmoral exhibición del paganismo en lo presente. Sobre la antigua ciudad de Dan, que había visto adorar al becerro de oro, los griegos habían edificado á Paneas, la ciudad consagrada al dios Pan. En una gruta profunda, era adorado este dios de los pastores, y las ninfas y los sátiros de mármol retozaban en los alrededores del pintoresco santuario. Filipo, sin preocuparse con las costumbres paganas de Paneas, había fijado en ella la residencia de su gobierno y la había singularmente embellecido ⁽²⁾. El nombre de Cesárea de Filipo que

(1) El autor unifica dos códices: «Ni entres en la aldea, ni lo digas á nadie en la aldea»; y «vete á tu casa, y no lo digas á nadie en la aldea.» La Vulgata supone también esta unificación y le da valor condicional: «Vete á tu casa, y si (*éá*) entrases en la aldea, á nadie lo digas.» Jesús reclama el silencio por lo dicho en el capítulo anterior: para evitar que, con el concurso de mucha gente, aumente el odio de los enemigos. (N. del T.)

(2) *Antiq.*, XVIII, 3. Visitamos en 1888 la moderna población de Baniyas que recuerda el sitio y el nombre de la antigua ciudad. Las ruinas son tan

ella llevaba, honraba á la vez al César de Roma y al tetrarca á quien debía su restauración.

Jesús permaneció algunos días en los pueblos vecinos, predicando el Evangelio. El encanto irresistible de su palabra, el carácter sobrehumano de sus obras, su inagotable mansedumbre, pronto cautivaron á los habitantes de un país mitad judío, mitad idólatra, y su ministerio no fué infructuoso. Los Apóstoles, más tranquilos aquí que en Galilea, tenían tiempo de analizar atentamente la vida, las virtudes, la naturaleza superior de su Maestro. Él mismo se complacía de verlos profundizar los diversos datos del problema, pues se preparaba á plantear la cuestión decisiva de la que parecía depender el porvenir religioso de la humanidad.

Ellos, por lo menos, que desde tanto tiempo escuchaban su doctrina, veían sus milagros y conocían las aspiraciones de su alma, ¿tenían fe en su carácter mesiánico? Y, si la tenían, ¿había penetrado tan profundamente en su corazón que nada, ni siquiera el escándalo de la cruz, podía definitivamente comprometerla? Esto es lo que debía saberse.

Á decir verdad, podía parecer que la ocasión no era la más á propósito para exigir una profesión de fe precisa y categórica á unos hombres impresionables, cuyas miras respecto de la persona del Maestro habían sido siempre rápidas y pasajeras, traduciéndose por exclamaciones más entusiastas que razonadas. Desde algunos días, Jesús apenas hacía ningún milagro; las turbas delirantes de admiración y de esperanza habían desaparecido, y Él mismo, proscrito, parecía evitar el furor de sus enemigos, huyendo á los lugares desiertos y entre pueblos idólatras.

Sin embargo, este fué el momento psicológico que escogió para proponer la solemne cuestión. Previamente se ha-

bellas como numerosas. La gruta consagrada al dios Pan subsiste todavía, medio llena de tierra y de rocas desprendidas. Vense nichos esculpidos con inscripciones paganas. V. *Notre Voyage aux Pays bibliques*, vol. II, pág. 274 y sigs.

bía recogido bajo la mirada de su Padre y había rogado por aquellos cuya fe quería probar. Su alma estaba en una turbación visible. ¿Hay que extrañarse de ello, puesto que, á pesar del conocimiento que tiene de lo por venir, el mismo Dios parece esperar con ansiedad la respuesta del hombre á quien en la tentación interroga? Terminada su oración, se juntó de nuevo á los Apóstoles, y, habiendo caminado un rato con ellos ⁽¹⁾, de repente les dijo: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que soy Yo? ⁽²⁾» Esta pregunta sin preámbulos, revelaba la santa impaciencia de su alma. Los Apóstoles respondieron: «Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, Elías; otros, Jeremías ó alguno de los antiguos profetas que ha resucitado.» Así, después de todas las profecías mesiánicas, después de quince meses de prodigios y de tantas lecciones de sabiduría visiblemente divina, Jesús no era, para el pueblo, más que un hombre extraordinario, precursor del Mesías. Á los unos, su influencia sobre las multitudes les ha hecho creer que es Juan Bautista, resucitado para castigar á Herodes y devolver el cetro á la raza real de Judá. Á otros, la elocuencia animosa que opone á sus contradictores, su pasmosa actividad, su noble independencia, les

(1) *Luc.*, IX, 18, que nada dice del viaje hacia Cesárea, sabe que la escena pasó después de la oración del Maestro, pero no dice dónde. Evidentemente, no vió los otros dos sinópticos que precisan que estaban en los alrededores de Cesárea de Filipo. *Marcos*, VIII, 27, observa que la cuestión fué propuesta en el camino, ἐν τῇ ὁδῷ.

(2) El texto de San Mateo, diversamente puntuado, puede, además del sentido que le damos, tener las significaciones siguientes: «¿Quién dicen que soy? ¿El hijo del hombre?» O también: «¿Quién dicen que soy, Yo que soy el Hijo del hombre?» O todavía: «¿Cuál Hijo del hombre dicen que soy?» Los otros dos sinópticos se contentan de hacer decir á Jesús: «¿Quién dicen que soy?» (*)

(*) Estas tres interpretaciones están fundadas en códices que llevan el pronombre personal *me* después del interrogativo *τίνα*. La primera interpretación es posible. La segunda es la corriente. Arias Montano: «¿Quem *me* dicunt homines esse, filium hominis?» Sin embargo, es curioso observar que San Jerónimo no conoce, ó no admite, esta lectura con *me*: «Non dixit, quem *me* dicunt esse homines...»; y todavía es más curiosa la razón que alega: «Ne jactanter de se quaerere videretur.» (*Com. in Evang. Matthaei.*) La interpretación tercera es violenta. (N. del T.)

han hecho suponer que es Elías que ha venido á preparar la realización de sus ensueños teocráticos. Muchos, embarcados por los acentos de su palabra penetrante como el remordimiento, y conmovidos por su aire de tristeza resignada y de afección melancólica que recordaban á Jeremías llorando entre sus conciudadanos, le tomaron por este profeta. En fin, la gran mayoría sólo aprecia de un modo general su representación en Israel, y, viendo sus potentes obras, se contenta con decir que ha vuelto á la vida uno de los grandes servidores de Dios.

Este resumen de las impresiones populares parecía tan sincero como completo. Jesús, escuchándolo, no manifestó la emoción penosa que destrozaba su corazón. Las almas grandes guardan con frecuencia una serenidad perfecta bajo el golpe de las más duras injusticias. Oyen, en un mundo superior, aplausos que las consuelan de los ultrajes de aquí bajo. Jesús encontraba en las alegrías de la unión hipostática la fuerza de ser siempre más grande que la necedad humana y más fuerte que la ingratitud de sus deudores. Después de todo, estas apreciaciones eran las de la multitud; el Colegio Apostólico se había reservado la suya; y ésta, si era exacta, podía consolarle de aquéllas. ¿Qué pensaban los Apóstoles? Era preciso ponerlos en el caso de explicarse. Su respuesta diría si la Iglesia estaba todavía por nacer, ó si, en fin, por una brillante profesión de fe, merecía ser tomada desde ahora como una realidad viviente.

Con solemnidad particular que mandaba pesar la respuesta y con un acento de tierno reproche que parecía dictar el verdadero sentido de la misma, el Maestro añadió: «¿Y vosotros, quién decís que soy Yo?» En la actitud grave y digna del padre de familia que defiende su propia causa ante el tribunal de sus hijos, en pie delante de ellos, los brazos cruzados, los penetraba indudablemente con su poderosa mirada, esperando su respuesta. Pedro la tenía bien preparada y, acostumbrado, con su natural ardiente é impresionable, á ser el primero en hablar, no permitió

que otro se le adelantara. Convengamos en que no podía encontrar mejor ocasión de bien hablar; y con el acento convencido de un hombre inspirado, exclamó: «TÚ ERES EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS VIVO (1).» Oyendo esta frase viva y franca, se cree ver aún la nervuda mano del hijo de Jonás enérgicamente extendida hacia Jesús para acentuar con un vigor particular, la admirable profesión de fe. La escena era sublime; el alma de todos vibraba al unísono con la de Pedro. El Maestro se sentía feliz. La Iglesia acababa de formular su primer símbolo (2). En adelante, no se hará otro más definitivo y más auténtico que no pase por esta misma boca de Simón Pedro, convertido en órgano oficial del apostolado. El ardor de su fe, la espontaneidad de su testimonio, la sinceridad de su amor, le han valido tan alta prerrogativa. Muchos, quizás, creían y amaban tanto como él; pero, más tímidos ó menos entusiastas, quedaron enteramente paralizados. Hablando el primero, Pedro ha conquistado un primado de honor y de jurisdicción que nada en lo sucesivo podrá quitárselo. Á él, le corresponderá enseñar magistralmente y gobernar la Iglesia, con aquella estabilidad inmutable que Jesús había señalado el día en que, viéndole por vez primera, le dió el sobrenombre de Pedro ó Peñasco.

(1) *Mat.*, XVI, 16, es quien nos ha conservado esta fórmula completa del acto de fe de Pedro. *Marcos*, VIII, 29, le hace decir sencillamente: «Tu eres el Cristo», y *Lucas*, IX, 20, tomando un término medio: «El Cristo de Dios», es decir, que viene de Dios. Como en *Juan*, VI, 69, Pedro dice al Maestro: «Nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Santo de Dios», se ha preguntado si ésta era la misma profesión de fe. En efecto, la locución *ἐκ τοῦ θού*, desde entonces (*Juan*, VI, 66), podría considerarse como el inciso que permitiría defender esta hipótesis. (*)

(*) En la Vulgata, la fórmula de Pedro, en *Juan*, VI, 70, es: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios», y en algunos textos griegos: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»; pero otros textos griegos dicen simplemente: «Tú eres el Santo de Dios.» (N. del T.)

(2) Sin duda que, en otras circunstancias, los discípulos habían reconocido el papel mesiánico de Jesús; pero sólo en momentos de entusiasmo y, por decirlo así, de sorpresa, había salido de sus labios una confesión análoga. Aquí los espíritus están tranquilos. La pregunta permite que se reflexione, y la respuesta ofrece la expresión exacta de las convicciones más profundas.

«Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás⁽¹⁾—exclamó el Maestro con un rayo de alegría divina en la mirada;—porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre, que está en los cielos.» La carne y la sangre le hubiesen dicho lo que decían á los fariseos enemigos, ó todo lo más al pueblo extraviado en una semicreencia. Es la iluminación de lo alto la que le muestra, en pleno día, toda la fisonomía divina del Maestro. Así, en el decurso de las edades, Pedro se dirigirá también á la inspiración celestial y no á las preocupaciones de una ciencia vana ó de una filosofía tímida, para recoger la tradición universal de la Iglesia, y dictar la regla de nuestra fe. Pidiendo á Dios solo su fuerza y su luz, no conocerá, al hablar como jefe de los fieles, ni las flaquezas de la pasión, ni las del error.

Desde este momento, va á recibir la promesa oficial, y, puesto que él ha proclamado lo que pensaba del Maestro, el Maestro va á decir á todos lo que de él hará. «Y yo te digo—añade Jesús—que tú eres Pedro, y sobre esta piedra⁽²⁾ edificaré mi Iglesia⁽³⁾, y las puertas del infierno⁽⁴⁾ no

(1) En su viva satisfacción y en vista de la dignidad que va á conferir al Apóstol, Jesús le llama por su nombre, *Simón*, al cual da su forma completa, indicando, según el uso oriental, su filiación, *Bar Jona*. Esta frase revela la fuente aramea de donde salió nuestro texto griego.

(2) La traducción griega de San Mateo no ha dejado subsistir el juego de palabras del original siro-caldeo, en que la palabra *Képha* permanece invariable, como *Pierre* en francés. No atreviéndose á dar una desinencia femenina á un nombre de varón, el autor del texto griego dijo: *Πέτρος* y *πέτρα* (Tu es *Petrus*, et super hanc *petram*). Con todo, autorizándose en los mejores autores, habría podido emplear *πέτρος* en lugar de *πέτρα* en el segundo miembro de la frase (V. *Edipo-Rey*, verso 342; *Herodoto*, IX, 55), ya que no quiso servirse de *πέτρα* para designar al mismo Simón.

(3) Esta es la primera vez que Jesús llama *Iglesia* á la sociedad de sus fieles. Puesto que ella entra hoy en posesión de la vida, es justo que reciba también su nombre. En lo sucesivo, este nombre, vago en su significación ordinaria, como el de *sinagoga*, indicará exclusivamente la reunión de los cristianos.

(4) En el lenguaje lleno de imágenes de los pueblos de Oriente, las puertas significan el poder, porque los grandes se sentaban en las puertas de la ciudad, para administrar justicia. En efecto, en Jerusalén, el Sanedrín se reunía bajo la puerta de Nicanor, y la asamblea de los doctores bajo la de Suza. De esta antigua costumbre procede el nombre de Sublime-Puerta dado á la corte del Sultán. Aquí, pues, las puertas del *Schedl* ó del infierno indican

prevalecerán contra ella.» Habla en futuro, porque Él vive todavía. La sucesión real no ha comenzado. Mientras Él será de este mundo, parecería superfluo otro jefe de la nueva sociedad. A Él solo incumbe cuidarla con toda la solicitud de su corazón. Pero, cuando Él haya dejado la tierra, á pesar de que seguirá siendo el jefe real de la Iglesia, cesará de ser jefe visible, y deberá recurrir á un intermediario que la gobierne; y éste será el Apóstol al que acaba de escoger. Pedro no tiene, sin embargo, que espantarse de su misión. Si debe representar oficialmente al Maestro, puede estar seguro de que sus miras personales, sus prejuicios, sus preferencias se callarán, y de que Dios solo inspirará su palabra. Cuando deba resistir, provocar, combatir, la fuerza de lo alto le sostendrá contra sus enemigos. Más durable que esta roca de Paneas, sobre la cual la mano del hombre acaba de edificar un templo á Augusto, y que las tempestades, las generaciones, los siglos poco á poco roerán, la *pedra* plantada por Dios permanecerá eternamente en pie⁽¹⁾. Su estabilidad será la estabilidad misma de la Iglesia, de la que es su indispensable fundamento. Y si hay que reconocer que el fundamento no es el edificio entero, también hay que confesar que, sin el fundamento, el edificio nada sería.

Desconocer la gran ley de la jerarquía cristiana, según la cual Simón-Pedro y sus sucesores son, de derecho, los jefes de la Iglesia, sería, pues, destruir el pensamiento primero del plan divino, negar lo que el Maestro afirma, sus-

ora el poder de la muerte (Com. *Isaias.*, XXXVIII, 10, con *I Cor.*, XV, 55), ora el imperio de Satán ó del mal. En uno y otro caso, se asegura evidentemente la inmortalidad y la omnipotencia á la Iglesia nueva.

(1) Podría ser que el cuadro pintoresco del templo de Augusto, descansando, con su masa de columnas de mármol blanco, sobre la roca de Paneas, hubiese naturalmente sugerido á Jesús la hermosa imagen de que se sirvió para caracterizar el papel de Pedro en la historia futura de la Iglesia. Una vez establecida la relación entre el peñasco inmenso y el sobrenombre de Simón, debía seguir la del paganismo agonizante y de la Iglesia naciente. Mateo es el único que ha consignado en su Evangelio la importante promesa hecha por Jesús á Simón-Pedro. Sobre este punto, los otros tienen una lengua que sería inexplicable, si hubiesen bebido en una misma fuente escrita.

tituir con la oligarquía el sistema monárquico más manifiesto. Jesús, en efecto, continuando su promesa, declara que Pedro no tendrá solamente un primado pasivo, sirviendo de apoyo á la masa de la Iglesia, sino también un primado activo, en la influencia absoluta que ejercerá sobre todo el rebaño. Será un gobierno, tanto como un fundamento. «Te daré—dice Jesús—las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos.» La llave no se entrega sino al padre de familia, al señor de la casa ó de la ciudad. Si la Iglesia es una sociedad, Pedro será su Jefe; si es un reino, será su Rey; si es un rebaño, será su Pastor, acogiendo ó rechazando las ovejas, según su prudencia, concediendo ó retirando el título de ciudadano, abriendo ó cerrando la puerta de su casa. Esta casa es la Iglesia en el tiempo, pero la Iglesia pasa á ser el cielo en la eternidad.

He aquí como una pregunta del Salvador había provocado la profesión de fe de los Apóstoles; la profesión de fe había probado la vida de la Iglesia; la Iglesia había recibido un jefe y las promesas de su perpetua indefectibilidad. Esto era más de lo que se necesitaba para hacer de este incidente el acontecimiento en alto grado más considerable y fecundo que se produjo después de los primeros días del ministerio mesiánico. El Maestro acababa de comprobar que sus largos esfuerzos habían conducido á los Apóstoles á reconocer que Él era el Cristo. Obtenido definitivamente este primer resultado, podía intentar hacerles oír qué Cristo ó qué Mesías debía ser.

Allí iba á comenzar para los discípulos, y desde un aspecto muy inesperado, la revelación de una segunda parte del plan divino. Los sucesos se precipitaban; el odio de sus enemigos persiguiendo á Jesús hasta en Galilea hacía prever en breve plazo dolorosos y trágicos acontecimientos. Era tiempo de mirar cara á cara el pavoroso porvenir hacia el cual marchaban.

Desde luego, por muy feliz que fuese el acto de fe de los Apóstoles, Jesús les recomendó con alguna severidad ⁽¹⁾ que no predicasen que Él era el Cristo. Semejante declaración de su parte habría excitado furores terribles en unos y un entusiasmo peligroso en otros. Convenía guardar discretamente la fe en el fondo del corazón y completarla por la aceptación, aunque fuese muy penosa, de un Mesías doliente y humillado, preámbulo necesario de un Mesías triunfante y glorioso. La verdadera fe no podía detenerse. En Jesús, después del Cristo esperado, se imponía el Cristo crucificado.

Por el momento, los Apóstoles proclamaban el primero de los dos artículos que constituían el rudimentario símbolo, pero descartaban enérgicamente el segundo, en el que sólo podían ver una escandalosa paradoja. Jesús lo sabe, pero entiende que debe promulgarlo. Es preciso que el ojo de ellos, ora á través de iluminaciones súbitas y terribles, ora bajo la indecisa luz de una penumbra, se habitúe á la horrorosa perspectiva del Calvario. Ahora bien, en ese momento la fe exaltada de los Apóstoles parece permitirle dar un primer golpe; y lo hará sin miramientos. El ancho surco del relámpago con que quiere iluminar lo por venir, les permitirá entrever el sangriento sacrificio en sus más horribles detalles.

En efecto, cambiaban todavía ellos, quizás, sus impresiones dichosas sobre la profesión de fe formulada por Pedro, cuando comenzó á declararles que, según el plan providencial, el Hijo del hombre debía desde luego ir á Jerusalén, el foco mismo de las hostilidades. «Es necesario—decía insistiendo con cierta complacencia en cada rasgo del cuadro espantoso é inesperado ⁽²⁾—que allí el Hijo del hombre padezca muchas cosas, y que sea desechado de los ancianos, de los príncipes, de los sacerdotes y de los escri-

(1) *Marcos*, VIII, 30, y *Lucas*, IX, 21, se sirven del verbo ἐπιτιμᾶν, *commi-*
nar, *increpar*.

(2) *Mat.*, XVI, 21, dice: *coepit ostendere* (ἤρξατο δεικνύειν), y *Marcos*, VIII,
31, considera el cuadro como una enseñanza: *coepit docere* (ἤρξατο διδάσκειν).

bas, y que sea entregado á la muerte.» Sin embargo, no se deberá desesperar del triunfo, aun después de la catástrofe; porque la victoria de sus enemigos será momentánea, y Él, más fuerte que la muerte, «resucitará al tercer día» para inaugurar su eterna glorificación. He aquí claramente adonde se va. Como lo observa uno de los Evangelistas, Jesús habla esta vez sin figuras ⁽¹⁾. Hasta entonces el templo, la serpiente de bronce, Jonás, le habían servido de emblemas para profetizar estos misteriosos sucesos, y apenas habían sido entendidas sus alusiones. Desde este día se resuelve á predecir su pasión con una mirada tan segura y con tal firmeza de alma, que espantan y trastornan á sus oyentes.

Sus discípulos, en efecto, estaban estupefactos, afligidos, sublevados. Pedro que, orgulloso del éxito de su profesión de fe, hallábase junto al Maestro en el momento de esta terrible revelación, quiso, en un movimiento de afecto indignado, tomarlo aparte y reprocharle este lenguaje. «Dios te preserve de esto ⁽²⁾, Señor, decíale; no será esto contigo.» Su admiración por Jesús, su amistad, su fe, todo en él se negaba á considerar ni siquiera como posible tanta desgracia. De otra parte, si los malos eran capaces de prepararla, ¿no era Jesús más capaz aún de evitarla? En todo esto, Pedro juzgaba según las miras humanas. Olvidaba que podía haber, y que en realidad había, algo por encima de toda voluntad humana: la justicia divina. Ésta reclamaba una expiación completa é infinita: he aquí por qué Jesús había pronunciado estas palabras decisivas que Pedro no había notado: «*Es necesario* ⁽³⁾ que el

(1) En efecto, *Marcos*, VIII, 32, dice: «*Et palam (παρρησια) verbum loquebatur.*»

(2) Este es el sentido de la exclamación ¡*θεός σοι!* en que se sobrentiende: «Que Dios sea.» (*)

(*) El autor indica que la interpretación elíptica: «(Que Dios sea) misericordioso contigo,» es preferible á la que propone San Jerónimo, seguida por muchos autores: «(Sé tú) misericordioso contigo,» «*propitius sis tibi.*» Comp. con *I Macab.*, II, 21: *θεός ἡμῶν*, *propitius sit nobis Deus.* (N. del T).

(3) El desapiadado *es necesario*, *δεῖ*, lo repiten los tres sinópticos.

Hijo del hombre padezca muchas cosas.» Apartar á su Maestro de la aceptación del gran sacrificio, era probar que nada comprendía del misterio de su misión en el mundo; era, como ya antes lo había hecho el espíritu de las tinieblas, tentar al Hombre-Dios á que, para evitar el sufrimiento, renunciase á la redención de la humanidad. Lleno de santa indignación, y sin permitirle continuar ⁽¹⁾, Jesús se volvió al discípulo temerario, y humillando con una palabra á quien poco antes había glorificado, castigó su consejo totalmente humano, como había recompensado una inspiración totalmente divina. «Quítateme de delante, Satanás—díjole;—estorbo me eres, porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres.»

Jesús dió á Pedro esta severa lección delante de todos los discípulos. Si le trata tan duramente, es porque, detrás de Pedro, ve el grupo de los Apóstoles con los mismos pensamientos y las mismas objeciones. Así, después de su amarga reprimenda, reanudó su tesis para generalizarla y ahondarla; y habiendo hecho una señal al pueblo para que se acercara, dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y tome su cruz, y sígame.» De tal suerte que el verdadero discípulo del Evangelio debe desechar desde luego todo sueño de gloria humana, de bienestar, de placer, de riqueza, de dominio temporal. El cristianismo no quiere tener nada de común con estas futilidades, y los miembros de la sociedad nueva deberán probar su vocación sincera repudiando las últimas ilusiones del judaísmo egoísta y carnal. Aceptar á Jesús y su doctrina, es tomar en seguida sobre el hombro el emblema de la muerte y de la renuncia de las alegrías humanas, es aceptar libremente el suplicio del condenado que lleva la cruz y la pasea por la ciudad, pensando que en aquélla va á morir. El cristiano está realmente destinado á tenderse por sí mismo sobre el madero fatal, cuando los otros no

(1) *Mat.*, XVI, 22 y *Marcos*, VIII, 32, que cuentan este incidente precisan, en efecto, que Pedro tuvo apenas tiempo de comenzar su discurso: «*coepit (ἤρξατο) increpare illum.*» El Maestro le interrumpió al instante.

le claven. Morir á las pasiones, á las malas codicias, al hombre viejo, morir quizás también á la vida física, si las circunstancias lo exigen, he aquí lo que se acepta al aceptar seguir á Jesucristo.

Evidentemente este símbolo de la muerte dura y humillante, tomado del suplicio de la cruz, tenía algo de profético. Los discípulos lo comprenderán más tarde. Santificado y glorificado por la sangre del Salvador, el infame patíbulo se convertirá en yugo bajo el cual todos encorvarán amorosamente la cabeza, y sólo serán verdaderos cristianos los que sepan vivir y morir en torno del árbol de la Redención.

Todos recibieron como paradójicas estas teorías tan radicales; pero Jesús, sin preocuparse de sus protestas, prosiguió la exposición de su pensamiento bajo otra forma. Su objeto era alentar para el sacrificio que reclamaba. «El que quiera—dijo—salvar su vida, la perderá; mas el que perdiere su vida por mí y por el Evangelio, la salvará.» Es decir, querer conservar su vida según las ideas groseras de la tierra, es sacrificarla condenándola á vegetar sin luz verdadera, sin virtudes, sin esperanzas para la eternidad; es preferir lo que pasa á lo que no tendrá fin. Si se quiere la vanidad de un sueño, se obtendrá, pero se morirá de hambre. Al contrario, dar la vida por la verdad en el testimonio de la palabra, de las obras ó también de la sangre, es estar seguro de encontrarla de nuevo potente, gloriosa, y además inmortal en el término del sacrificio que se ha ofrecido. «¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma? ¿Ó qué cambio dará el hombre por su alma?» Lo que podemos adquirir en la vida presente, por muy precioso que parezca, dura sólo en el tiempo, y se nos escapa; la suerte del alma será inmutable por una eternidad. Estos dos pensamientos constituyen la verdadera sabiduría y proyectan una luz vivísima sobre nuestros más esenciales deberes.

Déjese, pues, de alimentar en torno del Mesías esperanzas terrestres que Él prohíbe á sus verdaderos discípulos.

los. Todo, aquí bajo, es demasiado efímero para encontrar sitio en el reino del Hijo de Dios. Sin duda que el Mesías vendrá más tarde como rey, y con el aparato del triunfo, como no en vano se ha leído en los profetas; pero entonces, el tiempo ya no existirá, y sus súbditos serán los escogidos, su imperio el cielo y su era la eternidad. «El Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles», y, verdadero Rey Mesías, «dará á cada uno según sus obras» en las solemnes audiencias de su justicia. «Entonces—decía Jesús—si alguno se hubiese avergonzado de mí y de mis palabras en medio de esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del hombre, viniendo en su gloria, de él también se avergonzará.»

En el supuesto de que á muchos esta manifestación les parezca demasiado lejana, no deben olvidar que pronto tendrá ella un prelude capaz de responder á todas las impaciencias. «En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán de la muerte, hasta que vean el reino de Dios, que viene en su poder.» Jesús, en efecto, no tardará en inaugurar su triunfo espiritual sobre la tierra. Derribará los ídolos, herirá á los malvados, iluminará á los paganos. Levantando entonces su cruz sobre el mundo, anunciado á todos los pueblos por los Apóstoles, que le precederán como una legión de ángeles, glorificado por su Padre, que sostendrá y apoyará su obra, fundará á su alrededor el reino más grande, más hermoso, más universal que haya jamás existido. Un reino de verdad, de justicia y de amor, preparación del reino celestial; ésta es su próxima venida, que es necesario esperar. ¡Dichoso aquel que merezca ser inscrito en él y gustar sus dulzuras!

Así terminó esta plática que abría nuevos horizontes en la enseñanza del Maestro. Una vez más debió acentuarse la selección entre los discípulos. Una vez más dióse el caso de que muchos exclamaran: «Duro es este razonamiento, ¿y quién lo puede oír?» En efecto, lo que de Jesús acababan de oír sobre la necesidad de darse á sí mismos la

muerte tendiéndose sobre la cruz, era todavía más á propósito para sublevarlos que las palabras que les había dicho sobre darles su carne en comida y su sangre en bebida, pronunciadas poco tiempo antes en la sinagoga de Cafarnaúm ⁽¹⁾.

(1) Hemos notado antes la opinión de los exégetas que ponen aquí, y no después del discurso sobre el Pan de la vida, lo que se refiere en *Juan*, VI, 66-71; pero, aunque posible, esta combinación de elementos que es preciso desunir con violencia y sin razón suficiente, no parece ser la mejor.

CAPÍTULO VIII

La Transfiguración

Por qué Jesús quiso dejarse entrever en el estado glorioso.—Retiro á una montaña para orar.—Fenómeno de la transfiguración en el hombre.—Lo que debía ser en el Hombre-Dios.—Jesús radiante entre Moisés y Elías.—Su sublime conferencia.—Emoción de los tres Apóstoles.—El gran testimonio del Padre.—La cuestión sobre Elías.—Al pie de la montaña, dificultad de los Apóstoles y triunfo de los escribas.—El lunático.—Indignación de Jesús.—Súplica conmovedora del padre.—Poder de la fe.—Curación del poseso.—Triunfo de Jesús.

Al terminar el discurso precedente, Jesús había declarado que algunos de sus oyentes no morirían sin haberle visto en su gloria; y hemos creído que se refería á su doble advenimiento, espiritual en el tiempo, y glorioso al fin del mundo. Sin embargo, nada impide que veamos en sus palabras una alusión directa al hecho misterioso y sorprendente de la transfiguración, que pronto iba á tener lugar. Ésta puede, efectivamente, considerarse como una representación anticipada del advenimiento futuro del Rey-Mesías. Manifestándose Jesús en la belleza ideal y divina de su vida superior, parece que quiso dar á los tres discípulos que le contemplaban una vista instantánea del reino celestial y de sus indecibles esplendores.

Había transcurrido como una semana ⁽¹⁾ después del famoso discurso en que el Maestro había anunciado sus

(1) San Lucas dice: *como ocho días después*, mientras los otros dos sinópticos precisan que esto fué solamente después de *seis* días. Se puede armonizarlos, observando que San Lucas cuenta el día mismo de la confesión de Pedro y el de la transfiguración, mientras que los otros cuentan sólo los días intermedios. La expresión *ósei, unos*, de San Lucas es aproximativa. Todos entienden señalar la duración de una semana.

pruebas futuras, y la terrible revelación tenía sumidos á los Apóstoles en un profundo desaliento. La horrorosa perspectiva estaba ante sus ojos sin cesar. Había sido diseñada con sobrada calma y precisión para que fuese simplemente imaginaria; y, después del fracaso de Pedro, no era de esperar que Jesús se determinara á evitar su realización. Al solo pensamiento de verle morir tan tristemente, todo sufría en ellos: el corazón, porque le amaban; el espíritu, porque nada comprendían en el plan divino; el alma, en fin, porque veían desvanecerse, con sus esperanzas más ó menos humanas y recomendables, el ideal de lo por venir. Para reaccionar enérgicamente, Jesús resolvió dejarles ver un poco de luz al lado de los sombríos sucesos que había profetizado.

Escogiendo, pues, de entre sus Apóstoles, á Pedro, Santiago y Juan,—porque no podía llevárselos todos sin arrastrar con ellos la multitud, y porque la influencia de estos tres determinaba ordinariamente las disposiciones morales de los demás,—subió con ellos á un monte alto á orar ⁽¹⁾.

(1) Ningún Evangelista da el nombre de esta montaña, y, la primera indicación que recogemos de la tradición eclesiástica es evidentemente falsa. Es la del Peregrino de Burdeos (hacia el 333 de Jesucristo). Si le creemos, la transfiguración habría tenido lugar en una de las cumbres del monte de los Olivos, no lejos de la basílica construída por Constantino: «Inde non longè est monticulum ubi Dominus ascendit orare et apparuit illic, Moyses et Elias, quando Petrum, Jacobum et Joannem secum duxit.» *Itin. Ter. S.*, Ginebra, fasc. I, p. 18. Algún tiempo después, S. Cirilo en su *Cateq.* XII, 15 supone que fué el monte Tabor. San Jerónimo, *Epist. XLVI ad Marcel.* y *LXXXVI Epitaph. S. Paulae*, adopta esta opinión de su contemporáneo, la cual en lo sucesivo fué la sola admitida por todos los peregrinos de Tierra Santa.

El Tabor es una montaña muy graciosa cubierta de terebintos, verdes encinas, algarrobos, lentiscos, y pintorescamente redondeada, según expresión de Polibio, V, 70, en forma de pecho de mujer. Domina al E. la llanura de Esdrelón. La encontramos mencionada más de una vez en la Biblia, porque daba el nombre ó lo tomaba de una ciudad fortaleza construída en su cumbre, con dependencias y perteneciente á la tribu de Isacar, *Josué*, XIX, 22. I *Paralip*, VI, 77. Su importancia, desde el punto de vista estratégico, le valió ser mencionada por Polibio, *loc. cit.*, con el nombre de Alabirión ó Itabirión, á propósito de Antioco el Grande, quien, según este historiador, la fortificó, después de haberse apoderado de ella, en 218 antes de Jesucristo. Nada hay que indique que hubiese quedado despoblada ó abandonada más tarde, y, cuando reaparece en la historia, (67 despues de J. C), Josefo, que

Hay que creer que esto sería al anochecer, pues los Apóstoles estaban cargados de sueño. Mientras que el silencio de la naturaleza en los lugares desiertos y el aislamiento en las alturas, verdadero camino del cielo, deberían haberlos inducido á la oración, sabemos que, después de haber intentado, á ejemplo del Maestro, entrar en comunicación con Dios, sintieron que la fatiga entorpecía poco á poco sus párpados, y acabaron por dormirse.

Entretanto, á su lado, Jesús estaba abismado en la contemplación del más puro amor, iluminada su alma por ce-

establece un campo atrincherado en su meseta superior, habla de sus habitantes, τοῖς ἐποικοῖς, y los distingue de los soldados que en él había puesto. B. J, IV., 1, 8.

Es extraño que San Jerónimo hubiese reconocido el Tabor en la montaña *alta y solitaria*, ὑψηλὸν κατ' ἰδίαν, de que hablan los Evangelistas. No solamente estaba habitado el Tabor en el siglo primero de nuestra era, sino que su cima ha sido, en todo tiempo, particularmente visible. Añadamos que todas las indicaciones de los Evangelistas concurren en poner fuera de Galilea la importante escena de la transfiguración. Así, Jesús se había ido hacia la parte de Cesárea de Filipo con la intención decidida de evitar á los enemigos que le amenazaban en Galilea, y, seis ú ocho días después, le encontraríamos de nuevo en pleno país galileo. Esto es poco razonable. Además, la salida de la Gaulanitida está exactamente señalada en *Mat.*, XVII, 21, y *Marc.*, IX, 29. Este, muy particularmente precisa que después de la curación del lunático, quizá mucho tiempo después, Jesús volvió á Galilea para atravesarla de incógnito solamente, ir á Cafarnaúm y de allí subir á Jerusalén. ¿Puede desearse algo más claro? Las indicaciones bíblicas nos parecen más decisivas que las indicaciones tradicionales nacidas á fines del siglo IV, y no apoyadas en razones ó en pareceres más antiguos. Más naturalmente se buscaría la montaña *alta y solitaria* donde subió Jesús con los tres discípulos para orar lejos de todo bullicio, en una de las estribaciones abruptas y desiertas del Hermón. En nuestro viaje á esos sitios preciosos, comprobamos que las cumbres desde las cuales se domina todo el curso del Jordán hasta el Mar Muerto, y, por consiguiente, toda Tierra Santa, se corresponden mejor que el Tabor con los datos de la Escritura. Véase *Notre Voyage aux Pays Bibliques*, vol. II, p. 288.

En cuanto á la multitud agrupada en torno del lunático y á los escribas que con ella andaban mezclados, no podrían crear una seria dificultad. Estaban á las puertas del Cesárea de Filipo. Ahora bien, esta capital del tetrarca, á pesar de contar numerosos paganos dentro de sus murallas, no dejaba de ser la ciudad de un príncipe judío, con sinagogas y escribas ó rabinos, como todos los centros importantes de Palestina. (*)

(*) Vigouroux se inclina también á esta opinión (*La S. Bible Polyglotte*). Otros, sin embargo, como Knabenbauer, *Comm. in Matth.*, p. 80-81, creen que no hay razones suficientes para negar la posibilidad de la creencia tradicional.—(N. del T.)

lestiales claridades, al propio tiempo que en todo su cuerpo se obraba una extraña transformación. No es raro ver al hombre transfigurarse súbitamente bajo el imperio de una pasión grande y noble. Su ojo ilumina entonces la fisonomía con viva luz, y su ser, rodeado como de una irradiación eléctrica, parece entrar en un mundo nuevo. La transformación producida por el éxtasis alcanza un grado más elevado todavía. El extático, arrebatado fuera de sí, ó á lo menos vivamente embargado por el sentimiento de la presencia divina, se encuentra, en efecto, bajo la acción inmediata y sensible de esta presencia. Sobreviene, en este caso, una segunda causa de transformación no menos potente que la primera: es que Dios obra sobre él, como el sol sobre los objetos que calienta. He aquí por qué Moisés, bajando del Sinaí, tenía, al presentarse al pueblo, la frente tan radiante, que la vista no podía soportar su aspecto ⁽¹⁾. Á la iluminación que pasaba de su alma á sus facciones, se añadía el reflejo visible de la gloria divina en cuyo seno había él morado. Pues bien, en Jesús, todo eso debía producirse, no sólo en un grado eminente, sino con un nuevo é incomparable elemento de esplendor. En efecto, la unión hipostática ponía su alma en relación íntima y perfecta con la divinidad, y reaccionando el alma sobre el cuerpo le penetraba como de un rayo de la gloria celestial. Supuesto que era el Hijo de Dios en carne humana, puede decirse que su estado ordinario era un estado glorioso, sólo que su brillo divino era velado por un acto positivo y muy particular de su poder.

En el momento á que hemos llegado de su ministerio, tenía Jesús, según hemos ya observado, un interés capital en dejar que los suyos sospechasen esta vida interior y trascendental que constituía su felicidad suprema y su verdadera majestad. Si le entreven en su divino esplendor, ¿soñarán para Él todavía en las perecederas grandezas de la tierra? En todo caso, las humillaciones y los sufri-

(1) *Éxodo*, XXXIV, 29 y sig.; *II Cor*, III, 7.

mientos que le esperan tomarán un carácter, si no menos extraño, siquiera no tan desesperante á los ojos de aquellos que habrán entrevisto en su vida dos lados distintos, dirigido el uno hacia la tierra, el lado transitorio é insignificante, dirigido el otro hacia el cielo, el lado verdadero y eterno. El mal que sólo al cuerpo alcanza, ¿puede acaso turbar en realidad al espíritu inundado de consuelos divinos? Los insultos pasajeros de los malos contra el justo, ¿pueden impedir su soberana glorificación y su triunfo en una vida mejor?

Por tanto, el alma del Maestro, que gozaba de la visión beatífica, no tuvo que hacer más que disipar la nube que la velaba, y, bajo la acción de su brillo interno, la envoltura terrestre se hizo al punto transparente. Los vestidos mismos parecieron impregnados de luz. Estaban tan albos que, según frase de San Marcos, «ningún batanero sobre la tierra los puede hacer tan blancos.» Sobre todo la cabeza de Jesús parecía maravillosamente bella. El alma se refleja ordinariamente en los rasgos de la cara; son su espejo fiel y privilegiado. El semblante del transfigurado tenía el aspecto del sol.

Al propio tiempo, el mundo superior había acudido para admirar esta glorificación del Hijo del hombre. El esplendor sobrenatural que difundían los que de otra vida llegaban, al unirse con la luz que salía de Jesús, formaba con ella como un vasto nimbo, una especie de tienda radiante ó de ciclo luminoso que abrigaba la entrevista más augusta de que jamás ha sido testigo el universo. Á derecha é izquierda del Salvador estaban dos hombres, representantes oficiales de las viejas glorias de Israel, Moisés y Elías, los dos héroes de la antigua teocracia. Inclináronse respetuosamente delante de su Señor, y, contemplando en Él la perfecta realización de las profecías mesiánicas, hablaban del fin que les esperaba en Jerusalén ⁽¹⁾ El sacrilegio

(1) San Lucas, IX, 31, nos revela el tema de su conversación, *et dicebant excessum (τὴν ἔξοδον) ejus, quem completurus erat in Jerusalem*, y nos permite establecer así una relación íntima entre la transfiguración

espantoso con que el pueblo, matando á su Mesías, iba á sellar su definitiva reprobación, preocupaba penosamente su alma israelita, y suplicaba á Dios que impidiese tamaño crimen. Era en vano. Á pesar de la oración y la intercesión de sus justos, Jerusalén quería consumir su apostasía. Después de haber sido la ciudad que mataba á los profetas, entendía poner su mano sacrilega sobre el Ungido del Señor tratando de exterminar á su Dios.

Por su parte, Jesús, contemplando con amor la cruz que veía ya levantada en la Ciudad Santa, la señalaba con entusiasmo. Así enseñaba á Moisés que podía haber algo más consolador que morir del beso de Eterno ⁽¹⁾, y á Elías que podía haber algo más bello que ser arrebatado sobre un carro de fuego: subir á un patíbulo para expiar el pecado del mundo, y luego resucitar para entrar en verdadero triunfo en el cielo.

El coloquio tocaba á su término, y los Apóstoles todavía dormitaban. Así dormirán más tarde en Getsemaní; pero Jesús, que entonces los dejará descansar, á fin de evitarles el espectáculo de su angustia, ahora los despierta para fortalecer su corazón vacilante. Un rayo de su gloria dirigido sobre sus párpados, bastó para sacarlos de su sueño abrumador. Sus ojos, al abrirse, vieron el sublime espectáculo, reconociendo pronto al Maestro en su aspecto sobrehumano, y adivinando quiénes eran los dos extranjeros, quizá por los signos característicos que la tradición judía les atribuía, ó más probablemente por lo que de su conversación pudieron oír. ¿Qué son, en realidad, estos ciudadanos de otro mundo? ¿Simples almas, revestidas de una apariencia corpórea, hombres completos ó puras apariciones simbólicas? Su fe no se inquieta por esto. Reconocen

y lo que se había dicho en el camino de Cesárea. Elías y Moisés aleccionan á los Apóstoles aceptando en nombre de todo el A. Testamento, al Mesías sufrido y humillado. La palabra *ἐξόδος* marca simultáneamente la salida y el fin de la vida mesiánica por la muerte, la resurrección y la ascensión, así como San Pablo, *Hechos*, XIII, 24, llamará *ἐξόδος* á su comienzo.

(1) Esta era la expresión de que se servían los rabinos para caracterizar la dichosa muerte del gran jefe de Israel.

que se cumple un misterio: el mosaísmo rindiendo homenaje al Evangelio, y las grandes figuras de lo pasado inclinándose ante su plena realización en lo presente; esto les basta. La celestial visión los arroba.

Desean sobre todo que no termine, y cuando amenaza desvanecerse, Pedro, en su turbación y su cándida sencillez, exclama: «Señor, es bueno que nos estemos aquí; si quieres, hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías.» ¡Cómo si la santa reunión determinase disolverse por miedo de pasar la noche al sereno! Con razón observan San Lucas y San Marcos que Pedro, atónito y fuera de sí, «no sabía lo que se decía.» Su interpelación quedó sin respuesta, ó mejor apenas ella terminaba, cuando la desaparición de aquellos para quienes quería edificar un abrigo le indicó la inutilidad de sus votos. Una nube brillante los cubrió ⁽¹⁾.

Era la gloria de Dios, y los Apóstoles que lo comprendieron, tuvieron gran miedo. Del seno de la nube salió una voz que decía: «Este es mi Hijo muy amado, en quien mucho me complazco. Oidle.» ⁽²⁾

Trastornados por esta serie de prodigios, y sobre todo, sobrecogidos por el sentimiento de la presencia inmediata de Dios, los tres Apóstoles habían caído sobre sus rostros. Jesús acercándose los tocó y les dijo: «Levantaos y no temáis.» Miraron. El Maestro, vuelto á su estado ordinario estaba solo. Todo lo demás había desaparecido; así debían pasar la Ley y los Profetas; sólo el Cristo permanecerá eternamente.

(1) La expresión *αυτοῖς* parece entenderse únicamente de los personajes á quienes Pedro quería levantar una tienda, Moisés, Elías y Jesús. De aquí la lección de ciertos manuscritos que llevan *ἐκείνους*. Sin embargo, muchos exégetas quieren que, según *Lucas*, IX, 34, no solamente Jesús, sino también los tres Apóstoles hubiesen sido envueltos con Moisés y Elías en la nube luminosa, y que esto causó su espanto. El texto podría prestarse á esta interpretación, pero el contexto la rechaza, porque no se ve bien cómo los Apóstoles habrían oído la voz saliendo *de la nube*, *ἐκ νεφέλης*, si hubiesen estado encerrados en ella.

(2) Los mejores manuscritos de *Lucas*, IX, 35, llevan *el Escogido*, *ὁ ἐκλεκτός*, en vez de *el Muy-Amado*.

La gloriosa visión había cesado probablemente antes del amanecer. Era hora de reunirse nuevamente al grupo apostólico. Bajando de la montaña, les dijo Jesús: «No digáis á nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.» Esta última palabra, recordando á los discípulos la lucha fatal con sus enemigos, fijó su atención. La recordaron y se preguntaron qué podía significar este retorno de la muerte del cual les hablaba una vez más, y en qué época les sería permitido hablar de tan prodigioso acontecimiento. La prórroga de la glorificación mesiánica, hasta después de la muerte, seguía siendo para ellos un enigma indescifrable. En todo caso—decíanse á sí mismos,—si la realización del triunfo es remitida hasta después de la muerte de Jesús, y su muerte está tan cercana, ¿cómo explicar que Elías no se haya desde luego quedado en la tierra para desempeñar su papel de precursor? ¿Por ventura la tradición profética no es unánime en declarar que aquél estará presente en el momento solemne? Y al instante expusieron al Maestro su dificultad: «¿Por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero?» Y Él les respondió y dijo: «Elías en verdad ha de venir, y restablecerá todas las cosas. Mas os digo que ya vino Elías y no le conocieron, antes hicieron con él cuanto quisieron. Así también harán ellos padecer al Hijo del hombre.» Los Apóstoles comprendieron que Juan Bautista había sido el Elías anunciado por los profetas ⁽¹⁾, y su espíritu se afirmó tristemente en el pensamiento de que el Maestro, lejos de renunciar á librarse de sus enemigos, no buscaba para su triunfo otro camino que los dolores y la humillación de la muerte.

(1) En esta conversación se hace referencia á *Malaq.*, IV, 5: «He aquí os envío á Elías el profeta antes que venga el día de Jehová grande y terrible.» La tradición de la Sinagoga es que el profeta habla de Elías Tesbita. Los intérpretes católicos entienden comúnmente que las palabras de Jesús: «Elías en verdad ha de venir», confirman esta tradición de los judíos; y que cuando, á continuación, añade: «Mas os digo que ya vino Elías», alude á Juan Bautista, llamándole Elías por la semejanza del ministerio, por haber sido aquél el precursor de su primera venida, como éste lo será de su venida segunda.—(N. del T.)

Entre tanto, á través de los estrechos senderos de la montaña, habían llegado al valle, donde, con impaciencia, el resto del Colegio Apostólico los esperaba. Grande fué su sorpresa cuando vieron á sus compañeros rodeados de una multitud tan alborotada como numerosa. Algunos escribas—su malicia adivinaba ó perseguía al Maestro por todas partes—parecían provocar el tumulto y explotarlo á su favor.

San Marcos observa que, al aparecer Jesús, la sobreexcitación se trocó en estupor; pero pronto el estupor cedió su lugar á una atracción general. En efecto, la multitud, recobrándose, corrió á saludar al Maestro con muestras inequívocas de respeto y de viva curiosidad. En los ojos de todos, y muy particularmente en el aire humillado de los suyos, vió Jesús que sus enemigos se habían aprovechado de su ausencia para entablar una lucha en la que habían quedado triunfantes. «¿Qué es lo que estábais disputando?»—preguntó, dirigiéndose severamente á los escribas.—Estos no respondieron. Su malicia sólo debía callar. Los hechos hablaban por sí mismos y bastaban á comprometer no solamente á los discípulos, sino también la obra de Jesús. ¿Qué había sucedido? Un hombre,—éste era el más interesado en el asunto—salió de la multitud, y, vacilante entre la desesperación de una causa perdida y el rayo de esperanza provocado por la llegada del Salvador, hincado de rodillas, le dijo: «Señor, te he traído mi hijo para que lo atiendas, pues no tengo otro. Está poseído de un espíritu mudo que horriblemente le atormenta. Bajo el imperio de este mal espíritu, grita, pero sin poder hablar, se tira por tierra en horribles convulsiones; se arroja en el agua y en el fuego; echa espumarajos, cruje los dientes, y se va secando. Y cuando lo deja, se queda como anonadado. Rogué á tus discípulos que lo librasen, y no pudieron.»

Estas últimas palabras explicaban la agitación popular al propio tiempo que la emoción producida en los dos campos por la intervención de Jesús. Sea que la fe de los Apósto-

les no fuese bastante viva, sea que un mal sentimiento de envidia hubiese penetrado en su corazón debilitando los lazos que los unían con el Maestro—pues la preferencia con que Jesús acababa de distinguir á tres de entre ellos podía haberlos molestado,—sentíanse enteramente incapaces de curar al joven poseso. Sus reiteradas é infructuosas tentativas no habían tenido otro resultado que excitar las maliciosas apreciaciones de algunos escribas que allá se encontraban. Sin ciencia suficiente para responder á sus objeciones, y sin autoridad para obrar el milagro que les hubiese cerrado la boca, quedaban derrotados, y visiblemente comprometida la causa de la verdad. La llegada del Maestro ¿cambiaría el aspecto de las cosas? Esto se preguntaban todos con ansiedad.

Al terminar el padre su discurso, se oscureció la frente de Jesús y se entristeció. Bajando de los esplendores del monte, ¿debía chocar al instante con las pasiones del llano? Después del testimonio de Dios, ¿había sitio aún para la negación del hombre? Sí, al pie de este Sinaí de donde vuelve glorificado por la Ley, los Profetas y su propio Padre, ha oído la risa triunfante de sus adversarios y contempla los comienzos de una incredulidad general. Entonces, como Moisés, siente subir á sus labios acentos de indignación, y fustiga enérgicamente en unos su cobardía, en otros su incredulidad. «¡Oh generación incrédula y depravada!—exclama—¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os sufriré?» El legislador de Israel, irritado, no muestra sino amargura; Jesús, después del reproche, prueba su caridad. No es la muerte de los malos lo que quiere, sino su salvación; y su Ley, por serlo de justicia, no lo es menos de misericordia. «Traed el enfermo acá»—dice bruscamente, como si quisiera sacudir la impresión penosa de su alma.—Y el niño fué conducido á sus pies.

En la pintura exacta que el padre nos ha hecho del mal: convulsiones nerviosas, gritos inarticulados, privación de todas las funciones de los sentidos, intermitencia del fenómeno, rechinamiento de dientes, espuma en la boca, vio-

lencia de la crisis que hiere y aterra al paciente donde quiera que se encuentre, en fin, estupor y anonadamiento general después del ataque, reconocemos todos los caracteres de la epilepsia. San Mateo, haciendo decir al padre que el niño era *lunático*, conserva escrupulosamente el color local. La preocupación popular atribuía, en efecto, á las fases de la luna una influencia considerable sobre esta enfermedad. No obstante, como la acción inmediata del demonio se encuentra al mismo tiempo indicada por nuestros Evangelistas, no es dudoso que la epilepsia era simplemente la forma ó la consecuencia natural de la obsesión diabólica.

Al comparecer delante del Maestro, sea que el furor del demonio se sobreexcitara, como otras veces había sucedido, sea que el niño hubiese sufrido una emoción demasiado fuerte, la crisis epiléptica estalló en toda su intensidad. Jesús estaba tranquilo y lleno de autoridad ante este penoso espectáculo. «¿Cuánto tiempo ha que le sucede esto?—preguntó al padre.—Desde su infancia—respondió,—y muchas veces lo ha arrojado en el fuego y en el agua, para acabar con él. Mas si algo puedes, ayúdanos, apiadado de nosotros.—Y Jesús le dijo: Si tú puedes creer, todas las cosas son posibles para el que cree.»

En el pensamiento del Maestro, creer es identificar su vida con la de Dios y participar desde luego de la fuerza divina. He aquí por qué nada hay imposible á los verdaderos creyentes. Convertidos por la fe en hijos de Dios, deben recoger visiblemente los frutos de tan sublime filiación. En el hogar doméstico, el niño es fuerte con la fuerza misma del padre. «Cree, pues — parece decirle el Salvador,— y el poder infinito de Dios pasará á tus manos, como habría pasado á las de mis discípulos, si su corazón, hace poco, hubiese estado sinceramente unido conmigo y con Dios.» Creer y poder son una misma cosa en el reino evangélico.

Esta frase, que parece quitarle al milagro su fuerza operativa, asombra, turba y enajena al pobre padre. Quisiera muy de veras poder creer; pero lo que siente es el deseo de

la fe mejor que la fe misma. Sin embargo, bajo el imperio del amor paternal, todo se une en él, los ojos, los labios, las manos y también el corazón para gritar: «Creo». Pero, humilde y honrado, no quiere ocultar la debilidad de su fe naciente. Por otra parte, si ésta no fuera suficientemente fuerte para obrar el prodigio, su desgracia sería irreparable. Por esto añade: «Creo, Señor, pero ayuda á mi incredulidad», es decir: supla tu bondad lo que falta á mi fe.

La multitud engrosaba visiblemente. Inquieta, enternecida, impaciente, se apiñaba alrededor de Jesús. Entonces el Salvador, con gesto lleno de autoridad y voz amenazadora, dice: «Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él.» Al punto aumentaron los gritos y los espasmos convulsivos; era el último esfuerzo del enemigo vencido que abandonaba la plaza. La crisis fué espantosa, y el niño, cayendo inmediatamente en una completa postración, quedó como inanimado. Muchos decían: «¡Muerto está!» Mas Jesús, tomándolo por la mano, lo hizo volver en sí, y rebosando vida y salud lo entregó á su padre. Los escribas estaban derrotados. Sus burlas y sus malas palabras cayeron sobre ellos mismos, debiendo retirarse confusos y humillados, en tanto que el pueblo prorrumpía en exclamaciones, impresionado por el sentimiento de la grandeza de Dios ⁽¹⁾.

Cuando los Apóstoles estuvieron á solas con Jesús en la casa donde se hospedaba, rodeáronle pidiéndole la razón de su fracaso. Quizá recordaban el severo apóstrofe poco antes dirigido por el Maestro á la multitud, apóstrofe que parecía referirse á ellos mismos. «¿Por qué nosotros no pudimos lanzar aquel demonio? Jesús les respondió: Por vuestra poca fe. Porque en verdad os digo—y aquí el Salvador empleaba una forma hiperbólica para mejor inculcarles su pensamiento,—que si tuviereis fe, cuanto un grano de mos-

(1) Los tres sinópticos cuentan esta curación del lunático, pero con tal independencia entre sí, que, si bien concuerdan enteramente en el conjunto, es imposible, una vez más, soñar en un texto escrito común. El relato de Marcos es particularmente admirable por su vida y su naturalidad.

taza, diréis á este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible. Mas esta casta de demonios no se echa sino por la oración y el ayuno.»

¿Había en esta última frase un reproche dirigido á los discípulos que quizás habían estado absorbidos, desde la aurora, por preocupaciones enteramente materiales ó se habían entregado á algún soplo de disipación exterior? ¿Quería decir que, como el taumaturgo, el poseso debe estar también preparado por el ayuno y la oración para merecer el milagro? Muchos así lo han supuesto, pero es poco probable, y parece más natural entender que la fe, para lograr lo imposible, y, más particularmente, para ser eficaz, cuando se trata de mandar á los demonios, debe encontrar su doble alimento en la oración y el sufrimiento voluntario. La oración nos eleva á Dios, y nos hace buscar en Él solo el verdadero principio de nuestra fuerza; la mortificación, afirmando nuestro imperio sobre el cuerpo, nos libra de las miserias terrenales que ponen trabas á nuestro esfuerzo moral. Las dos concurren á hacer el alma bastante grande en su acto de fe para vencer todos los poderes del infierno.

CAPÍTULO IX

Última visita á Cafarnaúm

Jesús habla otra vez de su muerte.—Los peajeros de Cafarnaúm.—¿Debe el Maestro pagar el impuesto?—Solución teórica y práctica de la cuestión.—Él paga por Pedro.—Celos y discusiones sobre la primacía.—Explicaciones de Jesús.—Teoría admirable de la primacía.—Del hombre á quien han impedido echar los demonios.—El escándalo.—Crimen y desgracia de aquellos que procuran perder la Iglesia escandalizando á sus hijos.—Amor del pastor por cada una de sus ovejas. (*Mat.*, XVII, 22-27; XVIII, 1-14; *Marc.*, IX, 30-49; *Luc.*, IX, 43-50; XVII, 1-2; XV, 3-7).

En medio de todos estos incidentes gloriosos, el pensamiento del sacrificio expiatorio acompañaba siempre á Jesús. Él fué quien motivó su última visita á Cafarnaúm y á él, durante el camino, procura de nuevo dirigir el espíritu de sus discípulos.

Viéndolos, pues, orgullosos de las ovaciones de la multitud—estas naturalezas infantiles pasan rápidamente del extremo abatimiento al más vivo entusiasmo:—«Ponedles dijo—estas palabras en vuestros oídos.» Llegará efectivamente un día en que estos recuerdos no estarán de sobra para impedir que su fe desfallezca «porque el Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres, que lo matarán.» Sin embargo, esto no será para siempre, «pues al tercer día resucitará.» Estas palabras pronunciadas con calma, pero con acento convencido, trajeron nuevamente una vaga impresión de terror sobre el grupo de los viajeros. En vano simularon que no comprendían, como sucede con frecuencia cuando lo que se nos dice nos subleva interiormente; anduvieron tristes todo el resto del camino, sin atreverse á invitar al Maestro á dar más largas

explicaciones. ¡Tanto temían saber demasiado sobre un asunto tan penoso!

Cuando llegaron á Cafarnaúm, el recibimiento poco afectuoso y casi hostil que se les hizo demostró claramente que las previsiones de Jesús eran fundadas, y que no había que contar con los triunfos de otro tiempo.

Apenas se habían instalado, cuando Pedro fué acosado por los peajeros que le dijeron: «¿Tu maestro no paga el impuesto del *didracma*?» El Apóstol respondió: «Sí, lo paga.» y entró en la casa donde estaba Jesús para reclamar la suma en cuestión ⁽¹⁾.

Antes que Pedro hubiese tenido ocasión de hablar, Jesús le interpelló ⁽²⁾. Sea que hubiese oído la conversación

(1) El *didracma* era una pequeña moneda de plata que valía dos dracmas áticos, la mitad del *siclo* hebreo ó del *estater* romano, cerca de 155 pesetas de nuestra moneda. (V. Josefo, *Ant.*, III, 8, 2). Era la suma que, según las prescripciones mosaicas (*Exodo*, XXX, 13; *II Paral.*, XXIV, 6; Josefo, *Ant.*, XVIII, 9), puestas de nuevo en vigor á la vuelta del cautiverio (*II Esdras*, X, 32), todo israelita varón, de veinte á cincuenta años, debía pagar anualmente en beneficio del Templo y para el culto público. Los rabinos estaban probablemente exentos. Había, por tanto, algo de odioso en la reclamación tardía de aquellos recaudadores. Este tributo se pagaba, en efecto, después del 15 de *Adar* (Febrero-Marzo). No se lo habían pedido todavía á Jesús, sea que los recaudadores no lo hubieran encontrado en su camino, sea que él estuviese entonces en Galilea en el apogeo de su popularidad. Se lo reclamaban ahora porque le encontraban precisamente en Cafarnaúm, y ponían en duda su cualidad de profeta. Por otra parte, sabemos que se aprovechaba la proximidad de las grandes fiestas para apremiar á los morosos. Véase Greswell, *Dissert. Princ. of Harm.* VIII. Sin embargo, y para responder más categóricamente á la dificultad cronológica motivada por el pago del impuesto del Templo en este momento de la historia evangélica, muchos han pretendido que se trataba aquí de un impuesto cobrado á nombre de César, ó también del tetrarca Herodes, y pagadero en todo tiempo del año. Esto no sería absolutamente imposible. Los romanos se atribuían una soberanía real sobre Galilea, y, por su parte, Herodes no vacilaba en desollar periódicamente á sus vasallos. De ordinario, los soberanos judíos reivindicaban para sí precisamente la misma suma que se exigía para el Templo. (*Antiq.*, XIV, 10, 6). Más tarde Vespasiano siguió su ejemplo (*Bell. Jud.*, VII, 26), y se ha preguntado si, en esto, no hizo sino restablecer sencillamente lo que los Césares antes de él habían reglamentado. De todos modos la palabra *τὰ δίδραχμα*, empleada sin otra explicación, se entendía comúnmente del impuesto del Templo, y la primera hipótesis, con las explicaciones que permite, parece la más natural.

(2) Esto es lo que significa la palabra *προέφθασεν*, *prævenit*. Se observará también en el tono familiar de la conversación, en que el Apóstol es llamado por el nombre que conservaba en la intimidad, Simón, la dulzu-

del recaudador y del discípulo, sea que quisiese, por su ciencia divina, probar sus derechos á una exención de la que, sin embargo, no usaría, le dijo: «¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra ¿de quién cobran el tributo ó el censo? ¿De sus hijos ó de los extraños? Pedro respondió: De los extraños. Jesús añadió: Luego los hijos están exentos.»

Si se trataba del impuesto del Templo, Él, que por su título de Hijo de Dios era señor del Templo, ¿podía estar obligado á pagar el tributo en su propia casa? ¿Debía á su Padre aquel rescate, cuando daba su propia vida para satisfacer las exigencias de su justicia?

Si era cuestión del impuesto civil, Jesús podía invocar otro motivo de exención, y era su realeza teocrática. Los reyes de la tierra reinan sólo por permisión del rey del cielo. Su poder desciende de lo alto, y allá encuentra su consagración. Simples delegados de Dios, ¿no habrían ido en mala hora á pedir el impuesto al Hijo muy amado de Aquel que los delega?

Como se ve, en uno y otro caso, el Maestro insinuaba claramente su divinidad; y al punto la prueba por un milagro. «Sin embargo—añade,—porque no los escandalicemos, ve al mar, echa el anzuelo, coge el primer pez que viniere y abriéndole la boca, hallarás un *estater*; tómalo y lo darás por mí y por ti.» Su pensamiento era preservar la conciencia de los flacos. Por muy excelentes que fuesen las razones que tenía para sustraerse á la obligación del impuesto, podía el pueblo no comprenderlas. Algunos se escandalizarían de su negativa como de un acto de rebeldía, otros se prevaldrían de ella para autorizar su propia insubordinación. Ahora bien, el Hijo del hombre había venido á edificar y no á escandalizar. Pagará, pues, el tributo, pero lo pagará por solo Dios. Se someterá á las leyes humanas, mas dejando ver que de ello un derecho superior le dispensaba. Es rey, y quiere servirse de su poder real para

ra de las relaciones que unían al Maestro con los discípulos. *Mat.*, XVII, 24, es el único que nos ha transmitido el relato de este incidente.

obedecer. Podía ciertamente encontrar en la bolsa común ó en la de sus amigos las tres pesetas y diez céntimos reclamados por los peajeros; pero pagar de esta suerte equivalía á identificarse con la multitud y olvidar que era el Hijo del Rey del cielo. La condescendencia que renuncia libremente á un derecho, no lo suprime, antes bien, con frecuencia su honor está interesado en mantenerlo. Si, pues, —como así, en efecto, sucedió,—del fondo del mar subió un pez, como servidor diligente y dócil llevando el rescate de Jesús y el de Pedro ⁽¹⁾, fué para probar á los ojos de la multitud que el Maestro, á pesar de someterse á las exigencias del hombre, manda á la naturaleza y es en todo superior á la humanidad.

Es de notar que Jesús paga por sí y por el discípulo á quien había prometido legarle su autoridad, como si Pedro, su futuro vicario, fuese con Él una sola persona en lo sucesivo. Las mismas palabras de que el Maestro se había servido indicaban claramente que los representantes oficiales de la Iglesia, cualquiera que fuese su nombre, debían, por derecho divino, quedar libres para siempre de obligaciones materiales incompatibles con su misión. Los servicios de orden superior que prestarían á la humanidad debían parecer, aun á los más exigentes, una compensación suficiente de este privilegio.

De este modo la situación especial de Pedro entre los Doce se afirmaba cada día más. Lo probaba este último incidente, que reanimó de súbito la discusión que apasionara á los Apóstoles durante su viaje, y del cual hay que decir algunas palabras.

El altercado que habían sostenido en el camino de Cafarnaúm versaba sobre cuál de ellos era el mayor en el

(1) Los que han juzgado ser materialmente imposible alojar un *estater* ó una pieza de tres pesetas y el anzuelo en la boca de un pez, ignoran que el *Cromis Simonis* del lago de Tiberíades incubaba sus huevos y cría sus pequeños en el interior de su propia boca, hasta que son bastante fuertes para alimentarse por sí mismos. Comprobamos esta posibilidad comprando uno de estos pescados que nos comimos en Tabigah.

reino de los cielos. Vanidad verdaderamente pueril y ridícula, que nos revela toda la sencillez de aquellos buenos galileos. Presentóse el Maestro cuando comenzaban á enardecerse los ánimos. Vió en el semblante de ellos la turbación de su alma, y les pidió una explicación: «¿Cuáles eran los disentimientos que os agitaron durante el camino y que todavía duran? ⁽¹⁾.» Esto fué suficiente para hacerlos volver sobre sí mismos y enrojecerse de su tonta preocupación. Tan confusos estaban, que por el momento se callaron. Pero como sabían que Jesús no ignoraba lo que quería hacerles confesar, se decidieron resueltamente, como San Mateo lo precisa, á pedirle la solución de su controversia. «¿Quién será el mayor en el reino de los cielos?»—le preguntaron.—En realidad, transformaban un poco la cuestión que los había dividido, pues, poco antes, era más personal, ya que se trataba de saber cuál de los discípulos era, desde luego, el primero en la sociedad fundada por el Salvador. Generalizando la cuestión, se difrazaba bastante bien la vanidad mesiánica de los que la habían provocado.

El Maestro se sentó, como para dar mayor solemnidad á su respuesta. Llamó á los Doce, para que ninguno perdiese la sublime lección, y comenzó por decirles, según lo precisa San Marcos, cuyo texto seguimos: «Si alguno quiere ser el primero, sea el postrero de todos y el servidor de todos.» Al propio tiempo, y á fin de mejor acentuar su respuesta—sabido es que los orientales, en su enseñanza, gustan de hablar á los sentidos para herir más vivamente el espíritu,—hizo que se acercase un niño ⁽²⁾, le abrazó con bondad, púsole en medio de ellos, y exclamó: «En verdad

(1) Juntando estas últimas palabras á la pregunta, tal como lo propone *Marcos*, IX, 32, se le hace concordar con *Lucas*, IX, 47, según el cual la discusión continúa, cuando Jesús interpela á los discípulos. En *Mateo*, XVIII, 1, éstos se anticipan á la pregunta, modificando un poco la cuestión.

(2) Lo escogió muy joven, porque, demasiado crecido, hubiese parecido menos dotado de las cualidades que deseaba recomendar y más sujeto á los defectos que quería excluir. La tradición primitiva creyó que este niño había sido San Ignacio, que fué obispo de Antioquia, y celeberrimo por su glorioso martirio. (Nicéforo, *H. E.*, II, 35).

os digo que si no os volviereis é hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.» De suerte que, contra todas sus convicciones, resulta que ni siquiera han entrado todavía en el reino. ¿Á qué, por tanto, reclamar en él las más altas dignidades? Antes de saber si uno será el primero ó el último, hay que comenzar por ser incorporado. Pues bien, lo que abre las puertas es la inocencia, la sencillez, la abnegación, el candor ⁽¹⁾. Alimentar ambiciones secretas, desear el mando, las distinciones vanas, es excluirse. El reino de los cielos es una familia de niños bajo la autoridad y el amor de un buen Padre.

Sin embargo, si se quiere reconocer en él un orden de mérito y grados de grandeza real, he aquí el principio que sirve de base á toda la jerarquía de las almas: «El mayor en el reino de los cielos—prosigue Jesús—es el que sabe hacerse el menor entre todos.» Así, la ausencia de toda afectación, el cuidado en eclipsarse y, como el niño, en no figurar para nada en la sociedad, engendran la humildad, el espíritu de sacrificio, la caridad, que son los solos verdaderos grados por los cuales el hombre se eleva. Cuanto más alguien, despreciándose á sí mismo, se consagra al servicio de otro, tanto mayor mérito tiene delante de Dios; cuanto mayor es su abnegación para ser el último, tanto más fácilmente viene á ser el primero. Bajo su apariencia paradójica, nada hay más profundamente verdadero y más divino que esta doctrina, la cual ha inspirado prodigios de heroísmo y de santidad á las almas que la han comprendido y han tenido en ella su regla moral. La Iglesia ha hecho siempre justicia á los hombres que, despojándose completamente de sí mismos, han sido liberalmente enriquecidos por el espíritu de Dios.

Hay, empero, en el reino fundado por Jesucristo, un orden de dignidad que no se deduce del valor individual del hombre, sino que Dios comunica como un don gratuito:

(1) «*Amat Christus infantiam, dice San León (Serm. XXXVI, De Epiphania, 7, 6), quam primum et animo suscepit et corpore. Amat infantiam humilitatis magistram, innocentiae regulam, mansuetudinis formam.*»

la jerarquía del ministerio. Las preocupaciones de los Apóstoles parecían encaminarse por este lado, por lo que el Maestro tenía que decir algo de ello en su respuesta. Expone, en efecto, claramente lo que hay de real en esta grandeza jerárquica, y les hace comprender que en lugar de ser el bien del hombre, es absoluta y sencillamente la propiedad exclusiva de Dios. La misión de anunciar á Jesucristo, la cual ciertas almas reciben en diversos grados, las separa efectivamente de la multitud y les asegura una superioridad incontestable, pero esta superioridad es totalmente prestada. La grandeza del apóstol, del obispo, del sacerdote, no es otra que la grandeza misma del Maestro que los ha escogido. Son niños que siguen siendo niños, aunque tengan en sí á Aquel que los hace doctores y apóstoles. Si no fuesen niños, no serían del reino; porque sólo los niños llevan á Dios y la dignidad de Dios. «Cualquiera que recibiere á uno de estos niños en mi nombre—prosigue Jesús—á mí recibe, y todo el que á mí recibe, recibe á Aquel que me envió.» Es decir que, propiamente hablando, no hay en la Iglesia otro sacerdocio que el suyo, cuyos ministros serán los Apóstoles. Hay, por tanto, que rechazar toda honra meramente personal. Si tienen alguna influencia, algún éxito, algún honor, no deben atribuirlo á su propio mérito, sino sólo á Aquel de quien son los enviados y los representantes. ¿Puede acaso el instrumento gloriarse de la obra por él producida? ¿el mérito no es, por ventura, del artista que de aquél se ha servido? El único honor en que puede soñarse en la nueva Iglesia será el de entregarse generosamente á la acción divina para transmitir sus influencias; y si, para dispensar la gracia, hay grados en el nuevo sacerdocio, deberá también reconocerse que, en último resultado, estos grados se confunden en el único y eterno Pontífice, Jesucristo, que vive, habla y obra por aquellos á quienes ha delegado. Sólo Él es el primero, el segundo y el tercero en el reino de los cielos; sus cooperadores no se elevan sino en proporción de los esfuerzos que hacen para eclipsarse per-

sonalmente, y dejar que Él aparezca en su divina y única energía. He aquí el resumen de la teoría cristiana de la primacía: Sólo Dios es algo en sus ministros; el hombre no es nada sino por Dios.

Oyendo los Apóstoles estas sublimes afirmaciones, comprendieron que con frecuencia se habían engañado en sus humanas preocupaciones. En particular, no habían reconocido que cualquiera que viniese en nombre del Señor, debía ser acogido y respetado como el Señor mismo. Ya que han comenzado á confesar, se determinan á declararlo todo y confesar una falta recién cometida por su exclusivismo celoso. Juan toma la palabra, como lo hará más de una vez en los días que pronto seguirán. Parece que su alma atravesó entonces una crisis particular de sobreexcitación religiosa. «Maestro—dijo,—hemos visto á uno que lanzaba los demonios en tu nombre, y se lo prohibimos, porque no te sigue con nosotros.—No se lo vedéis—respondió Jesús,—porque no hay ninguno que haga milagros en mi nombre, y que pueda luego decir mal de mí. Porque el que no es contra nosotros, está con nosotros (1).»

Á primera vista, este último apotegma parecería contradecir otras palabras del Maestro: «El que no está conmigo, está contra mí.» En realidad, no hay contradicción ninguna, porque entonces se trataba de obras parecidas á las suyas por el resultado, mas no por el principio, esto es, de falsos milagros debidos á la intervención diabólica, y ahora se trata de prodigios intentados en su nombre. En el primer caso, la raíz de la obra estaba inficionada por el mal: he aquí por qué no estar con Él era estar contra Él. En el segundo caso, la causa de la obra no es mala, porque pedir ó intentar un prodigio en su nombre, aunque fuese con fe incompleta, es ser más amigo que enemigo:

(1) Muchos comentaristas entienden que este hombre tenía el deseo, mas no el poder de echar los demonios. «No es raro—dice Maldonado—que un verbo indique lo que se quisiera hacer y no lo que se hace, el esfuerzo, pero no el efecto: *affectum sed non effectum.*» Parece que el derecho de exorcizar no había sido todavía concedido más que á los doce Apóstoles

he aquí por qué declara que no está contra Él. En el fondo, la hostilidad de los unos y la benevolencia de los otros se miden por las disposiciones interiores que los mueven á obrar.

Aquel que se ensayaba en echar los demonios, era, si no un ministro del Evangelio realmente delegado por el Maestro, por lo menos un alma penetrada ya por la divina palabra, tocada de la gracia y que por la fe se elevaba á la vida sobrenatural. En una y otra hipótesis, era preciso dejarle hacer y mostrarle benevolencia. Si era un novicio en la fe, un pequeño apenas naciente en el reino celestial, un recién llegado á la frontera evangélica, ¡qué crimen rechazarlo groseramente y apagar la chispa que en él se encendía! Si, por el corazón y el espíritu, formaba ya parte de la familia apostólica, sin seguirla oficialmente, ¡qué sacrilegio pretender atar un poder que Dios autorizaba, una influencia que, sin aspirar á los primeros puestos de la jerarquía, se empleaba con humildad y desinterés, en desenvolver la obra mesiánica!

Desgraciadamente, y sin que sea posible evitarlo, la envidia, que emponzoña todas las obras; la intolerancia, que las detiene; el celo ciego, que las destruye sin discernimiento, se ocultarán más de una vez bajo el manto de la Iglesia para impedir la libre expansión de su actividad santa. Con mayor razón habrá que esperar encontrarlos en el mundo bajo nombres quizá diferentes, pero con un furor todavía más grande. Las almas fieles, sea que hayan llegado á la cumbre de la perfección, sea que nazcan apenas á la vida cristiana, ora constituídas en la jerarquía del ministerio, ora viviendo en la humildad de la vida común, encontrarán siempre trabas y piedras de escándalo. La filosofía orgullosa las perseguirá con sus argumentos, la política con sus sugerencias interesadas, la pasión con sus peligrosas influencias. ¡Pero desgraciado del hombre que las escandalice, por grandes ó pequeñas que ellas sean en su humildad y su sencillez! Al perseguidor de ellas, al que les dé un mal consejo ó un fatal ejemplo, «mejor le fuera

que colgasen á su cuello una piedra de molino de asno, y le anegasen en el profundo del mar» (1). Ese suplicio sería menos duro que caer en la eternidad con el peso horrible de un alma perdida por nuestra culpa.

Sin embargo, no serán raros los crímenes semejantes. Después de haberlos severamente estigmatizado, Jesús se detiene un momento. Su mirada penetra lo por venir, y de una ojeada, abarcando todas las astucias del hombre contra la verdad y la virtud, lanza un profundo suspiro de tristeza y de indignación, y exclama: «¡Ay del mundo por los escándalos! Es necesario que vengan escándalos; mas ¡ay del hombre por quien el escándalo viene!» El solo medio de impedir el abuso de la libertad sería suprimirla, pero, en este caso, la sabiduría divina se condenaría á destruir su propia obra principal, y á deshacer lo que de un modo tan maravilloso había organizado. Dejando de ser libre el hombre, ¿sería hombre? El plan providencial prefiere admitir que siempre haya almas que quieran el mal para sí y para su prójimo. *Esto es necesario*, dijo el Maestro. Sólo que, como nada obliga al hombre á ser perverso, pues en realidad conserva siempre su libre albedrío, será eternamente responsable ante Dios de haber escogido y deseado el mal, cuando lo lógico era preferir el bien. Si el pensamiento de escandalizar las almas sencillas y rectas procede de él, que lo ahogue violentamente en su corazón. Si le viene de fuera, que rechace enérgicamente la funesta sugestión. Antes sufrirlo todo que cooperar al mal y aliarse con los malos. «Si la mano ó el pie te escandalizaren, córtalos; si el ojo te escandaliza, sácalo; porque más te vale entrar manco ó cojo ó tuerto en la vida eterna, que con todos tus

(1) Poco importa saber si semejante suplicio estaba en uso entre los judíos. Por Josefo, *Ant.*, XIV, 15, 10, sabemos que se practicaba en Galilea: *τοὺς Ἡρώδου ἐν τῇ Ἀμνη κατεπόντωσαν*; se usaba también en Fenicia. Jesús quiere hacer resaltar por medio de una imagen, todo lo que hay de horroroso en intentar la pérdida de uno de sus fieles. La piedra de que se trata no es la que rodaba el esclavo sino el asno, *μῶλος ὄνικός*. Ovidio la menciona en los *Fast.*, VI, 318: *Et quae puniceas versat asella molas*. La misma locución se encuentra en Juliano, *Orat.*, 6. p. 198.

miembros ser arrojado en el fuego del infierno. Allí el gusano de los condenados no muere, y el fuego nunca se apaga. Todos serán salados con fuego, como toda víctima es salada con sal» (1).

Todos comprenden que el escándalo va á ser el gran peligro del momento, la máquina de guerra que el partido farisaico pondrá en movimiento para intentar destruir la Iglesia galilea, fundada con tanta paciencia y conservada con tanta solicitud. Este pensamiento excita la cólera santa del Maestro, inspirándole la terrible pintura de los castigos reservados á los criminales. Isaías (2) había dicho á los judíos que, desde las puertas de la ciudad, verían los cadáveres de los enemigos de Jehová, de los malvados y de los traidores, tendidos en la llanura. Los gusanos no cesarían jamás de roerlos, ni el fuego de consumirlos, no sólo porque aquellos perversos serían innumerables, sino también porque Dios querría que el horroroso espectáculo durase eternamente. Esta amenaza profética es la que Jesús se complace en renovar.

Los autores del escándalo serán también enemigos de Jehová, porque habrán matado sus fieles. Se los verá, á su vez, extendidos en el campo de batalla, donde, víctimas del celestial enojo, serán penetrados de la sal picante que debe preservarlos de la descomposición. Esta sal no será otra que el fuego que los consumirá, al propio tiempo que el remordimiento, como un gusano desapiadado, roerá su corazón. De este modo, después de los días de misericordia, se cumplirá el sacrificio eterno, al cual nada faltará para restablecer el orden un instante perturbado. Todas las criaturas estarán delante de Dios en el único estado que

(1) Aquí, por lo menos, no es dudoso que Jesús ha insistido, en dos ocasiones diferentes, en las mismas imágenes. Si sólo San Marcos emplease la triple metáfora del pie, de la mano y del ojo, podríamos preguntar cuál de los dos Evangelistas la ha colocado en su verdadero lugar. Pero como San Mateo la repite en esta ocasión, después de haberla antes mencionado en el sermón de la montaña, demuestra que, más de una vez, Jesús pudo volver á tomar en sus discursos los mismos pensamientos, en la misma forma y ante el mismo auditorio.

(2) *Isaías*, LXVI, 24.

les conviene, el de víctimas: las unas, víctimas dichosas del amor en la transformación gloriosa en el cielo; las otras, víctimas malditas del odio en el fuego del abismo. Una sal mística las envolverá en sufrimientos eternos. Y he aquí cómo el que no haya querido guardar la sal de la sabiduría en la tierra, encontrará la sal del dolor en los braseros de la eternidad. «Buena es la sal—añade Jesús;—mas si la sal perdiera su sabor, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros.»

¡Ay, cuántas veces la falta de esta sal en la humanidad debía turbar la vida religiosa de la Iglesia y poner trabas á su desenvolvimiento! ¡Cuántas veces el orgullo y la ambición, reemplazando á la humildad, debían engendrar el cisma, la herejía, la impiedad! ¡Cuántas veces la dureza debía alejar del aprisco la oveja indecisa! ¡Cuántas veces el fanatismo, cerrando la boca á la caridad, debía colocar la pasión humana en el sitio de Dios! ¡Insensatos, faltos de esta sal de sabiduría, han vivido desapiadados en su envidia, crueles en su orgullo de herejes rebeldes, perseguidores, hipócritas, calumniadores, lobos devoradores en el redil! En cambio, habrán encontrado en la muerte la sal de la justicia eterna.

Sustraerse á sí mismos á la acción divina y seguir en su incredulidad, es ya para los fariseos un gran crimen; pero arrebatar á Dios las almas que Él rodea con sus más tiernos cuidados, robar al pastor sus más caras ovejas y violar los derechos del amor, no menos que los de la propiedad, ¿no es la más audaz de las fechorías? «Mirad que no tengáis en poco el escandalizar á uno de estos pequeñitos; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre» ⁽¹⁾. El castigo será ruido-

(1) Estas ideas sobre la protección de los ángeles asegurada al hombre, nada tenían de sorprendentes para los antiguos. Los paganos sabían por sus poetas que Júpiter enviaba á la tierra espíritus para proteger á los mortales, observar y juzgar sus obras. (Hesiodo, *Opera et dies*, lib. I, verso 121); como sabían por sus filósofos que estos espíritus son nuestros testigos en la vida presente y en la futura. (Platón, *De legibus*, lib. X). En cuanto á los judíos, leían en sus libros santos que Dios había dado al justo un ángel que lo guardase (*Salmo XXIII*, 23, etc.); á sus abuelos un ángel que los guiara en

so si ha de ser proporcionado á la dignidad de estas almas, cuyos protectores, como príncipes del reino celestial, contemplan cara á cara al Rey de los reyes ⁽¹⁾; será cierto si ha sido confiado á manos tan terribles como las de estos solícitos amigos. Por otra parte, no serán únicamente los príncipes del reino celestial los que vengarán á aquéllos cuya guardia les había sido confiada. ¿Acaso el mismo Hijo del hombre no ha bajado del cielo para salvar lo que estaba perdido? El fruto de la redención ¿le será impunemente arrebatado por el escándalo? No, y su cólera contra los lobos rapaces será medida por su amor á sus queridas ovejas. Será desapiadado, y reclamará eternamente del escandaloso el alma que habrá matado, alma de sacerdote ó de simple neófito, alma heroica en la fe y la caridad, ó alma vacilante é indecisa.

El Hijo sabe muy bien cuál es la voluntad formal é inmutable del Padre: que no perezca ninguno de estos fieles, pobres niñitos, nacidos ayer al Evangelio, humildes y sin pretensiones, á pesar de sus virtudes y sus méritos, y todos ellos dignos de respeto, inviolables, sagrados, porque están señalados con su propio nombre y destinados á participar de su gloria.

el desierto (*Éxodo*, XXIII, 23, etc.); á su nación privilegiada, Miguel para protegerla (*Daniel*, X, 13); en fin, á los pueblos de la tierra, como más tarde á las diversas comunidades cristianas, espíritus celestiales para velar por su prosperidad (*Deut.*, XXXII, 8). Sobre el pasaje del *Evang. comp.* Schöttgen. p. 151. Estas doctrinas, tan antiguas como el mundo, pertenecían al fondo de verdad que por lo menos había seguido siendo el bien inalienable de la humanidad.

(1) La imagen está tomada aquí de las costumbres de Oriente, donde los súbditos eran rara vez admitidos ante el monarca, y sólo se permitía estar siempre junto á él á los más grandes señores. Los verdaderos servidores del Evangelio tienen, pues, como protectores las primeras potencias del cielo.

CAPÍTULO X

Sermón sobre el perdón de las injurias

Lo que pudo llevar á Jesús á hablar de la corrección fraterna.—Prudencia y circunspección de la caridad.—La denuncia á la Iglesia.—La excomunión.—¿Cuántas veces hay que perdonar? Admirable respuesta del Maestro.—Parábola del deudor. (*Mat.*, XVIII, 15-35).

Según todas las probabilidades, en la discusión sobre la primacía se habían cambiado algunas palabras vivas; había habido algunos rozamientos y algunos rencores amenazaban turbar la cordial armonía que entre los Apóstoles había reinado siempre.

Así se multiplicaban los obstáculos para comprometer la obra mesiánica, á medida que avanzaba. Después de las competencias, de los celos, de los peligros de escándalo, sobrevenían las divisiones intestinas, las enemistades personales, este terrible disolvente que disgrega y mata las sociedades más fuertemente constituídas.

Jesús vigila este peligro, y para que el mal no se encone, dice: «Si tu hermano pecare contra ti, ve y corrígele entre ti y él solo. Si te oyere, ganado habrás á tu hermano.» El espíritu de corporación, el amor de la familia, el cuidado de su honor y santidad bastan á inspirar este proceder. Supuesto que todos los discípulos de Jesucristo son hermanos y miembros de una misma sociedad, la Iglesia, su primer deber es de amarse sinceramente. Si alguno cae en pecado, ora escandalizando con sus costumbres sospechosas ó con su dudosa fe, ora injuriándonos personalmente, al punto, sin esperar que vaya más lejos, ó que reconozca su extravío, vamos á encontrarlo, sabiendo mostrarle con bondad y energía el mal, los perjuicios, que

él todavía no ha notado. Un falso hermano lo despreciaría por su debilidad ó lo lastimaría por su pecado. Nosotros debemos evitar estos dos excesos con una caridad prudente. Cara á cara, hemos de representarle su falta contra nosotros ó contra la sociedad. Si nuestro corazón encuentra acentos bastante persuasivos para que el pobre extraviado vuelva sobre sí, habremos salvado á nuestro hermano, y nuestro mérito será tanto mayor cuanto más detestable era, poco ha, el crimen de aquel que con el escándalo le mataba. Es indudable que habrá sido preciso sacrificar nuestro amor propio, el cual hubiese preferido una reparación manifiesta, ó nuestro orgullo, que hubiese querido encerrarse en su cólera y esperar que nuestro prójimo diese el primer paso, ó nuestro derecho quizá, que podía exigir un acto de pública justicia. ¿Qué importa? ¿La recompensa no vale el sacrificio? Haber salvado al que tiene en el cielo su ángel protector, haber reducido la oveja que el Hijo de Dios vino á buscar y rescatar, ¿es acaso una obra ordinaria? No, esto es participar en la obra misma de la Redención, resucitando á aquel que había muerto; esto es haber ganado á nuestro hermano, y la vida que hemos devuelto al prójimo avalora nuestra propia vida. El alma salvada clama al cielo por nosotros, como el alma perdida clama contra nosotros.

«Si tu hermano no te oyere, toma aun contigo á uno ó dos de los tuyos, para que por boca de dos ó tres testigos conste toda palabra.» Esto no será todavía una pública manifestación; pero este primer aparato de justicia podrá inspirarle un temor saludable; el apoyo que encontrarás en los que te acompañen, te ayudará quizás. Avergonzado de la falta que juntos le reprocharéis, pero sin demasiada publicidad y sin lastimar su honor, espantado al mismo tiempo por un proceso que comienza ante testigos, quizás se arrepentirá. Quizás también éstos encontrarán una fórmula de conciliación mejor que la que tu proponías.

«Si no les hiciera caso, dilo á la Iglesia; y si no oyere á la Iglesia, tenedlo por gentil y publicano.» Aquí aca-

ban las señales exteriores de la caridad. Si el culpable, endurecido en su pecado, menosprecia los avisos solemnes de la sociedad cristiana, si entiende perseverar en su crimen contra Dios ó contra el hombre, puedes rogar por él en el fondo de tu corazón; pero exteriormente quedan rotos los lazos de fraternidad, porque ha desconocido la voz de la autoridad de la familia. En adelante, será como el pagano que jamás tuvo ninguna relación con la verdad, ó como el publicano que de ella renegó por su mala conducta.

El derecho de excomunión es una de las armas defensivas de la Iglesia. Pedro la recogió inmediatamente en nombre de todos, después de su famosa profesión de fe en el camino de Cesárea; los Apóstoles la reciben individualmente en estas palabras que el Maestro añade: «En verdad os digo que todo aquello que ligareis sobre la tierra, ligado será también en el cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, desatado será también en el cielo.» Una sociedad fuertemente organizada debe tener el derecho de amputar los miembros podridos que la deshonoran, y este poder está depositado en manos de sus jefes. La Iglesia cristiana tiene una vida doble, vida de la tierra y vida del cielo, la una preparando la otra. Privar á alguno de la comunión eclesiástica aquí bajo, debe ser privarle de la comunión divina allá arriba. No hay, en efecto, más que una Iglesia en diversos estados. Solamente esta Iglesia será salvada. Quien no está con ella, quien no es uno de sus miembros, es y será objeto de condenación y de mal eterno. La excomunión de la tierra repercute necesariamente en el cielo, ratificando Dios lo que solemnemente ha decretado la autoridad jerárquica.

Esta autoridad no tiene necesidad de hablar por boca de todos sus representantes para juzgar á los culpables. «Si dos de vosotros—les dice Jesús—se convinieren sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos⁽¹⁾.» Por donde se ve

(1) Esto responde al pensamiento de Jesús enviando á los Apóstoles ó á

que el poder eclesiástico debe aconsejarse antes de herir al culpable; como asimismo conviene que su sentencia proceda como una súplica y deje á Dios el cuidado de atenderla si es justa, ó de no oirla si hubiese sido dictada por el error ó la pasión. Siempre que el acusado sea realmente culpable, Dios la ratificará. Si Jesús ha prometido que estará allí donde dos ó tres fieles se reúnan en su nombre, con mayor razón estará al lado de sus ministros cuando fulminen la excomunión contra los obstinados.

Tales eran las reglas ⁽¹⁾ de caridad y de justicia que debían presidir al desenvolvimiento de las diversas Iglesias nacientes y defenderlas contra los elementos corruptores que la humanidad lleva siempre en sí misma. Sabemos que, en un principio, toda comunidad cristiana no era más que una familia en la que cada miembro velaba por la virtud de su hermano, en tanto que el padre ejercía la suprema autoridad arrojando del hogar al hijo recalcitrante y pervertido. En ella todo se movía dentro de la bondad que previene, la santidad que separa, la justicia que castiga. ¡Dichosos tiempos aquellos en que el título de cristiano rodeaba al hombre de una legislación saludable y de una influencia todo amor! Sin duda la sociedad civil conservaba sus derechos sobre los discípulos de Jesucristo, pero sin impedir á la sociedad religiosa ejercer los suyos. El Estado no tenía sino la jurisdicción de los cuerpos, la Iglesia tenía y ejercía la jurisdicción omnimoda de las almas.

los discípulos, no separadamente, sino de dos en dos. Este era el medio de no dejar nada al capricho del hombre. Reclama El, para la validez de la excomunión, la armonía perfecta de dos almas que piden á Dios la ejecución de su sentencia. Esta armonía, difícil para los malos, que pueden con frecuencia unir su malicia, pero rara vez sus corazones, ¿no era una garantía dada á los fieles contra el abuso de un poder formidable, si no estuviese sabiamente reglamentado?

(1) Se ha dicho que Jesús en esto no había hecho sino trasladar á la sociedad cristiana una práctica usada en la sinagoga. Sea lo que fuese de la exactitud de esta afirmación, apoyada por algunos textos del Talmud (véase Lightfoot sobre este pasaje de San Mateo, y Vitranga, de *Synag. vet.*, 97) es incontestable que, si la disciplina no era nueva, lo era absolutamente el espíritu; esto era un ingerto en un arbolito tierno y silvestre.

Dada la condición, por todos aceptada y, en consecuencia, terrible para los malos cristianos, de sacrificar sin compasión las ramas muertas del árbol, la sociedad cristiana, siempre más vigorosa después de las más crueles operaciones, llenó pronto el mundo con su belleza y sus frutos. Entonces se vió que, cortar la mano y arrancar el ojo, era asegurar la plenitud y la fecundidad de la vida. La Iglesia no cuenta el número de sus hijos, vive por el mérito de éstos.

Pedro, como jefe designado de esta Iglesia, y quizá también por razones personales—porque es probable que la disputa sobre la primacía se había promovido por causa suya,—se acercó á Jesús y le preguntó cuántas veces la disciplina eclesiástica ó la caridad individual debían perdonar al pecador arrepentido. «¿Hasta siete veces?» Seguramente creía decir demasiado. La casuística judía, fundándose en algunos pasajes de la Escritura⁽¹⁾, aconsejaba la indulgencia hasta tres veces respecto del mismo culpable; mas allí estaba el límite del perdón. Pedro suponía con razón que la ley nueva, llena de amor y de dulzura, debía ir más lejos; pero perdonar siete veces—este era el número que señalaba la llegada del año jubilar,—le parecía el esfuerzo supremo de la bondad. Ignoraba que, en el perdón de las ofensas, el hombre concede simplemente á los otros lo que, en proporciones más considerables, debe él mismo obtener de Dios. Perdona para ser perdonado, y, por tanto, la indulgencia para con sus hermanos no puede tener otros límites que su propia fragilidad. Por lo demás, ¿no es de esencia del verdadero amor engendrar la misericordia inagotable, sobre todo ante el arrepentimiento? Jesús le respondió: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete⁽²⁾.» Equivale á decir indefinidamente.

(1) *Amós*, I, 3; *Job*, XXXIII, 29, 30.

(2) San Hilario y San Jerónimo explicando este pasaje ven en él una alusión á las palabras de Lamec (*Gen.*, IV, 24). Esto sería el perdón equilibrando la venganza, y el bien sirviendo de perfecto contrapeso del mal. (*)

(*) Parece que la relación entre el *perdón siete veces* concedido y el año

te, como se apresuró á probarlo por la siguiente conmovedora parábola.

«El reino de los cielos es comparable á un rey que quiso entrar en cuentas con sus siervos.» El rey es Dios, y los servidores somos nosotros. Más de una vez, antes de la revisión solemne y definitiva de las obras que fijan nuestra eternidad, el Señor encuentra ocasión de invitarnos á hacer examen de nuestra vida y á que pesemos nuestra miseria. El grito de la conciencia acentuado por la gracia, la palabra que remueve é ilumina el fondo de nuestra alma, un golpe de la adversidad, una señal que la muerte nos hace, son siempre la voz de Dios que despierta al hombre de su estupor y le pide cuenta de su vida.

«Y habiendo empezado á arreglar sus negocios, le fué presentado un siervo que le debía diez mil talentos.» La suma era enorme: cerca de cuarenta y nueve millones de nuestra moneda, si Jesús hablaba del talento hebreo, ó á lo menos veintiséis ó veinticuatro respectivamente si se trataba del talento egipcio ó del ático⁽¹⁾. Una cifra tan prodigiosa debía, en la intención del Maestro, hacernos entender cuán numerosas son á los ojos de Dios las flaquezas de la vida humana. Para comprobar el déficit enorme, no hubo necesidad de un largo examen. Una simple ojeada á los registros bastaba para verificarla. El desdichado tenía conciencia de su horrorosa situación; por esto no se presentó por sí mismo, sino que fué necesario arrastrarlo á la presencia del rey. No se entabló una discusión, que no hubiese evidenciado más la cosa; el ministro infiel

del Jubileo, que era año de *perdón* y llegaba cada *siete* años sabáticos, no es tan completa como la que puede establecerse comparando la pregunta de Pedro y la respuesta de Jesús con las palabras del cántico feroz de Lamec cainita:

«Caín será vengado siete veces.

«Pero Lamec setenta veces siete.»

Los gramáticos no están de acuerdo sobre si, en estos pasajes, los textos originales significan *setenta y siete veces* ó *setenta veces siete*. (N. del T.)

(1) Se evalúa comúnmente el talento hebreo en 4.867, pesetas 18 cént., el egipcio en 2.688 pes., el ático en 2.400 (*)

(*) Vigouroux: «La talent d' argen valant 8,500 francs, dix mille talents font, 85.000,000 francs.»—(N. del T.)

reconocía sus dilapidaciones, por más que parecía sorprenderse de haberlas cometido. Así, cada día, el pecador escribe nuevos crímenes en su pasivo del libro de la vida, que los ángeles guardan en el cielo, pero no tiene de ellos sino una conciencia vaga, hasta que llega la hora de un arreglo formal. Entonces ¡qué sorpresa! ¡qué catástrofe! ¡qué desesperación!

«Como el culpable no tuviese con qué pagar, mandó su señor que fuesen vendidos él, y su mujer, y sus hijos con toda su hacienda.» Según la ley judía, el deudor insolvente, con su familia y sus bienes, pasaba á ser propiedad del acreedor durante seis años ⁽¹⁾; pero no hay que creer que Jesús tome su comparación solamente de las costumbres judías; conoce de las costumbres de los otros pueblos todas las particularidades que pueden poner de relieve su pensamiento: v. g., la ley de Israel no admitía prisiones ni torturas para el deudor, y, sin embargo, estas imágenes completan la parábola. Así Jesús recurre á ellas para dar mejor á comprender que en el arreglo de cuentas, el pecador, aun entregando todo lo que tiene, es incapaz de ofrecer una verdadera satisfacción.

Felizmente el señor era bueno; una súplica podía enternecerlo y reparar lo que parecía irreparable. El siervo lo sabía, y «arrojándose á sus pies, le rogaba diciendo: ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo.» Si tenía el mérito de no negar su deuda, tenía también el defecto de engañarse á sí mismo esperando que podría saldarla. Esta es la ilusión ordinaria de los deudores. Piden siempre nuevos plazos, sin lograr mejorar su posición. Lo que hay de tranquilizador para los pecadores, es que Dios no exige de ellos un largo trabajo interior para reparar sus debilidades, bastando un movimiento del corazón. El sentimiento de amargo pesar, que nos penetra de pronto y nos echa á sus plantas, detiene al momento su justicia. Como el señor de la parábola, tiene también Él piedad

(1) *Levít.*, XXV, 39; *IV. Reyes*, 4, 1; *Amós*, 8, 6.

del pobre deudor; no solamente le da tiempo, sino que Él perdona su deuda, lo que es mucho más de lo que el miserable se habría atrevido á reclamar. Cayendo de rodillas, ha excitado su compasión; exclamando «gracia», ha obtenido la libertad; prometiendo satisfacción, ha visto suprimirse todo su déficit. ¿Podrá jamás olvidar generosidad semejante?

«Mas apenas salió el criado de la presencia de su señor, encontró á uno de sus compañeros que le debía cien denarios.» En sí, esto era poca cosa, unas ochenta pesetas; comparado con diez mil talentos, no era nada. Las ofensas que á veces no queremos perdonar, son mucho mayores cuando las cotejamos con aquellas de que pedimos perdón á Dios. Son como una gota de agua con relación al Océano. Pero olvidamos que el ojo de Aquel que nos ha perdonado nos sigue y nos observa. Si el servidor de la parábola hubiese pensado que su amo conocería su conducta, habría guardado otros miramientos.

«Pues agarrando á su compañero por la garganta, le ahogaba diciendo: ¿pagarás lo que me debes? ⁽¹⁾» El recuerdo de la misericordia que poco antes había implorado y obtenido, debía prohibirle llevarlo ante el juez, y, sobre todo, tratarlo con semejante brutalidad. Imagen sorprendente del cristiano que, todavía cubierto enteramente de la indulgencia divina, quiere, en nombre de su orgullo herido, exigir de su hermano las más humillantes reparaciones.

«El compañero, arrojándose á sus pies, le rogaba diciendo: «Ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo.

(1) Los mejores críticos leen así con interrogación, ó también con la forma condicional: «paga *si algo* (εἰ τι) debes», en vez de «paga *lo que* (ὅτι) debes.» (*)

(*) La forma *relativa* de la Vulgata es excelente y se apoya en algunos códices. La mayoría de éstos llevan la construcción *condicional*, la cual, en griego nada tiene de irrisoria, pues expresa *un hecho cierto*, equivaliendo, por tanto, á la construcción primera. Parece que ya Bengelio lo sospechó: «Lat. *si*, particula vehemens, pro *quum*.» *Gnomon Novi Testam.* La construcción *relativo-interrogativa*, puede admitirse; no es necesaria, porque no difiere de las anteriores; y no tiene fundamento en ningún códice. (N. del T).

Él, empero, no quiso escucharle, sino que fué y le hizo meter en la cárcel hasta que pagase lo que le debía.» El suplicante, como por casualidad, había empleado la misma fórmula que poco antes había salvado á su acreedor; pero éste ni pareció notarlo. ¡Ah, su dureza nos subleva de indignación! ¿No somos nosotros este hombre?

Pues bien, he aquí que la justicia va á reclamar sus derechos y á borrar sin piedad lo que la misericordia había escrito. En efecto, «al ver los otros criados compañeros suyos lo que pasaba, se contristaron por extremo, y fueron á contarle á su señor.» Si Dios no fuese omnisciente, podría decirse que los ángeles y los santos se encargan de llamar su atención sobre irritantes iniquidades. Pero este detalle de la parábola no tiene importancia. El señor mandó llamar á este hombre sin corazón y le dijo: «¡Oh criado inicuo! yo te perdoné toda la deuda porque me lo suplicaste. ¿No era justo que tú también tuvieses compasión de tu compañero, como yo la tuve de ti?» ¡Condescendencia conmovedora! El rey establece una comparación allí donde toda comparación parecía imposible; porque él había sido bueno, él, que no debía nada á nadie, y el miserable ha sido cruel, él, que todo lo debía al monarca. Con todo, esta comparación explica lo que va á suceder. Que el señor mismo haya llamado al criminal, es ya un signo de mal agüero. Se presiente que la severidad va á reemplazar á la indulgencia. Es la hora de la inexorable justicia, y el culpable es entregado á los verdugos ⁽¹⁾ hasta el pago entero de la deuda.

Con razón se observa que habiendo ésta sido ya perdonada, no podía dignamente el rey volver sobre su acuerdo. Sí, indudablemente, sabemos que Dios no se arrepiente de sus dones. Mas aquí hay que entender que el siervo es encarcelado, no por una cuenta ya arreglada y olvidada, sino por su poco corazón y singular barbarie. Sin em-

(1) Por verdugos se entienden aquí los carceleros sencillamente, ó también los que azotaban á los deudores con látigos terminados con bolas de plomo. (V. *Tito Livio*, II, 23.)

bargo, no hay duda que su deuda remitida agrava su malicia y culpabilidad. Así puede resolverse la dificultad que los escolásticos, con San Agustín y otros Padres de la Iglesia, se proponían sobre si los pecados remitidos revivían ⁽¹⁾. Dios, al citar á su presencia, por la muerte, á los servidores malos, no les pedirá nuevamente cuenta de los pecados perdonados, mas pondrá en parangón su misericordia con la dureza desapiadada de aquéllos, y todos los pecados cubiertos por la indulgencia divina caerán como una circunstancia agravante en el platillo de la eterna justicia. Los malaventurados serán echados en la cárcel donde acumularán inútilmente sus sufrimientos para solventar una deuda que no podrán satisfacer. Pagarán siempre y no saldarán jamás. «Así se portará mi Padre celestial con vosotros—termina Jesús,—si cada uno no perdonare de corazón las ofensas de su hermano.»

(1) San Agustín, *de Bap. c. Donat.*, I, 12; San Gregorio el Grande, l. IV, *Dialog.*, c. *ult.*, etc.; Santo Tomás, *Summa*, 3 p., q. 88; Cayetano sobre la *Epístola á los Rom.*, XI, 21, han indicado exactamente la solución de la dificultad: «Repetuntur debita semel donata, non ut fuerant prius debita, sed ut modo effecta sunt materia ingratitudeis.»

CAPÍTULO XI

Intimación á Jesús para que se manifieste en Jerusalén

Razonamientos humanos de los hermanos de Jesús (1).—Motivos en que se inspiran.—La fiesta de los Tabernáculos en Jerusalén.—Instancias para que se presente en el gran día.—Miras de la sabiduría divina.—La hora de Jesús.—Termina el ministerio en Galilea. (*Juan*, VII, 1-10).

Hay un momento en las empresas humanas en que todo parece conspirar para imponer á sus directores resoluciones supremas y decisivas. Si Jesús no hubiese sido sino un hombre, podría decirse que para Él había llegado este momento. No solamente le era hostil Judea—sabemos que se abstenía de reaparecer allí por no colmar el odio homicida de sus adversarios, (2)—sino que la misma Galilea tomaba definitivamente una actitud amenazadora. Eran muy activos los manejos de los emisarios llegados de Jerusalén. Muchos de los más antiguos partidarios, asustados por las declaraciones del joven Maestro, y engañados en sus esperanzas, le habían ostentosamente abandonado, y procuraban separar de Él á los que todavía le eran afectos. Los mismos Apóstoles sufrían una crisis moral erizada de peligros. Había llegado la hora de alejarse.

Cuando Aníbal acampaba junto á las puertas de Roma, Escipión juzgó necesario presentarse bajo los muros de Cartago, y, con este golpe atrevido, reanimar por completo lo que parecía enteramente perdido. Así discurrían poco más ó menos aquellos parientes de Jesús cuyas singulares

(1) Sobre los hermanos, ó sea, parientes de Jesús, véase vol. 1.º, página 198.—(N. del T.)

(2) *Juan*, VII, 1.

opiniones conocemos por el cuarto Evangelio. Creían que, de una parte, su situación en Cafarnaúm resultaba harto crítica, y que, de otra, la ocasión de manifestarse en Jerusalén no podía diferirse ni estar mejor escogida.

Se acercaba la fiesta de los Tabernáculos, la postrera gran solemnidad del año judío. Celebrábase con un entusiasmo, un concurso de caravanas, una agitación tan ruidosa, que debían secundar cualquier tentativa audaz en favor de una manifestación mesiánica. Establecida para honrar los recuerdos de Israel errante en el desierto, tomaba de circunstancias especiales del tiempo y de la estación un significado nuevo. La vendimia había terminado el 15 de *tischri*, á fines de Septiembre, y con ella se cerraba la serie de las principales cosechas del año ⁽¹⁾. El pueblo se sentía feliz expresando entonces su reconocimiento á Dios, que le había concedido los frutos de la tierra, y celebrando con ritos simbólicos particulares el recuerdo de Israel extraviado en el desierto. Durante ocho días, abandonaba sus moradas, y, bajo tiendas ó cabañas de follaje, como en otro tiempo sus padres en el desierto, se instalaba en las azoteas, en las plazas públicas y en los muros de la ciudad. En el Templo, las libaciones de la mañana recordaban las aguas milagrosas que brotaron de la peña bajo la vara de Moisés, y los dos candelabros de la noche figuraban la nube brillante que había dirigido al pueblo á través de las arenas de Farán. Sacrificios de acción de gracias eran la última expresión del público reconocimiento ⁽²⁾. La muchedumbre era tanto más numerosa cuanto la estación proporcionaba á todos agradables ocios. Por

(1) El año judío comenzaba el 12 de Octubre. (*)

(*) El autor habla del año *civil*, que los judíos adoptaron después del cautiverio. El año *religioso* comenzaba en el mes de *Nisán* (primeramente llamado *Abib*), Marzo-Abril. (N. del T.)

(2) Durante estas fiestas eran inmolados setenta becerros para expiar, según se dice, los pecados de las setenta naciones de la tierra. El primer día, se inmolaban trece, y este número disminuía gradualmente de uno cada día hasta el séptimo inclusive, terminando las fiestas con la inmolación de un toro y siete corderos. (*)

(*) Pero véase *Números*, XXIX, 12-38. (N. del T.)

otra parte, todo el que se hubiese dispensado de comparecer á las otras dos fiestas del año judío, debía asistir á ésta. Todo verdadero israelita hubiese juzgado severamente la abstención.

Movidos por estas consideraciones, los hermanos de Jesús, que se disponían á subir á Jerusalén, fueron á encontrarle y le dijeron: «Sal de aquí y vete á Judea, para que también aquellos discípulos tuyos vean las obras que haces; puesto que nadie hace las cosas en secreto, si quiere ser conocido; ya que haces tales cosas, date á conocer al mundo.» Un rincón de Galilea no es teatro suficiente para quien se dice el Mesías. Si está seguro de su poder y de su misión, ¿por qué dirigirse por más tiempo á pobres aldeanos incapaces de comprenderle? El lugar donde debe darse á conocer, es Jerusalén. Allí hay sabios para entenderle y juzgarle, allí está el Templo, la casa de Dios y del pueblo, donde debe inaugurarse el nuevo reino; allí hay prosélitos que creen desde larga fecha y que merecen ver confirmada auténticamente su naciente fe; allí habrá innumerables peregrinos; mostrarse allí será manifestarse al mundo entero. Por el contrario, quedarse por más tiempo en un medio obscuro, es dejar creer que se teme la luz y que tantas obras, en apariencia sorprendentes, no pueden sufrir un examen serio.

Así hablaban, con una naturalidad y un desenfado, cuyo matiz nos ha conservado vigorosamente San Juan, los hermanos de Jesús, es decir, José y Simón, con sus hermanas y cuñados, pero no Santiago y Judas, que eran del Colegio Apostólico. Según observa el Evangelista, aquéllos no tenían todavía de su pariente la idea exacta de creyentes verdaderos. Sospechaban que Él era algo, porque lo que veían y oían no podía serles indiferentes; sin embargo, parecíales que se imponía la necesidad de una demostración solemne como único remedio para cortar de raíz toda incertidumbre.

Tales consideraciones, que hubieran hecho vacilar á un hombre, no produjeron efecto alguno en el Hijo de Dios.

No temía la luz, como veremos muy pronto; mas, conociendo la hora de la Providencia, no trataba de anticiparla. Su obra mesiánica no estaba terminada, y Él no podía pensar en apresurar su desenvolvimiento. Sin duda, ha sembrado gérmenes de vida y de verdad en algunas almas; ha constituido un núcleo de fieles, disminuído desde algún tiempo, pero en lo sucesivo consistente y duradero; ha aguerrido á sus discípulos bajo el soplo de la persecución; los ha iluminado sobre lo por venir; ha disipado las últimas ilusiones de sus corazones totalmente carnales; pero si mañana Él desaparece, ¿cuál sería la suerte de esta creación joven y endeble? No estarán por demás algunos días de paciencia y de enseñanza para terminar una formación religiosa tan vigorosamente diseñada, pero tan visiblemente incompleta. Marchar en pos de las caravanas que se dirigen á Jerusalén, llegar allá con aparato, ser quizás objeto de una ovación, ¿no sería excitar el furor de los fariseos, darles tiempo de concertarse para perderle, en una palabra, provocar mañana el crimen que no debe consumarse sino hasta seis meses después? El Hijo del hombre debe morir en una de las fiestas de Pascua, y no en la solemnidad de los Tabernáculos. Todo esto está escrito desde largo tiempo. Jesús lo lee en las profecías y en la luz divina que inunda su alma. De otra parte, Él no sueña en una proclamación ruidosa de su realeza, en un triunfo por sorpresa y, como hoy diríamos nosotros, en un golpe de Estado. No, Él quiere concluir pacientemente su obra, derramar todavía acá y allá vivos resplandores, hacer bien, ganar pacíficamente algunas almas y después morir.

Llegado el momento, se le verá subir á Jerusalén, sin que nadie pueda detenerle en su resolución suprema. Ni el valor faltará al mártir, ni la generosidad á la víctima. Entre tanto prosigue lentamente el triunfo por caminos que los hombres no pueden comprender, porque son caminos de Dios. He aquí por qué responde: «Mi tiempo no ha llegado todavía; el vuestro siempre está á punto.» Sí, las situaciones son muy diferentes. Él tiene su misión, su ce-

lebridad, sus miras; ellos no tienen más que la curiosidad de ver, el deseo de satisfacer sus ansias y la facilidad de no correr ningún peligro. Él es la señal de contradicción que se levantará en medio de la multitud, ellos son peregrinos desconocidos; Él es la voz que acusa y á la que se detesta, ellos son aliados á los cuales se acepta ó neutrales á quienes se desdeña. «Á vosotros—añade Jesús—no puede el mundo aborreceros; á mí sí que me aborrece, porque demuestro que sus obras son malas. Id, pues, vosotros á esta fiesta. Yo por ahora no subo ⁽¹⁾, porque mi tiempo aun no se ha cumplido.» No dice que no irá de ningún modo, sino sencillamente que no va con los suyos. Esto es lo que indica su afirmación de presente: «Yo no subo.»

El sentido de sus palabras hubiese sido muy diferente, si se hubiese servido del futuro. Por lo demás, era intencionado todo lo que la fórmula empleada en su respuesta tenía de vago y también de obscuro. No queriendo llegar el día primero de la fiesta, para no dar á sus enemigos tiempo de urdirle un complot, no podía, por este mismo motivo, dejar entrever positivamente que llegaría antes del fin de la solemnidad.

Partió, pues, su familia, quedándose Él en Galilea. Su plan era, al seguirla pocos días después, dejar que se acreditara la persuasión de que Él no estaba en la Ciudad Santa, y luego aparecer cuando no lo esperasen. Presentándose de improviso en medio del entusiasmo religioso, repartirá algunos golpes rápidos sobre sus adversarios, y desaparecerá antes que contra Él hayan podido tramar una conspiración formal.

Así, según sus sabias previsiones, llegará lo bastante pronto para mostrarse á la multitud, y lo bastante tarde para evitar la malicia de sus enemigos.

(1) De las diversas maneras de interpretar las palabras del Maestro en un sentido que excluya toda versatilidad ó toda restricción mental poco en armonía con la sencillez de su carácter, ésta nos ha parecido la mejor. El adverbio *por ahora* que hemos añadido al texto está incluido en el verbo usado en presente de indicativo. Muchos han hecho decir á Jesús: «Yo no subo á esta fiesta *para la solemnidad*», porque Él no debía llegar sino hasta el fin de la misma y en secreto.

LIBRO TERCERO

PERÍODO DE COMBATE EN JUDEA

SECCIÓN PRIMERA

PRIMERA LUCHA EN LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS

CAPÍTULO PRIMERO

Súbita aparición de Jesús durante la fiesta

Preocupaciones diversas de la multitud con respecto á Jesús, á quien se desearía ver.—Su aparición súbita en el templo.— Hace la apología de su enseñanza y de su conducta.—Declaración categórica respecto de su origen.—La autoridad superior hace que se le vigile.—Advertencia solemne y amenaza que dirige á sus enemigos. (*Juan*, VII, 11-36).

En efecto, Jesús se dirigió á Jerusalén poco después que hubieron partido las caravanas. Hizo su viaje sin ruido. Tal vez no llevaba consigo sino una pequeña parte de sus discípulos ⁽¹⁾, no queriendo ser notado durante el camino. Marchaba como ocultándose por donde pasaba ⁽²⁾.

Entre tanto en Jerusalén estaban ya en pleno regocijo de la fiesta. El espectáculo de la metrópoli, transformada en vasto campo de fervientes peregrinos, los recuerdos de la protección divina en el desierto, renovados en las ceremonias del templo, los cantos alegres, las pro-

(1) *Juan*, IX, 2, señala su presencia.

(2) *Juan* VII, 10, dice *ascendit, non manifeste, sed quasi in occulto*.

cesiones públicas en que todos llevaban ramos sagrados, los mismos festines en que se reunían en comunes aspiraciones hacia un porvenir mejor, todo contribuía á exaltar los espíritus y hacer revivir las antiguas esperanzas del pueblo de Dios.

El nombre de Jesús habíase naturalmente pronunciado por quienes habían visto sus obras y oído sus declaraciones. Los amigos hablaban de él con entusiasmo; los enemigos le atacaban con furor; los extranjeros deseaban conocerle. De ahí la gran agitación que señala el Evangelista: «Los judíos ⁽¹⁾ en el día de la fiesta le buscaban y decían: ¿en dónde está aquél?» Se trata aquí de la parte hostil del pueblo, la cual, agrupada detrás de sus jefes, hacía traición, con su misma impaciencia, á la perversidad de sus intenciones ⁽²⁾. En cuanto á los peregrinos estaban mucho menos unánimes en mirar á Jesús con disgusto. Sus apreciaciones eran diversas. Unos decían: «Sin dñda es hombre de bien. Otros al contrario: No, sino que trae embaucado al pueblo.» Entre esos dos extremos había una multitud que fluctuaba indecisa, no atreviéndose á pronunciarse en sentido alguno, mientras la autoridad soberana no hubiese juzgado.

De repente, cuando se hallaban á media fiesta, el hombre tan vivamente discutido aparece en el Templo, se pone á enseñar públicamente ⁽³⁾, y desde luego, sorprende á los judíos, como antes había asombrado á sus compatriotas de Nazaret, por la elevación de su doctrina. «¿Có-

(1) Con justa razón hase notado la diferencia introducida por San Juan entre *judíos* y *multitud*. Los judíos son, según él, la nación que sigue la influencia de sus jefes y se personifica en ellos. Tratan siempre con espíritu hostil á Jesús (vers., 11, 13, etc.) La multitud ó el pueblo se compone de un conjunto de individuos con sentimientos diversos, malévolos ó favorables (versículo 12, etc.) Son gentes de todas partes, que el Evangelista pone en oposición con los habitantes de Jerusalén, (vers. 25).

(2) El término empleado para designar á Jesucristo, *éκεϊνος*, pone de manifiesto la hostilidad de los que hablan.

(3) Probablemente hizo su aparición súbita el sábado, que caía durante la octava de la fiesta; el tema de su discurso parece indicarlo. Después del primero y último día, el más solemnizado de toda la octava era el sábado intermedio.

mo, decían maravillados, sabe éste letras sin haber estudiado? (1)» Se conocía su posición de familia, las ocupaciones que habían absorbido su adolescencia y su juventud, y no se comprendía cómo, sin haber sido discípulo, había llegado á doctor, capaz de explicar, mediante felices comparaciones, los textos sagrados, atreviéndose á hablar en público y obteniendo un éxito inmenso. Ignoraban que hay un Maestro, elocuente por modo muy distinto que los rabinos, para formar discípulos: Dios Padre; y una doctrina, de distinto modo autorizada y sublime que la de la sinagoga: la del cielo: «Mi doctrina, — replica Jesús — no es mía, sino de Aquel que me ha enviado. Quien quisiere hacer la voluntad de éste, conocerá si mi doctrina es de Dios ó si yo hablo de mí mismo.» He ahí el verdadero medio de afirmar el origen divino del Evangelio; es indispensable desear hacer lo que Dios pide de nosotros. Este deseo no es otro que el franco amor al bien en general, la observancia de la ley moral propuesta por la conciencia y la Revelación. Ser bueno por tendencia del corazón, es facilitar el trabajo de la inteligencia; al contrario, ser malo, es multiplicar las nubes que suben del corazón al espíritu y obscurecen el entendimiento; «ya que, como muy bien se ha dicho, si es necesario conocer las cosas humanas para amarlas, es indispensable amar las cosas divinas para conocerlas, y no se entra en la verdad sino mediante la caridad.» Los judíos, pues, no tienen más que *querer* el bien—obrarlo será tal vez superior á sus fuerzas,—é irán naturalmente al Evangelio, punto de cita de todas las almas de buena voluntad. El hombre honrado, buscando su ideal, lo hallará tan completo en la palabra de Jesús, que se verá forzado en seguida á reconocer el origen divino de esta palabra. Tan sólo puede haber creado una doctrina tan maravillosamente apropiada á las aspiraciones del hombre el mismo que creó el corazón del hombre.

(1) La expresión *μη μεμαθηκώς* debe tomarse en sentido absoluto, demostrando una vez más que Jesús no había frecuentado escuelas de ninguna clase.

La felicidad, la paz, la satisfacción que gusta el alma que practica el Evangelio, son la más elocuente demostración del origen de este Evangelio y de su divina autoridad.

Por lo demás, se puede todavía, según Jesús, llegar por un camino más directo á la misma demostración: «Quien habla de sí mismo, busca su propia gloria; mas el que únicamente busca la gloria del que le envió, ese es veraz y no hay en él injusticia.» Ahora bien, es fácil analizar la doctrina evangélica. ¿Habla el Maestro por su propio interés ó por la gloria de su Padre? Evidentemente es por la gloria de ese Padre; por Él se prodiga, su causa es la que defiende. Luego ha venido por Dios; luego es el mensajero de Dios; luego su palabra sólo es la palabra del que le envía, y su obra consiste, no en engañar á las multitudes, sino en conducir las á Dios por el deber. Por eso puede protestar contra todas las acusaciones de la envidia, y declarar que sus discursos son dignos de fe y su obra está exenta de injusticia. No toma para sí el honor que es debido á Dios.

No proceden así los jefes del partido jerárquico, pues pasan su vida buscando la consideración de la multitud por el halago de sus bajas pasiones ⁽¹⁾. La gloria de Dios no es su preocupación principal. Ante todo quieren glorificarse á sí mismos, y por eso caen en la iniquidad y en la mentira. «Moisés os dió la Ley—prosigue Jesús arguyendo directamente contra sus enemigos,—y, con todo eso, ninguno de vosotros observa la Ley.» En efecto, la abrogaban tantas veces cuantas estorbaba á sus pasiones. Por más que ella les prohíba el homicidio bajo todas sus formas, aquellos piosos israelitas se preparan á matar cuando menos á alguien. Hay más, la muerte que meditan tendrá el carácter de sacrilegio horroroso; pues Moisés no ha escrito solamente: *No matarás*, sino que ha hecho también decir á Jehová, anunciando al Profeta de lo por venir, que debe ser el gran

(1) *Juan*, V, 44, y XII, 42.

legislador del pueblo: «El que no quisiere escuchar las palabras que hablará en mi nombre, experimentará mi venganza ⁽¹⁾.» Ahora bien, los jefes del pueblo pretenden, no sólo cerrar la boca del Enviado celestial, sino anularlo mediante un asesinato. «¿Pues por qué intentáis matarme?»—exclama enérgicamente el Maestro.—¿Es eso observar la Ley de Moisés? ¡Ah, bien saben apoyarse en ella cuando hay que acusar á Jesús de haber violado el sábadó! Y así, mientras la desprecian en sus más graves prescripciones, pretenden defenderla enérgicamente, si se trata de simples preceptos secundarios que una razón de orden superior puede siempre anular. «Estás loco; ¿quién es el que trata de matarte?»—le responden algunos oyentes hipócritas ó poco al corriente de la situación ⁽²⁾.—Sin preocuparse de la interrupción injuriosa, Jesús recuerda el incidente que había señalado su última aparición en Jerusalén y las serias amenazas de que había sido objeto con motivo de la curación del paralítico. «Yo hice una obra—les dice,—y todos lo habéis extrañado llenos de indignación ⁽³⁾ contra mí.» Hablar modestamente de un gran milagro era asimilarlo á una obra servil, sin preocuparse del carácter sobrenatural que podía suministrarle un argumento decisivo en la discusión; mas servirse de todas estas armas, para confundir á sus adversarios, le pareció inútil.

«Sin embargo—prosigue Jesús,—habiéndoos dado Moisés la circuncisión—no que traiga de él su origen, sino de los patriarcas, ⁽⁴⁾—no dejáis de circuncidar al hombre, aun

(1) *Deuter*, XVIII, 19.

(2) Algunos exégetas ponen esta interrupción en boca de los partidarios de Jesús que ignoran el complot contra sus días. Es más probable que viniese de los mismos á quienes Jesús arrancaba la máscara y cuyo furor no tenía límites. Veremos prontamente cómo los propósitos de los jefes del pueblo no eran un secreto para nadie (v., 25); y además la interpelación es bastante injuriosa para parecer salida de los labios de los partidarios de Jesús. Se le pregunta si está poseído del demonio: *¿dæmonium habes?*, que es sinónimo de estar loco. (*Juan*, X, 20 y *Mat.*, IV, 24).

(3) El verbo *θανάτω* aquí significa la extrañeza mezclada de irritación que causa una flagrante violación de la ley. Se ve la explicación en las palabras que siguen más abajo: *ἐμοὶ χολᾶτε, os irritáis contra mí.*

(4) Tal vez este paréntesis pertenezca al Evangelista. Se admite, sin

en día de sábado.» Exigiendo el legislador que el niño fuese circuncidado al cabo de ocho días de su nacimiento, se tenía un conflicto entre dos leyes diferentes, cuando este día coincidía con el sábado. Ahora bien, ningún judío dudaba en sacrificar el sábado á la circuncisión, atendiendo que el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado. «Pues bien—concluye el Maestro,—si un hombre es circuncidado en sábado, para no quebrantar la Ley de Moisés, ¿os habéis de indignar contra mí porque he curado á un hombre en todo su cuerpo en día de sábado?» La argumentación era bajo todos conceptos concluyente; en la circuncisión se trataba de una obra material que exigía preparativos y cuidados especiales, mientras que en la curación recriminada, un acto de la voluntad había bastado; la transgresión del sábado para circuncidar era una cosa muy ordinaria, y, para curar á un desgraciado, no había sido más que una excepción. En el primer caso se trataba de una simple consagración del hombre á Dios; en el segundo, Jesús había curado á un hombre por completo, en su alma como en su cuerpo ⁽¹⁾; en fin, la circuncisión no era más que una ley ceremonial que se remontaba á Abraham, mientras que la caridad era la misma ley natural escrita por Dios en el corazón del primer hombre y de su posteridad. La malicia hipócrita de los fariseos era, pues, evidente. Jesús se contentó con añadir con dulzura: «No queráis juzgar por las apariencias, sino juzgad por un juicio recto.» Lo que equivalía á decir que es necesario apre-

embargo, más comúnmente que es de Jesucristo y que el Maestro se apresura á prevenir toda acusación de inexactitud, después del testimonio de ciencia que les ha dado á cada momento. Hace notar, pues, que la prescripción de circuncidar á los niños se ha atribuído falsamente á Moisés. Ella data de Abraham (*Gen.*, XVII, 10; XXI, 4).—Moisés, narrando la historia del pueblo de Dios, señala su institución. He aquí por qué sin duda se ha podido decir que viene de él. En realidad, se contenta con mencionarla como una tradición que debe mantenerse (*Levit.*, XII, 3).

(1) La curación milagrosa que se reprochaba á Jesús había importado también la remisión de los pecados.

(*) Sobre la práctica de la circuncisión en Egipto, donde Abraham la conoció, véase Vigouroux: *La Bible et les decouv. modernes*, t. I. p. 453-457. —(N. del T.)

ciar las obras menos con los ojos del cuerpo que con los del alma. Portarse de otro modo en el estudio de la ley, es tomar la letra y prescindir del espíritu.

Tanta lógica imponía silencio á los adversarios, los cuales nada podían sino por la mentira, las insinuaciones maliciosas y las maquinaciones secretas. Como nadie se levantara, pues, para contradecirle, Jesús quedó dueño del campo de batalla. Algunos, sin embargo—eran gentes de Jerusalén, mejor al corriente de los proyectos del partido jerárquico que los demás,—se extrañaban de que se le dejase pronunciar la última palabra en la discusión que había empeñado, y la facultad de triunfar con tanta brillantez. «¿No es éste—decían—á quien buscan para darle la muerte? Y, con todo, vedle que habla públicamente, y no le dicen nada. ¿Si será que nuestros príncipes han conocido de cierto ser éste el Cristo? Pero de éste sabemos de donde es; mas cuando venga el Cristo nadie sabrá su origen.» Los doctores de Israel no podían ignorar cuáles debían ser los orígenes del Mesías, puesto que leían categóricamente en sus libros que saldría de Belén y de la raza de David ⁽¹⁾; mas el pueblo era menos ilustrado, por lo que esperaba un Mesías viniendo de improviso, como un hombre caído del cielo, cuya generación sería desconocida, y su triunfo tan rápido como el rayo. Tales ideas, ó mejor, tales prejuicios nacían de la confusión producida en el espíritu del pueblo por la doble naturaleza humana y divina del Enviado celestial; mas en lugar de rectificarlas por medio de un estudio atento de los textos ⁽²⁾, que podía restablecer la verdad en todo su esplendor, se complacía en conservar dichas vagas creencias, con su carácter particular de maravilloso y de misterio. Era mucha verdad que el Cristo debía andar sobre las nubes del cielo, que su reinado había comenzado con la eternidad y que su generación era inenarrable; mas todo eso habíase dicho de la naturaleza divina, mientras que las profecías sobre la familia, el lugar de ori-

(1) Véase *Juan VIII*, 42, y *Mat*, II, 5, 6.

(2) *Isaias LIII*, 8; *Miqueas*, V, 2.

gen y el tiempo se entendían de la naturaleza humana ⁽¹⁾.

Siempre pronto á servirse, para triunfar, de las mismas dificultades que le oponen, Jesús acepta la objeción, reconoce su valor y saca de ella inmediatamente un argumento que probará su carácter mesiánico. Sí, el Mesías, en sus orígenes, debe quedar como un ser misterioso para sus contemporáneos; pero ¿no está Él en este mismo caso? «¡Ah! vosotros me conocéis—dice elevando la voz en el Templo, á fin de hacerse oír de sus adversarios,—y sabéis de donde soy ⁽²⁾; y por eso rehusáis aceptar mi carácter de Mesías. Pues bien, vosotros no sabéis de mí sino lo que concierne á mi naturaleza humana; hay todo un lado que no penetráis y por el cual cumplo la condición exigida al Mesías. Por este lado no sabéis de donde soy. Yo no he venido de mí mismo, sino que quien me ha enviado es veraz, al cual vosotros no conocéis ⁽³⁾. Cesad, pues, de negarme ese signo característico de lo desconocido que debe llevar el Mesías, y, según vuestras propias ideas, comprobad la legitimidad de mi misión.» Hay todavía otro sello más íntimo y, por así decirlo, más categórico de su naturaleza superior, y es que, si nadie conoce ese Ser real que delega al Mesías, Él le conoce, sea porque comparte su esencia, habiendo salido como Verbo de su seno ⁽⁴⁾, sea porque, como hom-

(1) Es oscura la frase: *¿Generationem ejus quis enarrabit?* Lo que parece cierto es que no puede aplicarse ni á la generación eterna, ni á la generación temporal del Verbo.—(N. del T.)

(2) El texto conservado por San Juan es de una concisión que nos obliga á desarrollarlo á fin de hacerlo inteligible, á pesar de la costumbre que tenemos de nunca añadir nada á las palabras del Señor. Por lo demás helas aquí exactamente: «Vosotros me conocéis y sabéis de dónde soy; pero yo no he venido de mí mismo, sino que quien me ha enviado es veraz, al cual vosotros no conocéis. Yo sí que lo conozco, porque de él tengo el ser y él es el que me ha enviado.» El Evangelista nota que al pronunciar estas palabras Jesús gritaba *ἐκπαφεν* y que estaba en el templo, esto es, cara á cara de sus enemigos.

(3) Hay algo de violento al decir á los judíos, que se gloriaban de ser los solos adoradores del verdadero Dios, que no conocían á ese Dios. Jesús considera aquí á Dios en cuanto es Padre en, relación con al Hijo, á quien engendra de toda la eternidad y á quien envía en el tiempo. Los judíos le conocían al Dios del deísmo; pero por completo al Dios de la Trinidad, puesto que no reconocen al Hijo que está en medio de ellos.

(4) *Juan*, I, 2, 18, VI, 46, 62.

bre, ha comunicado con Él para recibir su misión: «Yo sí que le conozco, porque de Él tengo el ser y Él es el que me ha enviado.»

Una réplica tan clara, tan perentoria, debía tener por resultado exasperar á los enemigos declarados y llamar á la fe á las almas indecisas. En efecto, al momento vemos á la multitud dividirse en dos grupos distintos. Unos tienen el deseo de apoderarse de Jesús y tapanle violentamente la boca; los otros, en mayor número, repiten con energía: «Cuando venga el Cristo, ¿hará por ventura más milagros que los que hace éste?» El entusiasmo de éstos hace impotente el odio de aquéllos, los cuales no se atreven á realizar sus detestables proyectos, tanto más cuanto la hora de Jesús, hace notar el Evangelista, aun no era llegada.

Sin embargo, exasperados por el movimiento popular que se dibujaba en favor del joven Profeta, y no queriendo oír por más tiempo su elogio, los fariseos, de concierto con los príncipes de los sacerdotes, encargaron á unos cuantos agentes de policía que no le perdiesen de vista y que le prendiesen en cuanto se les ofreciese ocasión favorable para ello. En efecto, podía en cualquier instante dar lugar á la acción de la justicia por algunas palabras sediciosas, y, por alguna de sus vehementes salidas, comprometer también su popularidad y verse abandonado de todos.

Jesús no tardó en notar aquella vigilancia hostil, y se lamentó de ello. Ministros dispuestos á reducirle á prisión la audacia de sus enemigos, que se atrevían á desplegar semejante aparato de fuerzas contra su persona, el aislamiento en que se veía, aun en medio de la muchedumbre, todo se unía para tratar de desconcertar su valor. Con un acento de tristeza capaz de conmover los corazones honrados que todavía dudaban, exclamó: «Aun estaré con vosotros un poco de tiempo y después me voy á Aquel que me ha enviado.» Estos eran, pues, casi los últimos días de la misericordia divina. Después de haber observado los milagros, escuchado los discursos, recogido la gracia

del Salvador, no había más que apresurarse á acercarse á Él por la fe. Dentro algunos meses será demasiado tarde, habrá sido arrebatado por el enemigo. «Vosotros me buscaréis y no me hallaréis, y adonde yo voy, vosotros no podéis venir.»

Aquella amenaza debía tener la más terrible realización. En efecto, al cabo de algún tiempo, Jesús fué arrancado de en medio de su pueblo, y los que no habían creído en Él en vida, lo buscaron después y lo buscan todavía sin hallarlo. Por más que ese pueblo judío llame con las más conmovedoras súplicas al Libertador anunciado por los profetas, el Libertador no ha venido. Israel, prosiguiendo en lo por venir lo que fué en lo pasado, no podrá hallarlo en su camino. Morirá, pues, sin Salvador en el tiempo, y sin esperanza para la eternidad. Sólo entran en el reino celestial los que, mediante la fe, se han unido al verdadero fundador y jefe, Jesús de Nazaret.

Estas palabras del Maestro superaban la inteligencia de los oyentes, los cuales dijeron con ironía: «¿Á dónde irá éste que no le hayamos de hallar? ¿iráse quizá entre los griegos dispersos ⁽¹⁾ por el mundo á predicar á los gentiles? ¿Qué es lo que ha querido decir con estas palabras: Me buscaréis y no me hallaréis, y á donde yo voy, no podéis venir vosotros?»

¡El Mesías predicando á los gentiles y fundando entre ellos el reino que no había podido formar en Israel! ¡Hay algo más extravagante y ridículo para los judíos? Se burlan, pues, con amargura de las pretensiones que su ignorancia atribuye á Jesús. No comprendiendo sus palabras, las convierten en burla. Su insolente chanza expresará

(1) Algunos autores han creído que estas palabras, τὴν διασπορὰν τῶν Ἑλλήνων se referían á los judíos que vivían fuera de Palestina, apoyándose, aunque mal, en *I Pedro*, I, 1 y *Santiago*, I, 1. En efecto, en este sentido el Evangelista hubiese debido emplear el término ἑλληνισταί. Ἕλληνες es pues-to aquí en oposición con los judíos, y significa los griegos ó los gentiles. Luego debe entenderse que se trata de griegos dispersos por el mundo, es decir, de naciones que hablan la lengua griega, de pueblos civilizados.— *V. Hechos*, XIV, 1, et passim; *Rom.* XI, 16, et passim.

exactamente la historia de lo por venir, y el Mesías, llevado por los labios de los Apóstoles, irá pronto á las naciones de la tierra para establecerse en medio de ellas. San Juan, que escribió entre los griegos, se complacía en consignar en su Evangelio estas burlas judías, para demostrar que Dios puede, cuando quiere, sin separarse de los caminos de su sabiduría, castigar los sarcasmos de los impíos asegurándoles la más espantosa realización.

CAPÍTULO II

Solemne declaración en el último día de la fiesta

El día que seguía al séptimo.—La libación solemne.—Diverso sentido de esta ceremonia.—Su significación profética.—Solemne declaración de Jesús: él es la verdadera fuente de agua viva.—Impresiones de la multitud al oírle.—No se atreven á poner la mano sobre él.—Sesión del Sanedrín después de la vuelta de los emisarios.—La defensa de Nicodemo. (*Juan*, VII, 37-52.)

Regularmente la fiesta de los Tabernáculos no duraba más de siete días. Las prescripciones mosaicas eran formales sobre este punto ⁽¹⁾. Pero á esta semana venía juntándose, ora como recuerdo de la entrada en la Tierra Prometida, ora como conclusión de todas las fiestas del año, un día octavo cuya solemnidad había prescrito Moisés, sin consignar su sentido místico. ⁽²⁾ Esta fiesta adicional del *Azareth*, que se celebraba con un reposo absoluto y una reunión general en el Templo, era tan bien aceptada como el apéndice necesario de la de los Tabernáculos, de la cual, en el lenguaje ordinario, jamás se la separaba ⁽³⁾, atribuyéndose á la solemnidad una duración de ocho días. El octavo ⁽⁴⁾, calificado por Filón de «conclusión muy santa del año» y

(1) *Deuter*, XVI, 13; *Números*, XXIX, 12.

(2) *Números*, XXIX, 35; *Levít.*, XXIII, 36; *II Esdras*, VIII, 18.

(3) *Josefo Ant.*, III, 10: 'Εφ' ἡμέρας ὀκτῶ ἑορτὴν ἀγιοῦτας κ. τ. λ.

Después añade: «El día octavo interrumpen absolutamente todo trabajo; es costumbre entre los hebreos celebrar de este modo la fiesta de los Tabernáculos» (*II Macab.*, X, 6).

(4) En esta hipótesis, Jesús continuó, los días siguientes y fuera de la fiesta, la aplicación que hacía á su carácter mesiánico de ciertos símbolos usados durante la solemnidad, tales como los candelabros encendidos, etcétera. Si se quiere entender que el día indicado por *Juan*, VII, 37, fué solamente el séptimo, que podía ser un gran día, sin ser el más solemne el discurso sobre la luz del mundo se habría pronunciado en el octavo, fiesta del

por los rabinos de «último y buen día», es el mismo que Juan designa como el último y principal de todos. En dicho día tuvieron lugar probablemente los hechos que van á seguir.

En cada uno de estos ocho días, según un pasaje del Talmud ⁽¹⁾, se hacía una libación simbólica. Como en el Templo no había manantial de agua viva, se dirigían después del sacrificio de la mañana á la fuente de Siloé que corría al pie de la montaña santa. Allí, un sacerdote llenaba de aguas frescas y límpidas una urna de oro que introducía solemnemente en el templo por la puerta llamada de las Aguas al son de trompetas y en medio de universal alegría. Llegado al altar de los holocaustos, se paraba, y, oyendo á la multitud gritar en torno suyo: «Levanta tu mano», mezclaba el agua de la urna de oro con vino contenido en una copa de plata, y de este modo hacía libaciones, mientras el gozo y el reconocimiento públicos se traducía en el cántico entusiasta del grande *Hallel* ⁽²⁾.

Esos ritos particulares, que no están en la legislación mosaica, pero que los rabinos mencionan con los más minuciosos detalles ⁽³⁾, habíanse introducido en tiempo de los profetas, ó quizás solamente después de la vuelta del cautiverio, con las demás innovaciones farisaicas. ¿Debía verse en las libaciones de los siete primeros días un recuerdo místico de las aguas con que había satisfecho la sed el pueblo en el desierto, y en las del octavo una acción de gracias por los manantiales de que abundaba la Tierra Prometida? O bien, aquella mezcla de vino y agua ¿no significaba otra cosa que la acción solemne de gracias por las lluvias y cosechas del año ⁽⁴⁾? Los ramos cargados de frutos que

(1) Tratado *Succah*, c. 4, §. 9. R. Jehuda dice: «Libant unum logum omnibus octo diebus et libanti dicunt: Eleva manum tuam.»

(2) *Salmos* CXIII, CXVIII.

(3) V. Wetstein sobre ese pasaje, y Lightfoot.

(4) Filón, *de Septem. et Festis extra.*, dice: «A esos siete días se ha añadido un octavo, que su nombre indica como un corolario, no ya sólo de la fiesta, como se podría creer, sino de todas las fiestas anuales. En efecto, esta

se llevaba parecerían confirmar esta última explicación. Pero más arriba hay que buscar el sentido real de esos piadosos símbolos. Los mismos rabinos nos enseñan que había en ellos una mirada al porvenir más bien que al pasado, y, según sus ideas, toda la ceremonia menos era una acción de gracias que una plegaria. En efecto, el pueblo cantaba en ella con fe viva la profecía de Isaías: «Vosotros sacaréis agua de las fuentes del Salvador.» (*Isaias*, XII, 3.) Los tiempos mesiánicos se le habían aparecido siempre bajo el emblema de aguas vivificantes que debían inundar la tierra. Como los manantiales vivos llegan á los que tienen sed ó como los ríos se extienden por las tierras sedientas, así el Espíritu de Dios se derramará sobre la raza de Jacob⁽¹⁾. Según Joel⁽²⁾, las aguas debían correr por todos los arroyos de Judá, y un manantial fecundo brotar de la Casa del Señor para regar el torrente de las Espinas. Finalmente, Zacarías⁽³⁾ suponía que la inundación celestial cubriría el mundo entero de la más saludable fecundidad.

Ahora bien, había llegado la hora en que todas estas figuras tocaban á su realización. Respondiendo á la solemne súplica de Israel, que había resonado los días precedentes, ó que resonaba todavía en el recinto sagrado, Jesús, de pie en medio de la muchedumbre, gritó: «Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Del seno del que crea en mí manarán, como dice la Escritura⁽⁴⁾, ríos de agua

solemnidad del día octavo, es la última del año, algo así como un limite, un mojón fijo y especialmente sagrado, *συμπέρασμα ἀγιώτερον*. La tierra entonces ya había producido todos sus frutos y todos, habiendo encerrado sus cosechas, bendecían la mano del Creador.

(1) *Isaias*, XLIV, 3.

(2) *Joel*, III, 18.

(3) *Zacarías*, XIV, 8.

(4) Se pregunta á qué pasaje de la Escritura hacía aquí alusión Jesús. En parte alguna de los textos que poseemos, ha sido posible descubrir la presente cita con el conjunto de ideas que evoca. Algunos han pensado que formaba parte de un libro santo que ya no tenemos. Otros, con San Crisóstomo, puntuando de un modo diverso la frase, han traducido: «Si alguno tiene sed venga á mí y beba. Del seno del que crea en mí, en conformidad con la Escritura, etc.» Más recientemente otros han imaginado cor-

viva ⁽¹⁾.» La roca que da de beber al pueblo muriendo de sed en el desierto, ¿no es, en verdad, el Cristo? Esta nueva figura de la fuente que brota, Él la realiza, como las de la serpiente de cobre, de la nube luminosa, del maná y del cordero pascual. Quienquiera que esté atormentado por la sed de la inquietud, de la duda, del pecado, no tiene más que beber en las aguas que le propone el Salvador. Se verá al momento refrigerado y aun inundado más allá de sus necesidades; tanto, que de él saldrán ríos capaces de apagar también la sed de otras almas. En efecto, el que, mediante la fe, hase unido á Jesucristo y lo ha introducido en su corazón, se convierte en seguida en manantial de vida y se esfuerza en propagar el nombre del Salvador, su doctrina y su gracia. Los discípulos serán más tarde una elocuente prueba de ello; que es á lo que, según el Evangelista, Jesús hacia alusión. «Pues—añade San Juan—esto lo dijo del Espíritu Santo que habían de recibir los que creyesen en Él; pues aun no se había comunicado el Espíritu Santo, porque Jesús todavía no estaba en su gloria ⁽²⁾.»

tar la frase de modo que dan por sujeto á *πνέρω* del vers., 37, las dos primeras palabras del vers., 38, de suerte que traducen con una inversión: «¡Que beba el que crea en mí!» y así. *κοιλίας αὐτοῦ* podía indicar el seno de Jesús. Ahora bien, como que el Salvador había ya aplicado la idea del templo á su cuerpo, podía referirse hablando de esta manera á *Joel*, IV, 18; *Zacarías*, XIV, 8; *Ezequiel*, XLVII, 1-12. La mayor parte, desesperando hallar las diversas imágenes reunidas en un solo texto, ha preferido ver en él una alusión, sea á muchos pasajes de la Escritura, sea solamente á uno de los siguientes que recuerdan la idea de ir á beber á una fuente, ó mejor, la de ser la fuente misma. Tales son en *Isaías* LV, 1: «Sedientos, venid todos á las aguas»; ó bien, XLIV, 3, citado más arriba; ó en fin, LVIII, 11: «Tu serás como huerto bien regado y como manantial perenne, cuyas aguas jamás faltarán.» Tales son también el texto de *Joel*, y la descripción detallada de *Ezequiel* ya citados. Sin embargo, la imagen del justo como manantial, casi no puede ser convenientemente referida más que á los pasajes siguientes: «Tengo tu Ley en medio de mi corazón.» (*Ps.*, XXXIX, 9). «Hijo del hombre, come este volumen que yo te doy, tu vientre se alimentará y llenaránse tus entrañas.» (*Ezequiel*, III, 3.)

(1) Esta imagen no era desconocida de los rabinos. *Tanchuma*. Tol., 17. I: «Unde Abraham didicit legem? R. Simeon filius Jochai dixit: Bini renes ipsius tranquam binae lagenae aquarum factae sunt ex quibus lex promanavit.» Y en *Sohar Chadash*, fol., XLIV, 4: «Quando homo se convertit ad Dominum, tanquam fons vivis aquis impletur, et fluenta ejus egrediuntur ad omnis generis homines et ad omnes tribus.»

(2) No es difícil comprender por qué ilación de ideas el Evangelista en-

Este discurso de Jesús, del cual el Evangelista da solamente una idea general ⁽¹⁾, parece haber sido pronunciado con un acento entusiasta que conmovió profundamente á la multitud. Unos decían: «¡Este ciertamente es un Profeta!» y por tal entendían uno de los más valientes defensores de los derechos de Dios bajo la Antigua Ley, cuya apari-

tré bajo la imagen, de que Jesús se sirve, la efusión del Espíritu Santo. El agua es, en la Escritura, un emblema de regeneración moral, de absolución y salud. Isaías llega á establecer un completo paralelismo entre el agua y el Espíritu Santo. Según él, Dios anuncia la efusión de éste, prometiendo como imagen la efusión de aquélla. (*Isaías*, XLIV, 3.) La explicación de San Juan, como el pensamiento y alusión de Jesús, estaba, pues, toda entera en Isaías. Pero ¿cómo pudo el Evagelista añadir que el Espíritu Santo *aun no se había comunicado*? Esta expresión extraña, que parece haber preocupado á los copistas,—unos han añadido, otros suprimido algunas palabras del texto á fin de atenuar su rudeza—no ofrece con todo serias dificultades para la teología cristiana. El Espíritu Santo como el Verbo y el Padre, existen desde toda la eternidad en Trinidad inmutable. Sólo que, con relación al hombre, su actividad personal tiene fases sucesivas. Así como el Verbo no ha cesado de obrar en el mundo siendo su luz y su belleza, el Espíritu asimismo siempre ha reanimado el alma de los justos. Él es á quien David recibió en su corazón (*Key.*, XVI, 13), y suplicaba que no le fuese robado (*Sal.* LI). Él es á quien Israel siempre poseyó (*Isaías*, LXIII, 2), y del cual hase mostrado orgulloso como de su más gloriosa prerrogativa. Él es, en fin, según la doctrina de los Apóstoles (*Hechos*, XXVIII, 25; *II Pedro*, I, 21), quien con su soplo, inspiró á los profetas del Antiguo Testamento. Mas por lo mismo que el Verbo se complacía en realizar en la Encarnación la grande manifestación de su personalidad, que debía hacer olvidar todas sus diversas irradiaciones en las demás criaturas; así también el Espíritu se reservaba, para Pentecostés, una comunicación más universal y más poderosa á fin de eclipsar todas sus comunicaciones individuales ó veladas de los tiempos pasados. En este sentido, Dios había dicho en el profeta (*Isaías*, LXV, 17): «He aquí que yo voy á criar nuevos cielos y nueva tierra; y de las cosas primeras no se hará más memoria ni habrá recuerdo alguno». Ahora bien, el Espíritu Santo no podría comunicarse con la abundancia de sus dones sino en las almas purificadas de sus inmundicias; esto es lo que había enseñado todo el Antiguo Testamento (*Sal.* LI: *Jerem.*, XXXI, 21; *Isaías*, LIX, 2), y he ahí porque su efusión no puede venir sino después de la glorificación de Jesucristo, es decir, después de la restauración completa de la humanidad. Esta restauración, inaugurada en el Calvario con la expiación, se acabó en el triunfo definitivo del día de la Ascensión. He ahí por qué siempre Jesús subordinó, en sus palabras y en sus hechos, el advenimiento del Espíritu Santo á la consumación misma de su obra. (*Juan*, XVI, 7, et passim., 20, 22; *Hechos*, II, 33). El espíritu *estará*, reinará en el mundo cuando el Hijo habrá sido glorificado.

(1) El plural τῶν λόγων τούτων que se halla en los mejores manuscritos denota un desarrollo del discurso que, por otra parte, supone la agitación del pueblo. Una ó dos frases no habrían bastado para arrancar á la multitud las profesiones de fe que van á seguir. San Juan se contenta con la idea general que el Maestro se había complacido en desarrollar.

ción sobre la tierra debía concordar con los días mesiánicos. Otros, más próximos á la fe, replicaban: «¡Es el Cristo!» En cuanto á los enemigos, estaban imaginando objeciones—la malquerencia las encuentra siempre.—«¿Por ventura el Cristo ha de venir de Galilea? ¿No está claro en la Escritura que del linaje de David y del lugar de Belén, donde David moraba, debe venir el Cristo?» Hemos visto en otra parte que estas indicaciones proféticas habían tenido su pleno cumplimiento en la natividad de Jesús. El pueblo, no conociendo más que de una manera vaga el pasado de aquel á quien trataba de juzgar, ignoraba que el empadronamiento le había precisamente hecho nacer en Belén. Viéndole salir de Galilea, se creía autorizado á negar, según la profecía de Miqueas ⁽¹⁾, el carácter mesiánico de sus orígenes. En realidad, para evitar todo error en la interpretación de esta palabra profética, hubiera sido necesario determinar el sentido preciso por otra de Isaías ⁽²⁾ indicando á Galilea como el punto de donde debía partir la grande manifestación mesiánica. Mas el prejuicio que induce á buscar objeciones en la Escritura, impide asimismo encontrar en ella los textos que deben resolverlas. Esas dificultades, en las cuales el Evangelista no se detiene, porque supone que sus lectores ya saben la solución, no parecían menos decisivas á muchos judíos. Provocaban respuestas violentas y acentuaban la división entre los oyentes.

Con motivo de esta creciente agitación, se volvió á pensar en prender á Jesús; pero todavía había mucha distancia de la resolución á la ejecución. Sea que Dios protegiese directamente á su Hijo, sea que el entusiasmo de los amigos pareciese un serio peligro á los enemigos y los hiciese circunspectos, nadie se atrevió á poner la mano en Él. Más aún, agentes de policía volvieron llenos de admiración por quien habían seguido de cerca, mostrándose muy conmovidos de los discursos que habían oído.

(1) *Miqueas*, V, 1.

(2) *Isaías*, IX, 1

Cuando los Príncipes de los Apóstoles y los fariseos los vieron volver solos, dijeron montando en cólera: «¿Cómo no le habéis traído?» Mas ellos se contentaron con confesar la impresión profunda que les había causado su poderosa palabra: «Jamás hombre alguno—dijeron—ha hablado como este hombre.» Una respuesta como esta no sólo hería el orgullo del Sanedrín, sino que probaba su injusticia. Según propia confesión de los ministros, es decir, de servidores siempre prontos á halagar á sus señores, ni uno sólo de los doctores de la sinagoga tenía ni con mucho la autoridad de Jesús. El joven doctor hablaba un lenguaje al cual ningún otro era comparable. Los ministros lo afirmaban sencillamente, y los príncipes de los sacerdotes se sentían molestados. «¿Qué—dijeron,—también vosotros habéis sido embaucados? ¿Acaso alguno de los príncipes ó de los fariseos ha creído en Él? Sólo ese populacho, que no entiende de la Ley, es el maldito.» He ahí claramente en estas palabras, con su necia arrogancia, á la secta farisaica que Jesús ha estigmatizado con tanta frecuencia sin convertirla. La naturaleza se manifiesta aquí tal cual es. La estimación exagerada de sí mismo, el desprecio de los demás, la presunción, el sofisma, la brutalidad, nada falta. Y también el ridículo; pues esos hombres que invocan tan bravamente su resistencia colectiva y unánime á la enseñanza de Jesús, parecen ignorar que Jesús cuenta á lo menos con un partidario en su seno. Pretenden que sólo aquellos que no saben nada, pueden ser seducidos; y, sin embargo, Nicodemo, doctor de Israel, como Jesús antes le calificó, tiempo ha que es partidario de las ideas del Profeta nazareno. ¿Es necesario asimilarlo, á él también, al vil populacho? ¿No es acaso miembro del Gran Consejo? Por lo demás, sin despojarse enteramente de la timidez que ya conocemos en él, pero con una indiferencia afectada y un poco maliciosa, Nicodemo se levanta en seguida para tomar el partido de Jesús. En nombre de la Ley, que tanto se glorían de conocer y tan poco de observar, reclama un conocimiento más

completo de su causa. «¿Por ventura nuestra Ley—dice—condena á nadie sin haberle oído primero y examinado su proceder?»

Afectando no tener prejuicio alguno, Nicodemo se contenta con ser imparcial en medio de jueces apasionados. Mas el simple hecho de no irritarse con los furiosos, equivale á declararse su enemigo: no participar de su exaltación moral, es atraerse su cólera y sus injurias. En vano hubiera recordado la observancia elemental del derecho á aquellos legistas presuntuosos. «¿Eres acaso tú—le respondieron con viveza,—como él, galileo? Examina las Escrituras, y verás cómo no hay Profeta originario de Galilea.» Esto no era acudir á la lógica, sino á la invectiva. Por no asociarse á su injusta cólera, Nicodemo se veía insultado; se le preguntaba si era galileo, y esta linda argumentación se concluía afirmando que no habiendo antiguamente Galilea tenido jamás profetas, no era creíble que ahora hubiese producido uno. Se podía poner en duda la legitimidad del antecedente, ya que probablemente algunos profetas habían sido galileos ⁽¹⁾; pero, en todo caso, la consecuencia era absurda, y lo pasado en manera alguna debía ser necesariamente la regla de lo por venir. ¡Por qué especie de sofisma la pasión hace pasar á la razón humana de la verdad al error!

En realidad, todos sabían que el Mesías no limitaría su acción á Galilea. Estando el centro de la vida religiosa del judaísmo en Jerusalén, aquí debía tener lugar, según la Escritura y la razón, la manifestación última y decisiva. Mas negar que el Mesías pudo comenzar su obra en Galilea, era desconocer el oráculo célebre de Isafas, que

(1) En efecto, hay tres profetas que algunos creen originarios de Galilea. Por lo que toca á Jonás, que era de Gat-Hefer (*IV Reyes*, XIV, 25), el hecho es seguro, mas en su irritación los del Sanedrín prescinden de él. En cuanto á Nahúm, no se sabe si realmente fué del pueblo de Elkoschi, como supone San Jerónimo, ó de la raza de Koschi, como enseñan los rabinos, y si Koschi es también una ciudad galilea, opinión de San Jerónimo que nadie admite. En lo relativo á Oseas, todavía es más dudoso. Elías, según el testimonio sacado del libro III de los *Reyes*, XVII, 1, era de Galaad, y no de Galilea.

hacia salir de sus verdes montañas el primer resplandor del Evangelio. Finalmente, ignorar que Jesús en realidad había nacido en Judea, era no haber querido investigar los secretos de su origen. En tales condiciones de prejuicio y de ignorancia, la discusión era superflua é imposible. Parece que no se prolongó más. El Evangelista se contenta con decir que cada uno se retiró á su casa, los raros partidarios de Jesús felicitándose tal vez de su tímida valentía, y los adversarios excitándose á un golpe de mano mejor concertado y más enérgicamente dirigido.

CAPÍTULO III

La Mujer adúltera

Con motivo de una mujer sorprendida en adulterio, los fariseos piden á Jesús que haga de juez.—Doble lazo que trataban de prepararle.—Jesús se calla y escribe en tierra.—¿Qué escribía?—Las palabras que dirige á los acusadores trasladan la cuestión del terreno jurídico al terreno moral.—Mantiene la Ley, pero anula á los acusadores.—La pecadora es perdonada. (*Juan*, VII, 53;-VIII, 11.)

Jesús, que se había dirigido hacia la montaña de los Olivos, para pasar la noche en alguna cabaña de follaje, entre peregrinos amigos, volvió á aparecer al día siguiente en el Templo, al rayar el alba. Con visible diligencia, agrupóse de nuevo la multitud en torno suyo. Habiéndose sentado, comenzaba á instruirlos, cuando un incidente del todo inesperado ofreció á sus enemigos ocasión de tenderle un lazo. En medio de aquellas fiestas ruidosas, que Plutarco llamaba *bacanales judías*, entre aquellos extranjeros llegados de todas partes, en aquella vida excepcional de efusión y gozo frecuentemente mundano, una infeliz mujer acababa de faltar vergonzosamente. Sorprendida en flagrante delito de adulterio, era conducida á Jesús, emocionada todavía por su crimen y cubierta de deshonor. Los fariseos y los escribas habían tomado á su cargo el asunto. Su manera de proceder indica que pertenecían á la famosa secta de los *celosos*.

Trajeron á la criminal en medio de la asamblea, diciendo: «Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. Moisés, en la Ley, nos tiene mandado apedrear»⁽¹⁾

(1) En el *Levit.*, XX, 10 y en el *Deuter.*, XXII, 22; la adúltera es simple-

á las tales. Tú ¿qué dices á esto?» De este modo, á pesar de su irritación contra Jesús, le constituían en juez. En realidad, era para perderle más seguramente. Según fuere su respuesta, esperaban poder comprometerle, y levantar contra Él la indignación general. Con frecuencia el odio que se dirige á sus fines se convierte en cariñoso y halagador para asegurar mejor su venganza. Ya se sabe que multitud de veces los fariseos habían intentado poner á Jesús en contradicción con Moisés. Confundidos á cada paso en la aplicación de la ley sabática, aprovechaban con diligencia la ocasión de probarle en un punto por demás delicado, la grave cuestión del adulterio.

Suponían que, con la decisión que le caracterizaba, el nuevo Reformador mantendría sus teorías de indulgencia y de misericordia, aun frente á semejante crimen. ¿No era Él el amigo reconocido de los publicanos y pecadores? Ahora bien, si esta vez su tolerancia llegaba á tanto, era fácil desenmascarar sus ideas subversivas en moral como en religión, y soliviantar la opinión pública contra Él. Si, por un imposible, se colocaba del lado de la Ley, si pronunciaba la aplicación de la pena decretada por Moisés, renegaba de todo su pasado, abdicaba de sus hermosas máximas sobre la clemencia, rompía con todos aquellos miserables que se gloriaban de hallar sitio en su reino, y sobre todo, se exponía á hacerse responsable, ante el Sanedrín y la autoridad romana, de las consecuencias de una

mente condenada á muerte, y parece, según el Talmud, que cuando no se especifica el género de muerte, debe entenderse la estrangulación (*Mischna Trac., Sanhedrin*, fol. 5, 2). Habría, pues, aquí una ignorancia de la ley ó de las costumbres judías que contribuiría á hacer sospechosa la autenticidad de este fragmento, autenticidad ya dudosa desde otros puntos de vista. Pero ¿no es eso dar á la *Mischna* una autoridad demasiado considerable, sobre todo viendo en *Ezequiel*, XVI, 38-40 á algunas adúlteras apedreadas? Asimismo, Moisés, cuando no designa la lapidación para ciertos crímenes, no por ello pretende excluirla. (Véase, por ejemplo, sobre la violación del sábadó: *Exodo*, XXXI, 14; XXX, 11. Comp. *Núm.*, XV, 32, 35). Además de estas razones, que parecen decisivas para rechazar un texto demasiado general de la *Mischna*, se podría siempre suponer que la adúltera acusada ante Jesús era, no una casada, sino una desposada infiel, y entonces, según el mismo Moisés, debía ser positivamente apedreada (*Deut.*, XXII, 23, 23).

sentencia de muerte. En efecto, estaban dispuestos á infligir sin tardanza la pena decretada por Moisés, si Jesús declaraba que era merecida. Á ejemplo de Fineas ⁽¹⁾, cuyo espíritu querían hacer revivir, los celosos adelantaban en su indignación contra el crimen, la sentencia regular de los jueces, y se abrogaban denodadamente el derecho de ejecutar á los culpables.

En lugar de responder á su pregunta, Él, que no tenía que aplicar la ley de los hombres, sino únicamente la Ley de Dios, se contenta con inclinarse, y con su dedo escribe en tierra ⁽²⁾. ¿Quería por este medio testimoniar su desprecio á quienes venían á tentarle y su inquebrantable resolución de no responder? Así, según Eliano ⁽³⁾, había procedido aquel filósofo que, en lugar de resolver la cuestión propuesta, púsose á escribir sobre el pavimento. Así lo hacían algunas veces los rabinos judíos ⁽⁴⁾ cuando no querían pronunciarse sobre materias delicadas. La insistencia de los fariseos en arrancar á Jesús una respuesta, permitiría creer que habían interpretado su manera de obrar. En este caso, los signos incoherentes que el Maestro escribía no habrían expresado otra cosa que su resolución bien decidida de no hablar. Sin embargo, lo más probable es que Jesús, haciendo ademán de escribir, se pusiese realmente á escribir.

La actitud dura y orgullosa de los acusadores había excitado su indignación: quería castigar su hipocresía. Según la ley romana, antes de todo juicio, era indispensable presentar al juez el acta de acusación con los nombres de los acusadores. Nada parecido habíase hecho en este caso. Esta fué probablemente la formalidad á que se refería Jesús cuando se inclinó á escribir por primera vez. Pero, se-

(1) *Núm.*, XXV, 6 y sig.

(2) Dios escribe en tierra los nombres de los que le abandonan, *Jeremías*, XVII, 13. No hay que conservarlos, puesto que ellos mismos deben perecer. Los hombres que pasan, las tormentas que estallan se encargan de borrarlos. Los que han renunciado á ser inscritos en el libro de la eternidad, no deben hallar lugar sino en el libro miserable del tiempo.

(3) *Hist. Var.* XIV, 19.

(4) Schœttgen, *Hcr.*, heb., ad h. 1.

gún la misma legislación ⁽¹⁾, quien se presentaba como acusador ante los jueces debía ser al menos más irreprochable que el acusado; de lo contrario, se exponía á ser recusado ó aun juzgado en primer lugar.

Jesús, habiendo probablemente empezado por escribir la lista legal de los acusadores, la examina después con atención. Creeríase que vacila, y se le apremia á que conteste. Enderezándose entonces, dice: «El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra esta mujer el primero la piedra.» En efecto, la ley judía autorizaba á requerir al acusador ó al testigo para que fuese el verdugo. Aquí la requisición se parecía mucho á una acusación. Pero los malvados son hábiles en el fingimiento, hasta el punto de hacer creer que se consideran invulnerables. Los fariseos permanecieron impassibles. Entonces Jesús se inclina por segunda vez. Según algunos manuscritos, había juntado al nombre de cada acusador la lista de sus debilidades ⁽²⁾. La cuestión era cada vez más ardiente; la prueba intolerable. Una revelación pública de las faltas más secretas, en semejantes condiciones, era un suplicio que nadie estaba dispuesto á sufrir. De todos cuantos habían acusado á la desgraciada, los primeros, es decir, los ancianos del pueblo, viéndose á la cabeza de la lista, desenmascarados y justamente calificados según sus vicios personales, se escabulleron en seguida uno tras otro. Los demás no tuvieron ya más deseos de prolongar la experiencia, y, sin tardanza, todos se retiraron sucesivamente, así los más viejos como los más jóvenes, aquéllos por vergüenza de lo que estaba escrito, éstos por miedo de lo que iba á escribirse.

De este modo, dejando en pie con su autoridad divina la ley de Moisés, Jesús había conseguido salvar á la pobre mujer. Le había bastado negar la competencia de sus jueces y el valor de testigos tan criminales como ella misma.

(1) Heineccii *Antiq. Juris Rom.*, lib. IV, tit. 18, § 17-20. Cicerón alude á ello *In Verrem*, 3, al principio: «Vis corruptorem aliquem vel adulterum accusare? Providendum diligenter ne in tua vita vestigium libidinis appareat, etc.»

(2) El manuscrito U y otros llevan: ἐνὸς ἐκάστου αὐτῶν τὰς ἀμαρτίας.

Con admirable habilidad, había hecho pasar la cuestión del terreno jurídico, en que los fariseos la habían colocado, y en el que, no siendo juez oficial, no quería resolverla, al terreno moral desde el cual podía muy fácilmente humillar á los acusadores y desalentarlos. Cuando se juzga en nombre de la ley y de la misión que ella confiere no hay necesidad de ser un santo para desenmascarar el vicio puesto en acusación por la honradez pública. Mas, cuando uno se constituye en juez á sí mismo, es preciso á lo menos tener superioridad moral sobre quien se quiere juzgar. En el presente caso, ni en nombre de la ley, ni en nombre de su virtud personal, tenían derecho los fariseos á echárselas de acusadores y, todavía menos, de jueces autorizados.

Á través de esta fuga vergonzosa de los enemigos, á quienes una palabra escrita en el suelo inutilizaba por completo, podía contemplar el pueblo el espectáculo más sublime, conmovedor y divino. Jesús permanecía solo con la adúltera; Él, grande en toda su majestad, hermoso en toda su santidad, radiante en toda su misericordia; ella, avergonzada, impura, temblorosa; víctimas ambos, salvados de la malicia de los hombres y definitivamente dueños del campo de batalla. Jesús era el Salvador triunfante y glorioso; la mujer era la oveja dolorida y manchada por la baba de las fieras. Su nuevo Señor ¿iba á encerrarla en el aprisco ó á echarla al muladar? La frente cubierta de vergüenza, los ojos bajos, las manos cruzadas en actitud de desesperación, la infeliz esperaba su sentencia.

Jesús, siempre tan bueno como prudente, la miró con compasión, y viendo que todo el mundo había desaparecido súbitamente: «Mujer—le dijo,—¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado? Ella respondió: Ninguno, Señor. Y Jesús le dijo: Pues tampoco yo te condenaré; anda, y no peques más en adelante.» Así, el único que, en nombre de la moral, se encontraba en las condiciones requeridas para castigar á la culpable, rehusa ha-

cerlo ⁽¹⁾. Es que si, en su santidad, tiene horror al pecado, en su bondad conserva todavía el amor al pecador. No castiga á la acusada con cólera, sino que le da con misericordia tiempo para examinar su conciencia. En lugar de decirle: «Vete en paz» como á la Magdalena, pronuncia simplemente esta palabra: «Anda», á fin de señalar, sin duda, la distancia que separaba á estas dos mujeres, llegada la una por sí misma, movida por el arrepentimiento, arrastrada la otra por los jueces; aquélla creyente y amante, ésta simplemente humillada y confundida. Á Magdalena le concede la justificación perfecta; á la adúltera le da el tiempo y el medio de adquirirla, gracias á la penitencia moral, que es la más útil, dulce y severa de todas, ya que origina la obligación de no volver á caer. La grandeza de toda esta escena prueba la autenticidad de la narración ⁽²⁾.

(1) Eso es lo que da á entender el «tampoco yo,» οὐδὲ ἐγώ, en boca de Jesús.

(2) Es muy cierto que muchos Padres de la Iglesia, y de los más antiguos, no han dicho nada de este hermoso pasaje; tales son: Orígenes, Tertuliano San Cipriano, Apolinar, San Crisóstomo y muchos otros. La razón está en que no se encontraba en su Evangelio. En efecto, un gran número de manuscritos no lo tienen, v. g., los manuscritos (1) ABLTXA, del siglo IV al IX, y otros sesenta. Treinta evangelistas itálicos, sahílicos, coptos, siríacos, tampoco lo llevan. Debe reconocerse que, desde el principio, los orientales lo habían suprimido, y con bastante atrevimiento, para que algunos manuscritos aunque lo conservaban, lo hubiesen señalado con un signo de duda (ΕΜΣΑΙΙ). Otros lo relegaban al final del Evangelio de San Juan, como un fragmento apostólico separado con intención, y cuya colocación parecía incierta. Uno ó dos lo añaden al cap. XVI de San Lucas; pero probablemente lo transportaron al texto, sacándolo de una nota marginal puesta allí por vía de concordancia. En fin, las numerosas variantes que se encuentran en cada línea muestran que ese pasaje ha sufrido mucho para resistir la terrible guerra que primitivamente se le declaró. ¡Fué un prejuicio dogmático lo que, desde el siglo segundo, dictó á algunos sectarios la supresión de ese fragmento sublime en que la misericordia divina podía parecer exagerada. Los montanistas sobre todo, aquellos innovadores de un rigorismo desesperante, parecía que se escandalizaban de un ejemplo semejante de clemencia cristiana. Y, de hecho, el ambiente en que esta secta nació y se desarrolló, Frigia, así como la época en que fué poderosa, la mitad del siglo segundo, y la audacia de sus jefes, que aplicaban á los mismos Libros Santos el cincel de su crítica interesada, todo esto concordaría fácilmente con el acto de violencia que un gran número de manuscritos orientales parece haber sufrido por entonces y de la que sólo se libraron los ejemplares de Occidente y de Constantinopla. Es cierto que, para ser lógicos, los montanistas ó catafrigios deberían haber suprimido también otros pasajes, v. g., el del hijo pródigo, el

de la pecadora á los pies de Jesús; mas ¿es siempre el error bastante consecuente consigo mismo y bastante audaz para llegar hasta el fin? Por lo demás, ¿puede decirse que en estos ejemplos de la misericordia divina, el deber de no juzgar sino para perdonar se halla tan claramente expuesto como en la narración de la mujer adúltera?

Además de esta hipótesis, que hace á una secta responsable de la supresión, muchos han imaginado que, desde su origen, las Iglesias, obedeciendo á una inspiración de prudencia excesiva, habían juzgado preferible, en medio de poblaciones pervertidas, no proponer comúnmente á la multitud el hecho de que se trata, por cuanto podía parecer más bien un estímulo al desorden que un objeto de edificación moral. Esa es la explicación dada por San Agustín (c. *Faustum*, 22, 25; de *Adult. conj.* 2, 6, 7), y San Ambrosio (*Apol. Davidis secunda*). Pero, admitiendo esta suposición, se pregunta uno todavía cómo fué que la supresión se produjera en casi todos los manuscritos de Oriente y en casi ninguno de Occidente. Se ha dicho que, si las costumbres disolutas de Asia y África peligraban pretextando un perdón tan fácil, el Occidente, sometido en general á una disciplina eclesiástica más severa, debía ver en un espectáculo semejante de la bondad divina un consuelo y no un peligro. Tal vez convendrá añadir que la Iglesia de Roma, gloriándose siempre de mantener la verdad franca, aun en lo que tenía de más embarazoso y en apariencia de más atrevido, se ha abstenido siempre de pegarse á las mezquinas preocupaciones de algunos espíritus asustadizos. Vió en torno suyo la catolicidad entera, y no un grupo de hombres ó de pueblos, y, depositaria fiel, ha conservado el Evangelio tal cual los Apóstoles lo habían predicado en todos los tiempos y á todos los hombres, sin suprimir nada.

Sea lo que fuere, la primera cita que se encuentra de ese fragmento admirable es en las Constituciones apostólicas (I, 2, 24). Aun cuando la redacción definitiva de este libro perteneciese á un obispo de Oriente de fines del siglo III, lo que está lejos de demostrarse, no sería menos probable que su autor tomó la mayor parte de los documentos de la Iglesia de Occidente. La relación de la mujer adúltera, en particular, debía venirle de los evangelistas de Roma, si se supone que, en esta época, no estaba en los manuscritos orientales, y se llega á esta conclusión: desde la más remota antigüedad, los occidentales conocieron este pasaje. Por otra parte, todo concurre á confirmarlo. Los manuscritos D, F, G, H, K, U, y otros trescientos del siglo VI al IX, la versión itálica, la Vulgata, la versión latina de las Concordancias de Taciano, contienen, en efecto, los doce versículos. San Jerónimo (*adv. Pelag.*, 2, 6) afirma su presencia en un gran número de manuscritos griegos ó latinos que existían en su tiempo. No queremos buscar una prueba de nuestra tesis en el testimonio de Papias, que Eusebio ha recogido en su historia (*Historia Eccles.*, III, 40). La mujer acusada de *multitudo de peccatis* de que habla: *ἐν πολλαῖς ἀμαρτίαις διαβληθεῖσας γυναικός*, y de la que el Evangelio de los Hebreos hacía mención, fué la pecadora identificada con la Magdalena. En suma, quedan bastantes textos completos para hacer prevalecer su integridad contra la incertidumbre de unos y el silencio de otros. Todavía podemos añadir que, si es verdad que una cita tiene más autoridad que cien omisiones, el mayor número de manuscritos debe pesar más que el menor, por respetables que se suponga á éstos.

Por otra parte, los escrúpulos de la crítica filológica pueden disiparse ante la autoridad de esos manuscritos. No hay porque extrañarse de las frecuentes repeticiones de la partícula *δέ*, ya que las numerosas variantes, que es preciso admitir, bastan á suprimir un buen número y los cap. V, 35 y siguientes, X, 2 y sigs., XI y sigs., autorizan visiblemente las demás. En vano es que se

pretenda hallar aquí locuciones y giros más familiares á San Lucás que á San Juan. Comúnmente, la arbitrariedad es lo que preside á tales comparaciones y no se puede negar que todo este pasaje revela el estilo del cuarto Evangelista. Esas cortas reflexiones que se hallan esparcidas (V, 6 y 9), son perfectamente las mismas en que San Juan se complace ordinariamente á fin de completar las impresiones del lector. Su lacónica y natural sencillez se manifiesta en todo el diálogo (V, 10 y 11). En fin, la frase, que tiene siempre la misma sobriedad, conserva también la negligencia ordinaria en las repeticiones de las mismas palabras (VII, 53, y VIII, 1). Nada hay de inverosímil en el pasaje, y una exposición inteligente de los detalles basta para excluir todas las dificultades. Además, el incidente por sí mismo toma naturalmente su lugar en el presente capítulo. San Juan quiere una vez más poner de manifiesto el odio hábil é implacable de los fariseos, y el poder de la mirada con que Jesús leía en sus conciencias. Todo este cuadro conserva algo tan puro, tan inimitable, tan grande, que las dudas de la crítica se disipan ante la admiración profunda que inspira al alma cristiana. De suerte que su belleza es la completa é irrestible demostración de su autenticidad. Esto es lo que muchos protestantes modernos han definitivamente reconocido y lealmente declarado.

CAPÍTULO IV

Jesús luz del mundo

Las iluminaciones de la fiesta de los Tabernáculos y su simbolismo.—La verdadera luz de la humanidad es Jesús.—Objeción motivada por esta afirmación solemne.—Respuesta: aun cuando sólo Jesús diese testimonio de sí mismo, debería creérsele, pero el Padre da testimonio con Él.—«¿Dónde está tu Padre?»—Debe buscársele en el Hijo.—Todo esto fué dicho en el atrio de la tesorería y casi á oídos del Sanedrín. (*Juan*, VIII, 12-10).

La fiesta de los Tabernáculos, en sus múltiples ritos, no recordaba solamente, como ya lo hemos dicho, las fuentes milagrosas brotando de la roca durante la peregrinación por el desierto; dos inmensos candelabros encendidos todas las tardes en el atrio de las mujeres después de la puesta del sol, y cuya viva luz iluminaba todo el Templo, conmemoraban á los ojos de los creyentes la nube luminosa que había guiado al pueblo de Dios durante la travesía del desierto. Los mismos particulares se complacían en iluminar sus moradas y en dar gracias á Jehová por su protección en lo pasado, invocando la aparición de la luz mesiánica en lo por venir ⁽¹⁾. La ceremonia se prolongaba hasta muy avanzada la noche, y, según todas las apariencias ⁽²⁾, se perpetuaba regularmente hasta el día octavo. Jesús, vuelto al Templo, estaba en el atrio ⁽³⁾ en que se hallaban todavía los gigantescos candelabros que habían servido para la simbólica iluminación. Sacó de ellos, por

(1) *Zacar.*, XIV, 7, 16.

(2) El Talmud sólo habla de ella para la primera tarde de la fiesta. Según Maimónides, tenía lugar cada tarde hasta el día octavo.

(3) Se deduce del vers. 20, en que se dice taxativamente que Jesús entonces se hallaba en la tesorería, *in gazophylacio*, la que estaba en el vestíbulo de las mujeres. (*Marc.*, XII, 41.)

modo muy natural, el tema de su discurso, como de las abluciones místicas que practicaban había tomado el de la víspera. Así celebrará, después que los demás, la fiesta de los Tabernáculos, demostrando que Él es la realización viviente de sus ritos figurativos.

«Yo soy—dice—la luz del mundo; el que me sigue no camina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida.» Los símbolos no son más que una imagen fugitiva de lo pasado ó una aspiración impotente hacia lo por venir; después de haber provocado un momento de entusiasmo, dejan á las almas en el más profundo desaliento. He ahí por qué, en medio de la tristeza que sigue al día de fiesta, en presencia de esas lumbreras apagadas, de esta luz extinguida, Jesús decía que Él era la luz verdadera é indefectible, no solamente del Templo y de la Ciudad Santa, sino también del mundo entero. Hablar de este modo, era atribuirse una de las prerrogativas del Mesías. En efecto, éste, según los Profetas, debía «levantarse como el sol de justicia para los amigos de Dios ⁽¹⁾»; ó también: «como una grande luz para el pueblo que marchaba en las tinieblas.» Dios le había dicho: «De poco me sirves tú para restaurar las tribus de Jacob y convertir los despreciados restos de Israel; he aquí que yo te he destinado para ser luz de las naciones, á fin de que tú seas la salud enviada por mí hasta los últimos términos de la tierra ⁽²⁾.» Luz, vida y salud son idénticos en la Escritura, como tinieblas, muerte y perdición. Jesús, luz de la humanidad, es, por lo mismo, vida y salvación. Se levanta en la noche del error sobre el mundo extraviado. Su palabra y sus obras hacen brillar la luz. Esta luz muestra el camino al espíritu y al corazón, reanima á los que la muerte había helado y salva lo que estaba perdido. Al mismo tiempo que seguían la nube luminosa, podían permanecer los hebreos en la noche del alma; y los que, con el ruido de los instrumentos y cánticos piadosos, se entregaban ayer á su danza sagrada en torno de los

(1) *Malaquias*, IV, 1.

(2) *Isaías*, XLIX, 6. Comp. con XLII, 6.

candelabros misteriosos, llevaban acaso en sus almas las espesas tinieblas que engendran las pasiones, los mil deseos criminales, la confusión de pensamientos ordinarios á los pecadores. Pero el que sigue á Jesús tiene necesariamente la luz de la vida, porque Él la difunde, penetrante y fecunda, hasta por los últimos repliegues del alma. Bajo los rayos de la eterna verdad, el alma ve el bien, el corazón lo quiere y la voluntad lo realiza.

Esta nueva afirmación de su misión mesiánica, no menos categórica que la primera, promovió en seguida entre los fariseos una objeción bastante especiosa para los espíritus todavía vacilantes y no convencidos. «Tú das testimonio de ti mismo, y así tu testimonio no es idóneo.» ¿Por qué razón no lo sería? ¿Porque queda solo, aislado, personal, y porque nadie ha venido á confirmarlo? ¿Quién, pues, sobre la tierra tendrá autoridad para apoyarle? El testigo, en tanto es útilmente llamado y oído, en cuanto ha visto por sí mismo y apreciado los hechos que su deposición debe confirmar. Ahora bien, en esta ocasión el hombre ignora absolutamente las cuestiones transcendentales que se refieren á la naturaleza, origen y misión del Mesías. Por consiguiente, su testimonio no aportará nada de nuevo á la afirmación de Jesús. El que acaba de decir: «¡Yo soy la luz!» se coloca en una esfera superior en la que no puede invocar más que el testimonio de la misma luz, y esta luz es Él ó Dios ⁽¹⁾. «Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es digno de fe, porque yo sé de dónde soy venido y adónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni á dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; pero yo no juzgo así de nadie ⁽²⁾.» Pertenecen á mundos diferentes. No toca á ellos, que viven en una es-

(1) San Agustín (*Tract. in Joan*, XXXV, 4-6) expone ingeniosamente este argumento: «Lumen et alia demonstrat et se ipsum: testimonium sibi perhibet lux, aperit sanos oculos, et sibi ipsa testis est ut cognoscatur lux... Ergo verum est testimonium luminis, sive se ostendit, sive alia; quia sine lumine non potest videre quodlibet aliud quod non est lumen.»

(2) Se han hecho grandes esfuerzos para explicar las palabras *Ego non iudico quencquam*. Deben tomarse tal cual ellas son, añadiendo la elipse «así, ó de este modo» que permite el texto.

fera inferior y del todo humana, el apreciar los misterios de la vida divina. Él, que está en la luz celestial, puede decir lo que ha visto en ella. Él lo *sabe* sin ilusiones, y lo declara con toda franqueza. La santidad de su vida lo prueba. Injustamente, pues, se rehusa su testimonio porque no tiene confirmación exterior y autorizada.

¿Pero es realmente verdad que no la tiene? Sin duda que no, pues el único fiador que invoca de su palabra, Dios Padre, está del todo á su favor: «Si yo juzgo—añade Jesús,—mi juicio es idóneo, porque no soy yo solo; sino yo y el Padre que me ha enviado. En vuestra Ley ⁽¹⁾ está escrito que el testimonio de dos personas es idóneo; yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre, que me ha enviado, da también testimonio de mí.» Todo esto es indispensable para cerrar la boca á sus adversarios. Reclaman dos testimonios sobre su misión mesiánica, y Él los ofrece por modo categórico. Según la letra de la Ley, su causa estaba ganada. En efecto, Él da testimonio de sí mismo con sus virtudes sobrehumanas, su santidad, su caridad, su sabiduría, y el Padre sale fiador de cuanto el Hijo afirma mediante las obras milagrosas que le encarga. Podría añadir, como lo hará más tarde, que pronto un tercer testigo, el Espíritu Santo, vendrá á testar en su favor. ¿Qué más se necesita, ya que se encontrarán así tres testigos en el cielo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, para afirmar la legitimidad de una misión que la impiedad farisaica pone en duda? Y como un eco de este divino testimonio, habrá

(1) Al decir: *vuestra Ley*, está lejos de pretender sustraer inmediatamente á sus discípulos á las prescripciones mosaicas; ya se había explicado sobre ese punto (*Mat.*, V, 17). Su intención es hacer notar que acepta la discusión en el terreno preferido por los fariseos: la Ley, esta ley cuyo texto á cada instante tienen en los labios y que es su argumento más decisivo. Aquí está la intención particular de la palabra *vuestra*. Es igualmente cierto que Jesús no podía decir, sin parecer que abdicaba de su naturaleza superior en el momento mismo en que la afirmaba, *nuestra ley*. Él no estaba con referencia al mosaísmo, en la misma relación que los Judíos. Esta Ley era su ley, porque él la había dictado á Moisés; era la Ley de los judíos, porque éstos la sufrían. Así también decía *mi Padre* ó *vuestro Padre*, pero nunca *nuestro Padre*, porque Él no era Hijo de Dios en las mismas condiciones que nosotros. La primera interpretación es quizá la más natural.

asimismo sobre la tierra tres fuerzas que hablarán; el espíritu cristiano, la sangre de los mártires y el agua de la regeneración.

Jesús se expresaba con un entusiasmo religioso que sus adversarios tomaron por exaltación mística. Creyeron que, excitándole todavía con una cuestión nueva, le arrancarían la palabra decisiva que debía comprometerle. La habilidad de los malvados no desdeña ningún medio para triunfar, y más de una vez ha muerto á sus adversarios con provocaciones lisonjeras. Los fariseos no ignoraban de quién hablaba Jesús cuando nombraba á su Padre. Con bastante frecuencia le habían oído explicarse sobre este punto delicado, y si le invitan á volver sobre él, era porque esperaban verle extraviarse en su lenguaje y levantar una tempestad decisiva. Ya que hablaba de ese Padre como de un testigo, no tenía más que darlo á conocer y hacerlo oír. «¿Dónde, pues, está tu Padre?»—le dijeron bruscamente.—Jesús, conociendo su verdadero pensamiento, les responde sin inmutarse, con un lenguaje tan elevado, que, al par que dice la verdad, no permitirá que el pueblo la comprenda y se escandalice. Su palabra pasará por encima de la cabeza de la multitud, y, recta, herirá á sus enemigos, sin caer en el peligro inmediato que tratan de suscitarle. «Ni me conocéis á mí ni á mi Padre; si me conocierais á mí, no dejaríais de conocer á mi Padre.» El sentido de esta respuesta consiste en que es preciso procurar ver á ese Padre, á Dios, no en sí mismo, sino en el Hijo que tienen ante ellos, no con los ojos del cuerpo, sino con los del alma. Sólo tendrán esta manifestación del testigo celestial.

De este modo Jesús mantenía claramente su relación de naturaleza con el Padre, su filiación divina y eterna, en una palabra, su divinidad. Según toda la profundidad de su pensamiento, el Padre y Él no son más que uno por naturaleza; están unidos el uno al otro por una relación esencial tan íntima, que la idea del uno contribuye á dar la idea del otro. No conocer á Jesús como Hijo eterno de Dios, es no conocer á Dios como Padre, y en este caso

no se tiene ni la idea verdadera del Mesías, ni la idea cristiana de Dios. Hay más: en Dios el Hijo no evoca solamente la idea de paternidad; reproduce, como Verbo, la imagen perfecta del Padre, y está indisolublemente unido á Él, no haciendo más que uno con Él. Sólo pueden, pues, preguntar dónde está el Padre, y cómo es, los que han rehusado reconocer al Hijo. Este es el caso de los fariseos y de todos los adversarios de Jesús. Cerrando los ojos ante la imagen viviente de ese Padre, piden verle; obstinándose en negar su más brillante manifestación, el Hijo, desean saber quién es Él mismo; ciegos voluntarios, gritan al sol: «¿Qué es, pues, tu luz, y dónde está?» El sol responde: «Yo soy el foco en que ella se ve: miradme y la conoceréis. Ella y yo no formamos más que uno.»

En el mismo Templo y cerca de la sala del tesoro, hizo Jesús tan valiente declaración ⁽¹⁾.

El Sanedrín celebraba sus sesiones no lejos de allí. Podía, pues, oír la voz de Jesús y escuchar sus discursos sin recurrir á los porteros. El Maestro se inquietaba poco de semejante proximidad. De otra parte, nadie se atrevió á intentar nada contra Él. La hora de las tinieblas todavía no había llegado.

(1) El Evangelista se complace en hacernos notar la importancia de las palabras pronunciadas por Jesús, *haec verba*, y el lugar en que fueron pronunciadas, la tesorería, situada cerca de la sala del Sanedrín conocida con el nombre de *Gazitá*. Esta tesorería era, como indica su nombre, el sitio en que se tenían guardadas las riquezas del Templo. Se sabe que Heliodoro (*Mac.*, III, había querido penetrar en ella para robarlas. Trece cepillos en forma de trompetas, y por eso llamados *Schofarot*, se abrían por fuera en el atrio de las mujeres, y, mediante inscripciones diversas, recordaban su destino. La piedad de los creyentes depositaba en ellos sus dones particulares. Cada trompeta llevaba escrito su objeto especial. (*V. Shekalim*, c. VI, 1). En una estaba escrito: *Siclos nuevos*; en otra: *Siclos viejos*, según que se deseaba pagar el impuesto del año corriente ó del anterior. La tercera llevaba *Tórtolas y palomas*; la cuarta, *Holocausto*, etc.

CAPÍTULO V

Sólo los creyentes son libres y no mueren

Jesús abandonará á los que rehusan acogerle.—Para salvarse, es necesario creer que es ÉL.—¿Quién es *Él*?—Definición sublime.—Los judíos no la comprenderán hasta más tarde.—Sólo los creyentes son libres.—Por más que se digan hijos de Abraham, los judíos son esclavos del pecado é hijos espirituales del demonio.—Furor de la concurrencia.—La inmortalidad prometida á los creyentes.—Abraham es menos que Jesús.—Fin violento de la discusión. (*Juan*, VIII, 21-59.)

Por triunfantes que fuesen sus afirmaciones y sus réplicas, como en la multitud secretamente trabajada por la malicia farisaica, la fe parecía languidecer y la corriente de oposición acentuarse cada vez más, Jesús se puso á repetir con tristeza una amenaza ya hecha á sus adversarios declarados: «Yo me voy—dice,—y vosotros me buscaréis y vendréis á morir en vuestro pecado; á donde yo voy, no podéis venir vosotros.» Esto es dolorosamente categórico. Rehusan ver la luz que está ante sus ojos, la antorcha será llevada á otro lugar. De este modo, caerán para siempre en las tinieblas que habrán buscado. Su pecado es la oposición á la misión auténtica de Jesús; será la causa de su muerte, ya que su alma perecerá por no haber reconocido á Cristo, y será reprobada por haberse obstinado contra su luminosa manifestación. Para ellos, no habrá Mesías sobre la tierra, no habrá Salvador en el cielo. Prosiguiendo la realización de sus groseros ideales, inspirarán acaso el fanatismo en el alma de algunos pobres insensatos, y tratarán de suscitar Mesías ridículos; pero muy pronto verán la inutilidad de sus esfuerzos. Entonces dirigirán á Dios gritos de esperanza ó de impaciencia, mas Dios no los escu-

chará. Cuando no se ha aceptado el puente que debía unir la tierra al cielo, se queda uno en el destierro eterno. Eso es lo que Jesús tenía interés en repetirles con acento tan tierno como amenazador.

También esta vez, convirtiendo en burla sus palabras, se preguntaron si pretendía ir á hacerse reconocer como Mesías, no ya solamente entre los gentiles, mas también entre los muertos. «¿Si querrá matarse á sí mismo⁽¹⁾, y por eso dice: Á donde yo voy no podéis venir vosotros?» Sin responder á estas exclamaciones irónicas, Jesús prosiguió: «Vosotros sois de acá abajo; yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.» Esto es bastante para probar que allá donde Él va, ellos no podrán seguirle, no siendo ni del mismo origen, ni de la misma naturaleza, ni para la misma patria. Sólo se reúnen los que se parecen. Sólo la fe podría establecer este parecido, y dar, con las mismas aspiraciones, el mismo destino. De ahí esta conclusión lógica: si ellos no van al Maestro por la fe, uniendo su vida á la suya, perecerán todos en la impenitencia. «Con razón—añade—os he dicho que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que YO SOY ÉL..., moriréis en vuestro pecado.» Nada hay más atrevido que esta fórmula empleada aquí por Jesús para expresar toda su dignidad en una significativa reticencia. Por una parte, alude á la definición que Dios en otro tiempo había dado de sí mismo⁽²⁾ á Moisés, y así, indica su

(1) Faber (*Epist.* I. II, 159) conjeturó que debía leerse: ἀροξενοί, y no ἀποκτενεί; como si los judíos hubiesen dicho: «¿Si querrá desterrarse?», en lugar de decir: «¿Si querrá matarse á sí mismo?» Esta lectura no tiene otra ventaja que la de reproducir lo que los judíos han dicho más arriba, pero nada la autoriza. Además, no se ve que sea irracional el suponer á los judíos recurriendo á chanzas groseras, pues le preguntan si quiere irse al otro mundo, á donde en manera alguna desean seguirle.

(2) El texto literalmente dice: «Porque si no creyereis que yo soy...» El atributo falta en la frase. Ahora bien, ó está en el verbo, y entonces debe traducirse: «Si no creyereis que yo soy existente,» en otros términos: «Si no creyereis en la realidad de mi existencia como enviado celestial;» ó no está en el verbo, y en ese caso pueden imaginarse muchos sentidos: «Si no creyereis que yo soy Aquel que soy,» y la relación se hace fácil con las palabras de Dios á Moisés (*Exod.*, III. 14); ó también: «Si no creyereis que yo soy

divinidad y la necesidad de creer en Él; por otra, no articula su título de Mesías y de Cristo, pero encierra en el giro vago y solemne que escoge, la idea completa de su misión mesiánica.

Los judíos le apremian entonces á que explique su pensamiento: una vez más quisieron arrancarle la confesión categórica de sus pretensiones á fin de acusarle con más éxito. «Pues bien, ¿quién eres tú?»—replicáronle.—Jesús, completando entonces la bella definición que ha bosquejado, añade sin temor á sus violencias: «Absolutamente lo que os digo ⁽¹⁾.» Él es, pues, el Mesías, y lo es desde el origen; es decir que, para acabar de darse á conocer á los que le interrogan, insinúa que Él ES, por esencia, ya que es desde *toda la eternidad*, como Dios; quizás va hasta pronunciar su propio nombre de Verbo, dando así la definición más completa y más elevada de su persona. «Muchas cosas tengo que decir y condenar en cuanto á vos otros, como quiera, que el que me ha enviado, es veraz; y yo sólo hablo en el mundo las cosas que oí á Él.» Los oyentes no eran probablemente los mismos que en el discurso precedente, pues el Evangelista nota que no comprendieron que Jesús hablaba de su Padre. Este es el único medio de explicar su falta de comprensión.

En realidad, si todavía el Maestro no había mencionado

Él,» es decir vuestro Mesías tan deseado y celebrado por los profetas; ó en fin: «Si no creyerais que yo soy el solo Mesías,» y entonces se invoca un legítimo paralelismo con los pasajes del *Deuter.*, XXXII, 39, y de *Isaías*, XLIII, 10: «Á fin de que conozcais que soy Yo.»

(1) El texto es obscuro, y las interpretaciones numerosas. No es posible traducir: «Yo soy el Principio, el mismo que os estoy hablando.» Sería necesario leer: ἡ ἀρχή, y no τὴν ἀρχήν. Necesariamente τὴν ἀρχήν debe tomarse en sentido adverbial, como se lee alguna vez en el Antiguo Testamento (*Dan.*, VIII, 1; *Gén.*, XLI, 21; XLIII, 20), y frecuentemente en los autores profanos. Así en *Herodoto*, II, 28: ὡς ἀρχὴν ἐγένετο, significa desde el origen, mientras que, I, 9, ἀρχὴν... μηχαρήσομαι tiene el sentido de enteramente, absolutamente, precisamente. Comp. Jenofonte, *Sympos.* t. 15; *Econ.* II, 11; VIII, 2; *Cirop.* 1, 2, 3; Platón, *Corgias*, 34; *Apol. Scr.*, 17. Lo más sencillo es, pues, traducir palabra por palabra, sobreentendiendo el verbo: «Desde el principio, yo soy lo que os digo; ó, con más atrevimiento: «desde el principio, yo soy el que os habla, (el Verbo);» ó en fin: «Precisamente, yo soy lo que os digo.»

ante ellos á Aquel de quien tenía su misión, se comprende que el pensamiento de éstos buscarse en la tierra á Aquel á quien era necesario ver en el cielo. Además, cuando el corazón es malo, el espíritu está lleno de tinieblas. Ahora bien, la concurrencia, llegada de todas partes, podía no ser muy buena. Pero si actualmente es incapaz de comprender, tal vez más tarde le llegará la hora de la gran iluminación. «Cuando habréis levantado en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy ÉL, y que nada hago de mí mismo, sino que hablo lo que mi Padre me ha enseñado; y el que me ha enviado está siempre conmigo, y no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que es de su agrado.» Cuando, pues, se le verá, á pesar del odio de sus enemigos, salir vivo de los brazos de la muerte, y glorioso del fondo de su sepulcro, se sospechará tal vez que su obra no era simplemente la suya, sino la de Dios, su Padre, cuyo pensamiento reflejaba y cuya palabra reproducía. En ese día de rehabilitación se comprenderá la relación íntima que existía entre el Enviado y el que envía. El Padre habrá probado que está con el Hijo comunicándole su poder y su vida, y proclamando de este modo su fidelidad en serle agradable. Aquí hay una de las numerosas pruebas de la santidad perfecta del Salvador. Jesús tiene conciencia de haber permanecido invariablemente, aun como hombre, en la más perfecta unión y más filial dependencia, con relación á su Padre, haciendo cuanto desea y porque lo desea.

Oyéndole desarrollar estas palabras, que el Evangelista visiblemente abrevia—cosa que explica su obscuridad relativa,—muchos creyeron en Él. La elevación de una doctrina, que, por otra parte, sólo comprendían á medias, se imponía por lo menos á su admiración. Se sentían movidos á esperar algo sorprendente de un hombre que pronunciaba tan sublimes discursos. Una palabra tenazmente convencida hace siempre impresión en la multitud, aun cuando supere su alcance intelectual. Una parte de aquellos nuevos creyentes—observa el Evangelista—eran judíos, es decir,

habitantes de Jerusalén. La situación animosa y triunfante que el joven Profeta tomaba en el Templo, también favorecía sus aspiraciones mesiánicas. Deseando vivamente un Mesías, creían haberlo hallado.

Jesús pronto comprende la falsa dirección de su fe, y para enderezarla, espiritualizando en seguida sus terrenales esperanzas, les anuncia la emancipación de las almas más bien que la de los cuerpos, y la supresión de un yugo más duro que el de los romanos, el yugo de Satanás. «Si perseverareis en mi doctrina, seréis verdaderamente discípulos míos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.» Sin duda tendrán obstáculos que vencer para perseverar en su fe. Su primer cuidado deberá consistir en guardar fielmente la enseñanza recibida. Por poco buena que sea la tierra, verán fructificar el buen grano, y las consecuencias serán consoladoras. ¡Qué gozo al sacudir las cadenas del pecado y hallarse libre! La palabra recibida es la verdad, la verdad es la revelación del bien, la revelación del bien es la exclusión del mal; ahora bien, la exclusión del mal constituye la santa independencia de los hijos de Dios. En este sentido, el Mesías es verdaderamente libertador, y su advenimiento inaugura la emancipación moral de la humanidad.

Estas palabras, mal comprendidas por unos, malevolamente explotadas por otros, levantaron en seguida la más violenta tempestad. El viejo orgullo judío herido se sublevó: «Nosotros somos descendientes de Abraham—respondieron algunos patriotas entre la multitud,—y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo, pues, dices tú que vendremos á ser libres?» Desde luego queda uno sorprendido de lo presuntuoso de esta exclamación de los judíos, y se lamenta de que no precisasen mejor su sentido. Habría podido comprobarse hasta qué punto su vanidad los cegaba. Si entendían hablar de la libertad política, Egipto y Babilonia podían responderles que sus padres habían estado cautivos en tierra extranjera, y su historia nacional les decía que en Palestina mismo, y más de una vez, habían

tenido que encorvar la cabeza bajo el yugo de los pueblos vecinos. ¡Insensatos! En el mismo momento en que hablan, no tienen más que levantar los ojos, para ver las águilas romanas que dominan los castillos de la ciudad, y los soldados del César vigilando el Templo desde lo alto de la torre Antonia. Para ser sinceros, en lugar de hablar tan bravamente, debieran clamar al cielo ⁽¹⁾, como sus antepasados, que son esclavos en la misma patria en que Dios los había establecido. Si quieren hablar de la libertad individual, se les puede conceder, en efecto, que el israelita era rara vez reducido al estado de esclavitud, y que, entre todos los pueblos, los hijos de Abraham llevaban, mejor que los otros, grabado en la frente su dignidad de hombres libres. Si también pretenden reivindicar una superioridad religiosa sobre todas las naciones, se debe comprender su legítimo orgullo. En eso se habían inspirado Moisés y Daniel para hablar tan valientemente, en nombre de su pueblo, el uno al Faraón de Egipto, y el otro al rey de Caldea. Mas Jesús no tocaba ese lado glorioso de la dignidad nacional. Tenía á la vista la esclavitud moral que engendra el pecado, y la libertad correspondiente que hace germinar la justicia. Ellos, en su ignorancia, tomaban como una injuria la más consoladora de las promesas.

Sin desanimarse el Maestro, vuelve á tomar, para destruirlas una tras otra, las dos partes de su objeción. He aquí su tesis: no es cierto que no hayan conocido la esclavitud, y, además, casi no se muestran hijos de Abraham.

«En verdad, en verdad os digo que todo aquel que comete pecado, es esclavo del pecado.» En efecto, el pecado, como acto, es la sumisión al demonio, y, como hábito, se convierte en tirano que impone al hombre sus más detestables exigencias. San Pablo ⁽²⁾ sostiene esta misma doctrina, cuando escribe que «el hombre debe ser esclavo del pecado ó de la justicia», y aun que «el pecador se vende

(1) *II. Esdras*, IX, 36.

(2) *Rom.*, VI, 16 y sig.; VII, 14.

como esclavo del pecado que comete.» San Pedro ⁽¹⁾ se autoriza también de esta palabra del Maestro para declarar que el pecador se hace esclavo del pecado por quien ha sido vencido. «Ahora bien, el esclavo no mora para siempre en la casa»—prosigue Jesús.—No está en casa del padre de familia más que para servir en ella sometido á humillante condición. Llega la hora en que Agar debe ser echada del hogar doméstico. Esta es la suerte de los pecadores, los cuales pueden ser algún tiempo tolerados en la casa de Dios, pero serán expulsados, al fin, como extranjeros embarazosos y desagradables. «El Hijo sí que permanece siempre en la casa paterna,» y con él permanecen los que el Padre se digna adoptar, puesto que el Hijo los ha escogido por coherederos de su reino. «Luego si el Hijo os da libertad, seréis verdaderamente libres.» En efecto, á sus fieles comunicará sus derechos por un acto de su amor, y su propia vida por la influencia de su palabra. En este sentido, por Él, Verdad eterna, los israelitas, ciegos y esclavos, podrán ser libertados.

«Yo sé que sois hijos de Abraham; pero también sé que tratáis de matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros.» Nadie podrá poner en duda una descendencia tan altamente establecida desde largos siglos, pero ha sobrevenido un hecho moral, la incredulidad obstinada que, desde el punto de vista religioso, la ha comprometido. ¡Ser hijo del padre de los creyentes y no tener fe! ¡En lugar de amar, aborrecer! ¡Querer matar al Enviado celestial cuando era preciso acogerle! ¡No es eso estar bien lejos del gran patriarca que saludaba á Dios en sus ángeles bajo la vieja encina de Mambré y esperaba contra toda esperanza en la palabra de Jehová? «Yo hablo—añade Jesús con una dolorosa ironía—lo que he visto en mi Padre; vosotros hacéis lo que habéis visto en vuestro padre.» Cada uno habla y obra según el principio del cual procede. Ahora bien, hay

(1) *II Pedro*, II, 19. «Prometen la libertad, cuando ellos mismos son esclavos de la corrupción; pues quien de otro es vencido, por lo mismo queda esclavo del que le venció.»

dos principios, el bien y el mal, dos padres, Dios y Satán. Ya que aquellos á quienes Jesús se dirige tienen intenciones y obras diferentes de las suyas, señal es de que no son de la misma raza. Mas Él es el Hijo de Dios. Luego ellos, ellos son hijos de otro. Esta conclusión los irrita cada vez más, y exclaman: «¡Nuestro padre es Abraham!» Jesús vuelve entonces á su respuesta: «Si sois hijos de Abraham, obrad como Abraham; mas ahora pretendéis quitarme la vida, siendo yo un hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios; no hizo eso Abraham. Vosotros hacéis lo que hizo vuestro padre.» La filiación moral de que se trata aquí, probándose por la semejanza moral, no podría existir donde hay oposición de conducta. Lógicamente su padre verdadero debe ser, no aquel á quien nombran, sino aquel á quien imitan.

Experimentando entonces los judíos toda la viveza de la argumentación que los apremia, se colocan, por fin, en el terreno del sentido espiritual en que Jesús los ha llamado. «Nosotros no somos—exclaman—de raza de fornicadores; un solo Padre tenemos, que es Dios.» Sin duda alguna, ellos no son adoradores de falsas divinidades, permanecen fieles á la ley mosaica; ni una gota de sangre pagana corre por sus venas, pueden ostentosamente llamarse israelitas. ¿Pero es esto bastante para probar su filiación? «Si Dios fuera vuestro Padre—replica Jesús—ciertamente me amaríais á mí, pues yo nací de Dios y he venido de Dios. No he venido de mí mismo, sino que Él me ha enviado. ¿Por qué, pues, no entendéis mi lenguaje? Es porque no podéis sufrir mi doctrina. Vosotros sois hijos del diablo, y así queréis satisfacer los deseos de vuestro padre.» Por fin, la terrible palabra ha salido de labios del Maestro. Hacía un rato que se notaba que la retenía en su corazón; la actitud de sus adversarios se la arranca. En línea recta, según el espíritu, los malvados son hijos del demonio; ¿qué importa, pues, que descendan de Abraham según la carne? El padre real, efectivo, demostrado por sus aspiraciones, es Satanás: «Éste fué homicida

desde el principio.» Mató á la humanidad en el primer Adán, y se prepara otra vez á matarla, si puede, en el segundo. Ha suscitado, con todas las pasiones, en el alma humana la cólera y la venganza; armó el brazo de Caín contra su hermano ⁽¹⁾, y por eso es el asesino universal. «No permaneció en la verdad, y así no hay verdad en él.» En efecto, Satanás revelándose contra Dios, echóse fuera de la vida eterna, sustrayéndose obstinadamente á su luz; se halla encerrado en las tinieblas de la mentira sin quedarle ni un rayo de verdad moral ⁽²⁾. El hombre pecador es menos desgraciado; guarda todavía algunos fragmentos de ella, y he ahí por qué puede volver á la luz por medio del arrepentimiento. Satanás es el eterno obstinado que no se convertirá, porque, al levantarse contra Dios y exterminándolo cuanto puede en su voluntad, ha hecho de la mentira absoluta el pleno desenvolvimiento de su ser. «Cuando dice mentira, habla como quien es, por ser de suyo mentiroso y padre de la mentira.» La naturaleza, la vida, el destino del demonio son estar en la mentira como en su elemento, sin que nada pueda atraerle á la verdad. Del mismo modo obran sus hijos. «Á mí, empero, no me creéis—prosigue Jesús,—porque os digo la verdad.» Tienen horror á la luz. Sin embargo, es cierto que la palabra del Maestro es palabra de verdad; su vida entera lo demuestra: quien es absolutamente justo no puede mentir. «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?...» Con la plena conciencia de su inalterable santidad, el Hijo de Dios interrumpe en esta palabra su discurso. En su silencio solemne, parece desafiar á los acusadores. Nadie se atreve á levantarse para evocar una sombra sobre su radiante figura. Por tanto, según con-

(1) La correspondencia de este pasaje con la 1.^a epístola de Juan, III, 12-15, ha hecho creer á algunos que Jesús aquí miraba sobre todo á la muerte de Abel; mas debe creerse que se inspiraba asimismo en una idea más general.

(2) Sin embargo, en el diablo hay la verdad metafísica por la cual es un ser. Lo que es verdadero, y, por consiguiente, guarda una suma de verdad. Pero el Salvador quiere hablar aquí de la verdad que está en la voluntad y la libre actividad. No hay que buscarla en Satanás.

fesión propia. Él es sin pecado. Mas si es sin pecado, no miente. «Pues si os digo la verdad—añade con nueva energía,—¿por qué no me creéis?» Después de haber incitado á sus adversarios á que le juzgasen, los invita á su vez á que se juzguen. Como no respondiesen, saca la conclusión, que era el punto que se debía demostrar: «Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios.»

Entonces el furor de sus enemigos se deshizo en injurias. «¿No decimos bien nosotros que tú eres un samaritano—exclaman—y que estás endemoniado?» Para los judíos, samaritano significaba incrédulo, y un poseído del demonio era un loco. La impiedad y la locura; he aquí, según su criterio, los que podían haber dictado los sublimes discursos que acaban de oír; y después de haber tomado las razones de Jesús por injurias, le devuelven abundantemente injurias por razones. Pero el Salvador procura demostrar que los insultos no turban la calma de su espíritu. «No—les dice con dulce tristeza—yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado á mí.» La oposición es bien radical entre Él y los judíos. Él se afana por glorificar á su Padre, y así prueba su filiación real; ellos se aplican á injuriarle en la persona de su enviado que le glorifica, y de este modo revelan su parentesco diabólico. Felizmente, «el Hijo no tiene necesidad de buscar su propia gloria; otro hay que la promueve, y Él le vindicará.»

Volviéndose entonces á aquellos oyentes que le miran con simpatía, intenta con sus palabras sostener su ánimo. «En verdad, en verdad os digo, que quien observare mi doctrina, no morirá para siempre.» Entendía aquí, no sólo la muerte espiritual, sino en general la muerte que los verdaderos creyentes deben vencer, como el Hijo del hombre la ha vencido. Esta afirmación escandaliza aun más á los refractarios y levanta nueva tormenta más terrible que la primera. «Ahora acabamos de conocer que estás poseído del demonio—grita la muchedumbre con rabia.—Abra-

ham murió y murieron también los Profetas, y tú dices: «quien observare mi doctrina, no morirá eternamente: ¡Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y que los Profetas que asimismo murieron? Tú ¡por quién te tienes?» Una vez más no responderá á esta pregunta peligrosa renovada por sus adversarios con maliciosa insistencia; pero su silencio en este punto dejará ver que acepta el ser más grande que Abraham y que todos los Profetas. Sólo que no quiere por su propio testimonio establecer su grandeza; deja ese cuidado á su Padre, quien está encargado de decir y probar quién es Él. «Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria no vale nada; es mi Padre el que me glorifica, Aquel que decís vosotros que es vuestro Dios.» Y, en efecto, las profecías cumplidas, los milagros realizados no son otra cosa que la voz de ese Dios. «Vosotros empero, no le habéis conocido; yo sí que le conozco; si dijere que no le conozco, sería como vosotros, un mentiroso. Pero le conozco y observo sus palabras.» Por eso Él, en cuanto hombre, es el jefe y el modelo de los creyentes, el primero en merecer la recompensa y el primero en recogerla. Los que le imitarán en su fidelidad al Padre serán como Él libres, y como Él más fuertes que la muerte. Abre la grande era de triunfo y alegría para el universo; realiza todas las esperanzas de los patriarcas y llena todos los votos de la humanidad caída. «Abraham vuestro padre ardió en deseos de ver este día mío; vióle y se llenó de gozo» (1). ¡Qué contraste! ¡El padre lo deseó con tanta impaciencia,

(1) ¡Le vió en vida, no sólo en las figuras proféticas, sino también en éxtasis? Algunos lo sostienen; sin embargo, es poco probable. Jesús aquí habla de Abraham muerto, y quiere decir que en medio de los gozos imperfectos que gustaba en la otra vida, el Patriarca esperaba á su Libertador, y que al verle surgir después de siglos de espera, se estremeció en los limbos ó en el fondo de su tumba. La persuasión de que los muertos siguen con interés los acontecimientos de la tierra, no era menos común entre los judíos que entre los paganos. Los unos veían á Jacob (*Isaias*, XXIX, 22, 23), desde el fondo de la tumba, preocuparse de la suerte de sus hijos, y los otros reconocían, con el poeta, que los muertos no se desentienden enteramente de las cosas de la tierra (*Virgilio*, *Eneida*, VI, 655).

le saluda con tanto amor, y los hijos reniegan de Él con tanta obstinación, ó le sufren con tanto odio! «Aun no tienes cincuenta años ⁽¹⁾ ¿y viste á Abraham?»—replica la concurrencia indignada.—Y Jesús, con una solemnidad que impone y revela el fondo de su pensamiento: «En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuera criado ⁽²⁾, YO SOY.» Abraham nació como toda criatura; Él no nació, Él no fué, Él no será; no conoce más que un tiempo en su existencia superior: el presente, el cual expresa la eterna actualidad de su existencia: ÉL ES. Y volviendo de este modo á la definición que ha dado de sí mismo, por dos veces, en este discurso, no vacila en emplear el lenguaje de Jehová, su Padre: YO SOY. He ahí de una vez su nombre, el secreto de su naturaleza y su superioridad incomparable sobre Abraham y todos los representantes de la humanidad.

Ante una afirmación semejante, no habrá más remedio que caer de rodillas para adorar ó coger piedras para protestar. La malicia de los judíos prefirió ese último partido ⁽³⁾; mas Jesús, gracias al tumulto y á la protección de sus amigos, ó mejor, á un milagro de su poder, se ocultó súbitamente á su furor.

Á aquella multitud sobreexcitada dejábale Él su valiente declaración como un argumento nuevo para condenar á los que no había podido convencer.

(1) Algunos antiguos, entre otros San Ireneo. (*Adv. Haeres.*, 3, 22), pretendían deducir de ese pasaje que Nuestro Señor había en aquel entonces pasado de los cuarenta; mas todo se opone á esta interpretación. Los judíos toman aquí cincuenta años como un número redondo, una concesión extrema, y no como un límite exacto. Quieren decir: «Tú no has pasado todavía la edad madura, no eres un anciano, y ¿has visto á Abraham?»

(2) La traducción exacta sería: «Antes que Abraham comenzase, yo soy.» El Verbo *γενέσθαι* indica el tránsito de la nada al ser, conviene á Abraham, simple criatura. El Verbo *εἶμι*, yo soy y no *yo era*, excluyendo *el comenzar*, la transición, denuncia en Jesús á Dios.

(3) Esto pasaba, según toda probabilidad, en el atrio del Templo. Era fácil encontrar piedras en él, pues en aquel entonces todavía no estaba terminada la reparación del edificio. (*Juan*, II, 20). Los trabajos cesaron en tiempo de Herodes Agripa II.

CAPÍTULO VI

El ciego de nacimiento

Pregunta de los discípulos sobre el mal físico con motivo de un ciego de nacimiento.—Respuesta de Jesús.—En qué condiciones da al ciego el sentido de la vista.—Siloé y su significación mística.—Emoción general producida por el milagro.—La investigación y sus peripecias.—Actitud triunfante del ciego curado.—Consecuencias del milagro: para el ciego, la fe; para los demás, la obstinación en la ceguera. (*Juan*, IX, 1-41).

Alejándose del Templo y de la tumultuosa muchedumbre, vió Jesús, sentado en el lugar en que se colocaban los mendigos ⁽¹⁾, á un ciego de nacimiento. La lástima que pareció inspirarle ⁽²⁾, impresionó á los discípulos, y considerando la triste suerte del desgraciado, se pusieron á indagar la causa. «Maestro—dijeron—¿qué pecados son la causa de que éste haya nacido ciego, los suyos ó los de sus padres?» En efecto, una cuestión que ha preocupado siempre á los hombres serios ha sido la del mal físico, cuando éste no se liga visiblemente con el mal moral ó el pecado.

En el presente caso, los Apóstoles entrevén sin duda dos soluciones de la dificultad: el hombre es castigado, ó por sus pecados, ó por los de su familia. La primera hipótesis les parece poco satisfactoria. En efecto, el mendigo es ciego de nacimiento; decir que Dios le ha castigado en previsión de sus faltas futuras es excesivo; admitir que le ha condenado por crímenes de que se ha hecho culpable sea en una vida anterior, sea en el seno de su madre, no en-

(1) Estaba en los alrededores del Templo. Comp. *Hechos*, III, 2.

(2) El texto *εἶδεν* nos da á comprender que Jesús miró al ciego con atención particular.

traba en la corriente de las ideas judías; se dejaba esas quiméricas teorías á los filósofos de la India ó de Egipto (1).

Quedaba, pues, la segunda suposición, que respondía mucho mejor á los principios de la teología rabínica. Los padres de este hombre podían haber pecado por él. Admitíase que una ley de solidaridad hacía pasar, con la sangre, los méritos y los deméritos de los padres en la vida de los niños. Dios había dicho que perseguiría los crímenes del jefe de la familia hasta la cuarta generación, y que recompensaría las virtudes hasta la milésima (2). Tal vez aquí se daba uno de estos casos.

Con todo, los discípulos no proponen su doble explicación sino con desconfianza, y parece que esperan una tercera. Jesús, en efecto, les respondió: «No es por culpa de éste, ni de sus padres; sino para que las obras de Dios resplandezcan en él.» La obra del bien debe producirse paralelamente á la obra del mal. En la prueba, aunque injusta, que sufre, el hombre virtuoso, es llamado á glorificar á Dios por el ejemplo de su paciencia resignada, por su decisión en pagar su parte de expiación en la historia de la humanidad, en fin, por la ocasión que ofrece á los buenos de ejercer su caridad, y á Dios de probar, mediante una intervención milagrosa, su inagotable misericordia.

Aquí el resultado providencial de la enfermedad de este desgraciado será patentizar la omnipotencia del Mesías, y, por medio de ella, despertar la fe en las almas. «Conviene que yo haga—dice Jesús—las obras de Aquel que me ha enviado mientras dura el día; viene la noche cuando nadie puede trabajar; mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo.» De este modo, el Obrero celestial ve venir el

(1) Algunos han creído, según un pasaje de Josefo (*B. J.*, lib., 11, capítulo XII), que los fariseos de esta época creían en la metempsicosis; mas se reconoce generalmente que en el texto alegado se trata de la resurrección de los cuerpos. Además tampoco es probable que admitieran la preexistencia de las almas. No se hallan indicios de esta doctrina sino en los escritos posteriores á Jesucristo, y debe suponerse que la tomaron de las sectas agnósticas de las primeras edades cristianas.

(2) *Exod.*, XX, 5.

fin de su ruda jornada, y no quiere descuidar nada para acrecentar la gloria de Aquel que le ha enviado á trabajar en el campo de la humanidad. Después de la muerte, entrará en el descanso eterno. El tiempo de la acción mesiánica habrá pasado. Ya que se presentó en el Templo como la luz del mundo, va á probar que no ha mentido. Hará, pues, resplandecer á los ojos de todos la divinidad de su misión, y á los ojos del ciego la luz del día.

Luego, escupiendo en tierra, Jesús amasa con su saliva barro que aplica á los ojos del ciego de nacimiento. «Anda —le dice,— y lávate en la piscina de Siloé.» ¿Quería el Maestro, con la arcilla amasada por sus manos, recordar el acto del Creador en el origen del mundo é insinuar que también Él iba á producir en el ciego de nacimiento un nuevo sentido, ó bien deseaba simplemente protestar de las ridículas prescripciones de los fariseos á propósito del sábado (1)? Los autores se han concretado á una y otra suposición, sin vislumbrar el sentido místico y principal del procedimiento á que recurrió el Maestro. Seguramente que, para curar al ciego, no tenía necesidad ni de cubrir sus ojos con barro, ni de enviarle á Siloé. Su verdadero remedio, con relación á los enfermos, era su omnipotencia. Mas ¿por qué su omnipotencia subordinaba, en este caso, su acción á medios exteriores completamente superfluos?

El Evangelista lo da á entender cuando observa que el nombre de Siloam ó Siloé significa *Enviado* (2). La fuente de que se trata aquí es la que todavía existe al sur de la ciudad entre el monte Sión y el Ofel, cerca del lugar donde el Tiropeón unía los valles de Hinnón y Josafat. Sus aguas, divididas en dos grandes estanques, servían para lavar la ropa. Allí iban también á purificarse cuantos habían contraído alguna mancha. Una fuente tan útil, cuyas aguas *corrían dulcemente*, según la expresión del

(1) *Tanchuma*, fol. X, 2: «Dixit Samuel: Etiam sputum jejenum ponere vetitum est super palpebras sabbato.»

(2) No hay duda que *schiloah* es un sustantivo ó adjetivo verbal derivado de *shalah* (*enviar*), sea en participio pasivo *hal*, sea en *pihel*, con solución

Profeta ⁽¹⁾, y, elevándose ó bajando alternativamente, no se agotaban nunca, era una bendición extraordinaria para la ciudad. De ahí la comparación entre ella y el Mesías. De ella, y no de otra, se sacaba el agua para la libación mística de la urna de oro. Brotando de la tierra, debajo de la colina del Templo, y corriendo de E. á O., por el lado del santuario, podía parecer la imagen típica del Enviado celestial que vendría del seno de su Padre á lavar, como las aguas de Siloé, la mancha de los pecadores y apagar la sed de los justos.

Jesús, pues, habiendo anunciado solemnemente que Él era la verdadera fuente de la vida, el Siloé del orden espiritual, estaba en el caso de suministrar la prueba de ello. El barro que había puesto en los ojos del ciego estaba destinado á hacer tangible la relación entre el símbolo profético y su viva realización. Mientras la arcilla se despren-

de *daguesch* fuerte en *yod*. Véase Evvald, *Lehrb. d. Hebr. Spr.* §. 155, a, y 156, b. Las aguas de Siloé eran una *emisión* de la fuente llamada más tarde *de la Virgen*. Después del capitán Wurren, se ha recorrido muchas veces, en toda su extensión el canal que va de una fuente á otra y se ha hallado en seis líneas hebraicas, del tiempo de los Reyes, la historia de su abertura. V. *Notre Voyage aux pays bibliques*, vol., I, p. 385. Por lo demás, he aquí, con las lagunas subsiguientes, la traducción de esta curiosa inscripción, la única, con la de la estela de Mesa, que nos queda de la época real: «...Abertura del túnel. Y he ahí la historia de la apertura; cuando... el pico el uno hacía el otro. Y cuando no hubo más que tres codos para derribar, entonces se oyeron gritar el uno al otro que el... estaba en la roca de derecha y de izquierda. Y en el día de la apertura, los mineros golpearon cada uno al encuentro de su camarada, pico contra pico. Y las aguas corrieron desde el depósito al estanque en un curso de 1200 codos, y de 100 codos era la altura de la roca por encima de la cabeza de los mineros.» (*)

En realidad, este trabajo de horadamiento, si bien revela numerosas dudas en la manera como fué conducido por hombres que no podían servirse de la brújula, es una obra muy notable. Entre el punto de partida y el de llegada, sólo hay 30 centímetros de pendiente, y esto basta para indicar con qué arte el canal se había llevado á cabo. Las paredes, lo mismo que las fisuras del lecho ahondado en la toba, están revocadas de una capa de cemento rojo y muy duro. La galería, groseramente trabajada, alcanza ora 4 m. 50 de alto, ora sólo 45 centímetros; entonces no se pasa más que arrastrándose, lo que, con la complicación de las cortaduras y de los callejones sin salida, hace la exploración difícil.

(1) *Isaias*, VIII, 7.

(*) Véase Vigouroux, *La Bible et les decouv. mod.*, t. IV, p. 228, que dice: «d' une coudée fut la hauteur», en vez de «et de 100 coudées était la hauteur», (N. del T.)

de de los ojos del ciego bajo la acción del agua, Él, Jesús, manantial de toda caridad, verdadero Enviado del cielo (Siloé), penetrará en las profundidades del ojo, para hacer volver en él la vida, y en los repliegues del alma, para lavar el pecado infundiendo en ella la gracia.

Tal es el sentido real de la orden dada por Jesús al ciego de nacimiento. La fuente sagrada estaba á alguna distancia del Templo ⁽¹⁾. Mientras el ciego se dirigía á ella, el Maestro se alejó con sus discípulos. No tenía interés alguno en comprobar la realización del milagro, y lo tenía muy grande en evitar su presencia entre la multitud en el momento en que el ciego volviera con vista.

La curación súbita, radical, definitiva, tuvo lugar como Jesús había prometido; y la vuelta del curado por milagro, subiendo de Siloé, entrando en la ciudad, y volviendo sin

(1) Era difícil, en nuestros dos primeros viajes al Oriente, forjarnos, viendo la fuente de Siloé tal cual estaba, una idea de lo que había sido en otro tiempo. Gracias á las excavaciones practicadas por M. Bliss en 1896, hemos podido recientemente seguir el mismo camino recorrido por el ciego de nacimiento, á partir del Templo, ó mejor, de la Puerta Doble, punto ordinario de reunión de los mendigos, hasta la piscina de Siloé, hallada en la forma casi cuadrangular que tuvo antiguamente. Una hermosa vía, cuidadosamente empedrada, bajaba de esta Puerta Doble y se juntaba á una calle de escaleras pasando entre uno de los muros de la ciudad al O. y el de la piscina al E. Como ambos muros no eran absolutamente paralelos, los peldaños más elevados eran un poco más largos que los inferiores; así, unos miden 7 m. 22 y otros solamente 6 m. 70. Asimismo variaban en cuanto á la altitud entre 16 y 24 centímetros, y en cuanto á la profundidad entre 1 m. 50 y 4 m. Tales irregularidades debían tener su razón de ser, ya que se han confirmado igualmente en la primitiva escalera, en parte tallada en la roca y que se ha hallado debajo de la escalera construída en la época romana ó bizantina. Sea lo que fuere, nosotros nos representábamos, no sin santa emoción, al ciego de nacimiento siguiendo lentamente aquel camino quebrado y apoyándose en los muros que dirigían su marcha. Si siguió la escalera más antigua, y yo creo que fué así, debió penetrar en la piscina, que media 23 m. por 21, 50, por el pórtico septentrional, por allí donde más tarde fué levantada la iglesia de la cual se han exhumado el pavimento de mármol y mosaico, las tres naves y el ábside con su gradería semicircular. Por la escalera más reciente, se entraba en la piscina por el sur, á través de un patio desde donde se llegaba al agua por algunos escalones. Este no era para el ciego de nacimiento el camino más directo, y debe suponerse que prefirió el otro. Cuanto había bajado lentamente y á tientas la calle accidentada que venía del Templo y de la ciudad, otro tanto, sin duda, la subió alegremente y deprisa. ¡Qué reconocimiento debemos á los excavadores que nos permiten reconstituir de este modo la historia evangélica en los mismos lugares en que se desarrolló!

duda á su casa, revistió los caracteres de un acontecimiento. Sus vecinos, que estaban acostumbrados á verle mendigar, se paraban extrañados diciendo: «¿No es este aquel que, sentado allá, pedía limosna?» Unos respondían: «Seguramente, éste es.» Otros replicaban: «No es él, sino alguno que se le parece.» Pero el curado milagrosamente zanjaba la diferencia asegurando que era él mismo, y á todas las preguntas respondía invariablemente que un hombre llamado Jesús había amasado barro, y después le había cubierto los ojos, prescribiéndole que fuera á lavarse á Siloé; que él había seguido esta orden, y que ahora veía ⁽¹⁾. Como le preguntasen dónde estaba Jesús, respondía: «No lo sé.»

Nada más animado, más natural, más completo que la escena trazada por el Evangelista. En la multitud, todos los matices de la vacilación, de la incredulidad, de la convicción. En el ciego, la sencillez entusiasta de un hombre sincero. La agitación universal debe conducir á una información. Se pregunta dónde está el taumaturgo. El mendigo apenas le conoce; sólo da su nombre, sin poder decir nada más. El hombre que se llama Jesús, no está allí; ha hecho el bien y ha partido.

Todo esto tuvo lugar un sábado. La curiosidad de confirmar jurídicamente un milagro tan sorprendente, el hecho del sábado violado, aunque se tratase de la curación de un enfermo, la profunda hostilidad contra Aquel á quien el mendigo acababa de nombrar, originaban otros tantos motivos serios para llevar el asunto á un consejo de hombres competentes. Sin embargo, no puede precisarse quiénes fueron los miembros de ese tribunal. En día de sá-

(1) Sin razón alguien se extraña del término *ἀπέβλεψα*, he recobrado la vista, empleado por un ciego de nacimiento. Grocio responde muy bien: «Non male *recipere* quis dicitur, quod communiter tributum humanae naturae ipsi abfuit.» Pausanias, *Messen.*, IV, 12, 5, y el *Ev. de Nicodemo*, VI, se sirven de la misma expresión al hablar de ciegos de nacimiento que recobran la vista. Ver es un derecho de naturaleza para el hombre, de suerte que aun cuando esté privado de él desde su nacimiento, puede decirse que lo recobra el día en que se le da la vista.

bado, ni el sanedrín, ni magistratura alguna administraban justicia. Probablemente se trata aquí de una simple reunión improvisada en la primera sinagoga que les vino á mano, y en la que los fariseos se adjudicaron el principal papel. Con su espíritu quisquilloso y su declarada hostilidad, no podían abstenerse de constituir un tribunal severo y mal dispuesto. Aun hoy en día, nuestros positivistas incrédulos no sabrían proceder á una información con más habilidad ú obstinada malicia. Empezaron por interrogar al mendigo y hacerle referir su historia. La repitió con exactitud perfecta, contestando en los mismos términos de su primera deposición.

En seguida se abrió debate sobre la apreciación de los hechos, y se dividieron en dos campos bien definidos. Para unos, el punto digno de atención parecía ser que el Tauturgo había tomado sobre sí, no sólo operar una curación medicinal en día de sábado, lo que ya era un pecado, sino amasar el barro⁽¹⁾, cosa que era un verdadero crimen. Para los otros, lo más claro era que se había realizado un milagro⁽²⁾, y, mientras que los primeros concluían «que no podía ser de Dios este hombre, pues no guarda el sábado», los segundos afirmaban «que un hombre pecador no podía hacer tales milagros». Como los dos partidos trataran el asunto con verdadero encarnizamiento, la discusión se enconó. Apelóse á la apreciación del testigo. «Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?» Respondió: «Que es un profeta.» El sentido común no podía hallar

(1) Con intención pone delante el Evangelista *fecit lutum*. Aquí estaba la queja principal de los defensores acérrimos del descanso sabático.

(2) Tal es la manera ordinaria de interpretar su sentimiento, la cual se apoya por esta consideración: que Jesús tenía partidarios entre los mismos jefes de los fariseos (*Juan*, VII, 50). Sin embargo, se podría entender su objeción en el sentido de que no es posible á un transgresor del sábado hacer milagros, y entonces llegarían á la misma conclusión que los primeros: «Aquí no puede haber habido milagro.» O mejor todavía, unos ponen la mayor del silogismo: «Aquel es enemigo de Dios que viola el sábado»; los otros añaden la menor: «Es así que un enemigo de Dios no puede hacer tales prodigios.» Y todos juntos concluyen que no ha habido milagro. Sin embargo, como que el texto añade que existía conflicto entre las diversas opiniones, la explicación que nosotros hemos seguido es mucho más probable.

otra conclusión ante el milagro. Mas los que habían suscitado la cuestión contaban con una respuesta menos clara, que les diera asidero para explicar el prodigio por un sortilegio ó por cualquier otro recurso del arte médico. Irritáronse, pues, por no haber obtenido otra respuesta que la indicada.

Á partir de aquel momento, el bando enemigo del tribunal es el único que dirige el asunto. Afectando considerar al mendigo como un impostor que estaba en connivencia con Jesús para imponerse á la multitud, encaminan los jueces el debate á investigar la realidad del milagro en sí mismo, y no ya á determinar las consecuencias que debían sacarse de él.

Apelan, pues, al testimonio del padre y de la madre. Habéndolos citado ante el tribunal, hacen versar su interrogatorio sobre tres puntos principales: la identidad del individuo: «¿Es este vuestro hijo?»; la certeza de la enfermedad: «¿Afirmáis que nació ciego?»; por fin, el secreto de la curación: «Pues ¿cómo ve ahora?». Á las dos primeras preguntas, los padres responden afirmativamente y sin titubear. Sobre la tercera, su timidez les obliga á excusarse y á declinar toda competencia. Corría entre el pueblo el rumor—el sistema de intimidación ha sido empleado en todo tiempo—de que los fariseos estaban resueltos á excluir de la sinagoga á quien reconociese á Jesús como á Cristo. Sin duda que el miedo de hacer más tenaz la oposición con semejantes violencias les impedía realizar sus amenazas; pero á lo menos conseguían enfriar el celo de algunos, y frecuentemente hacer callar la fe de los más convencidos. Esto fué lo que sucedió entonces. Ante la excomunión que podía excluirlos de la sinagoga, y aun del pueblo de Dios ⁽¹⁾, los

(1) Según el Talmud, existían tres excomuniones graduadas. La más ligera separaba de la sinagoga y del contacto de todo israelista, comprendidos los de la familia, á cuyo lado no se podía colocar más que á una distancia de cuatro codos. Otra, más severa y que no era válidamente pronunciada sino por una reunión de diez hombres, prohibía al culpable toda relación con los judíos, aun para la compra de alimentos. Finalmente, la más terrible de todas consistía en condenar solemnemente al maldito á muerte y abandonarlo

testigos interrogados se declararon incapaces de responder á la última pregunta. «Pero cómo ahora ve—dijeron,—no lo sabemos; ni tampoco sabemos quien le ha abierto los ojos; preguntádselo á él, que edad tiene; él dará razón de sí.»

El ciego de nacimiento es llamado y sometido á un segundo interrogatorio. Á pesar de todo el artificio de los fariseos, va de nuevo á dar una serie de testimonios más claros unos que otros, y, en su cándida sencillez, á humillar á los que esperaban triunfar de su timidez y embarazo.

«¡Da gloria á Dios! ⁽¹⁾—dijéronle con cariñosa hipocresía; en otros términos: Retracta tu blasfemia, infeliz, tú que te has atrevido á hacer de Jesús un profeta.—«Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.» ¿De dónde lo saben? ¿Hablan según su teología, ó según sus impresiones personales y las conclusiones motivadas que acaban de establecer? El ciego curado casi no se inquieta, é, interrumpiéndolos con una ironía que pone prudentemente el hecho por encima de todas las preocupaciones teológicas: «Si es pecador—dice,—yo no lo sé; sólo sé que yo antes era ciego, y ahora veo.» Nada más claro que eso, y toda cuestión es superflua. Los fariseos lo comprenden; quieren, pues, volver de nuevo al incidente mismo, como si, sobre este punto, el interrogatorio no se hubiese agotado la primera vez. «¿Qué hizo él contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?» Una nueva relación del suceso dará tal vez ocasión á una explicación natural del milagro, y los libraré de la dificultad que los embaraza. Pero el ciego, que ve su mala fe, se indigna, y, con inesperado atrevimiento, empieza á burlarse de ellos amargamente. «Os lo he dicho ya y lo habéis oído—exclama;—¿á qué fin queréis oirlo de nuevo? ¿Si será que también vosotros queréis hacer os discípulos suyos?» No se ne-

al juicio de Dios (V. Buxtorf, *Lex. Chald.*). Otros pretenden con más probabilidad, que la *Mishna* concuerda con el Evangelio no reconociendo más que una sola excomunión. V. Gildemeister, *Blendwerke d. Vulgar. Ration*, p. 10.

(1) Estas son las palabras de Josué á Acán para invitarle á revelar el robo de que se había hecho culpable (*Jos.*, VII, 19). En el primer libro de los *Reyes*, VI, 5 los filisteos son igualmente instados á reparar la injuria á Jehová por medio de estas palabras: «Vosotros daréis gloria al Dios de Israel.»

cesitaba tanto para hacer estallar un furor difícilmente contenido. Levantándose en masa, los fariseos le llenan al instante de maldiciones diciendo: «Tú seas su discípulo, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que á Moisés le habló Dios; mas éste no sabemos de dónde es.» Así es como la pasión religiosa les hacía olvidar que no dejaban de ser discípulos de Moisés porque creyeran en el Mesías anunciado por Moisés; que el mosaísmo sólo tiene un fin, el de conducir por la mano á Israel á la realización de las promesas, y que el gran Legislador del desierto demostró también su misión por medio de milagros, exactamente como Jesús prueba hoy la suya. El ciego va, pues, á abrirles los ojos y á demostrarles que no es necesario ser doctor de Israel para saber de dónde le proviene á Jesús su misión. «Aquí está la maravilla—dice con ironía,—que vosotros no sabéis de dónde es éste, y, con todo, ha abierto mis ojos.» Saber de donde es cualquiera que hace prodigios, parece elemental. No se puede ser taumaturgo y venir de mala parte. «Lo que sabemos es que Dios no oye á los pecadores; sino que aquel que honra á Dios y hace su voluntad, éste es á quien Dios oye.» Ahora bien, he aquí que Jesús ha sido oído, y en ¡qué condiciones! «Desde que el mundo es mundo, no se ha oído jamás que alguno haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento.» Éste acaba de hacerlo. «Si este hombre no fuese de Dios, no podría hacer un tal milagro.» Esta argumentación no permitía otra réplica que la adhesión ó la injuria. Se prefirió la injuria. Fuera de sí, pues la humillación los confundía ante todo el pueblo, exclamaron los fariseos: «Saliste del vientre de tu madre envuelto en pecados, ¿y tú nos das lecciones?» No se daban cuenta de que, reprocharle su ceguera original, como prueba de sus pecados, equivalía á reconocer la realidad del milagro que querían negar. Al momento le arrojaron con violencia fuera de la sinagoga, reservándose acaso pedir contra él una excomunión legal.

Jesús, que había huído del entusiasmo popular en el

momento del milagro, no olvidaba, sin embargo, la pobre oveja curada por él y maltratada por sus enemigos. El ciego de nacimiento era un creyente de un orden especial, llevaba en su alma la fe en un profeta, pero no sabía quién era este profeta. No habiéndole visto nunca, pero constituyéndose en defensor suyo, con peligro de su tranquilidad personal, ó aun de sus días, merecía volver á encontrarle, conocerle y tenerle por doctor. La fe naciente, si no tiene un objeto preciso en el cual ejercitarse, bien pronto siente debilitarse su entusiasmo; recae sobre sí misma y muere. Apresuróse Jesús á ver al mendigo, y, habiéndole hallado, le dice: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?» En otros términos: «¿Tienes tú fe en la misión del hombre que acabas de defender ante los fariseos?» El ciego de nacimiento, sin entretenerse en formular una respuesta afirmativa, contesta al punto: «¿Quién es, Señor, para que yo crea en Él?» La voz que reconoce, la cuestión singular que se le propone, la gracia interior que ilumina su alma, todo le transporta de esperanza y amor. Espera, pues, con impaciencia la palabra que va á brotar de labios de su interlocutor, la adivina, la acepta de antemano. «Le viste ya—dice Jesús,—y es el mismo que está hablando contigo.» Entonces el ciego de nacimiento, postrándose en actitud del que adora ⁽¹⁾, pronuncia alto esta corta, pero enérgica profesión de fe: «Creo, Señor.» Jesús, resumiendo entonces toda la enseñanza moral que resultaba del incidente, añade: «Yo vine á este mundo á ejercer un justo juicio para que los que no ven, vean; y los que ven, queden ciegos.» No que la Providencia haya dado fatalmente una sentencia semejante, dividiendo á la humanidad en dos partes, la de los creyentes y la de los obstinados en el error, sino que la humanidad misma se divide libremente en dos grandes familias de las cuales la una escucha el llamamiento de Dios, y la otra sigue la voz de sus pasiones.

(1) En Juan el verbo προσκυνεῖν se entiende siempre de la adoración debida á Dios. Asimismo en IV, 20 y sig., y XII, 20.

Los ignorantes, los pequeñuelos, el pueblo, que no conocen la ley, aceptarán con entusiasmo y gratitud los primeros rayos de luz divina, y saldrán así de las densas tinieblas en que la malicia de los siglos los había encerrado. Los sabios, los inteligentes, los orgullosos, que abren la boca para decir sin cesar: «Nosotros sabemos,» como lo hemos oído á cada paso, rechazarán, orgullosos de su doctrina incompleta ó enteramente falsa, la manifestación divina de la verdad, y los que debían ser los videntes en medio de los ciegos serán los ciegos en medio de los videntes.

De una manera terrible se cumplió este juicio desde luego en Israel, cuando los príncipes de la ciencia, envolviéndose en las ilusiones de su orgullo, cedieron el cetro á algunos campesinos galileos transformados en verdaderos sabios por su humildad; se perpetuó después en el mundo, en el cual sentóse Israel como un pobre ciego, mientras toda la gentilidad, nacida en las tinieblas, marchaba en plena luz, y se realiza aún todos los días entre nosotros, pues los humildes suben, en la sencillez de su fe, hacia la perfección de la vida moral y la recompensa de la eternidad, mientras que los poderosos, infatuados de su saber, se duermen en las locuras de la vida presente, y caen como ciegos en las tinieblas de la eternidad.

Algunos fariseos presentes á esta conversación dijeron: «Pues qué ¿nosotros somos también ciegos?» Y Jesús, con un dolor profundo y un acento que habría debido tocar sus almas, replicó: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado.» Se duele de que no sean ciegos, ó porque su pecado les sería quitado como á todos los ciegos que Él debe guiar á la luz, ó porque su ignorancia podría servirles de excusa. «Pero por lo mismo que decís: nosotros vemos, por eso vuestro pecado persevera en vosotros.»

El orgullo, por lo mismo que pretende poseer y ver la verdad, impide hacer nada para buscarla ó también aceptarla cuando se la proponen. El enfermo más difícil de curar es ciertamente aquel que, no creyendo en su mal, rehu-

sa curarlo. En tales condiciones, la enfermedad se hace incurable, y el pecado es tanto más grave cuanto el pecador tenía suficiente inteligencia para discernir su malicia y consecuencias.

CAPÍTULO VII

Cristo y su rebaño

Doble alegoría empleada por Jesús: Él es la *Puerta* del aprisco y al mismo tiempo el *Buen Pastor* del rebaño.—La puerta sirve á los verdaderos pastores para presentarse en ella y llamar las ovejas.—Las ovejas los siguen.—El que se presente por otra parte, es un ladrón, y el rebaño no le escucha.—El buen pastor se distingue del mercenario por su amor al rebaño.—Los dos rebaños que el gran Pastor debe reunir. (*Juan*, X, 1-21).

La violencia brutal con que los fariseos habían tratado al ciego de nacimiento no era más que uno de los menores abusos de poder á que la orgullosa secta se dejaba conducir con relación al pobre pueblo. Nada podía entristecer más profundamente el alma del Maestro que el espectáculo de la hipocresía imponiéndose en nombre de la virtud, el de la falsa piedad cerrando la boca á todo sentimiento de tolerancia, y el del egoísmo reemplazando al sacrificio generoso. Como los recuerdos mesiánicos consignados en Ezequiel y Zacarías ⁽¹⁾ se ofreciesen á su pensamiento, púsose á comparar la malicia de los falsos pastores de Israel con la infinita bondad de su propio corazón. Aquel paralelo entre la tiranía usurpadora de estos falsos pastores y su misión legítima, le inspiró una deliciosa semejanza sobre el Pastor y su rebaño, que San Juan nos ha conservado. En ella resuena el grito de la caridad divina indignada. Las más tiernas comparaciones, las más vivas imágenes se amontonan para traducir, en el lenguaje más amable, el pensamiento del Maestro. Probablemente era la última hora del día, y podía verse, como nosotros mismos lo he-

(1) *Ezequiel*, XXXIV; *Zacar.*, XI.

mos visto con frecuencia, las ovejas volviendo de los campos por el camino de Betania, bajo la dirección de los pastores que las conducen junto á los muros de la ciudad. Posible es que aquel espectáculo, si no inspiró el discurso de Jesús, hiciese al menos resaltar con más viveza la imagen que evocaba á los oyentes ⁽¹⁾. Con solemnidad empezó á decir:

«En verdad, en verdad os digo, que quien no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que sube por otra parte, el tal es un ladrón y salteador.»

Esto es una alegoría ⁽²⁾ que empieza. Para comprenderla bien, es conveniente recordar que en Oriente el aprisco no es, como entre nosotros, un edificio enteramente cubierto y tapiado como una casa, sino sencillamente un cercado rodeado de altas empalizadas, ó de una tapia mal construída, para proteger las ovejas contra los dientes de las fieras. En él se encierran muchos ganados, y uno de los pastores se queda dentro para cerrar cuidadosamente la puerta por el interior y vigilar las correrías de los lobos ó de los merodeadores durante la noche. Muy de mañana, cada pastor, llegando de fuera, toca á la puerta. Se le abre; llama su rebaño, y el rebaño, conociendo su voz, le sigue á los pastos vecinos.

Jesús compara, pues, al pueblo de Dios con las ovejas. Jehová, por boca de Ezequiel ⁽³⁾, había dicho, prometiendo librar á sus hijos de la tiranía de los malos pastores: «Vosotros, ¡oh hombres!, vosotros sois los rebaños míos, los rebaños que yo apaciento; y yo soy el Señor Dios vuestro dice el Señor.» El cercado ó muro del redil es el límite espiritual que, bajo diversas formas, separa, de los extranjeros y de los enemigos, á los verdaderos hijos del reino. Hay

(1) V. nuestro librito *Les Enfants de Nazareth*, p. 116.

(2) La alegoría, como ya hemos dicho, se distingue de la parábola en que aquella no es una historia completa con su desenlace, sino tan sólo una imagen que, sin tomar consistencia, cubre de un velo la verdad desarrollada, haciendo resaltar los puntos principales. Es, según una palabra feliz de M. Godet, un transparente, mientras que la parábola es un cuadro.

(3) *Ezequiel*, XXXIV, 31.

una puerta que permite entrar en el redil; la vocación divina. Ningún pastor puede reclamar una parte de las ovejas, si no es escogido, autorizado y enviado por el Padre de familia, único señor del rebaño. El que llega sin estar aceptado por el Padre, no se atreve á presentarse á la puerta: no se le dejaría pasar. Está, pues, reducido á usar de la astucia ó de la violencia para franquear el muro del recinto. De esta manera se arroja en medio del rebaño y lleva á él la desolación y la muerte. Tal es la historia de los fariseos, los cuales, á fuerza de hipocresía y audacia, ejercen sobre el pueblo de Dios su autoridad despótica sin haber sido delegados por el Señor de las ovejas. No teniendo misión alguna divina—sus obras lo prueban suficientemente,—destrozan el redil en interés de su orgullo, de sus prejuicios y de su egoísmo. Su malicia no conoce límites de ninguna clase. No solamente siembran con ardor las más detestables doctrinas, sino que multiplican sus calumnias para impedir que Israel posea á la verdad. ¿No son ellos los mismos que hace poco llegaron á lanzar una amenaza de excomunión contra quien se atreviese á acoger la palabra del único Pastor verdadero, y pretendiese vivir bajo su cayado?

«Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas. Á éste el portero le abre, y las ovejas escuchan su voz.» El verdadero pastor se anuncia francamente; tiene plena conciencia de sus derechos. El guardián del redil le conoce y le abre paso. Ese guardián es Dios mismo, que, según la palabra de la Escritura ⁽¹⁾, abre á las naciones la puerta de la fe y las deja entrar; Dios, á quien pertenece también aceptar y reconocer á los obreros lealmente deseosos de apacentar el ganado de los elegidos. Ese derecho de guardar la puerta podrá ser delegado en los encargados de dirigir la Iglesia. Iluminados por el Espíritu Santo, observarán atentamente si el pastor que se presenta ofrece los caracteres auténticos de sinceridad y de bondad, sin los cuales no se pasa, y, en nombre de Dios,

(1) *Hechos*, XIV, 26.

abrirán la puerta al celo de los unos, ó la cerrarán á la indignidad de los otros. Si los representantes autorizados de la sinagoga hubiesen leído con inteligencia los Profetas, y si, tomando la imagen exacta del Mesías que se hallaba grabada en ellos, la hubiesen comparado con Jesús, ciertamente el joven Doctor de Nazaret les hubiera parecido digno de entrar en el redil. Pero, ya que ellos eran inferiores á su misión y olvidaban su deber, Dios deputó á Juan Bautista ⁽¹⁾, heredero de los Profetas y más grande que ninguno de ellos, el cual, portero oficial del judaísmo, reconoció al verdadero Pastor en los signos manifestados por el Espíritu Santo, y, abriéndole solemnemente la puerta, le introdujo en medio de Israel para escoger y constituir en él al nuevo pueblo de Dios.

Además, el buen Pastor no es solamente conocido del portero; también lo es de las ovejas, quienes distinguen su voz. Es que el alma ha recibido como un sentido particular para reconocer al verdadero Pastor; lleva en el fondo de sí misma un eco que responde en seguida á su palabra. «Éste llama por su nombre á las ovejas propias, y las saca fuera.» Llamar á uno por su nombre es probar que se le conoce en su individualidad, en su vida íntima; es recordarle que se le distingue de los demás y testimoniarle que se le ama, ó que se le ha amado. Ahí está el secreto de la emoción profunda que conmovió á Magdalena, pobre oveja vuelta al redil, cuando Jesús la llamó por su nombre, la mañana de la Resurrección. En ese nombre, el Maestro había expresado, en una sola palabra, el pasado de la pecadora y sus propias misericordias.

Si el redil es el judaísmo, es evidente que Jesús ha empezado ya á llamar á sí sus ovejas por su nombre, á Andrés, Juan, Pedro, Felipe, Natanael y todos los discípulos, poniéndolos ⁽²⁾ fuera del mosaísmo que había cumplido su

(1) *Juan*, I, 6 y 7. «Hubo un hombre enviado de Dios que se llamaba Juan, éste vino como testigo para dar testimonio...»

(2) Dos verbos diferentes se han empleado para notar el procedimiento del pastor que quiere llevar tras sí las ovejas. Al principio las hace marchar

tiempo, á fin de conducirlos á los pastos del reino mesiánico. Este poder atractivo que hay en su palabra se explica muy bien, si no se olvida que, como Verbo divino, ilumina aquí bajo á todos los hombres ⁽¹⁾. Por eso hay entre Él y el alma humana una armonía *prestabilita*, según la cual se hace siempre reconocer al primer llamamiento.

«Cuando ha hecho salir sus propias ovejas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen porque conocen su voz.» En el redil estaba detrás para empujarlas, no queriendo olvidar ninguna. En cuanto están fuera, precede á ellas para guiarlas, defenderlas contra todo peligro, escogerles los mejores pastos. ¿No es eso lo que hace Jesús conduciendo su reducido rebaño, recientemente salido de las estrechas barreras del judaísmo, por los anchos caminos de la verdad, de la justicia y del heroísmo; protegiendo contra los rapaces lobos á los que ha iniciado en su vida y cubierto de su gracia? «Las ovejas á un extraño no le siguen, sino que huyen de él; porque no conocen la voz de los extraños.» Esto es un bien para el triunfo del Evangelio; porque no le faltan fariseos para desviar el rebaño y arrebatarlo al verdadero Pastor. Se vió en la historia evangélica, y asimismo se verá en la continuación de las edades. Con seductoras palabras ó terribles amenazas, los falsos pastores requerirán á las ovejas en el camino y procurarán desviarlas del verdadero Pastor. Felizmente, siendo la voz de los enemigos bien distinta de la del Maestro, el rebaño no se engañará y tendrá buen cuidado de cerrar los oídos, no queriendo responder á sus mal intencionados llamamientos.

Los oyentes, dice el Evangelista, no comprendieron el sentido de este símil. Además, la mayor parte tenían interés en no buscar la aplicación de él, puesto que á ellos se dirigía como ladrones y salteadores. Jesús vuelve á insistir, en forma más completa, sobre los puntos principales.

á su gusto, *ἐξάγει*, después, cuando las ve vacilar en el momento de separarse de las demás, las echa fuera, *εκβάλλη*. Esa es la historia de los discípulos que Jesús saca como á la fuerza del judaísmo para hacerlos entrar en el nuevo orden de ideas del Evangelio.

(1) *Juan*, I, 4, 9.

La puerta del redil, como el buen Pastor, es Él mismo, ya que es Redentor y Rey. En su sacrificio se ha constituido en puerta por donde todo pecador debe entrar en el redil de los elegidos. Por su enseñanza, su ejemplo, su gracia siempre activa, aunque secreta, es el Pastor que conduce el ganado. Identificándose con Él, pasando por su interior divino, es como se llega á ser hijo de Dios, y poniéndose bajo su cayado, es como se continúa en calidad de tal.

«En verdad, en verdad os digo que yo soy la puerta de las ovejas»—prosiguió.—Nadie en lo pasado formó verdaderamente parte de Israel sino por Cristo. Los Patriarcas, los Profetas, y todos los verdaderos hijos de Abraham, por la fe han ido á esta puerta que saludaban en los siglos futuros como su única esperanza. La nueva ley no conocerá otro medio de salud. No ha habido jamás, ni podrá haber, otro paso que aquél para llegar al reino de Dios. «Todos los que antes que yo han venido—dice Jesús ⁽¹⁾—son ladrones y salteadores.» Tales fueron, si se piensa en los falsos mesías, Judas el Gaulonita ó el Galileo, Sadoc el Fariseo y otros que representaron un funesto papel en Israel ⁽²⁾. Tales son sobre todo, y á éstos sin duda alguna apunta directamente el Maestro, los fariseos, que han usurpado una

(1) El texto griego que lleva: πάντες ὄσοι πρὸ ἐμοῦ ἦλθον, ha sido singularmente torturado por los comentaristas. Á primera vista, parece de una severidad extremada, pues que parece decir que todos cuantos han venido antes de Jesús, aun Moisés y los profetas, fueron ladrones y salteadores. Por eso muchos manuscritos, el Sinaítico y otros suprimen el πρὸ ἐμοῦ, á fin de quitar un argumento á los maniqueos, que tendían á aminorar la autoridad del Antiguo Testamento. Algunos críticos proponen dar á πρὸ el sentido de χωρῖς, *separándose de mí*, ó bien el sentido de ἀντὶ, *en mi lugar* (V. Eurípides, *Alcmeón*, 466). Pero lo más sencillo es sobreentender lo que dice el versículo precedente y traducir: «Todos los que han venido, como *puerta*, antes de mí...»

(2) Josefo (*Ant.*, XVIII, 1) cuenta que después del destierro de Arquelao á Vienne, habiendo hecho Quirino un empadronamiento de Judea, reducida en lo sucesivo á provincia romana, Judas el Gaulonita, de la ciudad de Gamala, se juntó al fariseo Sadoc, intentando levantar al pueblo en nombre de la libertad nacional. Multitud de partidarios le siguieron; formaron en Judea una cuarta secta, cuyo carácter distintivo parecía constituirlo el espíritu de independencia política y el respeto á las observancias farisaicas. Tras luchas terribles, perecieron miserablemente.

influencia escandalosa sobre el pueblo, y á quienes reprochará pronto con indignación el cerrar, ante las ovejas de Israel, la puerta del reino celestial. No basta á su orgullo el abrogarse los derechos del Mesías, el imponerse como la puerta necesaria del reino del cielo por el monopolio de la ciencia, de la autoridad, de las altas funciones litúrgicas; pretenden suprimir violentamente la única puerta verdadera, á la manera como los trabajadores infieles intentaban matar al hijo del dueño de la viña, á fin de recoger su herencia y sus prerrogativas. «Pero las ovejas no han escuchado sus voces.» El ciego de nacimiento acaba de ofrecer la prueba. Ha dejado allí á los falsos pastores que explotan al pueblo, para correr al pastor verdadero y saludarle Señor é Hijo de Dios. Á ejemplo suyo, las multitudes, demasiado tiempo engañadas, deben desprenderse de quienes las engañan. «Yo soy la puerta—dice Jesús;—el que por mí entrare, se salvará; y entrará y saldrá sin tropiezo y hallará pastos.»

Para el fiel, entregarse á Jesús, es asegurar en el más alto grado su dignidad personal, su independencia y su vida. «Pues—añade—el ladrón no viene sino para robar y matar y hacer estrago; mas yo he venido para que las ovejas tengan vida y la tengan en más abundancia.» Él no tuvo más que una preocupación, la de preparar al rebaño el reposo en asilo seguro, y pastos abundantes cuando quiere salir. Los fariseos, con sus artificios, no han sabido más que saquearlo. Corrómpenlo con sus falsas doctrinas, su orgullo, su avaricia, y fatalmente deben conducirle á la condenación eterna. «Yo soy el buen pastor»—exclama todavía infundiendo plena confianza de que realizará el ideal evocado por los profetas.—Sí, cuando Dios prometía, por boca de Ezequiel ⁽¹⁾, salvar su rebaño de la rapacidad de los falsos pastores suscitando á su servidor David, pastor verdadero, en Él pensaba. En efecto, Jesús, hijo de Jehová, el soberano pastor de Israel ⁽²⁾ y de David, el pastor de las

(1) *Ezequiel*, XXXIV, 23.

(2) *Sal.* XXII; *Isaías*, XL, 10, etc.

montañas, á quien Dios hizo pastor glorioso de su pueblo ⁽¹⁾, tiene perfecto derecho de ser el Pastor por excelencia, y nadie podrá poner en duda esta prerrogativa mesiánica.

Por lo demás, para probar que es bien suya, no tiene más que recordar á sus oyentes el carácter distintivo del verdadero pastor, que es el amor al rebaño hasta el sacrificio de sí mismo. «El buen pastor—dice—sacrifica ⁽²⁾ su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir el lobo, desampara las ovejas y huye; y el lobo las arrebatada y dispersa el rebaño; el mercenario huye, por la razón de que es asalariado y no tiene interés alguno en las ovejas.» ¡Cuán fácilmente cognoscibles, bajo estos trazos rápidamente esbozados, son esos Príncipes de los sacerdotes, que, sin participar de los vicios, ambición y prácticas supersticiosas de los fariseos, hace ya tanto tiempo que dejan, por su debilidad y cobardía, devorar el rebaño de Israel! No teniendo nada de grande, nada de generoso, nada de paternal en su alma, á pesar de la legitimidad y santidad de su misión, esos servidores á sueldo han acabado por creer que son pastores, no de las ovejas, sino de sí mismos. Egoístas por esencia, buscan ante todo sus intereses humanos. Por el contrario, ¡cómo brilla en la frente de Jesús el signo característico del buen pastor, el amor que se sacrifica! «Yo conozco mis ovejas—dice,—y las ovejas mías me conocen á mí, así como el Padre me conoce á mí y como yo conozco al Padre.» ¡Qué intimidad de relaciones entre el Pastor y las ovejas! Es semejante ⁽³⁾ á la que une al Hijo con el Padre. Por eso nada hay costoso para quien ama y se siente amado en tales condiciones. «Por mis ovejas doy mi vida de buena gana.» ¡Qué heroísmo!

(1) *II Reyes*, VII, 8.

(2) En esta expresión hay una alusión evidente á las siguientes palabras de la profecía de Isaías sobre la pasión del Salvador (LIII, 10): «Si posuerit pro peccato animam suam.»

(3) Es del mismo orden, de la misma naturaleza y no simplemente comparable. En efecto, el texto lleva καθώς, y no ὡσπερ.

Jesús consiente no sólo en alimentar á sus ovejas con su palabra, sino también en defenderlas contra los lobos rapaces; y, ya que es necesario un sacrificio para rescatarlas en una expiación solemne, se ofrece á sí mismo para saciar el odio del enemigo. De su muerte ve salir la salud del mundo, y esto basta para determinarle á entregarse con gozo.

Por una transición natural, el pensamiento del sacrificio vibra entonces en el alma del Salvador, y se complace en contemplar los consoladores resultados. «¡Ah!—dice,—tengo también otras ovejas, que no son de este aprisco, las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz, y se hará un solo rebaño y un solo pastor.» Israel ha sido llamado primero, pero no es el único llamado, y, fuera de él, anda errante un inmenso rebaño que espera á un Pastor. Es la gentilidad. Ésta busca por instinto al verdadero Dios y la justicia verdadera. El Verbo ilumina á todo hombre que viene á este mundo y lo dirige hacia la Revelación. Si la humanidad entera no entra en el redil, no es menos cierto que toda entera ha sido invitada á refugiarse en él. Por eso, al primer grito de amor del Pastor, todos los hombres de buena voluntad reconocerán su voz, porque largo tiempo ha que aguardan este llamamiento supremo. Un signo, el de la cruz, bastará para reunirlos en un solo aprisco. Entonces vendrán, á pesar de sus enemistades pasadas, según las palabras del Salmista ⁽¹⁾, á agruparse en la montaña de Sión, declarando que están con el Señor ⁽²⁾, hablando todos juntos la lengua de Canaán ⁽³⁾ y repitiendo á porfía: «Venid, y vamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob, y Él nos enseñará sus caminos, y nosotros seguiremos sus veredas; puesto que la ley saldrá de Sión, y de Jerusalén la palabra del Señor ⁽⁴⁾.» Según otras palabras del mismo Salvador, «vendrán muchos del Oriente y del Oc-

(1) *Sal.* XXXVL

(2) *Isaias*, XLIV, 5.

(3) *Isaias*, XIX, 18.

(4) *Miqueas*, IV, 2.

cidente y estarán á la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos ⁽¹⁾. Y no habrá más que un rebaño y un Pastor ⁽²⁾.»

El Padre, en vista de la salud que Jesús prepara á la humanidad por su expiación, y de la gloria divina que debe resultar de ella, ama al Hijo, como el señor ama al obrero que se sacrifica por el trabajo de que puede excusarse. En efecto, sería un error creer que el buen Pastor esté fatalmente condenado á ser víctima de lobos rapaces. No; si muere, es porque quiere. Nadie le quitará la vida, Él mismo la dará á su tiempo, según le plazca; y para probar mejor que sólo Él es dueño de su existencia, la recobrará después de haberla entregado. Morirá porque ve los deseos de su Padre y las exigencias de la justicia eterna. Resucitará para observar todavía el decreto divino que reclama en su glorificación el término de la obra redentora. En efecto, esta obra no acaba con la muerte, sino que tiene su desarrollo á través de las edades. He ahí por qué Jesús sigue la voluntad de su Padre lo mismo resucitando que muriendo. «Por eso mi Padre me ama, porque doy mi vida para tomarla otra vez. Nadie me la arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad y soy dueño de darla y de recobrarla. Este es el mandamiento que recibí de mi Padre.» Por lo tanto, en vano es que los fariseos quieran hacer de Él el juguete de su furor. Él es el único dueño de sí mismo, bajo la mirada y el amor del Padre que le ha enviado.

Semejantes discursos, que unos hallaban oscuros, otros muy agresivos, y que sólo un reducido número acogía con satisfacción, dividían de nuevo á la muchedumbre en dos campos. Las más opuestas apreciaciones se afirmaban una vez más. Muchos decían: «¡Está poseído del demonio y ha perdido el juicio! ¡Por qué le escucháis?» Otros, con más calma, repetían: «Estas no son palabras de un endemo-

(1) *Mateo*, VIII, 11.

(2) Esta tesis se halla magníficamente desarrollada por San Pablo, *Eye-sios*, II, 11-22.

niado. ¿Por ventura puede el demonio abrir los ojos de los ciegos?»

Jesús, dejándolos discutir sus discursos y sus obras, se preparó á alejarse momentáneamente de la Ciudad Santa.

CAPITULO VIII

Vuelta de Jesús á Galilea

Por qué es probable que Jesús, después de la fiesta de los Tabernáculos, volvió en seguida á Galilea.—Qué debía hacer en ella y qué había de alejarle de Jerusalén.—Diversas impresiones en Cafarnaúm.

Si los hermanos de Jesús habían seguido las peripecias de la lucha que acababa de iniciarse en Jerusalén, debían juzgar que, esta vez, su pariente se había manifestado al mundo probablemente hasta más allá de los deseos de ellos. Lo que por tanto tiempo había prohibido decir á media voz en Galilea, á saber, que era el Mesías, Hijo de Dios, acababa de afirmarlo, en términos más que transparentes, á la faz del partido jerárquico. De aquí la tempestad terrible que inmediatamente se había formado sobre su cabeza, siendo fácil prever que en breve plazo se produciría una catástrofe. Escribas, fariseos, ancianos del pueblo, Príncipes de los sacerdotes, Sanedrín, todo se había levantado contra el joven profeta de Nazaret cuyas escandalosas afirmaciones llegaban nada menos que hacerse pasar por el Cristo. Porque decir que era el Pastor de Israel, la Luz del mundo, la Fuente de aguas vivas brotando para apagar la sed y lavar las manchas de la humanidad; decir: «Yo soy Él, y quien no cree en mí no tendrá vida», era categórico para quien sabía comprenderlo.

Apenas algunas almas buenas, movidas por la curación del ciego de nacimiento y también por la elevación de los discursos que admiraban sin comprenderlos siempre, se atrevían á tomar partido en favor de Aquel contra el cual la inmensa mayoría decía invectivas y meditaba su ruina.

Esos contados partidarios, casi todos extranjeros en Jerusalén, eran menos escépticos y apasionados que los habitantes de la Ciudad Santa. Galileos la mayor parte, por instinto se sentían movidos á defender á su compatriota. Sin embargo, no podían morar por más tiempo en Judea después de las fiestas. Jesús, viendo que con ellos iba á desaparecer el elemento humano que le protegía contra el furor de sus enemigos, partió para Cafarnaúm, donde parecía llegada la hora de tomar resoluciones supremas.

San Juan, es cierto, no habla de esta vuelta á Galilea; pero aquí, menos que en parte alguna, el silencio de este Evangelista no podría suscitar una dificultad real. La rapidez, lo imprevisto, el misterio que, según él, habían presidido al viaje de Jesús á Jerusalén, denotaban muy bien que el Maestro no había abandonado definitivamente las orillas del lago, y que debía volver á él, en breve plazo, para organizar su verdadera y oficial partida. Y después, ¿no era Galilea su país? ¿No residía allí? Y puesto que le era necesario alejarse de Jerusalén después de una brillante manifestación, ¿no era allí donde debía refugiarse? El Evangelista lo supone tanto más naturalmente cuanto se cuidará de advertirnos de que Jesús no volverá á entrar en Galilea después de la Dedicación. Haciéndole entonces *volver* á la otra parte del Jordán, indicará que precedentemente allí estaba. Ahora bien, estaba allí precisamente porque había dejado á Galilea para pasar adelante, evangelizando todo el país, hacia Judea, por el camino ordinario de Perea ⁽¹⁾.

(1) Nosotros hemos identificado, en nuestras ediciones precedentes, el viaje de Jesús en la fiesta de los Tabernáculos con su partida definitiva de Galilea suponiendo, como muchos otros exégetas, que Jesús, después de la fiesta, quedóse en Judea, no en Jerusalén, donde el odio de sus enemigos hubiera podido jugarle una mala pasada, sino en casa de sus amigos de Betania ó de Perea. Desde aquí habría hecho una segunda aparición en la Ciudad Santa, en la fiesta de la Dedicación, para volver á su punto de partida, *et abiit iterum trans Jordanem* (*Juan*, X, 40), y continuar en él su ministerio, hasta la resurrección de Lázaro. Vendría en seguida la retirada á Efrén, hasta el momento en que, uniéndose de nuevo á las caravanas galileas, subiría con ellas á la fiesta de la Pascua, para morir en ella.

Según todas las probabilidades, esta vuelta de Jesús, lo mismo que la ida, debió de hacerse sin detenciones importantes y sin predicación en el camino. Habiendo aceptado el Maestro abiertamente la lucha, había de proseguirla volviendo á la cabeza de los suyos. No queremos decir que viese ya á sus discípulos dispuestos para un serio empeño, ya que sabía cuán débiles y pusilánimes eran, sino que trataba de que poco á poco se fueran acostumbrando á pasear su mirada por el teatro del supremo combate, al propio tiempo que terminar, con la última campaña apostólica, que abarcase todas las regiones no evangelizadas todavía de Palestina, su ministerio mesiánico.

Las reflexiones á que nos hemos entregado con motivo de esta difícil cuestión de concordancia, nos determinan á modificar nuestra primera opinión. En efecto, parece imposible confundir en un solo viaje el relatado por *Juan*, VII, 10, y el que refiere *Lucas*, IX, 51, único señalado por los sinópticos. Porque en tanto que en *Juan* se trata de un viaje emprendido y realizado, por modo tan imprevisto y á escondidas, si vale la expresión, *non manifeste, sed quasi in occulto*, que Jesús aparece de repente en medio de la fiesta, en *Lucas*, la resolución del Maestro ofrece, antes de la ejecución, algo de solemne: *mostraba un semblante decidido* para ir á Jerusalén, á consumir su sacrificio; envía mensajeros por delante para que le preparen el camino, *misit nuntios ante conspectum suum*; instituye los setenta Discípulos, X, 1; evangeliza las ciudades y aldeas y arrastra multitudes tras de sí, XIV, 25. No, el viaje de Jesús á la fiesta de los Tabernáculos no es el indicado por *Lucas* y los sinópticos. Quedan, pues, el viaje que hizo con motivo de la Dedicación y el de la Pascua. El viaje á la fiesta de la Dedicación es presentado por *Juan*, X, 22, como un simple incidente, ya que Jesús se hallaba probablemente á las puertas de Jerusalén en el tiempo de esta fiesta, y no se parece en nada á lo que se dice en *Lucas*, IX, 51 y siguientes. Finalmente, admitir que en este mismo pasaje de *Lucas* se trata de un viaje posterior al de la Dedicación, y, por consiguiente, del que debía conducir en breve á Jesús á la Pascua fatal, es acumular en poquísimo espacio lo que se refiere en ocho capítulos de *Lucas*, sin hablar de *Juan*, XI. Para prolongar el intervalo, visiblemente muy corto, entre el pago del didracma y la semana pascual, se ha recurrido sin duda á la hipótesis de un *Ve-Adar*, ó segundo mes de *Adar* que sobrevenía cada tres años. Pero quizás no se ha notado que, admitiendo en el último año del ministerio de Jesús, tan feliz coincidencia, debía resultar que el pago del impuesto se hallaba retrasado por el hecho mismo, cayendo en *Ve-Adar*, lo más cerca posible de la Pascua. Además parece difícil probar perentoriamente que el impuesto exigido á Jesús no era el impuesto civil, que se pagaba, en efecto, al final del año civil, antes de la fiesta de los Tabernáculos; y más difícil parece aún negar que no se intimase regularmente á los morosos el pago de la tasa del Templo en la víspera de las tres grandes fiestas del año. Supuesto que los inconvenientes de esta teoría son tan evidentes como la insuficiencia de sus puntos de apo-

Volvió, pues, á Cafarnaúm precedido del rumor de sus declaraciones triunfantes y reiteradas, no sólo en Jerusalén, sino en el Templo mismo, en los oídos y ante los ojos de adversarios trémulos de rabia é impotentes para intentar un golpe de mano contra Él. La altivez de los galileos debía estar satisfecha, y, si bien no faltaban personas tímidas que miraban con espanto el porvenir del Profeta que tan simpático les era, nada impide creer que muchos se alentaban mutuamente en sus santas esperanzas. En todo caso, pronto veremos que, al ponerse en marcha, fué acompañado, no ciertamente de estériles deseos, sino de cortejos fieles y perseverantes.

yo, preferimos no identificar el viaje relatado por Lucas y sus paralelos, ni con el de los Tabernáculos, al que debe seguir, ni con el de la Dedicación, al que debe preceder é incluir. Si San Juan no lo menciona, hállese preparado por lo ocurrido en la fiesta de los Tabernáculos. En realidad, es el último viaje de Jesús, pues ya no vuelve á Galilea; sólo que este viaje debe prolongarse de modo que permita detenciones, misiones y aun una aparición en una fiesta de Jerusalén. Esta aparición aparece categóricamente referida en *Juan*, X, 22, y completamente natural por la indicación del todo involuntaria de *Lucas*, X, 38, quien, en su relato del viaje, nos muestra de repente al Maestro en las puertas de Jerusalén, recibiendo hospitalidad en Betania.

Parece, pues, que puede establecerse la concordancia entre Juan y Lucas colocando la partida relatada por éste y los dos otros sinópticos inmediatamente *después* de la fiesta de los Tabernáculos y *antes* de la fiesta de la Dedicación. Juan supone este viaje, por cuanto es el decisivo, pero no le menciona.

Jesús, después de su lucha en la Ciudad Santa, adonde probablemente no le habían seguido todos sus discípulos, vuelve á Cafarnaúm para disponer su partida definitiva. No hay que asombrarse de que Juan nada diga de esta vuelta, pues tan desconcertantes silencios son habituales en él. Así, al final del capítulo V, no dice que Jesús volviera á Galilea y, sin embargo, al principio del capítulo VI, nos le muestra atravesando el lago de Tiberíades. Observemos, con todo, que parece darnos una indicación útil cuando nos dice que, después de la Dedicación, *volvió* á la otra parte del Jordán. Las palabras ἀπ᾿ ἄλλου πάλιν se refieren ciertamente á una estancia reciente en Perea y no á la época de su bautismo. Por tanto, acababa de llegar de allí. Ahora bien, allá es donde precisamente le hacen ir los sinópticos cuando su partida de Galilea, *Marc.*, X, 1; *Mat.* XIX, 1. Esta armoniosa combinación permite sostener poco más ó menos el orden de Lucas; basta intercalar, en el momento de la visita de Jesús á Marta y María, su aparición momentánea en la fiesta de la Dedicación, en que reanuda la lucha iniciada en la de los Tabernáculos; después de una detención más ó menos larga en Betania, vuelve á Perea, donde continúa su ministerio hasta la resurrección de Lázaro; lo demás sigue sin dificultad.

SECCIÓN II

JESÚS ABANDONA Á GALILEA CON SU PEQUEÑA IGLESIA Á FIN DE
DISPONERSE Á LA LUCHA FINAL

CAPÍTULO PRIMERO

Partida solemne de Cafarnaúm

Actitud firme de Jesús marchando á la lucha.—Triste adiós á las ciudades infieles de Galilea.—Un villorrio samaritano le niega hospitalidad.—Indignación de los *Hijos del Trueno*.—El espíritu del Evangelio.—Tres candidatos al apostolado.—Uno debe reflexionar.—Otro debe marchar inmediatamente.—Ninguno debe mirar atrás, después de haber empezado. (*Lucas*, IX., 51-62; *Mat.*, VIII, 19-22; VI, 20-24).

La situación era grave, y San Lucas ⁽¹⁾ tiene razón de anotar lo que hubo de dramático en la resolución tomada entonces por Jesús. Inminente el fin de su ministerio y aun el de su vida—pues lo que veía y oía en Jerusalén era bien significativo,—se dice que afirmó ó enderezó su rostro para mirar valerosamente el atentado que le suprimiría del número de los vivos y lo elevaría á la gloria.

(1) Todo el versículo de *Luc.*, IX, 51, revela, por las expresiones empleadas, la fuente aramea de que el Evangelista sacó sus datos. *Dum complerentur dies* señala, con intencionada solemnidad, el cumplimiento de un período que se desenvuelve como fatalmente, el que debe conducir al *raptus* de Jesús, *assumptionis eius*, á su *partida*, porque Dios le espera al término de aquellos días determinados. Lo recuperará de la tierra, á la cual sólo había querido prestarle. Las otras explicaciones de ἀνάληψις no son naturales. Desde luego se alude aquí á la muerte de Jesús. He aquí la razón de que el Evangelista añada: *faciem suam firmavit*, traducción trasparente de una locución hebraica frecuentemente empleada en el Antiguo Testamento. *Jerem.*, XXI, 10; XLII, 15; XLIV, 12; *Ezeq.*, VI, 2; *Daniel*, XI, 17, etc., *Mostrando un semblante decidido para ir á Jerusalén*.

Sus discípulos, admirando sus heroicas disposiciones, se dispusieron á conformarse con ellas, y no tardaremos en ver que su entusiasmo fácilmente hubiera hecho un llamamiento á su poder de taumaturgo, aun á costas de la caridad. La pequeña Iglesia agrupóse, pues, en torno de su jefe, y á ella quisieron unirse algunas piadosas galileas⁽¹⁾. ¿Hubo en el momento de partir una emoción general en el pueblo? Los textos de San Mateo y San Marcos⁽²⁾, que parece que lo dicen, quizás deban referirse á las muchedumbres que le siguieron á Perea.

De todos modos, en el momento de abandonar las riberas del lago, sintió Jesús que una dolorosa emoción le oprimía el corazón. Era bien legítima. Porque si bien es verdad que había recogido en las montañas de Galilea el núcleo de la Iglesia que llevaba consigo, dejaba allí la inmensa mayoría del pueblo poco convencido de su carácter mesiánico, y enemigos más audaces que nunca; esto es, que, después de haber obrado tantos prodigios, y difundido tantas luces, y ejercido tantas misericordias, su obra religiosa parecía quedar allí, por lo general, infecunda, atacada y comprometida. Sin duda⁽³⁾ fué entonces cuando, sacudiendo el polvo de sus pies, envió, con la última mirada sobre las orillas del lago en que había pasado tan dulces horas, este triste adiós á las ciudades infieles: «¡Ay de ti, Corazain! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han obrado en vosotras, tiempo ha que hubieran hecho penitencia vestidas de cilicio y yaciendo sobre ceniza. Por eso Tiro y Sidón serán juzgadas con más clemencia que vosotras». Y luego, con más viva indignación—la ingratitude de los amigos es mucho más sensible que la de los extraños,—

(1) Las veremos mencionadas en la última escena de la pasión, *Luc.*, XXIII, 35.

(2) *Mat.*, XIX, 2, y *Marc.*, X, 1.

(3) En *Mat.*, XI, 20-23, pronuncia Jesús estas palabras en un momento en que nada parece aún autorizar su severidad, por cuanto todavía está lejano el fin del ministerio de Galilea. En *Luc.*, X, 13, llegan demasiado tarde. Muy probablemente fueron pronunciadas en la hora en que el Maestro abandona las orillas del lago.

dirigiéndose á su ciudad-patria, que abandonaba para siempre, exclamó: «Y tú, ¡oh Cafarnaúm!, que orgullosa te has levantado hasta el cielo, serás abatida hasta el profundo del infierno.» Dios se aparta de una sociedad infiel con severidad tanto mayor cuanto más había hecho para atraérsela. ¿Y qué ciudad de Palestina había sido mejor dotada que Cafarnaúm, convertida en segunda patria de Jesús y en teatro ordinario de sus obras divinas? Desgraciadamente, cuanto más privilegiada fué, más castigada será, y su aniquilamiento final estará en razón directa de su exaltación primera. «Si los milagros obrados dentro de tus muros hubieran sido hechos en Sodoma, quizá esta desgraciada ciudad subsistiría aún. Yo aseguro que Sodoma será tratada en el día del juicio con menos rigor que tú.»

Como la caravana era numerosa, Jesús envió delante de ella mensajeros para anunciar su llegada y asegurarle honrosa hospitalidad ⁽¹⁾. Sin duda que ya habrían recorrido las ciudades galileas de la llanura de Esdrelón, cuando llegaron á las ciudades limítrofes samaritanas. Se cree que una de ellas, en la cual entraron los enviados, era Ginea, la Djenín actual, quizás porque, según Josefo ⁽²⁾, era una ciudad fronteriza de la Samaria septentrional. Pues bien, esta ciudad negóse á darles alojamiento, porque dieron á entender ⁽³⁾ que eran peregrinos que se dirigían á Jerusalén. El texto ⁽⁴⁾ parece decir que el Maestro llegó á tiempo para recibir la negativa.

Grande fué el escándalo de los discípulos. Servían de vanguardia á la marcha triunfal del Mesías; y á través de sus ilusiones patrióticas, veían ya sublevarse toda la región para aclamar al Rey teocrático, cuando un mal villorrio de Samaria se atrevía á cerrarle sus puertas. Esto era

(1) El texto es explícito *ut pararent illi*, *Luc.*, IX, 52.

(2) *B. J.*, III, 3, 4.

(3) La locución *facies eius erat euntis in Jerusalem*, su rostro era el de un hombre que va á Jerusalén, comp. *Ex.*, XXXIII, 14; *II Reyes* XVII, 11, revela el origen arameo del documento de Lucas.

(4) En efecto, el texto dice: *et non receperunt eum*.

sencillamente odioso. Para creyentes que veían ya, más allá de los tiempos, según el apóstrofe profético del Salmista, levantarse las puertas del cielo al esfuerzo de los ángeles y dejar paso al Rey de la gloria ⁽¹⁾, ¿podía darse nada más irritante que la actitud de aquellos samaritanos que prohibían la entrada en su aldea al divino Triunfador? «Maestro—exclamaron Santiago y Juan, profundamente humillados por la mortificante negativa que acababan de recibir en nombre de Jesús,—Maestro, ¿quieres que mandemos que llueva fuego del cielo y los devore?» El recuerdo de Sodoma ⁽²⁾, que las últimas palabras de Jesús había evocado al partir de Cafarnaúm, ó quizás de Elías, aparecido en la escena de la Transfiguración y al que con tanto ardor se deseaba ver revivir, obsesionaban su espíritu. ¿Porqué no castigar la inhospitalidad de los samaritanos del mismo modo que los dos ángeles del Señor habían castigado la de Sodoma? Si se hubiera hallado allí el terrible Tesbita ⁽³⁾, no hubiera dejado de hacer descender sobre los enemigos de Jehová fuego del cielo. ¿Por qué no demostrar á los ojos de todos que el poder de Dios está con la joven Iglesia, y que el fuego de su cólera abrasará al que se obstine en dificultar su desarrollo?

La proposición era digna de los dos discípulos ardientes á quien Jesús había denominado ya *Hijos del Trueno* en circunstancias que ignoramos. Lejos de compartir su violenta indignación, el Maestro, que había ganado la cabeza de la caravana para proseguir el camino, volvióse vivamente, y, con acento de severidad no acostumbrada, dijo: «No sabéis á qué espíritu pertenecéis. El Hijo del hombre no ha venido para perder á los hombres, sino para salvarlos ⁽⁴⁾.» El espíritu de la Nueva Alianza es, ante todo,

(1) *Salmo XXIII*, 7.

(2) *Gén.*, XIX.

(3) *IV Reyes*, I, 10, 12.

(4) Según otra interpretación, los términos de la reprimenda que omite, por otra parte, los principales manuscritos \simeq ABCD, fueron más severos todavía: «No conocéis el espíritu que ahora dicta vuestras palabras.» Como si quisiera decir que, hablando así, habían sido víctimas de una ins-

un espíritu de mansedumbre, de caridad y de paciencia. Querer evocar la severidad del Antiguo Testamento á la hora presente, es engañarse de fecha y desconocer el carácter distintivo del reino cristiano. Verdad es que la Iglesia para protegerse contra la mentira y la corrupción, sabrá en ocasiones usar de rigor contra el mal que se conoce y se obstina. Así herirá á Ananías, á Safira y á Elimas, al incestuoso de Corinto; pero no es este su medio ordinario de gobierno y de triunfo. Á los infieles y á los ignorantes que rehusen su ministerio, sin sospechar siquiera su misión, como lo hicieron los samaritanos, no opondrá otras armas que la dulzura, la longanimidad y la misericordia.

Quien, pues, había maldecido á los fariseos y á las ciudades galileas infieles, nada de penoso dice á los habitantes de aquella pobre localidad. Con resignación pasó adelante y buscó una ciudad menos inhospitalaria. Ello, sin embargo, no impedía que el movimiento popular se pronunciase, casi en todo el camino, en favor del joven Maestro. Hasta se le ofrecían espontáneamente adhesiones, verdad es, más ó menos desinteresadas. Así, cierto día se presentó un escriba, recluta por todo extremo raro. Háblele ganado el entusiasmo de los discípulos, y compartiendo sus esperanzas, quería compartir la suerte de ellos. «Maestro—le dijo,—yo te seguiré adondequiera que fueses.» ¿Presumía demasiado de sus fuerzas el nuevo prosélito, ó se dejaba guiar en su homenaje por miras humanas? La respuesta de Jesús no lo precisa. Sin aceptar ni rechazar su ofrecimiento, le invita el Maestro á entrar en sí mismo para no equivocarse respecto de las consecuencias de una resolución quizás demasiado precipitada. Si espera encontrar en el grupo apostólico la consideración y el bienestar, se engaña, porque, ante todo, deberá practicar la abnegación y el sacrificio. «Las raposas tienen guaridas—dice Jesús,—y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza.» Esta respuesta, impregnada de

piración satánica. La palabra de que se sirve el Evangelista, ἐπιτιμησεν, da á entender que la lección fué severa.

profunda tristeza ⁽¹⁾, aludía á la negativa de hospitalidad que acababa de recibir, y revelaba sin rodeos á todo cuanto en adelante habría de precario, de humillante y de duro en las condiciones de existencia impuestas á los obreros del Evangelio; aún más tarde, no será mejor la condición de sus Apóstoles. Sin saber por la mañana en dónde reposarán por la noche, aquellos valerosos campeones de la verdad se verán condenados á errar á la ventura, sin asilo, pero no sin perseguidores. Su suerte parecerá más miserable que la de las mismas fieras. Tal será lo por venir. Preciso es hacerse bien cargo de él antes de afrontarlo. El texto sagrado, no dice cuál fué la determinación del escriba, ni si la respuesta del Maestro, en su rudeza, destruyó ó fortaleció su hermosa resolución.

Á otro neófito, que parece haber manifestado con menos ardor su deseo del apostolado, pero que quizás ofrecía más serias garantías de perseverancia, dijo Jesús: «Sígueme.» Aquel hombre, de naturaleza reflexiva y prudente, sentíase ligado por lazos de familia, y rara vez el corazón así enlazado es capaz de heroica generosidad; así, pues, respondióle: «Señor, permíteme que vaya antes y dé sepultura á mi padre.» No que este padre hubiera realmente muerto—un duelo tan cruel no le hubiera dejado espacio para ir á ver ó escuchar á Jesús aquel día ⁽²⁾,—sino que el padre era viejo, ó quizás estaba muriéndose y el joven quería tener el consuelo de cerrar sus ojos. Replicóle Jesús: «Deja tú á los muertos el cuidado de sepultar á los muertos; pero tú ve y anuncia el reino de Dios.» La gracia no sufre dilaciones. Vacilar y aplazar el sacrificio, equivale con frecuencia á exponerse á no realizarlo nunca; la voz celestial peligra de ser menos potente, pueden modificarse las circunstancias, y perderse la ocasión. Cuando

(1) Sin duda alguna que este incidente del escriba que solicita el apostolado está mejor colocado aquí, según la indicación de San Lucas, que en San Mateo, VIII, 19.

(2) Esta observación es tanto mejor fundada cuanto jamás se conservaba el cadáver más de un día en la casa mortuoria. (*Mat.*, IX, 23; *Hechos*, V, 7, 10, etc.)

Jesús pasa, cuando llama, hay que seguirle; luego será demasiado tarde. Enterrar á un padre, es sin duda un deber sagrado, mas puede uno imaginarse un deber más sagrado todavía. La necesidad es superior á la conveniencia. El hijo que no suelta al enemigo, aunque su padre acabe de caer en el campo de batalla, pone la patria por encima de su padre, y hace bien. Fundar la Iglesia, honrar á Dios, salvar almas, es más necesario y admirable que enterrar padres. Esto es lo que quiere dar á entender Jesús. ¿Por ventura no prohibía la ley al Sumo Sacerdote y á los nazareos el consuelo de tributar á sus muertos, aún á los más queridos, los honores supremos ⁽¹⁾, tan sólo para evitarles una mancha convencional? Pues bien, aquí el motivo es grave por otro concepto, porque la gracia del apostolado se halla comprometida. En efecto, es evidente que, aun en el caso en que el anciano padre muriese entonces, el hijo, una vez enterrado el autor de sus días, quedaría impuro por espacio de una semana ⁽²⁾ é incapaz de acercarse á Jesús. Pues bien, una semana era en aquel entonces un año. Dentro de siete días, Jesús estará muy lejos; en siete días, todas las emociones del duelo habrán pasado por el alma del discípulo y la habrán enfriado; en siete días, otros prosélitos habrán ocupado su puesto. Á los muertos—así es como hay que llamar á los hombres que viven alejados del camino de la salvación,—á los muertos toca enterrar á sus muertos, y á las almas ordinarias, cuidarse de las vulgaridades de la vida. El verdadero discípulo de Jesús no tiene más que un pensamiento, una ambición: difundir la luz del Evangelio y glorificar á Dios; los muertos no podrían retener á los que han recibido la misión de sembrar la vida.

Presentóse un tercer discípulo casi con tanta generosidad como el primero, pero pidiendo una truega como el segundo. El plazo sería corto: ir á su casa, abrazar á los suyos, ordenar sus asuntos y volver en seguida. Respondióle

(1) *Levít.*, XXI, 11; *Núm.*, VI, 6-7.

(2) *Núm.*, XIX, 22.

el Maestro: «Ninguno que después de haber puesto su mano en el arado vuelve los ojos atrás, es apto para el reino de Dios.» En efecto, el labrador, si se vuelve un instante, pierde de vista su objeto; si divide su atención, deja que se desvíe el tiro, y retrasa el trabajo en vez de activarlo. Toda obra emprendida en medio de adversas inquietudes, se realiza en desorden y con lentitud. Ahora bien, la fundación del reino celestial debe hacerse bien y deprisa. Los obreros que quieren establecerlo, impulsados por un aliento heroico, como el soldado que corre á las armas, marcharán sin oír á los que, detrás de ellos, se atreven á suplicarles que permanezcan tranquilos en el hogar doméstico vigilando sus intereses y consagrandos sus días á la dicha de los suyos. Dios ha mostrado la posición que hay que ocupar en el terrible asalto que el Evangelio va á dar á la humanidad corrompida. No debe ya mirarse atrás; preciso es marchar adelante.

Á través de los incidentes del camino, en los cuales el alma de los discípulos aprendía lo que de grande y generoso entrañaba la vocación apostólica, llegóse probablemente á las riberas del Jordán, en la frontera de Perea, la provincia judía que Jesús se proponía evangelizar antes de cerrar su ministerio apostólico.

CAPÍTULO II

La misión de los setenta Discípulos

El tiempo es corto, hay que multiplicar los obreros.—La gran campaña apostólica de los setenta Discípulos.—Instrucciones que reciben, semejantes las unas á las dadas á los Apóstoles, y especiales las otras.—Éxito de esta misión.—Los Discípulos vuelven triunfantes.—Palabras de Jesús.—Efusión de alegría y de amor por el Padre.—(*Luc.*, X, 1-24; *Mat.*, XI, 25-30).

Antes de abordar como misionero á este país que muchas veces había atravesado como peregrino, contemplóle el Maestro con amor y compasión. Había allí numerosos hijos de Israel, perdidos en las ásperas montañas de Galaad ó en medio de las poblaciones paganas de las grandes ciudades, como Gadara, Gesara y Filadelfia, y eran tanto más dignos de interés cuanto vivían en su mayor parte alejados de todo contacto con los partidos religiosos de Jerusalén. Las tierras en que iban á penetrar eran nuevas y fecundas; Jesús mostrólas á sus Apóstoles diciéndoles:

«La mies á la verdad es mucha, mas los trabajadores pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros á su mies.» Y, dueño Él también en la casa de su Padre, multiplicó sin tardanza los obreros. En efecto, á los doce Apóstoles, añadió setenta Discípulos ⁽¹⁾. Este número era

(1) Á seguir á varios manuscritos, habría que leer setenta y dos. Es sorprendente que, en varias ocasiones, hallemos en la historia judía la misma variante con relación al mismo número. Así, se cree que, según el *Génesis*, había setenta y dos pueblos y no sétenta; que los ancianos de Israel eran setenta y dos, por cuanto cada una de las doce tribus proporcionaba seis de ellos, y que fueron setenta y dos los traductores alejandrinos, y no setenta. Sin embargo, en el texto que nos ocupa, como en otros, la lección setenta parece más autorizada.

simbólico y había representado un gran papel en la historia del pueblo judío. Cuando la familia de Jacob llegó á Egipto, se componía de setenta personas; ⁽¹⁾ Moisés fijó en setenta el número de los ancianos de Israel, ⁽²⁾ el Sanedrín contaba con setenta jueces, y, según la opinión judía, la humanidad se dividía en setenta pueblos diferentes. Ahora bien, el nuevo ejército iba á operar en las fronteras de esta humanidad pagana. Los Doce habrían sido elegidos con respecto á Israel, los Setenta con relación al mundo entero. Como los Apóstoles, debían los Discípulos marchar de dos en dos, como heraldos de la Buena Nueva, á repetir por todas partes que había sonado la hora del despertar religioso, y que el Rey Mesías había llegado. «Id vosotros—les dijo el Maestro;—he aquí que yo os envío como corderos entre lobos.»

La dulzura del cordero es la que conviene al predicador del Evangelio. Sólo presentándose sin defensa, sin pretensiones, casi tímidos en su humildad, domarán el furor de los lobos. No deben inquietarse por las necesidades materiales: «No llevéis bolsillo, ni alforjas, ni zapatos.» Dios se obliga á proveer á vuestras necesidades. «Ni os paréis á saludar á nadie por el camino.» Sería perder inútilmente un tiempo precioso ⁽³⁾. La gran nueva de que son mensajeros debe moverlos á acelerar su marcha hasta el momento en que puedan depositar el precioso tesoro en lugar seguro. Así fué como en otro tiempo, Giezi, el servidor de Eliseo ⁽⁴⁾, recibió la orden de ir corriendo, sin detenerse á saludar á nadie, á depositar sobre el rostro del hijo de la Sulamita el báculo del Profeta, quien debía llegar en seguida para acabar la curación. Como los Apóstoles, cuya misión reproducen exactamente, aunque en dignidad inferior, deberán

(1) *Gén.*, XLVI, 27.

(2) *Núm.*, XI, 16-25.

(3) Las saluciones en Oriente son muy complicadas, y las inflexiones del cuerpo, los abrazos que exigen hubieran estado completamente fuera de lugar en una ocasión en que cada minuto tenía su valor.

(4) *V. Reyes*, IV, 29.

los Discípulos, al entrar en una casa, empezar por desear la paz á los que la habitan; porque, en efecto, la paz es la que llevan á las almas inquietas y turbadas. Si hay allí un hombre de paz, es decir, un hombre que busque la verdad y la merezca, el anhelo del misionero se encaminará directamente á él y producirá sus frutos; de lo contrario, volverá al mismo que la formuló, y recaerá muy pronto, como bendición doblemente fecunda, sobre otros que serán más dignos de ella.

Y también como los Apóstoles, podrán los Discípulos instalarse en la casa en que sean benévolamente acogidos, y comer y beber lo que se les ofrezca, sin mostrarse reacios, pero también sin falsa vergüenza. ¿No es digno de su salario el obrero? Y el que lleva el pan del alma, ¿no merece la limosna que alimenta el cuerpo? Como á los Doce, prohíbe á los Setenta ir de casa en casa, podría creerse que van detrás de comidas succulentas. Aceptarán la hospitalidad tal como se la ofrezcan, sin convertirla en onerosa á los que la dan, lo cual sería detestable en el obrero del Evangelio. En vez de inquietarse por detalles sin importancia en una vida tan seria como la suya, se atenderá por completo el discípulo á los deberes de su ministerio. Curar enfermos será su primer cuidado, como había sido el de los Apóstoles. Del propio modo, todos deben probar, por medio de milagros, la legitimidad de su misión y la verdad de lo que anuncian. «¡El reino de Dios se acerca!» —gritarán sin cesar.—Á estas palabras, el verdadero Israel se despertará para correr al Rey Mesías.

Si en alguna ciudad se niegan á recibirlos, ó si rechazan su palabra, que vayan á la plaza pública, y allí, sacudiendo el polvo de su calzado, digan: «Hasta el polvo que se nos ha pegado de nuestra ciudad lo sacudimos contra vosotros; sin embargo, sabed que el reino de Dios se acerca.» ¡Ay de los ciudadanos que rechacen el Evangelio! En el día del Señor serán más duramente castigados que los de Sodoma y Gomorra, porque éstos se descarriaron cuando la noche pesaba sobre el mundo, en tanto que aquéllos se

obstinaron, á pesar de la luz que los iluminaba, y contra ella.

En presencia de una hostilidad declarada ó encubierta, los enviados de Dios no deben olvidar el «unir la prudencia de la serpiente á la sencillez de la paloma ⁽¹⁾.» Mensajeros todavía poco numerosos de la Buena Nueva, darán muestras de imprudencia dejándose matar. La hora³ del martirio llegará más tarde.

«Cuando os persigan en una ciudad—añade el Maestro—huid á otra. En verdad os digo que antes que evangelicéis todas las ciudades de Israel, el Hijo del hombre vendrá en auxilio vuestro.» Él mismo seguirá á sus enviados y los reconfortará cuando se hallen sumidos en la desgracia. Por lo demás, deben ellos esperar toda suerte de pruebas, calumnias, traiciones y malos tratos. «El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su amo. Baste al discípulo el ser como su maestro y al criado como su amo. Si al padre de familia le han llamado Beelzebub, ¿cuánto más á sus domésticos?» Preciso es obrar, predicar, iluminar y seguir adelante.

Por lo demás, si Israel muestra una repulsión invencible por la Buena Nueva, no hay que hacer más que desviarse á la derecha ó á la izquierda. Samaria y las ciudades paganas de Pentápolis no están cerradas á los Discípulos, como lo estuvieron á los Apóstoles ⁽²⁾. El reino de Dios puede y debe al salir de Israel, pedir al mundo entero nuevos súbditos. Lo que en este momento decisivo quiere el Maestro es inaugurar la predicación universal de la verdad religiosa. Él mismo no estará en todas partes, pero todos, al tener conocimiento de su paso, podrán salir á su encuentro.

Como aliento supremo y consoladora bendición, añade

(1) Hemos procurado colocar de varios modos algunos fragmentos introducidos por San Mateo en el discurso dirigido á los Apóstoles cuando su misión, pues deben lógicamente referirse á momentos más críticos que los del ministerio galileo.

(2) En efecto, es de notar que Jesús no limita á sus discípulos el teatro de su apostolado, como lo hizo con los Apóstoles. *Mat.*, X, 5.

estas últimas palabras: «Quien á vosotros oye, á mí me oye; quien á vosotros rechaza, á mí me rechaza, y quien me rechaza, rechaza á Aquel que me envió.» Los nuevos elegidos llevan, pues, como los Apóstoles, la palabra, la autoridad, la majestad misma de Dios. Por eso Dios es su salvaguardia.

No indica el Evangelio el tiempo que duró la misión de los Setenta. Quizás se prolongó varios días, pues, según todas las probabilidades, los emisarios recorrieron todo el país hasta el vado de Jericó. Jesús los seguía de cerca. Lo que hay de cierto es que cuando volvieron á juntarse con el Maestro, los Discípulos estaban más satisfechos que los Apóstoles. «Señor—exclamaron con infantil alegría,—hasta los demonios mismos se sujetan á nosotros por la virtud de tu nombre.» Estas palabras suponen que habían logrado curar enfermos, pero esto les parece poco en comparación del poder que habían ejercido sobre los demonios mismos. Tan feliz resultado, comparado con el fracaso relativo experimentado antes por los Doce, llenábalos de alegría. Jesús dejó ver que compartía su dicha al comprobar solemnemente su éxito.

«Sí—les dijo;—yo estaba viendo á Satanás caer del cielo á manera de relámpago.» Á pesar de hallarse apartado de la lucha, la seguía, pues, con la vista y la dirigía con su acción invisible. El asalto fué vigoroso y el usurpador de la gloria divina, el mismo que había usurpado el puesto del Maestro en el imperio de las almas, acaba de ser herido de muerte. El meteoro que, después de haber engañado por algún tiempo á nuestros ojos, humea y cae de repente en el horizonte, no se desvanece por modo tan miserable como el poder de Satanás; y del propio modo que acaban de arrancar los posesos á su imperio, libertarán muy pronto al mundo pagano, este gran poseso que gime en la esclavitud. Se ha iniciado la derrota. Ante la predicación de los Apóstoles y los Discípulos, sus auxiliares, cesará la secular fascinación de la idolatría. Satanás, aterrado por la iluminación del Evangelio, vese ya precipitado

del elevado trono que su orgullo había escogido. Jesús contemplando su caída de hoy, fija ante todo su mirada en la de mañana.

«Vosotros veis—añade—que os he dado potestad de hollar serpientes, y escorpiones, y todo el poder del enemigo, de suerte que nada podrá haceros daño.» ¿Hay en esta declaración del Maestro una alusión á la promesa de Dios á la posteridad de Adán? Posible es, porque, después de Jesús, descendencia maravillosa de la nueva Eva, los Apóstoles se dedicarán también á aplastar la cabeza de la serpiente. ⁽¹⁾ En vano el demonio reunirá todas sus fuerzas, la astucia de los herejes, la violencia de los perseguidores, el veneno de la calumnia y del odio; los discípulos de Jesús serán más fuertes que esta conspiración de las potencias infernales, y, á pesar de ellas, poblarán la Iglesia y la conservarán grande y hermosa para gloria de su Fundador.

«Sin embargo—añade el Salvador con el tono grave del Maestro que da una lección importante,—no tanto habéis de gozaros porque se os rinden los espíritus inmundos, cuanto porque vuestros nombres están escritos en los cielos ⁽²⁾.» El poder de hacer milagros, si bien es una garantía de verdad para la doctrina y de legitimidad para la misión del taumaturgo, no podría ser prueba irrefragable de la santidad de éste. Puede uno obrar prodigios, y no salvar su alma, como dijo Jesús en otra ocasión. En vez de mostrarse orgullosos de su poder, lo esencial será, pues, para los discípulos, trabajar enérgicamente en su propia santificación, por miedo á no ser ¡ay! otra cosa, después de haber convertido á los otros, que miserables réprobos. Go-

(1) El autor se refiere á la profecía del *Gén.*, III, 15, directamente mesiánica, según el hebreo y los LXX. La supuesta alusión es muy *extensiva*. —(N. del T.)

(2) Es una imagen comúnmente empleada en la Escritura la del *Libro de la vida*, donde Dios escribe y borra los nombres de los que conseguirán su salvación ó serán excluidos de ella: *Exod.*, XXXII, 32; *Salm.* LXVIII, 29; *Is.*, IV, 3; *Jerem.*, XVII, 13; *Filip.*, IV, 3; *Apoc.*, III, 5, y la alusión de *Mat.*, V, 12.

zar de una autoridad especial en la Iglesia de la tierra sería muy poco, si uno no debiera más tarde formar parte de la Iglesia del cielo; y la gloria de haber sido algo aquí bajo se reduciría á la nada, si perdiéramos el derecho de ciudadanía en lo alto.

En el mismo momento, Jesús, lleno de consuelo, se estremeció en espíritu, y entregándose á una alegría cuya dulce efusión recuerda los últimos discursos de la Cena ⁽¹⁾, exclamó:

«Yo te glorifico, Padre mío, Señor de cielo y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sabios y prudentes del siglo, y las has revelado á los pequeñuelos. Sí, Padre, por haber sido de tu agrado que fuese así ⁽²⁾.» En efecto, el plan divino ofrece de muy notable que su autor ha excluído de la lucha contra las tinieblas todo lo que habría parecido constituir un concurso de fuerzas reales; los sabios, los prudentes, los doctores de Israel. Estos videntes no vieron nada, y quedaron en el campo contrario. Sólo los ignorantes, los pequeños y algunos grandes, habiéndose despojado de su ciencia y de sus pretensiones para hacerse pequeños, fueron llamados á conocer y defender la verdad. Esto, para Dios, equivale á demostrar que se basta para realizar la transformación del mundo, y Jesús se complace en rendir testimonio de esta Omnipotencia. Después de aquel arranque de amor y de felicidad hacia el Padre, la efusión que da gracias cede el puesto á la me-

(1) Nada más sorprendente que la semejanza entre el discurso de Jesús referido aquí por San Lucas—está menos bien colocado en *Mat.*, XI, 26,—y los que leemos en San Juan. Para que redacciones, de ordinario tan diferentes, se ofrezcan de repente como idénticas cuando describen el interior del Maestro, verdadero ideal de amor, de santidad y de luz, preciso es que se inspirasen una y otra en la verdad más exacta. El lector atento notará lo que, en la emoción espiritual de Jesús, hay de análogo con la de María, al expresar sus sentimientos á propósito de la Encarnación. En *Luc.*, I, 47, canta la Virgen: *Et exultavit spiritus meus*; y de Jesús se dice: *Exultavit spiritu*. En una y otro, la parte superior del alma, el espíritu, se estremece de santa alegría ante la obra de Dios. (*)

(2) Otro hebraísmo: *εὐδοκία ἐμπροσθέν μου* que denota un documento arameo. *Comp. Ex.*, XXVIII, 38.

(*) La Vulgata: *Exultavit Spiritu Sancto*, conforme con algunas ediciones que añaden *τῷ ἀγίῳ*.—(N. del T.)

ditación. «Todas las cosas—dice—las ha puesto mi Padre en mis manos. Pero nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo habrá querido revelarlo.» En efecto, Él es, en cuanto Hijo, el depositario de todo lo que es, puede y quiere el Padre. ¿Qué es ser Hijo sino reproducir la vida completa del Padre? De esta relación de naturaleza, surge también el eterno conocimiento que el Padre y el Hijo tienen uno de otro. El Padre, conociéndose, conoce al Hijo, que no es más que su perfecta imagen; y recíprocamente, el Hijo conociéndose, conoce al Padre, de quien es exacta é infinita reproducción. Esta ciencia divina que el Hijo tiene, de toda eternidad y por esencia, como Dios, la posee por comunicación como hombre; y, único entre las criaturas, tiene de derecho, porque sólo Él tiene en sí la naturaleza divina, unida hipostáticamente á la naturaleza humana. Con todo, habiéndola recibido en su plenitud, puede dispensarla á quien le plazca, y en el grado en que le plazca. Tal es el triunfo de su generosidad, la obra de su misericordia y el objeto de su misión. Pobres vidas descarriadas, almas torturadas por la duda, corazones quebrantados por el sufrimiento: el Maestro tiene una mirada para vosotros.

«Venid á mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis el reposo para vuestras almas, porque suave es mi yugo y ligero el peso mío.» ¡Conmovedora invitación que, en el transcurso de los siglos, ha despertado, atraído y desarrollado innumerables generaciones de justos! Jesús ha recibido del Padre todo lo necesario para consolar á sus amigos; la verdad que disipa las tinieblas, la ley que regula la voluntad sin suscitar dificultades inútiles, la gracia que ayuda al movimiento de la nueva vida. Sólo anhela distribuir tantos tesoros. Su corazón no abriga la altivez repelente, sino que está lleno de esa amable sencillez que acoge á todo el mundo con dulce ternu-

ra. Sus mandamientos tampoco imponen nada exagerado; su dominación será en altísimo grado consoladora. ¿No ofrecen de ello sus discípulos la prueba irrefragable? ¿Quién de entre los filósofos y grandes de la tierra ha experimentado la alegría del alma que embriaga á esos pobres galileos? Ninguno, que se sepa; he ahí por qué concluye Jesús exclamando: «Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. Pues os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; como también oír las cosas que vosotros oís, y no las oyeron.» En efecto, ser testigos de la manifestación que aporta la salvación es más útil y glorioso que poseer el espíritu profético ó empuñar el cetro real. Ahora bien, los Discípulos son, no sólo testigos, sino elegidos privilegiados y eficaces cooperadores.

Desde aquel momento entran los Setenta en las filas de la Iglesia cristiana con todos sus privilegios distintivos. Agrúpanse en torno del Señor en un estado de inferioridad respecto de los Apóstoles, pero de superioridad con relación á los simples fieles. Después de la Ascensión los hallaremos formando un cuerpo especial, que tendrá sus prerrogativas y sus funciones particulares en la nueva sociedad religiosa definitivamente organizada.

La teología católica enseña comúnmente que fueron respecto de los actuales pastores del segundo orden lo que los Apóstoles respecto de los del primero. En efecto, su institución parece haberse perpetuado en los sacerdotes que, teniendo cura de almas, son, bajo la dirección de los obispos, obreros autorizados del reino de Dios.

CAPÍTULO III

Un escriba pregunta quién es el prójimo

Un escriba pregunta qué debe hacer para salvarse.—Amar á Dios y al prójimo.—¿Quién es el prójimo? Admirable parábola *del Samaritano*.—En la desgracia, quisiéramos tener por prójimo á todo el mundo.—Así, pues, todo el que está sometido á prueba debe parecerse á nuestro prójimo. (*Mat.*, XIX, 1; *Marc.*, X, 1; *Luc.*, X, 25-37).

De esta primera evangelización de Perea poseemos datos generales que la asimilan, en parte, al ministerio galileo. San Mateo y San Marcos nos dicen, en efecto, que el concurso del pueblo era muy considerable en torno del joven Profeta. La misión de los Setenta, es decir, de treinta y cinco parejas de precursores, contribuyó no poco á ello. Todos querían ver á Aquel de quien se contaban tantos prodigios, y una vez visto, quedaban seducidos por su persona, su palabra y sus obras.

Jesús, «como tenía de costumbre», según expresión de San Marcos, habíase dedicado á instruir á los que llegaban á Él, y su enseñanza, siempre tan viviente en su sublime sencillez, conmovía el alma de los campesinos de las montañas de Galaad, como había conmovido la de los aldeanos de Galilea. Los milagros que obraba daban una consagración definitiva á sus discursos.

San Mateo observa, en efecto, que curaba á los enfermos, los cuales le eran presentados en gran número, porque la humanidad es de tal naturaleza, que los sufrimientos del cuerpo le parecen siempre menos tolerables que las miserias del alma. De mucho mejor grado corre á que la curen que á que la instruyan.

Sin embargo, hallábanse á veces hombres que querían

ilustrarse, ó por lo menos, poner al nuevo Doctor en la precisión de probar su ciencia teológica. Esto fué lo que ocurrió con un escriba que se presentó á Jesús muy probablemente en los alrededores de Jericó.

En efecto, colocando el Maestro la escena de la parábola que dará por respuesta en el camino de esta ciudad á Jerusalén, y habiendo de hallarse poco después en casa de Marta y María, nada de inverosímil tiene la hipótesis. Por otra parte, en los límites de Judea era donde especialmente se encontraban legistas y hombres que se inquietaban de cuestiones religiosas tales como la suscitada aquí por San Lucas.

Así, pues, cierto día, mientras Jesús instruía al pueblo, levantóse un escriba, y, queriendo probarle ⁽¹⁾, le hizo esta pregunta: «Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna?» Los gentiles buscaban la verdad, y los judíos la salvación. Éste habla, pues, de la salvación como de una herencia ⁽²⁾ prometida á los verdaderos hijos de Israel, y nos da así la nota de la vida religiosa en las almas más ardientes del judaísmo. Jesús le miró atentamente. Luego, mostrando quizás con el dedo la respuesta escrita en una de las *filacterias* que su interlocutor llevaba suspendidas de la cabeza ó del brazo ⁽³⁾, ó también, y más probablemente, haciendo un llamamiento á la ciencia del que le interrogaba con curiosidad, preguntóle: «¿Qué es lo que se halla escrito en la Ley? ¿Qué es lo que en ella lees?» El

(1) Como el texto lleva la palabra *ἀνέστη*, indica que la concurrencia se había sentado para escuchar. En cuanto á la pregunta, bien que hecha para tentar á Jesús, *ἐκπειράζων*, nos equivocariamos si la creyésemos dictada por la malevolencia. No contenía elemento alguno capcioso, ni la respuesta debía tener, en modo alguno, peligrosas consecuencias. Lo más que puede achacarse al doctor judío es la intención maligna de sondear la ciencia teológica del joven Maestro galileo. La palabra *tentar* debe aquí tomarse en el sentido de *interrogar*. San Mateo, XXII, 35, emplea la misma expresión a propósito de un escriba que *tienta* á Jesús, y del cual dice, no obstante, el Maestro (*Marc.*, XII, 34) que no está lejos del reino del cielo.

(2) El escriba emplea, en efecto, el término *κληρονομίᾳ*.

(3) Transcribíanse en pergaminos ricamente orlados pasajes de la Escritura, que llevaban, como amuletos, suspendidos del cuerpo, principalmente cuando iban á ponerse en oración. (V. Buxtorf, *Lex. Talm.*, p. 1743 y 2105.)

escriba, con mucha oportunidad, respondió: «Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente, y al prójimo como á ti mismo (1).» Si á sus reflexiones personales debía únicamente el mérito de reunir con tanta discreción dos preceptos separados en Moisés (2), haciendo así un admirable resumen de los deberes del hombre, no podemos menos de asociarnos á Jesús para rendir homenaje á su sabiduría. Quizás había oído ya tratar esta tesis capital al Maestro mismo, ó bien había sido llevado á tan excelentes respuestas por una serie de preguntas que el Evangelista no nos ha conservado. Sea de ello lo que se quiera, precisa él admirablemente el movimiento regular del amor divino. Según él, debe partir del corazón, como del centro de la vida moral, para difundirse por el alma ó el sentimiento, por la fuerza ó la voluntad, por el espíritu ó la inteligencia, trinidad admirable que resume á todo el hombre en su más completo conjunto. Procediendo de lo que hay de más viviente, profundo y elevado en el hombre, debe apoderarse de Dios como soberano bien, y desde Él se extenderá al prójimo, imagen y obra de Dios, á quien, por consiguiente, hay que amar y estimar como á nosotros mismos. En efecto, el amor de Dios crea el amor del prójimo. «Bien has respondido—dijo el Salvador;—haz eso y vivirás.» Si, porque poseer en el fondo del corazón á Dios y lo que es de Dios, es comenzar el cielo desde ahora, y, por lo tanto, asegurárselo para lo por venir. Quien posee la caridad, posee la justicia; quien posee la justicia, posee la salvación.

Sin embargo, el escriba no se contentaba con esta res-

(1) El texto de la ley sólo menciona el corazón, el alma y la fuerza (*Deut.*, VI, 5). El origen de la variante señalada aquí puede provenir de la traducción de los Setenta, que el Evangelista tuvo sin duda presente en su memoria al propio tiempo que el texto hebreo. Los Setenta habían traducido *Leb*, que quiere decir á la vez *espíritu* y *corazón*, por *διάνοια*, *espíritu*. San Lucas, tomándolo en sentido de *corazón*, dejó subsistente, cuando menos en su acumulación, el término *espíritu*, escogido por los Setenta.

(2) La primera parte está en el *Deut.*, VI, 5, y la segunda en el *Levít.*, XIX, 18.

puesta, ya porque quisiera desplegar con mayor amplitud su propia ciencia y probar más la de Jesús, ya—y esto es lo más probable⁽¹⁾—porque, considerándose acusado por la excitación del Maestro á practicar la ley, tratase de excusarse de hacerlo invocando lo que hallaba de poco preciso en la segunda parte de esta ley. Por eso añadió en seguida: «¿Y quién es mi prójimo?» El sentido de la palabra *prójimo* le parecía vago. ¿Hasta dónde debe extenderse en la práctica? Con su bondad ordinaria, va á decirselo Jesús. Desde luego no es en los libros, sino en el corazón, donde hay que buscar la respuesta á la pregunta formulada. El grito de la naturaleza la ofrecerá mejor que todas las teorías inventadas por el espíritu humano y discutidas en las escuelas rabínicas. Entre los teólogos de la Sinagoga, unos han imaginado que la fraternidad real no salía del círculo de la familia; otros la han extendido á los miembros de una misma sociedad religiosa; varios, finalmente, le han asignado por límites las fronteras de la patria. Pues bien, nada de esto está realmente conforme con el precepto divino. En efecto, según éste, la fraternidad humana reposa en una base tan amplia como la humanidad. Todo hombre, por el mero hecho de serlo, nos toca de cerca, cualquiera que sea su familia, su religión y su patria. Posee nuestra naturaleza, y, por su corazón, su inteligencia, sus aspiraciones, sus necesidades, es *vecino* de nuestra vida, *próximo* á todo nuestro ser; por consiguiente, hermano ó *próximo*. Semejante doctrina puede parecer espantosa á corazones egoístas, pero no es menos cierto que, formulada por el Maestro, seduce y llena de santo entusiasmo á todas las almas generosas. Por lo demás, he aquí la conmovedora historia por medio de la cual procuró darle el mayor relieve posible.

«Bajaba un hombre—dijo—de Jerusalén á Jericó.» Se supone que este hombre es judío, por cuanto parte de Je-

(1) El texto *volens justificare seipsum* indica, en efecto, que el escriba vió en la invitación «haz eso y vivirás» una alusión á lo que no había hecho aún. Para justificarse alega que el sentido de la palabra *prójimo* no es claro.

rusalén, como poco antes, quizás, partía el mismo escriba. Viaja sin temor. Como viaja por su propio país, nada más natural que considerar asegurado el auxilio de sus compatriotas. Ninguno de estos detalles es inútil para el aparato escénico, y todos juntos contribuirán á dar á la parábola el incentivo que habrá de grabarla en el espíritu del auditorio.

«Ahora bien, este hombre cayó en manos de ladrones, que le despojaron de todo, y le cubrieron de heridas, y se fueron, dejándole medio muerto.» El camino de Jerusalén á Jericó no es largo, unos 25 kilómetros, pero atraviesa sitios desiertos y ásperos, bordeando precipicios, en los cuales se emboscaban siempre los bandidos para esperar á los viajeros y desvalijarlos ⁽¹⁾. El infortunado tuvo que defenderse enérgicamente, pero cayó á los innumerables golpes que recibiera, y solo, desangrándose por sus heridas, bajo un sol devorador, sin poder pedir auxilio, se moría. Felizmente, la Providencia vela por los desamparados.

En efecto, «he aquí que bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote.» Un sacerdote; es lo que puede uno imaginarse de más esencialmente compasivo. Sus relaciones familiares con Dios, que es la soberana misericordia, deben infundirle la caridad con todos sus ardores. Probablemente aquel sacerdote salía del Templo y volvía á su ciudad levítica después de desempeñar concienzudamente sus funciones semanales. Ofrecíasele, pues, una hermosa ocasión para demostrar que sabía hacer bien al hombre, una vez tributado su homenaje á Dios. «Vió al desventurado.» El espectáculo era aflictivo. Tendido en tierra, el moribundo no podía pedirle auxilio con la voz ni la mirada, pero le suplicaba por todas sus heridas abiertas y por los gemidos que dejaba escapar con la vida. El sacerdote, formado sin duda en la escuela de los fariseos, y ateniéndose á la religión seca y egoísta que predicaba á sus discípulos, echó fríamente una mirada de piedad al

(1) *Antiq.*, XX, 6, 1; *Bell. Jud.*, XI, 12, 5; S. Jerón., *in Jerem.*, III, 2. V. *Notre Voyage aux Pays Bibliques*, I, 267.

infortunado, y luego, «desviándose, pasóse de largo, (1).» Evidentemente, creíase demasiado grande para descender, ó demasiado lleno de graves inquietudes para detenerse.

«Un levita llegó después de él por el mismo camino.» Al amo sigue el siervo. Este nuevo y más humilde personaje, habituado á traficar en el Templo en los servicios materiales del culto, parecía especialmente indicado para la buena obra que se imponía. Vivía bastante cerca de Dios para abrigar en su corazón una chispa de caridad, y con bastante modestia entre los hombres para prestarse á los oficios más humildes de la vida común. «Habiéndose aproximado al herido, le miró (2).» Era esto algo más de lo que había hecho el sacerdote, por lo que podía esperarse que intentaría alguna cosa para socorrer al que de aquel modo había visto de cerca. Pues bien, no; como el otro, «pasó de largo.» ¿Se había apoderado de él el terror ó experimentó simplemente la repugnancia y la aversión frente á un hombre en tan lastimoso estado? No es posible decirlo. La idea de que nadie sería testigo de su cobardía le inspiró la resolución de dejar para los demás el cuidado que podía evitarse. Si por casualidad se acordó del prójimo, al que debía amar como á sí mismo, su casuística egoísta le respondió al punto que el pobre desgraciado no entraba en las categorías teológicas constituidas por los rabinos. No obstante la voz de la humanidad, del patriotismo, de la religión, pensó que aquel hombre, aunque hijo de Israel como él, no era en absoluto prójimo suyo. El suspiro de compasión que sin duda dió, al volver la cabeza, fué la única limosna que le concedió. No siendo mejor que el sacerdote, «tiró adelante.»

«Pero un pasajero de nación samaritana llegóse adonde estaba el herido, y le vió.» Todo samaritano era para los

(1) Todo esto está contenido en la descomposición del verbo *ἀντιπαρήθε* adrede imaginado para expresar bien el cuadro. No se le encuentra en los autores griegos. (*)

(2) El T. R. con A. C. y otros manuscritos llevan: *ἐλαών και ιδών*.

(*) Probablemente el autor entiende significar tan sólo que esta palabra no es clásica.— (N. del T.)

judíos un mal hombre. En cambio, todo judío era detestado por los samaritanos como un hijo de raza odiosa. Aquel moribundo, á quien el sacerdote y el levita no han tratado como hombre, á pesar de ser su compatriota, ¿podía parecer un prójimo al viajero de Samaria? Este le ha contemplado ya, y en el vestido ha reconocido á un enemigo de su nación. ¿Por qué no lanzar al miserable el insulto que cien veces ha visto palpitar en labios judíos con relación á él: «¡No es más que un perro, adelante!» Pues bien, no; ante la muerte olvida todas las antipatías nacionales y religiosas, y ve en el hijo de Israel un hombre, un semejante en el estertor de la agonía. ¿Le debe algo ó nada? En otros términos, ¿es un prójimo? En vez de interrogar la casuística de los rabinos, el honrado viajero buscará la respuesta en su propio corazón. Se pregunta sencillamente si, tendido él mismo y desangrándose en las piedras del camino, desearía hallar un prójimo en un judío; y en el fondo de su alma, el egoísmo natural en todo hombre exclama: «¡Sí!» Luego concluye que debe obrar como prójimo del judío que agoniza.

«Y movióse á compasión»—prosigue el Maestro.—Así, según el hermoso pensamiento de San Gregorio ⁽¹⁾, al primer movimiento, da el samaritano su simpatía, es decir, lo que hay de más precioso. El resto vendrá como consecuencia. Olvidando que sus negocios apremian, que carece de relaciones en un país enemigo, y que hasta puede correr graves riesgos, sólo escucha las buenas inspiraciones de su corazón, é inclinándose sobre el moribundo, venda sus heridas, después de verter en ellas aceite y vino, remedios elementales de que ordinariamente va provisto en Oriente todo hombre que viaja. Coloca luego sobre su cabalgadura al herido, renunciando así á la esperanza de librarse de los bandidos que pueda haber aún en las cercanías, y marcha á pie, sosteniendo como mejor le es posible al herido, cuyos gemidos quebrantan su corazón. Por fin llega á

(1) San Gregorio, *Moralia*, XX, 36.

un mesón vecino ⁽¹⁾. Allí se pone á cuidarle con el mayor afecto y tras varias horas de fraternal solicitud, parecía terminada su misión, por lo que, entregándolo á sus correligionarios y compatriotas los judíos, sólo restaría decirles: «Ahí le tenéis; vuestro prójimo es, más que mío: tenéis el deber de reemplazarme.» Mas no fué así: guiada por la simple ley moral, la conciencia hablaba á aquel hombre un lenguaje muy diferente. Por cuanto graves intereses le prohíben perder tiempo en el camino, va á imaginar un medio de permanecer junto al herido, aunque le abandone: el de dejarle crédito abierto en el mesón que los ha recibido. En efecto, «al día siguiente, sacó dos denarios y dióselos al mesonero diciéndole: cuídame este hombre, y todo lo que gastares de más, yo te lo abonaré á mi vuelta.»

La parábola había terminado. Con el contraste hábilmente dispuesto entre la dureza de los unos y la caridad del otro, acababa de dictar el Maestro la respuesta á la dificultad: «¿Quién es mi prójimo?» Sin embargo, quiso dejar al escriba el cuidado de formularla por sí mismo. «¿Quién de estos tres—le preguntó—te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones?» Á primera vista parece mal formulada la pregunta. En efecto, el escriba había dicho: «¿Quién es el prójimo del que debe obrar?» Y no: «El que debe obrar ¿de quién es prójimo?» Pero fácil es reconocer que el término prójimo entraña una correlación necesaria. Por cuanto significa vecino, supone una reciprocidad. Uno es prójimo de su prójimo, como es hermano de su hermano. Luego invertir los términos es propio del Doctor que da la lección, sobre todo si comprende que, haciéndolo así, dicta con más seguridad la buena respuesta. Este es el caso aquí. En efecto, comprendemos mejor la extensión de un deber en los otros con relación á nosotros que en nosotros con respecto á ellos. El escriba puede preguntarse quién es su prójimo, y, si hay que ha-

(1) Como samaritano, no podía recibir hospitalidad en una casa judía. Sólo en un sitio público, en una hostería abierta á todos los pasajeros, podía buscar un asilo.

cer bien á otro, vacilar en dar la respuesta. Por lo contrario, se apresurará á darla, si se trata de hacerle bien á él. Que se ponga en el puesto del pobre herido, y verá si la pregunta puede originar la vacilación un solo instante. Sí, no hay duda, aun tratándose de un samaritano, por samaritano que sea, puede ser prójimo de un judío. El escriba se resigna á reconocerlo así; pero por un resto de honrilla nacional, en vez de nombrar sencillamente al samaritano, recurre á una perífrasis: «Aquel—dijo—que usó con él de misericordia.» «Pues bien—concluye Jesús,—anda y haz tú otro tanto.» Es decir: «No obstante todas las barreras de patria, de religión, de antipatías privadas ó públicas, sé *prójimo* de cualquiera que se vea sometido á una prueba. Si la desgracia te affige, ¿á quién querrás hallar en tu camino por prójimo verdadero? Supongo que á todo el mundo. Pues bien, considera que, recíprocamente, debes tratar á todo el mundo como á prójimo tuyo.»

CAPÍTULO IV

En casa de Marta y María

La familia de Betania.—Marta, Lázaro y María.—Carácter diferente de las dos hermanas.—El de María se explica, sobre todo si no fué otra que la pecadora ó María Magdalena.—Razones serias que apoyan esta creencia.—La Magdalena había regresado entonces á Betania.—Posición social de la familia.—La hospitalidad diversamente dada y comprendida por las dos hermanas.—Marta se agita y María escucha.—Despecho de Marta y su reclamación.—Respuesta de Jesús.—Lección de sabiduría. (*Luc.*, X, 38-42.)

Con motivo de la Dedicación que iba pronto á celebrarse, había proyectado Jesús hacer una nueva y rápida aparición en Jerusalén, más corta, sin embargo, que en la fiesta de los Tabernáculos. El estado de los espíritus no le permitía arriesgarse por demasiado tiempo y sin precauciones en la capital. Para el fiel cumplimiento de las profecías, Jesús no debía presentarse en Jerusalén como Mesías oficial aclamado por sus partidarios, sino en la Pascua próxima. Sólo al día siguiente de este triunfo, entregándose generosamente en manos de sus enemigos, le sería preciso, realización sublime del cordero pascual, morir en la cruz, para mostrar definitivamente á todo Israel reunido el Mesías que aceptaba ser. Así, pues, una vez más se dirigió á la Ciudad Santa sin ruido, esto es, después de haberse, por decirlo así, ocultado en la vecindad.

Á quince estadios, esto es, á menos de tres kilómetros de Jerusalén, en la aldea de Betania, había una casa en que podía recibir Jesús hospitalidad. Si una de las muje-

res que acompañaban al grupo apostólico desde Galilea, María Magdalena, era, según procuraremos demostrar, miembro de la familia que habitaba dicha casa, podrá suponerse sin dificultad un acuerdo entre ella y Jesús, para disponer al Maestro el asilo seguro que le permitiese mostrarse de improviso en el Templo y eclipsarse en seguida.

San Lucas, á pesar de inquietarse muy poco, en este momento, del orden cronológico de sucesos cuyo hilo parece haber perdido, nos presenta de repente al Maestro en una localidad que no designa, en casa de dos mujeres, Marta y María, que hasta entonces no cita en su libro, y que, por otra parte, no mencionará más en lo sucesivo. Afortunadamente, el cuarto Evangelio llenará esta laguna, dándonos á conocer más á fondo el interior, por cierto interesantísimo, de la familia de Betania. De este modo se explicarán las frecuentes estancias que en ella hace Jesús antes de la Pascua fatal ⁽¹⁾.

Parece que Marta era la dueña de la casa ⁽²⁾, ora porque fuese la mayor de la familia, ora porque las circunstancias hubieran hecho pesar sobre ella todas las cargas de un domicilio privado de su jefe. Éste, que, según una antigua tradición, habría sido Simón el Leproso ⁽³⁾, mencionado sin otros detalles por San Mateo y San Marcos ⁽⁴⁾, parece había dejado vacío su puesto en esta casa en el momento en que Jesús aparecía en ella. ¿Había muerto en realidad, ó á lo menos se hallaba separado de la sociedad de los vivos por la lepra? No es cosa fácil decirlo; los Evangelistas se contentan con nombrarle, sin calificarlo de otro modo,

(1) *Juan*, XVIII, 2; *Luc.*, XXI, 37; XXII, 39.

(2) *Martha excepit illum in domum suam*, dice San Lucas: Hacía los honores de su domicilio.

(3) Véase la interesante disertación de Greswell: *On the village of Martha and Mary*; Nicéforo *H. E.*, I, 27 y Teofilacto sobre este pasaje, etc. Por más que fuese contrario á todas las ideas recibidas y casi inaudito encontrar, entre los judíos, doncellas que hubiesen renunciado al matrimonio, Marta ha sido honrada por la Iglesia como virgen. Si realmente lo fué, sería preciso suponer que Simón era, no su marido, sino su padre.

(4) *Mat.*, XXVI, 6; *Marc.*, XIV, 3.

ni ponerlo en escena. Lo que hay de cierto es que, además de Marta, que la gobernaba, la familia se componía de otra hija de nombre María, y de un hijo llamado Lázaro. Como no vemos que este último desempeñe jamás papel preponderante en este hogar doméstico, y aun lo encontremos, en una circunstancia, clasificado sencillamente entre los convidados ⁽¹⁾, al paso que sus hermanas hacen los honores de la casa, podemos concluir que era todavía joven, ó que tenía en otra parte su domicilio propio. Por eso, tal vez, no le menciona San Lucas en el presente relato, limitándose á llamar nuestra atención sobre Marta y María.

De igual modo buenas y afectuosas para con el Señor, ambas hermanas tenían un natural y una historia muy diferentes. Marta era ante todo la mujer práctica, activa, que demostraba su afecto con la solicitud que ponía en las cosas de la vida, en una palabra, una de esas mujeres de que tan necesitada, para su dicha, está la humanidad. María era la mujer inteligente, meditativa, elevada en sus aspiraciones, en una palabra, una de esas mujeres que tanto se complace uno en encontrar para dicha del sexo á que pertenecen. La una veía, sin duda, el cielo al otro lado de la tierra; la otra sospechaba apenas la tierra á este lado del cielo. Un alma como la de Marta no había podido conocer las grandes tempestades de la vida; un corazón como el de María estaba especialmente hecho para buscarlas, arrostrarlas y salir de ellas destrozado, pero capaz aún de una existencia nueva. La divergencia de estas dos naturalezas se acentuará claramente en lo sucesivo, por la diferencia misma de las relaciones que unirán á las dos hermanas con el divino Maestro; desde ahora encontramos la causa de ella en el hecho decisivo de que Marta, habiendo llevado siempre la vida correcta de la mujer fiel á todos sus deberes domésticos, no podía experimentar por Jesús la viveza del afecto que provocaban en María un

(1) *Juan, XII, 2.*

fondo más rico, lamentabilísimos extravíos y una gratitud más fundada.

Según nosotros, en efecto, María era aquella Magdalena á quien Jesús había librado de los siete demonios, es decir, de la vida desordenada, dolorosa y criminal en que se degrada la mujer cuando ha pisoteado el respeto de sí propia, para seguir sin pudor el grito de la pasión. La identificamos resueltamente ⁽¹⁾ con la pecadora que, en el banquete del fariseo Simón, había comprado, con un arrepentimiento heroico, el perdón de sus crímenes, y merecido la más gloriosa rehabilitación.

Á decir verdad, los sinópticos no escribieron una sola palabra para apoyar nuestra opinión, pero basta un simple motivo de prudencia para explicar su reserva. Era, en efecto, lo más natural que el medio en que se formó la tradición sinóptica cubriese, con un velo discreto, los yerro de la célebre mujer que desempeñó tan considerable papel en la fundación de la Iglesia, y á quien todos honraban por razón de su adhesión sin límites á la persona y á la causa del Señor. En el fondo, la consigna era conocida de todos dentro de la primitiva comunidad. Sólo podían ignorarla los paganos, y parecía prudente ocultar á su debilidad y á su malicia el escándalo de una mala mujer, convertida, para Jesús, en la amiga más fiel, y, para la naciente Iglesia, en el primer testimonio y elocuente predicador de la Resurrección.

San Juan, que dictó su Evangelio más tarde, cuando había desaparecido la familia de Betania, y la Iglesia, por su parte, había dado al mundo pruebas de su santidad, no

(1) No puede buscarse en los Padres de la Iglesia la solución de esta dificultad. Por de pronto están lejos de convenirse entre sí, distinguiendo unos tres personas, la pecadora, María Magdalena y María hermana de Lázaro, identificando otros á la pecadora con Magdalena, pero rehusando confundirla con la hermana de Lázaro, y afirmando por fin varios, con nosotros, que las tres son la misma persona. Pero lo más sorprendente es que, con frecuencia, el mismo doctor, que se llama Agustín, Jerónimo ú Orígenes, no está acorde consigo mismo, y cambia de parecer en los diversos pasajes en que toca esta cuestión. V. Baronio *Annal.*, 32, § 18 y sig., Bolandos, *Act. Sanct.*, etc.

se veía obligado á tantos miramientos; y, deslizándose como impensadamente una palabra en un paréntesis, esclareció la situación y disipó la incertidumbre. En el capítulo XI, 2, luego de haber llamado á María hermana de Lázaro, añade: «Y María era la que había ungido al Señor con unguento y limpiado sus pies con sus cabellos.» Evidentemente, si este singular testimonio de afecto y de respeto hubiese sido dado á Jesús por dos mujeres distintas, nadie hubiera admitido hacer de él el signo distintivo y el mérito especial de una de ellas. Nuestra observación es sobre todo fundada si, en el momento en que se habla, la persona que uno quiere designar no ha realizado ⁽¹⁾ todavía el acto por el cual es caracterizada, en tanto que la otra ha verificado ya el suyo desde hace mucho tiempo. La alusión, anticipada de esta suerte, resulta poco inteligible; por lo contrario, es naturalísima, si se refiere al suceso pasado, hecho célebre en la Iglesia por la tradición consignada por San Lucas ⁽²⁾, suceso en el cual había obtenido su perdón la pecadora.

Para quien estudie imparcialmente la cuestión ¿no parece muy improbable que dos mujeres, en fechas diversas, hubiesen tenido la idea de desatar sus cabellos y enjugar los pies del Señor después de haberlos rociado con un perfume mezclado, la vez primera, con lágrimas? Ahora bien, como, por otra parte, es imposible reducir á una sola las uncciones—tan caracterizadas están por diferentes detalles—síntese uno inclinado á afirmar que un solo y mismo corazón de mujer imaginó la doble demostración de amor y de humildad que nos llena de admiración. Sí; es lo más natural que, cuando iba el Maestro á abandonar la tierra, la ilustre penitente de Magdala, convertida en la amiga fiel y privilegiada, hubiera querido reproducir la conmovedora escena de arrepentimiento y de misericordia en que había encontrado la vida su pobre alma. Y aun hay un matiz de exquisita delicadeza, y es que la segunda

(1) Sólo en el cap. XII cuenta S. Juan la unción en Betania.

(2) *Luc.*, VII, 36-50.

vez saca María de la conciencia de su perfecta rehabilitación un santo atrevimiento de que no hubiera sido capaz en la ocasión primera. La que en otro tiempo había embalsamado sólo los pies, cubre ahora con sus perfumes la cabeza misma, atreviéndose ya desde entonces á mirarla sin sonrojarse, y aun á tocarla con respeto. No había ya lágrimas en sus ojos, puesto que llevaba en su corazón el dulce sosiego de un santo amor. ¿Qué significaría, si se le supone una vida sin deslices en lo pasado, esta hermana de Lázaro, destrenzando, en medio de un banquete, su cabellera, como hacía ante el sacerdote la mujer infiel, y queriendo humillar, con el más vil de los oficios, lo que en ella no había pecado? También sería extraño en una joven virgen este acto, que tan significativo y sublime es en la pecadora que mendiga su perdón, ó que recuerda con generosidad este perdón ya obtenido.

Jesús le prestó homenaje declarando que su memoria sería célebre en dondequiera que se predicase el Evangelio. Pero ¿no es cierto que esta promesa hecha á la hermana de Lázaro se ha cumplido precisamente en María Magdalena? ¿No es ésta quien es siempre nombrada la primera entre las santas mujeres ⁽¹⁾, como Pedro entre los Apóstoles? Retroceder ante esta identificación de María, hermana de Lázaro, con Magdalena, es convenir en que aquélla, tan ardiente, tan amada, tan fiel, no tuvo papel particular en las grandes escenas de la Pasión y de la Resurrección; es decir, que no encontró siquiera fuerza para terminar, después de muerto el Maestro, el generoso embalsamamiento que con tanto valor había empezado mientras vivía ⁽²⁾.

(1) *Luc.*, VIII, 2; XXIV, 10; *Mat.*, XXVII, 56, 61 y XXVIII, 1; *Marc.*, XV, 40, 47; XVI, 1, 9. San Juan mismo, por más que una vez haga excepción nombrando á Magdalena en tercer lugar (cap. XIX, 26), porque coloca la primera á la Madre del Salvador y, con ella, á su hermana ó cuñada, María Cleofás, restablece el orden en el cap. XX, 1 y 18, en donde, entre todas las santas mujeres sólo menciona á Magdalena. La Iglesia primitiva la dió el título de *ισαπόστολος*, como si ella hubiese sido un verdadero apóstol, y San Modesto la califica de *ἀρχηγός*, haciendo de ella el jefe del grupo de las mujeres, así como Pedro presidía el grupo de los hombres.

(2) *Juan*, XII, 7; *Marc.*, XIV, 8; *Mat.*, XXVI, 12.

Todo esto parece poco lógico. En cambio, ¡qué argumento moral para nuestra tesis la actitud misma de esta mujer que no puede encontrar jamás á Jesús sin que pretenda estar á sus pies, como si no quisiera tener, junto á Él, otro lugar que aquel mismo en donde, en otro tiempo, había conquistado su benevolencia y su misericordia! Ora escuche, ora suplique, ora se junte á aquel á quien ama, siempre se la encuentra ⁽¹⁾ de rodillas. No lo hace así Marta, porque, en su vida, ni ha sentido los mismos pesares, ni las mismas consolaciones.

En todo caso, debe convenirse, en que si, por una parte, no hay inverosimilitud alguna en reconocer en el ardiente y demostrativo amor de María, hermana de Lázaro, las emociones generosas de la pecadora perdonada, por otra, cada una de estas dos mujeres se encuentra admirablemente viva, con todo su valor y tierno afecto hacia Jesús, en aquella Magdalena que, desde la tarde del Calvario hasta la mañana de la Resurrección, muestra ser la más fiel y valerosa de las amigas del Crucificado. No hay, pues, imposibilidad psicológica que objetar aquí, y, de tres mujeres tan visiblemente parecidas desde el punto de vista moral, podemos determinarnos lógicamente á no hacer sino una. Dividir, por el contrario, este papel de amistad generosa que acompaña al Maestro, desde el ministerio galileo hasta la glorificación postrera, en una serie de personajes que nada tienen de común entre sí, es hacer inexplicable el privilegiado afecto de Magdalena, lo mismo que la situación excepcional de María en la familia de Betania; es, en fin, arrojar en las sombras, apenas expuesta á la luz, la hechicera figura de la pecadora, penitente y rehabilitada.

Según la tradición de los rabinos, la hermana de Marta estuvo casada de muy joven con un oficial de Herodes; y los celos de su esposo, no menos que la frivolidad de su corazón, la empeñaron desgraciadamente en aquel camino de aventuras en que difícilmente se detiene la mujer sin

(1) *Luc.*, X, 39; *Juan*, XI, 32; XII, 3; XX, 17.

haber llegado al fondo del abismo. Magdala, que había sido el teatro de sus más vergonzosos desórdenes, fué también, como ya hemos dicho, el lugar en donde fué purificada por la gracia del Salvador. Desde aquel momento, el grupo apostólico había aprendido á estimar á aquella á quien Jesús había querido rehabilitar con tanta ostentación. La Magdalena—pues María había conservado este nombre ⁽¹⁾ que consagraba el recuerdo de sus faltas y de su penitencia—se unió á las santas mujeres que iban en seguimiento del divino Maestro ⁽²⁾, y desde el principio, ocupó, con su celo, inteligencia y valor, el primer lugar en el grupo. Nada más natural que encontrarla aquí, no ya siguiendo, sino precediendo al Maestro en el camino de Jerusalén. Nada podía hacer más conforme á los impulsos de su corazón que ofrecer dulce hospitalidad á Jesús y á sus discípulos en su propia familia, á la que, por su ruidosa conversión, había merecido ser reintegrada. Marta debía asociarse á tan legítimo deseo.

Observando diversos detalles de los relatos evangélicos, nos vemos obligados á creer que reinaba en la casa de Betania más que regular comodidad. Veremos en ella magníficamente festejada en un numeroso banquete la resurrección de Lázaro. La familia poseía un sepulcro monumental abierto en la roca, y podemos suponer que el mo-

(1) No vacilamos en afirmar que *Magdalena* viene de Magdala. En Galilea aparece María desde los principios con este sobrenombre; es, pues, de creer que lo había recibido en recuerdo de la localidad escandalizada por sus desórdenes. Varios autores, sin embargo, pretenden hacer derivar este calificativo de *gádal* (*torcer, rizar*), en la forma *pihel*, y encontramos, en efecto, Magdalena, «María la de rizada cabellera,» mencionada entre los rabinos (V. Lighthfoot. *Hor. heb. in Mat.*, XXVI, 56 y *Harm. Evang. in Luc.*, VIII, 3.) La importancia que parece haber dado la pecadora á sus cabellos recomendaría esta explicación, si la precedente no fuese más natural. Orígenes, tomando la palabra *gádal* en el sentido de *ser grande*, tradujo: *María la Grande*, en razón del papel que la ilustre creyente había desempeñado en la Iglesia primitiva. (*Tract in Mat.*, XXXV). S. Jerónimo (*Epist. ad Principiam*), sacando de la palabra *migdal* (torre) la significación del sobrenombre, cree que se había querido, al dárselo á María, señalar la fe firme y robusta que había hecho de ella como una *torre inquebrantable*, en medio de las zozobras del grupo apostólico.

(2) *Luc.*, XXIII, 55.

biliario doméstico era suntuoso, puesto que María encontró en él un vaso de alabastro. El exquisito perfume de que estaba lleno revela igualmente costumbres de lujo y de bienestar incontestables. Excelentes relaciones unían á las dos hermanas con los principales jefes del partido religioso en Jerusalén, prueba de que los hombres de esta familia habían desempeñado importante papel en su país. Alrededor del féretro de Lázaro, en efecto, veremos á los judíos, es decir, según el sentido ordinario que da San Juan á esta palabra, al partido jerárquico, escribas, ancianos del pueblo, príncipes de los sacerdotes, fariseos de toda categoría, ir á tomar parte en el duelo y dar á las dos hermanas sus sentidos pésames.

Lo que constituía el encanto real de este interior era el corazón de las dos mujeres que lo habitaba, cuya amable fisonomía va á delinearlos San Lucas de un plumazo.

Al ver entrar al Maestro, una y otra pusieron manos á la obra para recibirle ⁽¹⁾; pero en cuanto empezó á hablar para instruir á los discípulos, María cesó de trabajar y tomó asiento entre ellos. Cerquita de estos benditos pies regados en otro tiempo con sus lágrimas, recibe, absorta en un raptó, el alimento espiritual, sin pensar más en los detalles del festín. Esta actitud en la que la piedad se alía á una conmovedora familiaridad, entra de lleno en el carácter de la Magdalena. Más que su hermana, está acostumbrada á ver de cerca al Señor, á adivinar sus verdaderos deseos y á responder á las prevenciones de su gracia. Su alma, más armoniosa que la de Marta, está mejor dispuesta á recoger y hacer fructificar las lecciones de una espiritualidad sublime. He aquí por qué las busca ávidamente. Ha aprendido

(1) Hay indicios de la colaboración efectiva de María en los preparativos de la recepción; por de pronto estas palabras *ἡ καὶ παρακλίθησα*, significan que, después de haber trabajado, María había tomado el partido de sentarse; luego, el dicho Marta: «No veis como mi hermana *me ha dejado* sola para servir?» acaba de confirmarlo, porque reconoce que María había empezado por ayudarle algún tiempo.

este deseo, ó aun esta ciencia de la perfección, en las lágrimas de pesar y en los transportes de reconocimiento que nunca conoció su hermana. Para ella, todo pasa según la solicitud de su alma por tanto tiempo descuidada, y está segura de ser más agradable al divino Maestro escuchándole que sirviéndole. Si, por respeto á su huésped, debió poner manos á la obra para prepararle una acogida conveniente, ya lo hizo; Jesús que toma ahora la palabra para distribuir el pan de vida, le da á entender que ha acabado el papel de criada, y que empieza el de discípula. Su corazón lo entendió presto. Si su hermana, dueña de la casa, solícita y casi vanidosa, juzga que falta algo todavía para la armonía del festín, María la deja en libertad de buscar su placer donde le encuentre. El suyo está á los pies del que, en aquel momento, distribuye el alimento del alma, y con muy buen acuerdo, se deja servir en vez de servir ella.

El Maestro que habla, no ve en esto mal alguno. Marta, sin embargo, está inquieta por esta conducta. Nada le parece que debe bastar para la honrosa recepción que ha combinado, ó que repentinamente se impone, porque su sobreexcitación induce á creer que, aun habiendo sido anunciado, pero sin fecha precisa, Jesús había llegado realmente de improviso. Arrebatada por el cuidado de los mil y un detalles que exige la cortesía y que la vanidad exagera, va y viene como un remolino ⁽¹⁾, sintiendo mientras tanto no oír, como los demás, los discursos de Jesús. La solicitud que turba su espíritu le impide entender aun lo poco que oye al paso. Sin embargo, su hermana continúa gozando á su placer de la conversación del Señor. Su tranquilidad tan envidiable, el lugar privilegiado que ocupa, y, en fin, ese descontento instintivo que se experimenta al vivir al lado de personas felices sin participar de su dicha, acaban por hacer estallar el despecho de la que se fatiga, cuando todos descansan. De repente, en medio de sus evo-

(1) Esto es lo que significa la palabra *θουβάζη* de que se sirve Jesús para calificar su agitación.

luciones, detiéndose Marta delante del Señor ⁽¹⁾, y con un tono de amable reproche, pero con cierta viveza, acusa á su hermana de ser demasiado egoísta y á Jesús casi parcial. «Señor—dice,—¿no ves cómo mi hermana me ha dejado sola para servir? Dile, pues, que me ayude.» Tal es la pequeña satisfacción que reclama su amor propio: puesto que Jesús no ha parecido considerar que la una trabaja y la otra no hace nada, será condenado á que castigue por sí mismo á ésta, prestando homenaje á la actividad de aquélla. Este es el mejor medio de arrancar sin tardanza á María de la felicidad de que disfruta. Por otra parte, le será buena la lección, porque, saliendo de los labios mismos del Señor, causará alguna decepción á la que cree hacerse apreciar permaneciendo en éxtasis á sus rodillas. Tal es el castigo de improviso imaginado, y que ya se li-sonjea Marta de obtener.

Pero Jesús ha sondeado, de una mirada, el alma de esta mujer que, aunque por otra parte excelente, juzga mal la situación. Va á darle caritativamente la lección que busca; ya se cuidará ella de aprovecharse. «Marta, Marta ⁽²⁾—le dice—muy cuidadosa estás y en muchas cosas te fatigas. En verdad, una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada.» De tal modo, con tanta fineza como justicia, llena el Señor el oficio que se le había ofrecido de juez. Marta quería para su hermana una humillacioncita, y sólo ha logrado una para sí. María es alabada por haber adivinado que la mejor parte del festín era la del alma. Ha hecho bien en tomarla osadamente, y nadie, ni siquiera su inquieta y descontenta hermana, puede arrebatársela. En cuanto á Marta, si quiere ser pru-

(1) La palabra *ἐπιώρασα*, que debería traducirse por *habiéndose plantificado*, pinta al natural la actitud de una mujer reprochando á su compañera el que se entregue al descanso, mientras ella se revienta haciendo sola el trabajo que ocuparía á las dos.

(2) El nombre repetido dos veces invita al que lo lleva á recogerse para que se reconozca y vea que está en error. Así dirá Jesús á Pedro «Simón, Simón, he aquí que Satánás, etc.» ó también «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» En semejante forma de advertencia, la firmeza se envuelve en un amable acento de ternura.

dente y agradecer al Maestro, no tiene más que tomar ejemplo de María y sentarse, como ella, para tomar parte en el banquete espiritual. Dispuesto está, desde hace tiempo, lo necesario para la comida material; inquietarse en agregar cosas superfluas y renunciar para esto á escuchar un discurso, verdadero manjar exquisito de la fiesta, es una locura. No debe acusar Marta á su hermana, sino á su propia vanidad, á esta vanidad que la condena á acallar su gusto por la divina palabra, y á preferir á los bienes del alma, únicos que deben buscarse, una fútil aprobación de los convidados. De admirar é imitar es la actitud de María. Puesto que, según el amoroso juego de palabras de Jesús, está asegurado lo necesario al cuerpo, asegúrese ahora lo necesario al alma. Aunque sean pocos los manjares que haya en la mesa, podrán comer los convidados; pero si hay demasiado poca religión en su corazón, no podrán ser salvos. De tal modo, con su amenidad ordinaria, se complacía el Señor en reconocer, mediante útiles lecciones, la hospitalidad que se le daba.

CAPÍTULO V

Enseña Jesús á orar á sus discípulos

Los discípulos quieren aprender á orar.—La *Oración dominical*: la invocación, las seis peticiones en particular y en sus relaciones, la conclusión.—Eficacia de la oración probada por el ejemplo del amigo importuno.—Bondad paternal de Dios. (*Luc.*, XI, 1-13; *Mat.*, VI, 9-13; VII, 7-11).

El peregrino que visita hoy El Azarieh, la antigua Betania, difícilmente se forma idea de lo que este mal villorrio debió ser en otro tiempo. La miseria lo ha invadido, y le rodea por todas partes la desolación. Sin embargo, su situación en la pendiente de la colina, mirando al Oriente y al Norte, le aseguraba un hermoso sol en los días de invierno y la fresca brisa en el estío. Los raros árboles que han sobrevivido á la devastación general, las flores que esmaltan la hierba de los campos y con las que se entretienen los niños haciendo graciosos ramilletes que ofrecen á los pasajeros, los higos, las aceitunas, las almendras y los demás frutos que allí se recogen, particularmente sabrosos, atestiguan que, en otro tiempo, pudo existir allí, en aquella hondonada, un hermoso pueblecillo lleno de encantos y de vida. Por allí pasaba el camino de Jericó, siempre frecuentadísimo. Betania significaba probablemente la *casa de los dátiles*, y las ruinas de cisternas, que se encuentran allí por todos lados, indican el sitio de numerosas *villas*. Allí, en medio de las palmeras, higueras y sicomoros iban á resguardarse de los ardores de la canícula las ricas familias de Jerusalén. El paisaje, embellecido por todo cuanto de verdor y linda vegetación había podido trasplantar el hombre alrededor de aquellas pintorescas construcciones,

era un oasis de paz y de reposo á las puertas de la capital. Compréndese que Jesús, acogido por una familia fiel y piadosa, morase allí satisfecho; y fácilmente nos le representamos en la terraza de una de aquellas blancas casitas, en la calma de que le rodeaba una amistad solícita, discutiendo, en unión de su pequeño círculo, acerca de las cuestiones más elevadas y delicadas de la vida espiritual.

Lejos de la muchedumbre, ávida de milagros, y de los fariseos, siempre dispuestos á mostrar su malevolencia, gozaban los discípulos cómodamente de la conversación de su joven Doctor. Las piadosas huéspedes de Betania excitaban sin duda, con su atención y su deseo de aprender, la emulación de todos. No es raro que la mujer inteligente aporte á la discusión de las cuestiones religiosas un ardor loable. Apasionase muy pronto por la investigación de la verdad, y con frecuencia, su espíritu natural, secundado por las iluminaciones que le llegan del corazón, la dispone á convertirse en discípula notable del maestro á quien escucha. Lo cierto es que los Apóstoles, arrebatados de piadoso celo, mostraron desde entonces gran avidez en instruirse, pues los vemos preguntar al Maestro é indicarle el tema que ha de tratar para responder á sus deseos.

Así, en cierta ocasión, habiendo acabado de orar—Jesús no reducía la oración á la dirección perpetua del alma hacia Dios, sino que difundía esta alma por súplicas positivas ante su Padre,—todos juntos, después de haberle admirado en el ardor extático de su oración, se agruparon piadosamente en torno suyo. No pudiendo imitar su fervor, ansiaban poseer el secreto de él. Dijo, pues, uno de ellos: «Señor enséñanos á orar, como también Juan enseñó á sus discípulos ⁽¹⁾.» Según esto, Juan había dado una fórmula de oración á sus discípulos, y tal vez uno de ellos, convertido en apóstol—había varios que se hallaban en este caso—

(1) Esta súplica permite creer que Jesús no había formulado aún antes sus discípulos modelo alguno de plegaria. En este caso, si Mateo introdujo en el discurso del monte su fragmento acerca del modo de orar fué por una simple asociación de ideas, fácil de entender.

era el que hablaba á Jesús de esta manera. El divino Maestro, con la bondad que tan seductora hacía toda su persona, respondió:

«Cuando orareis, decid ⁽¹⁾:»

«*¡Padrenuestro que estás en los cielos!*»

Se comprende que, gracias á esta invocación, la cabeza del hombre, encorvada hacía ya tantos siglos bajo el pesado yugo de la ley, se levante con santa dignidad en la confianza y el amor. El judío tenía á Jehová por Maestro; no se había atrevido á invocarlo como á Padre ⁽²⁾. La encarnación y el sacrificio de la cruz son los que hacen de la humanidad tomada y purificada por el Verbo, no sólo la sierva, sino la hija de Dios. En estas dos palabras «Padre nuestro,» brillan los dos sentimientos que deben inspirar al alma cristiana en oración: amor filial para con Dios su Padre, y amor fraternal hacia la comunidad cristiana, de la cual no separa ya sus intereses personales. ¡Qué vastos horizontes y qué grandeza en quien empieza así su plegaria!

Habla á un Padre que no se parece á los padres de la tierra ⁽³⁾. He aquí por qué fortifica su confianza, suponiendo que este Padre, por reinar en los cielos, posee toda bondad, toda ciencia, todo poder y debe necesariamente escuchar á sus hijos. Los cielos no son la bóveda sembrada de globos luminosos que se extiende sobre nuestra cabeza, sino el lugar misterioso en que, á la otra parte de lo que ve nuestro ojo y comprueba nuestra ciencia, reside la causa invisible de nuestro universo.

Seis peticiones, siete tal vez, si se subdivide la última ⁽⁴⁾, resumen el conjunto de los deseos que debe tener

(1) Jesús parece indicar con estas palabras: "Oran προσέχησθε, el acto ó la actitud del alma en oración, y con λέγετε, la oración formulada.

(2) Si, en el Antiguo Testamento, Dios lleva el calificativo de Padre, es con relación á la nación entera y no con relación á individuos. (*Is.*, LXIII, 16; comp. Salmo CIII, 13.)

(3) *Efesios*, III 14; IV, 6.

(4) Por la palabra *más* que la une á la precedente, y por la analogía del deseo que expresa, la séptima petición puede, en efecto, identificarse con la sexta. Se sacrifica sin duda el número siete, que tiene una significación

un corazón religioso. Las tres que tratan de los intereses divinos ocupan el primer lugar. Así demuestra el hombre que sabe imponer silencio á su egoísmo y hacer hablar ante todo á su amor filial hacia el Padre de los cielos. Las otras responden á las diversas necesidades de nuestra naturaleza. Es preciso reconocer, sin embargo, que lo que sea para la gloria de Dios, será también para la felicidad del hombre, y recíprocamente lo que sea concedido al hombre redundará en gloria de Dios. De tal manera se unifican los intereses del Creador y de la criatura, que asegurar aquéllos es también proveer á éstos. En efecto, la voluntad de Dios, que se cumple en la tierra, se convierte en bien del hombre, y la tentación que el hombre rechaza, se convierte en honra de Dios.

¡Santificado sea el tu nombre!

El nombre es la persona representada ⁽¹⁾. Respetar un nombre es, pues, honrar al que lo lleva. El cristiano debe pedir que sea venerado por las criaturas el gran nombre de Dios. Ahora bien, lo será tanto mejor cuanto más clara, completa y pura sea la noción que se tenga del Ser que representa. Luego este voto incluye implícitamente el deseo de ver á Dios cada vez más conocido en los atributos que constituyen su perfección infinita. Entonces el hombre, contemplando en el fondo de su conciencia, mejor aún que en el resto de la creación, la espléndida imagen del Creador y su belleza ideal, exclamará como los serafines: «Santo, Santo, Santo es el Señor.» No pronunciará su nom-

simbólica, pero entonces resulta perfecto el paralelismo. Los seis deseos del fiel se dividen en tres para la gloria de Dios y tres para los intereses del hombre. En *Lucas*, XI, 2, el texto real y primitivo, según los mejores manuscritos era más corto: «Padre, santificado sea el tu nombre, venga el tu reino. Danos hoy el pan nuestro de cada día; y perdónanos nuestros pecados así como nosotros perdonamos á todo el que nos debe. Y no nos dejes caer en la tentación». Tenía, pues, sólo cinco peticiones. Las otras dos fueron añadidas por los copistas para asemejarlo á *Mateo*, VI, 9-11, quien reproduce más fielmente la fórmula enseñada por Jesús. Esta diferencia entre los dos evangelistas demuestra que no bebieron ambos en un origen escrito, pues hubieran sido idénticos, sino en orígenes que provenían de la tradición oral y admitían variantes.

(1) *Is.*, VI, 3; *XXIX*, 23; *Ezeq.*, *XXXVI*, 23, etc.

bre sino con todo el respeto debido á su incomparable santidad.

¡Venga el tu reino!

Exclamación admirable de amor y de impaciencia, dirigida al que conduce á los hombres y los sucesos. No basta á la gloria de Dios que se respete su nombre. Sería poco ser conocido y aun honrado por los hombres, si este Dios no interviniese directamente como Rey en la humanidad. Es preciso que tenga su trono en medio de nosotros, el cual será preparado por la predicación del Evangelio é instalado definitivamente, mediante la difusión de la gracia, por el Espíritu Santo, al fundar la Iglesia. Pero cada día debemos rogar que Dios se imponga como Rey á nuestras almas, que venga á nosotros con su cetro para conducirnos, con su poderosa vigilancia para preservarnos, con su amor paternal para salvarnos. Á medida que se extiende su reino, crece su gloria y la salvación se hace más general en el mundo. ¡Cuán bueno es para el alma sentir llegar, con tal reino, la liberación de todo mal y el advenimiento de todo bien, sobre todo cuando se piensa que la muerte, conduciendo la eternidad, transformará nuestro dulce estado de súbditos temporales de tal Señor en la bienaventurada y definitiva sujeción del cielo! Esta petición no se detiene, efectivamente, en la presente vida; mira también á la vida futura, y por cierto con mucha razón, porque, en su plenitud, el reino de Dios encierra el tiempo y la eternidad.

¡Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo!

De la misma manera que la noción pura de Dios debe conducir su reino, este reino debe hacer de su voluntad la voluntad de todos los hombres. ¿Podríamos querer nosotros nada mejor que lo que Dios quiere? Su voluntad es iluminada por su ciencia infinita y gobernada por su razón eterna. ¿Podría encontrar el hombre una regla más perfecta que aquélla? Debe, pues, procurar ante todo conocerla, y, conocida, seguirla, á pesar de todos los obstáculos que susciten sus pasiones, su debilidad natural y las

sugestiones del demonio. Así asociará su vida á la misma vida divina, observando la misma ley y regulándola por la misma voluntad. Esto es lo que hacen los ángeles en el cielo.

He aquí el ideal del mundo tal como debemos desear verlo realizado: el Padre celestial, Dios, conocido y honrado, su reino establecido, su voluntad absorbiendo todas las voluntades humanas. Nada puede pensarse de más hermoso, grande y divino.

Pero para que sea así, es preciso que el hombre viva, que obtenga de Dios perdón en cuanto á lo pasado y asistencia todopoderosa en cuanto á lo presente. *Prius est esse*, dicen los filósofos; pero no basta *ser* para trabajar eficazmente por la gloria de Dios; es preciso ser justo, y, por consiguiente, estar lavado de faltas; en fin, es preciso evitar el mal y hacer el bien. Esto es lo que motiva la vuelta del fiel sobre sí mismo en la segunda parte de la oración dominical. Sólo que, para atenuar aún lo que podría parecer en él egoísta, hablará en nombre de todos sus hermanos. De este modo, uniendo al amor de Dios la verdadera caridad hacia el prójimo, su plegaria será la ley divina realizada en lo que tiene el hombre de más íntimo, el movimiento religioso del corazón.

¡El pan nuestro suficiente ⁽¹⁾ *dánosle hoy!*

(1) En todo tiempo se han visto muy embarazados los autores para traducir el calificativo que se refiere á la palabra pan. El término *ἐπιούσιον*, según indica Orígenes, *de Orat*, 27, es un neologismo de los Evangelistas. «No se encuentra—dice—ni en la lengua de los sabios ni en la de los ignorantes». Fué inventado por los que, queriendo enseñar la oración dominical en griego, no hallaron otro vocablo para traducir la expresión aramea empleada por Jesús. Si se deriva de *ἐπιμι*, significa el pan del *día siguiente*; así se dice *ἐπιούσα ἡμέρα* (*Hechos*, VII, 26, XXI, 18, etc.) Correspondería entonces á la palabra *majar*, que San Jerónimo dice haber leído en el Evangelio de los Hebreos. Pero este sentido no se acomoda mucho á la palabra de Jesús, que recomienda no ocuparse del mañana, y Lucas, reemplazando el *σήμερον* de Mateo por *καθ' ἡμέραν*, parece indicar que se trata precisamente del alimento del día presente, sin anticipación para el que ha de venir. Varios autores han preferido, pues, ver en ella un compuesto de *ἐπι* y *ὄντα*, *existencia*, *esencia*, y, en este caso, significa el pan *suficiente para la existencia*, ó, como dice el libro de los Proverbios (XXX, 8), el *pan de mi ración*. La observación de *aumaise* que convendría en este caso *ἐπιούσιον* no es fundada, y más de una vez *ἐπι* conserva la iota delante de la vocal ó el diptongo siguiente, así *ἐπιεικής*, *ἐπιλοπος*, etc.

Algo hay de conmovedor en esta confianza filial que nos obliga á tender, cada día, la mano delante de la Providencia como humildes mendigos, y pedir el alimento necesario á nuestros cuerpos y á nuestras almas. Lo uno sin lo otro no puede hacernos hombres perfectos: *mens sana in corpore sano*, decía también la sabiduría antigua. El fiel pide modestamente pan. Sabe perfectamente que Dios no lo dará sin añadir algo más ⁽¹⁾. Lo pide para hoy; se acuerda de que no hay que inquietarse por el mañana. Lo quiere suficiente, sin superfluidad; la sencillez, la sobriedad evangélica no reclaman más. Si Dios nos lo da superabundante, se lo agradeceremos sin duda, porque nos habrá ofrecido el placer de distribuirlo á los demás, después de haber disfrutado nosotros de él; mas, aunque sólo nos hubiese concedido lo que debía estrictamente bastarnos, también le hubiéramos amado y se lo hubiéramos agradecido. El cuerpo comerá el pan, el alma la verdad. Para aquél los alimentos de la tierra, para ésta Dios, el alimento de los espíritus en el cielo. Como término medio en el que se unen estos dos extremos, Dios y la substancia material, el pan eucarístico ó pan celestial alimentará, con el mismo Jesucristo, al piadoso suplicante que lo haya mendigado y obtenido.

¡Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores!

Con frecuencia es esto para el hombre pedir demasiado, porque sus faltas son graves y numerosas; pero se apresura á representar á Dios que él mismo, sin ser bueno, perdona todas las deudas á sus deudores. ¿Podrá el Creador ser menos generoso que la criatura? ¿No ha sido prometido que recibiríamos según la medida que hubiéramos concedido al prójimo? De rodillas, pues, con las manos cruzadas sobre el pecho, y traspasado de dolor el corazón, el hijo pródigo pide diariamente gracia á su Padre, sin poder prometerle en absoluto que no volverá á caer. Sí,

(1) La palabra hebrea *lejem* que Jesús debió emplear, significa el alimento en general. *Gen.*, XVIII, 5; *Prov.*, XXX, 8; etc.

en efecto, sucumbe aún mañana, suplicará de nuevo, y mañana volverá á ser oído. Sólo nos está prohibido pedir y esperar perdón de nuestras propias faltas el día en que, irritado nuestro corazón y lleno de odio, rehuse olvidar las faltas de un hermano culpable. Si queremos venganza contra el que nos ha ultrajado, es lógico que Dios tenga también la suya suspendida sobre nuestra cabeza. Pero si perdonamos, también Dios nos perdonará.

Después de los pecados que debe borrar, detiene el fiel su mirada sobre los que ha de evitar. Éstos vienen por la tentación. La tentación es siempre la prueba por la cual Dios interroga al hombre y le pone en la alternativa de escoger entre el bien y el mal; significa también, y es lo más frecuente, la obra del demonio que nos empuja al pecado seduciendo nuestra alma, ora por las ilusiones que siembra en nuestro espíritu, ora por la mala concupiscencia que excita en nuestro corazón. La prueba que Dios nos propone no es un mal; sería una cobardía pedirle que nos la evite. La sugestión diabólica, al contrario, es siempre un grave peligro, y contra ella conviene prevenirse, suplicando al Padre celestial que no nos entregue á tan desastrosa influencia:

¡Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del malo! (1)

Es tal la malicia de nuestra naturaleza decaída, que si Dios, en presencia de la tentación, nos dejase ir solos, retirando un solo instante su mano tutelar, estamos ciertos que caeríamos al punto (2). Aun después de la redención, el hombre es un esclavo libertado, que tiembla siempre, de miedo á sufrir de nuevo el yugo de su antiguo señor. Comprende su debilidad, y dice á Dios: «No me dejes un solo

(1) La expresión *τοῦ πονηροῦ* puede tomarse también en el sentido neutro y traducirse: «Líbranos de mal». Las autoridades, así entre los antiguos como entre los modernos, están muy divididas. Nos hemos apoyado para preferir el sentido masculino y concreto en los pasajes análogos: *Mat.*, V, 37; XIII, 19; *Juan.*, XVII, 15; *I. Juan.*, II, 13, III, 8, 12; *Rom.*, XVI, 20; *Efes.*, VI, 16; *II, Tesal.*, III, 3.

(2) *Rom.*, I, 24, 26-28.

instante, porque se aprovecharía de él el enemigo para volver á apoderarse de mí. Asíteme sin cesar con tu gracia. Si se presenta la ocasión del pecado, haz que no esté en mí el deseo, y si se encuentra el deseo, haz que no lleve la ocasión.»

Así pueden resumirse, en un doble grupo de tres peticiones paralelas, los deseos más diversos de un corazón que suplica. Es todo un mundo de anhelos. Analizadas más de cerca las peticiones de cada serie, es fácil observar que la primera se dirige al Padre, la segunda al Hijo, y la tercera al Espíritu Santo. El nombre del Padre es el que debe ser santificado, y el Padre, Creador del mundo, es quien debe dar el pan de cada día. El reino del Hijo es el que debe venir, y también es el Hijo quien, por su redención, debe perdonar las ofensas. La voluntad ó la influencia del Espíritu es quien debe regir los corazones, y es el Espíritu también quien, por la gracia, debe librarnos del tentador y de sus sugerencias.

Sin embargo, por grande que sea la perfección de esta oración, Jesús parece haber dejado caer de sus labios esta incomparable obra maestra de ciencia divina, de piedad, de naturalidad, como se da, al acaso, un ejemplo á niños que piden una explicación. No es un formulario, no; es una nota de la vasta armonía que llena su alma religiosa, un rayo de su luz interior que brota de repente, un diamante que cae de su tesoro de piedad; pero ¡cuán hermoso es y con qué delicioso brillo se condensan en él todos los matices más exquisitos de la religión más perfecta!

Es digno de atención el que, en este modelo de plegaria, nos enseñe Jesús á mandar más aún que á pedir, pues hablamos á Dios con una rápida serie de imperativos, prueba evidente de que contamos con ser atendidos. La palabra hebrea que forma la conclusión ⁽¹⁾ de la oración dominical:

(1) En varios manuscritos, termina la admirable plegaria con estas palabras: *porque á ti pertenece la realeza, el poder y la gloria*. Probablemente es una interpolación tomada de la liturgia. Es cierto que tres versiones siríacas (la Peschito, la Filoxenia y la de Jerusalén), la Etiópica, la Aramea y las

«Amén» ⁽¹⁾, responde á esta convicción. «Así sea» decimos. Imposible es que Dios resista á un alma que ruega con una confianza tan filial. Si á veces parece no oirnos, reiteremos nuestra súplica. Definitivamente se confesará vencido por nuestra instancia y nos atenderá favorablemente.

Una corta parábola va á darlo á entender. «Supongamos—dijo Jesús,—que uno de vosotros tiene un amigo y va á él á media noche y le dice: «Amigo, préstame tres panes ⁽²⁾, porque acaba de llegar de viaje un amigo mío y no tengo qué ponerle delante.» Si el otro respondiese desde dentro diciendo: «No me seas molesto; ya está cerrada la puerta, y mis criados están también como yo en la cama, no me puedo levantar á dártelos,» y si el otro perseverare llamando á la puerta, yo os digo que, ya que no se levantara á dárselos por ser su amigo, cierto, por su oportunidad se levantaría, y le daría cuantos panes hubiese menester. Y yo os digo á vosotros: «Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Porque todo aquel que pide recibe, y el que busca halla y al que llama se le abrirá.»

Tal es Dios para el fiel que lleva en su corazón la gracia y el espíritu de Jesucristo. Se acerca á nosotros hasta

Constituciones Apostólicas llevan esta conclusión. Pero Greisbach observó, hace ya tiempo, que de todos estos testimonios, sólo uno, la Peschito, remonta más allá del cuarto siglo. Ahora bien, esta misma, por haber sido revisada, en tiempos muy posteriores, sobre textos griegos, no tiene autoridad bastante para contrabalancear los testimonios que suprimen esta doxología. Ni Tertuliano, ni San Cipriano, ni Orígenes, ni ninguno de los antiguos Padres de la Iglesia que explicaron la oración dominical, leyeron esta conclusión en sus manuscritos.

(1) Esta palabra, originariamente adjetivo de la lengua hebrea, significa, *cierto, asegurado, seguro*. Tomado adverbialmente, se traduce por *ciertamente, en verdad*. Así es empleado al principio de un discurso ó de una frase en el Antiguo Testamento (*Jeremías*, XXVIII, 6), y con mucha más frecuencia en el Nuevo. Al final de un canto (*Salmos*, XII, 14; XXII, 19; XXXIX, 53), ó de una plegaria, y por consiguiente en el caso actual, expresa un deseo, la certeza misma de ver realizado lo que se acaba de decir. Los Setenta en este caso lo tradujeron por *γένοιτο*.

(2) Nada más encantador que este diálogo callejero tomado del natural. De los tres panes el uno es para el que llega, el otro para el que recibe, y el tercero para hacer los honores á la mesa.

convertirse en amigo á quien podemos importunar y cuya mano forzaremos con nuestra insistencia. Cuanto más sor-do parece hacerse, más porfiadora energía debemos desplegar. Pedir, buscar, llamar hasta que se obtenga; tal es la gradación que debe seguir nuestra confiada plegaria. Ella expone nuestras necesidades, busca la puerta para llegar al corazón de Dios, y, habiéndola encontrado, llama hasta que Dios abre y se muestra propicio á nuestros deseos.

En estas condiciones, siempre es despachada. Pero, eso sí, no debe salir, en sus peticiones, de la esfera que acaba de trazarle el divino Maestro. Si de esto se olvida el hombre, si reclama un bien que no es real, ó que hasta es un mal, Dios no le escuchará; sino que inspirándose en nuestros verdaderos intereses, y no en nuestros deseos inconsiderados, nos escogerá por sí mismo lo que deba sernos más útil. Así oye muchas veces, aun pareciendo que rehusa. «Y si alguno de vosotros pidiere pan á su padre, ¿le dará él una piedra?; ó si un pez, ¿por ventura le dará una serpiente en lugar de pez?; ó si pidiere un huevo, ¿por ventura le alargará un escorpión? (1) Pues si vosotros siendo malos sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo á los que se lo piden!» Esta bondad del Padre era la tesis consoladora que Jesús se complacía sobre todo en desarrollar.

(1) El pan, los huevos duros y la pesca salada son el alimento ordinario de los orientales en viaje.

CAPÍTULO VI

Jesús en la fiesta de la Dedicación

Significado de esta fiesta.—Jesús bajo el pórtico de Salomón.—Premura con que se le obliga á explicarse.—Respuesta de Jesús: *Él y el Padre no son más que una cosa*.—Furor de los judíos porque se hace Dios.—Esta palabra no podría asustarlos; ¿por qué?—Ni tampoco la cosa.—Afirmalo Jesús por segunda vez.—Escapa á sus enemigos y abandona á Jerusalén. (*Juan*; X, 22-39).

Según hemos observado más arriba, Jesús, en su visita á Betania, tenía otro objeto que el de descansar entre sus amigos; deseaba mostrarse súbitamente una vez más en el Templo, en la fiesta de la Dedicación, como lo había hecho en la de los Tabernáculos.

Con ceremonias análogas ⁽¹⁾, estas dos solemnidades duraban ocho días. La presente manifestación religiosa caía en la segunda quincena de Diciembre, el 25 de Casleu. Había sido instituída por Judas Macabeo, después de su victoria sobre los sirios ⁽²⁾, para conmemorar la purificación del Templo y la restauración del altar, profanado durante más de seis años por Antíoco Epifanes. No había obligación de ir á Jerusalén para celebrarla, y eran poco numerosos los forasteros que generalmente se encontraban en ella; lo cual contribuía á que los habitantes de la Ciudad Santa se mostrasen todavía más celosos en entregarse

(1) Así, las iluminaciones eran generales en toda la ciudad, en recuerdo de las luces del candelabro de oro y de las lámparas que fueron vueltas á encender y mantenidas por un milagro que menciona Josefo (*Ant.*, XII, 7, 6). De aquí el nombre de *τὰ φῶτα*. Era, sin embargo, más corriente llamarla *τὰ Ἐγκαθάρια*, fiesta de la *Renovación, de la Consagración de nuevo*, que entre nosotros se ha convertido en la Dedicación.

(2) *I Mac.*, IV, 52 y sig.; *II Mac.*, X, 5-8.

á estrepitosas y patrióticas manifestaciones. Sabía Jesús en qué medio iba á comparecer, y se complacía, á lo menos, en hacer una nueva llamada al pueblo á quien quería reducir.

Llegada, pues, la fiesta, se dirigió al Templo. El frío era intenso, como en nuestros días de invierno, y, para calentarse, paseaba de arriba abajo, en el pórtico de Salomón. Este espléndido resto de la antigua casa de Dios, que había resistido á los demolidores caldeos, dominaba, desde la extremidad oriental del atrio, el valle de Josafat ⁽¹⁾. Sus vestigios parecen encontrarse en esos bloques de piedra que, hoy todavía, después de tantos trastornos, fijos majestuosamente en sus asientos seculares, recuerdan, por sus admirables proporciones, la gran arquitectura salomónica, mucho mejor que el esfuerzo precipitado de la pobre colonia israelita vuelta del destierro con Zorobabel.

Durante algún tiempo, Jesús se paseó solo. Estaban lejos aquellos días benditos en que se oprimían las muchedumbres alrededor de Él, con un entusiasmo que frecuentemente las hacía importunas. Actualmente reinaba el frío en los corazones como en la atmósfera. Los judíos, es decir, los jefes del partido jerárquico, aprovechando este aislamiento, lo rodearon de repente, con el objeto de no devolverle la libertad sino después de haberle forzado á explicarse. En el fondo, comprendían sus adversarios que, desde algún tiempo hacía, Jesús había llegado á constituir la gran inquietud de la opinión pública, aun en la misma Jerusalén. Su reciente estancia en Betania, por más que estuviese rodeada de silencio y de recogimiento, podía haber contribuído á darlo mejor á conocer á muchos que, hasta entonces, se habían contentado con entreverle á través de los prejuicios ajenos. Sus amigos repetían en toda ocasión sus hermosas lecciones de sabiduría, comentándolas con calor, y presentando como muy posible el advenimien-

(1) Josefo, *Ant.*, XX, 9, 7, lo llama *στοὰ ἀνατολική*. Esta precisión de los lugares en que pasan las escenas y del tiempo que hacía, continúan revelando en el autor del cuarto evangelio, un testigo ocular.

to próximo de la era mesiánica. Al recuerdo de sus milagros, decían unos: «¡Si será Él!» Otros rechazaban la hipótesis con indignación. Había apasionamiento por el pro y por la contra; y esto explica la diligencia que, para rodearle ⁽¹⁾, pusieron los representantes de la autoridad religiosa, al encontrarle ahora casi solo.

Separándolo de los discípulos y de los que podían tomar su partido, parecían tenerle ya prisionero en medio de ellos. Por eso la escena cobra de pronto extremada animación. Á la primera palabra que pronuncian, dejan entrever los sanedritas la excitación general de los espíritus. «¿Hasta cuándo—exclamaron,—tendrás en suspenso nuestra alma? Si eres el Cristo, dínoslo abiertamente». ¿No había en la premura con que le obligaban á explicarse cierta malquerencia insidiosa? ¿Debemos reconocer en ella un acento de sinceridad inspirado por las circunstancias y el deseo real de ver á un nuevo Macabeo anonadar al extranjero, purificar el Templo y purgar á Tierra Santa de los gentiles que la mancillaban? Ambas suposiciones parecen verosímiles. La segunda, sin embargo, adquiere una probabilidad especial por cuanto los judíos convienen en las graves preocupaciones de su alma respecto de Jesús; no viven, y su incertidumbre se les ha hecho intolerable. Por lo demás, con sus falsas ideas sobre el Mesías, quedará idéntico el resultado del interrogatorio, sea cual fuere el sentimiento que lo haya provocado. Quieren un Mesías humano y no celestial. Jesús se guardará de darles satisfacción. Nada puede hacer sino mantener cuanto ha dicho para caracterizar su misión y dar á sospechar su personalidad divina.

Todavía deben estar presentes á todos los espíritus los recuerdos de la fiesta de los Tabernáculos. ¿No se declaró entonces la personificación de los tipos diversos que, según las profecías, debía de realizar el Mesías? ¿Qué es esto sino haber afirmado que Él era el verdadero Mesías? Por

(1) El término *ἐκκλῶσαν* da cuenta exacta de la maniobra operada por los judíos.

eso, á la apremiante pregunta que se le dirige, se contenta con dar esta respuesta: «Os lo he dicho ⁽¹⁾ y no me creéis. Sin embargo, las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí.» Es inútil, en efecto, preguntar lo que se ha oído decir varias veces en todas las formas y lo que puede verse en obras tan sorprendentes como numerosas. Empero, para creer y para ver, es preciso tener la sencillez del corazón, la pureza del ojo moral; es preciso despojarse de todo orgullo y de todo prejuicio. Donde faltan las disposiciones interiores, no pueden aportar convicción ni la palabra de Jesús ni sus prodigios. Las dudas de los que le preguntan no tienen más razón de ser que la mala disposición de su alma. «¡Ah! vosotros—dice Jesús,—vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy la vida eterna, y no perecerán jamás y ninguno las arrebatará de mi mano.» Al volver, según su costumbre, sobre el último discurso pronunciado en la fiesta de los Tabernáculos, permite ver claramente que no había reaparecido desde entonces en la Ciudad Santa. El Evangelista se obliga, por su parte, á unir unas con otras las afirmaciones de Jesús, como para enterar mejor al lector de la campaña emprendida por Él contra sus adversarios de Jerusalén. Brevemente recuerda, pues, el Maestro lo que había dicho, dos meses antes, á un auditorio análogo, sobre la puerta del redil, sobre el verdadero Pastor y sobre las ovejas. Los que le rodean y preguntan no son de su rebaño, menos todavía buenos pastores; he aquí por qué no pueden oír su voz. Siente Él en sus pechos, corazones de lobos, y su penosa impresión se traiciona enérgicamente en esta última palabra; «No, mis ovejas no perecerán jamás y ninguno

(1) Hay en estas palabras de Jesús un matiz muy delicado. Puesto que los que le interrogan no entienden la palabra *Cristo* en el mismo sentido que Él, no quiere contestarles sencillamente: «Sí.» Por otra parte, como realmente es el Cristo, no puede responder: «No.» Remite, pues, á los que le apremian, á sus declaraciones pasadas.

las arrebatará de mi mano.» No le faltan ni valor ni fuerza; previene á los ladrones. Para defenderlas, dará toda su sangre, y encontrará, en su amor, una valentía irresistible. «Mi Padre, que me las ha dado—prosigue,—es el más grande de todos ⁽¹⁾, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. El Padre y yo somos una cosa.» Rigurosa es la argumentación, porque no puede negarse que el Padre no sea más fuerte que los lobos, aun los más feroces. Ahora bien, habiendo dado las ovejas á su Hijo, es muy natural que le confirme en su propiedad, tanto más cuanto no ha renunciado á disfrutar de ellas; el Hijo sólo las recibió para purificarlas y hacerlas más fieles. Suyas eran ayer y más suyas son hoy todavía, puesto que le están más unidas y se han hecho más caras. Desde este primer punto de vista, el Padre es el aliado natural de su Hijo contra los enemigos del rebaño. Pero no hay entre ellos solamente unión de intereses, hay unidad de voluntad, de poder, de sabiduría, en una palabra, de todos los atributos divinos, porque hay unidad de esencia. La palabra de Jesús es toda una tesis teológica. Al decir: «El Padre y yo somos una misma cosa,» por estas palabras: *somos*, indica la distinción de las personas, y por estas otras: *una misma cosa*, la identidad de naturaleza.

Aquí está, pues, el punto culminante del discurso. Revelando todo su pensamiento y el misterio de su persona mesiánica, declara Jesús que es Hombre-Dios.

Los judíos lo entendieron mejor que los herejes de los tiempos posteriores. La claridad de tal afirmación les pareció sacrílega. No cabía ya duda: ¡Jesús se hacía igual á Dios! Esto era un crimen abominable y digno de un castigo inmediato ⁽²⁾. Fueron, pues, á buscar ⁽³⁾ piedras para apedrear al divino blasfemador.

(1) Seguimos en esta traducción la lección más probable. Los manuscritos que llevan: *ὁ δέδωκεν* en vez de *ὁς δέδωκεν* y *μείζων* en vez de *μείζων*, seguidos por la Vulgata, originan verdaderas dificultades.

(2) *Levít.*, XXIV, 10.

(3) La vez primera (*Juan*, VIII, 59) habían encontrado las piedras á la mano y sólo habían tenido que cogerlas, *ἤραν* porque se hallaban en el atrio

Tanta cólera no alteró el ánimo del Maestro. Solo, en medio de aquella multitud irritada, miraba á sus adversarios con majestuosa tranquilidad, y, con una palabra, hizo caer las piedras de sus manos. Y es que la razón tiene también sus derechos, aun sobre el hombre furioso, siempre que muestre suficiente calma y energía para hacerse escuchar. «Muchas cosas buenas—les dice—os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis?» Á decir verdad, no quieren matarle por sus obras, sino por sus palabras. Pero sus obras, autorizadas por la omnipotencia del Padre, ¿qué son sino la confirmación de sus palabras? Desde hace dos años, las produce tan numerosas como admirables. El paralítico, el ciego de nacimiento y tantos otros, ¿eran otra cosa que elocuentes testimonios de la verdad de sus enseñanzas? Pues bien, estos testimonios, en vez de convencer á los judíos, no hicieron más que agriarlos. Respondieron: «No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces hijo de Dios.» El razonamiento no concluye. Deben apedrear tanto por las obras como por las palabras, porque aquéllas son la confirmación de éstas. Si las palabras son blasfemias, los milagros debieron ser mentiras. La solidaridad de unas y otros es demasiado estrecha para que pueda ser desconocida. Si se apedrea á Jesús porque dijo que era Dios sin serlo, débese también apedrearlo porque pareció obrar milagros que, en realidad, no lo eran, puesto que no puede concebirse que Dios haya prestado realmente el concurso de su omnipotencia á un impostor. Desde este momento, ya que Jesús mezcló falsamente su nombre á sus palabras, revistió también de falso poder sus obras. Todo, pues, ha sido mentira y así, hay que apedrear, tanto al taumaturgo por sus curaciones como al doctor por sus discursos.

Sin embargo, en vez de insistir en este argumento, pero

del templo donde todavía trabajaban los obreros. Ahora están en el peristilo, es preciso ir á buscarlas más lejos y traerlas: *ἐβάστασαν* Solamente un testimonio ocular puede haber conservado tales detalles en el relato.

sin decir que no sea Dios ni que no haya pretendido jamás serlo—lo cual hubiera disipado inmediatamente la tempestad suprimiendo la mala inteligencia,—va á demostrar con un argumento *ad hominem*, desviando un poquito la cuestión, que se escandalizan sin motivo alguno, y que, aun cuando no fuese Dios, podría sin blasfemia atribuirse este nombre autorizándose con el lenguaje de la Escritura. «¿No está escrito en vuestra Ley—añade—«Yo dije: dioses sois?» Pues, si llamó dioses á aquellos á quienes vino la palabra de Dios, y si la Escritura no puede faltar, ¿cómo osáis llamarme blasfemo, á mí que el Padre santificó y envió al mundo, porque he dicho soy Hijo de Dios?» El Salvador alude aquí á un pasaje del Salmista ⁽¹⁾, muy conocido de todos, y, bajo el nombre de *Ley*, comprende no sólo los cinco libros de Moisés, sino también el conjunto de los escritos inspirados que sirven de regla religiosa y moral al pueblo de Dios. Todo esto es, para Él, la Escritura cuya autoridad proclama.

Á decir verdad, el pensamiento íntimo de la legislación mosaica fué demostrar precisamente que en ciertos personajes, el padre, por ejemplo, el juez, el príncipe, existe una comunicación de las dignidad divina y una representación de Jehová. Sin embargo, Jesús no hubiera encontrado en ella el nombre mismo de Dios comunicado á un hombre. Por esto busca su ejemplo en la poesía más atrevida de los Salmos. Por otra parte, estos cantos sagrados eran mejor conocidos de todos. En su cántico, Asaf, después de haber exaltado la grandeza ideal de los jueces de Israel, denuncia su profunda indignidad y exclama: «Dioses sois y moriréis como los hombres, etc.» Ahora bien, si la Escritura no blasfema—¿y quién osaría formular contra ella esta acusación?—llamando dioses á simples jueces porque aplican la ley divina, ¿cómo será blasfemo Jesucristo, llamándose Dios, Él que, en este mundo, es el enviado de Dios? ¡Y qué enviado! *Santificado* por el Padre, es de-

(1) *Salmo LXXXI, 6.*

cir, señalado, separado ⁽¹⁾, destinado por Él, ha recibido su misión antes de todos los tiempos! Con esta palabra insinúa Jesús su preexistencia. En efecto, no dice que ha recibido su misión de Dios; esto sería confesar su inferioridad, sino que la tiene de su Padre, lo cual pone de relieve su naturaleza divina. De donde se deduce que el Padre y el Hijo trataron de la redención del mundo en el comercio íntimo de su vida eterna, y que el Padre encargó al Hijo restaurar lo que Satanás había destruído.

Así, después de haber cerrado la boca á sus adversarios, probando su inconsecuencia, vuelve Jesús á su pensamiento verdadero. Reconoce valerosamente que se ha declarado Dios, si por esto se entiende el Hijo de Dios en el sentido más directo y más profundo de esta palabra, el Hijo que no suprime al Padre, que le supone y que es uno con Él en la unidad de naturaleza, aunque en la perfecta distinción de personas. ¿Objetarán los judíos que no está probada la misión de que se gloría? Pues Él les va á contestar una vez más, apelando á sus obras; así volverá á la afirmación de su divinidad con términos tan claros como la vez primera. «Si no hago las obras de mi Padre—dice con una mansedumbre muy propia para reducir á los peor dispuestos,—no me creáis; mas si las hago y no queréis creer mis palabras, creed á mis obras. Así conoceréis y creeréis que mi Padre está en mí y yo en el Padre.» En efecto, si haciendo enmudecer sus prejuicios, consienten en apreciar bien á quien les habla, verán al Padre manifestarse en Él en todos sus atributos, y á Él mismo confundirse en la comunión de amor más íntimo con el Padre. Por razón de esta unión esencial, dice que es una misma cosa con el Padre; pero, haciendo lo que hace el Padre, estando en el Padre, teniendo al Padre con Él, quiere decir sencillamente que es Dios.

La esperanza de una explicación plausible había dete-

(1) Este es el sentido de la palabra *santificado* en el lenguaje teológico de Israel. (*Jer.*, I, 5; *Salm.*, XIII, 3). Está confirmado por S. Pablo (*Rom.*, I, 1; *Gal.*, I, 15).

nido por un momento la indignación de los judíos. Pero, puesto que esta explicación iba encaminada únicamente á acentuar la afirmación primera, recobraron de nuevo toda su cólera. Su pensamiento común fué asegurarse de su persona para arrastrarle fuera del Templo, y exigir que se le ajusticiase por sus blasfemias; pero mientras se concertaban para asirle, Él, con un acto de su omnipotencia, ó por la intervención de los suyos, se escapó también ahora de sus manos.

CAPÍTULO VII

De regreso hacia Perea

Jesús sentía en su alma una indignación profunda contra los fariseos.—Circunstancia que la hace estallar.—Maldiciones durante la comida en casa de uno de ellos.—Magnífica y hermosa lección á los discípulos ante la muchedumbre.—Lo que debe y lo que no debe temerse.—Rehusa Jesús intervenir en un repartimiento de familia.—Parábola del *Rico insensato*. (*Luc.*, XI, 37-54; XII, 1-21).

Así, con todo un pasado prodigios que le seguía desde Galilea hasta Jerusalén, con todas las garantías de una vida absolutamente pura, desde el momento en que se declaraba Hijo de Dios, sólo lograba Jesús escandalizar á los judíos, provocando entre ellos tan viva indignación, que querían matarle. No era, sin embargo, ni un loco ni un impostor. Aun cuando no hubiera sido evidente su perfecta santidad para afirmarlo, debía deducirse de la sanción que daba Dios á sus palabras. En efecto, no es razonable admitir que Dios autorice con milagros las pretensiones de la mentira ó de la locura. Era preciso, según lógica, buscar el profundo sentido de su testimonio y acogerlo como una declaración celestial, en vez de rechazarlo.

El pueblo, abandonado á su propia inspiración, hubiera tal vez tomado este partido; mas, trabajado por una secta tan poderosa como hábil, tendía á hacerse tan perverso como sus jefes.

En el fondo, la terrible y grande responsabilidad descansaba ciertamente sobre la cabeza de éstos. Así se explica la profunda indignación que excitaba en el corazón de Jesús la actitud del partido farisaico. Es evidente que, á la primera ocasión, iba á estallar la tempestad. Pues bien, los mismos fariseos buscaron esta ocasión.

Al abandonar Jesús súbitamente á Jerusalén, se dirigió hacia Perea, donde su apostolado había sido interrumpido sólo provisionalmente (1). Por el camino reanudó su misión evangélica; y habiendo un fariseo oído uno de sus discursos, le invitó á que tomase en su casa la comida de la mañana (2). Era ésta la menos importante del día, pero el Profeta de Nazaret iba de paso, por lo que debía aprovecharse cualquier ocasión para retenerle.

En un momento, el huésped, satisfechísimo, tuvo agrupados alrededor de su mesa á varios amigos, miembros de su secta, y á algunos escribas destinados principalmente á hacer frente, si hubiese lugar, al joven Doctor. Se contaban del atrevimiento de sus principios cosas tan extrañas, que podían esperarse de su parte teorías subversivas, y convenía tener á la mano legistas capaces de taparle la boca.

En particular, se aseguraba que, hablando con uncción el lenguaje de los santos, y aun practicando lo que enseñaba, Jesús no hacía caso alguno de los ritos farisáicos. ¿Podía ser realmente el hombre de Dios y despreciar preceptos tan sagrados? Y si no era el hombre de Dios, ¿cómo explicar su enseñanza incomparable y su trascendental santidad? Tal vez en el fondo de todas las acusaciones no había más que la obra de la envidia, y el fariseo quería tener limpio de ella el corazón. Comprendió bien el Maestro su intención y no se resintió; antes bien, con suma delicadeza, escuchó su ruego. Al penetrar en la casa, pudo comprobar que llegaba á un medio hostil y dispuesto, ante todo, á espiarlo y á juzgarlo. Mas Él estaba resuelto á hacer frente á los prejuicios ridículos de aquellos con quienes iba á comer, y, para acentuar desde luego la divergencia de ideas que le separaba de ellos, hizo alarde de no practicar ninguna de las abluciones usadas por la secta farisaica antes de la comida, encaminándose directa-

(1) *Juan*, X, 40.

(2) *Luc.*, XI, 37. La palabra ἀριστήνη, indica, en efecto, la primera comida del día con relación á la comida principal, δείπνον.

mente á la mesa y tomando puesto en su canapé⁽¹⁾, sin lavarse siquiera las manos. Los más celosos murmuraron contra esta audaz protesta. Para ellos, no lavarse las manos antes de comer era el colmo de la impiedad. «Es preferible—decían los rabinos,—en tiempo de persecución, morir de sed que morir de muerte eterna, faltando al precepto de la purificación. Si el carcelero da sólo un poco de agua, es lo más prudente lavarse las manos con ella y comer en seguida sin beber⁽²⁾.» El dueño de la casa comprobaba con sus propios ojos lo que tantas veces había oído decir. Podía ser Jesús un doctor poderoso en palabras, y aun irreprochable en su vida privada; no por esto dejaba de ser también un funesto novador en religión, un destructor de la Ley, un peligro para los verdaderos creyentes. La impresión de penosa sorpresa que con esto experimentó fué profunda. Después de haberse sentido atraído hacia el joven Profeta, veíase separado súbitamente de Él por un abismo. Ahora bien, el fariseísmo era el que había abierto este abismo. El Maestro estaba más triste que él, y, dando salida de su corazón á la amargura que lo embargaba, con el acento de una santa ira, denunció á la maldición celeste la obra de aquellos hipócritas que le arrebatában las almas so pretexto de salvarlas. Este discurso fué preludio de los solemnes anatemas que debía más tarde pronunciar en el Templo, y que analizaremos en conjunto, con objeto de no suprimir nada de su grandiosa y espantable belleza.

Mientras tanto, contentémonos con observar que, ya esta vez, la lección fué severa. «Sí—dice Jesús con ironía,—vosotros los fariseos purificáis lo de fuera del vaso y del plato; mas vuestro interior está lleno de rapiña y de malicia. Necios, el que hizo lo que está de fuera, ¿no hizo también lo que está de dentro? Pues bien, dad generosamente lo que está dentro,⁽³⁾ y todas las cosas os serán puras.» Dios, en efecto, no sólo tiene derecho al culto del

(1) Esto es lo que dice el texto: *Et ingressus recubuit.*

(2) Erubin, fol. 21, 2.

(3) La frase: *τὰ ἐνὸρτα*, que el autor interpreta: *ce qui est dedans* (Vulg., *quod superest*), ha ejercitado la habilidad de los exégetas.—(N. del T.)

cuerpo; desea sobre todo el homenaje del alma. Ha hecho ésta como aquél; y puesto que, en el dualismo humano, es el alma la que conserva la superioridad, por ella quiere ser Dios principalmente servido y honrado. Cuando aquélla piensa, ama y vive por él, el cuerpo es santificado. Nada son las observancias externas con respecto á este don del hombre moral. Jesús lo representa aquí como una limosna, para dar á entender la necesidad que tiene su Padre de ser amado y glorificado por nosotros. El hombre que ha dado su corazón, ha purificado, por el mismo hecho, todas sus obras exteriores. Y, al contrario, aunque dé lo restante, si se reserva el corazón, sólo producirá obras hipócritas y criminales. «¡Ay de vosotros, fariseos, que diez-máis la yerba buena y la ruda y toda la hortaliza ⁽¹⁾, y traspasáis la justicia y el amor de Dios! Pues era necesario hacer estas cosas y no dejar aquéllas. ¡Ay de vosotros, fariseos, que amáis los primeros asientos en las sinagogas y ser saludados en las plazas! ¡Ay de vosotros que sois como los sepulcros disimulados bajo tierra y no lo saben los hombres que andan por encima.»

Tales acusaciones caían, abrasadoras como el rayo, en medio de los convidados estupefactos. Uno de ellos, es decir, un escriba creyó debía tomar la palabra para intentar tal vez una apología; mas sólo logró atraer la formidable explosión sobre la cabeza de los legistas, sus colegas. Había dicho: «Maestro, diciendo estas cosas, nos afrentas también á nosotros.» Los escribas, en efecto, pertenecían casi todos á la secta farisaica y veíanse comprendidos en esta reprensión indignada. «¡Ay también de vosotros, escribas!»—exclamó volviéndose hacia él.—Entonces estigmatizó sucesivamente su falso celo por la Ley, su ardor en sorprender en ella obligaciones nuevas, que imponían á los demás, sin que ellos mismos se sujetasen á ellas, su fana-

(1) La Ley, *Lev.*, XXVII, 30; *Num.*, XVIII, 21; *Deuter.*, XIV, 22, exigía que todo israelita pagase el diezmo de sus cosechas, trigo, aceite, vino, etcétera. Los fariseos, para darse importancia, iban más lejos y pretendían probar su piedad pagando el diezmo de los productos más insignificantes, la menta, la ruda, el eneldo, etc.

tismo tan temible como el de sus padres contra los enviados de Dios, el monopolio, en fin, que se atribufan de la ciencia religiosa, prohibiendo al pueblo que se instruyese y no instruyéndose seriamente á sí mismos.

Luego se levantó y salió. Los fariseos quedaron por el momento desconcertados; pero dejando estallar pronto su furor contra el que acababa de tratarlos con tanta dureza, pusieron á abrumarle con acusaciones indignas. Salieron en masa á la calle, como una jauría ⁽¹⁾ formidable, y le rodearon armándole lazos, espiondo cada una de sus palabras ó de sus obras, para intentar oficialmente una acción judicial y tomar el supremo desquite.

De este modo, en Perea como en Jerusalén y en Galilea, la poderosa secta, cesando de ocultar su hostilidad, sólo buscaba una ocasión para terminar. La guerra estaba aceptada y declarada visiblemente por ambas partes.

Acostumbrado Jesús á estas amenazadoras demostraciones, que eran continuación de las del Templo, se mantenía tranquilo y lleno de autoridad en medio de la muchedumbre, la cual, atraída por el ruido de la violenta escena, iba creciendo y comprimiéndose tanto que la gente se aplastaba. Con majestuosa severidad, dirigiéndose á los discípulos, empezó á decirles: «Ante todo, guardaos de la levadura de los fariseos, es decir, de su hipocresía.» Otras veces señaló á este enemigo temible, pero á puertas cerradas, por decirlo así, y en expansiones íntimas. Ahora lo desenmascara y deshonra estrepitosa y despiadadamente. «No—dice,—no hay cosa encubierta que no se haya de descubrir, ni cosa escondida que no se haya de saber. He aquí por qué lo que fué dicho en las tinieblas, á la luz será dicho en adelante, y lo que fué hablado á la oreja, en los aposentos, será pregonado en los tejados.» Esta independencia de lenguaje originará verdaderos peligros. No se desafia impunemente á los malos que disponen de la fuerza bruta;

(1) Las expresiones empleadas por el Evangelista, *insidiantes ei, et quærentes aliquid capere de ore eius*, evocan la idea de caza dada á una bestia feroz.

pero ¿qué importa? «Á vosotros—exclama—me dirijo, amigos míos: no os espantéis de aquellos que matan el cuerpo, y después de esto no tienen más que hacer. Mas yo os enseñaré á quien habéis de temer: temed á Aquel que, después de haber quitado la vida, tiene poder para arrojar al infierno. Así os digo, á este temed.» ¿Hay, pues, dos muertes posibles, la muerte en el tiempo y la muerte en la eternidad? Sí, porque el hombre tiene dos vidas: la una que pasa, y la otra que no acabará. Si se le arrebatara la primera, ¿qué ha perdido? Nada: ella es un sueño; sólo la otra es la realidad. El verdadero mal sería, pues, perder ésta; y está perdida cuando el hombre queda condenado á pasarla fuera de su principio y de su fin, que es Dios. Ahora bien, no puede ser condenado á este suplicio por los malos, por mucho que sea el odio que le tengan; sólo al soberano Juez pertenece el derecho exclusivo de regular, conforme á nuestras obras, nuestra eternidad. Pueden los impíos matar nuestro cuerpo, mas sólo nosotros quedamos dueños de nuestra alma, preparando con toda libertad, el juicio de Dios.

¡Cuán francamente bella en su sencillez era esta filosofía, que debía infundir á las generaciones futuras el valor del martirio! ¡Cuántas veces dijeron las víctimas á sus verdugos: «No nos causáis miedo. ¿Queréis nuestra sangre? Ahí la tenéis. Nos queda nuestra alma, y ella lo es todo para nosotros. ¿Creéis matarnos? Nos dais la vida. Vuestra tiranía sobre nosotros acabará con nuestro postrer aliento, y éste inaugurará la eterna libertad: nada podéis ya contra los que salieron de esta vida.»

Á esta primera y principal razón para no temer, añade Jesús otra, y es que nada, aun en la vida presente, sucede sin el permiso de Dios. ¿No se venden—dice—cinco pajarillos por dos ases? ⁽¹⁾ Y, sin embargo, ninguno de ellos

(1) En tiempo de Cicerón, el *as* valía seis céntimos de nuestra moneda próximamente. Dos *ases* representan, pues, doce céntimos. En el texto paralelo de San Mateo, dos pájaros se evalúan por un *as*. Es algo más caro, tal vez porque cinco costaban proporcionalmente menos que dos. Esto no puede,

está en olvido delante de Dios ⁽¹⁾. Y aún los cabellos de vuestra cabeza todos están contados. No temáis, pues de más estima sois vosotros que muchos pajarillos.» Si la Providencia tiene fija su vista en los pajarillos á quienes, cada día, da su alimento, ¡cuánto más cuidado tendrá de sus hijos? Si Dios sabe el número de nuestros cabellos, es porque, más aún que nosotros mismos, se cuida de nuestro cuerpo. Nadie nos matará, pues, sin que Él lo sepa y quiera. Ahora bien, si lo quiere, no será un mal para nosotros. «También os digo—prosigue Jesús acabando así la argumentación que debe sostener el valor de sus partidarios:— todo aquel que me confesare delante de los hombres, el Hijo del hombre lo confesará también á él delante de los ángeles de Dios.» Tal recompensa bien vale el martirio que habrá costado. Ante la asamblea celestial, atenta y admirada, reconocerá Jesús á los suyos. ¡Qué gloria para esos valientes soldados así citados por su jefe en la orden del día de la eternidad! Á pesar de las más violentas persecuciones, habrán repetido á todos los tiranos y á todos los verdugos que Jesús era su Señor y su Dios; en desquite, Jesús declarará ante su Padre y ante los ángeles que ellos son sus amigos para siempre. «Mas el que me negare delante de los hombres, negado será ⁽²⁾ delante de los ángeles de Dios.» Esto basta para que los amigos muestren valor.

En cuanto acabó de hablar ⁽³⁾, alguien de la muchedumbre apeló á su autoridad para un asunto en que parecía interesarse mucho. Se trataba de intereses de familia. Puesto

por otra parte, tener más importancia que para discutir ciertas teorías sobre la exactitud absoluta de los escritores sagrados.

(1) Esta expresión *delante de Dios*, ἐνώπιον τοῦ θεοῦ, revela el origen arameo del cual saca San Lucas este pasaje.

(2) Se ha notado con razón que aquí no interviene ya directamente el Hijo del hombre, como cuando se trataba de glorificar al fiel. La sentencia, *negabitur* se ejecuta por sí misma. El réprobo encuentra en la eternidad lo que escogió libremente en el tiempo, la separación de su Creador y su Dios.

(3) Los vers. 10, 11 y 12 de Lucas están mejor colocados en Mateo. Por eso los suprimimos aquí.

que Jesús había podido ejecutar impunemente á sus adversarios é imponer su superioridad moral á la muchedumbre admirada, creía aquel hombre que nadie osaría declinar su juicio sobre el caso litigioso que iba á someterle. «Maestro—exclamó—di á mi hermano que parta conmigo la herencia.» ¿Qué razón tenía el detentador de la sucesión ⁽¹⁾ para que rehusase proceder á un repartimiento? Nada hay que lo indique. Ni siquiera es seguro que el requirente tuviese derechos reales que hacer valer. Tal vez se creía perjudicado allí donde reinaba la más estricta justicia. Sea de ello lo que fuere, Jesús se indignó al ver reclamar la mitad de una miserable sucesión sobre la tierra, cuando ofrecía toda una herencia incomparable en el cielo. «Hombre—dijo—¿quién me ha puesto por juez ó repartidor entre vosotros?» En efecto, no revistió el Hijo de Dios nuestra humanidad para cuidarse de los intereses terrenales, y si ni siquiera los discípulos deben perder tiempo arreglando sus asuntos de familia, con mayor razón se desdeñará el Maestro de discutir los de otros. La pregunta del interlocutor, aun rindiendo homenaje á la autoridad superior de Jesús, partía de un corazón muy terrenal: he aquí por qué es acogida con una respuesta santamente indignada. Lo más peligroso para un alma es la baja codicia, que ahoga sin piedad en ella todo deseo de la verdad divina.

El Maestro la emprende en seguida contra este vicio pernicioso. «Mirad—les dice—que os guardéis de toda avaricia, porque aun cuando tenga mucho más de vida lo necesario, no puede encontrar el hombre una garantía en los bienes que posee.» Así, colocándose en el punto de vista enteramente humano del que le interpela, va á hacerle ver que no hay necesidad de grandes riquezas para vivir, y que, aun con éstas, nadie se libra de la muer-

(1) Según Moisés (*Deut.*, XXI, 7), el primogénito tenía doble parte, con la obligación de alimentar á su madre y á sus hermanas solteras. Algunas veces los hermanos menores recibían su parte de dinero y de aquí los motivos de revisión en las reparticiones.

te. ¿Por qué, pues, dejar que se insinúe la codicia en nuestros corazones, puesto que la multitud de los bienes temporales no hace nuestra vida ni más dichosa ni más larga?

Y para que se entienda mejor esta lección de sabiduría, emplea el lenguaje parabólico. «El campo de un hombre rico había producido abundantes frutos.» Sorprendido por esta invasión súbita y casi inesperada de la fortuna, este hombre experimentó al principio una satisfacción extremada en vista de tan grandes riquezas. Pero éstas tienen fatalmente espinas, cuyo aguijón no tardó en sentir aquel rico. La inquietud crece siempre en razón directa de los bienes que se poseen. «¿Qué haré—decía dentro de sí mismo,—porque no tengo donde encerrar mis frutos?» Y se perdía en un tropel de combinaciones. Como si, al faltar graneros, no quedasen siempre las entrañas hambrientas del pobre, las manos de la viuda, la boca de los huérfanos, para recibir lo superfluo de la cosecha. Pero el rico quiere enriquecerse más, y, como término de todas sus reflexiones, concluye así el afortunado propietario: «Esto haré: derribaré mis graneros y los haré mayores y allí recogeré todos mis frutos y mis bienes. Y diré á mi alma:—esta alma asiento de su satisfacción, de sus regocijos, de sus afeciones!—¡Oh alma mía! muchos bienes tienes allegados para muchísimos años; descansa, come, bebe, ten banquetes.» Regularmente la fortuna prepara el camino al materialismo, y origina casi siempre generaciones sensuales tan groseras como estúpidas. ¡Qué locura, porque uno es rico, dar por descontado lo futuro! Ni siquiera somos dueños del mañana. Concíbense grandes esperanzas y vastos pensamientos; quiérese comprar, edificar, prestar, emprender, obtener honra, y, en fin, como dijo el filósofo ⁽¹⁾, después de los trabajos de una vida agitada, descansar en la vejez en el bienestar preparado con innumerables trabajos. ¡Qué demencia! El hombre de la parábola se pro-

(1) Séneca, epist. 101: «*Emam, aedificabo, credam, exigam, honores geram: ¡tum demum lassam et plenam sanitatem in otium referam!*» Toda la carta podría citarse como noble lección de sabiduría dada por un pagano.

metía los goces de la fortuna hasta en su extrema vejez; pero, en medio mismo del sueño deliciosamente acariciado, viene á significarle la voz de Dios que es otro el decreto del cielo. «Necio, esta noche te vuelven á pedir el alma.» Él había dicho orgullosamente «mi alma,» como si esta alma le perteneciese, y he aquí que de repente van á tomársela. La enfermedad que nos sobrecoge de improviso es Dios que nos interpela y nos notifica nuestro decreto de muerte. Luego, la terrible voz dirige esta pregunta que derrama en el corazón del moribundo una profunda amargura: «Lo que has allegado ¿para quién será?» No será, en todo caso, para quien haya puesto en ello todas sus esperanzas. El rico, arrancado de la tierra y transportado á un mundo, adonde no le siguen los tesoros materiales, según el verso del poeta, entrará en él desnudo y despojado de todo:

«Haud ullas portabis opes Acherontis ad undas.»
Nudus ab inferna, stulte, vehere rate (1).

Algunos ingratos, gente extraña, un malgastador tal vez, recogerán en la tierra lo que debió dejar en ella prematuramente. «Así es—concluyó Jesús—el que atesora para sí y no es rico en Dios.» Quiérese tener fortuna para disfrutarla en el bienestar y el orgullo, y he aquí que se pierde con la muerte. Los que la han buscado y poseído para Dios, siendo acá bajo representantes de su providencia, serán los únicos que se la llevarán á la vida futura. Los unos, por guardarlo todo, todo lo han perdido; los otros, dándolo todo, han logrado conservarlo todo.

(1) Propertio, III, 5, 13.

CAPÍTULO VIII

Lecciones de sabiduría y piadosas expansiones

Abandono en la paternal bondad de Dios.—Sencillas y conmovedoras razones que lo autorizan.—Nuestro tesoro debe estar en el cielo.—Otra serie de enseñanzas sobre la vigilancia cristiana.—Parábola de los criados que aguardan al Señor.—El Hijo del hombre viene como un ladrón.—Pregunta de Pedro.—Los *dos intendentes*.—Deja desbordar Jesús de su corazón los pensamientos que lo oprimen.—El fuego que vino á traer al mundo.—La hora de la lucha se acerca.—No lo comprenden. (*Luc.*, XII; 22-59; *Mat.*, VI, 25-33; VI, 19-21; XXIV, 43-51; X, 34-36).

San Lucas coloca aquí una serie de recomendaciones piadosas, dirigidas por Jesús á los discípulos, y que San Mateo agrega, en su mayor parte, á otros discursos ⁽¹⁾.

Estas recomendaciones no son para la muchedumbre, como las que preceden: se dirigen á los discípulos ⁽⁴⁾. Es preciso tener fe para entenderlas y consentir en practicarlas. Se comprende que el mundo, sin vistas á la eternidad, se adhiera á los bienes terrenales. No viendo un Padre sobre su cabeza, se constituye á sí mismo en providencia suya. Para los creyentes, no puede ser así. Dejarlo todo, y, sin recursos humanos, ir á difundir la verdad por el mundo, abandonándose á la solicitud paternal de Dios para las necesidades de cada día; he aquí su deber. Mirar

(1) Así, nos da una parte de ellas en el sermón de la montaña VI, 25-33; 19-21, otra en los avisos á los Apóstoles, X, 34-36, otra, en fin, XXIV, 43-51. ¿Cómo explicar esta distribución caprichosa en fragmentos diversamente intercalados, en San Mateo, y este agrupamiento general en San Lucas, si uno y otro han bebido en un origen escrito, ó si se conocieron? Sólo la hipótesis del evangelio oral puede resolver la dificultad.

(1) *Luc.*, XII, 22 precisa, en efecto, *ad discipulos suos*.

de asegurar la vida eterna despreciando todo lo restante: he aquí su sabiduría. ¡Qué persuasivo encanto y qué dulzura en las palabras de Jesús, que va á pedirles el sacrificio del afecto y unión más íntimas, y á imponerles el heroísmo de la más completa abnegación!

«Por tanto os digo que no andéis solícitos para vuestra alma qué comeréis, ni para vuestro cuerpo qué vestiréis. Más es el alma que la comida y el cuerpo que el vestido.» Quien ha dado lo más puede asegurar lo menos; si Dios ha dado la vida, puede mantenerla; y si ha hecho nuestro cuerpo, puede vestirlo. Lo que tanta pena y solicitud nos cuesta adquirir, lo da Él como sin notarlo. De sus manos creadoras caen el alimento y los vestidos sobre seres que ni siquiera saben pedirselo. Con mucha mayor razón asegurará todo esto á siervos, á niños que glorifican á su Padre, poniendo en Él su más dulce confianza. «Mirad los cuervos—ciertamente, no son los pájaros del cielo más útiles ni los más agradables, y he aquí por qué, sin duda, los nombra aquí el Salvador:—no siembran, ni siegan, ni tienen despensa ni granero y Dios los alimenta. Pues, ¿cuánto más valéis que ellos?» No es Dios capaz de proporcionar al hombre una suerte más triste que á sus menores criaturas. No lo olvidemos nunca.

Por lo demás, cuanto más sabio es confiar en la Providencia, que naturalísimamente nos ayuda, tanto más insensato sería contar con nuestra propia actividad, pues, sin Dios, permanecería siempre impotente. «¿Quién de vosotros —prosigue el Señor—por mucho que piense, puede añadir un codo á su estatura? Pues si lo que es menos no podéis hacer, ¿por qué andáis afanados por las otras cosas? Mirad los lirios como crecen ⁽¹⁾: no trabajan ni hilan. Pues yo os digo que ni Salomón en toda su gloria fué cubierto como

(1) No sabemos si se trata aquí del lirio blanco, que parece haber sido bastante raro en Palestina—se encuentra, dícese, hacia la parte de Jafa, V. Strand, *Flor. Palaest.*, pero nosotros no hemos visto ninguno,—ó del lirio rojo de que habla Plinio, *H. N.* XXI, 5, y que era menos raro en el territorio. Tal vez indicaba Jesús la hermosa anémoma roja, *anemona coronaria*, que es la flor común del país.

uno de éstos. Pues si á la yerba que hoy está en el campo y mañana se echa al horno ⁽¹⁾ Dios viste así, ¿cuánto más á vosotros hombres de poca fe?» Así, con la deliciosa poesía innata en las almas candorosas, tomaba el divino Maestro de la flor que se abría á sus pies, del ave que volaba en el aire, las más graciosas imágenes para dar á entender y gustar los secretos de su filosofía divina. La argumentación, tan fuerte en su amable sencillez, era irrefutable. El mismo gran rey, que había asombrado al Oriente con su fausto, y de quien hablaba siempre Israel como del príncipe más magnífico y más caro á su orgullo nacional, Salomón, puesto en comparación con la anémona roja ó el lirio que ostenta su corola al sol, no estaba, en efecto, sino mediocremente vestido. Las manos de las hijas de Tiro ó de Sidón, tejiendo su rica vestidura, habían quedado muy por debajo del arte admirable con que la naturaleza forma los pétalos de la flor y planta sus brillantes estambres, como corona que consagra su campestre realeza. Á pesar de todos los cuidados del batanero, la túnica del hijo de David nunca tuvo la blancura del lirio, y su manto de púrpura palidecía ante el vivo brillo de la anémona. Sin embargo, ¿cuántas combinaciones, cuántos cuidados para vestir al excelso rey, en tanto que Dios viste todos los días, como jugando, á innumerables flores, que eclipsan, con su belleza, los más maravillosos tejidos de la industria humana! Ahora bien, estas flores tienen sólo una importancia muy mediana en la historia del mundo; apenas las advierte el hombre pisándolas, y se convertirán mañana en hierba seca que será arrojada al fuego. Pero si Dios crea, nutre, viste, con tanto cuidado, las flores, simple ornamento de la tierra ¿puede suponerse que deje sin pan y sin vestidos su obra real de acá bajo, el hombre que, conociendo á su Autor, se consagra filialmente á su servicio?

«No andéis, pues, afanados—concluye Jesús—por lo

(1) En Oriente, á falta de leña, se encienden los hornos con grandes hierbas del campo. Estos hornos, como es sabido, son campanas de tierra de pequeñas dimensiones.

que habéis de comer ó beber; no andéis elevados por tan poca cosa. Porque todas éstas son cosas por las que andan afanadas las gentes del mundo. Y vuestro Padre sabe que de éstas tenéis necesidad.» Así separa auténticamente de los judíos incrédulos y de los gentiles ignorantes, que son el mundo, á sus discípulos, que son la familia de Dios, el rebaño privilegiado, al cual, con acento de conmovida ternura, dirá que prosiga derechamente su camino sin temor de ser abandonado.

«Por tanto—exclama,—buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas os serán añadidas.» El Padre que concede á los suyos, no sólo su gracia en el tiempo, sino también su gloria en la eternidad, y que, por consiguiente, se da á sí mismo, ¿podrá olvidar servirle el pan de cada día? No, no dejará que les falte nada ⁽¹⁾. «No temáis, pequeña grey—añade Jesús, tendiendo una mirada afectuosa á su puñado de fieles discípulos.—Á vuestro Padre plugo daros el reino. Vended lo que poseéis y dad limosna. Hacedos bolsas que no se envejecen, tesoro ⁽²⁾ en los cielos, que jamás falta, adonde el ladrón no llega, ni roe la polilla. Porque en donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón.»

La regla de sabiduría cristiana trazada por Jesús se resumía en ésta: la inquietud por los bienes de la tierra no debe retener el vuelo de las almas llamadas por Dios á disfrutar de los bienes del cielo. El verdadero cristiano debe suprimir estas trabas, pero en condiciones que no son las mismas para todos. Así, para los primeros discípulos, la ruptura debe ser radical, y la palabra del Señor obliga á la letra. Llamados á anunciar el Evangelio en el universo entero, el cuidado de los bienes materiales no sería compatible con su apostolado. Los cristianos de lo por venir, al contrario, serán libres de llegar á este heroísmo de la re-

(1) *Efes.*, I, 4-6.

(2) Los judíos llamaban tesoro, no solamente al oro y á la plata, sino á todos los objetos preciosos que ponían en reserva: trigo, telas, etc. (*Gen.*, XLV, 22; *Jos.*, VII, 21, etc.), que podían ser comprometidos por la polilla y el gorgojo.

nuncia absoluta. Les bastará ⁽¹⁾ tener y practicar el espíritu de desprendimiento. En donde los Apóstoles estuvieron obligados á ver un precepto, las generaciones sucesivas sólo encontrarán un consejo; consejo que no obligará más que á algunas almas privilegiadas, llamadas por la gracia á dar, en la Iglesia, el ejemplo de la más elevada perfección. El Evangelio tiene preceptos de los cuales sólo es permanente el fondo, siendo variable la manera de cumplirlos. En tal época de la historia del reinado de Dios, es preciso saber despojarse de todo para ser valerosos soldados; en tal otra, conviene poseer y administrar bienes temporales para alimentar á los pobres y sostener la Iglesia. La fuerza moral exige á veces que nos apoyemos en una base humana.

Llegada la hora, ninguno de los discípulos, á excepción de Judas, retrocedió ante el sacrificio de su pequeño tesoro. Dios los había hecho reyes; y ellos, puesto que tenían su cetro, no se cuidaron de reservarse un vestido ó un pedazo de pan. Corriendo por el mundo, hacia toda civilización ó toda barbarie, en medio de mil riesgos, capaces de todos los sacrificios, tuvieron sólo una pasión, la de predicar, luchar y salvar las almas. Nada les importó todo lo demás. Su corazón estaba más elevado.

Volviendo á tomar, después de esto, una tesis más general, cuya aplicación era universal, puesto que se trataba de la vigilancia que asegura la salvación, se puso á decir Jesús: «Tened ceñidos ⁽²⁾ vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos.» Así daba la orden del día de la vida cristiana. Estar incesantemente en pie, dispuesto á obrar por la gloria del Señor, y llevar la luz de la fe en el alma para dirigir nuestras obras: he aquí la consigna

(1) Esto es lo que San Pablo llama *poseer como si nada se poseyese*. I *Cor.*, VII, 29.

(2) Los orientales, como llevan vestidos largos y anchos, están obligados á ceñírselos á los riñones, cuando quieren ponerse en viaje y desempeñar una función cualquiera que exige agilidad. (V. *IV Reyes*, IV, 29; IX, 1; *Jerem.*, I 17, etc.) Horacio *Sat.*, II, 8, 10, dice: «Puer alte cinctus», y más abajo: «Praecincti recte pueri comptique ministrant.»

del siervo fiel. «Sed semejantes á los hombres que esperan á su Señor, cuando vuelva de las bodas, para que, cuando viniere y llamare á la puerta, presto le abran. ¡Bienaventurados aquellos siervos que hallare vigilando el Señor, cuando viniere! En verdad os digo que se ceñirá y los hará sentar á la mesa, y pasando los servirá⁽¹⁾. Y si viniere en la segunda vela, y si viniere en la tercera vela, y así los hallare, bienaventurados son tales siervos.» Evidentemente, laudable es el celo de estos hombres, pero conven-gamos en que está recompensado sobre toda esperanza. Han velado hasta media noche y tal vez hasta la mañana, con los vestidos ceñidos, para correr á la primera señal del Señor. Tenían encendidas las lámparas en sus manos, y han aguardado siempre alerta, atentos al menor ruido, infatigables. ¡Bella y expresiva imagen del justo, del verdadero siervo de Dios, del discípulo fiel de Jesús, que pasa también esperando animosamente la venida del Señor! Éste llega todos los días detrás de la muerte. Más tarde, vendrá solemnemente en su gloria. Dichoso por haberle honrado con una vida tan correcta, con una virtud á toda prueba, el siervo bueno, sostenido por la esperanza é iluminado por la fe, exclama al primer golpe dado á su puerta: «¡Heme aquí!» Y abre. La muerte no puede asustarle; va á mostrarle al Señor. Aparece Éste, en efecto, radiante, de vuelta de las bodas que le ha hecho el Padre en el cielo. El fiel no esperaba por todo precio de su vela sino la alegría de haberle agradado. Dos palabras de aprobación que salgan de los labios divinos bastan para hacerle olvidar todas las fatigas de la noche. Pero el Señor ha

(1) Para no sorprenderse con tal demostración de benevolencia, no hay que olvidar que la suerte de los criados, entre los judíos, distaba mucho de ser tan dura como entre los paganos. En ciertas festividades, estaban invitados á comer con sus señores para asociarse á su alegría. (*Deut.*, XII, 17, 18; XVI, 11, 12.) Podría hallarse una contradicción entre el presente pasaje y lo que se dirá en *Luc.*, XVII, 7-9, si se perdiese de vista que se trata aquí de los sentimientos del Señor, y que más tarde se tratará de los sentimientos del criado. Aquel se complace en mostrarse generosamente bondadoso, éste tiene por deber mostrarse humilde y convencido de su impotencia, cuando se trata de producir una obra meritoria.

razonado de otra manera, y si los siervos son buenos, más aún lo es él. Hasta parece serlo en exceso. En la satisfacción que experimenta, ha imaginado súbitamente la más admirable de las recompensas. Puesto que estos valientes han agotado sus fuerzas con tan larga vigilia, quiere hacerlos sentar á la mesa. Esta mesa no es otra, sin duda, que la continuación del banquete de donde Él mismo viene. Era costumbre, en efecto, entre los judíos, ofrecer á los convidados una parte de la comida que pudiesen llevar consigo para continuar la fiesta y extender así el regocijo á toda su familia. Á comer estos restos es á lo que probablemente invita el Señor á sus fieles siervos, asociándolos en alguna manera al placer que tuvo él de asistir al banquete nupcial. Así, los elegidos, en retorno de su vigilante fidelidad, participarán del festín eterno, y Jesús mismo, con afectuosísima ternura, les servirá esta dulce recompensa. He aquí, bajo las imágenes de la parábola, la admirable historia del cielo. Allí el Señor se hace siervo de sus siervos, y los sacia. El mismo con su propia gloria, reconociendo así centuplicadamente sus méritos de acá bajo.

Sin embargo, la venida del Señor podrá muy bien no ser señal de regocijo. Si no velaron hasta el fin, no cumplieron su deber; y si no cumplieron su deber, corren peligro de experimentar amargos pesares, porque el Señor puede llegar á toda hora. Para juzgar á sus siervos, escogerá el momento en que no es aguardado. «Esto sabed, que si el padre de familias supiese la hora en que vendría el ladrón, velaría sin duda y no dejaría minar su casa. Vosotros, pues, estad apercibidos; porque á la hora que no pensáis vendrá el Hijo del hombre.» Desastrosa será la sorpresa é irreparable la falta; en ello va la eternidad.

Pedro, lleno de inquietud sobre todo por la recompensa prometida á los siervos fieles—se siente con bastante ánimo y amor para ser de éstos,—muestra vivos deseos de saber si serán todos dignos de merecerla, ó si será

privilegio exclusivo de los Apóstoles. El afecto que tiene conciencia de sí propio, no gusta de ser confundido con una afición vulgar. Hay aquí un noble sentimiento de vanidad natural y tal vez de noble celo, al cual parece Pedro haber cedido de repente. «Señor—pregunta—¿dices esta parábola á nosotros ó también á todos?» ¿Pueden todos los súbditos del Rey Mesías aspirar á la hermosa recompensa de los siervos vigilantes, ó bien está reservada sólo á los ministros de este Rey? Ellos eran los ministros; y los súbditos todo el mundo. Los Apóstoles, como lo comprobaremos más de una vez, esperaban la Parousia, es decir, la vuelta gloriosa de Jesús al mundo, á no tardar, sin atender á las numerosas indicaciones que prohibían ver su inminencia ⁽¹⁾ en las declaraciones del Señor. Compréndese el vivo interés que tenían en prever cuál sería la clasificación de cada uno de ellos en el nuevo reino.

El pensamiento de Jesús era asimilar todos los creyentes á los siervos buenos de la parábola en cuanto al mérito y la recompensa. Por este lado, los Apóstoles deben consentir en ser confundidos con la muchedumbre de los verdaderos amigos del Mesías, porque su título de Apóstoles no puede impedir á otros á que amen al Señor, y servirle con tanta devoción como lo harán ellos mismos. Las santas mujeres que allí están, y los generosos corazones que vendrán más tarde no serán menos dignos de la ternura y de los favores del Señor, á pesar de no haberse hallado en el número de los Doce. Á todos sus fieles, estén ó no en la jerarquía eclesiástica, atestigua el Señor su alta satisfacción, admitiéndolos á un mismo banquete. Á los Apóstoles reservó, además, un grado de gloria correspondiente á la misión que habían de llenar en la Iglesia. Para ellos, la recompensa de los íntimos será realzada todavía con la re-

(1) Venir á la tercera vela es venir al fin de la noche, y, por consiguiente, inaugurar, después de largos siglos, el reino definitivo del Mesías sobre la Iglesia triunfante y glorificada. En la parábola de las Vírgenes (*Mat.*, XXV, 5) y en la de los talentos (*Mat.*, XXV, 19) el Señor se hace también esperar.

compensa de hombres oficiales. Fueron amigos y Apóstoles, fieles á la gracia de Dios en su vida privada, y no menos fieles á sus deberes de pastores en su vida pública: el Señor no puede olvidarlo. Sin mostrar que ha oído la pregunta de Pedro, va Jesús, continuando su discurso, á darle indirectamente la respuesta ⁽¹⁾: «¿Quién crees que es el mayordomo fiel y prudente que puso el Señor sobre su familia, para que les dé la medida de trigo ⁽²⁾ á su tiempo?» Pedro, con la conciencia que tenía de su primacía, no podía dejar de decir que este intendente era él en primer lugar, y luego sus colegas en el apostolado. Todos, en efecto, recibieron la misión de gobernar la Iglesia y de distribuirle regularmente el buen grano de la divina palabra. «Bienaventurado aquel siervo que, cuando el Señor viniere, le hallare así haciendo. En verdad os digo que lo pondrá sobre todos sus bienes.» He aquí la recompensa de los Apóstoles en la eternidad. Sobre doce tronos, juzgarán á las doce tribus de Israel.

«Mas si dijere el tal siervo en su corazón: Tarda mi señor en venir; y comenzare á maltratar á los siervos y á las criadas, y á comer y á beber y á embriagarse, vendrá el Señor de aquel siervo el día que no espera, y á la hora que no sabe. Descontento este señor le hará desgarrar á varazos ⁽³⁾ y pondrá su parte con los hipócritas desleales.» He aquí el retrato odioso y la horrible historia del ministro que, olvidando todos sus deberes, so pretexto de que el

(1) Este proceder era familiar al Señor. V. *Luc.*, XIX, 25-26; *Juan*, XIV, 21-23.

(2) Cada siervo recibía cuatro ó cinco celemines de trigo por mes. Los romanos hacían esta distribución en las calendas, y los griegos el último día del mes. Un intendente especial tenía este oficio á su cargo.

(3) Dividense los intérpretes en el sentido del verbo *διχοτομῆσαι*, que en su primera acepción significaría: *Le hará dividir en dos*. En efecto, este suplicio no era desconocido á los antiguos (*Jueces*, XIX, 29; *I Reyes*, XV, 33; Diodoro de Sicilia, I, 2; Suetonio, *Calíg.*, cap. XXVII; Horacio, *sat.*, I, 1, 100: «Securi divisit medium»). Pero como el culpable es puesto en seguida en compañía de los malos, es preciso suponer que no estaba muerto, y entonces el sentido de *διχοτομῆσαι* debe reducirse á un suplicio que no quita la vida. Lo más probable es que se trate aquí de una violenta desgarradura, y, por consiguiente, de la pena de azotes en lo que tenía de más riguroso. (Arrián., *Diss. Epict.*, III, 23; Hom., *Odiseu*, XVIII, 345).

Señor no vendrá todavía á comprobar sus obras, abusa de sus derechos. En vez de alimentar las almas y cuidarlas, las tiraniza. Sacia con horroroso cinismo sus pasiones personales, aun las más groseras. Diríase que no cree en el regreso del Señor, cuyo representante es. Tal vez llega su locura á decir: «Ha muerto. ¡El señor soy yo!» ¡Ah! por muy grandes que sean las severidades que caigan sobre este malvado, no serán sino muy legítimas. ¡Cuánto aliviará el alma de las personas honradas la ráfaga de viento con la cual la justicia divina derribará al infiel de su trono usurpado, para arrojarlo, como dice San Mateo, al lugar donde hay llanto y crujir de dientes!

«Aquel siervo que supo la voluntad de su señor—añade Jesús—y no se apercibió y no hizo conforme á su voluntad, será muy bien azotado. El que no la supo é hizo cosas dignas de castigo, poco será azotado. Porque á todo aquel á quien mucho fué dado, mucho será demandado; y al que mucho encomendaron, más le pedirán.» Por consiguiente, la dignidad de que se prevalen los Apóstoles, y que, en efecto, los coloca más cerca del Señor que el resto de los fieles, será para ellos ocasión de más rudo castigo, si no lo es de recompensa más gloriosa. Así animaba Jesús á unos, y daba á entender á los otros que la primera consecuencia de las situaciones elevadas es obligar á más excepcionales virtudes.

Por lo demás, no tardarían los sucesos en poner á los discípulos en situación de demostrar su valor real. La confesión misma de sus sencillas pretensiones evocaba naturalmente á los ojos del Señor la perspectiva de las persecuciones que les estaban reservadas. Divisaba su ojo la espantosa tormenta pronta á desencadenarse, y temblaba su corazón por el pobre rebaño que debía sufrirla. Á sí mismo se veía provocando el incendio y el primero en ser devorado. Tomó entonces su palabra un acento solemne, palpité su corazón á impulso de una emoción profunda, y su alma divina experimentó la necesidad de expansionarse ante sus amigos. «Fuego⁽¹⁾ vine á poner en la tierra—añadió emociona-

(1) Como lo opuesto á este fuego, según el vers. 51, es la paz, εἰρήνη, y su

do—y ¿qué quiero sino que arda?» Como una mano esforzada arroja en medio de los enemigos la antorcha inflamada que debe empezar el incendio y preparar la victoria, así el Hijo de Dios sembró por el mundo la verdad que, como fuego devorador, debe invadirlo todo y todo turbarlo, para purificarlo todo y salvarlo todo. El abrasamiento será súbito, universal, desastroso en apariencia, terrible. Jesús lo sabe, mas no titubea en abrasarlo todo para que todo sea restaurado. La primera víctima será Él mismo: razón de más para que anhele vivamente ver empezada la prueba. «¡Ah! con bautismo es menester que yo sea bautizado ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!» Así, pues, ante Él están todos los dolores de la Pasión, y los contempla como un horrible baño ⁽¹⁾ de sangre y de ignominia que le espera. Á causa de ellas, gime su alma, pero su obligación es entrar el primero en el camino del martirio. Él no desfallecerá. Á sus discípulos toca seguirle.

«¿Pensáis—exclamó dirigiéndose á ellos—que yo he venido á poner paz en la tierra? Os digo que no, sino división. Porque de aquí en adelante, estarán cinco en una casa divididos, los tres estarán contra los dos y los dos contra los tres. Estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra su padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera y la nuera contra su suegra.» Y esta fué, efectivamente, la dolorosa historia de la humanidad durante tres siglos. Los cristianos luchaban contra el error, la inmoralidad, el vicio, mas sin otras armas que su fe, su justicia y su caridad. Los paganos luchaban contra la luz, la verdad y la virtud. Para sofocarlas, tenían en su mano la fuerza bruta y usaban de ella. Á pesar de la voz de la sangre, la hija cristiana y el hijo decían á su padre y á su madre: «No puedo estar con vosotros; abomino de vuestros falsos dioses.» Y el padre y la madre respondían: «¡Al tormento, á las fieras, al verdugo,

sinónimo, la *división*, la *discordia*, *διαμερισμός*, no puede entenderse que se trata aquí del fuego del amor divino.

(1) Salmo XVIII, 2, 3; *Isaias*, XLIII, 2.

los cristianos, aun cuando sean nuestros hijos!» La división no podía ser más profunda, y la historia de los crímenes que inspiró al paganismo es tan lastimosa, como consoladores son los relatos de las escenas en que se afirmó el valor de nuestros héroes cristianos.

Los discípulos procuraban tranquilizarse suponiendo que estas alarmantes predicciones miraban á un porvenir lejano. Esto era abusar una vez más. Para todo hombre perspicaz, era evidente que había llegado la hora terrible. Las mismas muchedumbres debían estar advertidas de ello. He aquí por qué dirigiéndose al pueblo, añadió: «Cuando veis asomar la nube de parte de poniente, luego decís: Tempestad viene, y así sucede. Y cuando sopla el austro decís: Calor hará, y así es. ¡Hipócritas! Sabéis distinguir los aspectos del cielo y de la tierra, pues ¿cómo no sabéis reconocer el tiempo presente?» Inaugurada está la crisis religiosa; ha empezado á producirse la desgarradura; existe en las familias, entre el pueblo, en Jerusalén; antes de tres meses, va á ser Jesús la víctima expiatoria de ella, porque, antes que todo, estallará sobre su cabeza la tempestad ¡y ellos no lo sospechan! ¿Cómo, pues, pueden no ver, en la cima de todas las iras del Sanedrín, la cruz, y tras la cruz, sus propias pruebas? Y, sin embargo, adivinan la lluvia detrás de la nube que sube del Mediterráneo y el calor ardiente detrás del simún que llega del desierto. ¿Qué inconsecuencia es esta que los hace ciegos en las cuestiones religiosas, á ellos, por otra parte, tan perspicaces en el orden de las cosas naturales? Es que se empeñan en mantener su ilusión, en creer que el Mesías va al triunfo y no á la muerte, que ellos mismos caminan á la dominación del mundo, al bienestar y á la gloria. Los sucesos se encargarán de abrirles los ojos.

Á buenas ó á malas, palabras de tal gravedad conducían el espíritu de todos hacia la sombría perspectiva que Jesús no quería dejar desvanecer. Una impresión penosa de tristeza atravesaba las almas, é insensiblemente la idea del Mesías paciente iba fijando la atención de ellas.

CAPÍTULO IX

Más curaciones en sábado. Comida en casa de un fariseo

Jesús es bien acogido en Perea.—Vuelve á encontrar allí fariseos con sus escrúpulos sobre las curaciones obradas en día de sábado.—La mujer encorvada y el apotegma sobre el asno y el buey desatados del pesebre.—El hidrópico en casa de un fariseo.—Lecciones de sabiduría á propósito del anhele por los primeros lugares.—De los convidados que es preferible invitar y de los que tendrán parte en el banquete eterno.—Parábola del *gran Festín*. (*Juan*, X, 40-42; *Luc.*, XIII, 10-17 y XIV, 1-24).

Nos dice el cuarto evangelio que, habiendo vuelto Jesús á la otra ribera del Jordán, á aquel lugar en donde Juan había bautizado primitivamente, se detuvo allí durante algún tiempo. El apostolado que volvió á emprender al punto no careció de éxito. En aquel lugar había Juan Bautista conmovido é instruído á las muchedumbres, y el recuerdo de su vehemente predicación había quedado allí muy vivo. Cuando vieron á Jesús de cerca, y oyeron su palabra, dijeron todos: «Juan en verdad no hizo ningún milagro; mas todas las cosas que Juan dijo de éste, eran verdaderas.» El heraldo había cumplido fielmente su encargo, y gustoso le glorificaba por ello el pueblo. Dios le había enviado sólo para hablar, y había hablado bien, puesto que los sucesos respondían á lo que había anunciado.

Muchos creyeron, pues, en Jesús ⁽¹⁾. Por un momento, pareció volverse á los hermosos días del ministerio galileo. El Señor se había puesto, como antiguamente, á recorrer los pueblos vecinos al Jordán; en todas partes curaba á los

(1) *Juan*, X, 42.

enfermos y arrojaba los demonios ⁽¹⁾. De la admiración, las muchedumbres pasaron presto á la fe entusiasta. La palabra de Dios trabajaba profundamente las almas; y si, de vez en cuando, los fariseos se atrevían á levantar la cabeza, era sólo con timidez. Comprendían que Perea era una tierra mal sometida á su influencia, por lo que Jesús casi no tenía nada que temer allí de sus manejos homicidas. Hasta impunemente podía atacarlos y, si se presentaba ocasión, ridiculizarlos con réplicas que, bajo una forma viva y mordaz, se gravaban en el espíritu de todos.

Sabemos ya que las curaciones en día de sábadó eran un antiguo tema en el que, con mucha frecuencia, había sido batida la sabiduría farisaica, tanto en Jerusalén como en Galilea. Al ver reaparecer aquí el famoso caso de conciencia, verdadera obsesión de los rabinos, tendríamos casi derecho á admirarnos de la necia obstinación que lo ponía periódicamente á la orden del día, si no supiésemos hasta qué punto arraigan en almas vulgares y faltas de penetración los prejuicios de secta. Por lo demás, tal vez Jesús mismo buscaba estas ocasiones de desacreditar á sus adversarios, estigmatizándolos sobre un punto tan visiblemente absurdo.

Así, cierto día, mientras predicaba en la sinagoga, advirtió á una pobre mujer, á la que evidenciaban su ademán suplicante, su ardiente piedad y sobre todo una enfermedad muy penosa. Aparecía encorvada, sin poder enderezarse y mirar á lo alto. Semejante estado físico estaba ligado á una causa sobrenatural. El Evangelista nos dice que se había apoderado de ella un espíritu de debilidad, ó un demonio debilitante, que la tenía así sujeta. ¿Obraba directamente el demonio sobre los nervios? ¿Había ligado sus músculos, ó sólo atacaba al ser físico, influyendo sobre el alma? Poco importa. La atonía era completa, y la mujer sufría este suplicio desde hacía dieciocho años.

Compadeciéndose Jesús de ella, hizo que se le acercase

(1) *Luc.*, XIII, 32.

y le dijo: «Mujer libre estás de tu enfermedad.» Estas palabras devolvieron al punto á la voluntad de la enferma la energía que suprimía el demonio. Al mismo tiempo, un contacto divino volvía á poner el organismo bajo el imperio de esta voluntad, porque Jesús había impuesto sus manos á la pobre enferma. Ésta se enderezó súbitamente, y, llena de alegría y de reconocimiento, glorificó á Dios con todo su corazón.

Naturalmente, esta curación, operada en día de sábado, en plena sinagoga, debía producir algún escándalo, porque había allí, como en toda reunión religiosa, rígidos observadores de las prescripciones farisaicas. Vió, sin duda, el príncipe de la asamblea una impresión penosa en los rostros, oyó murmullos y se inquietó por ello. No osando dirigirse directamente á Jesús, hizo recaer su descontento sobre la multitud. «Seis días hay—exclamó,—en que se puede trabajar; en estos, pues, venid y que os cure, y no en sábado.» Advirtió el Señor ⁽¹⁾ el tiro que se le dirigía por encima de la cabeza del pueblo. «Hipócritas—respondió dirigiéndose á todos los formalistas cuyos sentimientos había resumido el príncipe de la sinagoga,—¿cada uno de vosotros no desata en sábado su buey ó su asno del pesebre y lo lleva á abrevar? ¿Y esta hija de Abraham, á quien tuvo ligada Satanás dieciocho años, no convino desatarla de este lazo en día de sábado?» Esto era vivo y categórico. A través de la pintoresca comparación, saltaba á los ojos de todos el legítimo derecho de Jesús. Desataban un asno y un buey, lo retiraban del pesebre para conducirlo al abrevadero, y ¡no se podía librar de sus sufrimientos á una hija de Abraham, ni retirarla de las manos del demonio para darle la salud! El buey y el asno esperaban, sólo desde la vigilia, la hora de beber, y la pobre mujer esperaba su curación hacía dieciocho años! Cuando la voz del

(1) El Evangelista llama aquí á Jesús *ὁ Κύριος*, para dar testimonio de su omnipotencia. Raras veces se le da este título, y es en las circunstancias en que brilla su soberanía sobre la naturaleza, los elementos, la vida ó la muerte.

sentido común estalla con esta inspiración y bajo estas formas picantes, excita la admiración de un auditorio y asegura la humillación de los contradictores que, súbitamente turbados, nada encuentran que replicar.

Esto es lo que sucedió aquí, porque, mientras el pueblo se regocijaba de ver las obras gloriosas del Salvador, los fariseos se resignaban á callar. Desgraciadamente, sólo permanecían más incorregibles y más obstinados, para ser combatidos una vez más.

Efectivamente, á poco de suceder esto, uno de ellos, y de los más influyentes ⁽¹⁾, invitó á Jesús á comer. Era también un sábado. Personalmente, podía ser que no abrigase sino muy buenas intenciones respecto del Señor; pero varios de sus amigos, fariseos como él y de los más meticulosos, que asistían á este mismo convite, se habían propuesto observar maliciosamente al joven doctor, contrastando así sus actos como sus palabras. Muy poco se inquietaba éste, según hemos visto, de tal espionaje, y gustoso se arrojaba en las redes tendidas por sus adversarios para tener el placer de romperlas victoriosamente. Al entrar, vió á su paso á un desgraciado hidrópico conducido allí por los que pretendían ponerle á prueba. Sin más preámbulos, púsose á decir, dirigiéndose simultáneamente á los legistas y á los fariseos: «Veamos ¿es ó no lícito curar en sábado?» Sea porque no se sintiesen capaces de hacer frente al joven rabino, sea porque, por un sentimiento de conveniencia, no quisieran provocar un conflicto en la casa en que estaban invitados, y turbar así la fiesta, nada contestaron á la interpelación. Sin embargo, en el fondo de su corazón, decían todos: «No, no es permitido.»

Oyendo Jesús su secreta respuesta, toma de la mano al enfermo, le cura á este simple contacto, y le despide. Difícil hubiera sido rectificar el prejuicio farisaico con más

(1) No sabemos si con estas palabras: τῶν ἀρχόντων τῶν φαρισαίων, quiso San Lucas significar un jefe de la secta—y si así fuese, había que deducir de ello que ésta tenía una jerarquía organizada,—ó un miembro de Sinedrín, ó, en fin, sencillamente un rector de sinagoga.

moderación ó con mayor autoridad, puesto que, una vez más, acudía el milagro en apoyo de la teoría doctrinal. Sin usar demasiado de la victoria, contentóse el Señor con volver á tomar, con una ligera variante, el argumento que había cerrado ya la boca á sus adversarios. «¿Quién hay de vosotros que viendo su hijo ⁽¹⁾ ó solamente su buey caído en un pozo, no le saque en día de sábado?» Pues también el hidrópico se halla ahogado por las aguas que invaden su organismo. ¡Cómo! ¿Se saca al buey de la cisterna para impedir su asfixia, y no se ha de librar á un hombre de la enfermedad que le sofoca? Tampoco á esto había nada que responder, por lo que, congratulándose todos en su interior por no haberse empeñado en el debate, continuaron callados.

Había llegado el momento de sentarse á la mesa. En el fondo de todo fariseo existía, como hemos observado, un inmenso orgullo, que sobre todo se afirmaba en las cuestiones de precedencia. Las almas pequeñas difícilmente consenten en ceder el paso y prestar homenaje á la excelencia ajena. Esta era la razón por la cual los fariseos apetecían particularmente los primeros lugares, ora en la mesa, ora en las asambleas públicas ⁽²⁾. La presencia de Jesús no contribuyó á hacerlos más circunspectos. Por lo contrario, habiendo todos puesto un empeño detestable en apoderarse de los primeros puestos, es probable que el señor de la casa tuviese que intervenir y afrontar á los unos, restableciendo el derecho de los otros. La ocasión era propicia para dar á estos sectarios vanidosos una lección saludable, y la aprovechó el Maestro. Por otra parte, gustaba de santificar los festines sazónándolos con algunas máximas provechosas á la concurrencia. «Cuando fueres convidado á bodas—dijo,—no te pongas en el primer puesto, porque no haya quizá otro convidado de más distinción que tú, y sobreviniendo el que á ti y á él os convidó, te diga: Haz lugar á éste; y entonces con sonrojo te veas precisado á ponerte el últi-

(1) Muchos manuscritos traen *δνός* en vez de *υἱός*.

(2) Este defecto les será reprochado más tarde. (*Luc.*, XX, 46.)

mo. Antes bien, cuando fueres convidado, vete á poner en el último lugar, para que, cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba. Lo que te acarreará honor á vista de los demás convidados.»

El dueño de la casa pone fatalmente, en el orden que trata de restablecer, algo de excesivo en que el orgullo parece deber encontrar su castigo y la modestia su recompensa. En efecto, cuando se resuelve á intervenir, los sitios intermedios del festín están ya tomados, y entonces, para no desarreglar á todos los convidados, llama inmediatamente para el primer sitio á aquel que estaba en el último, aun cuando no fuese el que más lo merecía de entre los de la reunión. Al contrario, el primero pasa á ser el último, aun cuando debería, gracias á sus méritos relativos, tener su sitio en un justo medio. Así ocurre en la sociedad humana. Un hombre vanidoso, con cualidades, por otra parte, reales, es siempre apreciado en menos de lo que se merece; al contrario, con mucha frecuencia se tiene de un hombre humilde una idea superior á su verdadero mérito. Aun cuando, pues, la humildad no fuese más que una virtud de prudencia, deberíamos practicarla en nuestro propio interés. Pero, desde el punto de vista sobrenatural, su oficio es de muy distinta manera decisivo. Es la virtud indispensable del que quiere entrar y sentarse en el reino nuevo. Allá, en efecto, súbitamente desordenados por una palabra del soberano Juez, los niños serán los primeros, y los grandes hombres orgullosos los últimos. Dios hace de la humildad la piedra adaraja de su gracia, y del orgullo la piedra de escándalo de su misericordia. Así lo han sancionado las palabras de Jesús que resumen todo su pensamiento: «Cualquiera que se ensalza, será humillado; y quien se humilla, será ensalzado.»

Á este primer consejo dirigido á los convidados, el Salvador añadió en seguida otro que interesaba directamente al dueño de la casa. Todos los comensales pertenecían á la clase rica y elevada. Á cada uno le será fácil, al despedirse de su huésped, darle las gracias, invitándole á

su vez en breve plazo. Sólo que Él no podrá ofrecerle más que su reconocimiento. ¿Quién sabe si cortésmente no se le obligó aun á separarse de sus discípulos en tan brillante reunión? El fariseo pudo no haber visto en aquellos pobres galileos sino gentes en quienes la distinción del espíritu no hacía olvidar, como en su Maestro, la humilde condición de fortuna y la oscuridad del nacimiento. Jesús no por esto rehusó la invitación—Él va dondequiera que le llama la gloria de su Padre,—pero siente en su alma la afrenta hecha á los suyos, y, si bien en forma benévola, dirige á su huésped esta saludable lección: «Tú cuando des comida, ó cena, no convides á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á los parientes, ó vecinos ricos; no sea que también ellos te conviden á ti, y te sirva esto de recompensa. Al contrario, cuando hagas un convite, has de convidar á los pobres, y á los tullidos, y á los cojos, y á los ciegos; y serás afortunado porque no pueden pagártelo; pues así serás recompensado en la resurrección de los justos.» Ofrecer, en efecto, una comida á aquellos que deben devolvérsela al día siguiente, es especulación y tráfico. Invitar á aquellos que no pueden hacer nada por nosotros, es caridad. Sin duda, recibir en casa á sus parientes y amigos no es un mal, pero esto puede ser enteramente inútil ante Dios y para la vida futura. Alimentar á los pobres, al contrario, es siempre un bien, y la recompensa eterna de la buena obra nos está asegurada. Dificilmente podía imaginarse un giro más amable ó más delicado para decir al fariseo que Él, el Maestro, pobre entre todos, se reservaba el pagar á su huésped, más tarde, en el cielo, su invitación de la tierra. No era de desdeñar esta manera de dar las gracias.

Al oír estas palabras, uno de los invitados dijo: «Bienaventurado aquel que tendrá parte en el convite del reino de Dios (1).» Esta exclamación podía estar inspirada ó por

(1) El texto dice: «Bienaventurado el que comerá pan...» Esto es un nuevo arameísmo, porque *manducare panem* es traducción de la frase común en Oriente para significar «tomar alimento.»

una fe viva y entusiasta, ó solamente por el deseo de arrastrar á una conversación cada vez más instructiva al joven Doctor galileo. Éste no la dejó sin respuesta. Tomando de nuevo la palabra, mostró que no era bastante considerar bienaventurados á los que se sentarán en el festín del reino, sino que es preciso que uno quiera formalmente tomar parte en él por sí mismo. Esto es lo que precisamente descuidan hacer los judíos y los fariseos. Habiendo sido invitados los primeros, no llegarán á ser por sus vacilaciones ni siquiera los postreros. En su lugar, los pobres corren en tropel á instalarse en él. De esta suerte, esos desgraciados, que han resultado ser los invitados necesarios del banquete eterno, obtendrán la gracia de recibir allí á sus bienhechores de la tierra.

«Un hombre—respondió Jesús—dispuso una gran cena, y convidó mucha gente.» Este señor ó este dueño de la casa, es Dios. La multitud de los invitados representa al pueblo judío en lo que hay de más elevado, de más religioso, y, en apariencia, de mejor preparado para recibir el reino mesiánico. «Á la hora de cenar envió á un criado á decir á los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto.» Podía parecer extraño ver una mesa dispuesta, los platos servidos y los convidados ausentes. Y, sin embargo, esta era la historia del reino de Dios en medio de Israel. En vano, en la plenitud de los tiempos, las profecías se habían visiblemente cumplido una tras otra; los invitados habían permanecido sordos al llamamiento del Señor. El banquete de la verdad y del amor, dispuesto para ellos, estaba sin comensales. Semejante indiferencia, que habría cansado la bondad de un hombre, no desanima la caridad divina. Después de tantos requerimientos inútiles, Dios quiere ensayar uno postrero que será decisivo. Cuando está todo preparado, envía á su servidor Juan Bautista, ó mejor aún, á su propio Hijo, que ha tomado la forma de siervo⁽¹⁾, para anunciar solemnemente que ya es hora de venir á agru-

(1) *Filip.*, II, 7.

parse en la mesa alrededor del padre de familia. Semejante condescendencia parecía á propósito para despertar á los retrasados poco corteses. Todos, empero, unos tras otros, como si se hubiesen puesto de acuerdo, encontraron excusas diversas y declinaron la invitación. El análisis de los motivos que alegan tiene algo de interesante. En ellos se revela la naturaleza humana con la serie de obstáculos que, de ordinario, opone á las sollicitaciones de la gracia.

«El primero respondió al criado: He comprado una granja, y necesito salir á verla; ruégote que me des por excusado.» La vanidad hincha á las almas y las separa de Dios. Este hombre está orgulloso de su adquisición. Por fin tiene una quinta, y quiere ir á admirarla; su orgullo está impaciente de ver si el nuevo dominio proclamará bien su fortuna, su distinción, su poder ⁽¹⁾. «Un segundo dijo: «He comprado cinco pares de bueyes y voy á probarlos; dame, te ruego, por excusado.» Esta vez es la solicitud de las cosas terrestres, la avaricia, la que habla. El corazón apegado á la materia no gusta de los bienes espirituales ⁽²⁾. En lugar de ir á recoger la palabra de vida, este propietario ve mayor provecho en ir á probar si sus nuevas yuntas proporcionarán un trabajo mejor á sus tierras y una renta más segura á su codicia. «Un tercero dijo: Acabo de casarme, y no puedo ir allá.» Los dos primeros habían manifestado algún sentimiento al dar sus excusas de conveniencia; éste, brutal como la pasión que le domina, declara sin otra fórmula de cortesía que él no *puede* ir. El obstáculo es demasiado fuerte ¡una mujer! Ante todo se debe á ella; después ya verá de escuchar á Dios, si tiene tiempo. De este modo la concupiscencia, en su triple forma y con pretextos diversos, aparta del banquete espiritual á los invitados que el Señor esperaba. Estas respuestas referidas por el criado indignaron profundamente al dueño de la ca-

(1) «In villa empta—dice San Agustín,—dominatio notatur; ergo superbia castigatur. (*Serm.*, CXII, 2).

(2) «Amor rerum terrenarum viscum est spiritualium pennarum. Ecce concupisti, haesisti.» (San Agustín, *Ibid.*).

sa; pero tomó pronto su partido, y, renunciando á recibir unos convidados que mostraban tan mala voluntad, le dijo: «Sal luego á las plazas y barrios de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres y lisiados y ciegos y cojos hallares.» La sustitución es un poco sorprendente. Los desgraciados ocupan el sitio de los ricos y de los dichosos de la vida. Los pecadores, los peajeros, las mujeres de mala vida, van á figurar en el banquete del que los fariseos han tenido la desgracia de excluirse. Es cierto que, á pesar de sus flaquezas, estos pecadores eran también por su nacimiento hijos de Abraham. La invitación no había aún traspasado los límites de la patria israelita, ya que, sin salir de la ciudad, el criado había recogido la segunda categoría de invitados. Con todo, este llamamiento, aunque más fructuoso que el primero, no llenó la sala del festín. «Señor—dijo el criado,—se ha hecho lo que mandaste, y aun sobra lugar.» ¿Es que también algunos de los pobres del pueblo judío presentaron excusas para no aceptar la invitación divina, ó es que eran pocos en número para el inmenso banquete? El Evangelio no lo dice.

Como la naturaleza, la gracia tiene horror al vacío. El señor da por tercera vez órdenes al criado: «Sal á los caminos y cercados, é impele á los que halles á que vengan, para que se llene mi casa.» Nosotros, hijos de la gentilidad, estábamos entre estos mendigos errantes, sin objeto, sin asilo, sin pan, por los caminos del mundo, encenegándonos detrás de los setos, en la vergüenza de una vida desordenada como los vagabundos; y el siervo de Dios, Jesucristo, vino en la persona de los Apóstoles á convidarnos al festín, á apremiarnos, á obligarnos á tomar asiento. No hay que entender las palabras del Maestro en el sentido de que debía hacerse violencia á esas pobres gentes, la violencia no es un medio divino, suprimiría la libertad humana. Por otra parte, á pesar de lo que hay de absoluto en esta orden: *Compelle intrare*, se ve claramente que un solo criado no habría bastado para asegurar su ejecución. El pensamiento del que

quiere absolutamente convidados es que no haya quien pueda resistirse á las sollicitaciones de su emisario. La persuasión constituye á veces una especie de coacción moral. La verdad que se hace brillar á los ojos del hombre origina una atracción irresistible; la belleza que se propone á su amor le seduce á su pesar; la bondad que le encanta le ata y le arrastra con los lazos más poderosos. Marcha entonces como á viva fuerza, aunque en el fondo es libre. Aquel que, mediante un golpe repentino, logra despertar su torpor ó vencer sus últimos escrúpulos, le obliga realmente á entrar, pero no violentándolo, sino determinando su voluntad. Tal es el sentido real de una palabra divina que la pasión humana ha podido desconocer, pero que el verdadero espíritu cristiano restablecerá siempre para el honor de la Iglesia y de la libertad.

Hace diecinueve siglos que la multitud de los mendigos, obedeciendo á la voz de los Apóstoles, llega y llena poco á poco la sala del festín. El mundo vivirá hasta que se complete el número de los invitados que la sabiduría divina reclama. Dios no quiere ser glorificado por una familia incompleta y disminuída. Cualquiera que sea el número de los réprobos, el de los escogidos será también muy grande.

Cuando todos los asientos vacíos se hayan llenado, Dios cerrará la puerta, y empezará el eterno banquete.

Habiendo hablado así, Jesús echó una mirada sobre los que le rodeaban, y, como para hacerles comprender la parte que á ellos y á Él les correspondía en la parábola, añadió con severo acento: «Os aseguro que ninguno de los que antes fueron convidados ha de probar mi cena.» Estas palabras fueron ciertamente pronunciadas, según el texto, por el que ofrecía el banquete; pero Jesús, identificándose con ese huésped herido en su amor propio, las hace suyas, y declara así muy claramente que Él mismo es el señor del festín.

CAPÍTULO X

Del corto número de los elegidos y de la reprobación de Israel

¿Son pocos los que se salvan?—La verdadera puerta es estrecha.—La puerta ancha no existe sino en la imaginación de los pecadores.—Desgracia de los judíos que se quedarán fuera y que deberían estar dentro.—Noticias de Jerusalén.—Hay culpables más grandes que los galileos degollados por Pilato y que los judíos aplastados por la torre de Siloé.—La justicia de Dios después de la misericordia.—Parábola de la higuera estéril. (*Lucas*, XIII, 22-30, y XIII, 1-9).

Aquí observa San Lucas que Jesús continuaba visitando las ciudades y las aldeas, instruyendo al pueblo y encaminándose poco á poco hacia Jerusalén. Faltando todavía dos largos meses para las fiestas pascuales, el Maestro quiso utilizarlos para evangelizar los países del otro lado del Jordán. Comenzó, pues, á recorrer á Perea en todas direcciones ⁽¹⁾, deteniéndose en los lugarejos lo mismo que en los grandes centros ⁽²⁾, para echar en ellos la buena semilla y establecer el reino de Dios. Las escenas y discursos que seguirán se parecen tanto á lo que había caracterizado el ministerio galileo, que muchos han creído conveniente atribuírselos; pero es evidente que San Lucas los refiere á una fecha posterior y al tiempo en que iban de camino para Jerusalén.

Durante una de estas excursiones apostólicas, y probablemente á continuación de las declaraciones sobre el banquete eterno y la negativa de los primeros invitados, alguno de su comitiva, abordando la tesis por su lado

(1) Esto es lo que significa el verbo *διεπορεύετο*.

(2) En efecto, el texto dice *per civitates et castella*.

general, preguntó: «Señor, ¿es verdad que son pocos los que se salvan?»

Los teólogos, aun hoy en día, debaten con curiosidad esta cuestión. Afortunadamente no es necesario resolverla para salvarse. Por eso Jesús, en lugar de responder directamente, la traslada del orden especulativo en que es propuesta, al terreno más provechoso de la práctica individual, donde se la debería mantener. «Esforzaos á entrar por la puerta angosta—dijo dirigiéndose no solamente al que había formulado la pregunta, sino también á toda la concurrencia;—porque os aseguro que muchos buscarán cómo entrar, y no podrán ⁽¹⁾.» El reino de Dios en la tierra y en el cielo no tiene más que una pequeña abertura; de aquí el error de muchos. Cuentan con entrar allí fácilmente y como en triunfo, sin abandonar nada de sus pretensiones orgullosas, de sus pasiones, de sus riquezas, y esperando que la gran puerta se abra para pasar con todos sus arreos de vanidad. Esperarán largo tiempo. Mientras están allí, de pie, llenos de inútiles deseos, sempiternas víctimas de una funesta ilusión, los más animosos y los más hábiles se introducen por la puerta baja, después de haber vencido su carne, sus concupiscencias y su orgullo. Así, la humanidad se divide en dos partes: la de los ciegos, que se estacionan ante una entrada continuamente cerrada, porque sólo es imaginaria, y la de los prudentes, que se precipitan resueltamente hacia la puerta estrecha, pero real, y se disputan el umbral, queriendo todos penetrar los primeros. Á consecuencia de tan deplorable error, la mayor parte serán excluidos del reino. «Llegará, en efecto, el momento en que el Señor, habiéndose levantado, cerrará la puerta.» Este lenguaje figurado deja entrever, más directamente, que aquí se trata de los misterios de la vida futura.

(1) Nótese las frases empleadas por Jesús: de una parte, *contendite*, indicando un acto de energía, de lucha, de combate serio, el único por el que se entra en el reino, y, de otra, *quaerunt*, indicando el deseo sin esfuerzo suficiente para conseguirlo.

Por lo demás, el reino de Dios en la tierra se convierte, por la muerte, en reino de Dios en el cielo, y las mismas leyes rigen el uno y el otro en esferas diferentes. El señor que se levanta será el mismo Dios, cerrando el estado de prueba para la humanidad, para un pueblo, ó solamente para un alma. En aquel tiempo, la hora de la gracia habrá pasado; aun la puerta pequeña será cerrada, y los insensatos, sospechando al fin su ilusión, por más que corran para entrar, llegarán demasiado tarde. «Estando fuera, empezareis á llamar á la puerta diciendo: Señor, Señor, ábrenos; y Él os responderá: no sé de dónde sois. Entonces alegrareis á favor vuestro: nosotros hemos comido y bebido contigo, y tú predicaste en nuestras plazas. Y Él replicará: No sé de dónde sois; apartaos de mí, todos vosotros, artífices de iniquidad.»

Así, terminado el reino de la misericordia, el Salvador no conocerá sino á justos y pecadores, los unos que habrán aceptado la redención en sus condiciones más duras, los otros que habrán soñado y vanamente esperado en una más fácil ó en apariencia más gloriosa. Entonces las relaciones exteriores y transitorias que nos habrán en otro tiempo unido á él, de nada servirán. Solamente los lazos íntimos, la alianza definitiva por la fe y las obras de penitencia, lo serán todo. Reconocerá á los que fueron suyos francamente; de los otros, sabrá tan sólo que son del partido de Satanás, y los rechazará hacia el señor que habían escogido. «Allí—continúa Jesús—será el llanto y el rechinar de dientes, cuando vieren á Abraham, á Isaac, á Jacob y á todos los profetas en el reino de Dios, mientras vosotros seáis arrojados fuera.» Nada, en efecto, igualará al prolongado grito de angustia de esos insensatos que se habrán engañado por una eternidad. Será horrible el estremecimiento provocado en todo su ser por una desesperación tan estéril como tardía. Los que tan altamente se gloriaban de ser los hijos de los patriarcas y de los profetas se verán por siempre jamás separados de sus padres. Un detalle aumentará todavía más su dolor, pues mirando

la sociedad de los escogidos, observarán que no está vacío el sitio que á ellos les correspondía. En efecto, lo ocuparán los gentiles á quienes tanto habían despreciado. «Vendrán —añade Jesús—gentes del Oriente y del Occidente, del Septentrión y del Mediodía, y se pondrán á la mesa en el convite del reino de Dios.» La imagen de un banquete reaparece aquí muy naturalmente, pues ella todavía llena el espíritu de los discípulos, figurando siempre la dicha celestial. Allá, judíos y paganos, unidos al Mesías, se colocarán en torno de una misma mesa, felices en su eterna fraternidad. Tan sólo no serán admitidos como hermanos aquellos que no hayan aceptado la redención. Pues bien, la mayoría de los judíos habrá cometido esta locura. Así, por una catástrofe del todo imprevista, los paganos que eran los últimos llamados al reino mesiánico, resultarán los primeros, y los hijos de Abraham, inscritos en primera línea en el acta de la redención, de tal suerte serán los últimos, que la mayoría ni siquiera tendrá parte en él ⁽¹⁾.

En este momento, alguien llevó de la capital las más tristes nuevas. Por orden de Pilato, algunos galileos acababan de ser acuchillados en el Templo ⁽²⁾, y el pueblo, viendo con horror su sangre mezclada con la de las víctimas, concluía sin duda que estos desgraciados, cuya falta no conocemos ⁽³⁾, serían muy culpables, pues Dios había permitido que fuesen degollados en el preciso momento en

(1) El texto no dice ni que todos los últimos serán los primeros, ni que todos los primeros serán los últimos; menciona únicamente algunos de los últimos y algunos de los primeros: «et ecce sunt novissimi qui erunt primi, etc.»

(2) La historia profana no ha conservado rastro de esta horrorosa matanza. Las de que habla Josefo habían sucedido en otro tiempo, ó fuera de Jerusalén. Pero se conviene fácilmente en que un tal acto de severidad, muy propio del carácter de Pilato, pudo olvidarse entre tantos otros rigores administrativos del procurador. Los galileos, por su parte, eran bastante inquietos y provocativos para llevar hasta el Templo el tumulto de sus querrelas políticas ó religiosas. (*Ant.*, XVIII, 9, 3, etc.).

(3) Se ha supuesto que habían fomentado una sedición, y que Barrabás, (*Lucas*, XXIII, 19), era uno de sus partidarios. Esta ejecución sumaria de algunos galileos por Pilato contribuyó quizá á la desavenencia entre Herodes y el representante de la autoridad romana. (*Lucas*, XXIII, 12).

que ofrecían sus sacrificios. Jesús escuchó las diversas apreciaciones; luego, de pronto, sin detenerse en este incidente, porque en un porvenir no lejano su mirada profética contemplaba catástrofes más espantosas, dijo: «¿Pensáis que aquellos galileos eran entre todos los demás de Galilea los mayores pecadores, porque han sufrido de esta suerte? Os aseguro que no; y si vosotros no hicieris penitencia, todos pereceréis igualmente.» Él veía el resto de sus compatriotas infieles cayendo, cuarenta años después, en terrible confusión, en aquel mismo Templo de Jerusalén, bajo la espada de los soldados de Tito. La ruina definitiva de la nación probaría entonces que hay criminales más culpables que los sediciosos, es decir los impíos, y una rebelión más detestable que la que se atreve con el poder de los hombres, esto es, la incredulidad que osa levantarse contra la autoridad misma de Dios.

Quizás había un sentimiento de malicia harto poco disimulado en esta diligencia con que se anunciaba á Jesús la novedad del día. Los galileos, sus compatriotas, eran también sus partidarios y sus amigos más fieles. Por esto, con mucha naturalidad, y como sin aumentar su importancia, recuerda Jesús á sus interlocutores otra catástrofe sucedida en Jerusalén y en la que habían sucumbido, no ya galileos, sino judíos. «Aquellos dieciocho hombres —añade Jesús— sobre los cuales cayó la torre de Siloé ⁽¹⁾ y los mató, ¿pensáis que fuesen los más culpables de todos los moradores de Jerusalén? Os aseguro que no; y si vosotros no hicieris penitencia, todos pereceréis igualmente.» Por tanto, los israelitas de Galilea ó de Judea, más reprehensibles que las víctimás de que se trata, pues se obstinan en rechazar el reino mismo de Dios, atraen sobre

(1) Esta torre era probablemente la que defendía la puerta del gran muro, al SO. de la piscina de Siloé, y cuyos fundamentos han sido recientemente exhumados por M. Bliss. La puerta debió ser rehecha tres veces, pues todavía se ven en ella umbrales diferentes. Ignoramos si los judíos que allí fueron aplastados se ocupaban en trabajos particulares, ó estaban solamente conversando y vendiendo mercancías, como se ve todavía en las puertas de las ciudades orientales.

sus cabezas las más espantosas calamidades. Caerán, no bajo el golpe de una venganza humana ó de un accidente desgraciado, sino bajo la espada de la justicia divina. Su sangre inundará el santuario; ellos y sus hijos serán implacablemente aplastados bajo las piedras del edificio, esperando que el Mesías saque de su infidelidad la suprema venganza, en el día de su última venida. Entonces quebrantará á sus enemigos bajo la vara de su cólera, y los inmolará, como tristes víctimas, á los golpes de su inexorable justicia. Nada explica mejor estas severidades de lo por venir que las misericordias del presente. La paciencia del Señor es muy larga, y muy inconcebible la resistencia de sus criaturas.

Este es el pensamiento que va á desenvolver la parábola siguiente: «Un hombre tenía plantada una higuera en su viña.» El ejemplo está tomado de un hecho muy frecuente en los ribazos rocosos de Palestina, donde el propietario procura cosechar en su viña otros frutos además de las uvas. La viña es el mundo entero, en medio del cual, como una higuera de halagüeñas esperanzas, ha sido plantado el pueblo judío. «El Señor fué en busca de los frutos de ese árbol, y no los halló.» Los frutos de un árbol dan testimonio de la abundancia y de la calidad de su savia, como las obras revelan el valor moral del hombre. Dios Padre busca en vano los frutos que lleva el pueblo judío, y no encuentra en él sino obras inútiles ó malas. Aun á su ojo divino, le es imposible sorprender en esta raza maligna nada que pueda responder á sus esperanzas. Por lo que dijo al viñador: «Ya ves que hace tres años seguidos que vengo á buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro.» ¿Esos tres años representan la ley natural, la ley mosaica y la ley de gracia, ó mejor el tiempo que duró la vida pública de Jesucristo? Ambas explicaciones han sido propuestas por los intérpretes. Solamente que, mientras en la primera es difícil precisar lo que significa el cuarto año de prórroga concedido al pueblo judío, en la segunda se puede pretender, con alguna verosimilitud, que

este plazo concedido á la higuera corresponde al tiempo que siguió á la muerte de Jesús y precedió á la ruina de Jerusalén. «Córtala, pues,—dijo el Señor—¿por qué ha de ocupar terreno en balde?» Este árbol, en efecto, no tenía solamente el inconveniente de no producir nada, sino que dañaba también á la viña, absorbiendo los jugos nutritivos de la tierra é interceptando los rayos del sol. Así, el judaísmo guardaba para sí sólo las luces de la Revelación, y, sin aprovecharlas para honrar á Dios, se oponía á su difusión en el mundo. Dios parece haber tomado su resolución. Va á suprimirlo.

Afortunadamente para él, habrá un intercesor. Este es el viñador, el cual pide dedicar al árbol su último esfuerzo. «Señor—dijo—déjala todavía este año, y cavaré alrededor de ella, y le echaré estiércol, á ver si así dará fruto; cuando no, entonces la harás cortar.» ¡Cuán tierna y viva palpita en este lenguaje la caridad de Jesús, verdadero y único Mediador entre Dios y los hombres! Quiere amar todavía á este pueblo que le detesta, y derrama lágrimas sobre esta ciudad que se dispone á matarle. El Padre ha desesperado de la nación infiel; pero Él pide una prórroga y una postrera experiencia. Que se le conceda un año más ⁽¹⁾ para regar con sus sudores el árbol infecundo; lo trabajará con su palabra y con sus obras. Si los resultados son más satisfactorios, será un bien para todos; de lo contrario, la justicia divina seguirá su curso: el árbol será destruído.

¡Ah, esta fué la suerte del pueblo prevaricador! Arrancado de en medio de las naciones, ha dejado de ser un pueblo. Cuando la misericordia de Dios se hubo agotado, la justicia comenzó su obra.

(1) El texto no dice un año entero, sino el resto del año que corre, lo que estaría conforme con la cronología evangélica que muchos han adoptado: «dimitte illam et hoc anno.»

CAPITULO XI

Un primer entusiasmo no es suficiente para hacer discípulos

Jesús arrastra á las multitudes.—Explica lo que hay que hacer para ser discípulo.—Odiar lo que más se ama.—Llevar su cruz.—Edificar una torre y emprender una guerra.—La sal es buena.—Artificios del partido farisaico para alejar á Jesús de Perea.—Grave y solemne respuesta del Maestro. (*Lucas*, XIV, 25-35; XIII, 31-33).

Las rientes descripciones del reino mesiánico bosquejadas por los Profetas explican el rápido entusiasmo que excitaba en el pueblo la nueva de su advenimiento, y el ardiente deseo de todos, especialmente entre las buenas gentes de la campiña, de llegar á ser ciudadanos de tal reino. Los habitantes de Perea conservaban sus buenas costumbres tan bien como los de Galilea. Su fe se mantenía viva, porque las sectas religiosas apenas la turbaban con sus áridas discusiones.

Sabiendo que Jesús se disponía á subir á Jerusalén para afirmarse allí Mesías, se precipitaban á su paso, pidiendo ser contados en el número de los fieles ⁽¹⁾. Sin embargo, convenía reprimir este arranque en aquellos que, aun aquí, soñaban con un rey temporal, é iluminarlo en otros que, si bien miraban desde su verdadero punto de vista el reino nuevo, se forjaban ilusiones sobre los obstáculos que era preciso vencer para entrar en él.

Si un deseo momentáneo del corazón bastase para obrar la salud, le sería fácil al hombre asegurar su eternidad, y no podría decirse que la puerta del cielo es estrecha y su camino escarpado. ¡Ah, hay una ley de muerte que debe

(1) *Juan*, X, 42, «et multi crediderunt in eum».

disponernos á merecer la vida, y que es la piedra de toque de los verdaderos discípulos! Los habitantes de Perea deben preguntarse si se creen capaces de sufrirla antes de considerarse como prosélitos y de suponerse ya admitidos en el banquete mesiánico. El entusiasmo de nada serviría. Se llegaría á la puerta sin atravesar los umbrales.

El Maestro, para evitar decepciones equivocadas, volviéndose á la multitud que le seguía, dijo: «Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y á su madre, á su mujer y á sus hijos, á sus hermanos y á sus hermanas, y aun á sí mismo, no puede ser mi discípulo.» La condición, aunque muy dura, se impone necesariamente ⁽¹⁾. Todo aquello que, por su espíritu anticristiano, puede comprometer el amor soberano que debemos á Dios, el culto de su verdad y la observancia de su ley, debe sernos odioso, es preciso evitarlo. Si el peligro viene de seres que están íntimamente unidos á nuestra vida, si procede de nosotros mismos, sepamos tomar resueltamente nuestro partido y desatarnos de nuestros parientes, de nuestros amigos, de nuestras costumbres, despojarnos de nuestros más caros afectos y, si es posible, de nuestra misma naturaleza. Un verdadero discípulo no debe soportar nada de lo que pone obstáculo á la caridad perfecta que ha prometido á su Dios. Su odio en este caso probará su amor. El odio no caerá sobre estos pobres seres con quienes estamos unidos por lo más íntimo de nuestras entrañas, sino sobre el espíritu que los anima y que puede sernos funesto. Al mismo tiempo es muy cierto que debemos probarles nuestro amor, procurando quitarles ese espíritu que nos obliga á detestarlos.

(1) Véase nuestra nota de la pág. 20. Vigouroux, *Le Nouv. Test. et les decouv. archeol. modernes*, escribe: «Pour les sentiments les plus profonds qui remplissent l'âme humaine, l'amour et la haine, il y a deux mots qui les rendent, mais les nuances sans nombre qui separent ces deux extrêmes ne peuvent s'exprimer ni dans l'ancien hebreu ni dans le dialecte parlé du temps des Apôtres, de telle sorte que Notre-Seigneur, pour signifier qu'on ne doit point lui préférer son père ou sa mère, est obligé de dire: «Si quelqu'un vient après moi, et ne *hait* son père ou sa mère..., ne peut pas être mon disciple.» Este es el comentario más natural de las palabras de Jesús. —(N. del T.).

¿Cuántos tendrán suficiente valor para romper con todo aquello que no se conforma con el Evangelio, y matar así su corazón para seguir mejor al Maestro, sobre todo si piensan en que al sacrificio del primer día puede seguir otro el día siguiente? En efecto, los discípulos corrían peligro de ser llamados á inmolar su cuerpo después de haber inmolidado su corazón. Al martirio moral puede seguir el martirio físico. «Y el que no carga con su cruz, y no me sigue—añade el Señor,—tampoco puede ser mi discípulo.» En otra parte vimos lo que significaba esta expresión harto extraña para no tener un sentido profético. Pronto el Calvario será su explicación auténtica y sangrienta. Ahora bien, por muy horrible que sea este suplicio, es necesario, para ser verdaderos fieles, sentirse capaces de compartirlo con Jesús. Por lo demás, aun fuera de la persecución violenta, el hombre, por lo mismo que quiere ser cristiano, siempre será mártir. Si los malos ponen en sus hombros la cruz, deberá aceptarla y llevarla; si no le cargan con ella, deberá él mismo buscarla, tomarla y clavar-se con sus propias manos contrariando sus pasiones, arrancando de su corazón todo lo que no es para Dios, hiriendo, si es preciso, su cuerpo rebelde para moderarlo y domarlo. Todo esto será duro y debe hacer reflexionar al que pretende ofrecerse como discípulo.

«¿Quién de vosotros—prosigue Jesús,—queriendo edificar una torre, no echa primero despacio sus cuentas, para ver si tiene el caudal necesario con que acabarla? No sea que, después de haber echado los cimientos, y no pudiendo concluirla, todos los que lo ven, comiencen á burlarse de él, diciendo: Ved ahí á un hombre que comenzó á edificar, y no pudo rematar.» Esto es lo que debe hacer el que se propone abrazar la vida cristiana. Está es comparada á una torre, porque por su belleza moral se eleva por encima de la vida común. Abrazarla es atraer las miradas de la multitud con la cual se ha resuelto romper públicamente. El ideal cristiano nos seduce, y queremos desde luego alcanzarlo; pero la imaginación y el entusiasmo no

bastan para este trabajo moral, sino que es necesario un fondo sólido y estable de generosidad. Cada día habrá sacrificios que hacer, la propia vida que odiar, virtudes difíciles que practicar. ¿Se tendrá valor suficiente para proseguir? Antes de comenzar, bueno será examinarse en el silencio de la meditación. Nada más humillante para la Iglesia que las conversiones prematuras, porque no son duraderas. En torno de ellas se había hecho gran ruido, y de pronto se sabe que han sido interrumpidas y que no han de dar resultado. El mundo, con perversa alegría, anuncia que ha recobrado hoy al que, ayer, lo había abandonado con tanto boato. El imprudente neófito no calculó seriamente sus recursos morales, y se detuvo impotente, después del primer esfuerzo de un celo intempestivo. Sólo logró hacer reír á los malos y entristecer á los buenos.

«¿Cuál es el rey—añade Jesús,—que habiendo de hacer guerra contra otro rey, no considera despacio, si podrá con diez mil hombres hacer frente al que con veinte mil viniese á él? Que si no puede, despachando una embajada, cuando está el otro todavía lejos, le ruega con la paz ⁽¹⁾.» El cristiano es un rey, puesto que servir á Dios es reinar. Mas no debe esperar ser coronado sin combate, ni tampoco conservar la corona sin estar continuamente sobre las armas. Vea, pues, si es bastante fuerte para luchar contra el enemigo. Si no lo es, absténgase de solicitar el reino; que más vale no haber sido rey que tener que abdicar en la vergüenza de una derrota para morir en los calabozos del destierro. El hombre que quiere seguir á Jesús ¿se siente con bastante heroísmo en su corazón para ahogar todas sus pasiones, con suficiente savia vital para hacer germinar en su interior todas las virtudes? ¿Es capaz de

(1) Este último detalle es uno de los adornos de la parábola; de ellos no hay que inquietarse, so pena de promover dificultades considerables. Jesús no puede significar que el hombre, sintiéndose incapaz de resistir el demonio deba hacer paces con él; menos aún puede entenderse que se trata de hacer la paz con Dios. El solo pensamiento del cual el Maestro quiere que nos penetremos es que debemos seriamente pesar las contingencias de una guerra antes de emprenderla.

emprender esta guerra peligrosa, levantar esta alta torre? Que siga en pos del Maestro y será feliz. Si, discípulo entusiasta el primer día, al siguiente debe ser un renegado, que se vaya. Su nombre deshonraría al valiente ejército del Evangelio. «Sí—concluye Jesús,—cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.» Por dura que parezca la condición, se impone por sí misma. Pretender constituir la nueva sociedad con elementos sin energía, sin generosidad, sin heroísmo, no conduciría á nada grande, poderoso y estable. «La sal es buena ⁽¹⁾,» dice todavía el Maestro. En efecto, su acritud, macerando la carne, la conserva, la sazona y la convierte en útil á la humanidad. Así el espíritu de mortificación, de renuncia, de sacrificio, personificado en todo lo que hay de áspero y de austero en los verdaderos discípulos, se extenderá por el mundo como un amargo puñado de sal, que penetrará la masa y la preservará de la corrupción. «Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se sazonará?» Nada podría reemplazarla en la humanidad, que sin ella continuaría en el mal, y definitivamente se perdería. La misma sal, después de haberse descompuesto, tendría un triste destino. «No siendo útil ni como tierra, ni como estiércol,—es decir, ni para producir, ni para fertilizar,—se la arroja fuera. ¡Quien tiene oídos para oír, oiga!»

Jesús, lejos de velar la cruz, la mostraba desapiadadamente á todos bajo su aterrador aspecto. Recordando á los Apóstoles que, después de haberla aceptado, no eran dueños de rechazarla, declaraba á los neófitos que debían prever todo el peso antes que la tomasen. Este lenguaje, noble sin ser desdeñoso, daba la más alta idea del joven Maestro y de su obra. Ante todo se aprecia lo que se compra, no lo que se da. Jesús más parecía cerrar la puerta á los prosélitos que abrírsele. Éstos rivalizaban en celo para entrar, y el concurso de gente era inmenso.

Una vez más, el partido fariseo, quizá por instrucciones

(1) Plinio había escrito: *Nil sale et sole utilius.* (*Hist. nat.* XXXI, 9).

llegadas de Jerusalén, se puso en movimiento. No pareciéndole oportuno tomar una actitud hostil enfrente de Jesús, recurrió á la astucia. La consigna debía ser inducirle con habilidad á abandonar á Perea, y volver de nuevo á los alrededores de la capital, donde inmediatamente caería de nuevo bajo la vigilancia y la acción del Sanedrín.

Probablemente, Herodes se hallaba entonces en Livia ó en Maquero, es decir, en los lugares mismos que Jesús evangelizaba. Se explotó esta vecindad para intentar intimidar al joven Doctor, á fin de que pasara súbitamente á Judea. Con aire misterioso y fingida benevolencia, algunos fariseos, habiendo recibido quizá de Jerusalén la consigna, le dijeron: «Sal de aquí, y retírate á otra parte, porque Herodes quiere matarte.» En el fondo, no era imposible que el rey se hubiese verdaderamente inquietado con la agitación religiosa que tenía por teatro á Perea. ¿Pero necesitaba intermediarios para significar su descontento al nuevo Profeta? Y aun siendo cierto lo del descontento de Herodes, ¿podía suponerse bastante simpatía en aquellos sectarios para que se resolviesen á avisar á Jesús y arrancarlo del peligro? Sin duda que no. Sólo un pensamiento malvado inspiraba los pasos de los fariseos. Con su mirada penetrante, midió el Maestro toda la malicia de su falsa caridad. En efecto, en la respuesta que les suplica lleven á Herodes, comienza por apuntar á ellos mismos, mostrando así que no se deja engañar por su hipocresía. «Andad —les responde,—y decid de mi parte á esa raposa: Sábetes que aun he de lanzar demonios y sanar enfermos el día de hoy y el de mañana. El tercer día todo habrá terminado para mí. No obstante, así hoy, como mañana y pasado mañana, conviene que yo siga mi camino, porque no cabe que un profeta pierda la vida fuera de Jerusalén (1).» La zorra es Herodes, si realmente les ha confiado la misión que acaban de cumplir; pero son ellos mismos, si ellos la han

(1) Tomar al pie de la letra estos tres días, es reducir á las más mezquinas proporciones todo lo que hay de grande y de solemne en la declaración del Maestro.

inventado. En este último caso, es inútil que vuelvan al tetrarca con la respuesta, pues no la espera; deben guardarla para sí, que bien merecida la tienen. Por lo demás, pronto quedará satisfecho el odio envidioso de todos; el terrible desenlace se acerca con rapidez. Cuenta sólo con el día de hoy, con mañana y con pasado mañana; después, todo quedará terminado. El plan divino se habrá realizado. La víctima se ofrecerá por sí misma en Jerusalén. Era suficiente que Juan Bautista muriera fuera de la Ciudad Santa. No convenía arrebatarse de nuevo á la capital del judaísmo el privilegio de ver morir á sus profetas. Esta respuesta era tan sangrienta en su ironía como admirable en su resignación.

Jesús dejó que los fariseos la meditasen con calma y continuó evangelizando á las multitudes que le seguían.

CAPÍTULO XII

La misericordia de Dios en parábolas

Dios compadece al pecador, porque le ve en peligro: parábola de la *Oveja descarriada*.—Siente su extravío, porque el hombre entregado al mal es un justo menos en glorificarle: parábola de la *Dracma perdida*.—Le ama, porque el pecador sigue siendo su hijo: parábola del *Hijo pródigo*.—Dardo final dirigido á los fariseos envidiosos. (*Lucas, XV, 1-32.*)

Es cosa digna de notarse que mientras Jesús, de una parte, contenía el entusiasmo irreflexivo de las multitudes y parecía rechazar á los hombres correctos del judaísmo diciéndoles: «Reflexionad, quizás no estáis á la altura del sacrificio», de otra parte, atraía con una bondad encantadora á los seres despreciados, peajeros y pecadores públicos, á quienes la opinión ponía fuera de la ley. La razón es, sin duda, que la humildad, esta compañera inseparable del verdadero arrepentimiento, era más fácil á éstos que á aquéllos. El hombre que encubre la vergüenza de su pecado está con frecuencia más cerca de la justificación que el orgulloso que ostenta su falsa santidad.

Ahora bien, muchos de estos miserables, por muy degradados que estuviesen, mostrábanse en alto grado sensibles á las sollicitaciones de la nueva caridad que les tendía sus brazos. Entregábanse francamente al Maestro, abriéndole su corazón, y ofreciéndole, con una fe sin reservas, la abnegación más generosa. De ahí las relaciones afectuosas y aun familiares entre aquellos pecadores que se sentían amados y el Doctor que se ofrecía á rehabilitarlos y á salvarlos. De buen grado los admitía el Maestro entre sus discípulos, ó iba Él mismo á sentarse á su mesa, lo que, en Oriente, es señal de la más afectuosa y franca unión. Esto era,

en Perea lo mismo que en Galilea, motivo de grande escándalo entre los fariseos, incapaces de comprender que se puede odiar el pecado y á la vez amar al pecador; como si entre la misericordia y la connivencia no mediase un abismo. Corazones mezquinos y despegados juzgaban que mostrarse amigo de los pecadores, equivalía á hacerse pecador; como si el rayo del sol no tuviese el privilegio de penetrar en el barro sin mancharse, y de conservarse puro, haciendo germinar flores en el estercolero. El Apóstol es sobre todo grande cuando siente la noble pasión de hacer bueno al que era malo, y de salvar al que parecía perdido. En esto, al mismo Dios es á quien imita y escucha.

Dios, en efecto, no se muestra jamás indiferente para con el hombre caído. La solicitud de que le rodea es verdaderamente encantadora. Le *compadece*, porque le ve miserable; le *echa de menos*, porque, habiéndole dado un alma, le desagrade verla perecer; le *ama*, porque, aun desfigurado por el vicio, el hombre sigue siendo su obra y su hijo. Pues bien, un día, como los fariseos y los escribas murmurasen viendo á los peajeros y á los pecadores mezclarse familiarmente á los grupos de los discípulos, Jesús, dichoso de ver acudir á Él aquellos estigmatizados, no para pedirle milagros, sino para escuchar su predicación⁽¹⁾, se puso á desenvolver precisamente estas tres ideas en una serie de parábolas, la última de las cuales, la del Hijo pródigo, es quizás la página más hermosa del Evangelio.

«¿Quién hay de vosotros—dijo—que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en el desierto, y no vaya en busca de la que se perdió, hasta encontrarla?⁽²⁾» Seguramente nadie. ¿Cómo, pues, exigir que el Pastor del rebaño de Israel obre de otra manera? La Escritura, según vimos, representaba al Mesías como Pastor oficial del pueblo de Dios. Los adversarios de Jesús, doctores reverenciados de la Sina-

(1) El texto dice: «erant appropinquantes ut audirent illum.»

(2) El desierto, en hebreo *midbar*, designa las tierras baldías donde se lleva á pacer los rebaños.

goga, no eran sino pastores subalternos. De todos modos, supuesto que eran pastores, la pregunta del Maestro se dirigía también á ellos. La oveja es la imagen del pecador que cae, más por ignorancia, por irreflexión, por obcecación, que por malicia. Como él, puede ella perderse, pero, como él, no podría ella por sí sola salvarse. Le falta el instinto para regresar al aprisco, del mismo modo que, sin la gracia, el pecador carece de fuerza para hacer penitencia. La oveja no tiene armas para defenderse, y, separada del rebaño, sería fácilmente arrebatada por el enemigo. De esta suerte, el pecador, sin el auxilio de lo alto, está fatalmente destinado á una muerte horrible. El primer sentimiento que inspira en su falta y su abandono es la compasión. Por este mismo sentimiento, más aún que por su interés personal, el pastor se determina á dejar en los prados, donde están al abrigo de toda contingencia, las noventa y nueve ovejas, para correr en pos de la descarriada. ¿Qué es, en efecto, una oveja entre cien? El rebaño es la imagen de Israel que vive fiel á la ley mosaica, en espera del Mesías Redentor. Jesús le deja en este estado, relativamente satisfactorio, para correr detrás de aquellos hijos de la promesa que se han extraviado en el olvido de las prescripciones legales y han seguido la voz de la naturaleza corrompida. Camina hasta que los encuentra en los lugares más peligrosos, al borde del abismo, allí donde moran las bestias fieras. Nada cansa su paciencia, «y—prosigue el Maestro,—después de encontrar la oveja descarriada, se la pone sobre los hombros muy gozoso». ¿No es por ventura Él quien lleva á los pecadores lo mismo que los pecados del mundo? Sí, ha experimentado en sí mismo todos esos sentimientos deliciosos, que hace tan felizmente resaltar en el buen pastor: inquietud por la pérdida de la oveja, esfuerzos animosos para hallarla, solicitudes y cuidados llenos de ternura cuando la encuentra, el gozo que experimenta llevando la preciosa carga, y que manifiesta invitando á sus amigos á que lo compartan ⁽¹⁾.

(1) Todo está admirablemente indicado en los detalles: «vadit... donec

Aunque expresamente no se diga, puede comprenderse que la depositará, no donde están las demás, sino en su propia casa, porque allí es donde deja que su alegría estalle. ¿Debemos reconocer en este último rasgo una intención particular? ¿es la morada del pastor, para la oveja recobrada, un sitio de gracia? Muchos lo han supuesto así. En efecto, Jesús no entrega á los pecadores convertidos, que lleva sobre sus hombros, en manos del judaísmo propiamente dicho, sino que los instala en el reino cristiano, que es su propia casa, elevándolos á un estado de vida desconocido aún para los hijos de Abraham. Así se explica que haya más alegría por un solo pecador á quien la penitencia ha unido con Jesucristo en la nueva Iglesia, que por noventa y nueve justos, los cuales, contentos con su suerte, se mantienen aún encerrados en las leyes ceremoniales de la Sinagoga, y no piensan todavía presentarse en el umbral de la nueva sociedad. Podría, sin embargo, suceder que aquí no hubiese más que la expresión de un movimiento muy natural al corazón de hombre. En efecto, la alegría y el amor que por alguien sentimos está en razón inversa de la ansiedad y pena que nos ha causado. La madre que vela á un hijo enfermo, parece olvidar á los que están sanos; y, si el enfermo cura, experimenta por su feliz restablecimiento una alegría más grande que por la salud perfecta de todos los demás.

Sea como fuese, el pastor invita á sus amigos á participar de su gozo, como si hubiesen participado de sus inquietudes. «Regocijaos conmigo—exclama—porque he hallado la oveja mía que se me había perdido.»

Este cuadro conmovedor de la satisfacción del *pastor* es la expresión auténtica del gozo mismo de Dios que anuncia á la Iglesia del cielo la dicha que experimenta la Iglesia de la tierra. En él no hay exageración; lo ha trazado Aquel que conoce los secretos del seno de su Padre. «Os digo—añade Jesús—que á este modo habrá más fiesta en

inveniat eam, et cum invenerit imponit in humeros suos gaudens... et veniens domum convocat amicos... dicens: Congratulamini mihi.»

el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.» Por lo tanto, quien se escandaliza de que Jesús busque atraerse á los pecadores, se escandaliza del mismo Dios, y lo que aflige á los fariseos en la tierra regocija á los ángeles en el cielo.

Por lo demás, la inconsecuencia de los adversarios de Jesús no es igualada más que por su malicia. Una nueva parábola les hará ver que consideran muy prudente, en la vida ordinaria, lo que incriminan hasta el exceso en las relaciones de la vida espiritual. No solamente no hay ni un pastor que no deje su rebaño para salvar la oveja descarriada, «sino que—añade el Maestro,—¿cuál es la mujer que, teniendo diez dracmas, si pierde una, no enciende luz, y barre bien la casa y lo registra todo hasta encontrarla?» Hace poco, era la compasión lo que movía al pastor; ahora es el interés lo que guía á esta mujer. ¿Tiene el hombre un valor real para Dios? Sí; creado á su imagen, debe, viviendo de su idea, de su ley, de su amor, aumentar su gloria. Un alma perdida es una moneda que falta en el tesoro divino. Por esto Dios la perseguirá con interés hasta en la basura, hasta en los desperdicios de esta sociedad judía, donde se ocultan los pecadores públicos y las cortesanas. Con infatigable celo, lleva primeramente la luz al fondo de estas conciencias culpables. Ora, por una serie de dolorosos acontecimientos, los conmueve; ora, por la influencia de una palabra amistosa, los atrae. Al propio tiempo, envía el soplo poderoso de su gracia para limpiarlos de las manchas que los desfiguraban. Por fin, como fruto de ese perseverante trabajo, acaba por recobrar lo que se había perdido. ¡Qué gozo entonces y qué triunfo! La mujer, en sus transportes de alegría, que, según dice el Maestro, «convoca á sus amigas y vecinas invitándolas á regocijarse con ella, porque ha hallado la dracma que ha perdido», es de ello una sencilla y encantadora imagen.

Como esta mujer, después de diecinueve siglos, la Iglesia, aplicándose á realizar los deseos de la misericordia

dívina, no cesa un instante de buscar las almas perdidas. Tiene en su mano la luz, que es el Evangelio, y su palabra poderosa le sirve para remover confundidos á los que creen y á los que no creen. Atacando valientemente todos los vicios, su celo infatigable limpia, visita, ilumina los rincones más oscuros de su casa. Así logra más de una vez llevar de nuevo al tesoro divino el alma que de él había salido. La alegría es grande entonces en la tierra y en el cielo para los verdaderos hijos de Dios. Solamente los malos se escandalizan de semejantes esfuerzos, y se afligen del éxito que los corona, irritándose también, como así mismo lo advierte Jesús, de lo que constituye la felicidad de los ángeles y de los santos.

Afortunadamente para esos envidiosos, Dios no deja de proseguir su obra de misericordia, aun para con ellos, y solicita con su gracia hasta á los ingratos que le acusan. La razón es que no ama solamente al pecador como el pastor ama su oveja, ó la pobre mujer su dracma, sino que experimenta por el ser caído un afecto especialmente fuerte, profundo, imperioso. Se siente padre respecto de él, y tiene las ternuras inagotables del amor paternal. Ahí está todo el secreto de las misericordias divinas. Para hacerlo entender mejor, Jesús añade una tercera parábola, la más bella y la más conmovedora que jamás hubiese pronunciado. Compadecemos á aquel que, leyéndola, no siente que una lágrima asoma á sus ojos y que un buen sentimiento remueve su corazón. Ha muerto para el amor, y su endurecimiento no tiene esperanza.

«Un hombre tenía dos hijos.» Este hombre es Dios, y los dos hijos son los justos y los pecadores que forman el conjunto de la familia humana. «El más mozo de los dos dijo á su padre: Padre, dadme la parte de la herencia que me toca.» Así fué como en los días de su grande apostasía, la gentilidad prevaricadora había audazmente roto con el verdadero Dios; y del mismo modo se separa de Él esta categoría de judíos que hace causa común con los paganos, peajeros, gente de mala vida, y con cualquiera que pisotea

la ley divina para seguir en el libertinaje los instintos de una naturaleza pervertida. El testamento no estaba abierto; y, sin embargo, con tono resuelto, con un lenguaje en que pone todo lo que sabe de la ley ⁽¹⁾ y nada de su corazón, el hijo reivindica, como un derecho y no como un favor, el tercio de la fortuna paterna. Según Moisés ⁽²⁾, el resto correspondía al primogénito. Nada más que un deseo immoderado de libertad pudo dictar al jovenzuelo su funesta resolución. La vida correcta de familia le pesa. El mundo le solicita. Quiere ser el único dueño de sí mismo. Así, el libertino declara un día que se ahoga en la atmósfera de religión y de virtud en que sus primeros años se deslizan. El tentador ha murmurado á su oído que ya es tiempo de ser Dios de sí mismo ⁽³⁾, y el imprudente joven confía asentar sobre la fortuna que se lleva, y sobre la libertad que ésta le asegura, el pedestal de su triste divinidad. En este primer acto de orgullo, que es el pecado de los pecados, están en germen todas las desdichas de lo por venir. ¡Qué diferencia entre la actitud del justo y la del impío! El uno, en la afectuosa sumisión de su alma filial, dice al Padre: Dadme cada día el pan que necesito. Quiere tener al día siguiente el placer de pedírselo de nuevo como en la víspera, sintiéndose feliz de entregarse por completo á su buena voluntad. El otro, detestando la dulce servidumbre de la familia y despreciando sus alegrías suaves, rebelado ya contra la autoridad paterna, grita: ¡Dadme lo que me corresponde, para que me vaya!

«Y el padre repartió la hacienda entre sus dos hijos.» Ya que el hijo no estaba á gusto en el hogar doméstico, era lo mejor dejarle partir. Así, Dios, que ha creado al hombre libre, le permite alejarse el día en que no se siente ya feliz á su servicio. Supuesto que la santa independencia de que disfrutaba en el cumplimiento de su deber no le

(1) Véase Wetstein sobre este pasaje. Demuestra claramente, según los autores profanos, todo lo que tenía de técnico la demanda del joven.

(2) *Deuter.*, XXI, 17. *Michaelis, Mos. R.*, § 79.

(3) *Génesis.*, III, 5.

basta, que se vaya á probar si con el libertinaje le irá mejor. Sin duda, el padre ve con pena á este hijo muy amado correr á su perdición, pero su honor le prohíbe retenerlo con violencia, y puede decirse también que esto no está en su poder, porque el hijo emancipado se ha hecho dueño de sus acciones. De este modo abandona Dios al pecador á los deseos de su propio corazón, como dice el Apóstol⁽¹⁾; el Espíritu Santo deja de luchar contra el grito violento de la concupiscencia: sólo la amarga experiencia del pecado podrá más tarde hacer volver al insensato.

«Á los pocos días, aquel hijo más mozo, recogidas apresuradamente todas sus cosas, se marchó á un país muy remoto.» Como el ingrato deseaba ser dueño de sí mismo, lejos de su padre, se apresuró, para poder marcharse sin tardanza, á realizar su capital, procediendo acaso con precipitación mayor de la que á sus intereses convenía. ¿Qué importa? La fiebre de las pasiones le domina, la locura se ha iniciado, ya no es capaz de calcular. Lo toma todo y se marcha sin despedirse siquiera de su pobre padre. La prudencia más elemental debía aconsejarle reservarse una parte para los tiempos malos; pero no, la pasión lo exige todo, para devorarlo todo. Así, dotado de una naturaleza rica, de una inteligencia noble, de una energía poderosa, el hombre se determina un día á abandonar á Dios y su ley para dirigirse á la tierra ardiente donde el mundo le brinda con sus placeres. Esta tierra está en el polo opuesto del hogar paterno, en donde jamás suena el nombre del Padre y en la que moran los gentiles, los peajeros, los pecadores públicos, todos esos desgraciados que la sed del goce arrastra.

«Allí malbarató todo su caudal, viviendo disolutamente.» Lo había reunido todo para cuanto antes dispersarlo, y echarlo al abismo en nombre de la libertad. La luz de su inteligencia se apagó, su voluntad guardó tan sólo energías para el mal, y en su alma, despojada de la honra-

(1) *Rom.*, I, 24, 26, 28.

dez natural, de la justicia y de todas las virtudes humanas, se dieron cita los vicios más afrentosos. Poco se necesita para despojar al hombre de los dones del espíritu y del corazón, y arrancarle, con la flor de la juventud que corona su frente, todo elemento de valor personal. El viento, desencadenado sobre la tierra sin Dios, hace pronto caer del árbol los frutos y también las hojas, para consumir después poco á poco el tronco mismo.

«Después que lo gastó todo, sobrevino una grande hambre en aquel país, y comenzó á sentir miseria extrema ⁽¹⁾.» La libertad de gozar tiene un término. La salud, la fortuna, la juventud, al fin se acaban; el hastío quita el placer; el remordimiento lo envenena. Las mismas criaturas acaban alguna vez por negarnos el goce que les pedimos y dejarnos anhelantes de deseos que no quieren satisfacer. Para colmo de infortunios, sobrevienen en la vida doméstica las catástrofes imprevistas: una muerte, una infidelidad, una deshonra, la ruina súbita asestan un postrer golpe al corazón del impío y lo destrozan con crueldad. Haberlo sacrificado todo para gozar y verse sumido en el sufrimiento más desesperante, es cosa horrible. Sin embargo, el mundo, verdadera tierra de hambre y de hambrientos, no reserva otra suerte á sus secuaces. Sin verdad y sin amor, no puede el mundo saciar á nadie, y aun aquellos que se sientan á sus banquetes, inspiran compasión al verdadero sabio, porque, delante de sus mesas bien repletas, permanecen y permanecerán siempre sin poder apagar el hambre ⁽²⁾.

Sin embargo, los hábitos inveterados, las pasiones despertadas se convierten en otras tantas necesidades imperiosas; y sabido es que un hambriento es capaz de todo. Al

(1) La expresión de que se sirve Jesús, *δσρεπίσθαι*, indica la miseria, el estado de un hombre reducido á la extrema necesidad. Comp., *II Cor.*, XI, 8; *Hebr.*, XI, 37.

(2) San Ambrosio da la razón: «Etenim qui recedit a verbo Dei esurit, quia non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo Dei: qui recedit a fonte, sitit; qui recedit a thesauro, eget; qui recedit a sapientia, hebetatur; qui recedit a virtute dissolvitur.» (*In Luc.*, VII).

pródigo no le quedaba más que un bien, su libertad, en nombre de la cual había abandonado la casa paterna y conocido todos los excesos del vicio. Por una de estas amargas burlas de la fortuna, castigo providencial de los libertinos, he aquí que todos sus deseos de independencia no tendrán otro resultado que hacer de él el más miserable de los esclavos. En efecto, para no morir de hambre venderá su libertad.

«De resultas, púsose á servir á un propietario de aquella tierra.» Los demonios son los propietarios, los ciudadanos de esa tierra de pecado, que es el mundo. Su malicia obstinada los ha fijado en él para siempre. El hombre prevaricador ha entrado y puede salir de ella libremente. Sólo está en ella de paso. He aquí por qué siente hambre. Los indígenas parecen no sentirla, porque el hambre es su estado normal. Que Dios falte á los demonios réprobos, he ahí el orden eterno; pero que Dios falte al hombre viajero acá en la tierra, tal es el desorden temporal. Este tormento del hambre que sentía el pródigo era aún una señal de vida; es el tormento que queda en el pecador, como un elemento postrero de su resurrección moral. Los demonios ya no lo sienten, ó por lo menos, si lo sienten, es á manera de horrorosa desesperación, no como un buen deseo, pues están separados irrevocablemente de su Dios y privados de la eterna felicidad. ¿Qué podía esperar el desgraciado joven del nuevo amo que escogía? Sin duda pan para vivir; pero si no le daban más que pan, debía reconocer que había vendido á precio muy bajo su honor de hijo de familia y su libertad. Ahora bien, este pan que el justo recibe todos los días extendiendo su mano filial á su Padre que está en el cielo, él, al cabo de sus humillantes trabajos, no lo obtendrá suplicando á su amo de la tierra. «Este le envió á su granja á guardar cerdos.» Dificilmente se le hubiese señalado un empleo más vil y degradante. Según Herodoto ⁽¹⁾, los porqueros eran los únicos hombres á quie-

(1) Herodoto, *Hist.*, II, 47.

nes los egipcios cerraban las puertas de sus templos. Los judíos los trataban aún con mayor dureza ⁽¹⁾. He aquí cómo trata el mundo á los imprudentes á quienes ha seducido con promesas de independencia. Cuando se lo han sacrificado todo, bienes, honor, vida dichosa de la virtud, les hace sentir que son nada más que sus esclavos, y, poniendo en sus manos el cetro irrisorio del porquero, les manda que vayan á pasear en sus tierras sus viles pasiones, para espigar allí un alimento tan insuficiente como grosero.

«El joven deseaba con ansia henchir su vientre de las algarrobas ⁽²⁾ que comían los cerdos, y nadie se las daba.» La ración de pan que se daba al criado en aquellos días de hambre era, pues, insuficiente. Los puercos eran mejor tratados que el guardián. Éste, viéndolos comer toda su pitanza, llegó á envidiar el pasto que se les reservaba en el dornajo. Imagen horriblemente verdadera del pecador, que, llegado al último grado de rebajamiento moral, y sintiendo, empero, el hambre apremiante de su alma espiritual é inmortal, acaba por tener pena de haber nacido tan grande. Desearía ser, como la bestia, una máquina de sensaciones, á la que harta la grosera satisfacción de la carne y encuentra en el barro el término de sus aspiraciones y el colmo de sus deseos; pero esto no le será concedido, como no lo son las groseras legumbres al pródigo. Ó eternamente hambriento, sin Dios, ó hijo saciado de bienes en la casa de su padre; otra alternativa es imposible.

¡Ah, qué camino ha recorrido en muy poco tiempo este joven ingrato! ¡Qué distancia tan espantosa entre la vida apacible, contenta, honrosa del hogar paterno y la vergonzosa servidumbre en que se consume! Los pintores le han representado magistralmente, solo, sentado bajo un

(1) V. Lightfoot, *Hor. heb., in Mat.*, VIII, 40.

(2) El término *κεράτιον* no significa, como parecería indicarlo la traducción (*siliquae*) de la Vulgata, las vainas ó cáscaras de un fruto cualquiera, sino el fruto mismo del árbol que los griegos llamaban *κερατῶνια* ó *higuera de Egipto* (v. Teofrasto, *H. P.*, I, 17), y que nosotros llamamos *algarrobo*. (V. Rosenmüller, *A. u. N. Morgenland*, vol. V, p. 198). Este árbol es muy común en el país del otro lado del Jordán donde Jesús pronunciaba su parábola.

cielo triste, en el fondo de un paisaje devastado por el huracán. Sus largos cabellos, sucios de miseria, caen en desorden sobre sus hombros demacrados; su lánguida mirada persigue un sueño postrero ó un recuerdo penoso; á sus pies divaga la inmundicia piara. Calla, pero se siente que un largo y trabajoso suspiro levanta su pecho jadeante. Una lágrima corre por sus mejillas quemadas por la pasión. En el decurso de las edades, ¡cuántos pecadores, deteniendo su mirada sobre este lastimoso cuadro han dicho: Yo soy este hombre!

En la época en que Jesús apareció, el mundo pagano todo entero debía reconocerse en esta conmovedora parábola. Al abandonar el culto del Dios verdadero, lo había perdido todo, y, después de recorrer las largas etapas de la más vergonzosa decadencia sin ser ni consolado ni rehabilitado por la filosofía, ensayaba las infames torpezas y las horrorosas crueldades de la Roma imperial, para ver si ellas podrían saciar el hambre que todo el oro de la tierra y todos los triunfos del orgullo habían dejado, terrible é inexorable, en las entrañas de sus hijos.

Afortunadamente, sobre la cabeza del pecador, como sobre la de la humanidad extraviada, hay un Padre. El padre es el corazón que ama todavía cuando ya no es amado, la fuerza que se mantiene en pie cuando la debilidad imprudente ha desfallecido, la misericordia que espera, solicita y consueta la vuelta del culpable. Este Padre del cielo no teme multiplicar las espinas en el camino de aquel que se engaña, y hacerle suficientemente intolerable su apartamiento para disgustarlo de él (1). ¡Oh admirable y afectuosa severidad de la misericordia divina, que nos instruye con lecciones semejantes! Si habla al insensato un lenguaje duro y terrible, es porque el obstinado tapa sus orejas y es incapaz de entender otro más suave. La extrema miseria con todos sus sufrimientos es el último golpe de la gracia. Ó se muere definitivamente, ó se salva

(1) San Agustín, *in Ps.*, CXXXVIII, 3, 4.

volviendo atrás. Este es el momento crítico, la hora del desenlace en el desenvolvimiento del drama moral.

«El pródigo volvió en sí.» El hombre se pierde derramándose al exterior en solicitudes culpables; se salva recogiéndose para tomar de nuevo posesión de su alma. El día en que hace callar las voces ruidosas del exterior, oye más distintamente el murmullo íntimo de su conciencia; entonces comienza su resurrección.

«¡Cuántos jornaleros, se dijo, en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!» Nada más natural que esta comparación. El hombre, cuando disipa por fin su horrible ilusión, se sorprende lleno de desorden, de locura y de miseria. Es esto tanto más odioso cuanto puede ver sobre su cabeza los mundos celestes siguiendo, en sus inmensas evoluciones, la consigna recibida de Dios, sin jamás desviarse de su camino; en torno suyo, la naturaleza entera, en su inconsciente, pero perpetua regularidad, y glorificando sin cesar al Creador, y á sus pies, las mismas bestias, que encuentran su felicidad relativa en escuchar, como una regla divina, la voz del instinto que las dirige. Todo, á excepción de él, está, pues, ordenado, y todo es dichoso en estas esferas diversas de la creación, donde, sin embargo, nada es tan grande como él, pues para Dios, estos seres sin libertad no son hijos, sino servidores ciegos y esclavos. Sólo él permanece, en este universo lleno de armonía y de belleza, como una sombra en el cuadro, un desorden viviente, un rebelde; y, como consecuencia de su crimen, sólo él es desgraciado.

El contraste era abrumador; el sentimiento por él engendrado fué decisivo. El que, sentado en su miseria, evocó de esta suerte los recuerdos de la casa paterna, se detuvo de repente en una idea que debió estremecer su alma; parecía una idea extraña, mas era la única buena. El relámpago aterrador y saludable le venía del corazón, no debía rechazarlo. Ayer y hoy, su familia y algunos cerdos, el más perfecto bienestar y la más espantosa miseria, eran otras tantas antítesis que, surgiendo simultáneamente en

su alma, habían acabado por inspirarle vivo disgusto de lo presente y amargo sentimiento de lo pasado. Así comienza el arrepentimiento, que será completo si sobreviene un movimiento de amor confiado, y, en una enérgica resolución, acabará por resucitar la virtud. «Sí—dijo el joven venciendo los últimos temores que la vergüenza le inspiraba,—me levantaré é iré á mi padre ⁽¹⁾.» Todavía se atreve á pronunciar el nombre de aquel á quien ha deshonrado. Esto no pudo ser sino entre lágrimas y sollozos. Su corazón le ha dicho que hay que esperar de todos modos en la virtud de este nombre bendito y en los tesoros de ternura que supone en el que lo lleva. Por esto, resueltamente, será esta la primera palabra y el argumento capital de su discurso; ninguna retórica había podido inspirarle un exordio más hermoso. «Le diré—prosigue el joven sintiendo renacer la confianza en su corazón:—Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.» El cielo cuenta, en efecto, las lágrimas amargas que un hijo malo hace derramar al corazón de su padre, y las venga tarde ó temprano. «No soy digno de ser llamado tu hijo, trátame como á uno de tus criados.» Nada falta en este hermoso arrepentimiento, ni la sinceridad de la resolución tomada, ni la firmeza de la confianza filial, ni la claridad de una confesión sin excusas. El pecador está de tal suerte humillado de su infidelidad, que no sueña siquiera en la posibilidad de una rehabilitación completa. Obtener el último sitio allí donde, de derecho, había ocupado el primero, le parece el extremo favor que puede ambicionar. Hay algo de asombroso en esta grandeza moral que una humildad sincera sabe comunicar de repente, aun á las almas más caídas y miserables.

Sin retardar un instante la realización de su animoso proyecto, «se levantó y se fué á su padre.» El verdadero arrepentimiento no hace esperar sus actos, obra tan pronto com habla.

Detalle conmovedor: desde el día de la separación dolo-

(1) La expresión *ἀναστράς*, que repite dos líneas más abajo, indica claramente el esfuerzo moral necesario para la verdadera conversión.

rosa, el corazón del padre no había cesado de esperar la vuelta de su hijo. En su larga experiencia de la vida, había contado las horas que necesitaría el joven ingrato para ser de nuevo llevado por la miseria á mejores sentimientos. Hacía ya mucho tiempo que, veinte veces al día, sondeaba con su mirada el horizonte, y al atardecer entraba triste en su casa, porque no había visto el regreso del pobre descarriado (1). Así el padre celestial, con amor inagotable y siempre vigilante, espera que los pródigos de la tierra se levanten para volver de nuevo á Él. Tan pronto como sorprende en nuestro corazón un buen movimiento, ya no contiene su ternura, y, despojándose de toda su severidad, llega hasta olvidar toda justicia. Apenas tenemos tiempo de dar un paso hacia Él, cuando Él ha dado ya diez hacia nosotros, y nuestros labios no han comenzado á balbucear una palabra de arrepentimiento, cuando Él nos cubre ya con sus caricias misericordiosas.

«Y como estuviese aún lejos, viólo su padre, y movido á misericordia, el viejo corrió, y echóse sobre su cuello, y le besó.» ¡Qué espectáculo más conmovedor! La vista de este hijo cubierto de vergüenza, desfigurado y deshonorado por la miseria, motiva en el corazón del padre como un recrudescimiento de afecto. Nadie podría reconocer en esta triste ruina al joven que había partido tan hermoso y arrogante con su libertad; pero él ha tenido fuerza suficiente para encontrar de nuevo bajo sus sórdidos harapos su sangre, su imagen, su heredero. Entonces nada le detiene, ni el sentimiento de su dignidad ultrajada, ni la mesura de su edad y el respeto de sus canas; corre, se precipita. ¡Si, por desgracia, en el último momento, este hijo dudara y retrocediera! Quiere encadenarlo entre sus brazos; quiere con un beso manifestarle su amor, más tierno después que lo había perdido; quiere recibir y ahogar en su pecho, aun antes que sea formulado, el grito de su arrepentimiento. En efecto, apenas comienza el hijo su

(1) El texto supone todos estos detalles: «cum autem adhuc longe esset, vidit illum pater ipsius, etc...»

confesión: «He pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo,» cuando el buen padre le cierra la boca. Parece no poder soportar semejante lenguaje. Seguramente la confesión es un acto de justicia, pero este acto le es muy penoso por los recuerdos que evoca y el dolor que expresa. Por lo demás ¿qué necesidad tiene de oír que los labios hablan, el padre que tan vivamente siente sobre su propio corazón las palpitaciones del corazón de su hijo? ¡Oh Dios, cuán grande es vuestro amor, si esta es su historia, y cuán miserable es el pecador que pretende sustraerse á vuestro abrazo paternal, ó desesperar de su perdón desconfiando de vuestra misericordia! «Presto traed—dijo el padre á los criados que habían acudido á contemplar su alegría,—el vestido más precioso ⁽¹⁾ y ponédselo; ponedle un anillo en el dedo ⁽²⁾ y calzadle las sandalias ⁽³⁾; traed un ternero cebado ⁽⁴⁾ y matadlo sin tardanza.» La rehabilitación es tan completa como súbita. El padre no quiere que quede rastro de la culpable locura de su hijo. El más rico traje hará olvidar los andrajos; las sandalias protegerán sus pies magullados, y la sortija con su sello, insignia del hombre libre, repetirá á todos que el hijo muy amado ha recobrado sus derechos de señor en el hogar paterno. Así devuelve Dios al pecador penitente la justicia que le purifica, la gracia que guarda sus pasos, y la santa libertad que honra á los hijos del reino. En medio de cánticos de alegría, el banquete del amor y de la acción de gracias es preparado, y el padre hace sentar en él, con todos sus amigos, al pródigo desilusionado y penitente.

(1) Las palabras *stolam primam* designan la más rica de las prendas flo-
tantes que llevaban los hijos de familia. Ella reemplazará el vestido de es-
clavo que el desgraciado llevaba.

(2) El *δακτυλιον* es el anillo con iniciales que los hombres libres llevaban
en el dedo (*Gén.*, XLI, 42; *Sant.*, II, 2. Comp. Herodoto, II, 38) y del que se
servían para sellar. Hacía mucho tiempo que el pródigo había vendido el
suyo.

(3) El pobre joven llegaba con los pies descalzos, como los esclavos.

(4) Este era el ternero que cebaban para las fiestas de familia. (*I Reyes*,
XXVIII, 24).

«Comamos y celebremos un banquete—dice;—porque mi hijo estaba muerto y ha resucitado, habíase perdido y ha sido hallado (1).» Se comprende que el corazón paternal desborde de la más viva alegría y quiera comunicarla á todo el mundo. En efecto, ¿podía acontecerle mayor ventura? Su hijo ha evitado la muerte, y él mismo ha encontrado de nuevo al muy amado que había perdido. Al punto comenzaron los regocijos y el festín.

Aquí, en realidad, se termina la sublime parábola en su aplicación más general y su significación más elevada. El segundo cuadro que el Maestro va á bosquejar no es más que una lección dirigida á los fariseos egoístas, y no tiene para nosotros la misma importancia. En una especie de epílogo, de perfectísimos detalles, pone Jesús en escena á aquellos mismos á quienes su misericordia acaba de dar pretexto de murmuración. No hay nada más fuertemente burilado y más vivo que este retrato del fariseo envidioso y soberbio.

«Hallábase á la sazón el hijo mayor en el campo»—añadió Jesús.—Así, en tanto que los peajeros se regocijan y se entregan en brazos de la misericordia divina, los fariseos, faltos de entusiasmo, tristes é interesados, trabajan encorvados bajo el pesado yugo de la ley. «Á la vuelta, estando ya cerca de su casa, oyó el concierto de música y el baile.» Esto contrarió su carácter sombrío y su espíritu desequilibrado; y en vez de entrar sencillamente y enterarse por sí mismo, «llamó á uno de los criados, y preguntóle qué era aquello.» Las almas sencillas van en derecho del objeto. Las naturalezas rigoristas y meticulosas creen que la verdadera piedad consiste en tomar muchas precauciones, adoptar un porte severo y recomendarse por una afectada reserva. Todo las ofusca, y les parece que no se puede amar á Dios sino en la tristeza y los gemidos.

(1) Esta parábola, pues, resume las dos precedentes; el hijo había caído en los dientes del lobo, como la oveja, y fué finalmente salvado; habíase extraviado, como la dracma, y el padre, después de muchas angustias, la encontró.

Cuando un hombre siente tanta repugnancia en tomar parte en los legítimos goces de la familia, es porque ordinariamente abriga pensamientos de envidia, explicándose así sus actitudes displicentes y severas. El criado refirió los hechos tales como los conocía. «Ha vuelto tu hermano—dijo,—y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, por haberle recobrado en buena salud ⁽¹⁾.» El regreso del hermano y la alegría del padre habrían regocijado á un buen hijo; «pero aquél indignóse y no quería entrar». Así, el alma de los fariseos, cuyo detestable orgullo les ha secado tiempo ha el corazón, se indigna de ver que los pecadores, los peajeros, los gentiles vuelven de nuevo al hogar del Padre celestial, cual si todos éstos no se hubiesen sentado en otro tiempo como verdaderos hijos bajo el techo paterno. Rehusan entrar con esta multitud, prefiriendo renunciar á la salud antes que participar de la misma al lado de estos pródigos que de tan lejos llegan y á quienes Dios tan misericordiosamente acoge.

«Salió, pues, su padre á fuera y empezó á instarle con ruegos.» ¡Es inagotable el amor de este anciano que, una vez más, sale al encuentro de este otro hijo tan poco digno de él! Sí, y Jesús, que habla á los fariseos, es precisamente este Padre celestial, que sale al encuentro del hijo disgustado, con tanta caridad como había salido al encuentro del hijo prodigo. ¡Qué contraste! El pecador nos admira por su humildad y por el respeto á su padre, en tanto que el justo nos asombra por su orgullo, su irreverencia y su obstinación. «He aquí—exclama con despecho,—tantos años que te sirvo, no habiendo traspasado jamás tu mandamiento, y nunca me has dado un cabrito para gozarme con mis amigos.» Así habla la satisfacción presuntuosa de los fariseos. Sin pudor declara que ha contado los años transcurridos junto á su padre y que le han parecido largos—¡el infeliz ha servido sin amor!;—con seguridad proclama

(1) El criado repite aquí lo que el padre había dicho poco antes; pero ¡qué diferencia entre el lenguaje del uno y el del otro! Aquél habló como padre y éste habla como doméstico.

que ha sido impecable⁽¹⁾; y no teniendo el alma bastante grande para comprender que la mejor de todas las recompensas es el amor paterno, quédase de no haber recibido ninguna después de sus múltiples trabajos. Además, ¿cómo se complace su envidia en poner de relieve las preferencias de que es objeto su hermano! No hay ni un detalle que él no subraye con malicia, queriendo que el contraste resulte abrumador, á fin de evidenciar la parcialidad del padre. «Pero ahora que ha llegado este hijo tuyo, el cual ha consumido su hacienda con cortesanas, luego has hecho matar para él un becerro cebado.» ¡Cuánta hiel en estas palabras! No dice: *mi hermano*, sino: *tu hijo*⁽²⁾; ¿quería por ventura indicar que no se consideraba ya como de la familia? Al hermano le designa con una palabra despectiva: *éste*; y no dice *ha vuelto*, sino *ha llegado*, como si hablase de un extranjero que aparece por primera vez en el hogar doméstico. Al mismo tiempo, nada olvida para hacer el proceso completo de este pobre hermano: *lo ha devorado todo*, y con *mujeres perdidas*⁽³⁾, en tanto que él, justo y sin reproche, ha respetado siempre escrupulosamente los mandatos de su padre. Cree que de esta suerte, abatiendo al pródigo, se ensalza á sí mismo; pero, detrás de este orgullo envidioso, se comprende que el mal hermano ha practicado el bien sin amarlo, y ha evitado el mal sin odiarlo.

Sin embargo, estos sentimientos tan detestables no cansan la bondad del padre, como las locuras del pródigo no habían cansado su misericordia. «Niño⁽⁴⁾—respondió su padre con exquisita dulzura,—tú siempre estás conmigo,

(1) Encontraremos el perfecto desarrollo de este sentimiento en la parábola en que Jesús compara al fariseo con el publicano.

(2) ¡Y en qué terminos lo dice! El original debería traducirse: ¡*Este tu hijo!* El padre para hacerle comprender lo que la fórmula tiene de injuriosa, la imitará en seguida, diciendo: *Este tu hermano*.

(3) La frase *cum meretricibus* contrasta con *cum amicis meis*, y *substantiam* con *haedum*, y mejor aún con el diminutivo *ἐπιφιων* (*haedulius*), que se lee en algunos manuscritos. Esto es lo único que ha sabido ver el ojo de este envidioso, y lo único que su lengua *caritativa* ha sabido poner en parangón.

(4) El término *τέκνον*, es más afectuoso que *υἱός*.

y todos mis bienes son tuyos; mas ya ves que era muy justo el tener un banquete y regocijarnos, por cuanto este tu hermano había muerto y ha resucitado; estaba perdido y ha sido hallado.» ¡Con qué condescendencia se digna responder á las perversas recriminaciones del primogénito! Le llama *niño*, procurando despertar en él cualquier afecto que todavía pudiera albergar en su corazón, haciéndole luego observar muy delicadamente que, viviendo en su casa, bajo su mirada, rodeado de exquisitos cuidados, todos los días han debido ser de fiesta para él. Por otra parte, siempre ha estado en ella como señor, pudiendo disponer de todo á su antojo. El padre jamás le ha negado nada. Y si no ha tenido un cabrito, es sin duda porque no ha querido. Quizá su natural sombrío y descontentadizo no se avenía con los goces de la amistad. La religión de los fariseos, que era todo temor, tenía en realidad de verdad un como tinte de misantropía. Estos sectarios, que servían á Dios como los esclavos están sujetos al amo, no admitían que fuese lícito regocijarse santamente en el Señor. Habrían podido, empero, como las grandes y hermosas almas del judaísmo, saborear todos los días, bajo la mirada de Jehová, los dulces consuelos del amor divino. La gracia estaba á su disposición; si de ella no disfrutaban es porque no la pedían. ¡Á qué, pues, quejarse, si de ella se aprovechan los hermanos que han vuelto de nuevo á la casa paterna? Sentarse y participar en el banquete sería mejor que desahogarse en recriminaciones. El padre es suficientemente rico; sus liberalidades no comprometerán los derechos de nadie. Pero aun cuando fuese de otra suerte, la alegría de haber recobrado á un *hermano*—el anciano pronunció esta palabra con intención, para recordar al primogénito que hubiese querido encontrarla en sus labios,—¿no debía eliminar toda inquietud respecto de intereses materiales? Se reconstituye por completo la familia, que había sido aminorada; el padre revive en sus dos hijos; el hermano tendrá de nuevo á su lado al otro hermano: ¿es todo esto despreciable?

Á ejemplo de este primogénito, que creía definitivamente perdido á su hermano menor, el judaísmo se había lisonjeado de recoger todo el fruto de las promesas divinas, debiendo realizarse exclusivamente á su favor el advenimiento del reino mesiánico, como si los gentiles no fuesen hijos capaces de regeneración por el mero hecho de haber devorado la herencia y deshonrado el nombre del Padre celestial. Grande fué, por consiguiente, la sorpresa, y violento el despecho de aquellos egoístas, al ver que el mundo pagano volvía de improviso al hogar paterno, á la tienda de Sem, como estaba escrito en una antigua profecía ⁽¹⁾, y que Jesús le abría los brazos con la ternura más indulgente. Si aquellos piadosos fariseos hubiesen sentido el amor de Dios en sus corazones, habríanse estremecido de gozo, abrazando con efusión á los hermanos extraviados que volvían en masa para seguir la ley y trabajar por la gloria de Jehová; pero, en su hipocresía, á nadie amaban sino á sí mismos, en su egoísmo olvidaban los intereses del cielo, y en su orgullo desconocían los lazos de fraternidad que los unía con los demás pueblos de la tierra. De esto provenía todo el mal.

Jesús no terminó la parábola. No debía decir si el primogénito entró en la sala del festín, ó si se obstinó en su repugnancia; el desenlace corría á cargo de los fariseos que le habían escuchado. El Maestro los ha invitado dándoles las convenientes explicaciones. La sala estaba abierta. Á ellos tocaba decidir si, á riesgo de codearse con los peajeros y pecadores públicos, entraban á sentarse en el festín.

(1) *Génesis*, IX, 27. (*).

(*) La frase de Noé: *be'oholé Schem*, traducida por *in talernaculis Sem*, debe traducirse: *in tentoriis gloriosis*, según el *Catholicum Lexicon* de Drach. —(N. del T.).

CAPÍTULO XIII

La beneficencia y la vida futura

La beneficencia es el camino del cielo.—Peajeros, fariseos, saduceos, todos deben recordarlo.—El *Administrador sagazmente infiel*.—Ganar amigos con los tesoros que Dios nos confía.—Detestable actitud de los fariseos.—Otra parábola: *Lázaro y el Rico avariento*.—La justicia en la vida futura.—Después de haber hablado Moisés y los Profetas, sería inútil el testimonio de un resucitado. (*Lucas, XVI, 1-31.*)

La misericordia de Dios para con el pecador es tan grande, que después de haberle esperado, buscado y hablado, le concede todavía el más generoso perdón. ¿Deberíamos pensar, empero, que el hombre tiene que mantenerse enteramente pasivo hasta que recibe la gracia, ó que nada tiene que hacer después de haberla recibido? Ciertamente que no.

Las obras de caridad, y especialmente la limosna á los pobres, preparan nuestro retorno á Dios, ó lo sancionan después de consumado. La beneficencia es como poderoso imán que atrae la misericordia divina, la cual espera que aquella se convierta en reparación expiatoria. La mayoría de los peajeros hanse enriquecido en su criminal profesión. Si quieren merecer el perdón y hacer olvidar su pasado, deben comenzar por distribuir caritativamente los bienes mal adquiridos. Zaqueo demostrará pronto cómo debe entenderse el consejo del Maestro. En la medida en que la salud es fácil al hombre que ama á sus semejantes, resulta imposible á cualquiera que no practica la caridad. Los fariseos, con toda su quimérica justicia, no podrán entrar en el reino de Dios, si no se compadecen del pobre; porque, al igual que el orgullo, la dure-

za de corazón cierra irremisiblemente la puerta del cielo.

Jesús, para grabar mejor esta doctrina en el espíritu de los que le rodeaban, expone inmediatamente dos parábolas, la primera de las cuales, de un modo particular, ha sido considerada de difícil interpretación ⁽¹⁾, siéndolo en realidad, si se olvida que el Maestro no dudaba en proponer alguna vez la prudencia de los malos como ejemplo á la imprevisión de los hijos del reino.

Además, no conviene perder de vista, para entender plenamente los diversos detalles, que la enseñanza de Jesús iba dirigida á todos los de aquel abigarrado auditorio, á los fariseos y á los saduceos, bien que en particular á los peajeros convertidos en discípulos ó que deseaban convertirse.

«Érase un hombre rico—dijo Jesús—que tenía un mayordomo, del cual por la voz común vino á entender que le había disipado sus bienes.» Este rico es Dios, gran propietario del mundo, cuyos administradores son los ricos de acá bajo, que deben, en provecho de los más, explotar el dominio divino, trabajando para el Maestro, y asegurar su gloria. ¡Cuántas veces, extralimitándose, disipan en locas prodigalidades, para satisfacer sus pasiones, el patrimonio destinado á los demás! De esta suerte parecen comprometer la Providencia, y por esto los ángeles, testigos de sus dilapidaciones, los denuncian ante el tribunal del soberano Dueño.

«Llamóle, pues, el amo y díjole: ¿Qué es esto que oigo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque no quiero que en adelante te cuides de mi hacienda.» El administrador es obligado á presentar sus cuentas, no para justi-

(1) Sabido es que esta parábola es llamada comúnmente *cruz interpretum*. En efecto, unos han querido ver en el hombre rico la autoridad romana, otros el demonio, muchos la riqueza personificada en Mamón. Estas diversas explicaciones pueden verse en Meyer, *Comment. in Luc.*, XVI, 1; pero ninguna de ellas es admisible. Evidentemente, en ella se trata de Dios; sólo El, en efecto, *empobrece y enriquece, mata y da la vida.* (*)

(*) El autor alude á un pasaje de (*I Sam.*, II, 6).—(N. del T.)

ficarse, pues su culpabilidad es evidente, sino para cesar en su cargo. Trátase de una destitución en debida forma. El amo desea únicamente hacer el inventario de sus bienes malversados para confiarlos á manos más seguras. La severa voz de Dios ⁽¹⁾, llamando á cuentas á su terrazguero, es la de la muerte cuando, señalándonos con su dedo fatal, se prepara á hacernos su presa. Entonces la conciencia despierta iluminada, severa, despiadada, para poner á los ojos del mundano el loco empleo que ha hecho de los bienes destinados á los pobres, y de los cuales había sido constituido, no propietario, sino administrador.

El pesar sigue de cerca á esta inesperada intimación, y el imprudente, sorprendido en medio de sus despilfarros, dice para sí: «¿Qué haré, pues mi amo me quita la administración de sus bienes? Yo no soy bueno para cavar, y me daría vergüenza de pedir limosna.» La mortificación que purifica, la humillación que rescata, parecen igualmente inaceptables á esta alma poco generosa y llena todavía de debilidades. «Pero ya sé lo que he de hacer—añade como súbitamente iluminado,—para que, cuando sea removido de mi mayordomía, halle yo personas que me reciban en su casa.» Mientras no presente las cuentas, tiene á su libre disposición los bienes que administra. Puede, por última vez, abusar de su poder, no para sustraer nuevas cantidades—pues no las hay probablemente en caja.—sino para granjearse amigos, condonando fraudulentamente una parte de su deuda á aquellos que encuentra inscritos en el número de los deudores. Deseando, pues, ganar su voluntad con halagos, «llama á cada uno de por sí, y dice al primero: ¿Cuánto debes á mi amo? Respondió: Cien barriles de aceite. Está bien, díjole, toma tu obligación, siéntate y escribe cincuenta. Dijo después á otro: Y tú ¿cuánto debes? Y él respondió: Cien coros de trigo ⁽²⁾. Y él le dijo: Toma tu obligación, y escribe ochenta-

(1) El texto dice *φωνήσας* y no *καλέσας* para dar á entender que Dios habla como Señor.

(2) Las palabras *βάτος* y *κόρος*, empleadas por el Evangelista, son de ori-

ta.» Esta operación debió de repetirla con todos ellos, convirtiendo en deudores propios á los deudores del amo. Por lo demás, procedió con habilidad, no anulando el resguardo, sino renovándolo. «El amo alabó á este mayordomo infiel por haber sabido portarse sagazmente.» No aprobó ciertamente la injusticia de un procedimiento del cual era víctima, pero no pudo menos de alabar su habilidad, «porque los hijos de este siglo son, en sus negocios, más sagaces que los hijos de la luz».

Esto es precisamente lo que Jesús quiere parangonar: la habilidad de los unos y la imprevisión de los otros; y declara la superioridad práctica de aquéllos en los asuntos temporales, comparada con la negligencia de éstos en el negocio eterno. Los primeros se aprovechan, aun injustamente, de los bienes de la tierra, á fin de granjearse, para el día de su destitución, la amistad de aquellos á quienes con su astucia han obligado; los segundos no saben ni siquiera servirse santamente de los tesoros que Dios les concede con objeto de prepararse valedores, abogados, intercesores para el gran día de la eternidad.

«Así os digo—exclama el Maestro:—Haceos amigos con estas riquezas, causa y motivo de pecado, para que, cuando falleciereis, seáis recibidos en las eternas moradas (1).»

gen hebraico. El *bath* era una medida de capacidad para los líquidos. Según Josefo, *Ant.*, VIII, 2, 9, contenía una *metreta* ática, 33'88 litros. El *cor* sirviendo especialmente para medir granos, habría contenido, *Ant.*, XV, 9, 2, diez *medimnos* áticos, es decir, diez veces 51'79 litros, lo que es poco probable, pues hubiese sido poco práctica una medida de 517'90 litros, y con razón se ha reducido el *cor* ó *coros* á 30 veces el *modio* de 2'24 litros, es decir, á una capacidad de 67'20. De suerte que el administrador infiel habría condonado al uno 19'44 hect., de aceite y al otro 13'44 hect., ó, si se acepta lo que dice Josefo, 103'58 hect., de trigo. (*)

(*) La capacidad del *Batus* (hebr. *Bath*) era, pues, la misma que la de la *Ephah*, pero ésta servía para medir los sólidos (vid. pág. 61, nota 2). En cuanto al *Corus* (hebr., *Cor*, primitivamente *Jomer* ó *Chomer*), comúnmente se cree que equivalía á diez *bats* ó *ephas*, es decir, 388'80 litros. Es cierto que la Vulgata (*Levit.*, XXVII, 16; *Isaiás*, V, 10) da el equivalente del *Jomer* en 30 modios; pero adviértase que el modio, según Reinach (*Man. de Phil.*) contenía 8'63 litros.—(N. del T.).

(1) El texto dice: *de mammona iniquitatis*, es decir: «Haceos amigos, sirviéndoos del Mamón injusto.» La palabra *Mammón*, que es más correcto

¡Cuántos pecadores, meditando estas palabras, han hallado en el cumplimiento de las mismas el perdón de sus malversaciones y el consuelo de su postrer suspiro! Distribuyendo generosamente las riquezas de Dios—todo lo que tenemos pertenece al Creador,—como si fuesen los dueños, han reparado las dilapidaciones otras veces cometidas por sus malas pasiones. Y Dios agradece esta manera de obrar, y la alaba por su habilidad prudente. Además, su eficacia es infalible; porque la intercesión de los pobres, que han sido socorridos en una forma más ó menos delicada, goza de una influencia muy especial, y su peso es decisivo en el juicio de Dios. Más tarde, el Maestro insistirá sobre esta tesis.

Los peajeros sin duda la comprenden, y están dispuestos á aceptarla como norma de su vida, transformada en lo sucesivo por la acción de la gracia ⁽¹⁾.

En cuanto á los fariseos, avarientos, y sin caridad en lo íntimo de su corazón, búrlanse de Él ⁽²⁾, pareciendo arrebozarse desdeñosamente con el manto de una perfección aparatosa. Pero Jesús ataja con una palabra severa sus mofas, diciendo: «Vosotros os vendéis por justos delante de los hombres, mas Dios conoce vuestros corazones, y lo

escribir, como en caldeo y en siríaco, con una sola *m*, se encuentra empleada bajo la forma *Matmón*, *Gén.*, XLIII 23, para indicar el dinero escondido en los sacos de los hijos de Jacob. No se trata del dios del dinero, sino del dinero mismo, y éste es llamado *dinero de iniquidad*, sea porque el hombre lo busca ordinariamente con codicia culpable, sea porque abusa de él para satisfacer sus pasiones. Algunos suponen que el Maestro lo califica así porque el hombre de quien habla se sirve de él como si le perteneciese, cuando en realidad es tan sólo de Dios. Esta usurpación constituye una injusticia, y así, el dinero resulta ser dinero de iniquidad. Pero quizá esta explicación supone, en las sencillas palabras de Jesús, una agudeza sutil que ellas no tienen.

(1) Omitimos aquí el precepto sobre la fidelidad en las cosas pequeñas. Este pasaje, si se lo supone bien colocado después de la parábola del administrador, crea dificultades que nosotros juzgamos inexplicables. Por el contrario, sigue naturalmente á la parábola de los siervos que son recompensados según su fidelidad en hacer reeditar los *talentos* ó *minas* recibidos. (*Luc.*, XIX, 11-28; *Mat.*, XXV, 14 28).

(2) El verbo *ἐκμικτηρίζειν*, que encontraremos nuevamente en *Lucas*, XXIII, 35, empleado para caracterizar la actitud sarcástica de los enemigos de Jesús al pie de la cruz, significa *burlarse haciendo muecas con la nariz*.

que parece sublime á los ojos humanos puede ser abominación á los ojos de Dios.» Estos orgullosos pueden fácilmente hacerse admirar del pobre pueblo á quien tienen bajo sus pies, pero no engañarán á Dios, que está sobre sus cabezas; y en la hora de su muerte, ni su fingida santidad, ni su aparente rigorismo, ni su fortuna sin limosna, podrán suplir la verdadera virtud, y hallar gracia delante de Dios. En la eternidad, debiendo ser otro el juez de sus obras, también será otro el juicio. ¡Desgraciado del que no habrá pensado en procurarse amigos para tan crítico momento!

Una segunda parábola, que aludía quizá á algún suceso contemporáneo, nos lo hará comprender mejor.

«Hubo cierto hombre muy rico ⁽¹⁾—dijo Jesús—que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y tenía cada día espléndidos banquetes. Al mismo tiempo vivía un mendigo, llamado Lázaro ⁽²⁾, el cual, cubierto de llagas, yacía á la puerta de aquél, y deseaba ⁽³⁾ saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico, pero nadie se las daba; mas los perros venían y lamíanle las llagas.» El contraste es perfecto entre el bienestar absoluto y la más profunda miseria. De estos dos hombres, el uno, fariseo ⁽⁴⁾ ó saduceo ⁽⁵⁾,

(1) Jesús no le da nombre, pues no merecía tenerlo. El mundo conoce el nombre de los ricos, jamás el de los pobres. El Salvador, por el contrario, sólo conoce el nombre de los desgraciados. Por otra parte, en el libro de la vida no figura sino el nombre de Lázaro.

(2) Lázaro es una corrupción del hebreo *Eleazar*, ó por abreviación, entre los rabinos, *Leazar*. Significa *Dios le asista*. Diríase nombre de profesión; convenía perfectamente á un mendigo. La mayoría de las lenguas modernas se sirven de él para designar las casas donde la caridad se ejerce con cualquier título.

(3) La palabra *ἐπιθυμῶν* significa aquí un deseo no satisfecho. Por otra parte, lo que debe hacer suponer que Lázaro no recibía ni siquiera las deseadas migajas, es el paralelismo establecido por la parábola entre Lázaro, privado de las migajas de la mesa, y el rico que no logra la gota de agua que solicita.

(4) Los grandes personajes de esta secta se complacían en ostentar su lujo y su fortuna en los grandes festines. (*Luc.*, XIV, 12; XI, 39; XX, 40-47).

(5) El vers. 14 pone en escena á los fariseos, pero todos los detalles de la parábola parecen dirigirse igualmente y por ciertas señales especiales á los saduceos. La hipótesis que quiere ver en este mal rico á Herodes Antipas ó á Caifás, á causa de los cinco hermanos mencionados, es enteramente gratuita, y olvida que el Salvador no gustaba de semejantes personalidades.

vive en un palacio, el otro en la calle. Aquél se sienta en ricos divanes, rodeado de una sociedad escogida, delante de una mesa suntuosa; éste duerme en el duro suelo, sus amigos son los perros y no tiene qué comer. El primero viste telas riquísimas; el segundo está cubierto de horribles llagas. Este contraste escandaloso dura quizá largos años, siempre en el mismo estado: Lázaro, ó el *pobre del buen Dios*, codiciando silenciosamente algunas migajas, y repitiendo el rico sus festines, sin dignarse concederle las sobras de sus viandas. ¡Infeliz, olvida que Dios le ha confiado la fortuna para alimentar á los pobres y no para dar pábulo á sus pasiones! Tan locas prodigalidades tendrán un término fatal, sin haber siquiera soñado el insensato en captarse, para el día de la prueba, la amistad de este Lázaro que su favor imploraba.

Por fin sonó la hora de la justicia. El pobre y el rico habían llegado al término de su carrera. «Murió dicho mendigo.» Dios debía arrebatarle el primero, porque su vida, humanamente hablando, era la más miserable. Nada se dice de su sepultura; fué quizá echado en el muladar. En todo caso su muerte pasó tan inadvertida como su vida. «Murió también el rico, y se le hicieron suntuosos funerales⁽¹⁾.» Los que se habían aprovechado de sus riquezas, amigos, servidores, parientes, le rodearon por última vez, de una pompa inútil; fué depositado en su tumba, y los gusanos comenzaron á devorarlo, como lo habían hecho con Lázaro.

Pero el alma del uno y del otro, inmortal, acababa de entrar en la vida eterna. Comenzaba para ambos un nuevo orden de cosas; y si, en el tiempo, el contraste de sus

(1) Esto es lo que significa la palabra *ἐτάφη* puesta con intención al fin de la frase para indicar la solemnidad de la sepultura (*).

(*) La Vulgata traduce: «mortuus est autem et dives, et sepultus est in inferno. Elevans autem oculos suos...» Conforme al original, la traducción sería «mortuus est autem et dives, et sepultus est. Et in inferno elevans oculos suos...» El texto original tiene la ventaja de reflejar más claramente la distinción entre el *qeber* (*sepulchrum*) y el *scheol* (*ᾗδης, infernus*).—(Nota del T.).

existencias había sido violento, iba á ser horrible, pero en sentido inverso, en la eternidad.

Lázaro, después de su muerte, «fué llevado por los ángeles al seno de Abraham». Pasa, pues, súbitamente de la miseria más espantosa á la felicidad más completa, de la compañía de los perros á la de los ángeles, de un pórtico frío y oscuro al banquete alegre del cielo. Va á sentarse al lado de Abraham, el padre de los creyentes, el presidente del festín eterno; su cabeza reposa sobre su mismo seno, ocupando un sitio de honor. No es tan sólo su pobreza lo que le ha hecho acreedor á esta recompensa, sino su pobreza paciente y resignada. No había maldecido de la Providencia, ni había conspirado contra la sociedad; antes bien, de conformidad con su nombre, había puesto en Dios su esperanza y besado la mano que le probaba.

Al contrario, el rico pasa de la opulencia á la extrema-miseria, del placer al dolor sin intermisión, de la vida á la muerte del infierno. ¿Es necesario decir el por qué? Jesús, en la parábola, no se toma la molestia de precisarlo. Pensó sin duda que la muerte de Lázaro, hambriento y abandonado, en la misma puerta del rico, era una requisitoria asaz decisiva contra el que había tenido suficiente valor para no oír sus gemidos. No es, por tanto, su riqueza propiamente dicha la que lo excluye del banquete de Abraham, el primer magnate del pueblo de Dios; es su sensualismo egoísta, es la dureza de su corazón, es la imprudencia de no haberse granjeado amigos para cuando llegasen los días adversos, en vez de pensar únicamente en satisfacer sus propias pasiones mientras duró su desleal administración. Ha caído en el infierno, como en un abismo. Su sepulcro, á pesar de su magnificencia, ha dejado escapar su presa.

«En el Hades ⁽¹⁾, y cuando estaba en los tormentos, le-

(1) El vocablo Hades empleado aquí y solamente en otros dos pasajes del Evangelio (*Mat.*, XI, 23; *Luc.*, X, 15, en que Cafarnaúm debe ser abatida hasta el fondo del abismo, y *Mat.*, XVI, 18, donde se dice que las puertas ó los poderes del mal no prevalecerán contra la Iglesia) es el nombre

vantó los ojos,» como para pedir socorro. La sorpresa es tan dolorosa que no puede creerla duradera. El fuego que le rodea, los dolores que le penetran, la repentina fiebre que le abrasa, todo esto no se ha hecho para él, que hasta entonces tan muellemente se acostara, tan delicadamente comiera, tan finamente vistiera. Esta situación no puede en manera alguna prolongarse. ¡Pronto, pronto, una mano compasiva, venga de donde viniere, un amigo, un salvador! «Entonces vió á lo lejos á Abraham, y á Lázaro en su seno.» La visión debió de parecerle singular. ¡Ellos estaban sentados en el festín, y él yacía en los tormentos! ¡Precisamente todo lo contrario de lo que hasta entonces había visto en la tierra! Lázaro ya no estaba fuera, muriendo de hambre, sino dentro y á la mesa; el rico ya no estaba dentro y saciado de todo, sino fuera, en el fuego y devorado por la sed. Á través del espacio, aventura un llamamiento desesperado. «¡Padre Abraham,—grita con

griego correspondiente al hebreo *Scheol*. Su etimología deriva de *šá'iv, ver*, con á privativa, designando, en consecuencia, el reino invisible donde entran los hombres después de la muerte. Jesús, en su parábola, se conformó con las ideas teológicas admitidas por sus oyentes. Estas ideas son las que, insensiblemente desenvueltas después de la cautividad, estaban consignadas en las últimas producciones deuterocanónicas ó también extra-canónicas de la literatura judía. Véase sobre esta cuestión el notable artículo de M. Touzard, *Rev. Bibl.*, Abril de 1898. Después del libro segundo de los Macabeos y el de la Sabiduría, los testigos de la tradición corriente en la época de Jesucristo son el *Apocalipsis de Enoch* y los *Secretos de Enoch*, no menos que el *Salterio de Salomón*, mucho más fieles que los textos del Talmud redactados con posterioridad al Evangelio. Lo que se lee en esos libros es seguramente lo que se enseñaba en las sinagogas; y el Maestro, para hacerse entender mejor, adopta aquí la manera de ver de su auditorio. En realidad, la verdadera enseñanza evangélica contenida en toda la parábola está simplemente en que la justicia de Dios aguarda á los hombres para después de la muerte. Los detalles del aparato escénico están apropiados á la concurrencia, y de los cuales no debe preocuparse la dogmática cristiana (*).

(*) Es decir, que esta doctrina de las penas en el *scheol*, si bien, en su esencia, indudablemente formaría parte de la tradición oral de los judíos, no estaba consignada en los originales proto canónicos, comenzando á dibujarse en los susodichos deuterocanónicos, escritos probablemente á mediados del siglo II antes de Jesucristo. Vigouroux, (*La Bible et les découv. mod.* III. pág. 160), después de un estudio del *scheol*, escribe: «Il faut reconnaître aussí que les plus anciens livres et en particulier le Pentateuque n'exposent jamais d'une manière formelle le dogme des récompenses et des peines après la mort.»—(N. del T).

todas sus fuerzas, porque se hallaba á gran distancia de aquel á quien se dirigía,—ten piedad de mí!» Al igual que los fariseos, recomiéndase por su calidad de hijo de Abraham; pero ¿acaso honró con su vida la filiación con que ahora quiere escudarse? ¿Por ventura fué Abraham un hombre sin caridad para con los desgraciados, encerrado en su egoísmo y entregado á sus placeres? ¿Puede reconocer como hijos á aquellos que no han profesado su religión liberal y generosa? En el fondo, el infortunado no se atreve á esperarlo sino á medias, y la súplica modesta que formula revela el temor de abusar de una benevolencia á la que tan poco derecho tiene.

«Envíame á Lázaro—prosigue,—para que, mojado la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas.» Ahora aceptaría, pues, por bienhechor á aquel á quien, en la tierra, no quiso tener por obligado. La dura experiencia de un dolor que apenas empieza le hace sospechar tardíamente el mutuo apoyo que los hombres se deben en las diversas condiciones de la vida, y del cual con alguna impudencia entiende desde luego aprovecharse. Sin duda, el recuerdo de las migajas de pan que Lázaro en vano reclamara, le mueve á solicitar algunas gotitas de agua depositadas sobre su lengua por el dedo de aquel á quien había dejado perecer de hambre.

«Hijo mío—le responde Abraham, reconociendo y haciéndole notar los principales títulos que aquel condenado tenía á una eternidad menos infeliz,—hijo mío, acuérdate que recibiste *tus* bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, males; y así, éste ahora es consolado y tú atormentado.» Ante todo, es cuestión de justicia. El rico había puesto el objeto principal ó único de su vida en el goce de los bienes terrenales. Recibiólos, ó mejor se los apropió con avidez ⁽¹⁾, sirviéndose de ellos sin otras miras que la de satisfacer su criminal sensualidad. Puesto que eran *sus* bienes—como dice el Padre de los creyentes,—renunciaba desde

(1) Esto es lo que significa la expresión *ἀπλάβης* de que se sirve Abraham.

luego á todos los demás, si por ventura los hubiese. ¿Por qué extrañarse de que, habiendo perdido los suyos con la vida, se vea privado de aquellos que nunca había buscado, y cuya realidad ni siquiera admitía? Lázaro, por el contrario, no veía el término de su existencia en los males ⁽¹⁾ que le affigían; por esto ha encontrado, y de ello eternamente gozará, lo que para después de dichos males esperara. La vida de ambos más allá de la tumba será la que con sus actos habíanse respectivamente preparado. Al uno, su incredulidad le ha sumido en la más espantosa miseria; al otro, su gran confianza le ha conquistado la felicidad más perfecta. ¡Á entrambos la muerte les ha llenado para siempre sus respectivos deseos!

En vano el rico esperará en sus intolerables sufrimientos un alivio que no le será concedido, porque la justicia de Dios es inexorable. Aun cuando Abraham y Lázaro, movidos á compasión, quisieran acudir en su ayuda, no les sería posible. «Entre nosotros y vosotros está de por medio un abismo insondable; de suerte que los que de aquí quisieran pasar á vosotros, no podrían, ni tampoco los de ahí pasar acá.» La sentencia que separa eternamente á los buenos y á los malos no puede revocarse. ¡Cuán espantosos son, desde este punto de vista, los misterios de la vida futura! Es Jesús quien habla, manifestándonos su propio pensamiento. No puede haber exageración en sus palabras, porque la exageración no es la verdad. ¿Qué importa que se sirva de imágenes para revelarnos los espantosos secretos de un mundo desconocido? Las imágenes representan sin duda una realidad, y son dignas de ser meditadas. Esperar otros testimonios más claros ó más autorizados que el suyo, sería esperar lo imposible. Jesús, prosiguiendo su parábola, que parecía terminada, lo insinuará muy pronto á su auditorio.

(1) Esta vez Abraham no dice *sus males*, como había dicho *tus bienes*, porque Lázaro no había visto en la desgracia su fin último, sino que había atravesado las pruebas como el navío hiende las olas para llegar al puerto.

En la enseñanza del Maestro, el lado práctico sigue de cerca al especulativo, sin descuidar jamás la aplicación directa y personal de las teorías más generales. «Ruégote, pues, ¡oh padre!—prosigue el condenado—que envíes á Lázaro á mi casa paterna, donde tengo cinco hermanos, á fin de que los aperciba, y no les suceda á ellos el venir también á este lugar de tormentos.» Podría parecer extraño en un réprobo este buen impulso de caridad; pero no hay que olvidar que estamos en el terreno de la ficción, y que Jesús puede recurrir libremente á todos los detalles que considera más oportunos para transmitir su pensamiento á sus oyentes. Por lo demás, este deseo del condenado, si seriamente se analiza, está inspirado, en realidad, en un egoísmo innegable. Si, efectivamente, con su escepticismo escandaloso, el mal rico ha pervertido á sus hermanos, es, aun en la otra vida, responsable de sus desórdenes futuros y de su impenitencia final, de tal suerte que sus sufrimientos se agravarán á proporción de los pecados cometidos por aquellos acá en la tierra. La petición que formula el precito no tiene, por tanto, otro objeto que el de evitar el incremento de torturas morales y físicas que le amaga.

Replicóle Abraham: «Tienen á Moisés y á los Profetas ⁽¹⁾; escúchenlos.» Lázaro, el antiguo mendigo, despreciado de todos, no sería para ellos una autoridad de mayor peso que la del gran legislador de los judíos y de otros siervos de Dios. «¡Ah, no, padre Abraham—exclama el desgraciado;—si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia.»

Como la fortuna, en sí misma, no es materia de contrición, esta última frase supone claramente que el crimen de aquel condenado no lo constituían sus riquezas, sino su perverso abuso.

«¡Oh!—respondióle Abraham, terminando así el diálogo,—si no escuchan ni á Moisés ni á los Profetas, tampoco darán crédito á un muerto resucitado.» En efecto, las pa-

(1) *Deuter.*, XV, 7, 8 y en otras partes; *Isaías*, LVIII, 7 y otros.

labras de éste no serían apoyadas más que por un solo milagro, y las de Moisés y de los Profetas lo están por diez mil. Resulta, en consecuencia, algo raro el pedir lo menos, cuando se tiene lo más. En el fondo, es inadmisibile que los cinco hermanos y todos los escépticos imitadores suyos estén faltos de predicadores; lo que les falta es la voluntad de convertirse. Saben cuál es su deber, pero no quieren cumplirlo. La aparición de un muerto no los haría más fuertes contra sus pasiones, á las cuales en modo alguno desean resistir. La condenación del egoísmo, de la sensualidad, de la indiferencia para con los pobres está mil veces consignada en los Libros Santos: Dios en ellos amenaza á los poderosos de la tierra con que *Él mismo se levantará para defender los derechos del desvalido* ⁽¹⁾, y aconseja *redimir con limosnas los pecados* ⁽²⁾; palabras que sólo no han entendido los malos, obstinados en cerrar sus oídos á la voz de la conciencia para abrirlos á todos los incentivos de la pasión.

La beneficencia ha sido y será siempre el gran camino del cielo.

(1) *Salmo, XI, 6, etc.*

(2) *Daniel, IV, 24.*

CAPÍTULO XIV

De la humildad que caracteriza á los verdaderos siervos de Dios

El farisaísmo era radicalmente orgulloso, aun en presencia de Dios.—Los Apóstoles motivan oportunamente el que Jesús lo condene.—*Auméntanos la fe.*—Según derecho, Dios no debe nada al hombre. Esta teoría es el verdadero fundamento de la humildad.—Parábola del *Fariseo y del Publicano.* (*Lucas, XVII, 5-10; XVIII, 9-14.*)

El gran mal del farisaísmo no consistía solamente en la altanera dureza con que trataba á los pecadores, ó en la avaricia que cerraba sus oídos á los gemidos del pobre, sino en algo más detestable todavía: en el orgullo de que se hinchaba cuando creía haber observado escrupulosamente la ley, hasta el extremo de creer que Dios le estaba obligado, por lo que se erguía soberbio delante de Él para reclamar, como un derecho adquirido, su recompensa ó, por mejor decir, su salario. Á buen seguro que nada podía haber ni menos fundado ni más odioso que semejante pretensión; en todo caso, era esto la negación del verdadero sentimiento religioso, y más que suficiente para emponzoñar las mejores intenciones y comprometer las más generosas virtudes.

Jesús, con implacable persistencia, combatía esta funesta ilusión. Así, cierto día, volviendo quizá de alguna misión coronada por el éxito, y cediendo á ese sentimiento natural del corazón humano que, después de una buena obra, olvida tan fácilmente el concurso de la gracia para no ver más que su propio mérito, los Apóstoles le dijeron: «Auméntanos la fe,» lo que en sus labios equivalía á decir:

«Concedéndonos en mayor grado el don de hacer milagros.» ¿Entendían reivindicar el premio de sus fatigas? Es posible. En el fondo, su deseo tenía algo de excelente, puesto que solicitaba un aumento de poder para el bien general. Pero el ojo del Maestro sorprendió en él un germen de la tendencia farisaica que tan vivamente detestaba. Como el tono de su demanda revelase un sentimiento de satisfacción personal bastante acentuado, comenzó por humillarlos diciendo: «Si tuviereis fe tan grande como un granito de mostaza, diríais á ese sicomoro ⁽¹⁾: Arráncate de raíz, y trasplántate en el mar, y os obedecería.» ¡Cuán débil sería su fe, supuesto que una semilla tan pequeña era para ella un símbolo desproporcionado! En consecuencia, es immotivada su pretensión al suplicar que el Maestro aumente lo que ni en germen está en sus corazones. Por lo demás, no debían ignorar que, por débil que sea, la fe, cuando es verdadera, basta para realizar las obras que ellos se proponían. Por ella, en efecto, el hombre religioso se asocia de tal manera á la vida de Dios, que parece participar de su omnipotencia. Fortalecido con el poder de su Padre sobre todas las criaturas, el creyente puede mandar á los elementos y á los malignos espíritus, si la gloria de Aquel así lo exige. El sicomoro que Jesús señala con el dedo, es probablemente la imagen del reino de Dios, primitivamente establecido en la tierra privilegiada de Israel. Bastará un poco de fe en el alma de los Apóstoles para desplazar con una palabra, con una señal, el sicomoro y plantarlo en medio del proceloso mar de la gentilidad.

Engañáanse, pues, por completo al desear el desenvolvimiento de una fe que no tienen ni siquiera en estado rudimentario; pero son culpables al reivindicarla como una recompensa que les es debida.

(1) El árbol llamado *συκάμωρος* ó *higuera de Egipto*, es un término medio entre la higuera y el moral. Tiene las hojas y el tamaño del moral y el fruto de la higuera. Véase Dioscórides, I, 182; Diodoro, I, 34; Plinio, *H. N.*, XIII, 14. Las formas *Schiquim* y *Schiquoth* están mencionadas en III Reyes, X, 27; *Isaias* IX, 10; *Amós* VII, 14; *Salmo*, LXXVIII (LXXVII), 47.

«¿Quién hay entre vosotros—dijo Jesús,—que teniendo un criado de labranza ó pastor, luego que vuelve del campo, le diga: Ven, ponte á la mesa; y que al contrario no le diga: Disponme la cena, cíñete, y sírveme mientras yo como y bebo, que después comerás tú y beberás? ¿Por ventura el amo se tendrá por obligado al tal criado, de que hizo lo que le mandó? No por cierto. Así también vosotros, después que hubiereis hecho todas las cosas que se os han mandado, habéis de decir: Somos siervos sin ningún mérito (1); no hemos hecho más que lo que ya teníamos obligación de hacer.» ¡De cuán diferente manera se aprecian las obras del hombre según se las considere desde el punto de vista del derecho ó del de la misericordia, según que se las examine con el ojo de la justicia de Dios ó con el de su amor! La justicia dice al obrero que vuelve del trabajo: Yo nada te debo, porque lo que has hecho, ya te lo pagué de antemano; y tiene razón. El amor dice al servidor diligente: Siéntate á la mesa, que voy á servirte; y también tiene razón. No confundamos jamás los sagrados derechos de aquélla y las asombrosas condescendencias de éste. Dios puede amarnos con la más exquisita ternura, sin que por ello nos esté obligado porque hemos cumplido con nuestro deber. Somos obra suya, le pertenecemos, se lo debemos todo, y Él no nos debe ni tan sólo un segundo más de vida. Sería, pues, muy insensato cualquiera que pretendiese hacer valer sus servicios á los ojos de este Maestro soberano. Dejemos humildemente á su corazón de Padre el cuidado de discernir nuestros esfuerzos para agradarle y nuestra buena voluntad para honrarle; guardémonos de erguirnos apelando á su justicia. La sentencia que provocaríamos no nos sería favorable.

(1) Se traduce generalmente *ἀρχειν* por *inútiles*, pero esta expresión significa aquí siervos que han cumplido con su obligación. Por tanto, el amo no les debe un reconocimiento especial. Así se halla el hombre con respecto á Dios. Aun cuando la criatura se ha portado fielmente, no tiene ella, desde el punto de vista del derecho, nada que pedir al Creador de quien lo ha recibido todo. Desde el punto de vista del amor y de la misericordia, el asunto cambia de aspecto.

En esta doctrina de profundidad admirable, estableció Jesús la verdadera base de la humildad. El hombre comienza solamente á ser algo cuando tiene el sentimiento perfecto de su nada delante de Dios. La misericordia del Padre no nos ensalza sino hasta después que nos hemos humillado ante la suprema autoridad del Maestro. Aquí debe naturalmente colocarse una parábola que sólo San Lucas nos ha conservado, poniéndola un poco más tarde, donde no tiene conexión ni con lo que la precede ni con lo que la sigue ⁽¹⁾. Esta parábola acaba de manifestar el pensamiento del Maestro acerca de aquellos que, confiando en sus propios méritos, presumen de justos y desprecian á los demás.

«Dos hombres—dijo Jesús—subieron al templo á orar; el uno era fariseo, el otro era publicano.» La comparación tiene algo de mortificante, pues reúne ante Dios los dos extremos de la sociedad judía: el uno con su justicia ejemplar, su escrupulosa observancia, su santidad legal; el otro con sus pecados, su vida ignominiosa, su pública indignidad. Si el uno logra hacer su oración con aquel sentimiento profundo de la indignidad personal que comunica elocuencia á la plegaria, será sin duda alguna el primero, ya que no puede ignorar la ciencia de la oración, supuesto que pasa la vida en el estudio y cumplimiento de la ley. El segundo, que ha vivido siempre en el desorden, la injusticia y la impiedad, no sabría hablar á Dios por estar habituado á no conversar más que con los pecadores. Y, sin embargo, va á suceder todo lo contrario. La razón está en que la plegaria se inspira, no en la cabeza, sino en el corazón; no en una orgullosa satisfacción de sí mismo, sino en una saludable humildad; no en la fría austeridad de una vida sin pasiones, sino en el generoso transporte de arrepentimiento y de amor.

Ambos están ya en el templo, y el personaje más importante será el primero en hablar. Comienza por separarse

(1) *Lucas*, XVIII, 9.

de la multitud, y aproximándose al santuario, yérguese tan alto como es ⁽¹⁾. Diríase que ha ido á mostrar su arrogancia á Dios y á los hombres. Colocado ya en sitio muy visible, empieza interiormente su oración en estos términos: «Oh Dios, yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como este miserable publicano.» Su orgullo insolente, en vez de suplicar, da las gracias. Nada necesita. Nadie es tan justo como él, es una excepción en el mundo, y este prodigio de la especie humana tiene plena conciencia de su incomparable santidad. Todos los demás no son sino unos miserables; él ha visto las irregularidades de su vida exterior, al propio tiempo que conoce los pecados secretos y los sentimientos de su corazón. En su propia vida, en su propio corazón, no ha visto nada; en esto consiste su gran desgracia. Juzga á los otros para absolverse á sí mismo. En su orgullosa presunción, señala con el dedo las víctimas que condena, dirige sus miradas, no con humildad y amor al altar, sino con orgullo y desprecio al pobre publicano que ora en un rincón del templo, y todo para contemplarse luego á sí mismo con estúpida satisfacción.

Para que su impudencia llegue al colmo, probará que Dios es su deudor, pues nada tiene que agradecerle, antes bien Dios ha de estarle agradecido. «Yo ayuno—dice—dos veces á la semana, y pago los diezmos de todo lo que poseo.» No llegaba á tanto la obligación de un buen judío. Moisés había solamente prescrito un día de ayuno durante el año, en la fiesta de la gran Expiación ⁽²⁾. Algunos piadosos personajes ayunaban con mayor frecuencia; pero el fariseo, deseoso de aventajarlos, ayunaba dos veces por

(1) Los judíos rezaban ora en pie (III *Reyes*, VIII, 22; II *Paral.*, VI, 12; *Mat.*, VI, 5, *Marc.*, XI, 25), ora de rodillas (*Daniel*, VI, 10; II *Paral.*, VI, 13; *Hechos*, IX, 40; XX, 36; XXI, 5), según el sentimiento que los animaba. Los cristianos conservan esta costumbre; sin embargo, los católicos ordinariamente oran de rodillas, fundándose en la tradición constante de la Iglesia y en la práctica más común de los primeros cristianos. Aquí el fariseo orgulloso se ha puesto delante de Dios, *de pie, orabéis*, tan arrogantemente como le es posible.

(2) *Levit.*, XVI, 26; *Núm.*, XXIX, 7.

semana. Según la ley, el israelita no estaba obligado á pagar sino el diezmo de los productos importantes de la tierra. De los granos, de los frutos, de las pequeñas legumbres nada se decía (1). Pero el fariseo no admite ni categorías ni excepciones, sino que paga, con la mayor escrupulosidad, el diezmo de todo cuanto recoge, y esto lo sabe todo el mundo. Por esto su vanidad descansa satisfecha ante el espectáculo de su heroica perfección. Ha dicho lo que él es, lo que hace y lo que da. Su oración ha terminado; y como en ella ha nombrado á Dios, pero sin mostrar su gratitud, ocupado orgulosamente en hacer su elogio personal, saldrá del templo sin haber obtenido nada porque nada ha pedido.

«Al contrario, el publicano reza escondido en un rincón del templo, sin atreverse á levantar sus ojos al cielo y dándose golpes de pecho (2).» ¡Qué contraste! El uno se acerca á Dios con presuntuosa familiaridad, el otro se aparta con temor santo; aquél se separa del vulgo para hacer ostentación de su santidad, éste no sabe donde esconderse para ocultar su miseria. El fariseo levanta su cabeza, su voz, quizás sus manos, como estatua en éxtasis que todos pueden admirar; el publicano, convencido de su indignidad y de la majestad del Dios en cuya presencia se halla, no se atreve ni siquiera á levantar su mirada. Con respeto mezclado de pavor pronunciará su nombre terrible, queriendo que este grito salga, no de sus labios, sino de su corazón; y como siente que su corazón está lleno de malicia, ármase de santa cólera, su mano le hiere como para quebrantarlo y castigarlo por sus debilidades, y compungido exclama: «¡Dios mío, ten misericordia de mí

(1) *Núm.*, XVIII, 21; *Deut.*, XIV, 22; *Levit.*, XXVII, 30. (*)

(*) Para mayor claridad puede consultarse estos textos y verse la nota de la pág. 326.—(N. del T.)

(2) La frase *μακρόθεν ἑστώς* nos lo muestra en lo más recóndito del sagrado recinto, como perdido en las sombras. No está ni derecho por miedo de parecer que desafía á Dios, ni de rodillas por temor de que le tengan por mejor de lo que es. Sus ojos miran al suelo, lo que supone inclinado su cuerpo, y su mano golpea su pecho. Su actitud es la perfecta antítesis de la del fariseo, caracterizada por la palabra *σθαθεῖς*.

que soy un pobre pecador!» Esta oración se reduce á tres palabras, ¡pero qué palabras! Dios, el pecador y la misericordia que une estos dos extremos. No necesitaba decir más. El hombre que así habla ha encontrado la llave de la salvación; de la humildad ha brotado la verdadera plegaria que clama misericordia, y la plegaria ha conmovido el corazón de Dios.

Con solemne autoridad que parece el eco del celeste juicio sobre estos dos hombres, termina el Maestro: «Os declaro que éste volvió á su casa justificado, mas no el otro; porque todo aquel que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.» Así, la humildad hace que germine el bien donde se hallaba el mal, mientras que el orgullo hace que germine el mal donde había el bien. Dios, que es la misma grandeza, se aparta del hombre que se exalta y se junta con el que se abate. ¡Oh misterio de la eterna sabiduría, cuya última razón está sin duda en que Dios quiere *serlo todo en todos*! Dios viene ó se aleja de nosotros, conforme quitamos ó ponemos el *yo* en el altar de nuestro corazón.

CAPÍTULO XV

Jesús va á Betania para resucitar á Lázaro

El mensaje de Betania.—Respuesta del Maestro.—Dos días de demora.—Repugnancia de los discípulos en ir á Judea.—Llegada á Betania y diálogo con Marta.—María se reúne con su hermana.—Emoción de Jesús.—*¿Dónde lo habéis puesto?*—Jesús llora ante la tumba.—Motivos de su plegería al Padre.—*Lázaro, ven fuera.*—Consecuencias del milagro para los concurrentes. (*Juan*, XI, 1-46) (1).

Estando Jesús ocupado en este ministerio en Perea, un emisario llegó de Betania con malas nuevas. Lázaro estaba gravemente enfermo, y sus hermanas pensaron en recurrir á la omnipotencia de su amigo Jesús. Sabían que se hallaba en la otra parte del Jordán, y, según parece, estaban también al corriente de sus excursiones apostólicas.

Como en aquel momento, dado que la irritación de los judíos había llegado á su paroxismo, podía resultar verdaderamente peligroso llamar al Maestro junto á los mismos muros de Jerusalén, Marta y María habíanse esmerado en formular un mensaje con la más discreta reserva, deslizando muy delicadamente la palabra de afecto que debía

(1) Los Sinópticos han pasado por completo en silencio este hecho que es uno de los más importantes de la historia evangélica, pues provoca las resoluciones extremas del Sanedrín contra Jesús. Cuentan, sin embargo, pero sin la menor alusión, el convite de Betania, que con él se relacionaba de un modo directo. Asimismo, la entrada en Jerusalén no es, en parte, sino una consecuencia de la resurrección de Lázaro. ¿Cómo explicar que los que han contado lo uno no digan ni una palabra de lo otro? Semejante silencio no es menos sorprendente que el de San Juan á propósito de la institución de la Eucaristía. Todas las hipótesis que se han imaginado no nos dan la clave del enigma, la cual muy probablemente está por completo en el carácter fragmentario de los Sinópticos. La resurrección de Lázaro no entró en el plan sinóptico por una serie de circunstancias fortuitas y desconocidas. Con todo, San Mateo, á pesar de que sólo cuenta la resurrección de la hija de Jairo, dice que Jesús resucitaba *los muertos* (cap. XI, 5).

motivar una respuesta favorable. El corazón de la mujer se distingue de ordinario en dejar adivinar lo que desea sin categóricamente exigirlo. «Señor—dijo el emisario,— mira que aquel á quien amas está enfermo.» Ante todo se ha puesto la razón que puede determinar á Jesús á emprender el viaje: Lázaro es su amigo y se halla en peligro. Sin embargo, como las dos hermanas, ni aun para salvar á su hermano, quieren exponer la vida del Maestro, su emisario se contentará con anunciar el suceso, sin ser más explícito en la demanda. Jesús, teniendo en cuenta estos motivos, resolverá, según su sabiduría y su amistad, si debe ir ó no.

Jesús, al recibir el mensaje, se limitó á decir delante de todos: «Esta enfermedad no es mortal, sino que está ordenada para gloria de Dios, con la mira de que por ella el Hijo de Dios sea glorificado.» El emisario de las dos hermanas se volvió con esta respuesta. Debió ella parecer tanto más desconcertante, cuanto llegó á Betania después de la muerte de Lázaro, lo que parecía comprometer la omnisciencia del Maestro. Sin embargo, la palabra de Jesús, considerada con mayor cuidado, contenía una evidente alusión á una obra milagrosa que Él había previsto y también prometido. Quizás el Señor no se había servido de un giro equívoco sino para probar útilmente á unas almas que le eran tan queridas, y que sabía que estaban firmes en la fe. En realidad, no había dicho que Lázaro escaparía de la muerte, sino más bien que su muerte no sería definitiva. En efecto, ¿cómo hubiese podido brillar la gloria de Dios, si la salud de Lázaro se hubiese restablecido de un modo natural y sin una intervención muy inmediata de Jesús? La misma solemnidad con que habla de esta gloria no nos permite pensar simplemente en una de las curaciones que Él obraba todos los días en virtud de su poder taumatúrgico. Es evidente que se refería á algo más prodigioso.

Ahora bien, el Evangelista añade con candorosa sencillez: «Jesús amaba á Marta, y á su hermana María y á

Lázaro ⁽¹⁾.» Demoró, sin embargo, su partida; y sin temor de parecer indiferente ó impotente, esperó todavía dos días. Muchos han supuesto que este retraso fué motivado por alguna obra importante, comenzada ya, y que no era prudente abandonar. Pero los verdaderos motivos hay que buscarlos en una razón más elevada. Según el plan divino, Lázaro debía ofrecer al Hijo del hombre una ocasión excepcional de manifestar su poder. Curar solamente á un enfermo ó resucitar á un hombre que acababa de morir, sería renovar sencillamente uno de los numerosos prodigios que no habían ejercido una acción decisiva sobre aquellos que los habían presenciado. Jesús quiere algo absolutamente inaudito y eficaz. Si en Betania lloran cuatro días, la gloria de Dios será mucho mayor.

Transcurridas cuarenta y ocho horas—dijo á sus discípulos:—«Vamos otra vez á Judea.» Él solo nombre de Judea, pronunciado con intención, los hizo estremecer. Si hubiese dicho sencillamente á Betania, los hubiese asustado mucho menos. «Maestro—exclamaron al instante,—hace poco que los judíos querían apedrearte, y ¿quieres volver allá? Respondióles Jesús: Pues qué, ¿no son doce las horas del día? El que anda de día, no tropieza porque ve la luz de este mundo, pero quien anda de noche, tropieza, porque no tiene luz.» Tomadas en su sentido natural, estas palabras podían significar que no había ningún peligro en emprender el viaje. En una jornada de doce horas, podían llegar á Betania. No era de temer que el enemigo atacase al pequeño ejército durante el día; y al llegar la noche, estarían ya en la plaza fuerte, donde la amistad los defendería de cualquier golpe de mano. Los Apóstoles interpretaron indudablemente de esta suerte el pensamiento del Maestro. Pero la mente de Jesús era muy distinta. Había considerado siempre el tiempo de su misión en la

(1) Juan emplea el verbo ἀγαπά, que designa el afecto, no en lo que éste tiene de más tierno, como φιλεί, sino en lo que tiene de más digno. Como que, en esta ocasión, el objeto del afecto no era solamente Lázaro, sino también dos mujeres, el Evangelista se sirve con preferencia de la expresión que caracteriza mejor á una amistad más bien firme que cariñosa.

tierra como una laboriosa jornada que su Padre, á manera de sol bienhechor, debía iluminar con sus rayos protectores, hasta que llegase la hora del enemigo y la invasión de las tinieblas. En este sentido había dicho en otra ocasión: «Yo trabajo mientras dura el día.» Sabe, pues, que el día no debe terminar aún, porque su misión no está completa. Pueden, por lo tanto, volver á Judea sin temor, que Dios, interesado en el acabamiento de su obra, velará sobre sus obreros.

Dejólos Jesús que reflexionasen un momento sobre aquellas palabras que deberían haberlos tranquilizado. Después, viéndolos vacilantes é inquietos, les dijo: «Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy á despertarle del sueño.» Lo mismo había dicho de la hija de Jairo: «La muchacha no está muerta, sino dormida,» como si la muerte no fuese más que la suspensión momentánea de la vida en el sueño. Con aquellas palabras, Jesús había claramente significado que, si los Apóstoles tenían mucha dificultad en seguirle, estaba resuelto á marcharse solo. Sin embargo, no deberían olvidar que Lázaro era el amigo de todos. «Señor—replícron los discípulos,—si duerme, sanará.» Así ponían en juego todos los recursos de su espíritu buscando razones que eximiesen al Maestro de una excursión que no era muy de su agrado. Obstinados en no querer comprender que Lázaro dormía el sueño eterno, suponen que, á distancia, el Maestro ha enviado al enfermo un sueño reparador, que le ve además tranquilamente adormecido, y que, por tanto, hay seguridad de su curación. ¿Á qué, pues, exponerse por quien está fuera de peligro? Cansado Jesús de sus objeciones, díjoles claramente: «Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, á fin de que creáis.» Ya en otra ocasión dijimos que su fe era muy débil. Jesús parece indicar que, en realidad, no creían. Hay que esperar que nacerá definitivamente su fe á vista del prodigio de que serán testigos. Por esta razón el Maestro se felicita de no haberse hallado en Betania cuando Lázaro enfermó. No habría podido negar su curación á sus ami-

gos, y los discípulos no habrían visto el asombroso prodigio de su resurrección. «Pero vamos á él»—exclamó, arrastrando así la pequeña comitiva, hondamente emocionada por tan triste noticia.—Entonces Tomás ⁽¹⁾ dijo á sus compañeros: «Vamos también nosotros, y muramos con Él.» Por estas palabras se ve que los Apóstoles tomaban seriamente lo del peligro de aquel viaje. Creían marchar á la muerte. Es de extrañar que, en esta ocasión, el apego de los Apóstoles á la persona del Maestro descansa más sobre el afecto que sobre la fe. No quieren abandonarle porque le aman; temen seguirle porque no confían en las palabras tranquilizadoras que acaba de dirigirles.

Al llegar á Betania, supieron que hacía cuatro días que Lázaro estaba sepultado ⁽²⁾. Gran número de parientes y amigos, llegados sobre todo de Jerusalén, que apenas distaba tres kilómetros, habíanse reunido para tomar parte en el duelo de las dos hermanas ⁽³⁾. Entre los judíos se sepultaba el cadáver el día mismo de la muerte y antes de ponerse el sol, pero las visitas de pésame duraban ordinariamente una semana. Así se hizo en esta ocasión, pues el Evangelio nos deja entrever que en la pudiente familia de Betania se observaron las reglas de urbanidad y de etiqueta propias de la clase distinguida ⁽⁴⁾.

(1) El Evangelista, escribiendo para un medio griego, como lo era Éfeso, observa aquí, como más tarde, XX, 24 y XXI, 2, que Tomás y Didimo, con el cual nombre era más conocido en los centros helenistas, es una sola persona. Respectivamente en arameo y en griego, dicha palabra significa *Gemelo*.

(2) Lázaro había probablemente fallecido el mismo día en que se despachó el mensaje á Jesús. Como no sabemos en qué punto de Perea se encontraba el Maestro, no se puede precisar cuánto tiempo tardó en recibir el recado, ni cuánto empleó en llegar á Betania; pero es evidente que con las cuarenta y ocho horas de demora en Perea y el tiempo gastado en el camino, resultan los cuatro ó cinco días, completos ó comenzados, que menciona Juan, XI, 17.

(3) Como no se hace mención de ningún hombre, padre ó cuñado de Lázaro, sino únicamente de las dos mujeres, se ha creído que ellas solas constituían la parentela inmediata del difunto.

(4) El Evangelista representa á las dos hermanas como sentadas ceremoniosamente en su duelo, rodeadas de sus domésticos. Las doncellas participaban del duelo ó de los ayunos de sus amas. (*Ester*, IV, 16.)

Marta, en calidad de dueña de la casa, extremadamente solícita—este su carácter nos es ya conocido,—es la primera en enterarse de la llegada de Jesús. Sin detenerse en avisar á su hermana, cuyo carácter la llevaba á encerrarse en un dolor más silencioso y más sosegado, voló al encuentro del Maestro. La aflicción hace olvidar los miramientos de que se vale ordinariamente la misma amistad al hablar á un superior, y, al través de las lágrimas, sólo ve al amigo. Marta, con acento de tierno reproche, exclama: «¡Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto!» Después, con la discreción de una mujer bien educada y la fe de una creyente, añade: «Sin embargo, estoy persuadida de que ahora mismo te concederá Dios cualquiera cosa que le pidieres.» Creía en la posibilidad de resucitar á su hermano, pero no se atrevía á formular explícitamente una petición tan exorbitante. Esta confianza, quizá súbitamente inspirada por alguna palabra de los discípulos sobre las intenciones de Jesús, y autorizada, de otra parte, por todo lo que sabía del poder del Maestro sobre la muerte, la honra singularmente. Sin embargo, no puede negarse que, en su expresión, hay algo de imperfecto. Jesús no tiene necesidad de rogar á su Padre para devolver la vida. Pronto demostrará que le basta su poder personal. «Tu hermano resucitará—le dice.—Sí—replica Marta,—bien sé que resucitará en la resurrección universal en el último día.» En este tono, desanimado en apariencia, y con su muda tristeza, deja entrever su deseo de obligar á Jesús á que explique su respuesta. Al punto el Maestro: «Yo soy la resurrección y la vida,»—dice con significativa solemnidad.—No hay que esperarla para el fin de los siglos; está presente, y Aquel que está hablando la tiene en sus labios. El Hijo del hombre, que debe resucitar al mundo en lo por venir, puede muy bien resucitar á un muerto en lo presente. Mas, para merecer su poderosa intervención, hay que creer que Él es realmente la vida, y esto en el sentido más amplio y elevado de la palabra. Marta le ha hablado de pedir al Padre. El Verbo, que tie-

ne en sí mismo la vida, por quien han sido hechas y subsisten todas las cosas, no tiene necesidad de interceder, sólo tiene que obrar. «Quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá—añade Jesús;—y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.» ¿Trátase aquí de la vida espiritual y de la vida eterna, frutos inmediatos de una fe seria en el Salvador? Sí, pero en un sentido especial. El Maestro quiere probablemente decir que, supuesto que Él es la vida bajo su expresión más elevada, no podría haber muerte real para aquellos que le están íntimamente unidos por la fe. ¿Por ventura puede llamarse muerte el tránsito de la vida cristiana en el tiempo á la vida feliz en la eternidad? La muerte supone la entrada en las tinieblas, y, para el fiel es el paso á la perfecta luz. En este sentido dijimos en otra parte, con el Maestro, que los verdaderos creyentes no mueren. Con todo, puede también entenderse que Dios, en determinadas circunstancias, da á los verdaderos fieles poder de mandar á la misma muerte, arrancándole sus víctimas.

«¿Crees tú esto?»—exclama el Maestro.—Esta es la primera condición para que se efectúe el milagro. Marta ha comprendido la lección, y al punto corrige, en una nueva profesión de fe, lo que, poco antes, había dejado escapar de inexacto. «¡Oh Señor!—dice—siempre he creído que tú eres Cristo el Hijo de Dios, que has venido á este mundo.» Ciertamente, acaba de dar, conforme quería el Maestro, un testimonio espléndido en claridad y ardor. Si pidió á Jesús que rogase al Padre, no fué porque lo creyese un simple profeta, no; desde largo tiempo lo ha tenido por Hijo y no por siervo de Dios. Sabe que ha bajado del cielo para tomar nuestra humana naturaleza, hacerse el Hombre-Dios, el Cristo anunciado por los divinos oráculos y esperado de Israel. He aquí su símbolo de fe. Si no ha repetido sencillamente la definición que de sí mismo ha dado Jesús, es porque ha pensado decir aún algo más, y sobre todo expresarse en términos que ella comprende mejor, porque los ha meditado mucho tiempo.

Satisfecha de su respuesta y de las favorables disposiciones que presiente en el Maestro, comienza á esperar en favor de su hermano. Entra precipitadamente en la casa, como quien va en busca de un auxilio decisivo. Conoce la influencia que su hermana puede tener en el corazón del Maestro, y juzga que es tiempo de servirse de ella. Parece, por otra parte, que Jesús mismo había preguntado por ella ⁽¹⁾. Marta, pues, tomando aparte á su hermana, le dice: «El Maestro está aquí, y te espera ⁽²⁾.» Jesús no había visto la oportunidad de presentarse en una reunión tan heterogénea para pedir á las dos hermanas el acto de fe de que dependía la resurrección de su hermano. La categórica respuesta de estas animosas creyentes habría motivado muchas reclamaciones, y la incredulidad de los unos habría sido una sombra detestable junto á la luminosa fe de los otros. El Salvador se había detenido quizás fuera de la aldea, no lejos del lugar donde la familia tenía su cueva mortuoria. Al oír estas palabras: «El Maestro está aquí y te espera,» María se levanta apresurada, abandona á los concurrentes, y, rápida, como el entusiasmo de su corazón, vuela á su encuentro. Los visitantes, creyendo que, transportada de dolor, ha ido á desahogar su pecho junto al sepulcro, síguenla para llorar con ella y calmar su arrebató. De esta suerte, los testigos, sin sospecharlo, corrian en masa para ver con sus propios ojos y tocar con sus propias manos el milagro que Jesús iba á obrar.

Llegar adonde estaba Jesús y, por entre el grupo de los discípulos, arrojarse á sus pies ⁽³⁾, fué una misma cosa para María. Allí repite llorando las palabras que más de una vez había cambiado con su hermana: «¡Señor, si hubieses estado aquí, mi querido ⁽⁴⁾ hermano no habría muer-

(1) A lo menos así lo dice Marta á su hermana.

(2) Diríase que Jesús no tenía otro nombre que el de Maestro ó Señor para esta piadosa familia, donde era realmente dueño de todos los corazones.

(3) Ya hemos dicho que junto á Jesús la piadosa amiga no sabía encontrar otro sitio.

(4) En la frase *οὐκ ἔν μου ἀπέθανεν ὁ ἀδελφός*, la colocación particular de la

to!» Su lenguaje es absolutamente igual al de Marta, con la sola diferencia de que María se contenta con insinuar, con su actitud suplicante, la petición que su hermana había añadido á su tierna queja. Es que sabe muy bien que, en su mirada, el Maestro leerá las deseos de su corazón. El mismo silencio que guarda después de esta primera frase de profunda pena, tiene algo de particularmente conmovedor. Marta, más positiva, habló como mujer inteligente; María, más sentimental, habla como mujer de corazón. Los judíos que la habían seguido, lloraban con ella.

Jesús no permaneció insensible ante este espectáculo, y el Evangelista nos dice que «se estremeció en su alma, y turbóse.» ¿Qué fué este estremecimiento ⁽¹⁾ que reaparecerá en el momento de denunciar al traidor durante la Cena, y cuyo pleno desenvolvimiento, próxima ya la catástrofe final, será la angustia de Getsemaní? La causa hay que buscarla en dos sentimientos opuestos que se agitan en su alma: de una parte, su vivo deseo de llevar á cabo la obra que esperan de su omnipotencia, y, de otra, la conciencia plena de las fatales consecuencias que esa obra le ha de reportar. Resucitar á Lázaro, es darse á sí mismo la muerte. Un milagro de esta especie, en las puertas de Jerusalén, hará definitivamente estallar los odios más implacables, y muchos de esos mismos judíos que ahora ve llorar con sus amigas y pedir quizás el prodigio por ellas

palabra μου, *mío*, demuestra que María insistía con intención en este vocablo como para indicar que había perecido una parte de su propio ser. (*)

(*) Esta construcción enfática, cuya traducción literal sería: «non meus esset mortuus frater», parece que sólo se halla en las ediciones de C. Tischendorf. — (N. del T.)

(1) Algunos han creído que Jesús se había indignado contra su propia sensibilidad; pero esto no tiene fundamento, pues en seguida se dejará llevar por ella con encantadora sencillez. Otros suponen que le desagradaba la actitud de la muchedumbre; pero sería difícil decir el por qué, pues todos lloraban como las dos hermanas. ¿Es que mostraba su desagrado contra un enemigo invisible? ¿Contra la muerte, cuyo poder iba á humillar? ¿Contra el pecado, contra Satanás, autores de la muerte? Muchos lo sostienen. Pero inspirándonos en pasajes análogos del Evangelio, donde el alma de Jesús experimenta una emoción parecida á ésta, llégase á la explicación que proponemos y que es la más satisfactoria.

deseado, irán á juntarse mañana con el Sanedrín para gritar que, en razón de este mismo prodigio, merece la muerte. Esta clara visión que Él tiene del mal, dispuesto á triunfar en razón del bien mismo que se le pide, motiva un santo estremecimiento mezclado de indignación en la parte superior de su alma. Pero su determinación está tomada: hará el milagro. «¿Dónde lo pusisteis?»—dice resueltamente. En realidad no desconocía el lugar de la sepultura. Aquel que, á pesar de hallarse lejos de Betania, había visto, por su presciencia divina, morir á Lázaro, sabía ciertamente en qué tumba lo habían depositado. La pregunta de Jesús, como aquella de Dios á Adán en la floresta del paraíso terrenal: «¿Dónde estás?», no supone necesariamente ignorancia en el que la hace. Quizás no tiene otro objeto, como en la conversación con la Samaritana ó con los discípulos de Emaús, que recordarnos que había en Jesús dos naturalezas, y que en Él jamás hay que separar al hombre que pregunta del Dios que resucita. «Ven, Señor, y lo verás,»—respondieronle;—y se dirigieron hacia el sepulcro.

Nada hay más angustioso que el mirar la losa bajo la cual descansan aquellos á quienes hemos amado. El corazón se rompe ante la triste é inexorable realidad. Al pie del monumento fúnebre, las dos hermanas redoblaron sus gemidos. La multitud se lamentaba con ellas. Semejante espectáculo enterneció de nuevo á Jesús, y, con grande admiración de los judíos, vióse arrasarse en lágrimas sus divinos ojos ⁽¹⁾. Ordinariamente se cree que los hombres superiores están por encima de esos enternecimientos, como si una exquisita sensibilidad no fuese una de las más hermosas dotes del alma humana. San Juan ha juzgado de distinta manera en su Evangelio y, cuanto más nos muestra á Dios en Jesús, tanto más parece querer que en Él veamos al hombre. ¡Cuánto nos consuela ver en este

(1) El Evangelista no dice de Él, como de los otros, *εκλαυσειν*, sino *εδάκρυσεν*, para significar que lloró sin gemidos. La emoción que experimentó fué digna y mesurada.

buen Salvador un amigo fiel que comparte las tristezas de sus amigos! No es frío como el mármol, ni está enteramente fuera de nosotros como un puro espíritu; tiene un corazón de carne, ama, siente, llora y se asocia á todos los actos de la humanidad virtuosa para divinizarlos. Á las dos mujeres de Betania les pertenece el honor de haber hecho derramar, por simpatía, lágrimas tan santas á Aquel que no había llorado ni en casa de Jairo, ni ante el cortejo fúnebre de Naím. Junto á otros muertos, su corazón había sentido sólo una compasión divina; ante el cadáver de un amigo, experimenta la ternura de un afecto humano.

Al ver que las lágrimas corrían por sus mejillas, muchos, conmovidos de su ternura, exclamaban: «¡Ved cómo le amaba!» Otros, menos bien dispuestos, decíanse entre sí: «Pues éste que abrió los ojos de un ciego de nacimiento, ¿no podía hacer que Lázaro no muriese?» Dar la vista es, en efecto, más difícil que detener el curso de una enfermedad. Si Jesús no ha impedido la muerte de Lázaro, es por impotencia ó por indiferencia. En el primer caso, ¿por qué presentarse como taumaturgo? En el segundo, ¿por qué llorar á quien ha dejado morir?

Observaciones tan malévolas dan á entender al Maestro que los enemigos no están lejos. Á través de su aflicción hipócrita, le observan con malicia. Por segunda vez, su alma se estremece santamente. La inminencia del peligro es evidente, pero al punto domina Jesús su impresión. «Quitad la piedra»—dice con autoridad.—La tumba, observa el Evangelista, era una gruta, y una piedra cerraba la entrada. ⁽¹⁾ En ese momento, Marta, que con sus súplicas había solicitado la audaz tentativa, parece temer. Desea casi no seguir adelante. «Maestro—dice—ya hiede, pues hace ya cuatro días que está ahí.» La resurrección deberá ser aquí una segunda creación, porque la

(1) Según dijimos en *Notre Voyage aux Pays Bibliques*, vol. I, pág. 245, la tumba que actualmente se muestra en Betania se presta con dificultad á esta explicación.

vida ha abandonado el cadáver desde largo tiempo, y ha comenzado la descomposición. El hedor del cuerpo mal embalsamado sería insoportable ⁽¹⁾; es demasiado tarde. «¿No te he dicho que si creyeres—responde Jesús con solemne acento—verás la gloria de Dios?» Aunque sorprendente, no es inexplicable el desfallecimiento que la fe de Marta parece haber experimentado entonces. Hay momentos en que el afecto concibe voluntariamente, en el corazón de la mujer, los más quiméricos temores, y tomando estos temores por peligros, se detiene en hipótesis que, á sangre fría, no hubiese discutido jamás. ¡Si Jesús no consiguiese su objeto!—decíase la fiel amiga.—Y, sin embargo, su profesión de fe había sido, poco antes, tan explícita como la de Pedro en el camino de Cesárea.

Por su parte, la muchedumbre era presa de una emoción indescriptible. Al girar la piedra sobre sí misma, hubo gran silencio.

Jesús se adelantó hacia la sombría abertura. Quería hacer imposible toda duda sobre la naturaleza y el valor del acto que iba á ejecutar. En otra ocasión habían dicho: «Hace sus milagros en nombre de Satanás.» Quiere hoy suprimir esta objeción para siempre. Delante de esa multitud, invocará solemnemente el nombre de su Padre. Si el prodigio se verifica, quedará demostrado que Dios le asiste en su doctrina y en sus obras, habrá presentado sus credenciales, y victoriosamente establecido, ante los más incrédulos, que Él es realmente el Mesías. No era posible obrar de otra suerte ante aquella concurrencia; obrar como Dios, hubiese sido rebasar su temperamento moral y escandalizarla. Á ojos enfermos hay que darles luz con precaución. Por esto Jesús hará hablar al hombre y ocultará su divinidad. Con todo, un oído atento descubrirá, en su lenguaje filial, la unión íntima, permanente, per-

(1) La ciencia del embalsamamiento entre los judíos era muy imperfecta. No le sacaban al cadáver las entrañas, ni otras partes susceptibles de descomposición. Envolviéndole en aromas y fajas, creían hacer lo suficiente para impedir la putrefacción.

fecta, que existe entre Él y el Padre. Pedirá, mas sin temor de una negativa. Pedir y ser atendido, es para Él una misma cosa. En su persona, las dos naturalezas, divina y humana, están unidas tan íntimamente, que Dios no puede negar nada al hombre, al modo que, en la unión eterna de la Trinidad, Dios Padre nada puede negar á Dios su Hijo. «¡Oh Padre!—exclama levantando sus ojos al cielo—gracias te doy porque me has oído. Bien es verdad que yo ya sabía que siempre me oyes, mas lo he dicho por razón de este pueblo que está alrededor de mí, con el fin de que crean que tú eres el que me ha enviado.» Así Dios está manifiestamente comprometido en lo que va á suceder. Si el muerto resucita, ó Dios no es Dios, ó Jesús es su representante sobre la tierra. Entonces, con voz muy fuerte, que penetra en las profundidades del sepulcro para despertar al que allí duerme, grita el Maestro: «¡LÁZARO, AQUÍ, FUERA ⁽¹⁾!» Y el muerto, sacudido en su sueño por esta orden soberana, se levanta. Sus pies y sus manos están envueltos con fajas; su rostro está cubierto por un sudario. Intenta dar un paso. La multitud se queda estupefacta. En presencia del cadáver, que se muestra claramente vivo bajo sus vestiduras de muerto, todos permanecen mudos é inmóviles. El mismo Evangelista que nos cuenta el prodigio, parece hallarse bajo la impresión que entonces experimentara. En medio de aquel pasmo general, Jesús, tan tranquilo como si hubiese concedido el beneficio más vulgar, dice á los que allí se encontraban: «Desatadle, y dejadle ir.» Como si dijese: «He hecho mi obra, haced la vuestra, quitadle las ataduras que le retienen. Sólo pide la libertad de moverse y entrar con vosotros en su casa.» Nada dice San Juan de la conmovedora escena que debió seguir al prodigio, del agradecimiento de las dos hermanas, de los sentimientos de Lázaro ni del entusiasmo de los Apóstoles. Va derecho á su objeto, á su objeto principal, que es manifestar las

(1) Es notable que Jesús no emplea verbo en este llamamiento imperativo á la muerte: *θεύρο έξω!*

consecuencias que para Jesús tuvo un acontecimiento tan grave. En el curso de su relato, nos ha mostrado al Maestro inquieto por la tempestad que el milagro debía levantar en Jerusalén, y concluye dejándonos ver la realidad de sus siniestras previsiones.

En efecto, según su relato, en el alma de muchos se obró un trabajo religioso considerable. Como que el prodigio era concluyente, creyeron en el carácter mesiánico de Jesús, sin tratar de disimularlo. Pero otros experimentaron sentimientos totalmente diferentes, y, sin pérdida de tiempo, corrieron á Jerusalén á contar á los fariseos lo que había pasado. Dirigiéronse al partido hostil esperando exasperarlo, y sus diligencias tuvieron éxito completo.

CAPÍTULO XVI

El Sanedrín decreta que es preciso acabar con Jesús. Retirada á Efraím

Reunión solemne del Sanedrín.—Acta probable de la sesión.—Palabras groseras y brutales de Caifás.—Profecía involuntaria.—Retirada de Jesús á Efraím.—Los Apóstoles deben orar constantemente para que el reino de Dios llegue.—Parábola del *Juez inícuo y de la Viuda*. (*Juan*, XI, 47-54; *Lucas*, XVIII, 1-8).

Dada la resonancia que tenía en la ciudad y en todo el país un prodigio tan grande, los jefes de Israel creyeron del caso reunirse oficialmente y deliberar sobre la situación. Ésta parecía grave, por lo que se necesitaría toda la prudencia del Sanedrín para solucionarla ⁽¹⁾. Permitir que Jesús fuese reconocido públicamente como Mesías, era aceptar todas las consecuencias que de ello pudieran seguirse. Suponían que la revolución religiosa entrañaba la revolución social. El advenimiento del Mesías no podía ser otra cosa que el restablecimiento de la teocracia en Israel, y, por consiguiente, la supresión del yugo extranjero. Pero los romanos no acostumbraban á soltar fácilmente la presa. Y entonces ¡qué luchas! ¡cuánta sangre! ¡qué catástrofe quizás! Si este levantamiento fracasaba, habría llegado el fin del pueblo judío. Harto sabían lo mucho que pesaba la férrea mano de Roma sobre los hombros de cualquiera que pretendiese sacudir la autoridad del César; ¿por qué, pues, de nuevo provocarla? Así hablaban los tímidos. Eran los saduceos. Los patriotas callaban. Ante todo y sobre todo, eran fariseos, y, para ellos, dejar que creciera la influencia de Je-

(1) *Juan*, XI, 47, hace constar que la convocatoria del Gran Consejo fué hecha «por los Príncipes de los sacerdotes y los fariseos», es decir, á la instigación de éstos y por autoridad de aquéllos.

sús, equivalía á aceptar su propia ruina. El espíritu de secta no abdica jamás. En el profeta de Nazaret veían un enemigo tan odioso como los opresores romanos. He aquí por qué, á pesar de desear la libertad de Israel, la inmensa mayoría temía todo intento de revolución. Á esos jefes del pueblo desazonábalos ver que se presentaba el Mesías por quien tan ardientemente suspiraban.

Queriendo los unos conservar su bienestar, esforzándose los otros en sostener su autoridad religiosa, cada partido lo posponía todo á sus intereses personales. Así se explica la manera como se trató el asunto delante del Gran Consejo, y las reflexiones que el Evangelista pone en boca de los jueces. «¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos, y arruinarán nuestra ciudad y la nación.» El peligro parecía tanto más inminente cuanto se acercaban las fiestas de Pascua. En presencia del poderoso taumáturgo, el entusiasmo popular corría riesgo de extralimitarse. Por lo demás, de la cuestión religiosa propiamente dicha no se hablaba. Negar el milagro hubiese sido difícil, supuesto que los testigos eran muchos; quitarle su importancia no lo parecía menos. En consecuencia, la cuestión de derecho estaba descartada. Debatíase únicamente la cuestión del bien público; y sabido es de qué crímenes son capaces los jueces cuando obran bajo esta absorbente ofuscación. La sesión se ponía borrascosa. Cruzábanse sin resultado los argumentos más diversos. Algunos partidarios de Jesús aventuraban quizás alguna tímida protesta, pero eran raros. Otros, fluctuando entre sus patrióticas aspiraciones y sus repugnancias religiosas, indecisos entre su deber y sus aprensiones, buscaban un término medio. Opinaban que debería someterse á Jesús á una nueva prueba, citarlo ante el tribunal, conocer sus planes y esperar. Éstos debían de ser numerosos, y á ellos fué probablemente á los que el Sumo Sacerdote entonces en funciones interrumpió groseramente en estos términos: «Vosotros no entendéis nada en este asunto, ni reflexionáis que nos conviene

que muera un solo hombre por el pueblo, y no que toda la nación se pierda.»

El que así hablaba era saduceo; en su lenguaje se advierte la aspereza cínica que, según Josefo, caracterizaba á esa secta positivista ⁽¹⁾. Su nombre, ó mejor, su sobrenombre, era Caifás ⁽²⁾. Desempeñaba aquel año ⁽³⁾, que debía ser el último de la Antigua Alianza, las funciones de supremo sacrificador. Le correspondería, pues, la triste gloria de extinguir los poderes de su sacerdocio en la inmola-ción de la excelsa Víctima que iba á inaugurar la Nueva Alianza. Por eso Jesús había sido destinado por él á la muerte.

El Evangelista hace notar, empero, que Caifás no comprende el verdadero alcance de sus palabras homicidas; profetiza sin darse cuenta de ello, pues Jesús morirá para la nación, y no solamente para la nación, sino para la humanidad, cuyas diversas familias reunirá en un solo pueblo. Dios á veces se complace en dar á las palabras de los malvados un sentido que ellos mismos no sospechan, demostrando así que, por encima de la perversa voluntad de aquellos, su mano todopoderosa dirige los acontecimientos, y que, á través de los crímenes del hombre, asegura

(1) En *B. J.*, II, 8, 14, dice que el trato mutuo de los saduceos era ἀγριώ-τερον.

(2) Caifás, que es lo mismo que Cefas, del arameo *Kepha*, hebr., *Keph* (*piedra, roca*), era sencillamente un sobrenombre motivado quizás por la dureza de este carácter orgulloso. Vimos que Jesús, si bien en otro sentido, dió este mismo sobrenombre á aquel que debía heredar el poder de soberano sacrificador. El verdadero nombre del sumo sacerdote Caifás era José. (Véase *Ant.*, XVIII, 2, 2, y XVIII, 4, 3).

(3) Cuando el Evangelista dice que Caifás era el Pontífice de *aquel año*, no ignora que la prerrogativa del soberano sacrificador tenía un carácter inamovible, pero sabe que en realidad los romanos habían suprimido esa dignidad de por vida. Siendo el sumo sacerdote el alma de la nación judía, los conquistadores creían peligroso dejar que un mismo personaje tuviese tiempo suficiente para asentar su popularidad. Simón, Eleazar, Ismael, inmediatos predecesores de Caifás, no habían conservado más de un año el supremo pontificado. (*Ant.*, XVIII, 2, 2). El pueblo esperaba, pues, ver en adelante cambiar de sumo sacerdote cada año, y San Juan habla bajo esta impresión. También podría ser que insistiendo intencionadamente en la frase *aquel año*, hubiese querido subrayar la fecha profética en que el nuevo sacerdocio reemplazaría al antiguo.

el reino de su providencia. Cuando Pilato por irrisión, escriba en lo alto de la cruz, en las tres lenguas del mundo civilizado, la realeza de Jesús, es evidente que, por mucha que sea su perversidad, profetizará, sin saberlo, el reino universal del Mesías. Cuando los judíos llamen sobre su cabeza y sobre la cabeza de sus hijos la sangre del crucificado, no sospecharán, en su imprecación, un oráculo cuyo terrible cumplimiento verán con terror los siglos venideros. En plena sesión del Sanedrín, la ironía divina tenía una razón particular para dictar á Caifás la sangrienta predicción: en calidad de gran sacerdote y mediador oficial entre Dios y el pueblo, el miserable era el órgano autorizado de la divinidad en Israel. La profecía era su prerrogativa.

Por grande que fuese la iniquidad de semejante opinión, la autoridad del que la había formulado hizo que prevaleciera. En aquella elevada asamblea de los sabios de Israel, hubo una mayoría para decretar que, sin oírle, sin juzgarle, por el solo hecho de que hacía prodigios y podía hacerse pasar por el Mesías, Jesús era reo de muerte. Había, sin duda, gran distancia entre la sentencia y la ejecución, porque el Sanedrín no tenía absolutamente el derecho de imponer la pena capital; pero, desde aquel día, se organizó una serie de conciliábulos para el cumplimiento del acuerdo que habían tomado.

El odio, ayudado por la intriga, tenía completa seguridad de realizar sus planes. El que hasta entonces había escapado de los manejos de partido, de efervescencias súbitas, pero poco duraderas, del furor popular, de tímidas diligencias encaminadas á apoderarse de su persona⁽¹⁾, no podría sustraerse mucho tiempo á la sentencia jurídicamente pronunciada. Según el Evangelista, «fué dada orden de que, si alguno sabía donde Jesús estaba, le denunciase al momento⁽²⁾».

(1) *Juan*, V, 16-18; XI, 22; VII, 32; *Marc.*, III, 6.

(2) *Juan*, IX, 57. Si hay que dar crédito á la tradición judía consignada en la Guemara de Babilonia (V. Lightfoot, *Hor., hebr.*, in h. l.), durante los

No era absolutamente imposible descubrir el retiro del Maestro, pero convenía, mediante un requerimiento público, hacer entender cuán peligroso y criminal se le consideraba. Se quería desacreditarle primero para quitarlo luego de en medio con más facilidad.

Jesús había abandonado, sin tardanza, las cercanías de Jerusalén, sabiendo que no podía presentarse en un medio donde el partido jerárquico tendría sus representantes. El Evangelista nos dice que se dirigió á un territorio vecino al desierto, refugiándose en una ciudad llamada Efraím ⁽¹⁾, que la mayoría de los geógrafos identifican con la moderna Taiybeh. En este caso, el desierto aludido no sería el de Judá, sino el de Betaven que es su prolongación. Sin embargo, esta identificación parece arbitraria. Sabemos que cerca del desierto de Judá, al cual muy probablemente se refiere el Evangelio, existió una antigua ciudad cuyas ruinas, El-Fará, recuerdan mejor que Taiybeh, el nombre de Efraím, que unos escriben Ofra, y otros Efrón. Además, el monasterio griego de Farán ó Farón, que visitamos en las escarpadas rocas del Uadí Fará, celeberrimo por los monjes que desde remotos tiempos lo habitaron, nos parecería levantado para consagrar el recuerdo de la permanencia de Jesús en aquellas espantosas soledades. El odio de los fariseos difícilmente podía alcanzar allí á Aquel cuya muerte había decretado. No hay asilo

cuarenta días que precedieron á la Pascua, un ujier proclamó regularmente que Jesús, seductor del pueblo, debía ser condenado á muerte. Esto concordaría bastante bien con la decisión del Sanedrín.

(1) En *Jos.*, XVIII, 23 24, Efraím es nombrada con Ofni, Dijfneh actual; en *I Reyes*, XIII, 16, está cerca de Macmás, y según *II Paral.*, XIII, 19, era vecina de Betel y Jesana. Josefo (*B. J.* IV, 9, 9) la sitúa próximamente en la altura de Betel, y no lejos de esta ciudad. Vespasiano dejó allí una guarnición y marchó contra Jerusalén. Todo esto movió á Robinsón y á otros geógrafos á identificarla con Taiybeh. De otra parte, Eusebio, en su *Onomast.*, dice que Efraím era de la tribu de Juda en la región de Elia en el 8.º miliario, y nosotros preferiríamos buscarla en El-Fará. Las nuevas ediciones de este libro llevan, es cierto, en el 20.º miliario, pero esto es debido probablemente á que San Jerónimo, de *Situ et Nom. loc. hebr.*, había corregido esta cifra al mismo tiempo que suprimía la indicación relativa á Elia, sustituyéndola por la frase *contra septentrionem*. El mosaico de Madaba, recientemente descubierto, sigue su indicación.

más seguro que el desierto para los fugitivos. Taiybeh hubiese sido un centro poco aislado para Jesús. Ciertamente que, desde allí, podía pasar inmediatamente á Samaria; mas parece que contaba principalmente con el desierto. Sea como fuese, quiso recogerse por algún tiempo en una especie de ciudad de refugio. Este aislamiento parecióle bueno para dirigir todavía á los discípulos algunas instrucciones de especial importancia, y preparar su propio corazón para la prueba final. Nada más natural que la víctima desee prepararse en la separación del mundo, la unión con Dios y la voluntaria ofrenda de sí misma.

De su parte, no se les ocultaba á los Apóstoles la gravedad de ese solemne preludio de acontecimientos supremos. Quizás el tímido corazón de los unos llegaba hasta desear que el reino de Dios no se implantase tan pronto, á fin de no ver sus terribles precursores. El espíritu ardiente de los otros se desanimaba pensando que la hostilidad general impediría el éxito. Después que las resoluciones del Gran Consejo se hicieron públicas, parecía difícil forjarse ilusiones sobre lo por venir. No sabían aquellos buenos galileos que el reino de Dios viene, á pesar de los malos, siempre que los buenos lo deseen. Pero es preciso que éstos no cesen de rogar hasta ser atendidos. Para reanimar su confianza, díjoles Jesús:

«En una ciudad había un juez, que ni tenía temor de Dios, ni respeto á hombre alguno. Vivía en la misma ciudad una viuda, la cual solía ir á él, diciendo: Hazme justicia de mi contrario. Mas el juez en mucho tiempo no quiso hacérsela.» El hecho en sí nada tenía de extraordinario; pues, si bien había muchos jueces en Israel—Moisés mandaba que los hubiese en las puertas de cada ciudad,—pocos eran buenos, y por su causa sufrían con sobrada frecuencia las viudas oprimidas. En la presente parábola, la iniquidad del magistrado es completa; no respeta nada, ni en el cielo, ni en la tierra, y la pobre viuda se ve reducida á reclamar inútilmente, cada día, lo que según derecho debía haber logrado en la primera audiencia.

Por fin, cansado de oír sus quejas, el que no se inquietaba ni de Dios ni de sus semejantes, acabó por conmoverse á causa de sus propios intereses. «Aunque yo no temo á Dios ni á ningún hombre—dijo entre sí con cínico orgullo,—con todo, para que me deje en paz esta viuda, le haré justicia, á fin de que no venga de continuo á romperme la cabeza (1).»

Tal era la semejanza. He aquí la aplicación que hizo Jesús de esta parábola: «Notad bien—añadió—lo que dijo ese juez inicuo.» En efecto, sus palabras encierran una saludable lección. Si aquél, tan malo, duro é indiferente á sus deberes, acabó por rendirse á las incesantes reclamaciones de la pobre mujer, ¿cómo Dios, tan compasivo y justo, desoír á la voz de sus hijos? Si el mal juez se ha dejado conmover, «¿dejará Dios de hacer justicia á sus escogidos que claman á él día y noche, y sufrirá que se los oprima? No, os aseguro que no tardará en vengarlos.» Preciso es, pues, no desalentarse. La humanidad, oprimida por el mal desde largos siglos, y simbolizada en la pobre viuda, pide la luz, la verdad, la libertad del bien, y todo esto le será dado por el Mesías en su muerte expiatoria y la difusión de su doctrina. Las grandes almas de esta humanidad—y Jesús conocía á algunas en torno suyo,—tienen sólo que orar incesantemente, elevando al cielo un grito de angustia. La hora de la liberación se acerca. Los malos no podrán retardarla; al contrario, sus pérfidos manejos la preparan. El reino de Dios está aquí, no como los hombres se lo imaginan, sino tal como Dios lo quiere. ¡Valor, almas creyentes!

«Pero—añade tristemente el Maestro,—cuando viniere el Hijo del Hombre, ¿os parece que hallará fe sobre la tierra?» ¿Habrán la viuda persistido en su súplica confiando alcanzar lo que desea?

(1) Muchos, tomando en el sentido literal estas palabras que creemos más conveniente entender en sentido figurado, traducen: «le haré justicia, no sea que al fin venga á arrancarme los ojos.» El verbo *ἔπιπιάσω* significa *herir á uno debajo de los ojos*. Se deriva de *ἐπίπιον*, compuesto de *ἐπί* y *πιψ*. Con este significado lo usaron Aristóteles, *Rhet.*, III, 11; Diog. Laercio, *Vitae phil.*, VI, 89. Pablo, *I Cor.*, IX, 27, se sirve de él al hablar de los castigos que impone á su cuerpo.

CAPÍTULO XVII

De cómo los primeros serán los postreros y viceversa

De diez leprosos curados, uno solo se muestra agradecido.—Es un samaritano á quien salva la fe.—Parábola de los *Obreros enviados á la viña*.—¿Qué significa el *denario* ofrecido á cada uno?—La vocación á la salvación no es la salvación.—Historia del joven rico.—Después de haber guardado los mandamientos, retrocede ante los consejos evangélicos.—La riqueza impide entrar en el cielo —Pregunta de Pedro.—Recompensa de los que lo hayan abandonado todo. (*Lucas*, XVII, 12-19; *Mateo*, XX, 1-16; *Lucas*, XVIII, 18-30; *Marcos*, X, 17-31; *Mateo*, XIX, 16-31). (1)

No debió de permanecer Jesús mucho tiempo en Efraím. Aproximándose las fiestas de Pascua, su intención era juntarse á las caravanas galileas, cuando éstas pasaran á Perea para subir á Jerusalén. Sea que no quisiese atravesar á Judea, donde sus enemigos le acechaban, sea que deseara evangelizar, á su paso, las montañas de Samaria, donde, en los comienzos de su ministerio, había tan felizmente arrojado la buena semilla, dirigióse hacia el norte. Desde allí, torciendo hacia oriente, proponíase llegar, á su debido tiempo, á los vados más concurridos del Jordán, en las cercanías de Betsán, por donde pasarían pronto las caravanas que subían á las fiestas de Pascua.

San Lucas pone aquí una frase que prueba la fidelidad de los documentos de que se sirve, y que ha reproducido sin comprender quizás todo su valor. En uno de los dos incisos en que recuerda que Jesús proseguía su viaje á Jerusalén, emprendido unos dos meses antes, observa que el Maestro atravesó la comarca limítrofe de Samaria y Gali-

(1) Hemos reunido en este capítulo algunos incidentes y discursos á los que nada les señala un sitio preciso en los Evangelios.

lea, ó también estas dos provincias ⁽¹⁾, comenzando por Samaria. Sea cual sea el sentido que se dé á este texto algo oscuro, es evidente que Jesús subió de sur á norte, pues el Evangelista cita primeramente á Samaria. Pasó de Efraím á la llanura de Esdrelón, por el camino más recto, y torciendo desde allí á mano derecha, sin subir más arriba, discurrió á lo largo de los confines de las susodichas regiones. En ellas, como en Perea, la influencia del partido jerárquico era nula. El Maestro reanudó allí el curso de sus predicaciones, multiplicando en su ruta las curaciones milagrosas que testificaban la divinidad de su doctrina.

Así, cierto día, estando para entrar en una población, encontró en su camino á un grupo de leprosos. Según toda probabilidad, estos desgraciados vivían juntos en algún lugar solitario y habían tenido noticia de su llegada. Eran diez, y entre ellos había un samaritano. La presencia de éste no debe sorprendernos, pues acabamos de decir que Jesús se hallaba en las tierras limítrofes de Samaria; ni tampoco hay que extrañarse de que viviese aquel infeliz en compañía de judíos, porque sabido es que en los grandes dolores de la vida bórranse las antipatías nacionales, reapareciendo la fraternidad humana. Llenos de esperanza, habían todos acudido para ver al taumaturgo que pa-

(1) El texto: «pasaba, διὰ μέσων, de Samaria y Galilea», puede, en efecto, significar que Jesús atravesaba sucesivamente de parte á parte á Samaria y á Galilea, ó solamente que pasaba entre ambos países. El empleo de διὰ μέσων en este último sentido es muy frecuente. Véase Jenofonte. *Anab.*, I, 4, 1, donde se habla de un río que corre entre dos murallas; Platón, *Leg.*, VII, pág. 805; comp. *Ezeq.*, XXII, 26; *Jueces*, XV, 4; *III Reyes*, V, 12. Este sentido es el que aquí se impone, pues no es admisible que el Evangelista, al precisar que Jesús continuaba su camino hacia Jerusalén (*dum iret in Jerusalem*), le haga atravesar á Galilea de uno á otro extremo. Nótese además que no pone el artículo delante de los nombres de las dos provincias: διὰ μέσων Σαμ. καὶ Γαλ. (*)

(*) La interpretación que el autor adopta es la más natural, pero no la impondrían las solas razones gramaticales que aduce. Si Jenofonte habla del Carso, que «corre por entre dos murallas», poco antes (I, 2, 2) había hablado del Meandro, que corre *al través* de la ciudad de Celena». La omisión del artículo no nos sacaría tampoco de dudas. La razón principal que apoya dicha interpretación es que no nos consta ni es probable que Jesús hubiese vuelto á Galilea después de su partida solemne de Cafarnaúm. (Véase pág. 267.)— (N. del T.)

saba ⁽¹⁾; si bien, por temor á la muchedumbre, permanecían parados á cierta distancia del camino. El sentimiento de su impureza legal los obligaba á ello. Al punto que apareció el Maestro, esforzaronse por gritar. La lepra, atacando todos los tejidos celulares, daba á la voz un sonido ronco y apagado. «¡Jesús, Maestro—murmuraban,—ten piedad de nosotros!» Un gemido tan lastimero atrajo la atención del Salvador, que, sin otro preámbulo, les respondió: «Id, mostraos á los sacerdotes.» Enviarlos á que hicieran constar su curación antes de obtenerla, era poner á prueba su fe obediente. Que en virtud de ésta recobrarían la salud durante el camino, debía muy naturalmente suponerse.

Y, en efecto, mientras iban á encontrar á los sacerdotes, fueron súbitamente curados ⁽²⁾. Sin vacilar, uno de ellos juzgó que debía olvidar á los sacerdotes á quienes se le enviaba, y acordarse solamente del bienhechor de quien se alejaba. Transportado de alegría y de gratitud, volvió atrás en busca del Maestro, glorificando á Dios á grandes voces ⁽³⁾. Alcanzóle probablemente en la aldea donde acababa de entrar, pues la rapidez del relato permite creer que todo esto sucedió rapidísimamente. Allá, postrado á sus pies, con el rostro pegado al suelo, le dió gracias.

Muy natural parece esta conducta; y, sin embargo, mereció ser muy alabada, sin duda porque contrastaba con la ingratitud ó la ligereza del corazón de los nueve leproso que no volvieron. Jesús, viendo que era solo en mostrar su agradecimiento, sintió alguna tristeza. En aquel gru-

(1) Esto es lo que indica la frase *ocurrerunt ei*.

(2) Se ha preguntado quiénes eran estos sacerdotes á los cuales el leproso samaritano fué enviado por Jesús. La respuesta más sencilla es que hablando de una manera general á un grupo de judíos, en cuya compañía estaba el samaritano, el Maestro le dejó el cuidado de ver lo que debía hacer. ¿No era lógico que aquel extranjero comprendiese que la religión de Aquel que le curaba era mejor que la suya, y concluyese que la salud venía de los judíos?

(3) De paso, puede observarse que todo fué curado en el leproso, hasta la voz, que, apagada poco antes, se hizo instantáneamente sonora, *cum magna voce*. Estos detalles son muy propios de un médico como San Lucas, y confirman la autenticidad del relato.

po de leprosos leía de antemano la historia de la humanidad. «¿Pues qué—dijo—no son diez los curados? Y los otros nueve ¿dónde estan?» Su corazón, que había contado el número de los desgraciados, tenía derecho á contar el de los agradecidos. ¡Qué diferencia! Los que poco ha pedían, eran diez, y es uno solo el que ahora da las gracias, y por añadidura no es judío, sino samaritano: «¡No ha habido quien volviese á dar gloria á Dios, sino este extranjero!» ¿Qué se habían hecho los demás? Atentos á sí mismos más que á su bienhechor, habían corrido á hacer constar legalmente su curación, para reanudar cuanto antes sus relaciones sociales, dejando para más tarde la expresión de su agradecimiento. El primer momento ha sido para el egoísmo, el segundo será quizás para la gratitud. El samaritano, á pesar de su origen humillante, ha comprendido de otra suerte su deber. Inspirándose en un corazón más generoso, se ha presentado en seguida á dar las gracias, dejando para después el cumplimiento de las prescripciones legales. Para él la ley natural del reconocimiento es primero que la ley ceremonial de la purificación. Por esto, mientras su humildad le retiene postrado á los pies de Jesús, ha merecido el honor de oír estas consoladoras palabras: «Levántate, vete, que tu fe te ha salvado.» ¿Quería el Maestro decir que confirma su curación, mientras que suspende la de los otros nueve? ¿Le da la salud del alma, después de devolverle la salud del cuerpo? Puede suponerse así.

Sea como fuere, una vez más, los últimos por el nacimiento, la cultura religiosa y la vocación á la fe, pasan á ser los primeros, con gran descontento de éstos que, por sus malas disposiciones, pasan á ser los últimos. Todas las murmuraciones de los fariseos no suprimirán este hecho. Vale más conformarse como mejor se pueda, dejando que la gracia haga su obra. El universalismo es la gran ley de la nueva Economía. El Evangelio destruye los privilegios, y establece perfecta igualdad para todos los hombres. Ofrece á cualquiera que lo desee el derecho de ser

ciudadano del Reino. Esto es lo que encontramos más explícitamente significado en una parábola de ordinario mal comprendida por los intérpretes y que tiene aquí su sitio del todo natural. Trátase de los obreros enviados á la viña.

Era la época del año en que el propietario se ocupa activamente en sus tierras. Tan pronto como las grandes lluvias han pasado, llama todos los brazos para remover el suelo, cavar el pie de las cepas y depositar allí los abonos que preparan una rica cosecha. Inspirándose, sin duda, como siempre, en el espectáculo que á sus ojos se ofrecía, habló el Maestro á sus oyentes de esta suerte:

«El reino de los cielos se parece á un padre de familias, que al romper el día salió á contratar jornaleros para su viña. Ajustándose con ellos en un denario por día, envióslos á su viña. Saliendo después cerca de la hora de tercia, se encontró con otros que estaban mano sobre mano en la plaza.» En efecto, según la costumbre oriental, allí se reunían; llevando las herramientas de su oficio, los obreros que querían contratarse. Díjoles: «Andad también vosotros á mi viña, y os daré lo que sea justo.» Y fueron. Salió otras dos veces á eso de la hora de sexta y de la hora de nona, é hizo lo mismo. Salió, finalmente, cerca de la hora undécima, y vió á otros que estaban todavía sin hacer nada, y les dijo: ¿Cómo os estáis aquí ociosos todo el día? Respondiéronle: Es que nadie nos ha contratado. Díjoles: Pues id también vosotros á mi viña. Á puesta de sol, dijo el dueño de la viña á su mayordomo: Llama á los trabajadores, y págales el jornal empezando por los postreros y acabando en los primeros. Venidos, pues, los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron un denario cada uno. Cuando al fin llegaron los primeros, se imaginaron que les daría más; pero no obstante recibieron igualmente cada uno su denario. Y al recibirlo murmuraban contra el padre de familia, diciendo: Estos últimos no han trabajado más que una hora, y los has igualado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor. Mas él por respuesta dijo á uno de ellos: Amigo, yo no te

hago agravio: ¿no te ajustaste conmigo en un denario? Toma, pues, lo que es tuyo y vete; yo quiero dar á éste, bien que sea el último, tanto como á ti. ¿Acaso yo no puedo hacer de lo mío lo que quiero? ¿Ó ha de ser tu ojo malo porque yo soy bueno? De esta suerte los postreros serán primeros, y los primeros serán postreros.»

Se ha creído sin motivo que el denario dado indistintamente á cada trabajador representa aquí la vida eterna. No puede significar otra cosa que la revelación del Mesías á las almas, su vocación al reino mesiánico, la incorporación á la sociedad nueva. Notemos, en efecto, que Él constituye para todos los trabajadores un salario absolutamente igual, mientras que, según Jesús, el cielo reserva para los méritos diversos de los escogidos diferentes grados de gloria. Además, se conviene en que los envidiosos no pueden entrar en la eterna felicidad; y, sin embargo, según la parábola, estarían en ella con el despecho en el corazón y palabras llenas de amargura en los labios. Dios mismo, concediendo idéntica recompensa al trabajo muy diferente de sus siervos, ¿no parecería un juez ciego, caprichoso y poco justo, á menos que se suponga que los llamados á última hora han compensado con su esfuerzo la corta duración del trabajo? Mas entonces esto sería rehacer la parábola, y poner en ella lo que no había. En efecto, en ella sólo se pretende poner en evidencia la gratuidad parcial del denario á los retrasados. Ahora bien, este carácter gratuito se aplica perfectamente á la gracia, la cual deja siempre á la libertad humana el derecho de acrecentar el mérito, pero se atribuye bastante mal á la salvación eterna, por cuanto ésta debe conquistarse por la virtud. Aquélla es distribuída por la misericordia, ésta es adjudicada por la justicia. He ahí por qué, entre muchos llamados á la luz del Evangelio, pueden ser pocos los admitidos á la vida del cielo. Si el denario significaba el paraíso, como que

- todos los obreros convocados lo reciben, será preciso decir que, en contra de la palabra del Maestro, tantos son los elegidos como los llamados.

En esta parábola se enseña de un modo manifiesto la vocación de todos los pueblos á la fe, sin distinción de religión y raza. Jesús quiere disipar, á vista de los judíos que le escuchan, el escándalo de un leproso samaritano que entra en el reino mesiánico. El padre de familia es Dios que sale á llamar á todos los hombres de buena voluntad á trabajar en su viña, es decir, en su gloria, trabajando en su propia salvación. Como recompensa de sus esfuerzos y medio de obtener la vida eterna, les promete un Redentor. Un denario tan espléndido parece bastante codiciable para animar aun á los más cobardes é indecisos.

Los llamados primero son los hijos de Israel; porque, remontando de edad en edad, se ve á Dios exhortándolos sin cesar á que se salven por el Mesías, ó por el conjunto de prescripciones que preparan su venida. Se puede asimismo decir que son *invitados natos* al reino, puesto que, por medio de los patriarcas, su filiación religiosa se une con Adán. Mucho tiempo ha que trabajan, pero como verdaderos mercenarios, movidos más bien por interés que por amor.

En medio de la plaza pública, que es el mundo, se hallan una multitud de almas dispuestas á ponerse á trabajar y en espera de una invitación. En ella se hallan los pecadores, los peajeros, los samaritanos, los filósofos paganos, esos trabajadores inquietos y desanimados, porque no saben ya donde está su camino. El señor de la viña les propone, á medida que los encuentra, si quieren contratarse. Les habla, no ya solamente por el grito de la conciencia, sino que más bien pudiera decirse que todo el mundo es llamado, desde su nacimiento, por la predicación del Evangelio, siendo invitados á obrar dignos frutos de penitencia, á fin de merecer ser admitidos en la Iglesia que va á fundarse.

Al llegar la tarde, el Hijo del hombre, pronto á dejar la tierra, debe definitivamente escoger á los ciudadanos del reino que Él ha fundado aquí bajo. Todos aquellos que, invitados á penitencia y á creer en el Mesías, hayan res-

pondido generosamente al llamamiento, verán abrirse ante ellos la puerta de la Iglesia, vengán de donde vinieren, y sea el que fuere su pasado. Por el solo hecho de haberse levantado á la invitación del Maestro y haber comenzado su obra, les ha sido concedido este favor. En lo sucesivo, abundante y eficaz, la gracia divina estará á su disposición; porque quien está incorporado á la sociedad cristiana participa de todos sus tesoros. Esta es la significación verdadera del denario. La pecadora, el publicano, el samaritano lo han recibido, puesto que han entrado en el reino; los judíos, á su vez, lo esperan, pero imaginando que lo recibirán con un suplemento; pues les es preciso por lo menos un sitio aparte en la nueva sociedad. Como ese suplemento no se les concede, su orgullo se siente vivamente ofendido. Entonces recuerdan, para ponderarlo, su largo trabajo. Los otros acaban de llegar, mientras que ellos han llevado durante toda su vida el peso aplastante de la ley. En justicia, ¿puede confundírseles en una misma recompensa? Con la misma claridad que en la parábola del Pródigo se manifiesta aquí su carácter envidioso y egoísta. La felicidad de los demás les parece que empaña su propia felicidad. Lleno de bondad, les hace observar Dios que ha cumplido cuanto había prometido á sus padres: la manifestación del Mesías. La servil obediencia de ese pueblo sin generosidad ha sido, pues, convenientemente satisfecha: en su mano está sentarse, si quiere, á la luz del Evangelio, y sacar de él, junto con los demás, la vida y la felicidad. El sol tiene sobrados rayos para iluminar, sin frustrar los derechos de nadie, á aquellos mismos que, con menos justicia que los otros, habían merecido recibir su vivificante claridad; da sin empobrecerse. De esta misma suerte, pone Dios su verdad á la disposición de todos. Si los judíos son más dignos de ella que el resto del mundo, tanto mejor para ellos; con toda certeza serán recompensados, más tarde, según sus merecimientos; sin embargo, ahora todos deben tomar su denario y hacerlo fructificar, esperando lo por venir. En efecto, si en el primer acto del

drama sobrenatural el papel más importante es la misericordia, en el segundo, que lleva consigo el desenlace, será la justicia. Solamente entonces el trabajo individual, estrictamente apreciado, será satisfecho de un modo digno. La primera invitación conduce hoy á Jesús Salvador, la segunda conducirá más tarde á Jesús remunerador. Muchos pueden haber oído aquélla y no conseguir, sin embargo, los honores de ésta. Por esto se ha dicho «que muchos son los llamados, mas pocos los escogidos.»

Si hubiese sido necesario probar la tesis de que el llamamiento al reino de Dios sobre la tierra no implica, como consecuencia, la entrada en el reino del cielo, y que, de estas dos gracias, el hombre puede recibir la una sin obtener la otra, un incidente acaecido al poco rato habría podido servir de argumento decisivo.

Mientras caminaban, un joven que tenía una fortuna espléndida y elevada posición social ⁽¹⁾, se presentó ante el Salvador. Con el entusiasmo de su edad y la fe de un neófito, hincando la rodilla, dijo: «Buen Maestro ¿qué podré yo hacer á fin de alcanzar la vida eterna?» Su pregunta revela un excelente deseo, pero el título que da á Jesús es un homenaje insuficiente, si quiere saludar en Él al Mesías. El simpático entusiasmo de su admiración inducía á esperar una profesión de fe más afortunada. Aquel á quien se dirige el nuevo prosélito es algo más que un *buen maestro*. Desde la famosa palabra de Pedro en el camino de Cesárea, otros muchos le han saludado como Cristo é Hijo del Dios vivo. Una iluminación celeste había ilustrado á aquellos, una argumentación divina probará, pues, de instruir á éste. Jesús, con su amabilidad habitual, procurará conducirle racionalmente á la conclusión no dictada por su conciencia religiosa. «¿Por qué me llamas bueno?—responde Jesús;—nadie es bueno sino sólo

(1) El título de *jefe*, ἀρχων, que le da San Lucas, significa, sin duda, que era jefe de sinagoga, y, á pesar de su juventud (*Mateo*, XIX, 22, lo califica de νεαροσκος), honrado con la estimación de sus conciudadanos. *Comp. Luc.*, VIII, 41; *Mateo*, IX, 18; *Marc.*, V, 22.

Dios.» Por consiguiente, ó Él no es bueno, ó Él es Dios ⁽¹⁾. El dilema se impone. Si Él no es bueno, ¿por qué concederle este elogio? Si lo es, ¿por qué no saludarle como Hijo de Dios? El neófito debiera callarse, si todavía está indeciso sobre el título que debe darle; porque sería menos ofensivo un silencio respetuoso que un certificado de honradez humana otorgado á Aquel que es partícipe de la santidad divina. Jesús declina en esta ocasión el elogio no por otro motivo que por venir á ser una injuria, dada su insuficiencia ⁽²⁾.

Sin embargo, después de esta primera respuesta, que debía rectificar la idea del joven entusiasta y ponerlo en vías de una fe más exacta, el Maestro aborda la cuestión propuesta. «Si quieres entrar en la vida—le dice,—guarda los mandamientos.» En efecto, la ley era la guía oficial que debía conducir á todo judío, como por la mano, al reino mesiánico. Tan sólo este joven, envanecido de su virtud y también de su deseo de bien obrar, pregunta cuáles sean esos mandamientos. ¿Se trata de la ley propiamente dicha ó de las prescripciones legales, no ya las más antiguas consignadas en los libros de Moisés, sino las más recientes inventadas por el celo farisaico? No hay duda alguna que él observa las primeras; las segundas, ¿deben seguirse? ¿Son buenas para el nuevo reino? Tal es el sentido de su réplica: «¿Qué mandamientos?» Con cariñosa bondad entra en seguida Jesús en detalles: «Tú los conoces—dijo:—No matarás; no cometerás adulterio; no hurtarás; no levantarás falso testimonio; honra á tu padre y á tu madre; y ama á tu prójimo como á ti mismo.»

Jesús no habla de los deberes del hombre para con Dios. Su interlocutor, sin duda, los observa escrupulosamente, porque, á pesar de su juventud, ha merecido ser uno de los jefes de la sinagoga. El Maestro se contenta con

(1) El Maestro toma aquí la palabra *bueno* en el sentido más absoluto, cosa que no hacía su interlocutor.

(2) En otras circunstancias, Jesús se había llamado á sí mismo el *buen* Pastor.

llamarle la atención sobre las leyes de la segunda tabla, porque eran las menos respetadas, por contrariar más directamente la naturaleza egoísta del pueblo judío. Éste, por temor y por interés, se sentía llevado á servir á Dios, no respetando, sino de mala gana y refrenada penosamente su codicia, los derechos del hombre. Muy pronto hizo el joven el examen de toda su vida, y con alegre satisfacción, dijo: «Señor, todos esos los he guardado desde mi juventud, ¿qué más me falta?» Habiendo Jesús oído esta respuesta que revelaba un alma recta, aunque un poco presumida, mirándole atentamente, le amó ⁽¹⁾. Su ojo veía en él un gran fondo de bondad, impedido en su desenvolvimiento, como la semilla, por las espinas del bienestar y de la fortuna.

En esta mirada fija en el joven, y cuya expresión recordaba la que en otro tiempo había preparado la vocación de Simón Pedro ⁽²⁾, era fácil comprender que el Maestro echaría las redes de la gracia. «Todavía te falta una cosa —le dijo.—Si quieres ser perfecto, anda, y vende cuanto tienes, y dáselo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; ven después y sígueme.»

Además de los preceptos divinos hay, en efecto, los consejos evangélicos, á los que debe conformarse aquel que, habiendo cumplido la ley de Dios, siente el deseo de más alta perfección. Hacer limosna al par que conservar su fortuna, bueno es; pero sacrificar la propia fortuna sería todavía mejor. Si el joven prosélito se siente con valor de llegar á la perfección, que imite á Aquel cuyo parecer reclama, y se desprenda de todo, como lo ha hecho Jesús. De esta suerte podrá, entrando absolutamente libre en el reino de los cielos, ponerse, como un hijo generoso, á la libre disposición de su Padre, y dedicarse, sin trabas de ninguna clase, á hacer el bien. La pobreza absoluta es la

(1) Este detalle lleno de delicadeza es debido á la pluma de San Marcos. Pedro, habituado á leer en la fisonomía del Maestro las impresiones que agitaban su alma, debió, mejor que los demás, conservar el recuerdo de este incidente, y de él sin duda lo recibió San Marcos.

(2) *Juan*, I, 43.

primera condición del verdadero apostolado. Si tiene el valor de abrazar esta pobreza, tendrá el altísimo honor de ser apóstol. La recompensa bien vale el sacrificio.

Desgraciadamente, este joven tenía un alma más entusiasta que enérgica. Á los temperamentos exaltados, los grandes medios pueden hacer sonreír de lejos, pero frecuentemente amedrentan de cerca. El joven habría querido hacer mucho sin sacrificar nada: ¡cómo si todas las grandes obras no tuviesen sus verdaderas raíces en la inmolación del que las ha realizado! Aconteció á su buen movimiento lo que al grano que ha caído en tierra poco profunda; apenas nacido, debía morir. Las palabras del Maestro habían turbado su alma á la manera de un rayo. Al punto vaciló, y, considerando el objeto como superior á sus fuerzas, dejó manifestar su amargura. No responder á las palabras del Maestro le parecía penoso; pero todavía lo era más el responder. «El joven—dice el Evangelista ⁽¹⁾,—se retiró entristecido; y era que tenía muchas posesiones.» Se ignora si tuvo jamás el ánimo de volver al lado del Maestro. La gracia tiene sus momentos, y quien la desprecia un día no está seguro de hallarla de nuevo al día siguiente.

Como desagradablemente sorprendido de semejante cobardía, Jesús miró á los que le rodeaban, y después, dirigiéndose á sus discípulos, exclamó: «¡Cuán dificultosamente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!» El silencio y la estupefacción de la concurrencia en medio de la cual caían estas palabras, acentuaban lo que tenían de

(1) El Evangelio de los Hebreos, citado por Orígenes, *in Matth.*, XIX, 19, dice: «En seguida el rico empezó á rascarse la cabeza; lo que había oído no le gustaba en manera alguna. Y el Maestro le dijo: ¡Cómo puedes tú pretender haber cumplido la ley, puesto que se lee en esta ley: Amarás á tu prójimo como á ti mismo; y por tanto hay una multitud de hermanos tuyos, hijos de Abraham como tú, que viven en el arroyo y mueren de hambre, mientras tú estás sentado á una mesa cargada de manjares exquisitos y de la cual no suprimes nada para darlo á los pobres!» Es inútil subrayar la vulgaridad de la amplificación. Recuerda otro pasaje, que hemos citado más arriba, del mismo Evangelio, y en el que el hombre de la mano seca se complacía en recordar en su súplica que era albañil, etc. San Jerónimo, *in Matth.*, XII, 9.

grave y espantoso. Los discípulos quedaron maravillados. «Hijos míos—repitió el Maestro con acento de blanda piedad,—¡cuán difícil es entrar en el reino de Dios los que confían en las riquezas!» En efecto, no podría imaginarse lazo más fuerte para pegarnos á la tierra, ni alimento más á propósito para nutrir nuestros instintos malvados: En un momento de entusiasmo nos creemos capaces de sacrificarlo todo, ofrecemos, como quien dice, hasta nuestra cabeza, pero, en cuanto vienen á tomarla, comprendemos que está demasiado pegada á nuestros hombros para aceptar su separación. El alma anhela naturalmente el reino de Dios; pero, ligada á los bienes de este mundo, cae sin cesar hacia la materia, como ave cautiva por un hilo que abate su vuelo. Los hilos son tanto más numerosos, cuanto más considerables las riquezas. Por eso la salvación no es ya solamente difícil á los ricos, sino humanamente imposible. «Más fácil es—añade Jesús—pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.»

«El elefante delante del ojo de una aguja⁽¹⁾», era un proverbio usado en Oriente para indicar una dificultad insuperable. Jesús reemplaza aquí el elefante por el camello, sin duda porque éste era más común en el pueblo judío. Al oír esta nueva declaración, que convertía la dificultad en imposibilidad, los discípulos asombrados se dijeron unos á otros: «¿Quién podrá, pues, salvarse?» Jesús, fijando en ellos la vista con misericordia, les dijo: «Á los hombres es esto imposible, mas no á Dios; pues para Dios todas las cosas son posibles.» Así, á fin de tranquilizar su decaído celo, les daba á entender que sus terribles afirmaciones no condenaban á la esterilidad todo apostolado cerca de

(1) V. á Lightfoot, ó á Schoettgen sobre este pasaje, y el *Corán*, VII, 38. Los que han traducido κάμηλος por *cuerda*, olvidan que debería leerse κάμηλος, y que el giro de la frase, con el verbo εισελθεῖν, supone pies á aquel que que debe entrar. La exposición de los autores que entienden, por el *ojo de una aguja*, las puertas bajas y estrechas situadas á la entrada de las ciudades, tiende sobre todo á evitar una imposibilidad absoluta, y, sin embargo, esta imposibilidad misma, desde el punto de vista humano, es la que Jesús quiere establecer, mediante una forma paradógica.

los ricos. La gracia de Dios sabe realizar lo que parece irrealizable á la debilidad humana. No es raro que esta gracia se complazca ora en cortar violentamente los lazos que retienen al alma y de este modo hacerla volar á su gusto, ora, y esto por razones de alta sabiduría, en mantenerlos todavía, pero tan aborrecidos ó mejor tan aflojados, que, en realidad, subsisten más bien como una humillación, que como un peligro. La disposición al sacrificio es el deber de todos; el sacrificio efectivo es sólo la gloria de un reducido número.

Pedro lo experimentó muy claramente, pues también él, como aquel joven, fué invitado á dejarlo todo para seguir á Jesús, y todo lo abandonó, porque Dios le dió valor. Por si acaso lo había olvidado, la mirada de Jesús le acaba de recordárselo hace poco. Sus compañeros han hecho otro tanto. Este pensamiento le enardeció y dijo: «Bien ves que nosotros lo hemos abandonado todo y te hemos seguido, ¿cuál será, pues, nuestra recompensa?» Esos buenos galileos podrán no haber sacrificado grandes riquezas, pero todo es relativo, ya que para un pescador, su cabaña y sus redes representan una fortuna, y no las abandona sin sentimiento. El mérito de los Apóstoles consiste en que, poseyendo poco, no han dejado de abandonarlo *todo*, y en esa palabra *todo* deben comprenderse, con el *aurea mediocritas* del trabajador, las dulzuras del hogar doméstico y las más legítimas satisfacciones del corazón. Desde ese punto de vista no ceden á nadie en la generosidad del sacrificio. El joven rico, si hubiese mostrado un poco más de valor, se hubiera asegurado un tesoro en el cielo; á los Apóstoles ¿qué recompensa se les espera? Jesús respondió: «En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido, en el día de la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sentará en el solio de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce sillas, y juzgaréis á las doce tribus de Israel.»

La regeneración ó palingenesia de que se trata aquí es la reintegración, con ventaja, del hombre al estado de fe-

licidad que tenía en el origen del mundo. Los judíos designaban con uno de esos dos nombres la repatriación del pueblo después del cautiverio de Babilonia ⁽¹⁾, ó también la renovación de la tierra después del diluvio ⁽²⁾. Pero en el cristianismo la palingenesia no puede consistir sino en el retorno al estado en que se hallaba la humanidad respectó de Dios antes de la caída. Significa un nacimiento nuevo que acabará cuando el hombre antiguo habrá sido totalmente exterminado.

El Hijo de Dios descendió acá en la tierra para realizar esta restauración. Los judíos, mezclando sus ideas carnales con un hecho enteramente espiritual, se engañan groseramente al esperar un restablecimiento de la realeza teocrática en el orden natural y visible. No como conquistador debe venir el Mesías. Si después de ellos, pero en diferente sentido, algunos cristianos todavía se engañan y creen que correrán mil años, al fin de los siglos, para realizar esas promesas en una esfera absolutamente humana, suya es la culpa. Según el Maestro, la palingenesia, que debe identificarse con la inauguración del reino mesiánico, comenzó en el tiempo con la predicación del Evangelio, y se consumará en la eternidad con el juicio universal. Desde ahora los Apóstoles tendrán su recompensa en la nueva Iglesia, siendo sus columnas. Se sentarán en ella como verdaderos jueces, teniendo la misión de promulgar la doctrina, condenar el error, modificar la disciplina y propagar los poderes espirituales. Gobernarán, bajo la dirección del Espíritu Santo, á las doce tribus de Israel, es decir, toda la sociedad cristiana. En esto, por tanto, consistirá el principio de su recompensa. Cuando la Iglesia pasará del tiempo á la eternidad, en el momento en que deberá ser juzgada en cada uno de sus miembros, aparecerán también para administrar justicia, con tanto mayor motivo cuanto todos los hombres serán examina-

(1) Josefo, *Ant.*, II, 3, 9.

(2) Filón, *Vita Moysis*, lib. II, t. II, pág. 114-31.

dos según los principios de esta misma fe, cuyos primeros predicadores y modelos habrán sido.

Por lo demás, todo verdadero creyente, aunque no se sentara en la silla para juzgar, como los Apóstoles, no por eso dejará de tener su doble recompensa en la vida presente y en la vida futura. «Y cualquiera—añade Jesús—que habrá dejado casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó esposa, ó hijos, ó heredades por causa de mí y del Evangelio, lo recibirá centuplicado en ese mundo, .y, en el siglo venidero, la vida eterna.»

En efecto, desde su origen, la Iglesia supo ofrecer á aquellos que tenían el valor de romper definitivamente con el paganismo, una familia más numerosa, más amante, mejor escogida que la que abandonaban; bienes más considerables, puesto que cada fiel tenía derecho á toda la fortuna de la comunidad; consuelos más reales, en el espíritu de fraternidad y afecto conmovedor que unían, en un solo corazón y un alma sola, los miembros de la nueva sociedad. Esta recompensa terrestre ha desaparecido á medida que la Iglesia, dilatándose, ha perdido su cohesión, su severidad y su espíritu de familia; y hoy día para hallarla es preciso llamar á la puerta de uno de esos monasterios donde todavía va perpetuándose la vida ideal del cristianismo primitivo. Á quien se entrega con generosa abnegación, las Órdenes religiosas ofrecen una familia más influyente, recursos más ciertos, crédito más extraordinario. He ahí centuplicada la recompensa sobre la tierra.

En cuanto á los que siguen á Jesús, aun conservando los lazos humanos—y el número de ellos es cada día más considerable, á medida que el peligro de perder su alma en el hogar doméstico se ha hecho menos evidente, y ha parecido menos apremiante la necesidad de extender el Evangelio por el mundo,—se han separado sólo en espíritu de los bienes de la tierra, debiendo esperar la recompensa espiritual de la vida futura, después de haber experimentado las amarguras de la vida presente. Cuanto más pongan

en su corazón á Dios, en lugar de los objetos sensibles que los rodean, tanto más lo hallarán en la eternidad. He aquí el céntuplo prometido á su virtud.

Dios es quien juzgará del desapego de cada uno, y su apreciación infalible traerá, más de una vez, extrañas sorpresas á nuestra pobre perspicacia. Por un cambio tan frecuente como inesperado, «serán los postreros los que debían ser los primeros, y primeros los postreros».

CAPÍTULO XVIII

El matrimonio, el celibato y los niños ante los ojos de Jesús

La gran cuestión del divorcio.—Hillel y Schammai.—Jesús, en contra de uno y otro, hace la parte de Dios.—Recuerda y restablece la prescripción primitiva.—Admirable argumentación.—Objeción sacada de Moisés y respuesta.—Absoluta indisolubilidad según la nueva ley.—Excelencia del celibato.—Bendición de los niños. (*Mat.*, XIX, 3-15; *Marc.*, X, 2-16; *Luc.*, XVIII, 15-17).

Á pequeñas jornadas, llegó Jesús hasta la frontera galilea, desde donde, franqueando el Jordán, pasó á Perea, en la que comenzaban á llegar los peregrinos en dirección á Jerusalén. Tan pronto como reapareció en aquella comarca, se encontró de nuevo en presencia de los fariseos y de sus hostilidades. Algunos representantes de esta secta le rodearon para ver de comprometerle, proponiéndole una cuestión que les parecía no podría resolver sin excitar las más vivas suspicacias. La propusieron en estos términos: «¿Es lícito á un hombre repudiar á su mujer por cualquier motivo?» La ley mosaica decía ⁽¹⁾: «Si un hombre toma una mujer, y después de haber cohabitado con ella, viniere á ser mal vista de él por alguna cosa desagradable, hará una escritura de repudio, y la pondrá en mano de la mujer, y la despedirá de su casa.» Discutiábase vivamente entre los rabinos el sentido de las palabras *jervath dabhar*. ¿Qué debía entenderse por la cosa desagradable, detestable ó repugnante, pre-

(1) *Deuter.*, XXIV, 1.

vista por Moisés? Hillel, mientras vivió, y después sus discípulos, explicaban el texto en el sentido más amplio, y concedían al marido el derecho de divorcio por cualquier motivo que le hiciese desagradable su mujer. El solo hastío bastaba para legitimar el repudio ⁽¹⁾. Schammai, jefe de la escuela opuesta, no quería admitir otra causa para el divorcio que el adulterio, ó todo crimen contra la castidad del matrimonio ⁽²⁾. Tal vez ambos partidos estaban fuera de la verdad en la interpretación de este pasaje. En efecto, de un lado, Schammai se engañaba rehusando ver en el contexto otros casos resolutorios fuera de la infamia del adulterio. Si es suficiente, según el texto, que la esposa deje de ágradar á su marido, no hay duda alguna que puede tener lugar este desagrado, aun sin haber faltado á la fe conyugal. Hillel, por otra parte, injustamente olvidaba el espíritu de la ley, para atenerse tan sólo á la letra, dando, en efecto, como cosa buena lo que en el fondo era un mal. Tolerar y aprobar son ideas que difieren mucho. El pensamiento de Moisés, al escribir este artículo de la Ley, había sido emplear una fórmula vaga y un tanto obscura, que retuviese á los buenos y dejase en libertad á los menos virtuosos. No molestar demasiado caprichosas preferencias, parecía el único medio de evitar mayores males. El legislador se remitía á la conciencia del hombre para la legitimidad de los motivos que podía invocar ⁽³⁾.

Las dos escuelas sostenían con ardor sus respectivas opiniones, y los fariseos habrían visto con gusto á Jesús entrometerse en esta gran disputa. Si se ponía de parte

(1) V. Josefo, *Ant.*, IV, 8, 23; *Autobiog.*, 73; Ewald, *Jahrb.*, X, pág. 56 y sig. El rabino Abika iba más lejos, pues juzgaba que era bastante, para estar autorizado á despedir á su mujer, que el marido hallase otra más hermosa.

(2) V. Selden, *De uxor. hebr.*, III, 18; Keil, *Archæolog.*, II, pág. 74.

(3) Una ley poco explícita induce á los hombres francamente buenos á tomar el partido más seguro, siendo movidos á interpretarla ordinariamente en el sentido menos amplio. De otra parte, tampoco pone de manifiesto la conducta de los más relajados, porque no habla con bastante claridad para acusarlos de crimen alguno. En materia de divorcio, esto podría tener la ventaja de impedir la inmoralidad que amenazaba invadir á la familia judía, como ya había invadido á la pagána.

de Hillel, se exponía á perder la estimación de todos los partidarios serios y rígidos con quienes se había congradado, hasta este momento, por la severidad ordinaria de su doctrina. Si se ponía de parte de Schammai,—y todo inducía á creer que debía inclinarse á este lado,—levantaría en su contra la inmensa multitud ⁽¹⁾ que se complacía en cubrir su licenciosa conducta con apariencias de legalidad. Sin embargo, el principal peligro no estaba todavía en eso, sino en que Jesús se hallaba en tierras de Herodes Antipas. Defender en ellas la severidad de los principios respecto de la indisolubilidad del matrimonio podía parecer un ataque directo al mismo tetrarca, sabiéndose que éste, prácticamente, se había mostrado cínico partidario de las máximas más relajadas, pues había repudiado á su legítima mujer para tomar la de su hermano. Acaso Jesús sería arrastrado á tomar frente á frente de él la misma actitud de Juan Bautista, corriendo los mismos peligros.

El joven Doctor estaba por encima de tales inquietudes. A la primera palabra, y sin discutir siquiera los argumentos que los dividen, prescindirá en absoluto de Hillel y de Schammai, y demostrará que la permisón de Moisés era una condescendencia política, más bien que la expresión verdadera de la ley moral. Por eso Jesús conducirá la cuestión á este terreno. El orden primitivo de la creación, he ahí la regla ideal. La malicia del siglo ha podido alterarla, mas Él viene á restablecerla en toda su perfección y su pureza de otros tiempos. Para su argumentación no escogerá otro terreno que el de las Escrituras ⁽²⁾.

(1) El abuso de este permiso de Moisés había alcanzado los últimos límites de desvergüenza en tiempo de Jesús. Se repudiaba á una mujer por haber dejado quemar un asado (V. en el Talmud, *Gittin*, IX, 10, y Delitzsch, *Jesus und Hillel*, pág. 27), como en Roma se la repudiaba por la menor bagatela.

(2) Puede verse, una vez más, por medio de ese pasaje, si Jesús reconocía y proclamaba la autoridad doctrinal de los libros de Moisés. Invoca, como teniendo fuerza de ley, precisamente el *Génesis*, y en los pasajes que inquietan de un modo más particular á la crítica moderna. Nos da también el ejemplo de comparaciones exegéticas capaces de poner en claro toda la verdad con sus matices. Tomando una parte de su testimonio en el primer capítulo de este libro y una parte en el segundo, supone á los dos no solamente auténticos, sino también llamados á completarse.

«¿Qué os mandó Moisés?—preguntó á los que le interrogaban.—Moisés—respondieron—permitió escribir carta de divorcio y repudiar.» Jesús precisamente establecerá su doctrina en esta respuesta dada con cierto énfasis ⁽¹⁾.

Explicando á Moisés por el mismo Moisés, trata de demostrar que su concesión del divorcio no es más que una violencia prudentemente hecha á la legislación dada por Dios á la humanidad primitiva, y cuyos términos y espíritu ha consagrado él mismo en su historia del primer hombre. «¿No habéis leído—observó Jesús,—que al principio de la creación macho y hembra los hizo Dios y que dijo: Por esto ⁽²⁾ dejará el hombre á su padre y á su madre, y unirse ha con su mujer, y serán dos en una sola carne? ⁽³⁾» Tales son, consignadas en la primera página del Antiguo Testamento, las múltiples razones que proclaman la indisolubilidad del matrimonio. El hombre y la mujer están unidos el uno al otro por el más íntimo de los vínculos. En su origen no formaron más que uno; Dios los creó simultáneamente, estando la mujer en el hombre como su parte integrante. En su vida, no deben formar más que uno; por eso los creó una pareja, macho y hembra, siendo ésta el apéndice natural de aquél. Dios no creó varias mujeres para permitir que Adán las cambiara á su gusto, ni creó varios hombres para satisfacer los caprichos de Eva. Salidos el uno del otro, son el uno para el otro, destinados á confundir sus vidas en la unión más completa de dos seres que no forman más que un cuerpo y un alma.

(1) Es digno de notarse el giro de la frase; ἐπέτρεψεν Μωυσῆς, en la que el verbo que denota la permisón está enfáticamente colocado en primera línea. (*)

(2) La expresión *propter hoc* mira al hecho de que Dios, creándolos macho y hembra, haya querido la atracción irresistible de un sexo al otro. Se traduce generalmente *por esto*, á fin de evitar una perífrasis demasiado extensa.

(3) En el *Génesis*, II, 24, es Adán y no Dios quien pronuncia esta palabra; sólo Jesús la pudo atribuir á Dios porque es Dios quien la inspiró á Adán. Se ha hecho notar que las palabras *ei ἕω* no se hallan en nuestro texto hebreo actual, pero están en el samaritano, y los Setenta las leyeron en el texto por ellos traducido.

(*) Muchas ediciones no admiten esta construcción enfática.—(N. del T.)

Esta atracción unitiva, querida por Dios al crear dos sexos diferentes, es tan poderosa, que anula todas las demás. Los lazos que unían á los hijos con el padre y la madre se rompen, para dejar al hombre que se una á su esposa y no formar sino uno con ella en el abrazo de la unión conyugal. En fin, ellos no constituyen más que uno en sus hijos, quienes son la consecuencia y el testimonio vivo de su unión; porque el hijo es el padre y la madre fundidos en un solo ser. ¿Se puede imaginar una unión más real, más íntima, más perfecta que esta? «Así, pues,—añade el Salvador—el marido y la mujer ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios ha unido, no lo desuna el hombre.» ¡Qué admirable filosofía en estas palabras! Estos dos seres han sido creados el uno para el otro: sus corazones, sus pasos, sus mutuos votos lo han afirmado. Han unido su vida en un mismo hogar, en la entrega total de sí mismos; han pegado sus dos existencias la una con la otra, en la compenetración de su alma y de su sangre. ¡Y bastaría el capricho del hombre para borrar todo esto! Pero, en ese caso, ¿sería posible á cada uno de los dos esposos volver á tomar, al separarse, todo lo que había aportado? En esta ruptura del vínculo conyugal, ¿no se darían ruinas irreparables? Ese mismo hijo, unión viva de aquellos que se pretendería separar, ¿no protestaría, por su desgracia, y como víctima interesante, contra la inicua separación, que dividiría su corazón, comprometerá su porvenir y aislará su vida?

El divorcio—por argumentos que se presenten para apoyarlo,—no siendo sino la disolución del lazo más sagrado, y, por tanto, un acto en que el hombre se divide á sí mismo y echa lejos de sí á su propia mitad, será siempre, para el verdadero sabio, un acto contrario á la naturaleza. El interés de la familia, el buen orden de la sociedad, la esencia misma de las cosas levantarán sus voces para probarlo con mayor fuerza que todos los sofismas de la pasión.

La enseñanza del nuevo Maestro es, pues, más severa que la de los doctores ancianos de Israel; Él encuentra las razones que la apoyan, no ya en las colecciones de dispo-

siciones civiles, sino en el libro sagrado de la ley natural, que es el corazón humano. Jesús formula su doctrina, no para un pueblo ó una época, sino para toda la humanidad y para todos los tiempos; no conoce excepciones á lo que la sabiduría del Creador ha regulado, según la esencia misma de las cosas; y si ha habido derogación alguna en esta legislación providencial, Él ha venido para restablecerla en su perfecta integridad.

Semejante lenguaje tan sólo podía sorprender á aquellos que nunca habían oído al Maestro tratando estas delicadas cuestiones. Los discípulos sabían desde largo tiempo á qué atenerse ⁽¹⁾. Sin desconcertarse, sin embargo, los fariseos le apremian al momento con una objeción bastante natural: «¿Por qué, pues,—le replican—prescribió Moisés dar libelo de repudio á la mujer y despedirla?» Su alegación tenía algo de falso que no podía escapar á la divina sagacidad del Maestro, y algo de impertinente que merecía una severa respuesta. Moisés en manera alguna había *prescrito*, sino que había *permitido* ⁽²⁾ despedir á su mujer. Su prescripción caía sobre la condición que debía ponerse en el divorcio á fin de hacerlo menos frecuente; mas en cuanto al divorcio en sí mismo, lo deja subsistir como un abuso anterior á él, y que no podía suprimirse por temor á mayores males. Contra un derecho universalmente reconocido al hombre, no había podido introducir útilmente en su legislación sino un obstáculo, y lo había hecho exigiendo el libelo de repudio, que debía darse por escrito. Ahora bien, como el marido no sabía con mucha frecuencia leer ni escribir, un letrado, un escriba, intervenía de oficio, el cual con la autoridad que le conferían su ciencia, su carácter, su experiencia, podía intentar restablecer la paz en la desdichada familia. En todo caso, las múltiples diligencias

(1) Véase el pasaje del sermón de la Montaña, *Mat.*, V, 31, en que se había ya tratado la cuestión.

(2) En la réplica del Evangelio de S. *Marc.*, X, 4, los fariseos hablaron más correctamente, y Moisés, según ellos, tan sólo lo había *permitido*, ἐπέτρεψε. Al formular aquí su objeción según *Mateo*, XIX, 7, pretenden que Moisés *prescribió*, ἐπέταξε. Ese cambio indica la malicia en la objeción.

que el esposo se había visto obligado á hacer, exigían tiempo y permitían que se calmara la primera impresión. En fin, por el mismo hecho de firmar el acta de divorcio, el hombre renunciaba á todos sus derechos sobre la mujer que despedía, quedando ésta en libertad para ser esposa de otro, sin temor á reclamaciones legales y á disputas escandalosas en lo por venir. Así, pues, Moisés no había descuidado nada para hacer el divorcio más raro y menos desastrosas sus consecuencias. Pretender más, hubiera sido abandonar á la mujer á frecuentes brutalidades, y aun exponer sus días cuantas veces el yugo del matrimonio fuera intolerable al marido irritado. Tomar su tolerancia por un precepto, era no haber comprendido nada del espíritu de su legislación.

«Á causa de la dureza de vuestro corazón—dijo Jesús—os permitió Moisés repudiar á vuestras mujeres; mas desde el principio no fué así.» Toda la razón de la condescendencia del gran legislador, ya que quieren conocerla, está en su malicia. La nueva ley, que es la ley de lo por venir, no se cuidará de los que tienen maleado el corazón, sino únicamente de las almas buenas á quienes basta revelar el orden providencial para que encuentren, á pesar de todo, el valor de conformarse con él. «Así, pues, os declaro—añade el Maestro—que cualquiera que despidiere á su mujer, aun en caso de adulterio ⁽¹⁾, y se casare

(1) Esta interpretación no se aparta más que las otras del texto comúnmente recibido. En efecto, los mejores manuscritos dicen: *μη ἐπι πορνεία*. ¿Por qué en lugar de sobrentender *ei μή*, no debería decirse: *μη καὶ ἐπι πορνεία*? Los pasajes paralelos de San Marcos y de San Lucas — y esto parece decisivo — no admiten excepción en la indisolubilidad del matrimonio. La doctrina de San Pablo es igualmente explícita sobre este punto. En su enseñanza, y desde los primeros siglos, la Iglesia romana nunca ha variado, á pesar del embarazoso texto de San Mateo. Su razón decisiva era que la misma conclusión de las consideraciones teológicas y morales de Jesús sobre la institución y esencia primera del matrimonio, conducía lógicamente á la indisolubilidad absoluta. Todo parece, pues, prohibir una excepción. Ahora bien, siendo el texto tal como lo tenemos, ¿hay otro medio para suprimir la dificultad además del propuesto arriba? Decir que Jesús autoriza la simple separación de los cuerpos no se conforma ni con el sentido evidente de sus palabras, ni con la historia del cristianismo, que ha admitido otras causas de separación además del adulterio. No es sin duda imposible admitir que hay una interpolación de las más

con otra, éste tal comete adulterio.» He ahí el nuevo derecho, que no es otra cosa que la renovación del derecho primitivo. Sólo Dios podrá, por medio de la muerte, separar lo que, en su sabiduría, había destinado á permanecer indisolublemente unido. El matrimonio, tanto tiempo deshonrado, volverá de este modo á encontrar toda su santidad y su grandeza. Si los fariseos habían querido saber el pensamiento del Maestro, acaban de oirlo de un modo completo. Jesús no sigue ni á Hillel ni á Schammai, antes bien, muéstrase contrario de ellos, siguiendo sólo á Dios. Muchos dirán que es imposible tal perfección en el matrimonio, pero Él sabe claramente que, con su gracia, los fieles la realizarán. Del generoso sacrificio de los dos esposos, condenados desde ahora á soportarse con paciencia, permaneciendo, á pesar de todo, indisolublemente unidos, nacerá la familia cristiana con su verdadera grandeza, su pureza y su armónico desenvolvimiento. La indisolubilidad absoluta del matrimonio puede ser un mal para algunos; con todo, es un bien para la mayoría, y esto es bastante para mantenerla.

La severidad de estas últimas palabras del Maestro, que suprimía toda causa de divorcio, pareció extraña aun á los mismos discípulos, quienes, al encontrarse solos con

antiguas, dictada por un espíritu conciliador y espantado de una ley en apariencia demasiado rigurosa, y que las tres palabras objeto de la cuestión tienen todo el aire de una glosa intercalada; pero ese procedimiento es siempre violento, sobre todo cuando no se halla una sola variante que suprima enteramente el pasaje. Sin embargo, es cierto que existen en las distintas versiones cambios numerosos que lo hacen sospechoso. (V. Hug. *De indissol. matr. vinc.*) En fin, suponer que Jesucristo dió su doctrina mitigada á los judíos, admitiendo ante ellos una excepción que suprimió después, en particular, ante sus discípulos, como se pretendería concluir del texto de San Marcos, parece poco en armonía con la valiente franqueza del Maestro. La supresión de *καί* después de *μή* por el copista, tiene su razón de ser por la semejanza de los monosílabos *καί* y *ἐν* que pudieron identificarse fácilmente. En cualquier hipótesis, debe sobreentenderse una palabra que cambia en absoluto la significación de la partícula negativa *μή*. ¿Por qué, en lugar de añadir *εἰ* antes de *μή*, no ha de añadirse *καί* después? No existe razón alguna para sostener la primera adición, que crea una notable divergencia entre San Mateo y los otros dos sinópticos; existen muchas para aceptar la segunda, que restablece una perfecta armonía entre el Evangelista y la enseñanza más verdadera y la más racional del cristianismo.

Jesús en la casa donde Él se alojaba, volvieron á preguntarle sobre lo mismo para obtener alguna aclaración. Mas Jesús se contentó con responderles: «Cualquiera que repudiare á su mujer y se casare con otra, comete adulterio contra ella; y si la mujer repudiare á su marido y se casare con otro, comete adulterio.» Á decir verdad, la ley judía no admitía esta última hipótesis; tan sólo suponía á la mujer el derecho de obrar indirectamente para lograr el divorcio; pero las costumbres paganas de Grecia y Roma empezaban á introducirse ⁽¹⁾ en Judea. Habíase visto á Salomé enviar su libelo de repudio á su primer marido Costobar, y á Herodías abandonar á Filipo para casarse con Antipas. Jesús pretendía, pues, hacer entender que la indisolubilidad del vínculo conyugal no era solamente provechosa á la esposa, sino que también interesaba al marido, si la corrupción de los tiempos y una posición elevada llegaban á conceder á la mujer criminal privilegios tan grandes como su inmoralidad.

Cada vez más asombrados, exclamaron los discípulos: «¡Si tal es la condición del hombre con respecto á su mujer, no tiene cuenta el casarse!» Ellos creían decir una paradoja. Jesús acepta su exclamación como una verdad en cuyo favor aboga, al par que declarándola impracticable para la mayoría. «No todos son capaces de esta resolución —responde Jesús—sino aquellos á quienes se les ha concedido.» En efecto, la inmensa mayoría del género humano se siente llamada al matrimonio, sin que la consideración de las graves molestias que trae consigo este estado puedan apartarlo de él. La Providencia lo ha querido de esta manera para asegurar la conservación y aumento de la especie humana. Como contrapeso á las serias perspectivas de la paternidad, ha echado en el corazón del hombre un sentimiento bastante intenso para disimular todas las amarguras de lo por venir, esto es, la necesidad de amar, el deseo de revivir en otro yo, y también ese ins-

(1) *Josefo, Ant., XV, 7, 10.*

tinto que embarga á todo el humano ser y le empuja, sin que lo sospeche, hacia un fin heroico de sacrificio y abnegación. La voz de la naturaleza es tan poderosa, que sólo tres clases de hombres, y esto con mérito distinto, logran resistirlo. «Porque hay unos eunucos que nacieron tales del vientre de sus madres; hay eunucos que fueron castrados por los hombres; y eunucos hay que se castraron á sí mismos por amor del reino de los cielos. Aquél que pueda ser capaz de eso, séalo.»

Los primeros son aquellos á quienes la naturaleza ha negado las aptitudes físicas ó morales necesarias al estado del matrimonio, corazones sin afectos, vidas sin efusión, aguas tranquilas que ningún viento agita, y que viven y mueren sin tempestades y sin belleza. Estos abrazan el celibato por temperamento, sin sospechar en él un sacrificio, ni cuando con ello pretenden consagrarse á su propio egoísmo.

Los segundos, á pesar suyo, están condenados á ese triste estado. La sociedad les ha impuesto sus exigencias y reducido á la impotencia sus más ardientes aspiraciones. Tascando el freno que deben soportar, su vida es un suplicio sin mérito, y su castidad corre peligro de convertirse en una impureza perpetua. Esta es la suerte de tantos jóvenes á quienes la patria retiene bajo las armas, ó á quienes un risueño porvenir prohíbe pensar inmediatamente en el matrimonio, para no hablar de aquellos á quienes el capricho, la envidia ó la especulación de los hombres ha mutilado cruelmente.

Finalmente, hay otros, sobre los cuales quiere Jesús de un modo singular llamar la atención de sus discípulos, que tienen el corazón, las venas, el alma exuberantes de vida; la tierra los invita á los goces más legítimos y á las más nobles esperanzas; la naturaleza les ofrece el cetro pacífico de la paternidad, las dulzuras de la vida de familia y la facilidad de dar aún grandes ejemplos de virtud en la santidad del matrimonio; pero ellos han interrogado al cielo, y, en el fondo de su alma, les ha respondido la voz de Dios diciéndoles que debían, en suprema inmolación,

reservarse para Él solo. Al momento se han desvanecido los amables sueños de la juventud y muerto las esperanzas de lo por venir. Por más que la sangre levante su voz, la voluntad toma el cuchillo del sacrificio, y, sin recurrir á la bárbara resolución de Orígenes, corta en lo vivo y cercena con una sola palabra, que es un voto, la mitad del hombre, para no concederle ya en la vida, como consuelo, sino afectos espirituales, como fecundidad, una paternidad sobrenatural que vivifica las almas, y como fin, la esperanza de dar gloria á Dios. Después del sacrificio sangriento que nuestros padres antiguamente ofrecían á sus divinidades, no hay otro más grande y más doloroso que éste. Fué preciso que el mismo Maestro lo provocase para que la humanidad se atreviese á ofrecerlo. ¡Con qué discreción lo indica aquí Jesús después de haberlo Él mismo practicado! Y he ahí que, por espacio de diecinueve siglos, una legión, renovada sin cesar, de jóvenes héroes no permite que desaparezca ese consejo evangélico, demostrando al mundo lo que puede una fe enérgica, y á la Iglesia, aquello de que es capaz, para su gloria, el hombre que se ha consagrado á la virginidad.

El que proponía á algunos una inmolación tan terrible, y de que Él mismo daba ejemplo, no era, sin embargo, un hombre sin entrañas. La castidad voluntaria, lejos de matar la sensibilidad del corazón, la desenvuelve, y nadie es capaz de ternuras más exquisitas que aquel cuya pureza guarda y dirige todos los afectos.

Así lo comprendían aquellas mujeres piadosas, que al punto rodearon al Maestro, pidiéndole que bendijese á sus hijos. Creían que no se desdeñaría acceder á sus exigencias maternas ⁽¹⁾. El que tan bien había hablado del ma-

(1) Aquí vuelven á concordar los tres sinópticos. En efecto, *Mat.*, XIX, 3, y *Marc.*, X, 2, colocan la cuestión del divorcio en el momento en que entran en Perea. *Lucas*, XVI, 18, no habiendo hallado en los documentos de que disponía más que una palabra sobre esta cuestión, la ha colocado, como casi todos los fragmentos que están en medio de este capítulo al XVIII, 15, al azar y sin buscar referirla á un incidente que no conocía. Las soluciones de continuidad y la apariencia de desorden que se hallan aquí prueban su conscienzada exactitud.

trimonio, de su grandeza y de su santidad, ¿podía negar una cariñosa sonrisa á los pequeñuelos que eran el fruto de este amor? Llegaban, pues, en tropel de todas partes. Los judíos creían que un profeta y un justo no imponía jamás sus manos sobre un niño sin presagiarle días venturosos. Si aquella tierna generación no podía entender la palabra del Mesías, á lo menos que recibiera la influencia de su gracia por medio de una de sus amables bendiciones.

Los discípulos, como hallasen bastante inconveniente aquella nueva devoción, se enfadaban contra los importunos y buscaban medios de apartarlos, desconociendo la inagotable benevolencia del Maestro. «Lo que advirtiendo Jesús, lo llevó muy á mal, y les dijo: Dejad que vengan á mí los niños, y no se lo estorbéis, porque de los que se asemejan á ellos es el reino de Dios. En verdad os digo que quien no recibiere como niño el reino de Dios, no entrará en él.» Él ve en estos pequeños seres ciudadanos natos del reino celestial; bajo la inocente gracia de sus frentes infantiles, contempla la bondad de sus almas, y en su sencilla candorosidad, en su confianza filial, saluda Jesús la fe y la humildad, las dos virtudes que abren las puertas del cielo. Por eso recuerda como de paso que, para ser salvo, es preciso hacerse como niños. Éstos no discuten con su padre; instintivamente creen, esperan, aman.

Y hablando de esta suerte, Jesús estrechaba entre sus brazos aquellas imágenes vivas de los creyentes; los bendecía con efusión, y, con gran alegría de sus padres y de sus madres, los llenaba de sus más tiernas caricias.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

ÍNDICE

SECCIÓN II

JESUCRISTO INSTRUYE Á SU IGLESIA

CAPÍTULO PRIMERO

SERMÓN DE LA MONTAÑA.—CARTA Ó CÓDIGO FUNDAMENTAL DE LA NUEVA LEY

PÁGS.

Una vez organizada la Iglesia, debe ser instruída.—El monte de las Bienaventuranzas.—El auditorio.—El sermón versa sobre las tres grandes cuestiones de la *felicidad*, de la *justicia* y de la *sabiduría*.—Quiénes son los bienaventurados y quiénes los infelices.—Los discípulos deben hacer brillar la justicia á los ojos de los hombres.—Fundamentos de la justicia.—En tiempos pasados y en la época presente.—Adiciones y explicaciones.—Perfección de la justicia.—Modestia, sinceridad, discreción.—Lecciones de sabiduría práctica, caridad, prudencia, energía.—Las obras deben seguir á la fe para que el edificio sea sólido.—Impresión de los oyentes. (*Mat.*, V, 1-VII, 29, y pasajes paralelos de *Luc.*, VI, 20-49).

1

CAPÍTULO II

LA LEY DE MISERICORDIA Y LA PECADORA EN CASA DE SIMÓN EL FARISEO

Magdala y su mala reputación.—Lo que falta á la hospitalidad de Simón.—La pecadora en medio del banquete.—Heroísmo de su arrepentimiento.—Perversa actitud del Fariseo.—La pregunta de Jesús.—Lección dada á Simón.—Una primera gracia hace nacer el amor, y el amor llama al perdón.—La paz del alma y la vida nueva creadas por la palabra de Jesús. (*Luc.*, VII, 36-50).

29

CAPÍTULO III

POLÉMICA CON LOS FARISEOS

Los fariseos preceden á Jesús en su viaje á Cafarnaúm para calumniarle.—Acúsanse de tener pacto con Belzebú.—Respuestas que con-

funden á los adversarios.—La derrota del hombre fuerte.—Su terrible desquite.—El pecado contra el Espíritu Santo.—Agitación entusiasta de la multitud.—Demanda de un signo en el cielo.—El signo de Jonás.—En el día del juicio la reina de Sabá y los ninivitas confundirán á los hijos de Israel.—El ojo del espíritu.—La fe crea el parentesco con Jesús. (*Marc.*, III, 19-35; *Mat.*, XII, 22-50; *Luc.*, XI, 17-36). 39

CAPÍTULO IV

LA ENSEÑANZA PARABÓLICA EN LAS MÁRGENES DEL LAGO

Por qué Jesús se puso á hablar en parábolas.—¿Qué es la parábola?—La *simiente* y los diversos terrenos.—Explicación detallada del Maestro.—Una parábola complementaria en San Marcos.—El grano de *mostaza*.—La *levadura*.—La *zizaña* entre el trigo.—Explicación dada por Jesús.—El *tesoro*.—La *piedra preciosa*.—La *red* y la separación definitiva de los buenos y los malos.—El verdadero doctor varía, para utilidad de sus oyentes, el modo de comunicar su enseñanza. (*Mat.*, XIII, 1-53; *Marc.*, IV, 1-34; *Luc.*, VIII, 4-18, y XIII, 18-21) 50

CAPÍTULO V

LA MISIÓN DE LOS DOCE

Nueva excursión apostólica á Galilea.—Las mujeres que siguen á Jesús.—Su adhesión afectuosa.—El Señor se determina á iniciar á los Doce en las obras del apostolado.—Sabias prescripciones que les da.—Hacer bien al hombre de Dios equivaldrá á hacer bien á Dios mismo.—Los apóstoles se van de dos en dos á obrar milagros. (*Luc.*, VIII, 1-3; *Mat.*, X, 1-15; 40-42; *Marc.*, VI, 7-13; *Luc.*, IX, 1-6) 70

SECCIÓN III

JESÚS ADIESTRA Á SU IGLESIA PARA EL COMBATE

CAPÍTULO PRIMERO

HERODES MANDA EJECUTAR Á JUAN BAUTISTA

Opinión del pueblo sobre Jesús.—Terror de Herodes.—Cómo dos mujeres, Herodías la adúltera y Salomé la bailarina, le arrancan la sentencia de muerte del Precursor.—La cabeza del Bautista en un plato del festín.—Herodes quisiera ver á Jesús.—Peligro de sedición.—Irán á las tierras de Filipo. (*Marc.*, VI, 14-16 y 21-29. *Mat.*, XIV, 1-2 y 6-12, *Luc.*, IX, 7-9) 78

CAPÍTULO II

JESÚS MULTIPLICA LOS PANES Y CAMINA SOBRE LAS AGUAS

PAGS.

Motivos para huir de la muchedumbre entusiasta.—Viaje al desierto de Betsaida.—La multitud precede á Jesús.—¿Cómo alimentar á cinco mil hombres con cinco panes y dos pececillos?—Poder creador de la bendición divina.—La Pascua en el desierto.—El pueblo deja entrever su segunda intención política.—Jesús ordena embarcar á sus Apóstoles para sustraerlos á la influencia de la muchedumbre.—El irá á ellos caminando sobre las aguas.—Pedro asociado al milagro.—Se aborda en Genesaret. (*Luc.*, IX, 10-17; *Marc.*, VI, 30-56; *Mat.*, XIV, 13-36; *Juan* VI, 1-21). 84

CAPÍTULO III

SERMÓN SOBRE EL PAN DE LA VIDA

Los partidarios de un Mesías político se reúnen con Jesús en Cafarnaúm.—Jesús rechaza vigorosamente sus miras terrenales.—Qué entiende por su reinado.—Es el pan de la vida para aquellos que conducen á Él el Padre.—Enseña que es comido, no sólo en su doctrina, sino en su carne y su sangre ofrecidas para la vida del mundo.—¿En qué sentido?—La comunión perfecta.—Excisión entre los adheridos á Jesús.—Palabras de Pedro.—Silencio hipócrita de Judas. (*Juan*, VI, 22-71). 95

CAPÍTULO IV

LOS FARISEOS VUELVEN Á TOMAR LA OFENSIVA

Nuevo ardor de los fariseos.—Las espigas cogidas y comidas en sábado.—Doble respuesta de Jesús.—El sábado es para el hombre, y no el hombre para el sábado.—Nueva polémica con motivo de los discípulos que comen sin lavarse las manos.—Una contrapregunta por respuesta.—Elevada moral de Jesús: Sólo mancha al hombre lo que proviene del corazón.—Furor de los fariseos.—Apreciación de Jesús.—Sus explicaciones á los discípulos.—Incidente del hombre de la mano seca.—Jesús interroga á sus enemigos.—Se niega á responder.—Su resolución de aliarse con los herodianos y hacer morir á Jesús. (*Luc.*, VI, 1-11; *Marc.*, II, 22-28; VII, 1-23; II, 1-6; *Mat.*, XII, 1-8; XV, 1-20; XII, 9-14). 108

CAPÍTULO V

JESÚS SE RETIRA SUCESIVAMENTE Á LA FRONTERA FENICIA Y A DECÁPOLIS

Motivo de este retiro.—La mujer cananea y su fe admirable.—Su

hija es curada.—Si Jesús vió á Tiro y Sidón, cuáles debieron ser sus impresiones.—Por qué camino llegó á Decápolis.—El sordo-mudo curado.—Gran concurso del pueblo pidiendo milagros.—Entusiasmo general.—Segunda multiplicación de panes.—Jesús abandona este país. (*Mat.*, XV, 21-38; *Marc.*, VII, 24-37; VIII, 1-9). 120

CAPÍTULO VI

JESÚS, ACERCÁNDOSE Á CAFARNAÚM, COMPROBEA QUE EL PELIGRO TODAVÍA SUBSISTE

Los fariseos se alían con los partidarios de Herodes.—Así que Jesús desembarca, los ve que á Él vienen.—Piden todavía una señal.—¿Por qué?—Jesús responde, desenmascara la hipócrita necedad de aquellos y en seguida se aleja.—Sus pensamientos á propósito de los discípulos.—La levadura de los fariseos y de Herodes.—Grosera equivocación.—Por fin comprenden. (*Mat.*, XV, 39; XVI, 1-12; *Marc.*, VIII, 10-21). 130

CAPITULO VII

CAMINO DE CESÁREA DE FILIPO

El ciego de Betsaida.—Retirada hacia Cesárea.—La cuestión capital: *¿Quién dicen que soy?*—Opiniones del pueblo.—La confesión categórica de Pedro.—*Tu es Christus*.—Mérito de Simón.—*Tu es Petrus*.—La Iglesia indefectible tendrá un jefe.—Jesús anuncia su propia muerte.—Escándalo del Mesías humillado.—Dura lección dada á Pedro.—Hermosa enseñanza propuesta á la multitud sobre el espíritu cristiano. (*Mat.*, XVI, 13-28; *Marc.*, VIII, 22-38 y IX, 1; *Luc.*, IX, 18-27). 136

CAPITULO VIII

LA TRANSFIGURACIÓN

Por qué Jesús quiso dejarse entrever en el estado glorioso.—Retiro á una montaña para orar.—Fenómeno de la transfiguración en el hombre.—Lo que debía ser en el Hombre-Dios.—Jesús radiante entre Moisés y Elías.—Su sublime conferencia.—Emoción de los tres Apóstoles.—El gran testimonio del Padre.—La cuestión sobre Elías.—Al pie de la montaña, dificultad de los Apóstoles y triunfo de los escribas.—El lunático.—Indignación de Jesús.—Súplica conmovedora del padre.—Poder de la fe.—Curación del poseso.—Triunfo de Jesús. (*Luc.*, IX, 28-43; *Marc.*, IX, 2-29; *Mat.*, XVII, 1-21). 152

CAPÍTULO IX

ÚLTIMA VISITA Á CAFARNAÚM

Jesús habla otra vez de su muerte.—Los peajeros de Cafarnaúm.—

PÁGS.

¿Debe el Maestro pagar el impuesto?—Solución teórica y práctica de la cuestión.—Él paga por Pedro.—Celos y discusiones sobre la primacía.—Explicaciones de Jesús.—Teoría admirable de la primacía.—Del hombre á quien han impedido echar los demonios.—El escándalo.—Crimen y desgracia de aquellos que procuran perder la Iglesia escandalizando á sus hijos.—Amor del pastor por cada una de sus ovejas. (*Mat.*, XVII, 22-27; XVIII, 1-14; *Marc.*, IX, 30-49; *Luc.*, IX, 43-50; XVII, 1-2; XV, 3-7). 165

CAPÍTULO X

SERMÓN SOBRE EL PERDÓN DE LAS INJURIAS

Lo que pudo llevar á Jesús á hablar de la corrección fraterna.—Prudencia y circunspección de la caridad.—La denuncia á la Iglesia.—La excomunión.—¿Cuántas veces hay que perdonar? Admirable respuesta del Maestro.—Parábola del deudor. (*Mat.*, XVIII, 15-35). 178

CAPITULO XI

INTIMACIÓN Á JESÚS PARA QUE SE MANIFIESTE EN JERUSALÉN

Razonamientos humanos de los hermanos de Jesús.—Motivos en que se inspiran.—La fiesta de los Tabernáculos en Jerusalén.—Instancias para que se presente en el gran día.—Miras de la sabiduría divina.—La hora de Jesús.—Termina el ministerio en Galilea. (*Juan*, VII, 1-10). 188

LIBRO TERCERO

PERÍODO DE COMBATE EN JUDEA

SECCIÓN PRIMERA

PRIMERA LUCHA EN LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS

CAPÍTULO PRIMERO

SÚBITA APARICIÓN DE JESÚS DURANTE LA FIESTA

Preocupaciones diversas de la multitud con respecto á Jesús, á quien se desearía ver.—Su aparición súbita en el templo.—Hace la apología de su enseñanza y de su conducta.—Declaración categórica respecto de su origen.—La autoridad superior hace que se le vigile.—Advertencia solemne y amenaza que dirige á sus enemigos. (*Juan*, VII, 11-36). 193

CAPÍTULO II

SOLEMNE DECLARACIÓN EN EL ÚLTIMO DÍA DE LA FIESTA

	<u>PÁGS.</u>
El día que seguía al séptimo.—La libación solemne.—Diverso sentido de esta ceremonia.—Su significación profética.—Solemne declaración de Jesús: Él es la verdadera fuente de agua viva.—Impresiones de la multitud al oírle.—No se atreven á poner la mano sobre Él.—Sesión del Sanedrín después de la vuelta de los emisarios.—La defensa de Nicodemo. (<i>Juan</i> , VII, 37-52).	204

CAPÍTULO III

LA MUJER ADÚLTERA

Con motivo de una mujer sorprendida en adulterio, los fariseos piden á Jesús que haga de juez.—Doble lazo que trataban de prepararle.—Jesús se calla y escribe en tierra.—¿Qué escribía?—Las palabras que dirige á los acusadores trasladan la cuestión del terreno jurídico al terreno moral.—Mantiene la Ley, pero anula á los acusadores.—La pecadora es perdonada. (<i>Juan</i> , VII, 53, VIII, 11).	213
--	-----

CAPÍTULO IV

JESÚS LUZ DEL MUNDO

Las iluminaciones de la fiesta de los Tabernáculos y su simbolismo.—La verdadera luz de la humanidad es Jesús.—Objeción motivada por esta afirmación solemne.—Respuesta: aun cuando sólo Jesús diese testimonio de sí mismo, debería creérsele, pero el Padre da testimonio con Él.—«¿Dónde está tu Padre?»—Debe buscársele en el Hijo.—Todo esto fué dicho en el atrio de la tesorería y casi á oídos del Sanedrín. (<i>Juan</i> , VIII, 12-20).	221
--	-----

CAPÍTULO V

SÓLO LOS CREYENTES SON LIBRES Y NO MUEREN

Jesús abandonará á los que rehusan acogerle.—Para salvarse, es necesario creer que es ÉL.—¿Quién es <i>El</i> ?—Definición sublime.—Los judíos no la comprenderán hasta más tarde.—Sólo los creyentes son libres.—Por más que se digan hijos de Abraham, los judíos son esclavos del pecado é hijos espirituales del demonio.—Furor de la concurrencia.—La inmortalidad prometida á los creyentes.—Abraham es menos que Jesús.—Fin violento de la discusión. (<i>Juan</i> , VIII, 21-59).	227
--	-----

CAPITULO VI

EL CIEGO DE NACIMIENTO

Pregunta de los discípulos sobre el mal físico con motivo de un ciego de nacimiento.—Respuesta de Jesús.—En qué condiciones da al ciego el sentido de la vista.—Siloé y su significación mística.—Emoción general producida por el milagro.—La investigación y sus peripecias.—Actitud triunfante del ciego curado.—Consecuencias del milagro: para el ciego, la fe; para los demás, la obstinación en la ceguedad. (*Juan*, IX, 1-41). 239

CAPITULO VII

CRISTO Y SU REBAÑO

Doble alegoría empleada por Jesús: Él es la *Puerta* del aprisco y al mismo tiempo el *Buen Pastor* del rebaño.—La puerta sirve á los verdaderos pastores para presentarse en ella y llamar las ovejas.—Las ovejas los siguen.—El que se presente por otra parte, es un ladrón, y el rebaño no le escucha.—El buen pastor se distingue del mercenario por su amor al rebaño.—Los dos rebaños que el gran Pastor debe reunir. (*Juan*, X, 1-21). 252

CAPITULO VIII

VUELTA DE JESÚS Á GALILEA

Por qué es probable que Jesús, después de la fiesta de los Tabernáculos, volvió en seguida á Galilea.—Qué debía hacer en ella y qué había de alejarle de Jerusalén.—Diversas impresiones en Cafarnaúm. 263

SECCIÓN II

JESÚS ABANDONA Á GALILEA CON SU PEQUEÑA IGLESIA Á FIN DE
DISPONERSE Á LA LUCHA FINAL

CAPÍTULO PRIMERO

PARTIDA SOLEMNE DE CAFARNAÚM

Actitud firme de Jesús marchando á la lucha.—Triste adiós á las ciudades infieles de Galilea.—Un villorrio samaritano le niega hospitalidad.—Indignación de los *Hijos del Trueno*.—El espíritu del Evangelio.—Tres candidatos al apostolado.—Uno debe reflexionar.—Otro debe marchar inmediatamente.—Ninguno debe mirar atrás, después de haber empezado. (*Lucas*, IX, 51-62; *Mat.*, VIII, 19-22; VI, 20-24). 267

CAPÍTULO II

LA MISIÓN DE LOS SETENTA DISCÍPULOS

El tiempo es corto, hay que multiplicar los obreros.—La gran campaña apostólica de los setenta Discípulos.—Instrucciones que reciben, semejantes las unas á las dadas á los Apóstoles, y especiales las otras.—Éxito de esta misión.—Los discípulos vuelven triunfantes.—Palabras de Jesús.—Efusión de alegría y de amor por el Padre. (*Luc.*, X, 1-24; *Mat.*, XI, 25-30). 275

CAPÍTULO III

UN ESCRIBA PREGUNTA QUIÉN ES EL PRÓJIMO

Un escriba pregunta qué debe hacer para salvarse.—Amar á Dios y al prójimo.—¿Quién es el prójimo? Admirable parábola *del Samaritano*.—En la desgracia, quisiéramos tener por prójimo á todo el mundo.—Así, pues, todo el que está sometido á prueba debe parecernos nuestro prójimo. (*Mat.*, XIX, 1; *Marc.*, X, 1; *Luc.*, X, 25-37). 284

CAPÍTULO IV

EN CASA DE MARTA Y MARÍA

La familia de Betania.—Marta, Lázaro y María.—Carácter diferente de las dos hermanas.—El de María se explica, sobre todo si no fué otra que la pecadora ó María Magdalena.—Razones serias que apoyan esta creencia.—La Magdalena había regresado entonces á Betania.—Posición social de la familia.—La hospitalidad diversamente dada y comprendida por las dos hermanas.—Marta se agita y María escucha.—Despecho de Marta y su reclamación.—Respuesta de Jesús.—Lección de sabiduría. (*Luc.*, X, 38-42). 293

CAPÍTULO V

ENSEÑA JESÚS Á ORAR Á SUS DISCÍPULOS

Los discípulos quieren aprender á orar.—La *Oración dominical*: la invocación, las seis peticiones en particular y en sus relaciones, la conclusión.—Eficacia de la oración probada por el ejemplo del amigo importuno.—Bondad paternal de Dios. (*Luc.*, XI, 1-13; *Mat.*, VI, 9-13; VII, 7-11). 305

CAPÍTULO VI

JESÚS EN LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN

Significado de esta fiesta.—Jesús bajo el pórtico de Salomón.—Pre-

mura con que se le obliga á explicarse.—Respuesta de Jesús: *Él y el Padre no son más que una cosa.*—Furor de los judíos porque se hace Dios.—Esta palabra no podría asustarlos; ¿por qué?—Ni tampoco la cosa.—Afirmalo Jesús por segunda vez.—Escapa á sus enemigos y abandona á Jerusalén. (*Juan, X, 22-39*). 316

CAPÍTULO VII

DE REGRESO HACIA PEREA

Jesús sentía en su alma una indignación profunda contra los fariseos.—Circunstancia que la hace estallar.—Maldiciones durante la comida en casa de ellos.—Magnífica y hermosa lección á los discípulos ante la muchedumbre.—Lo que debe y lo que no debe temerse.—Rechusa Jesús intervenir en un repartimiento de familia.—Parábola del *Rico insensato*. (*Luc., XI, 37-54; XII, 1-21*). 325

CAPÍTULO VIII

LECCIONES DE SABIDURÍA Y PIADOSAS EXPANSIONES

Abandono en la paternal bondad de Dios.—Sencillas y conmovedoras razones que lo autorizan.—Nuestro tesoro debe estar en el cielo.—Otra serie de enseñanzas sobre la vigilancia cristiana.—Parábola de los criados que aguardan al Señor.—El Hijo del hombre viene como un ladrón.—Pregunta de Pedro.—Los *dos intendentes*.—Deja desbordar Jesús de su corazón los pensamientos que lo oprimen.—El fuego que vino á traer al mundo.—La hora de la lucha se acerca.—No lo comprenden. (*Luc., XII, 22-59; Mat., VI, 25-33; VI, 19-21; XXIV, 43-51; X, 34-36*). 335

CAPÍTULO IX

MÁS CURACIONES EN SÁBADO. COMIDA EN CASA DE UN FARISEO

Jesús es bien acogido en Perea.—Vuelve á encontrar allí fariseos con sus escrúpulos sobre las curaciones obradas en día de sábado.—La mujer encorvada y el apotegma sobre el asno y el buey desatados del pesebre.—El hidrópico en casa de un fariseo.—Lecciones de sabiduría á propósito del anhelo por los primeros lugares.—De los convidados que es preferible invitar y de los que tendrán parte en el banquete eterno.—Parábola del *gran Festín*. (*Juan, X, 40-42; Luc., XIII, 10-17 y XIV, 1-24*). 347

CAPÍTULO X

DEL CORTO NÚMERO DE LOS ELEGIDOS Y DE LA REPROBACIÓN DE ISRAEL

¿Son pocos los que se salvan?—La verdadera puerta es estrecha.—La puerta ancha no existe sino en la imaginación de los pecadores.—

Desgracia de los judíos que se quedarán fuera y que deberían estar dentro.—Noticias de Jerusalén.—Hay culpables más grandes que los galileos degollados por Pilato y que los judíos aplastados por la torre de Siloé.—La justicia de Dios después de la misericordia.—Parábola de la higuera estéril. (*Lucas*, XIII, 22-30, y XIII, 1-9). 358

CAPÍTULO XI

UN PRIMER ENTUSIASMO NO ES SUFICIENTE PARA HACER DISCÍPULOS

Jesús arrastra á las multitudes.—Explica lo que hay que hacer para ser discípulo.—Odiar lo que más se ama.—Llevar su cruz.—Edificar una torre y emprender una guerra.—La sal es buena.—Artificios del partido farisaico para alejar á Jesús de Perea.—Grave y solemne respuesta del Maestro. (*Lucas*, XIV, 25-35; XIII, 31-33). 365

CAPÍTULO XII

LA MISERICORDIA DE DIOS EN PARÁBOLAS

Dios compadece al pecador, porque le ve en peligro: parábola de la *Oveja descarriada*.—Siente su extravío, porque el hombre entregado al mal es un justo menos en glorificarle: parábola de la *Dracma perdida*.—Le ama, porque el pecador sigue siendo su hijo: parábola del *Hijo pródigo*.—Dardo final dirigido á los fariseos envidiosos. (*Lucas*, XV, 1-32). 372

CAPÍTULO XIII

LA BENEFICENCIA Y LA VIDA FUTURA

La beneficencia es el camino del cielo.—Peajeros, fariseos, saduceos, todos deben recordarlo.—El *Administrador dichosamente infiel*.—Ganar amigos con los tesoros que Dios nos confía.—Detestable actitud de los fariseos.—Otra parábola: *Lázaro y el Rico avariento*.—La justicia en la vida futura.—Después de haber hablado Moisés y los profetas, será inútil el testimonio de un resucitado. *Lucas*, XVI, 1-31). 393

CAPÍTULO XIV

DE LA HUMILDAD QUE CARACTERIZA Á LOS VERDADEROS SIERVOS DE DIOS

El fariseísmo era radicalmente orgulloso, aun en presencia de Dios.—Los Apóstoles motivan oportunamente el que Jesús lo condene.—*Aumentanos la fe*.—Según derecho, Dios no debe nada al hombre. Esta teoría es el verdadero fundamento de la humildad.—Parábola del *Fariseo y del Publicano*. (*Lucas*, XVII, 5-10; XVIII, 9-14). 406

CAPÍTULO XV

JESÚS VA A BETANIA PARA RESUCITAR A LÁZARO

PAGS.

El mensaje de Betania.—Respuesta del Maestro.—Dos días de demora.—Repugnancia de los discípulos en ir á Judea.—Llegada á Betania y diálogo con Marta.—María se reúne con su hermana.—Emoción de Jesús.—*¿Dónde le habéis puesto?*—Jesús llora ante la tumba.—Motivos de su plegaria al Padre.—*Lázaro, ven fuera.*—Consecuencias del milagro para los concurrentes. (*Juan*, XI, 1-46). 413

CAPÍTULO XVI

EL SANEDRÍN DECRETA QUE ES PRECISO ACABAR. RETIRADA A EFRAÍM

Reunión solemne del Sanedrín.—Acta probable de la sesión.—Palabras groseras y brutales de Caifás.—Profecía involuntaria.—Retirada de Jesús á Efraím.—Los Apóstoles deben orar constantemente para que el reino de Dios llegue.—Parábola del *Juez inicuo y de la Viuda.* (*Juan*, XI, 47-54; *Lucas*, XVIII, 1-8). 427

CAPÍTULO XVII

DE CÓMO LOS PRIMEROS SERÁN LOS POSTEROS Y VICEVERSA

De diez leprosos curados, uno solo se muestra agradecido.—Es un samaritano á quien salva la fe.—Parábola de los *Obreros enviados á la viña.*—*¿Qué significa el denario ofrecido á cada uno?*—La vocación á la salvación no es la salvación.—Historia del joven rico.—Después de haber guardado los mandamientos, retrocede los consejos evangélicos.—La riqueza impide entrar en el cielo.—Pregunta de Pedro.—Recompensa de los que lo hayan abandonado todo. (*Lucas*, XVII, 12-19; *Mateo*, XX, 1-16; *Lucas*, XVIII, 18-30; *Marcos*, X, 17-31; *Mateo*, XIX, 16-31). 434

CAPÍTULO XVIII

EL MATRIMONIO, EL CELIBATO Y LOS NIÑOS ANTE LOS OJOS DE JESÚS

La grande cuestión del divorcio.—Hillel y Schammai.—Jesús, en contra de uno y otro, se pone de parte de Dios.—Recuerda y restablece la prescripción primitiva.—Admirable argumentación.—Objeción sacada de Moisés y respuesta.—Absoluta indisolubilidad según la nueva ley.—Excelencia del celibato.—Bendición de los niños. (*Mat.*, XIX, 3-15; *Marc.*, X, 2-16; *Luc.*, XVIII, 15-17). 451

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse el libro titulado: LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO, Primera parte, *La vida de Nuestro Señor Jesucristo*, Tomo segundo, por Mons. Le Camus, Obispo que fué de La Rochela y Saintes, y traducido al castellano por el Dr. Don Juan B.^a Codina y Formosa, Pbro., mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final del libro y entréguese dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

Barcelona 5 de Mayo de 1909.

El Vicario Capitular

P. A.

JOSÉ PALMAROLA, *Provisor*

Por mandado de Su Señoría
LIC. JOSÉ M.^a DE ROS, *Pbro.*
Scrío. Can.

ADVERTENCIA

SE HAN DESLIZADO LAS ERRATAS SIGUIENTES

Página	14 línea	27	έεννα	por	γέεννα
»	80	» 22	ερεσις	»	γερεσις
»	240	» 37	agnósticas	»	gnósticas
»	289	» 36	ελων	»	ελων

En el cap. VIII, pág. 152, faltan las citas bíblicas.

N. 29

M-80

18627